

# CENIT

— sociología —  
ciencia — literatura



Editorial. — **Ramón Liarte:** La tarea de los anarquistas. **Severino Campos:** Influencia social del movimiento obrero. — **M. Escuderi:** Goya, León Felipe y la nueva poesía española. — **Larra:** Modos de vivir que no dan de vivir. — **Floreal Ocaña:** Asesinato de Miguel de Unamuno. — **Eugenio Relgis:** Viejos apuntes para mi hijo. — **V. Muñoz:** En la lucha por la igualdad. — **Moisés Martín:** Juventud y Madurez. — **J. Sevilla:** En torno a la obra de Albert Camus. — **Carlos Brandt:** Voltaire y la filosofía de Spinoza.



# 186

Enero - Febrero 1969

REVISTA MENSUAL  
PRECIO: 1,50 F.

40 P 5523



## NUESTRA PORTADA

**L**A tortura no vencerá la firmeza del luchador. Cargado de cadenas el hombre se siente libre porque lleva la libertad dentro de sí mismo. Aherrojado, también puede soñar... Los presos sueñan pensando que el amanecer se acerca. Nuestro pueblo luchó con las armas en la mano y sigue luchando contra el régimen impuesto por la Iglesia, el Ejército y la «Nobleza». La libertad es el culto supremo de todos los hijos del pueblo. Los sentimientos de firmeza de nuestros luchadores son la fuerza interior que nos alienta en las horas del combate por el ideal. El pensamiento y la acción de los idealistas de Iberia no capitulan.

El espíritu de rebeldía es la luz que alumbra en la noche negra de España. Permanezcamos al lado de aquellos que en todos los lugares de España y el mundo, combaten contra la tiranía. Ha de llegar un día en que las cadenas se partan, las rejas se abran al sol de la vida nueva y el pensamiento del hombre no encuentre barreras inquisitoriales levantadas a su recto caminar. Mientras..., la lucha continúa, y el hombre sufre los azotes del despotismo. Llevemos nuestro aliento moral a todos los caídos. Siempre al lado de la España mártir y eterna. ¡De los pueblos todos! Donde exista un luchador en peligro, una causa noble que exija nuestra defensa, ahí debemos estar los hidalgos del ideal, los anarquistas de todas las latitudes, poniendo en práctica el Mensaje de la revolución social: ¡Por la libertad y la dignidad del hombre!

## GENT

### REVISTA BIMESTRAL DE SOCIOLOGÍA, CIENCIA Y LITERATURA

#### REDACCION

Federica Montseny y Ramón Liarte

#### COLABORADORES

Vladimiro Muñoz, Evelio G. Fontaura, Hem Day, Campio Carpio, Eugen Relgis, Dr. Pedro Vallina, Germinal Esgleas, René Lamberet, Cosme Paules, José Muñoz Congost, Floreal Ocaña, Dr. Amparo Poch, José Viadiu, Victor García, J. Guerrero, Severino Campos, Abarrátegui.

#### Suscripción anual:

Francia .....	9,00
Exterior .....	11,00
Precio de un ejemplar suelto .....	1,50

Giros: León Antonio, C.C.P. 2 738 77-Toulouse  
4, rue Belfort, 2ème étage F-31 TOULOUSE

(Todos los pareceres, por distintos que sean del nuestro, en los que aliente un pensamiento respetable, tienen cabida en estas columnas.)

# CENIT

★ REVISTA DE SOCIOLOGIA, CIENCIA Y LITERATURA ★

Año XIX

Toulouse, Enero - Febrero de 1969

N.º 186

## EDITORIAL



# ¡Ya nace la nueva aurora!

**A** CABAMOS de enterrar un año más y vamos hacia otro. Todo pasa en la vida. Las naves que se fueron ya no volverán. Ni las golondrinas cantadas por el poeta del pesimismo. Pero a decir del vidente, los vencejos vuelven. Estaba escrito. Hay cosas que se van y otras que quedan para siempre.

El invierno también se aleja. En este desierto, que es la tierra, al llegar la primavera, todo vuelve a florecer. Brota el retoño pegado al árbol viejo, demostrando que hay una naturaleza que trabaja y que no se da por vencida. La simiente oculta bajo la nieve, pronto romperá la corteza que la cubre y se abrirá paso para embellecer y perfumar a la madre tierra. El río se saldrá de sí mismo para patentizar que allá en lo más alto de las montañas, nació como un niño perdido, y ahora ya es todo un hombre con venas cristalinas y brazos hercúleos para hacer marchar las turbinas y desbordar los puentes más sólidos.

En toda amargura existe oculto un grito de alegría que quiere salir a la superficie de las cosas para decir: «Aún existe la continuidad». La carga pesada descende del lomo de la historia para dejar al cuerpo más ágil. La larga noche de la tiranía se esfuma como una ráfaga. Y el día del pensamiento nos ofrece luz y esperanza. Esta fase negra tiene su fin. La contrarrevolución no ha resuelto ninguno de los asuntos difíciles que tenía planteado el hombre en este mundo lleno de contradicciones. Nace un alba de oro que al decir de muchos no es el anuncio de la revolución social, sino de la insurrección de los pueblos. Es posible que la cosecha no esté aún madura. Pero el tiempo hará su trabajo. La insurrección es una fuerza que rechaza todas las claudicaciones y que va en busca de lo desconocido. Por eso, en el fondo, es revolucionaria.

De una manera o de otra todos hemos sido puestos a prueba. Sometidos a la presión más alta. En esas noches de espera interminable se ha tenido motivo para dudar de muchas cosas. El drama del hombre es el drama del mundo y hemos sido desgarrados por el odio. Mordidos por la rabia estatal. El instinto ha podido más, en ciertas ocasiones, que el raciocinio. Pero una vez pasada la tragedia, el hombre se ha encontrado. Y sacando fuerzas de flaqueza, se ha dicho: el mal camino no conduce a ningún buen fin. Luego hay que reemprender el trayecto de ayer. Ese es el bueno. No hay otro. El camino del ideal.

Frente al crimen de Estado nosotros tenemos que oponer la eclosión del amor. La venganza, no justifica ninguna actitud. Por el contrario, la justicia es la justificación de todos los dolores. Y más que la justicia, la libertad, que quiere evitar todos los males. Ser justo no es poca cosa cuando no se puede ser perfecto. Lo fundamental es ser libre para vencer el delito y anular el pecado.

Ha de llegar nuestra hora. Ella se aproxima lentamente. Pero, ¿qué hora es la nuestra? Nuestras son todas las horas; y todos los días. Sobre las ruinas del mundo, la esperanza renacida va en busca de una nueva orientación. Tensó el arco, los músculos de acero. Brota la flecha para indicar el nuevo derrotero que han de seguir las fuerzas del progreso. La lucha demuestra que es la gran razón de ser de la vida y que no se puede esquivar sin renunciar a vivir.

Decíamos que este momento es propicio, como el que más, para defender nuestra causa, que es la del hombre. De la garganta juvenil mundial brota un grito puro como la idea misma. Es como si una madre hubiese alumbrado un niño hermoso que grita como quien quiere vivir y lleva la energía potencial en su misma materia.

¡Sublime fecundidad de la vida! Todo parto es una victoria de la belleza que triunfa entre los desperdicios de la materia. Amor, gestación, desarrollo, y nacimiento. De esa cantera son las ideas. Así, son también, las grandes revoluciones. Como el cirujano opera en carne viva, debemos trabajar nosotros. Pero con los mismos anhelos y delirios de la ciencia puesta al servicio del bien. Salvar todo lo que merezca y deba ser salvado; hasta el mismo enemigo para que nos conozca y sepa que merecemos ser amados. Y si después de haberlo salvado es incapaz de amar, demostrémosle una vez más que el odio no es nuestro compañero de ruta. Anarquistas de ayer, de hoy, de mañana y de siempre.

Nosotros no colocamos el odio en lugar del amor.

No somos resentidos, somos generosos.

Una revolución de hombres que odian es la deformación de la idea que defienden. Niegan asimismo la vida, que no puede ser rencor de Estado, sino amores multitudinarios.

Los hachazos de la tiranía no han cortado las ramas llenas de frutos sabrosos que tiene el árbol frondoso de la anarquía.

Jóvenes heraldos del porvenir: tratad de ser cada día más buenos, más hombres, más anarquistas.

Que de vosotros pueda decirse: son la revolución portadora del mensaje de la vida.

Las tinieblas en el espacio son como los defectos en los corazones. Puede más un rayo de luz que cien nubes. Es más fuerte una palabra de amor que mil ofensas. ¿Habrá algo más exquisito y sublime que el amor humano?

Más allá de las ofensas y ruinas de este Universo debemos preparar el renacimiento luminoso de la anarquía.

Este año que se ha ido, ha dejado escritas muchas lecciones. La bandera negra del anarquismo ha estado izada en las Universidades más hermosas del saber. Nuestra bandera ha ido de las catacumbas a los Liceos, de los cadalsos a los laboratorios, de los campos y talleres a los centros de la Ciencia. La anarquía nació en el corazón del hombre, se desarrolló en su inteligencia y ahora necesita todo el mundo para demostrar su inmenso valor social y humano.

La revolución en nombre del pueblo, es la idea del hombre.

No pretendemos resolverlo todo en cuatro días. Perfectamente sabemos las dificultades que hemos de encontrar en nuestros quehaceres. Pero nos hallamos seguros de una cosa: estamos en condiciones de demostrar que nuestros principios pueden ser fines determinantes en el movimiento mismo de la historia.

No nos separemos del buen camino. Sigamos el horizonte claro y brillante. Nosotros no queremos ser superhombres ni dioses. Hombres generosos en todo momento. Hidalgos en el gesto, humanos en el sentido más elevado, desinteresados siempre. Queremos vivir para ser idealistas y aspiramos a morir siendo hombres íntegros.

Los dioses no han compartido nunca nuestras luchas. Los hombres bondadosos, sí.

Acción fecunda y clarividencia revolucionaria. Sabiduría riente y deseos altruistas para ir en busca de un mundo superior. En el combate revolucionario, la humanidad continúa siendo nuestro gran ensueño: el amor de los amores.

La justicia no ha muerto. El Derecho renace. La libertad vive. Los hombres que ayer se fueron están en la misma tierra que nosotros. Pisamos con nuestros pies de peregrinos el suelo de promisión. Los que viven se cubren con la misma manta que nosotros. Hace frío al terminar el año... Anarquistas y hombres de buena voluntad: ¡Ya nace la nueva aurora!



# La tarea de los anarquistas

por RAMON LIARTE

La evolución es el movimiento permanente de la naturaleza. Todo se transforma para sobrevivir. A veces, las transformaciones son negativas; pero las reglas del progreso se encargan de reparar lo que la mente del hombre no había previsto. Un Movimiento como el nuestro, que apoya sus principios ideológicos en las leyes evolutivas de la existencia, siempre tendrá una misión a cumplir, un trabajo a realizar.

La tarea de los anarquistas no terminará nunca. Es la nuestra una obra de dimensiones históricas en renovación constante. Por ser naturalistas experimentales tenemos conocimiento de que cuanto no cambia se estanca. El anarquismo es situacionista, que nada tiene que ver con el circunstancialismo. Los oportunistas no comprenderán nunca el valor decisivo de una situación llamada a influir y determinar en la marcha de los acontecimientos.

Mientras el hombre luce por una nueva conquista, el anarquismo tendrá un cometido a llevar a cabo. Sabido es que la obra infinita de la creación jamás será acabada. Siempre habrán nuevos estilos de lucha, nuevas formas de apreciar los asuntos del mundo. Ahí reside precisamente el encanto de la vida. Lo demás es monotonía gelatinosa, o supeditación al medio ambiente contra el que se rebelarán en todo momento los hombres más inquietos y audaces. Está comprobado que las voluntades emprendedoras no se dejan arrastrar por la corriente, ya que bregan para dominar los elementos, marcando hitos en todas las situaciones.

Cuando la humanidad llegue a vivir en una sociedad anarquista, en esa misma organización avanzada y progresiva, resurgirán los conservadores y los revolucionarios. La lucha es una especie de balancín que unas veces se inclina del lado conservador, y otra, del lado revolucionario. Los primeros, tenderán al goce y contemplación de lo conquistado; los segundos, propenderán a encaminar sus pasos hacia nuevas etapas de lucha para poner las ideas en tensión permanente y decidir asimismo, en la marcha de las cosas. Sin esta pelea permanente no habría transformaciones de ningún género. El cotidiano vivir no avanzaría por nuevos derroteros, preludio de mejores descubrimientos. ¡Dichosos de los que en el campo de la lucha por la vida se sitúan al lado de los que van más adelante!

El combate entre la libertad y la autoridad no cesa. Cambia de aspectos y formas, pero el fondo es el mismo. No ha existido una fase de la historia en la que el conservador transformado en reaccio-

nario, y el progresista ganado por la revolución, no hayan tenido que librar una batalla más o menos pacífica o violenta. No hay que extrañarse. Es la quietud del que se va y el ritmo del que viene. Entre viejos y jóvenes, el choque es inevitable. Si todo se mueve, como no hay duda, la juventud no puede quedar paralizada. Si un día la humanidad llegase a la perfección ética y social, los anarquistas habrían terminado su obra, no teniendo razón de ser. Todo estaría logrado y nada por obtener. Mas las cosas no son así, y en la revolución de todo lo que existe reside la fuerza vital y creadora del anarquismo.

De la misma manera que la naturaleza cria el águila que vuela en las más altas cumbres, engendra la serpiente que se arrastra por el fango.

Al anarquismo es la base esencial para todo hombre que analiza y piensa. Al afirmar: «queremos la libertad y no la esclavitud», defendemos la lógica de la razón y el poder de la verdad contra el dogmatismo religioso y la ley estatal. Considera el anarquismo que las ideas nacen de la razón. Está dotado de conocimiento todo cuanto piensa y siente. Por amar esta idea esencialmente racionalista sentimos admiración por la sabiduría humana, hija del raciocinio. Ni que decir tiene que los grandes hombres como las ideas fecundas necesitan de la acción del tiempo para endurecer y abrirse paso después de una larga fase de gestación.

¡Trágica y sublime a la vez es la vida del pensador que busca la verdad corriendo todos los riesgos y desafiando los mayores peligros! El pensamiento, cuando es hondamente sentido, no se amilana ni desfallece. Tiene en sí mismo el poder de la actividad y la alegría interior del que sabe por qué lucha sin importarle perder o ganar circunstancialmente, pues que no busca recompensas efímeras. Los niños de los samios se burlaban de Homero porque el divino poeta recitaba sus versos de puerta en puerta. Al gran Sócrates le reprochaban que se acercaba demasiado al pueblo, su mejor amigo. Galileo fue condenado a ser quemado vivo porque los mediocres de su época envidiaban la grandeza de su genio. Leonardo de Vinci sufrió indecibles persecuciones y registros debido al miedo que los inquisidores tenían a la portentosa inteligencia del sabio excepcional. Cristóbal Colón era señalado como un loco por los que no tenían pies ni cabeza. Miguel Servet dio con sus huesos en el fuego. El excelso Cervantes era considerado como

un empresario del circo de las letras por quienes nunca comprendieron la magnitud de su obra. Shakespeare tuvo que pasar por la pena del olvido no siendo admirado si no dos siglos después de muerto. Victor Hugo comió el pan amargo del destierro. Tolstoi ganó conciencias fuera de su país y en el suyo ha sido despreciado. Gorki tuvo que soportar la cólera ciega del estalinismo. Unamuno fue desgarrado por los bárbaros del crimen legalizado. Y así todos los hombres de valía y de valor... Las ideas matrices del género humano, lo mismo que los hombres que más han influido en el progreso del Universo, no han tenido ni un momento de reposo.

Y es que, la idea, por no poder dormirse ha tenido que mantenerse en estado de alerta, despierta. Unas veces ha tenido que arquearse como la palmera para no ser arrasada por la tempestad, pero una vez pasada la borrasca se ha erguido con más fuerza si cabe. Hay que tener en cuenta que en la entraña misma de no importa qué represión brota un nuevo renacimiento. El anarquismo ha pasado por todos los cadalsos, mas su verdad ético-moral ha triunfado en todas las pruebas. En la lucha entre la esclavitud y la liberación, ha dicho: la manumisión social triunfará en el mundo. Esta ha sido su profecía. Y en el combate entablado entre el hombre contra el hombre, ha manifestado sin la menor vacilación: la causa del bien ganará la batalla más práctica y más bella.

**L** A noche más horrible no puede impedir que llegue el día cargado de promesas. No hay que dejarse abatir. Si cada amanecer tiene su aurora, cada época tiene también, una nueva tarea. Es posible que la nuestra, vaya pareja a una hecatombe colosal, formidable. El mundo burgués y estatal se agrieta. Se parten sus nervios. Crujen sus estamentos, y arden sus instituciones. Nadie ignora que ha de haber un cambio profundo, ya que las cosas no pueden seguir así. La evolución busca cauces más amplios y anchurosos. Despierta la juventud de su letargo político. El hombre progresista fija su mirada en lo desconocido. Ve en el horizonte algo nuevo que no acierta a definir. Mas sabe — ¡ya es saber! —, que lo que venga no será peor que lo que tenemos. Se gesta una sociedad nueva entre los escombros del pasado. Agonizan las viejas concepciones económicas del liberalismo político y del totalitarismo contemporáneo. Desaparecen las leyes que pretenden hacer cultura cuando de los decretos no ha salido nunca la cultura libre y remozada. Por sobre la contrarrevolución crece el conocimiento que es puramente revolucionario. La imaginación avanza y golpea en las puertas destartadas del poder. La revolución económica conquista y consolida posiciones. Es la rebeldía del cerebro la más difícil de orientar, mas todo tiene su mesura y la inteligencia como el río acaban por encontrar su cauce para no salirse de madre.

**N** OSOTROS no tenemos nada que perder y mucho que ganar. Si se hunde el viejo mundo de la opresión causante de la ignorancia y la miseria moral y material, construiremos nuevas ciudades para acoger al hombre nuevo. Lo esencial es acabar con la explotación y el capitalismo. No queremos fraude ni más clases parasitarias. La sociedad que se está gestando debe ser fiel al testamento emancipador del hombre. Tú vales tanto como el que más si no te rebajas ni doblegas.

No hay términos medios. Es la nuestra la lucha de la inteligencia contra el poder, de los pueblos contra los Estados. Los hombres libres no pueden aceptar las instituciones que representan la sumisión. Se alza la ciencia moderna contra las viejas religiones para inundar de luz a todo el Universo. La paz no quiere ser juguete caprichoso de la guerra. Los anarquistas no planteamos una hora más o menos de jornal. Sabemos que el rublo no vale ni la mirada del hombre. Lo que nosotros queremos tiene mayores alcances. Es más hondo y elevado a la vez. Queremos la supresión completa del capitalismo. Propiciamos una sociedad de cooperadores directos. Autogestión y no gobierno. Vida nueva dentro de una sociedad sanamente administrada. Juventud rebosante de intenciones altruistas. Lealtad en los procedimientos y honradez en las actitudes de cada día.

La máquina de la revolución está en marcha. ¡Guerra al estancamiento y la inmovilidad! Hace falta energía y acción para avanzar. Es la lucha incansante frente a la parálisis y el entumecimiento. En esta lucha gigantesca los anarquistas deben ser una vez más, los adelantados de la libertad. Sólo conducen el progreso aquellos que marcan hitos en el camino que prueba a los buenos caminantes. Seamos modestos en nuestros actos y ambiciosos en nuestros ensueños. Pensemos en todo momento que la libertad no está lograda para siempre. Sepamos que hemos nacido para combatir en favor de la idea del Bien y que no podemos permanecer separados de la prueba cotidiana. Nuestra tarea es permanente porque la obra de los anarquistas no se acabará jamás.

¡Qué al levantar nuestros pies nazcan espigas! Sólo así conseguiremos que al destruir el mundo viejo se levante con toda solidez la nueva justicia social que postulamos para todos. Pero entiéndase bien: Todo no puede estar permitido en el seno de la revolución. Ni el crimen puede erigirse en postulado ni la destrucción en norma de conducta. Nuestra empresa es de proyección universal, hondamente humana. Es la idea encarnada en la vida misma del hombre. De una cosa estamos seguros. Hay una acción verdaderamente útil y positiva: la que sirve al hombre. Y en esta tarea hemos de poner en juego toda nuestra clarividencia, para que el esfuerzo tienda siempre hacia la bondad, ya que queremos que nuestra obra sea firme y perfecta.



# Influencia social del movimiento obrero

por SEVERINO CAMPOS

**A**BUNDAN los estudios históricos sobre las influencias que en la vida política tuvieron cada una de las teorías. Lo mismo acontece con las religiones y las ciencias. Poco o mucho, todas se atribuyen algo de los progresos que la Humanidad ha logrado. Problema y pretensiones muy discutibles, pero que no es del caso abordar ahora. Sin embargo, ¿quién se ha preocupado en relevar las aportaciones de los movimientos obreros al progreso? Apesar de los avances que van efectuándose, el obrero continúa figurando en el peldaño inferior de la escala social; cuanto más, se le tiene en cuenta como factor auxiliar en las actividades constructivas. En las labores de prosperidad general tiene reconocido un valor insignificante; es el estigma que fomentaron los tiempos de mayor contenido opresor, condición que en poco han superado las democracias modernas.

La justicia no ha acariciado el corazón y la inteligencia de ese trabajador que constituye la base de todo movimiento laborioso; su vida solo se ha saturado de fatiga; el ejercicio mental obligado, casi único, ha consistido en buscar soluciones a lo penitencionario del hogar. Por imposición de los dominios económicos y políticos, el obrero vivió exento de ejercicios y placeres intelectuales; no podía ver, en esa situación, otra perspectiva social que el dolor que le atormentaba.

Haber superado esas condiciones ha sido una odisea de siglos. Prueba de valor incommensurable; grandeza de los templos subversivos; condición de dignidad humana: todo queda resumido en los Movimientos Obreros que poco a poco lograron hablar de tú a tú a los opresores y explotadores.

¿Puede hacerse de la conjunción obrera un «dismo» más de carácter finalista? Entendámonos bien. Cier to es que hasta la acción simple de individuo aislado, conciente o inconcientemente tiene una finalidad. Pero, al referirnos al Movimiento Obrero, es otro el horizonte que tenemos en cuenta. En esta apreciación fijamos la mirada más allá del interés privado; también del de pequeñas actividades. Esos casos no resuelven el problema general del hombre. Así, pues, en la defensa del trabajador hay que pretender algo más que una finalidad obrerista.

Diversas son las características de condición y relación que el explotado ha soportado al través de la historia. Las defensas por sí establecidas no son de reciente aparición. Ni sus actividades fueron previstas y premeditadas. El rigor opresivo no daba lugar a organizar ofensivas bien calculadas; las ges-

tas de liberación surgieron espontáneas, en gran parte, por cualquier atropello extraordinario que provocaba la dignidad de los oprimidos.

Hasta entrar en la Edad Media, las posturas reivindicadoras tuvieron el instinto como factor impulsor; fueron espontáneas e incoherentes. Teniendo en cuenta, como es de comprender, que en cada uno de los protagonistas palpitaba el anhelo liberador.

Las fuerzas impulsoras de las corporaciones obreras fueron, en sus inicios, y durante largo tiempo de su historia, móviles subjetivos en su mayor proporción. Eran muy generales los objetivos de carácter social. La inteligencia natural del esclavo, del siervo o del asalariado, no le permitía previsión y dominio de amplias perspectivas; faltaba el cultivo mental para comprender complejas estructuras de relación humana.

En tal caso, la voz de la dignidad del hombre solo podía tomar aires de rebelión. Era el lema, la consigna, el sentimiento que orientaba la guerra social contra los esclavizadores. Ante emperadores, reyes, patricios, señores o burgueses, el obrero que ansiaba su libertad le era indispensable tal actitud.

Acaso hoy, que nos vanagloriamos de más «inteligentes», de más «razonables», ¿resuelve algo en su favor el derecho humano sin el concurso de actividades rebeldes? Mírese el panorama actual del mundo; ábranse los capítulos de la historia. Todos cuantos interrogantes se levanten sobre el particular hallarán la misma respuesta. No hay progreso sin lucha; y la liberación del obrero la requiere más aguda y constante.

Como quiera que se mire, en la base de todas esas características, épocas y denominaciones, existe un denominador común: la lucha de clases. Es una necesidad que tiene varios puntos de referencia ineludibles, lógicos y necesarios en la vida del hombre. En el camino de superación humana hay esa fase que, desestimada por pacifistas y ciertos filósofos, requiere soluciones no siempre amparadas por el mayor grado de inteligencia.

La estructura social de los tiempos pasados, y aún de los presentes; la formación moral e intelectual, tanto de las clases opresoras como del proletariado, formulan aspiraciones en pugna, que hacen irreconciliables las condiciones de vida de unos y otros. Es esencial a la vida del hombre aspirar a remontarse, a defender lo que en justicia le pertenece, a no dejarse explotar y oprimir; pensar y sentir de

esa manera es abrir la lucha contra los que viven de la explotación y del dominio.

Este lapso de desenvolvimiento es largo y cruento; se ha superado muy poco. Los cambios de estructura política, efectuados pensando en algo superior, han llevado en sí el nacimiento de nuevas jerarquías. Y éstas, al serlo en el orden político, no podían dejar de serlo también en lo económico. En ello se origina, pues, un nuevo ciclo de circunstancias similares a las que se había combatido.

En esos cambios poco profundos, aunque con proyecciones teóricas prometedoras, el obrero se encuentra ante tareas esenciales. Al continuar vigente el principio de autoridad, y persistir la propiedad privada, los cambios de carácter político-gubernamental han impuesto nuevas castas privilegiadas. Son esas circunstancias las que hacen imprescindibles, todavía, los métodos de lucha que el proletariado ha venido practicando para su liberación.

Entre las condiciones éticas del burgués actual, y el déspota dueño de esclavos de ayer, la diferencia solo es de grado. Socialmente son del mismo género; moralmente pertenecen a la misma familia.

Si la burguesía moderna no hallara la resistencia, y el combate más o menos eficaz, de los asalariados que lentamente van elevando su inteligencia, las primitivas horribles condiciones de discriminación serían reconquistadas por los apologistas de la explotación y del dominio. Hasta hoy, las concesiones hechas por los poderosos deben muy poco a las influencias culturales.

El desequilibrio político y económico aún hacen indispensables las mismas características de lucha que en tiempos algo remotos; los métodos superiores, que han de suplantar a ésta, no tienen abonado el campo social para entrar en acción. Hay que hacer nuevas, profundas y amplias conquistas, para que sea el intelecto quien solucione las diferencias.

Las prerrogativas que gozan los poderes políticos y económicos no toleran relaciones cordiales entre personas de condición desigual. Es imposible armonizar esos extremos. Por eso resulta arbitrario, cuando menos erróneo, alegar que la lucha de clases es infecunda. En toda clase de ejercicios gubernamentales el obrero tiene al enemigo de sus libertades; en todo burgués, un usurpador de lo que no le corresponde.

La postura del proletariado, al enfrentarse con los pudientes, es de legítima defensa. Solamente puede poner en juego elementos de combate. Ningún recurso existe actualmente que pueda fecun-

dar mejores resultados. Los elementos opresores no quieren entender de derechos humanos, ni de razonamientos filosóficos.

Aunque la cultura va plazándose en cauces de justas defensas, los avances del progreso social aún no se han desvinculado de combates persistentes y audaces. Es un fenómeno que palpita sin disimulo en la entraña de la actual estructura social; es algo que descansa en la formación y vitalidad del hombre contemporáneo.

No debe escapársenos que en este problema juega un importante papel el determinismo. Unos pueden ser los deseos del individuo, y otras las realidades que pueda practicar. Conste que no negamos las influencias de la voluntad; precisamente de este factor humano arranca el proceso de superación que el proletariado va evidenciando.

Nuestras posibilidades de liberación descansan en la condición moral e intelectual que disponemos; a los mismos factores se debe la estructura social de nuestro momento histórico. Si existe una clase que explota, gobierna y oprime, la clase que sufre la explotación y la opresión sabe de quién y cómo defenderse.

Para derimir las pugnas entre oprimidos y opresores, entre explotados y explotadores, no es el razonamiento el arma única que corresponde a nuestra época. Ni la voracidad razona ni la miseria puede reflexionar; ambas se agitan no viendo otra cosa que imágenes de combate. En este campo de lucha, aunque el proletariado se ha dotado mucho de recursos culturales, las conclusiones de los problemas que se abordan llevan el sello de, vencidos unos, vencedores otros.

Plausible es, al intervenir en la lucha social, se tenga como punto de mira el bienestar de toda la Humanidad. Debe ser aspiración suprema que en aras a nada debería olvidarse. Pero es sensato reconocer que la lucha de clases, si no tanto como antaño, continúa siendo de necesidad imperiosa. Aparece en el escenario de la vida social por sí sola; emerge de nuestra formación personal; es un engendro de la desigualdad y del principio de autoridad.

Las buenas intenciones, clamando respeto y comprensión, resolverán poco o nada. La mediación de intereses privados no reconocen esas virtudes; la burguesía y los gobernantes se rien de ellas. Ese estrato de armonía, de respeto, de compenetración, requiere la creación de un nuevo tipo humano: es a lo que se oponen los defensores de la explotación y de la opresión.





RECORDANDO A LOS MAESTROS QUE SE FUERON

## Goya, León Felipe

### y la nueva poesía española

por M. SCUDERI

LEÓN FELIPE, el «español del éxodo y el llanto», ha precisado en qué momento la que se considera a primera vista simple prosa se convierte en poesía; cuándo — utilizando la palabra «poesía» en un sentido amplio y actual — dicha prosa llega a alcanzar la plenitud de su expresión, esencia en última instancia de toda obra de arte. Dice al respecto: «Un escrito sin rima y sin retórica aparente se convierte de improviso en poema cuando empezamos a advertir que sus palabras siguen encendidas y que riman con luces lejanas y pretéritas que no se han apagado y con otras que comienzan a encenderse en los horizontes tenebrosos.»

No compartimos del todo esta opinión de León Felipe. Para nosotros el poema debe existir por sí mismo, independientemente de la advertencia de esa rima histórica; es decir, tener un carácter autónomo. Ahora bien, coincidimos con él al afirmar categóricamente la continuidad que subyace en todo quehacer artístico, aun cuando en las sucesivas etapas del arte pareciera advertirse una quiebra total. Sabemos que esta quiebra es sólo virtual y que la auténtica obra perdura a través de los tiempos y a través de los múltiples cambios del gusto, influyendo en las nuevas creaciones. Y aun hasta en los casos en que esta influencia cambie de signo, erigiéndose la obra actual — aparentemente — en la negación absoluta del pasado, el ojo avizor percibirá siempre esa continuidad de que hablarnos. No se trata de una vuelta atrás, sino del acarreo constante de materiales anteriores, de la selección de esos materiales y de la agregación de nuevos elementos: es la evidencia del continuo fluir histórico que alcanza quizá su grado más alto en el arte.

Indiscutiblemente, como ya lo expresó entre otros Unamuno (1), casi todas las obras de arte nacen de otras. Pero no hasta conocer este origen e intuir que la creación actual dará, a su vez, nacimiento a nuevas creaciones para concluir sin más que la obra está lograda, que un «escrito sin rima y sin retórica aparente» se transforma por ello en poema. ¿Dónde queda entonces la personalidad del creador? ¿Dónde su *pathos* existencial? Porque si bien existe un número limitado de temas que han preocupado

al hombre desde su amanecer vital — no sólo en su condición de *homo ethicus*, sino también de *homo aestheticus* —, es necesario que estos temas sean tratados de manera siempre nueva, con un colorido distinto, con un trazo original, con palabras que parezcan ser lanzadas al aire por primera vez. En suma, es necesario sustanciar nuevamente las voces y los colores en cada creación.

Sin embargo, buscando contrarrestar algunas exageraciones, resulta muy oportuno recordar en la cualidad las palabras de León Felipe. Sobre todo, quisiéramos que las leyera tantos pseudopoe-tas o pseudopintores que declaran enfáticamente haber destruido por completo los puentes que los unían con la tradición. ¿Es eso posible? Y si lo fuera, ¿qué sentido tendría, si paralelamente no se es capaz de construir algo valedero, encender una luz que rime con otras que aparecerán en el futuro? No, de ninguna manera: una obra no puede ser una isla incommunicable. Además, ¿cómo caer en la ingenuidad o en la pedantería de creer que nuestras obras podrán modificar las concepciones futuras, y negar, simultáneamente y de manera harto superficial a veces, la vigencia de las grandes creaciones del pasado y su influencia constante? ¿Existe o no la continuidad? Según aquéllos, sólo para el futuro, no para el pasado. Pero, ¿ese presente suyo no se transforma inmediatamente en pasado, no es pasado — indiscutiblemente pasado — con respecto al futuro al cual apuntan?

Luego de esta digresión que considerábamos necesaria, adentrémonos en la obra de León Felipe. Para él la poesía es «un sistema luminoso de señales». En cambio, para los nuevos poetas españoles la poesía asume no sólo el poder de influir en las generaciones poéticas venideras, sino también el más amplio — en el que se incluye el anterior — de modificación total del mundo futuro. Uno de ellos, Gabriel Celaya, define la poesía como un «arma cargada de futuro expansivo» con la cual apunta al pecho del lector. Ahora bien, ¿sólo la poesía constituye un hito brillante que atrae sobre sí el porvenir? No; toda auténtica manifestación artística — cualquiera sea su medio expresivo — también lo es. ¿Acaso la poesía de León Felipe (y no creemos aven-

(1) Miguel de Unamuno: Prólogo a la *Estética* de B. Croce, Salamanca, 1911.

turado afirmararlo) no está iluminada por la extraordinaria serie de aguafuertes goyescos que primitivamente se llamó **Fatales consecuencias de la guerra sangrienta con Bonaparte y otros caprichos enfáticos** y que en 1863 — a treinta y cinco años de la muerte de Goya — la Academia de San Fernando publicó con el título de **Desastres de la guerra?** ¿Acaso su poesía — completando el ciclo «voz activa-voz pasiva», «ser iluminada-iluminar» — no alumbraba en la actualidad a ese magnífico grupo de poetas españoles surgidos durante la posguerra? Me refiero a Blas Otero, al ya citado Gabriel Celaya, a Angela Figuera Aymerich, Victoriano Crémer, José Hierro, Eugenio de Nora, Leopoldo de Luis, etc.

Veamos qué une a estos poetas con León Felipe y a éste con Goya. Diremos primeramente que todos han vivido la guerra. ¿Qué guerra? La de Goya fue la de 1808, cuando las tropas napoleónicas invadieron a España; la de León Felipe y los poetas posteriores, la mal llamada guerra civil de 1936 y también la última guerra mundial. Pero ¿importa el uniforme de los soldados? Aquella guerra y éstas, y todas, son — igual, inconcebiblemente — guerras que el hombre hace estallar contra el hombre. Y, cualesquiera sean las banderas que se enarbolan, el saldo es siempre el mismo: muerte, sólo muerte, de cuerpos y almas. Sin duda, no es la guerra el único tema que palpita en los versos de los poetas mencionados. Tampoco lo es de la obra total de Goya. Pero sí es el tema que les ha arrancado las notas más desgarrantes, las más intensamente doloridas, las más desoladamente patéticas. Al afirmararlo así no dejamos de recordar la opinión expuesta en el ensayo sobre Goya — **Saturne** —: «Encore ne s'agit-il pas d'un reportage sur la guerre que, jadis, sur la sorcellerie. Le rôle du 'd'après nature', dans les **Desastres** comme dans les **Caprices**, est sans doute faible...». Según este crítico, autor de tantas admirables páginas, Goya alcanzó su plenitud artística cuando a la ficción del arte italiano puso, no la realidad, sino otra ficción dominadora: «à un monde paré, un monde déchiré». Su búsqueda se orientó hacia la reconstrucción. Sí, como todo verdadero artista, pero — nos atrevemos a preguntarnos — ¿significa esto por ventura considerar el «mundo destrozado» de los **Desastres** como ficción, como expresión de la imaginación goyescas? Para nosotros es, más bien, la genial trasposición de una realidad sangrienta y vociferante, demasiado poderosa para que la imaginación no quede — hasta donde le es lícito en todo auténtico arte — sujeta a ella.

Aparte este tema común, cabe destacar un rasgo característico: tanto en Goya como en León Felipe y en los poetas adheridos a la tendencia que se ha dado en llamar «realismo histórico» (2) el arte es narrativo épico (esto sin desmedro de sus valores puramente estéticos). Es un arte que nos lanza las verdades a la cara, nos golpea con ellas, porque el artista no ha cerrado los ojos ante la realidad atroz de su mundo en torno:

(2) Véase José María Castellet: *Veinte años de poesía española*, Barcelona, 1960.

Quiero vivir y amar sin que me pese  
este saber y oír y darme cuenta;  
este mirar a diario de hito en hito...

(Angela Figuera Aymerich: **Belleza cruel**).

Es un arte, agregaríamos, «comprometido», si no fuera porque — en el caso del pintor aragonés — parecería un anacronismo. Cabe, sin embargo, una salida: decir retóricamente que lo es «avant la lettre»; aunque en verdad no fue necesario que Sartre escribiera la palabra «compromiso» para que el artista comenzara a comprometerse. El compromiso es de todas las épocas, sólo que en algunas — particularmente en la nuestra — dicho compromiso adquiere un carácter más urgente y perentorio. Pero en definitiva el hombre digno de ser considerado como tal debió — en todos los tiempos — tomar partido y elevar su airada protesta contra la barbarie y las injusticias sociales. Decimos «tomar partido» y en seguida nos vemos obligados a aclarar que éste comprometerse no significa — de ninguna manera — la adhesión a determinada secta política o religiosa, sino defensa del hombre en su totalidad, de la libertad y la justicia como condiciones irrenunciables para una vida verdaderamente humana. El realismo histórico de Blas de Otero, Angela Figuera Aymerich, José Hierro, etc., nada tiene que ver, por lo tanto, con el aberrante realismo socialista o cualquier otro compromiso sectario, venenos que paralizan todo posible movimiento creador (3).

Muchos os preguntaréis escandalizados: ¿el compromiso no desnaturaliza lo esencialmente poético? A lo que respondemos que al presente una poesía desinteresada, preocupada sólo por bonitos juegos preciosistas, sería inadmisibles, y todo ser humano consciente de su tiempo la sentiría como una imperdonable burla:

Porque vivimos a golpes, porque a penas si nos  
[dejan

decir que somos quienes somos,  
nuestros cantares no pueden ser sin pecado un  
[adorno.

Estamos tocando fondo.

Y en la estrofa siguiente, Gabriel Celaya agrega con iracundia:

Maldigo la poesía concebida como un lujo  
cultural por los neutrales  
que, lavándose las manos, se desentienden y  
[evaden.

Maldigo la poesía de quien no toma partido hasta  
[mancharse.

(«La poesía es un arma cargada de futuro»).

Surgirán — si no han aparecido ya — epígonos, malos epígonos, que conducirán esta tendencia ha-

(3) Véase Guillermo de Torre: *Problemática de la literatura*, Buenos Aires, 1951 y «Contemporary Spanish Poetry», en *The Texas Quarterly*, Spring 1961.



cia un callejón sin salida, donde se repetirán los temas, pero faltará el aliento original, la pasión ardorosa.

A no dudarlo, estos pobres epígonos traicionarán el arte; y se dirá entonces que el mal radica en los equivocados principios poéticos del realismo histórico. No, no hay tales principios erróneos: sólo hay buenos o malos poetas. Pero olvidémonos ahora de posibles males y dejémonos penetrar por el ansia de justicia:

...¿Existe la justicia? Si nó existe ¿para qué está aquí Don Quijote? Y si existe ¿la justicia es esto? ¿Un truco de pista? ¿Un número de circo? ¿Un pim-pam-pum de feria? ¿Un vocablo gracioso para distraer a los hombres? Respondedme... Respondedme.»

(León Felipe: «Y qué es la justicia»).

Por la protesta:

Voy a protestar, estoy protestando desde hace mucho tiempo;

y no he de callar por más que con el dedo me persiguen la frente, y los labios, y el verso.

(Blas de Otero: «Censoria»).

Por la acusación (bajo el epígrafe de **Caso acusativo** agrupa Angela Figuera Aymerich una serie de poesías en su libro *Belleza cruel*) y el dolor desgarrante de estos poetas últimos y de su antecesor y maestro, León Felipe. Escuchemos su denuncia mientras — salvando un siglo y medio de distancia — proyectamos sobre una pantalla imaginaria la congoja infinita de un pueblo ocupado por el extranjero y su decisión inquebrantable de no someterse a él, su bárbara rebelión contra el enemigo. Oigamos sus palabras, en tanto desfilan ante nuestros ojos los ochenta y dos aguafuertes de los **Desastres de la guerra**, a través de los cuales Goya nos narra una verdadera y espeluznante historia de la vida (mejor dicho, muerte) española durante los años 1808 a 1812. Es incuestionable el fondo ético de estos aguafuertes, fondo que es — sin olvido de lo estético — el eje vital sobre el cual se organiza la nueva poesía española (significativamente, uno de los libros de Blas de Otero se titula **Redoble de conciencia**). No hay anulación de lo ético, antes al contrario, existe una mutua valoración, un recíproco enaltecimiento.

En 1938, desde Barcelona, León Felipe escribió el poema «Oferta», incluido luego en el libro *El payaso de las bofetadas*. Extraigamos de él un fragmento:

Mercaderes...

Oíd este pregón:

«El destino del hombre está en subasta.

Miradle ahí, colgado de los cielos

aguardando una oferta...» ¿Cuánto? ¿Cuánto?

¿Cuánto, mercaderes?... ¿Cuánto por el destino del hombre?

(Silencio... ni una voz... ni un signo)... Sólo España dio

un paso hacia adelante y habló de esta manera:

Aquí estoy yo otra vez;

aquí, sola. Sola, sí.

Sola y en cruz. España-Cristo

— con la lanza cainita clavada en el costado —.

La serie de aguafuertes goyescos se inicia con la figura de Cristo en el Monte de los Olivos, arrodillado, el pecho descubierto, con los brazos extendidos y la mirada suplicante. Abajo se lee: «Tristes presentimientos de lo que ha de acontecer». Se ha dicho que este aguafuerte es «el prólogo al Viernes Santo de la historia de una nación». Vemos, pues, que tanto en Goya como en León Felipe, el Crucificado se identifica con España: España - Cristo. Pero en León Felipe se identifica además con el hombre:

Porque el Cristo no ha muerto...

Y el Cristo no es el rey, como quieren los cristeros y los católicos políticos y tramposos...

El Cristo es el Hombre...

La sangre del Hombre...

de cualquier Hombre.

(«El Cristo... es el Hombre»).

Algunos han querido ver en el aguafuerte de Goya, no la representación de Cristo, sino la de un campesino angustiado. En este caso, el Cristo de Goya sería — al igual que en León Felipe — sucesiva o simultáneamente España y el hombre.

Des mismo libro *El payaso de las bofetadas* transcribiremos algunos versos del poema «Raposa», fechado en Valencia en 1937, vibrante de dolor sin consuelo. Destaquemos, al pasar, que con la palabra «raposa» («vieja raposa avarienta») León Felipe designa a Inglaterra, a quien hace responsable, por su indiferencia y su cálculo, de todos los muertos de la guerra del 36. Recordemos también (sin ánimo de justificación, sino de simple verdad histórica) que en 1812 fueron las tropas inglesas al mando de Wellington las que iniciaron la expulsión de los franceses del territorio español y definieron, en la sangrienta batalla de Arapiles, la suerte de un pueblo empecinado en no someterse, aun cuando esto significara la destrucción total del mismo. ¿Cómo privar de libertad a un pueblo esencialmente huracanado? (¿Quién habló de echar un yugo — sobre el cuello de esta raza? — ¿Quién ha puesto al huracán — jamás ni yugos ni trabas, — ni quién al rayo detuvo — prisionero en una jaula? (4). Pero volvamos a León Felipe y a su poema «Raposa»:

¡Sí, sé contar!

He contado mis muertos.

Los he contado todos,

los he contado uno por uno.

Los he contado en Madrid,

los he contado en Oviedo,

los he contado en Málaga,

los he contado en Guernica,

los he contado en Bilbao...

los he contado en las trincheras;

en los hospitales,  
 en los depósitos de los cementerios,  
 en las cunetas de las carreteras,  
 en los escombros de las casas bombardeadas  
 (resbalando en la sangre,  
 tanteando en las sombras y en las ruinas).

Contando muertos este año, en el paseo del Prado,  
 creí una noche que caminaba sobre barro, y eran  
 sesos humanos que llevé por mucho tiempo pegados  
 a las suelas de mis zapatos.

En esta cuenta obsesiva, en este martilleo de muerte, resuena la plasticidad de los aguafuertes goyescos y sus lacónicos epígrafes: **Tanto y más** (nº 22), que representa un alucinante grupo de cadáveres; **Las camas de la muerte** (nº 62), en el que una figura fantasmal se eleva entre miserios camastros de agonizantes (por su increíble modernidad y su poder sugeridor, esta plancha equivale al «He contado mis muertos», de León Felipe, tan simple y significativo); **Carretadas al cementerio** (nº 64), donde el cuerpo inerte de una joven es arrojado impudicamente sobre un carro que lleva ya una atroz carga fúnebre: **Caridad** (nº 27), en el cual los vivos se deshacen brutalmente de los muertos — a los que previamente se ha despojado de sus ropas —, arrojándolos a un precipicio; **Lo mismo en otras partes** (nº 23), que muestra un espeluznante paisaje montañoso sembrado de muertos y heridos. Además, **Con razón o sin ella** (nº 2), en el que soldados franceses apuntan con sus bayonetas a dos campesinos absurdamente armados: uno con una pica y otro con un cuchillo; **¡Qué valor!** (nº 7), donde Agustina — la heroína popular del primer sitio de Zaragoza, asentadas sus plantas sobre cadáveres, enciende la mecha de un cañón; **Estragos de la guerra** (nº 30), en el cual se muestra el derrumbe de un techo, la quiebra de vigas y el desplomarse de seres humanos, todo en lúgubre confusión y trágico movimiento. Frente a este último aguafuerte de tan moderna factura, y frente al llamado **Amarga presencia** (nº 13), no podemos dejar de pensar en **Guernica**, de Picasso, si bien esta última obra tiene un carácter más simbólico, razón por la cual su mensaje no nos abrasa, no nos sacude; sólo nos invita a deleitarnos serenamente con su estructura, entregándonos gozosamente al juego intelectual que nos permite desentrañar su simbolismo. Goya, en cambio, nos grita, nos zamarrera con manos semejantes a tenazas al rojo, nos transmite su indignación contra tanta crueldad inútil, indignación semejante, según palabras de Antonina Vallentin, a una «llaga enconada».

León Felipe, tan goyesco en muchos de sus poemas, ha creado para él y para sus discípulos una poética que los guía, pero no los coacciona: «Todo buen combustible es material poético excelente... Todo... hasta la prosa... La prosa, aquí ahora, no es ni excipiente ni exégesis tan sólo. Es un elemento poético que gana calidad no con el ritmo sino con la temperatura. La línea de la llama es la línea organizadora y arquitectónica del poema.» Sí, la línea de la llama, llama nacida por un golpe, no

de mar, sino de guerra — que destierra los ángeles mejores (5). ¿No es también una línea de llama la que dibuja los cuerpos destrozados y los rostros de espanto en los aguafuertes de Goya? Pero, también, ¿no es ella la que en ambos enciende la esperanza?

Pero sé  
 — y esto es mi esencia y mi orgullo,  
 mi eterno cascabel y mi penacho —  
 sé  
 que el firmamento está lleno de luz,  
 de luz  
 de luz  
 que es urí mercado de luz,  
 que la luz se cotiza con sangre...  
 y lanzo esta oferta a las estrellas:  
 «Por una gota de luz  
 toda la sangre de España:

España no tiene otra moneda...  
 ¡Toda la sangre de España  
 por una gota de luz!  
 ¡Toda la sangre de España... por el destino  
 del Hombre!  
 («Oferta»).

En esta confrontación, en esta búsqueda de correspondencias, nos enfrentamos con el aguafuerte nº 79 — **Murió la verdad** — muy significativo como testimonio de nuestra afirmación original: el signo goyesco en la obra de León Felipe y, a través de éste, en los nuevos poetas. La verdad está representada en esta plancha por una hermosa joven, aun muerta, proyecta luz sobre las tinieblas pobladas por los enloquecedores fantasmas de la negación. A su lado, vencida, la justicia llora su impotencia; una de sus manos sostiene la balanza ya innecesaria. León Felipe escribe:

Si no es ahora, ahora que la justicia vale  
 menos, infinitamente menos  
 que el orín de perros;  
 si no es ahora, ahora que la justicia tiene  
 menos, infinitamente menos  
 categoría que el estiércol;  
 si no es ahora... ¿cuándo se pierde el juicio?...  
 («Pero ya no hay locos»).

Pero en el aguafuerte nº 80 — **¿Si resucitará?** — todo lo negativo: violencia, indignación, opresión, comienza a ser anulado por la luz que irradia la verdad a punto de volver a la vida. Esta plancha, en la que se renueva la esperanza, encuentra tal vez su mejor acorde, no en León Felipe, sino en Blas de Otero, el representante más valioso — a nuestro parecer — de los últimos poetas españoles:

Oh, patria, árbol de sangre, lóbrega  
 España  
 Abramos juntos  
 el último capullo del futuro.  
 («Vencer juntos»).

(4) Miguel Hernández: «Vientos del pueblo me llaman».  
 (5) Blas de Otero: «Puertas cerradas».



El poeta no concibe sus días futuros desarraigado de su tierra; ante ese solo capullo de porvenir, poderosamente cargado de sugestión por su unicidad, invita a España para que juntos lo desfloren. Y en otra poesía, ya en clara coincidencia con el Goya de *Esto es lo verdadero* (nº 82) — simbolización del pueblo español que, después del desastre, se eleva sobre los cadáveres —, expresa su creencia en el hombre y en la paz:

Creo en el hombre. He visto  
 espaldas astilladas a trallazos,  
 almas cegadas avanzando a brincos  
 (españales a caballo  
 del dolor y del hambre). Y he creído.  
 Creo en la paz. He visto  
 altas estrellas, llameantes ámbitos  
 amanecientes, incendiando ríos  
 hondos, caudal humano  
 hacia otra luz: he visto y he creído.  
 («Fidelidad»).

Si ha creído, ha creído después de haber visto.  
 También Goya ha visto el *Fiero monstruo* nº 81),

todo el horror de la guerra, devorando, triturando, vomitando pobres seres humanos; ha visto lo que *No se puede mirar* (nº 26). Blas de otero, que ha visto y sabe que «vivir se ha puesto al rojo vivo», que ser hombre es «horror a manos llenas», grita desesperado:

¡Alzad al cielo el vientre, oh hijos de la tierra,  
 salid por esas calles dando gritos de espanto!  
 Los veintitrés millones de muertos en la guerra  
 se agolpan ante un cielo cerrado a cal y a canto.  
 («Hijos de la tierra»).

Una súplica semejante surge del célebre aguafuerte *Nada de ello dirá* (nº 69). En él se llega a una conclusión patética: la sinrazón, la inutilidad de tanta muerte. ¿Quién vence entonces? Sólo la nada.

Vemos, pues, en este rápido estudio, no exhaustivo por cierto, que la coincidencia a través de los tiempos y las sensibilidades, — la rima histórica de que habla León Felipe — existe y que ésta emerge no sólo en el ámbito poético, sino también en el plástico.

## Modos de vivir que no dan de vivir (Oficios menudos)

Considerando detenidamente la construcción moral de un gran pueblo, se puede observar que lo que se llama profesiones conocidas o carreras, no es lo que sostiene la gran muchedumbre; descártense los abogados y los médicos, cuyo oficio es vivir de los disparates y excesos de los demás; los curas, que fundan su vida temporal sobre la espiritual de los fieles; los militares, que venden la suya con la expresa condición de matar a los otros; los comerciantes, que reducen los sentimientos y pasiones a valores de bolsa; los nacidos propietarios, que viven de heredar; los artistas, únicos que dan trabajo por dinero, etc., etc., y todavía quedará una multitud inmensa que no existiera de ninguna de esas cosas y que, sin embargo, existirá; su número de pueblos grandes es crecido y esta clase de gentes no pudieran sentar sus reales en ninguna otra parte: necesitan el ruido y el movimiento, y viven, como el pobre del Evangelio, de las migajas que caen de la mesa del rico. Para ellos hay una superabundancia de pequeños oficios, los cuales, no pudiendo sufragar por sus cortas ganancias la manutención de una familia, son más bien pretextos de existencia que verdaderos oficios: en una palabra, modos de vivir que no dan de vivir; los que los profesan son no obstante, como las últimas ruedas de una máquina, que, sin tener a primera vista grande importancia, rotas o separadas del conjunto paralizan el movimiento.

LÁRRA

## Joyas del conocimiento

El hombre, como todos los animales bisexuados, es un animal social. No se trata aquí de un principio metafísico, sino de un instinto profundo, **orgánico**. Esa sociabilidad se ha desarrollado en el curso de las edades, a través de la serie animal, de grado en grado de la escala zoológica, verdadera escala natural de los valores, y tiende, en el hombre, a llegar a su plena expansión, que aún contrarían las condiciones económicas y políticas de la vida.

Esa sociabilidad la vemos aparecer y manifestar sus primeros efectos con los primeros rudimentos de la vida en común. Así, el sentido moral nace y se perfecciona con la asociación. Los dos fenómenos son concomitantes, solidarios.

Pero el carácter social de la vida es universal. No es solamente el hecho de la vida animal: se extiende al universo entero: es atómico y es cósmico. Y la sociabilidad humana no es sino esa tendencia natural, valorada y fortificada por la razón y la costumbre. Tal es la génesis del sentido moral. Tal la genealogía de la moral humana: fundamento natural, fisiológico, **físico**.

La sociabilidad está en todas partes: en estado latente o en estado aparente. Ciertos cuerpos se combinan o se amalgaman entre sí: otros no se combinan o no se amalgaman... Afinidad química: forma elemental de la sociabilidad y de la asociación. Esto en cuanto a la materia bruta. Pasemos a la materia viviente. ¿Qué son los órganos vivos, desde los más simples a los más diferenciados, sino verdaderas sociedades, asociaciones de elementos biológicos? ¿Hay, siquiera objetivamente, una línea de demarcación entre los organismos llamados biológicos y los organismos llamados sociales? En los unos, sin duda, percibimos de una sola mirada el conjunto de unidades componentes; entre los otros, no. Pero ese punto de vista subjetivo, ¿es una base suficiente para unadistinción racional y científica? En realidad, todo ser viviente es una sociedad, como toda sociedad es la acción recíproca, espontánea y constante de individuo a individuo, de unidad a unidad, cualesquiera que sean la aproximación o el alejamiento materiales de esos individuos, de esas unidades. Así, a pesar de su inmediato contacto, dos pedazos de roca yuxtapuestos no forman una asociación, porque del uno al otro no hay acción alguna espontáneamente recíproca. La distancia, pues, importa poco, y se puede decir que no existe diferencia esencial, fundamental, entre la vida de una sociedad humana, por ejemplo, y la de una colectividad celular. Vida y sociabilidad van emparejadas.

La sociabilidad no es, por otra parte, sino la manifestación de la tendencia natural que tiene la vida, en todo ser viviente, a intensificarse.

Paul GILLE

## Crimen y castigo

El individuo social es y no puede ser sino lo que le hacen la herencia, la educación y el medio. Sería perder el tiempo querer luchar contra ese hecho. En un medio antagónico, violento, falso, jerárquico, es fatal que el ser sea egoísta, batallador, hipócrita, dominante.

Los consejos, las advertencias, los castigos, no prevalecerán contra esa fatalidad. «Todos los sistemas de penalidad — dice E. de Girardin — y todos los suplicios han sido imaginados. ¿A qué han conducido, si no es a mostrar su impotencia?»

Tal vez no hay un solo gran espíritu que, habiéndose ocupado de la cuestión, no haya concluido en el mismo sentido. Platón dice que «los crímenes son causados por la falta de cultura, por la mala educación y por la mala organización del Estado». Se lee en la célebre Utopía del ilustre Tomás Moro: «La justicia de Inglaterra y de muchos otros países se parece a esos malos maestros que azotan a sus alumnos en lugar de instruirlos. Hacéis sufrir a los ladrones tormentos espantosos; ¿no valdría más asegurar la existencia a todos los miembros de la sociedad a fin de que nadie se encontrara en la necesidad de robar primero, de ser castigado después? Abandonáis millones de niños a los estragos de una educación viciosa e inmoral. ¿Qué hacéis pues? ¡Ladrones y asesinos, para tener el placer de ahorcarles!»





## ACTO PRINCIPAL DEL ESTADO

CON FRANCO,

«ESE HOMBRE»

# Asesinato de Miguel de Unamuno

por FLOREAL OCAÑA

(Continuación)

**N**O que nos angustia en el presente y para el futuro — dice Miguel de Unamuno — es la necesidad de restablecer una conciencia universal de la humanidad. En la afirmación de este sentido de la justicia para todos los pueblos y los individuos, nuestra España ensangrentada tiene que ocupar su puesto, el lugar adecuado a sus valores espirituales... Los valores del espíritu y la dignidad del hombre tienen que imponerse por encima de todo lo demás... La humanidad debe volver a creer en la fraternidad entre los hombres sobre la tierra»...

Acabemos de probar a Ramón J. Sender con «cuánta falta de exactitud» — que él nos achaca torpe y aviesamente—, parcialidad, injusticia, falsedad y espíritu o sentimiento abyecto, en grado superlativo, habla sobre Miguel de Unamuno.

Somos nosotros los que publicamos en los números 160, 161, 162, 164 y 165 de la querida revista CENIT, la conferencia pronunciada — por el firmante que una vez más, repito, hablo en nombre de los que coincidimos — en el Ateneo de Cuernavaca sobre «Unamuno y Benavente. La verdad y la mentira». En ésta, por vez primera, estudiamos las personalidades definitivas, globalmente consideradas, del primero y del segundo, contrastándolas, basándonos en la conducta o el decir y el hacer del uno y del otro a partir del 18 de julio de 1936 porque, a nuestro entender, sintetizan, respectivamente, todo cuanto quisieron ser, en sentido ético e intelectual, para siempre, al fin de sus vidas.

Sobre la segunda personalidad, la de Jacinto Benavente, que la presentamos como fue: defensora íntera al servicio del régimen franquista, Ramón J. Sender, proyectando psicológicamente su preferencia por la mimada por «Franco, ese hombre» y el Tío Sam, ni una palabra en contra le dedicó pese a que hasta el fin de sus días sirvió a estos dos últimos, que es tanto como hacer, con su silencio, causa común con él; pero si cargó de la forma más torpe y ruin contra el primero: contra Miguel de Unamuno.

### Defensa de la personalidad global de Unamuno

Dice Sender que «elogiamos la figura de Unamuno y no tal o cual novela, poema o ensayo del mismo».

Esto es lo que aconseja Sender debe hacerse si-

guiendo los caminos trillados poniendo de relieve su mediocridad a sabiendas que es lo que han hecho, hasta el presente, casi todos los escritores mal o bienintencionados, mejores y peores, para alardear o no de erudición, por exhibicionismo o no literario, puramente o no literario, de a tanto o no la línea, con más o menos repujada y bruñida literatura según dominen y sepan usar los elementos estéticos del lenguaje en el arte de escribir. Pero así sólo logran reflejar, a su modo, con mayor o menor acierto, fracciones de la personalidad tan vasta y compleja del sujeto llamado, en este caso, Miguel de Unamuno.

Cualquier psiquiatra o psicólogo al psicoanalizar a un individuo una de las preguntas que le hace, advirtiéndole que al hacérsela responda al instante, sin detenerse a reflexionar, automáticamente, para que tenga un valor psíquico-mental o sensorio-motor, dato psicológico de verdad espontánea a analizar, es la siguiente: «¿Qué animal hubiera deseado ser de no pertenecer al género humano?» A un sujeto, por ejemplo — al que escribe — se la hicieron, por sorpresa, y apenas el psicoanalista acabó de pronunciar la última palabra de su pregunta el interrogado respondió: golondrina. Esto es tan verdad como cierto es que lo leerá el psicólogo que la hizo que ejerce en la Universidad Autónoma de México.

Viene a cuento esta explicación porque Ramón J. Sender — que dice «elogiamos a Unamuno venga o no a cuento» — al adoptar la palabra «figura», atribuyéndonala, habiendo nosotros empleado el vocablo «global», al todo representado por Miguel de Unamuno, a su «yo» total, o a su personalidad concreta, integral, ha puesto al desnudo, con la elección de su palabra, algo de su mundo subjetivo, de lo poco limpio de su íntimo sentir y pensar que ha estado tratando — al entender del firmante — de ocultar hasta hoy que no sólo el fondo o la suma de todos los valores superiores que constituyen la vida interior del ex-rector salmantino sino que hasta su figura en conjunto, lo exterior, de estricta impresión psicológica, la apariencia prócer del mismo, y sus modos de hablar, de perorar y de forma innoble e insana hasta odiarlo, proyectando así psicológicamente, al exterior, lo predominante en su personalidad: que odia cuanto de superior le rodea.

Ya que sus carencias afectivas humanitarias o actuales miserias morales, psíquicas y mentales le impiden alcanzar el elevado y sublime nivel ético que alcanzó Miguel de Unamuno, ¡cuánto de inferior siente, Ramón J. Sender, no poder ascender, al menos, hasta la altura intelectual de aquél para conquistar, por encima de todo, renombre literario y mayor mercado para sus artículos y libros, la máxima popularidad, que le envanecería más y más sería, por lo tanto, tan o más inmerecida y falsa, en sentido social y humano, que la de Benavente!

Recuérdese, repetimos, que la conducta de Jacinto Benavente la confrontamos con la de Miguel de Unamuno, en la conferencia de Cuernavaca, y Sender, mientras contra éste descargó falsedades, diatribas y sucias perrerías, sobre el primero no dice palabra, proyectando, con su silencio, sus afinidades con el mismo, con Benavente, que hasta el último segundo de su existencia estuvo defendiendo al franquismo, desvergonzadamente. Compréndase, pues, cuánta indignación nos causa el artículo de Ramón J. Sender titulado «Falta de exactitud», como asimismo el libro cruel de M. Jiménez Igalada.

La Psicología científica contemporánea, estudiando al hombre lo hace considerándole globalmente, porque él es un todo — y no suma de partes — funcional biológico, psíquico y mental que no podemos dividir en porciones, aunque, convencionalmente, para las especializaciones, pueden ser estudiadas y tratadas, separadamente; y en ese todo psico-somático y psico-ideal, de ser orgánico con valores fisiológicos y psicológicos influyen elementos y energías endógenas y exógenas, y factores culturales

Hasta en lenguaje llano de la vida cotidiana el sujeto más profano en materia psicológica al referirse a la conducta observada por un individuo humano dice: «Se porta bien o mal; es bueno o es malo. O recibimos buena o mala impresión de una persona desconocida que se nos presenta.

En todos los casos, superficiales o examinados de acuerdo con la psicología profunda, al sujeto lo tomamos o consideramos en **conjunto** como hicimos con Unamuno. Este con su actitud adoptada desde el 18 de julio al fin de diciembre de 1936, durante cinco meses y medio, aproximadamente, particularmente a partir del 12 de octubre del mismo año, resumió toda su vida moral, psíquica y mental que **quiso exponerla** y salvarla, **íntegramente**. Lo hizo con claro y pleno buen juicio, a **conciencia** o a **sabiduría** que ponía en peligro de desaparecer toda su estructura orgánica. Y prefirió que se la «arrebataran», perderla a transigir eliminándose, por instinto de conservación, como **ser ideológico** con todos los valores superiores que Miguel de Unamuno representó con heroísmo humano cimero, al parecer a pesar de Ramón Sender y de la revista «Comunidad Ibérica», que acepta en sus páginas las malas ideas de su colaborador.

Los **sentimientos** y **pensamientos** últimos de Miguel de Unamuno, mal llamados del «espíritu» — como diría el querido compañero Costa Iscar ya desaparecido, que sigue viviendo en nuestro corazón —, están vinculados al **existir universal**, de todos

los tiempos como disfruta Sócrates, por ejemplo, de valor trascendente, inconmensurable, del que carece totalmente el «vegetar», llamado también vivir, del sujeto que indiferente al dolor ajeno le importa sólo su longevidad física que tan corta, ínfima e intrascendente resulta en el tiempo y en el espacio cósmico — sin medida y sin fin — aunque la prolongue miserablemente obteniendo más «dineros» que el Judas denigrando y haciendo mal a otros de sus semejantes: traicionando al ideal humanitarista.

En términos psicológicos podemos decir persona como «figura» hablando de un individuo humano determinado por «figurar» éste como miembro de la especie humana. Pero «figura» — con lo que Sender proyectó la parte predominante de su psicología que está en medida y a tiempo de mejorar, lo cual nos alegraría — o persona no es igual a **personalidad**.

Todos los valores fisiológicos y psicológicos: instintivos, temperamentales, tendencias y hábitos, emocionales, afectivos, intelectuales, éticos, etc., del individuo humano, contribuyen a formar una **unidad** que pueden hacerla variar necesidades y situaciones vitales distintas: **la personalidad**, mala o buena.

Concretando de otro modo el concepto **global** del sujeto valorando el **total** de su obrar, de su **hacer** en el medio social, tan acre y malignamente criticado por Ramón Sender; todos los valores cualitativos y cuantitativos psicossomáticos, los heredados, con los bienes culturales adquiridos por la persona, los más valiosos, porque son los que nos hacen obrar **bien** o **mal**, constituyen no una «figura», dicho en términos científicos — sin serlo nosotros o el que escribe y al margen de lo literario —, sino una **síntesis psico-ideal**, lo vivo y lo singular del sujeto, el **yo integral** o digamos: al hombre sensible y pensante en su totalidad integrada, influyendo en ésta los elementos y los factores citados y otros no expuestos, endógenos y exógenos, en constante **dinámica inter-relación** e **inter-acción** que intervienen en las funciones fisiológicas, psíquicas y mentales, en el **todo** biopsicológico diferenciando a un individuo humano de otro.

Lo mismo que se dice: el café «humea» en la taza, sabiendo que es agua que se evapora, podemos usar el vocablo «figura» como término literario; asimismo cuando adquirida por el sujeto **una personalidad** — claro está lo de **unidad**, lo **global** — más o menos concreta y relevante, podemos decir que con ésta «figura» o puede «figurar», **distinguirse**, con acierto mayor o menor en tal o cual actividad humana; pero no en términos psicológicos, científicos, repetimos, tomando el humo por agua o la figura -- o la persona — personalidad.

Si a Ramón Sender no lo convence nuestra opinión fundada en las propias experiencias, estudiándonos nosotros mismos y estudiando a nuestros congéneres, vea qué opinan al respecto la Biología y la Psicología, en nuestros días. Para el biólogo y el psicólogo la personalidad es dada por el complejo: a) de funciones orgánicas que se revelan en la constitución; b) por las disposiciones con cuya expresión comprendemos las tendencias, las inclinacio-



nes y los efectos, o sea, las funciones **distintamente** descritas como propias del yo inferior, yo práctico, timopsiquia, que es la actividad afectiva del «espíritu» en oposición a la noopsiquia o actividad intelectual, etc.; c) por los sentimientos superiores y las funciones intelectivas volitivas. Cada sujeto atribuye las funciones fisiológicas y psíquicas que él percibe como propias de un «yo», de un «todo» que el psicólogo llama personalidad humana.

Sépanlo Ramón Sender y todo el mundo: Miguel de Unamuno el 12 de octubre de 1936 obró todo él, su yo todo como **unidad** humana universal inquebrantable, con todas las potencias de sus energías psicológicas, éticas, afectivas e intelectuales, tomando relieves sublimes su personalidad que la situación que vivía y sufría en medio de la barbarie fascista le hizo concretar, forjándola en el yunque del «dolor», y que ya no rectificaría, dispuesto a sufrir la «caída» con ella y por ella con altivez elevada de luchador tenaz, «visionario» del futuro de España, que sabe que la última batalla, por la «Razón y el Derecho», la ha de ganar: la de Quijote que la anti-España no pudo vencer aun haciéndolo «caer».

¿Por qué Ramón Sender y los demás «eruditos» quieren «demostrar» que tienen a mano lo «feo y lo malo» que en el pasado habló y escribió Unamuno — gran parte mal comprendido por sus detractores — no han transcrito **pensares** y **sentires** del mismo — ni uno siquiera — con los que podrían formarse uno o más libros que están más de acuerdo con la filosofía y la psicología que expuso con su conducta al fin del curso de su vida?

Ya hemos reproducido algunos y transcribimos otros, seguidamente, dejando otros breves escritos de Unamuno para intercalarlos más adelante en lugares adecuados. Poco es lo que reproducimos del ex-rector de la Universidad de Salamanca; y nos vemos obligados a hacerlo para que no repita Ramón Sender, con tanta «inexactitud» y desfachetez, tan afín del franquismo, que a Miguel de Unamuno «lo elogiamos y lo aplaudimos sin saber a ciencia cierta por qué».

He aquí un jirón del pensar y del sentir más íntimo del mundo subjetivo de Unamuno que lo materializó, ¡enteramente!, con su último acto que tanto hemos comentado: «**Todo es mentira mientras ahorque los impulsos nobles y aborte monstruos estériles. Por sus frutos conoceréis a los hombres y a las cosas. Toda creencia que lleve a obras de vida es creencia de verdad, y lo es de mentira lo que lleva a obras de muerte. La vida es el criterio de la verdad y no la concordia lógica, que lo es sólo de la razón.**»

¿Y no es el régimen medieval fasciofalangefranquista, que «lleva a obras de muerte», creencia de mentira, con la Iglesia que lo bendijo y lo impuso con los militares, los terratenientes y los grupos oligárquicos que tiranizan y explotan al Pueblo español? ¿Cómo se atreve Ramón Sender a afirmar que «Unamuno saludó con entusiasmo a éstas fuerzas que no cesan de «ahorcar impulsos nobles y de abortar monstruos estériles» — como él dice — que sólo «obras de muerte» son capaces de ejecutar? La verdad es que Ramón Sender expresándose así se

suma, aunque parezca otra cosa, a los que no ven más allá de sus narices: a la corriente de opinión reaccionaria de la anti-España que no «perdona» a Miguel de Unamuno que tales conceptos los manifestara antes de alzarse aquélla contra la España del Quijote.

Sin embargo los ensotanados y malandrines fasciofranquistas de toda laya siguen celebrando, con más pompa — que van siendo de «jabón» — cada año homenajes a Miguel de Cervantes Saavedra y a su producción literaria, como empiezan a celebrar los de otro Miguel, pero de Unamuno, intentando, sin poder lograrlo, apropiárselos, hacérselos suyos, a pesar que los rechazan con fuerte e irresistible «pedrea»: «... **Defenderán, es natural, su usurpación, y tratarán de probar con muchas y estudiadas razones que la guardia del Sepulcro de Don Quijote corresponde a bachilleres, curas, barberos, duques y canónigos que lo tiene ocupado. A estas razones hay que contestar con insultos, con pedradas, con gritos de pasión. No hay que razonar con ellos; si tratas de razonar frente a sus razones estais perdidos.**»

Perdidos estuvieron, por desgracia, los gobernadores y demás políticos republicanos y socialistas españoles que en julio de 1936 tenían en sus manos las riendas del poder en las regiones hispanas, y que al oír las voces apremiantes de alerta que dábamos los hombres de la C. N. T. y de la F. A. I., en vez de ponerse en contacto directo con el Pueblo y darle las armas que reclamaba, como medida de previsión, prefirieron dedicarse a «razonar» con los militares. ¡Temían más a la España del Quijote!

Así el nazifasciofranquismo pudo triunfar en la media España que los políticos dejaron desarmados a los trabajadores de todas las ideas diciéndoles que confiaban en las «razones» que les daban los «altos» jefes militares — hasta personajes eclesiásticos complicados en el alzamiento —, en la palabra de «honor» que les dieron: que «no traicionarían a la República, al juramento de servirla y defenderla».

Sin embargo, se alzaron el 18 del mes y del año precitados sorprendiendo a los cobardes, torpes e ingenuos políticos que confiaron en los sujetos que ejercitan las técnicas de matanzas colectivas, el ejercicio de asesinar en gran escala, al por mayor, en guerras, y los pasaron por las armas. **¡He aquí un por qué más monstruoso que enseña que los pueblos no han de confiar en tutores políticos de ninguna clase, que son ellos mismos que han de aprender a salvarse por su propio esfuerzo!** «La emancipación de los trabajadores ha de ser obra de los trabajadores mismos».

La política confió en la «honradez y en la lealtad» de las fuerzas negras y retrógadas de la reacción que Miguel de Unamuno ya empezó a combatir, de palabra, públicamente, el 16 de julio de 1936, en la Plaza Mayor de Salamanca, gritando, tronando más bien contra Azaña, en particular, mencionándolo, y demás gobernantes de España diciendo entre otras cosas: «**Están ciegos; no ven siquiera lo que está tan claro: que de uno a otro instante va a desencadenarse la tempestad sangrienta sobre España y nada hacen por impedirlo.**»

Y lo peor es que la falta de visión y de previsión

de los políticos izquierdistas les costó a éstos vidas y más, muchísimo más caro al Pueblo español que vio caer a cientos de miles de los suyos, de los nuestros que no debieron caer ni merecieron ser derrotados por los nazifasciofranquistas. En la otra media España los gobernadores republicanos también estuvieron negando armas a los trabajadores hasta las mismas primeras horas del alzamiento fascista. Pero gracias a los libertarios de la C. N. T. y de la F. A. I. y avisados obreros de la U. G. T., empleando la acción directa, tomaron las que pudieron, pudo constituirse la llamada zona antifranquista al ser batido el fascismo en los días 18 y 19 de julio de 1936, en pocas horas, como pudo ser vencido en las demás regiones hispanas si los gobernantes de la República hubieran entregado al Pueblo las armas que éste reclamaba desde el 17, tan sólo un día antes, en la fecha que ya «Franco, ese hombre», se alzó en el N. de Africa realizando ejecuciones en masa significando que se atrevía a tanto porque contaba con el alzamiento de los militares de la península. ¡Y los gobernantes republicanos no se daban por enterados!

Ya «vencedora» la anti-España, con sus militares, «curas, duques, canónigos, etc.», hace la guardia del Sepulcro de Don Quijote, como al del mismo Miguel de Unamuno que siguiendo el ejemplo de aquél revivió sus hazañas nobles y justicieras. Este

la atacó con coraje, sin amilanarse, y continúa atacándola de manera singular: desde el fondo de la Historia con contundentes puñadas literarias humanizadas tanto o más efectivas y demoledoras que las que puedan dar un millón o más de puños. Y acabarán desintegrando y pulverizando a tal régimen liberticida sostenido por sujetos irracionales, sanguinarios y crueles, que no alcanzan a comprender que los sepulcros que guardan con tan anormal y patológico celo, nada humano contienen; que el Quijote, insepultable, por ser inmortal, sigue suelto por tierras hispanas, acosándolos, llamando a la rebelión, con gritos de pasión liberadora, animando, con su ejemplo, a los Hombres esforzados cuyo número irá creciendo, creciendo hasta que lograrán acabar con lo medieval, con el mal de España.

Queriendo Ramón Sender, con Miró y «Comunidad Ibérica», y demás sujetos que los siguen, dejar, para siempre, a Miguel de Unamuno en manos de los nazifasciofranquistas, como si les perteneciera, de «todo corazón», mintiendo o haciéndose cómplices de las mentiras propaladas por éstos sobre aquél ex-rector salmantino ¿merecen o no las mismas «pedradas» que ya lanzó el Quijote a los defensores de la inquisitorial anti-España? Consideramos que sí.

(Continuad)

## OSCURIDADES

La sombra es sudario para la impostura, la vanidad y los oropeles; por eso hay tantos que la odian.

La sombra mata la inútil belleza de las piedras preciosas que cautivan las mentes primitivas.

En la sombra nacen las tempestades y las revoluciones que destruyen, pero también fecundan.

El carbón, piedra oscura que tizna las manos que la tocan, es fuerza, es luz, es movimiento cuando ruge el fogón de la caldera.

La rebeldía del proletariado oscuro es progreso, libertad y ciencia cuando vibra en sus puños y trepida en sus cerebros.

En el fondo de las tinieblas toman forma los seres y empiezan las palpitations de la vida.

En el vientre del surco la simiente germina.

La oscuridad de la nube es la fertilidad de los campos; la oscuridad del rebelde es la libertad de los pueblos.

Práxedes G. GUERRERO



# Viejos apuntes para mi hijo

por EUGENIO RELGIS

**1** DE ENERO (1924). No es un fin, ni un comienzo. Ni el ayer, ni el mañana... Hoy no es el día cuando se agrega una incisión en el tronco de lo temporario, clavado en la noche de las fatalidades terrestres y erguido, con las ramas de las esperanzas, hacia el cielo de las felicidades inaccesibles. No, hoy penetro en mí mismo, en el infinito de la vida pura; hoy quiero evadirme de mi cárcel de carne, para conocer mi propia eternidad. Y la veo en tí, hijo mío, recién nacido, que duermes en la cama inmaculada, victoria plasmada con sufrimientos y amor.

★

He ahí el primer cuento, hijo mío. Vas a comprenderlo cuando seas más grande... Un ricacho presta a un poeta enfermo una pequeña cantidad de dinero, bajo esta condición: si el poeta muere antes de pagarle la deuda, le deja toda su fortuna.

Y, en verdad, después de la muerte del poeta, el «benefactor» de gran vientre y bolsas llenas de oro, recibió un kilogramo y medio de cerebro y un corazón destrozado.

★

Un ejemplo de relatividad:

Ofrece a un hotentote un jabón; él te dará, en cambio, un puñado de estiércol. No te indignes. El fin es el mismo. El hotentote no conoce mejor jabón que el estiércol.

Eterna disparidad de las firmas. Solamente la idea puede ser absoluta. El rey de una isla de Oceanía te recibirá en audiencia, en una especie de galpón con tejado de cañas, apenas vestido con un chaleco y llevando, sobre la cabeza, un sombrero de copa, aplastado, hecho acordeón. Reprime tu risa. Tienes que respetar una idea universal: la soberanía. ¿Qué importa su ropaje?

★

Hijo mío, he ahí mi oración de todos los días: Creo en una fuerza suprema: la del espíritu creador;

mi ruta hacia el corazón de los hombres, de las cosas y del mundo, me la abro siempre, paso a paso, mediante la intuicionalidad, y ésta no es más que amor clarividente y perseverante;

no me someto sino a un solo imperativo: el de mi propia conciencia;

todas mis aspiraciones se resumen en una sola: el conocimiento de mí mismo;

y no conozco más que un medio de elevación: el autoperfeccionamiento.

★

Yo no te doy consejos. Se dice que la experiencia de algunos debe ser provechosa a muchos otros.

Pero sé que la experiencia es más bien personal y que no se sigue con los mejores consejos sino después que ellos han sido verificados por las propias experiencias.

Prefiero esbozar algunas características y definiciones:

**La felicidad.** — Nadie puede regalártela. La verdadera felicidad es la que puedes crear por tus propios medios. Es esa modesta satisfacción que resulta de la conciencia de cumplir con tu deber. Es la que se conquista a través de luchas siempre justas y honestas.

**La mentira.** — Es una manifestación del instinto de conservación. Pero eso no significa que la mentira sea algo natural y en nada vergonzante. Quiere decir simplemente que una característica de la psicología humana es la cobardía: el miedo a la verdad.

**La sinceridad.** — La única regla de conducta para con los hombres. Sinceridad implica lo que se llama cortesía. Sin embargo, la cortesía de los más es una máscara. Empéñate, pues, en penetrar más allá de los labios y los ojos de los hombres, en su corazón y su conciencia.

**La conciencia.** — No es una mera palabra, sino una tremenda realidad que la mayoría de los hombres ignoran mientras viven, y la descubren en el momento despiadado de la muerte.

**El egoísmo.** — Una ley natural. **El altruismo.** — Una ley natural y humana. Pero las dos están tan estrechamente unidas, que debemos reconocerlas en todas las manifestaciones de nuestra vida. La una no debe dominar a la otra, sino complementarse la una a la otra, corregirse y mejorarse recíprocamente. Un sociólogo ha fundido estas dos palabras en una fórmula sugestiva: **egoaltruismo.**

**La riqueza.** — La material es, frecuentemente, sinónima de la pobreza espiritual. Quien conoce la sed del alma, el hambre del corazón, el insomnio de la mente, sabe que el dinero no puede proporcionar nada de lo que necesita su hombría de bien.

★

«Los milagros» se vuelven cada vez más raros, a causa del progreso vertiginoso de la técnica. ¿Qué cuentos fantásticos podría imaginar todavía para tí, hijo mío, hoy día, cuando los elementos fantásticos se convierten en realidades? El automóvil, el avión, la radiofonía, la televisión, todos los

inventos que dominan el tiempo y el espacio poniéndolos al alcance del hombre, que no tiene más que manejar una llave, una ruedecita, un botón, un freno, no son más que los «milagros» de los viejos cuentos y leyendas, aplicados en la vida de cada día.

Pese a todo, nos quejamos del «modernismo» prosaico, utilitario. En efecto, el sueño, la poesía aplicada (como diríamos la geometría aplicada) a todas las necesidades de la vida real, pierde completamente su encanto, su poder mágico. Preferimos el universo ficticio, pero sin límites, de la imaginación. La máquina que transforma en realidad una ficción nos empobrece de un sueño y nos ofrece, astutamente, la carga de una nueva necesidad.

★

Busco en vano un cuento, como te lo prometí. No lo encuentro en el mundo de las flores, ni de los animales. Ni en el mundo de los fantasmas o de los monstruos, ni en mitologías. ¿Por qué quieres que te engañe con ficciones? ¿Por qué tengo que envolverte en ilusiones que, muy pronto, la vida va a arrancarlas una a una? Prefiero los «cuentos» que no serán desmentidos por tu propia experiencia. Cuentos constituídos por realidades que templan el alma e iluminan la mente. Te ofrezco pensamientos que siento más fundados y sólidos que las ficciones literarias. Porque quiero preservarte de la enfermedad de lo absoluto, primera causa de todos los devaneos y extravíos humanos. Los cuentos podrían acostumbrarte a la obsesión de la eternidad, a felicidades ilimitadas, a dones milagrosos — al absolutismo de todos los deseos y todas las vanidades humanas. Los pensamientos, por el contrario, son limitados, prudentes. Ellos buscan, escudriñan, conquistando las realidades paso a paso, gesto tras gesto. Los pensamientos son partículas de la divinidad, chispas que traspasan la relatividad del hombre, su fugaz temporalidad. Con los pensamientos se pueden construir los más hermosos cuentos — pero también verídicos, los más fantásticos — pero también posibles.

He ahí, hijo mío, por qué no quiero engañar tu infancia. Quiero realizar los cuentos en tus juegos de cada día. Quiero incorporar en ti los pensamientos que surgen detrás de mi frente, como relámpagos en un cielo nublado.

★

Me preguntas a veces quién es Dios. Yo no sé quién es, y tampoco qué es él. Pero puedo decirte, en pocas palabras, lo que he llegado a creer acerca de él:

Dios (más exactamente, la idea de Dios) es una expresión de la conciencia colectiva, social. En la correlación entre la conciencia individual y el universo, no se necesita — en la mayoría de los casos — ningún intermediario. Los poetas y los filósofos han sido los cantores e intérpretes más o menos clarividentes de esta acción directa entre el hombre y el universo.

Cuando la sociedad natural empezó a convertirse

en una nueva realidad, superpuesta a la realidad individual, aparecieron entonces los «sábelotodo», los «enviados del Señor» que se impusieron como intermediarios entre el universo y la muchedumbre (pueblo, raza, etc). Desde entonces, la religión ya no es una manifestación del orden individual; ha perdido su carácter íntimo, personal, y ha llegado a ser un «método», una práctica secreta de la teocracia que ha colocado a Dios como un muro separador, como un escudo de defensa entre los pueblos y sus amos privilegiados.

Tienen razón ciertos revolucionarios, cuando afirman que el más grande triunfo consistiría en «apartar a Dios de los asuntos humanos», vale decir de la vida social. Los reaccionarios se ocultan, hoy todavía, detrás de los templos y altares, como los arqueros detrás de las almenas de las fortalezas medievales, apuntando con sus saetas a los que se acercan a la ciudad divina, movidos por un impulso de recogimiento y de hermandad con sus semejantes.

★

9 de marzo de 1924. — No olvides, hijito mío: ayer has sido castigado. Has recibido una paliza, la primera, una «grande», como suelen aplicarla a mayoría de los padres a los hijos que permanecen insensibles o indiferentes a todas las advertencias y reprimendas, a todos sus ruegos o mandatos de quedarse tranquilos.

He aquí lo que has hecho en un solo día: has llegado con retraso a la escuela, porque te has divertido con el perrito; has regresado a las dos, después de vagar quién sabe dónde, y has traído, en el cuaderno de francés, una mala nota por el último deber; has comido deprisa, glotonamente, manchando el mantel y desparramando las migajas sobre el piso. Tanto barullo has hecho, agitándote y retozando durante el almuerzo, que nos has dejado con la comida atragantados. Luego has martillado los muebles, las paredes y has rasgado la ensejadura del cuarto de baño. Has molestado a la señorita profesora, no queriendo preparar las lecciones, regateando para cada línea, para cada problema de matemáticas. Has huido hasta el terruño baldío con tu banda de muchachos, jugando al fútbol en el fango y ensuciando tu uniforme nuevo de colegial; luego has desaparecido por la vecindad, para regresar tardíamente y repetir, durante la cena, las desvergüenzas del mediodía: siempre exigías otra cosa que lo servido. Y te has resistido a limpiarte del polvo y la suciedad acumulados en todo un día de juegos y correrías, exasperando a tu madre, que te preparó el baño. Gritando te escurrias de una habitación a otra, desplazando sillas y alfombras y, finalmente, has volcado el tintero de mi escritorio: la tinta ha salpicado la pared y el piso...

Tanto has hecho ayer (no recuerdo ya lo que has hecho anteaer). Y mamá te ha traído golosinas cuando estuvo de compras, y tiradores (los otros los has despedazado entre semanas) y cordones para tus zapatos (los otros los has roto en pocos días). Yo te he traído un nuevo manual de geogra-

fía (porque, según parece, te lo han robado en la escuela)...

A las once de la noche, cuando no te habías acostado todavía, pese a los ruegos y lágrimas de tu madre, extenuada y desesperada, yo también perdí la paciencia y me enfadé. Recibiste entonces una paliza «número uno». No te atreviste a protestar. Sin una palabra, sin un grito, has soportado el «castigo», ocultando apenas el rostro con las manos, o tratando de esquivarte en un rincón o tras un mueble. Callabas, pese al dolor. Diez veces te pregunté si ibas a ser razonable en adelante y cumplir con tus deberes de hijo y escolar — y sólo has lanzado un «sí» aullante, recién cuando estaba a punto de arrancarte la oreja. Sentí entonces cuán absurdo y vano fue todo mi enojo: — que no se puede hacer el bien por medios violentos, y que tampoco se puede lograr algo mediante el mal. Todavía me duelen las manos, después de esa loca paliza, mientras tú duermes tranquilamente en la cama, como si nada te hubiese sucedido.

Me duelen las manos, pero también el corazón. Y como un gusano ponzoñoso, me roe este pensamiento: Y por qué te golpeé después de haber tratado por todos los otros medios de refrenar tus travesuras y maldades, y hacerte volver al «sentido de la realidad», aunque eres todavía «apenas un niño» (como dice mamá). Me he convencido de la inutilidad de todo castigo corporal, aun si mi miedo te hubiese penetrado hasta los huesos, y aun si ese «sí» tuyo, tan difícilmente arrancado, fuese confirmado de hoy en adelante por una «buena conducta». Pero comprendí por qué 90 por 100 de los padres aplican sistemáticamente castigos corporales a sus hijos: porque ellos son tan malos, tan estúpidos, caprichosos y carentes de buen sentido como sus vástagos. De este modo, el círculo vicioso de la «educación» persiste, todavía hoy, como una maldición. Sólo la esperanza de que van a corregirse de una vez (que encontrarán en ellos consuelo y apoyo durante la vejez) impulsa a los padres a amar a sus endiablados hijos, sacrificarse por ellos, como los pelicanos — y hasta engendrar otros hijos, pese a que en estos tiempos basta uno solo, para una familia: — es demasiado y hasta super-numerario en esta sociedad desorganizada, que se devora a sí misma como las arañas y los escorpiones, o las fieras en la jungla de la civilización del siglo veinte.

Recuerda bien, hijo mío, que ayer recibiste la primera paliza, una gran paliza. Es también la última. Tú vas a perdonármela. Quizá la olvidarás de veras. ¡Qué absurdo es este dicho!: «Quien bien te quiere te hará llorar». Yo no puedo perdonarme. Nunca lo olvidaré. Yo debí soportar, resignado, todas tus desvergüenzas, maldades, vandalismos y locuras, ya que tú eres yo... Yo soy yo en ti, con los pecados ancestrales, pero también con la culpa de soñar incesantemente un mundo mejor para ti, a través de ti...

★

25 de mayo de 1937. — Salí con mi hijo. Yo iba a la biblioteca, él al cine. Tenemos la misma direc-

ción — me dijo — y bajaremos en la misma estación. Habitualmente, el muchacho no va conmigo por la ciudad, especialmente cuando quiere ver una película, lo que sucede con frecuencia (en vano intento refrenarle). Esta vez, partimos juntos, como dos camaradas. Ninguna palabra durante el recorrido. Hacia mucho calor. Los rayos del sol, como saetas, me herían los ojos en las encrucijadas o cuando se deslizaban sobre los techos de las casas bajas. ¿Por qué me oprimía todo? El aire, la gente en el tranvía, la luz, los ruidos, los pensamientos. ¿Cansancio? ¿Inhibición? ¿Enajenamiento?

Bajamos los dos en la intersección del bulevar Bratianu con la calle Rosetti, en una «isla», en medio del río veloz de los automóviles, tranvías y camiones. Esperamos la señal eléctrica que dirige el tránsito. Yo tenía que ir por la izquierda para atravesar el bulevar; el muchacho tenía que cruzar la calle por la derecha, hasta el cinema Scala.

— Cruza ahora, rápido...

Y el hijo se marchó, alerta, apretando el paso, sobre la calzada reluciente, de piedras desiguales. Pero, de repente, resbaló en medio de la calle y cayó a lo largo de la vía, tan delgado y alto como era. En el siguiente instante, un automóvil apareció por la esquina, a dos pulgadas de él y se detuvo bruscamente. Si el hijo hubiese caído a través de la calle, el coche habría pasado sobre su cuerpo. Yo me quedé en el suelo, petrificado: parece que mi sangre había sido absorbida, toda, por un abismo. Pero el muchacho, en un salto, se levantó; el automóvil siguió su rumbo y antes de que yo pudiese arrancarme de mi isla de asfalto, el hijo ya estaba en el umbral del cine. Apenas tuve fuerzas para llamarlo, hacerle señas de que me esperase. Lo alcancé, lo palpé: sólo algunos arañazos en los codos y las rodillas...

Está sano y salvo. Pero la culpa es mía. Yo le dije que cruzase. Me pareció en aquel instante, que la calle estaba libre. No, el bulevar estaba libre. El muchacho lo sabía y, sin embargo, atravesó la calle. «Obedeció» mi consigna, pese a que en casa raras veces obedece de buena gana. ¡Ah!, la amnesia, ese extraño cansancio en el tranvía... Y los zumbidos en los oídos, y esos guiños nerviosos... «Ves como puedes convertirte en el matador de tu propio hijo»... El corazón me latía fuertemente. El muchacho penetró en el cine. Yo no me atrevía a cruzar el bulevar. Una señora, que presencié la escena, me miró abiertamente:

— ¡Tuvo buena suerte!

¿Reproche? ¿Ironía? Menée la cabeza, vagamente. ¿Vergüenza, remordimiento? ¿O ira, espanto, congoja? ¡Suerte! ¡Buena suerte!... Y me abalancé, ciegamente, impulsado por una especie de absurdo desafío, quizá por bravuconería, para atravesar el bulevar, pese a que no estaba libre en aquel momento...

El azar, la mera casualidad tiene, sin duda alguna, su significado, su «moral», como todas las fábulas: que la descubran los que creen que el hombre es un «animal razonable».

★



6 de abril de 1938. — Oye, hijo mío, esta «anécdota», auténtica. Ocurrió hace un cuarto de siglo, en Bucarest.

Un joven escritor se presentó al editor A. con el manuscrito de un libro de prosa literaria. Fue en un sábado, a las nueve de la mañana. Timidamente, el escritor expresó su deseo, tratando de resumir el contenido de su obra.

— Bueno, bueno, le interrumpió el editor; déjeme el manuscrito. Lo entregaré al Comité de lectura y, dentro de una semana, le haré saber el resultado.

El joven se fue, lleno de esperanzas. Como todo provinciano, recién llegado a la capital, dio un paseo por la Avenida de la Victoria. Después de **media hora**, pasando otra vez delante de la librería A., entró para comprar un lápiz. Advirtiendo al viejo librero-editor, apoyado en el mostrador, el escritor recordó algo relacionado con el manuscrito. Se dirigió nuevamente al editor:

— Señor...

Este, estremecido, como despertado del sueño, lo mira vagamente, lo reconoce y, llevando la mano a su frente, le dice:

— ¡Ah! sí, me acuerdo...

Se inclina detrás del mostrador, escudriña en montones de papeles, saca el manuscrito recibido media hora antes, y lo devuelve al escritor, diciendo con una amable sonrisa:

— Señor, nuestro Comité de lectura ha examinado su trabajo. No podemos editarlo, porque...

... No interesa el motivo. ¿No es cierto, hijo mío? El libro apareció en otra editorial, y la segunda edición se publicó más tarde en la «Biblioteca Popular» del viejo A., el mismo editor olvidadizo que me devolvió el manuscrito. Es verdad, él ya no estaba entonces en el mundo de los vivos. Pero, aun si hubiese vivido, no se habría recordado del joven escritor, al que trató con tanta... complacencia.

¿Por qué te cuento este viejo suceso? ¿Para que sepas cómo hizo tu padre su debut! Y para expresarte mi admiración ante el coraje y la autoconfianza de la «nueva generación», que no necesita editores, y tampoco tiene que humillarse para publicar, por ejemplo, una revista: «**El cuaderno de la Juventud**», cuyo primer número recibí hoy de tus manos. Tú eres uno de los redactores. Todos los colaboradores tienen apenas 14 o 15 años (¡yo tenía más de veinte años cuando publiqué el primer libro!) Hojeo este cuaderno de 16 páginas, y dudo de lo que leo: tono firme, juicio rápido, afirmaciones que ignoran la vacilación. Tú también firmas una página: «Rumbo a Carmen Sylva», hacia la playa que llevaba el nombre de la poetisa, y no hacia su obra... Mañana, quizá, darás vuelta al mundo, sin que yo lo sepa, sin duda alguna, del mismo modo que has proyectado y realizado este **Cuaderno** también. ¡Terrible, la nueva generación! Y yo, que me creo joven todavía, por lo menos en lo que concier-

ne a las ideas, me veo sobrepasado por ustedes, los muchachos «modernos» que todo lo saben, indiferentes a todo, y que piensan con la velocidad del automóvil, del avión y del tren bólico... Me imaginaba que escribir es una función sagrada: veo que puede ser también un deporte. No me enfado por esto: probadlo. Una tentativa más, no importa. Lo que importa, es el resultado lo que queda de todas las búsquedas y los tanteos juveniles...

★

— ¿Crees que me engañas a mí? ¡Te engañas a ti mismo!

Así me decía mi padre, siempre cuando, durante mi infancia, intentaba esquivarme con una mentira, con una mentira a medias o mediante un silencio más insoportable que la mentira, de las obligaciones escolares o familiares. Y mucho tiempo permanecí asombrado por esta advertencia:

— ¡Te engañas a ti mismo!

Vivía, como todos los niños, en el dominio de lo inmediato, del instante, sin las perspectivas de la evolución, sin sospechar las correlaciones entre causa y efecto. Hasta que llegó el momento de la **interiorización**, como un relámpago que ilumina de repente la boca de una caverna profunda, interminablemente profunda... Y comprendí al fin que gran parte de las obligaciones durante la infancia, en apariencia arbitrarias y opresivas, no resultan del mero placer de ejercitar la autoridad paterna, sino de las realidades de la vida familiar y social. Ellas eran para mi propio bien. En aquella edad no sabía todavía imponermelas solo, sin la coacción de los mayores.

Ahora, hijo, cuando tú también has llegado a la edad que tenía yo mismo en aquél entonces, te digo igualmente — y demasiado a menudo — lo que me decía mi padre en circunstancias parecidas:

— ¿Crees que me engañas? ¡Te engañas a ti mismo!

¿Por qué no comprenderías más temprano esta verdad que resulta de la experiencia de la vida? ¿Por qué no aprovecharías esta experiencia mía, tan laboriosa, para evitar tantas pruebas penosas o vanas? Cada generación repite, fatalmente, la experiencia de la que le antecede. ¡Ella hereda tantas cosas! Cultura, técnica, ciencia, riquezas, arte, espiritualidad, pero también lo que es contrario a todas estas cosas. Ella podría ahorrarse muchos sufrimientos — los desengaños, las miserias y las derrotas — si aceptase, antes que todo, **con plena confianza y libertad**, el consejo de los que la precedieron en la gran lucha de la vida. Pues es muy doloroso, y tremendamente inútil, convencerse demasiado tarde de que la experiencia de los «viejos» no debe ser menospreciada, rechazada o ignorada con ese descaro juvenil que cree tener ante sí el mundo entero y la eternidad pletórica de encantadoras ilusiones...

LA VIDA Y LOS LIBROS

# En la lucha por la igualdad

por V. MUÑOZ

**E**N mi correo de hoy encuentro la gratisima sorpresa de un libro admirable, titulado en inglés *In The Struggle for Equality* (En la lucha por la Libertad), siendo su autor el veterano compañero ruso israelita Boris Yelensky. Fue editado por el «Fondo de Ayuda Alejandro Berkman» en la ciudad de Chicago, hace exactamente diez años (1958).

En 1969, Boris Yelensky será octogenario y representa uno de los poquitos compañeros que quedan de aquella admirable «vieja guardia» rusa que produjo figuras tan prominentes como Alejandro Berkman, Emma Goldman, A. Shapiro, G. P. Maximoff, Vsevolod Eichenbaum (Volin), Joseph Cohen, Nestor Makno, etc. Al igual que Volin, el compañero Yelensky, escribió también una historia de la Revolución Rusa, pero dificultades de índole económica motivaron que no pudiera publicarse en idioma inglés. Volin tuvo más suerte, pues además de *La Revolución Desconocida* (traducida al francés y al español) pudo publicarse en inglés asimismo, su otra gran obra *Mil Novecientos Diecisiete o la Revolución Rusa Traicionada*. En 1965, la revista neoyorkina *Towards Anarchism* (Hacia el Anarquismo), en su nº 50, hacía un llamamiento para publicar la obra inédita de Yelensky: «Nuestro compañero ha escrito un libro en yiddish basado en sus experiencias personales del movimiento anarquista ruso durante la Revolución Rusa antes y después del golpe de Estado bolchevique». Bien es verdad que Yelensky, ha publicado a mimeógrafo doce hermosas páginas en 1968 sobre aquella importante gesta, titulándolas «Un Hermoso Sueño», que, en síntesis, debe compendiar su gran obra referida, y que ha tenido a bien regalar a todos sus compañeros y amigos.

Este libro que vamos a reseñar si bien en parte trata de la Revolución Rusa, en realidad, se refiere a la **Cruz Roja Anarquista**, que tal es, además, su subtítulo. En él se relata a una institución y a un hombre que dedicaron su vida a ayudar a los compañeros libertarios encarcelados en las ergástulas del capitalismo en diferentes países, consistiendo la ayuda principalmente en dinero y alimentos. Yelensky dedica principalmente su libro «a los que lucharon por la libertad, el humanismo y la justicia; y a quienes se dedicaron a ayudar a estos luchadores, aplicando el principio del apoyo mu-

tuo». Se compone el libro de una introducción por el Comité de Publicaciones, un prefacio del autor, diez capítulos y un apéndice. Consta de 96 páginas muy bien presentadas, excelente papel, encuadernación en pasta y un forro de cartulina celeste en cuyo reverso vemos anunciadas dos importantes obras libertarias, cuya traducción damos en párrafo aparte.

«Por la primera vez en inglés *The Teachings of Michael Bakunin*. De los cinco volúmenes de Miguel Bakunin, G. P. Maximoff, redactó y compiló escritos del fundador del anarquismo científico en un libro de más de 500 páginas. Maximoff era el estudioso mundial más sobresaliente sobre la filosofía de Bakunin». Luego esta obra del propio Maximoff: *The Guillotine at Work*, Veinte Años de Terror en la Rusia de los Soviets, por G. P. Maximoff. Es éste un gran libro de historia, 627 páginas llenas de documental evidencia. Privadamente publicado en 1940, sigue siendo irrefutable». Tanto *Las Enseñanzas de Bakunin* como *La Guillotina Trabajando* fueron dos libros publicados por el «Comité Maximoff de Publicaciones». G. P. Maximoff murió el 16 de marzo de 1950.

Volviendo al libro de Yelensky, los editores lo han publicado porque creyeron «que la historia de la Cruz Roja Anarquista debe ser narrada». Más abajo añaden: «podemos darnos por satisfechos en que el historiador sea a la vez el más prominente de los actores», debido a que, «en casi cincuenta años dedicó todas sus energías al movimiento de salvación y ayuda hacia aquéllos que sufrieron en manos de los tiranos en muchas partes del mundo». Veamos aun lo que sobre el autor nos dicen los editores: «Nació en el Cáucaso y sus antepasados eran judíos (...) vino a los Estados Unidos de América del Norte siendo un jovenzuelo (...). En Filadelfia fue un miembro muy activo de la Biblioteca Radical (...) recibió su educación social de Cohen». Joseph Cohen, también de ascendencia judía vino de Rusia en 1903 al mismo país y ayudó a Hyman Weinberg y otros compañeros en la fundación de la importante institución conocida como **Philadelphia Radical Library** (Biblioteca Radical de Filadelfia). Cohen escribió y vio publicada su importantísima obra *The Jewish Anarchist Movement in America* (El Movimiento Judío en América). Fue el principal animador de la importante colonia libertaria israel-

lita Sunrise (Amanecer). Nacido en 1878 en una pequeña aldea judía de la Rusia Blanca, murió el 28 de septiembre de 1953.

Digamos aun que Yelensky regresó a Rusia al estallar la Revolución Rusa de marzo de 1917. En el ya referido *Un Hermoso Sueño* empieza así: «A la mitad de julio de 1917 llegamos a la frontera este de Rusia. Luego tuvimos que atravesar una parte de Manchuria, toda Siberia, una parte de Rusia Central, y luego Ucrania, hasta las orillas del mar Negro». Aunque en este importante escrito no relata cómo y con quién llegó a Rusia, el lector atento de su libro, se da cuenta que fue uno de los viajeros que atravesaron toda Norteamérica hasta el puerto de Vancouver, y de aquí se embarcaron hasta el Japón, llegando a Rusia vía Corea. Atravesó el Pacífico con el compañero Volin (residente a la sazón en América) a bordo del vapor de pasajeros *Empress of Asia*. Durante la travesía Volin dio una serie de conferencias sobre la Revolución Rusa. Igual que Volin, Emma Goldman, Alejandro Berkman y tantos otros, retornó de Rusia a occidente al apoderarse del poder los bolcheviques e instaurar una nueva tiranía estatal.

En el prefacio Yelensky nos advierte que hizo su obra «no en pos de la gloria, sino porque creía en el Apoyo Mutuo». En el primer capítulo: *El Siglo Diecinueve* nos dice que toda sería consideración de cualquier aspecto de la Revolución Rusa debe empezar por los *Decembristas*. Luego detalla al movimiento *Narodniki* (estudiantes e intelectuales que fueron «hacia el pueblo»), para finalmente llegar al movimiento de acción llamado *Narodnaya Volya*. De aquí surgió el partido social-revolucionario ruso y, nos relata Yelensky: «el grupo *Tierra y Libertad*, que estaba fuertemente influenciado por las enseñanzas libertarias de Bakunin». El anarquismo según Yelensky apareció en Rusia a partir de 1880 debido a las enseñanzas de Bakunin y Kropotkin.

Debido a que en la revolución rusa de 1905, muchos libertarios fueron encarcelados o deportados a Siberia, Yelensky se interesó para ver si en América se podría hacer algo así como una Cruz Roja Anarquista, la cual existía ya en Inglaterra, cual en una carta (2 de junio de 1956) Rudolf Rocker se lo dijo al autor: «La Cruz Roja Anarquista fue fundada en el turbulento período entre 1900 y 1905». El mismo Rocker fue secretario y tesorero de la misma durante numerosos años. De manera que la Cruz Roja Anarquista Americana fue fundada en Nueva York el año 1907, siendo sus principales promotores H. Weinstein y J. Katzenelenbogen. El autor empezó a colaborar en ella a partir de 1911, en Filadelfia. Este libro, pues, es la hermosa historia de la misma, sobre todo en el período que va desde 1908 a 1917 en que hubo cuantiosa ayuda hacia Rusia.

Esta institución anarquista no tuvo necesidad de coleccionar dinero entre los compañeros, aunque hubo importantes donaciones. Anualmente en diversas ciudades de Estados Unidos se organizaban típicas danzas y bailes rusos: «Arestantin Ball» (Baile de los prisioneros) y «Bouren Ball» (Baile de los campesinos), entre la población rusa emigrada o exilada

que era muy numerosa. Debido a la finalidad humanitaria de los organizadores y a la generosidad y solidaridad de los rusos, se recogían cuantiosos fondos. La sección que más se destacó fue la Cruz Roja Anarquista de Chicago, que llegó a ser por sí misma una energética organización. La Cruz Roja Anarquista Americana se disolvió cuando en Rusia estalló la revolución de 1917, en el período Kerensky y ante la abdicación del zar Nicolás y terminarse la dinastía de los Romanoff, puesto que como se ha dicho más arriba, el mismo Yelensky y otros rusos retornaron al país de origen, creyendo que al liberarse a todos los prisioneros y deportados no habría ya más necesidad de una ayuda como la realizada hasta entonces.

Sin embargo, lo que ocurrió más tarde y que ya es de dominio público, la tiranía bolchevique hizo ver claro que se necesitaba en el futuro una Cruz Roja Anarquista «duplicada». La Cheka empezó a detener en masa a los miembros del partido socialista ruso de izquierda (hasta el punto que uno de sus miembros, Dora Kaplan, atentó contra Lenin, siguiendo la tradición de la «Narodnaya Volya») y a los anarquistas no se les dejó de lado: «pues en abril de 1918, enviaron gente armada contra la imprenta del periódico moscovita «Anarquía» y a la casa adjunta donde los anarquistas se reunían. Más tarde, en Leningrado y en las provincias, detuvieron a muchos anarquistas y las prisiones rusas se empezaron a llenar de nuevo con muchos prisioneros políticos.» Esto fue la iniciación de una vasta represión, hasta el punto que cuando al final de 1921, en el Congreso Anarcosindicalista Internacional que tuvo lugar en Berlín, los rusos que pudieron escapar hicieron un llamamiento a sus compañeros de otras naciones, para ayudar a sus compañeros presos en las cárceles bolcheviques, entre las que cabe destacar a la prisión Taganka de Moscú. En este llamamiento firmado por Alejandro Berkman, se puede leer: «Habiendo dejado ahora a Rusia, nos damos cuenta de que nuestros primeros y más necesarios informes deben ser hechos en favor de los prisioneros políticos de Rusia. Triste y descorazonador comentario sobre la marcha de los asuntos en Rusia es el tener que hablar sobre prisioneros políticos en el país de la revolución social. Desgraciadamente, tal es el actual estado de las cosas.»

De modo que la Cruz Roja Anarquista tuvo que reorganizarse de nuevo en los Estados Unidos, y no solamente por los prisioneros en Rusia, sino por los mismos encarcelados en dicho país debido a los tristemente célebres «Palmer Raids» (el reino del terror en los Estados Unidos debido a la brutal represión del ministro de Justicia Palmer). Histeria que se apoderó de las clases gobernante de dicho país y que abarcó el período de 1918 a 1924. Muchos anarquistas cayeron entonces entre las redes de Palmer y fueron encarcelados. Yelensky y sus amigos lograron hacer resurgir a la Cruz Roja Anarquista pero con el nombre de Comité de Defensa de los Prisioneros Políticos, el cual surgió en agosto de 1918, siendo uno de sus activos miembros Hilda Kovner.



A medida que pasaba el tiempo, los prisioneros libertarios en Rusia fueron asesinados en sucesivas purgas, cual pudo relatar un evadido: «por él supimos que todos los prisioneros anarquistas en Rusia habían desaparecido y que nadie sabía cuándo o dónde habían muerto en manos de las brutales fuerzas del socialismo de Estado». A la muerte de Alejandro Berkman en Francia (junio de 1936) la organización de ayuda, en honor suyo, se llamó en lo sucesivo «Fondo de Ayuda Alejandro Berkman», y al estallar en julio del mismo año, la revolución española, ayudó a Maximiliano Olay en Estados Unidos en favor del anarquismo español. También empezó a coleccionar «fondos para asistir a los españoles que pudieran necesitarlos como resultado de la guerra civil». Cuando llegó 1939 y la retirada hacia Francia, «continuamos nuestro trabajo coleccionando fondos para ayudar a los españoles refugiados y en esta tarea colaboramos con la S. I. A.». Se reproduce en el libro una carta desde Maseube (Francia) y firmada por E. Fernández Negrete, delegado de la Federación Local del Movimiento Libertario Español, acusando recibo de numerosos paquetes con ropa para los internados en un campo de concentración cercano. Por supuesto, a la sazón eran tantas las necesidades que los fondos aludidos representaban una gota de agua en el océano, teniendo en cuenta que ya no se recolectaba tanto como en los buenos tiempos de la Cruz Roja Anarquista, antes de la revolución rusa y, teniendo en cuenta además, que había que canalizar cuantiosa

ayuda hacia los campos de concentración nazis en Alemania y países limítrofes.

Llegamos así al final de este pequeño gran libro, donde Yelensky reconoce que ahora estamos pasando por un período conservador difícil para todos los luchadores. La disminución general de nuestros fondos no es debida a la falta de medios financieros, como pensamos que nuestros esfuerzos han sido más débiles, o menores nuestras necesidades. Mientras esperamos el retorno de condiciones más favorables, puede haber llegado el tiempo para repensar en las necesidades y oportunidades de los trabajadores, en nuestra misión y en nuestras tácticas. Pueda la declinación del programa en el pasado emprender nueva ruta para un nuevo y unido movimiento de mayor visión, libertad y vigor».

Quien dio la idea a Boris Yelensky para que escribiera este libro fue un compañero español: «Me agradaría reconocer mi gratitud hacia Martín Gudell, quien sugirió que escribiera este libro», siendo ayudado en su redacción por otros compañeros y posibilitando principalmente los compañeros de Filadelfia con sus aportes económicos el que llegara a publicarse. Y para terminar, dejemos la palabra al mismo Boris Yelensky: «Ahora que nuestra generación va desapareciendo, y que la lucha por la libertad, el humanismo y la justicia aún sigue perenne, espero que los que reemprendan este trabajo, continúen con las hermosas tradiciones de imparcialidad y justicia hacia todos cuantos necesitan ayuda».

## *La memoria histórica*

Las pobres bestias se encuentran cada mañana con que han olvidado casi todo lo que han vivido el día anterior, y su intelecto tiene que trabajar sobre el mismo material de experiencias. Parejamente, el tigre de hoy es idéntico al de hace seis mil años, porque cada tigre tiene que empezar de nuevo a ser tigre, como si no hubiese habido antes ninguno. El hombre, en cambio, merced a su poder de recordar, acumula su propio pasado, lo posee y lo aprovecha. El hombre no es nunca un primer hombre: comienza desde luego a existir sobre cierta altitud del pretérito amontonado. Este es el tesoro único del hombre, su privilegio y su señal. Y la riqueza menos de ese tesoro consiste en lo que de él parezca acertado y digno de conservarse. No: lo importante es la memoria de los errores, la larga experiencia vital decantada gota a gota en milenios. Por eso Nietzsche define el hombre superior como el ser «de la más larga memoria». «Romper la continuidad con el pasado, querer comenzar de nuevo, es aspirar a descender y plagiar al orangután.» Me complace que fuera un francés quien hacia 1860 se atreviese a clamar: «la continuité est un droit de l'homme; elle est un hommage à tout ce qui le distingue de la bête».

ORTEGA Y GASSET

DOS ESTADOS

# Juventud y madurez

por MOISES MARTIN

**S**E ha repetido hasta la saciedad que la juventud y la vejez son antitéticas, repelentes. Que tanto por su materia como por su espíritu son dos estados opuestos del individuo, dos naturalezas distintas. Cabe preguntar a un mismo individuo sin desfigurar completamente su personalidad, si puede pasar por estos estados que son más que dos polos de un mismo cuerpo. Dicho de otra manera: cabe suponer si un individuo puede atravesar estos dos estados sin que su personalidad se descomponga. Por encima de todas las afinidades existe la de la edad; la sujeta al tiempo. La naturaleza ancla al individuo por esa ley férrea de los períodos de su vida.

**S**I es republicano, pensará no como un joven republicano, sino como un viejo si es anciano. Si es joven, pensará y obrará como un joven; inconscientemente si es inconsciente, liberal si es liberal, conservador si es conservador, libertario si es libertario. Si piensa y obra como un viejo será una madurez prematura, un caso fenomenal, excepcional.

Todo separa al hombre durante estos dos estados. Los pensamientos, los proyectos, los sentimientos, las inclinaciones, etc., etc. Con el cambio físico y moral sigue todo el cortejo de accesorios vitales, toda la trailla de resortes humanos adecuados a la edad. Es, en suma, el ropaje y el decorado especial de la vida en cuya fase se halla el sujeto.

El joven presume de sus energías y el anciano se esfuerza en economizarlas. El joven mira lejos en el porvenir y el viejo otea casi siempre el pasado.

El primero siente una eternidad ante él; el segundo cree siempre oír las puertas de su existencia cerrarse ante sus pasos.

El joven obra según un empirismo bravío e inconsciente, mientras el viejo pulsa su experiencia, tantea el terreno, mira la brújula del norte de su pasada vida, quiere pisar en firme; sabe

que avanzar no es caracolear ni zigzaguear, como una liebre, ni traicionar como un zorro jovenzuelo que comienza a hacer sus primeros pinitos en el campo de la existencia.

Es indudable que el viejo inconsciente o timorato de ideales es presa de demasiada torpeza y frena constantemente su carro del progreso, como si temiese llevarse a la jamba el término de la evolución. Es avaro del presente y teme que el porvenir aniquile todo lo existente.

Pero el anciano consciente es un piloto seguro para llevar la nave hacia el puerto de salvación. Se ríe benévolo de la ilusión espumosa del joven. Se hace escéptico, generalmente, porque su voluntad es adoquinada con pavés de decepción y con cemento de amargura.

Demasiadas veces la juventud juzga la prudencia y la *sagesse* de los militantes ancianos como una abdicación de su ideario, y la vejez, que es la que política y económicamente domina al mundo y la que se abroga la ilegítima misión de juzgar los actos de los dominados se olvida siempre que ella también fue juventud bulluciosa, discolorada y vehemente en sus fallos contra el delito legal y humano de los jóvenes que son los

que forman el grueso de la delincuencia política y común.

«¡Si juventud supiera!»

«¡Si vejez pudiera!»

He aquí la exclamación que completa todo un deseo de realización y que describe toda la diferencia de estos dos estados de la humanidad. La vida es corta para aprender, y la vejez, que sabe ya algo, no puede, y la juventud, que puede, no sabe aun, y así la obra es lenta, lenta, desesperadamente lenta.

Y llega la muerte, que pone remate a la sabiduría, y el nacimiento del nuevo ser, que es un pergamino en blanco.

¡Ah! Si la cabeza de la vejez pudiese dirigir los brazos y las piernas de la juventud. Mas ¡ay! los brazos boxean y las piernas patean el ball y la pobre cabeza de los viejos se tambalea de desesperación.

Lo esencial es reconocer que no habría progreso sin el nacimiento renovado, sin el crecimiento constante, sin el sólido y jugoso fruto que es la madurez. Lo cierto es que sin una evolución incesante de todo lo que existe pronto se estancaría todo el progreso. Caerían los hombres en la rutina. La sociedad estaría estancada como las aguas muer-

tas. Todo sería una estabilidad completa, un campo de desolación y muerte.

Entre los jóvenes y viejos hay la edad intermedia. Esa generación que tiene el encanto de la juventud ya cuajada y la reflexiva vitalidad del viejo.

Si los hombres pudiesen quedar así, serían los verdaderos prototipos de la vida. Pero todo tiene su cometido, su misión. Los dos polos son la juventud que nace y la vejez que se prepara para iniciar el camino eterno. De ahí que la vida sea un continuo tejer y destejer. Ir y venir de los hombres y las cosas. Por eso el ser humano está llamado a cometer siempre parejos o idénticos errores. Sólo se equivoca el que trabaja. Y en definitiva acierta el que está en la fija y da en el clavo.

Ocurre muchas veces lo del burro flautista, que suena la flauta por casualidad. Mas el hecho es que suena y que suene bien.

Ya lo dijo el clásico, lleno de buen tino y honda prudencia:

«errar lo menos, no importa,  
«si acertó en lo principal.»

Si en lo decisivo llegamos a entendernos y hacernos comprender, ya es algo. Una cosa es cierta y a ella nos atenemos. El hombre va dejando posos de su buena condición y verdades que no se las lleva el viento.

Como humanos que somos estamos expuestos a error, mas si en las ideas redondas y generosas damos en la diana, no es poca la satisfacción que nos llena de alegría el hueco del recuerdo.

«Se tiene muy poco en cuenta el hecho de que cada día mueran hombres y que nazcan otros diferentes, por pequeña que la diferencia sea, de los que viven y de los que han muerto», dice el pensador.

No nos dejemos llevar por la gigantomanía.

La historia la hacen todos los hombres, los jóvenes y los de edad intermedia, y los viejos. Unos ponen su energía, otros su fuerza controlada, y los terceros su sabiduría. Los hombres, grandes o chicos, son necesarios a la obra social que mueve nuestros pasos.

Por eso en el campo libertario

no se puede establecer pugnas de edad, propias de los ejércitos que tienen sus quintos, sus oficiales y sus mandos supremos...

Hagamos cada día hombres nuevos. Ellos se encargarán de dar marcha a las cosas. Y los otros tienen el deber de no llevar el coche por caminos de perdición. Siempre es bueno que haya unos que empujen a los otros. Nadie da lo que no tiene. La juventud da lo que posee y la vejez los tesoros que ha conquistado pacientemente. No son los hombres usados los que pueden dar energía a los nuevos. Ni son los recién venidos los que pueden decir esta es la verdad y el buen camino. Se trata, pues, de comprender la vida y embellecerla.

Hay que educar a los hombres para forjar un mundo nuevo. Reunamos los materiales más firmes y consistentes, más sanos, para levantar la nueva creación. En esta obra colosal, la juventud y la vejez pueden marchar, una vez más unidas, orientadas por el equilibrio de esa generación intermedia que es el centro y la fuerza del hombre.

---

## La paz del mundo

**L**A paz del mundo significa revolución completa. Es una fase de la vida humana que puede llevar a un nuevo método de vida para nuestra especie, o bien a una larga o más breve caída en la violencia, en la miseria, en la destrucción, en la muerte y extinción de la humanidad. No estoy empleando aquí simples frases retóricas: siento y pienso exactamente lo que digo. La desastrosa extinción de la humanidad. Tal es lo que nos espera, tal es el problema que tenemos ante nosotros. No es un pequeño problema de salón político lo que hemos de considerar. Mientras escribo, en este momento, millares y millares de hom-

bres son muertos, heridos, cazados, maltratados, atormentados, arrojados a las más intolerable y desesperada ansiedad y destruidos moral y mentalmente, y nada se ve actualmente que pueda detener la expansión de ese proceso y evitar que nos alcance y alcance a todos los nuestros. Se aproxima a gran velocidad. Plenamente, en cuanto somos criaturas capaces de previsión racional, lo que nos corresponde es hacer de este problema de la paz mundial el interés y objetivo dominante de nuestra vida. Si huímos, nos perseguirá y nos alcanzará. Tenemos que enfrentarle. Tan imperativo y tan amplio es.

Herbert G. Wells



# En torno a la obra de Albert Camus

por J. SEVILLA

**Al compañero M. Celma, que en Toulouse ha disertado con acierto sobre el humanismo y el hispanismo de Albert Camus.**

**L**OS anarquistas españoles debíamos este homenaje a Camus. Doble homenaje, porque como idealista, sus conceptos de interpretación de los problemas humanos, son muy semejantes a los nuestros, y en lo divino, en la endiosada divinidad religiosa, Camus refutaba el dogma y buscaba al hombre bueno, santo sin el socorro de Dios. Es decir, buscaba una santidad en el hombre sin Dios y sin santos, equivalente a una humanidad libre sin temor a ese Dios de todas las religiones, y sin preocupación de poseer una vida eterna y la resurrección el último día.

Estos conceptos guardan equivalencia a nuestro modo de pensar y ser, y sobre todo, a esa su forma de pensar y escribir poniendo de manifiesto la cadena de valores de los hombres superiores, sin la cual un mundo no vale la pena de ser vivido, y sin esa cadena de valores, un hombre no puede ser respetado a pesar de ese inspirado temor a Dios.

Para Camus, el Dios del Universo es el hombre. En él fija todo su interés como escritor y como pensador; y por eso encontramos entre Riux y su amigo Tarrous en «La Peste», este edificante diálogo: «En fin — dice Tarrous con simplicidad — lo que me interesa es saber cómo se hace un santo». — «Pero usted no cree en Dios?», responde Rieux. — «Justamente — contesta Tarrous. «Podemos ser santos sin Dios, es sólo el problema concreto que yo conozco hoy. Lo que me interesa es de ser un hombre.»

Ser un hombre, ser un valor humano dentro del ideal, de la libertad, de la consciencia y del deber de servir las buenas cosas, las acciones bellas y la razón ¿Se puede buscar parentesco de afinidad más paralelo a nuestro ideal? Y este parentesco de afinidad, este buscar y rebuscar al hombre santo y bueno sin Dios, nos es más grato a los españoles porque quizás somos los que, con más tesón hemos de debatirnos contra la sinrazón mantenida por el Vaticano y llevada a la práctica inquisitorialmente y con absolutismo por la Iglesia española, campeona de la cruz, del estandarte de Santiago y de la inmaculada Concepción.

Camus, en toda su obra, desde «La Peste» a «El mito de Sisifo», es el romántico del amor y de la felicidad humana. La felicidad para él, está liada

al amor, y es por eso que el tema del amor y de la amistad es el sol invisible que esclarece toda su obra.

Ese amor a la humanidad que se despertó en él muy joven, que fue creciendo a medida que la ingratitud de los hombres ponían más y más obstáculos al libre pensamiento, explotando el slogan de la guerra como una necesidad histórica, la opresión de las naciones libres como una necesidad política, la enorme uniformidad del partido único para la nueva especulación del Estado capitalista y la eliminación de todos los hombres que no se sometían a los caprichos absurdos y horripilantes de los tiranos.

Por eso dijo ¡no! al nazismo; dijo ¡no! al Estado francés de Pétain; dijo ¡no! a la dictadura criminal de Franco; dijo ¡no! a toda injusticia, y su obra está impregnada de ese humanismo y ese amor indisolubles en él. Y es que Camus, que era muy sensible a la convivencia humana, lo era también a las singulares circunstancias que han envuelto a su generación, la generación que empieza en 1913, que él mismo describe como un pésimo fardo histórico.

«Unos hombres nacidos — dice Camus — con la Primera Guerra Mundial; que a los veinte años se hallaron con la llegada al Poder del movimiento hitleriano, y que para redondear su educación se enfrentaron con la guerra de España, con la Segunda Guerra Mundial, con los campos de concentración, con la Europa de las torturas y las cárceles, y que han de modelar a sus hijos y a sus obras en un mundo amenazado por la destrucción nuclear, nadie puede decirles que sean optimistas.»

Mantúvose toda su vida con ese triste panorama grabado en su corazón; este triste panorama y el otro más triste aún de su infancia como argelino, mezclado de dos razas y nacido en una pequeña localidad de la región cabileña que le ofreció múltiples rasgos ajenos al hombre de letras francés.

Esta condición biográfica de Camus debiera tenerse muy en cuenta, como así es importante estudiar su condición biológica, puesto que, no siendo enteramente francés, ni por su origen familiar ni geográfico, sus gustos e inclinaciones fueran hispanistas, rusófilas (no comunistas), y sindicalistas. Era aun más que eso; era una flor exótica creciendo en el páramo argelino que depasó a los dos millones y medio de arbustos europeos; de las pocas que dá la generación humana para esparcir ese aroma tamizado de amor hacia la humanidad.

Sintió la vocación de ser escritor en el mundo ac-

tual, después de haber pasado por los escenarios de la farándula como artista, y de haber escrito algunas obras teatrales, y lo hizo, para ser justo, lanzando a su generación, (a la generación de los hombres que piensan y sienten), la consigna de la lucha por la razón, el amor y la justicia.

«Cada generación — escribió —, se cree sin vacilación llamada a rehacer el mundo. La mía, sin embargo, sabe que ella no puede rehacerlo. Pero su quehacer es, quizás más grande; y consiste en impedir que el mundo se deshaga. Heredera de una historia corrompida en que se mezclan las revoluciones francesas, técnicas enloquecidas, dioses muertos e ideologías exhaustas, en la que mediocres poderes pueden destruirlo todo, pero no saben ya convencer; en la que la inteligencia se ha rebajado a servir al odio y la opresión, esta generación ha debido, en ella misma y en torno a sí, restaurar, a partir de meras negaciones, algo de lo que confiere dignidad a una vida y a una muerte.»

La idea para él de que nos acercamos al final del viaje humano, al final de la civilización humana a consecuencia del desarrollo científico, le exacerbabá. Y tomaba como ejemplo en su desesperación, por la suerte de la libertad, a las juventudes húngaras, a la España exiliada, a las juventudes francesas no maleadas; «la de todos los países, — decía — como prueba de que no es así, y que nada abate ni abatirá jamás esta fuerza violenta y pura que impulsa a los hombres y a los pueblos a reivindicar el honor de vivir de pie».

#### Alberto Camus, premio Nobel de literatura 1957

Así llegamos al año 1957, con el escritor íntegro en su forma y puro en su estilo, viéndolo Francia encumbrarse y hacerse hueco entre los escritores más renombrados; sin doblez, sin apartar su pluma del camino espinoso de la verdad y la justicia, por el hombre libre dentro de un mundo libre.

El premio Nobel le sorprende en su íntima simplicidad como algo grande, sobrehumano e inmerecido para él que, no aceptó el escribir libros ni artículos gracia a los fondos del plan Marshal.

La crítica se amontona en periódicos y revistas por y contra la obra literaria de Camus. Salen a relucir las pequeñas miserias humanas, las torpezas y contradicciones de lo común de todos los hombres, pero ya no le acusan a Camus de «policía», cuando la ruptura colaboracionista entre él y Sartre, en la época feliz de los coqueteos de Sartre con los estalinianos.

«L'Humanité», escribe sin injurias, o por lo menos, sin mentiras estas frases ensalzando la figura de Camus. «Filósofo del mito de la libertad abstracta». Y en «Temps Modernes», se decía: «La obra de Camus se caracteriza... por un anticomunismo tenaz, traducido con una perfecta claridad, una gran fuerza; y representa la angustia del intelectual que, después de haber unido su suerte a la de una clase condenada, cree o finge creer que el humanismo, su propia razón de ser de intelectual, está también condenado a muerte. La obra de Camus, himno a la

rebelión estéril, es asimismo el grito de desesperación de un mundo condenado.»

Así por el estilo, el premio Nobel otorgado a Camus, fue mal acogido en los medios intelectuales de París. Esos medios intelectuales que critican y censuran singularmente a los que valen o atemorizan.

Se comprende muy bien todo ello porque Camus, solitario, sencillo, noble y honrado escribiendo y en su comportamiento social, no frecuentaba las recepciones parisinas ni las reuniones del Marqués de Cuevas, y cuando asistía a un «estreno», no suministraba a los periodistas las frases felices que luego revendían a trescientos francos la línea. Pero Camus, aun no siendo una personalidad parisiense, tenía por el mundo entero esparcido varios cientos de miles de admiradores. Así que, la baba que los escritores de toda clase y tendencias, las plumas a tanto la línea y las vendidas al totalitarismo, a la especulación y a la inconsciencia moderna, de esos que creen que la pluma no es ni más ni menos que un medio para medrar, no salpicaron el rostro sereno de Camus ni el de los hombres que allá en la Academia de Suecia, administran la fortuna de Alfredo Nobel.

Hasta en lo político, y sin que Camus figure en nada ni para nada en la tragedia horripilante que se desencadenó en Argelia, un redactor anónimo de «Carrefour», se inquietaba ante la idea de que, al coronar a Camus más bien que a Malraux, la Academia de Suecia «ha preferido un partidario de las soluciones llamadas liberales en Argelia a un partidario de la Argelia francesa».

El único periódico que explicó clara y sencillamente el valor de Camus para recibir tal ofrenda, fue el semanario «Le Canard Enchaîné», bajo la pluma de Morvan Lebesque que decía así: «Sí. Camus es francés y escribe en francés, y es Francia, en persona, quien recibe el Premio Nobel. Y sin embargo, Camus está solo, doblemente solo, y él solo es como una patria. En primer lugar, por el hecho de haber nacido en Argelia, y después, porque todos los valores que invoca se ven hoy sacrificados por la violencia.»

La violencia mundial y la de Europa, sí; ya que es aquí en Europa donde comienza a surgir la derrota de la civilización mundial, el declive del hombre libre hincado hoy al carro de la ciencia, (rata experimental) esclavizado al mandato del materialismo, uniforme a la vida política que se avecina y reducido a pieza de recambio por el mecanismo moderno.

Camus encajó en su conciencia este declinar humano y se enfrentó contra toda obra que no fuese encaminada al amor y a la libertad. He ahí su premio Nobel que disputó (sin esperarlo) a Malraux y a Alfonso Reyes el mexicano.

..

Camus, como todos los hombres de letras, mantenía una tertulia en París. Desde tiempos remotos, ha sido costumbre en la villa «lumiére» las reuniones de literatos, filósofos y artistas en casas parti-

culares. Eran famosas las reuniones en París en el siglo XVIII, en las que primaba el elemento femenino, y a las que asistían literatos o filósofos ensotados, sacerdotes y curas liberalotes que gustaban de estas reuniones manteniendo el fervor contradictorio sobre temas metafísicos o religiosos que con frecuencia surgían.

Estas reuniones han seguido su norma costumbrista, y como es normal también, la asidua concurrencia de curas liberales y demócratas.

Camus sigue la tradición, mas esta vez, es en casa de Gaston Gallimard y en circunstancias no tranquilizadoras debido al periodo que atravesaba Francia con la ocupación alemana y el gobierno de Pétain, puesto que la cárcel, la tortura o la muerte se hallaban entre paréntesis en el programa de cada día. Sin embargo, estas tertulias tenían lugar con la asistencia — como no —, del reverendo Padre Bruckberger, otro liberalote de la época difícil y peligrosa.

En estas reuniones a las cuales asistía Bruckberger, Camus era el diablo tentador de todas las conversaciones. Sin embargo, para el reverendo Padre, Camus era la imagen radiante del amor, la simplicidad y el convencimiento profundo de encontrar siempre el bien sin la ayuda ni el temor de Dios.

En aquellas horas, días, meses y años de angustia, de terror y de muerte que se cernía por toda Europa, de 1940 a 1945, de aquel grupo de escritores, periodistas y hombres libres que se reunían en casa del impresor Gallimard, surgió el diario «Combat».

Dejó la colaboración teatral, para dedicarse de lleno y con todas sus fuerzas a la resistencia en 1942. Una vez en marcha el diario «Combat» fundado por las fuerzas de la resistencia, Camus desempeñó un papel predominante, colaborando en él con espíritus tan heterogéneos y singulares como Bernanos, Malraux, Raymond Aron y Sartre.

Camus que aparecía constantemente con el cigarrillo pegado al labio inferior, contaba apenas treinta años en aquella época, pero ya reinaba sobre esta familia, (que no debía permanecer unida mucho tiempo) con una autoridad natural, dirigiendo el periódico con el mismo conocimiento del «oficio» de que daba pruebas en el teatro. La Editorial Gallimard, era el centro de reunión de estos resistentes, en la que, — como antes he dejado dicho — no faltaba el demócrata, Padre Bruckberger.

Cuenta Bruckberger, que un día, Camus, entra en su despacho, y a quema ropa, de la misma manera que un redactor jefe asigna a cada cual su tarea, le dijo: «Ahora, lo que los cristianos tienen que hacer es explicar el problema del mal». Otro día que yo le decía — continúa el dominicano — un poco tontamente: «Lástima que Pascal, el autor de las «Provinciales», no haya sido dominicano... Camus me contestó de modo súbito: «Si hubiese sido dominicano, jamás hubiera sido Pascal.»

En este grupo de intelectuales, gustaba mucho los libros de Bernanos, muy principalmente, «Los grandes cementerios bajo la Luna». Cuando se publicó «La Peste», Camus envió un ejemplar a Bernanos con la siguiente dedicatoria: «A Bernanos, que nos ha vuelto a enseñar el honor».

Quando Bernanos regresó del Brasil, en 1946, — continúa diciendo Bruckberger — preparé en casa de Miguel Gallimard el encuentro Bernanos con Camus. Al hallarse frente a hombres de una generación posterior a la suya, que salía de la horrible experiencia de la ocupación, Bernanos disimulaba bajo un incansable raudal de palabras el complejo de inferioridad de no haber participado en ella. No hizo pregunta alguna. Nos habló del Brasil, de sus paisajes, de la fauna y de la flora. Camus no tuvo ocasión de decir más que dos frases, una al principio y otra al final de ese monólogo: «Buenos días señor Bernanos, y adiós, señor Bernanos.» Me parece que nunca más volvieron a verse.»

Es natural que no volvieran a verse. Es que se habían enfrentado la veleidad y la hombría; la doblez y la intransigencia, Camus era de los que no se doblan, detestando lo veleidoso y lo transigente, y amaba la intransigencia. El aire que respiraba, era puro, sin mezcla de perfumes veleidosos.

\*\*

Fue en el teatro actor, director de escena, dramaturgo, comediógrafo y traductor. Conoció el mundo de la dramaturgia, trabajando en pobres compañías ambulantes que llegaron a ser imprescindibles para él. Llevó a la escena obras de Calderón de la Barca, de Lope de Vega y otros españoles, y trabajó durante años en la adaptación teatral de «Los endemoniados» de Dostyewski, que también escenificó él mismo. Actores como Gérard Philipe (fallecido), María Casares y Catalina Sellers, deben mucho a la resuelta protección de Camus.

Dice François Bondy: «Camus era feliz en el teatro. Más feliz que en la mesa de trabajo porque, actores y tramoyistas, y su colaboración con escenógrafos, le parecía el dichoso anticipo de lo que puede llegar a ser la cooperación de pequeños grupos humanos, la única forma de sociedad que él necesitaba.»

\*\*

Sí. Como anarquistas y como españoles, tenemos doble homenaje a atribuir a Camus. No ha habido acto organizado por los españoles en el exilio, que Camus no estuviera presente. La C.N.T. ha contado con él varias veces; y en la sala Wagram y en la de la Mutualité, su voz y su sencilla oratoria, nos ha reconfortado más de una vez, dándonos calor de hombres que está a nuestro lado, que comunica su calor a los que se encuentran fuera de sus lares por haber luchado contra toda tiranía, por la libertad de todo aquello que permite al hombre mantenerse de pie, y no como en la España de Franco, en que doblando la cerviz, y de rodillas, viven treinta y seis millones de españoles durante treinta años.

Hispanista cien por cien, Camus nos quería y estaba satisfecho de nuestra amistad. Dejemos al propio Camus hablar, y que sea él, el que nos diga mucho más de lo que pudiéramos decir nosotros.

Fue el 22 de enero de 1958. Invitado por la entidad «Amitiés Méditerranéennes», Albert Camus pronunció una alocución de la que extraigo estos párrafos esenciales:



«Pero habréis de permitirme, estoy seguro de ello, que simbolice esta amistad, por una noche, en la España del exilio.

»Amigos españoles: somos en parte de la misma sangre y tengo con vuestra patria, con su literatura, con su pueblo y con su tradición una deuda que no se extinguirá jamás. Pero tengo con vosotros, cuya desventura y cuya adversidad no han terminado, otra deuda que vosotros no conocéis, ni podéis conocerla. En la vida de un escritor de combate se necesitan fervorosos manantiales para poder luchar contra la depresión de que os he hablado y contra el agotamiento que se experimenta en la lucha. Vosotros habéis sido, sois para mí uno de esos manantiales, y he encontrado siempre en mi camino vuestra amistad activa y generosa.

»La España en exilio me ha demostrado a menudo una gratitud desproporcionada. Los exiliados españoles se han batido durante varios años y han aceptado después con orgullo el dolor interminable del exilio. Yo sólo escribí diciendo que tenían razón. Y por eso, únicamente por eso, desde hace años, y todavía esta noche en las miradas que me dirigen, vuelvo a encontrar la fiel, la leal amistad española, que me ha ayudado a vivir. Y esa amistad, aunque sea inmerecida, es el mayor orgullo de mi vida. Es ella, a decir verdad, la única recompensa que puedo desear. Quisiera yo daros gracias, a vosotros y a muchos otros al propio tiempo, por haber aplacado en mí generosamente un hambre que los hombres no confiesan con facilidad y que no es preciso que yo nombre.

»Solamente quiero decir que trataré de ser digno de esa amistad. Yo no os dejo, yo permanezco fiel a vosotros. Esa especie de reputación que acaba de ser agregada a mi nombre por la Academia libre de un país libre, me será fácil aceptarla sabiendo que la puedo poner a vuestro servicio. No tengo la costumbre, harto lo sabéis, de anunciar las victorias próximas ni los días de fiestas. Tanto vosotros como yo sabemos que nuestras luchas son interminables. Pero esas luchas constituyen la trama de nuestra misma vida. Lo esencial ¿verdad?, es que

la vivamos conjuntamente, lealmente, calurosamente, con esa misma cordialidad que me anima hoy a mí, al daros gracias una vez más.»

Así se expresa Camus; con sencillez, con amor, con lealtad; sin frases prefabricadas y sin énfasis ciceroniano. Todo en él es amor. Su obra toda, desde «El Hombre Rebelde», hasta la «Caida», es un sentimiento del ideal perdido para el hombre tratando de encontrarlo. Es la suma expresión, el infatigable deseo de no hallar en el hombre sólo maldad, haciendo de su obra una nueva religión del amor humano, sin dioses, sin tiranías, sin opresión; liberar al hombre de todo prejuicio y prepararlo a ejercer esa libertad y ese amor recíproco entre todos los humanos.

Gustaba de la contemplación de lo antiguo. Lo griego y lo romano eran para él ejemplos de perpetuidad, y le atraía la sencillez y buen gusto de lo pequeño en la geografía de los pueblos. Le exacerbaba los productos de la ciencia, puestos al servicio de la destrucción, y vino a ser víctima de esa ciencia que ha puesto — y pone —, en manos de los hombres inespertos, el vértigo de lo elevado, lo profundo y la velocidad.

Sus mejores amigos, los que sufrían tiranía y exilios, y los que por sus sentimientos e ideologías, luchaban constantemente por la libertad de los pueblos y en pro del amor humano.

«Se fue brutalmente, — nos dice Bruckberger —, dejándonos frente a todas las interrogaciones que nunca cesó de plantearse él mismo. En nuestro corazón, conservaremos de él una figura radiante.»

La generación de hoy, esta generación inesperta por su doble fondo de mediocridad intelectual y moral, y los placeres y comodidades de la civilización, no apreciarán en lo que vale los esfuerzos de Camus para atraerla a un sentido común de la vida y de las cosas. Nosotros por el contrario, aun distantes de él en apreciaciones dispares, quizás convergiendo, rendimos este homenaje al hombre que supo mantenerse digno con la pluma, con su conciencia y con su trato.



# Voltaire y la filosofía de Spinoza

por CARLOS BRANDT

**Voltaire representa una nueva parte del mundo; abarca una nación entera y simboliza un siglo.** — George Brandes.

**Jesús lloró; Voltaire rió. La lágrima divina de Jesús y la risa humana de Voltaire forman todo lo que de dulce tiene la civilización.** — Victor Hugo.

**Voltaire es uno de los grandes hombres de quien se puede decir que sus pensamientos son ejércitos y sus palabras victorias, en la causa de la liberación humana.** — John Cowper Powis.

**N**O obstante ser uno de los más descolantes representativos del pensamiento moderno, Voltaire (1694-1778) no le hace justicia a Spinoza, a quien refuta en su «Diccionario Filosófico» y de quien se burla llamándolo «Jefe de los ateos», y diciendo de él que «era un filósofo inofensivo porque escribía en latín y en un estilo deplorable». Mas el travieso crítico no olvida, de paso, darle también un buen vapuleo a los que, sin conocerle, condenan al panteísta, y tiene el valor de elogiar las virtudes personales de éste, extrañándose de que «un hombre de vida tan ejemplar tuviese ideas tan abominables». Acusa de contradictoria la filosofía spinozana, pero no por ello deja él mismo de contradecirse a renglón seguido cuando al citar la moral del panteísta exclama: «¿Son éstas las palabras del virtuoso y sentimental Fenelón o las de Spinoza? ¿Cómo es posible que dos hombres de principios tan opuestos puedan ambos concordar en la idea de amar a Dios por amor a Dios?» Luego no han debido ser tan «abominables» esas ideas del panteísta. Este último es un filósofo sistemático, pero sin mayor talento literario. Su sistema, que abarca el universo entero, se funda en las matemáticas. En cambio Voltaire es el escritor brillante, pero impulsivo: tiene el don, como ningún otro filósofo, de saber exponer sus ideas concisamente y con singular claridad; pero en cambio carece de la preparación requerida para comprender los vastos horizontes del sistema moral de Spinoza, que todo trata de explicarlo, así el bien como el mal...

No hay quien no tenga sus pelos de Quijote; pero nadie con más derecho a considerarse la reencarnación del noble manchego, que François Marie Arouet, quien tuvo tino hasta para optar para seudónimo una palabra que más bien parece un toque de trompeta: **Voltaire**. Nació tan desmedrado que nadie le concedió más de una semana de vida y vivió ochenta años en perpetua lucha, consagrado a la defensa de la libertad, de la verdad y de la justicia. Para combatir contra la tiranía y el fanatismo, cambió gustoso su tranquilidad personal por la prisión, el destierro y una existencia azarosa en que a cada instante arriesgaba su vida. Y ni aun el término de ésta puso fin a tan tremenda lucha: sus innobles enemigos, no pudiendo vengarse de él en vida, le profanaron sus restos, y la palabra del filósofo, muchos años después de apagada físicamente, contribuía poderosamente a derrocar una tiranía ignominiosa, y aún hoy continúa siendo el terror del fanatismo religioso...

«Escribir la historia de Voltaire es escribir la historia intelectual de Europa.» Con esta frase expresa admirablemente Victor Hugo lo mucho que para la civilización actual significa el nombre de ese pensador, que «tenía la delicadeza de una dama, y el corazón de un héroe»; y quien «supo levantar el populacho a la categoría de pueblo». El lema de Voltaire fue **Tolerancia**, que defendió siempre, así en teoría como en la práctica. Veamos la prueba: dos de sus sirvientes le cometen un robo, y este precursor de monseñor Miriel, sabedor de que si los apresaban, nada, ni aun él mismo los podría salvar de la horca, tan pronto descubre donde se hallaban los ladrones escondidos, les envía dinero para que puedan fugarse, librándolos así de la justicia humana. He aquí otro rasgo que pone de relieve su espíritu batallador y su generosidad. El y Rousseau no se avenían bien. Sin embargo, cuando los representantes del fanatismo quisieron amordazar la pluma de Rousseau, se encontraron de frente con la de Voltaire, quien explica tan noble actitud diciendo que aunque no compartía en lo más mínimo las ideas del utopista, en cambio estaba dispuesto hasta defender hasta la muerte el derecho de éste a publicarlas... Como se ve, era Voltaire un caballero en toda la línea. Jamás convino en la cobarde actitud de los que se

encierran en su torre de marfil. Creía con la buena fe del héroe de Cervantes, que todos hemos nacido para reformar el mundo. Sólo que en vez de lanza, blandía la más terrible de las armas: «una pluma liviana como el viento, pero formidable como el rayo», según la elocuente expresión de Victor Hugo.

Más literato que filósofo; genio más universal que profundo, verdadero propagandista de la justicia, Voltaire conquistó la inmortalidad, antes que todo, con su carácter. Escribió 50 volúmenes maravillosos, pero más aún lo fue su actitud resuelta ante la tiranía y ante la superstición. Con tal de poder combatir contra éstas, conviene en todo: le dedica una obra al Papa, y así logra que se la dejen circular. Cada vez que el gobierno ordena quemar alguno de sus subversivos panfletos, entre los que presenciaban la quema, regularmente estaba el autor, protestando no serlo... Era el único medio de salvar su vida para poder publicar otro panfleto aún más fuerte... Cuando lo creía oportuno, escribía sonetos para las damas de una corte relajada que él despreciaba hondamente, pero quienes, envanecidas, le fueron útiles más de una vez para protegerlo contra las arbitrariedades del trono. No menos hábil es para evadir también las del altar. Si le parece necesario, va a misa, y hubo ocasión en que se subió él mismo al púlpito a decir el sermón... Alguien le pregunta: «¿Qué haría usted si viviese en España?» — «Pues solicitaría la amistad de los jesuitas inquisidores, y aprovecharía esa amistad para pegarle fuego a los conventos», replica el temerario apóstol. El obispo de Annecy prohibió terminantemente que ningún cura, capuchino o monje confesara ni diera la comunión a Voltaire. Este se finge enfermo, muy grave, moribundo, y hace llamar a su lecho a un capuchino, quien obedeciendo la orden citada, se niega a darle la comunión; mas por último, ante los argumentos y las amenazas de Voltaire, cede y tan pronto éste recibe la hostia, le dice a su secretario Wagnière: «Aunque me costó trabajo convencer a este diablo de capuchino, al fin logré tener a Dios entre mis muelas... Ahora salgamos a dar un paseo al parque...»

Sin embargo, años más tarde, cuando realmente vio venir la muerte, parece que Voltaire se dejó confesar en serio. Carlyle, Victor Hugo y otras autoridades lo niegan; pero hay quien sostenga que sí se confesó. En esto la historia, gracias al fanatismo de unos o de otros, anda un poco en obscuras. Mas sea o no cierto que Voltaire se confesara antes de morir, el hecho carece de importancia: a nadie se le puede pedir cuenta de lo que haga en un trance tan anormal como el de la agonía. Lo que cuenta son las acciones llevadas a cabo en pleno vigor de la vida, y ya sabemos bien cuál fue el verdadero significado de Voltaire para el mundo... Pero para el estudio de su carácter, vale la pena agregar aquí que el principal argumento en

que se apoyan los que sostienen que Voltaire se confesó antes de morir, consiste en recordar que una de las debilidades del enciclopedista era el horror a que sus restos no fueran debidamente sepultados, sino echados en la fosa común, en terreno profano, como se solía hacer con el que no moría en brazos de la iglesia católica. De manera que si realmente se confesó antes de morir, el último acto de Voltaire fue engañar una vez más a la iglesia, que tanto había combatido...

Muchos admiradores de Voltaire quisieran ver en él la austeridad de un Giordano Bruno. Pero Giordano fue Giordano y Voltaire fue Voltaire. Cada uno de esos héroes llenó su misión a su manera. Con la firmeza de Giordano, Voltaire no habría podido vivir los 84 años que necesitaba vivir para poder dotar al mundo de la cantidad de literatura rebelde más cuantiosa que jamás se hubiese visto producir por un solo hombre. Lo extraño es que haya podido morir en su cama, y convencido de que formaba parte de una ola que se iniciaba, decir poco antes de morir: «Las personas jóvenes tendrán la fortuna de presenciar grandes cosas: la revolución es ya inevitable... Yo no lograré ver el fruto de mis esfuerzos, pero esas semillas algún día germinarán...»

¿Habéis visto su famoso busto, obra del escultor Houdon, y que adorna una de las galerías del Louvre? Allí está condensada toda su historia, y su historia vale aún más que sus luminosos libros. Admirad allí aquellos ojos picarescos que reflejan, sin embargo, el corazón de un héroe; estudiad el «bello cinismo» de unas arrugas que parecen querer ocultar una juventud eterna. O fijaos en la puntiaguda actitud de una barba y una nariz que amenazaban llegar a tropezarse algún día; diríase que sirvieron de modelo para la caricatura que en la portada del «Punch» de Londres tan admirablemente simboliza el chiste... Pero antes que todo, meditación sobre aquella «humana sonrisa» que «para los poderosos era una mofa y para los desamparados una caricia». Esa sonrisa socavó los pilares de un trono, hasta hacerlo rodar por tierra, y aún continúa socavando, con creciente éxito, los pilares de la superstición religiosa...

Sin embargo, ese hombre burlón no siempre rio; la risa era solamente su arma de combate. Fue tan noble su carácter que hacía suyo todo el dolor ajeno, toda injusticia. Cuando demuestra la iniquidad cometida con el mártir Calas; cuando se compenetra bien de la barbarie alcanzada por un fanatismo escandaloso que traspasa todos los límites hasta lograr que las autoridades de una ciudad de Francia hicieran descuartizar vivo, y luego quemar ceremoniosamente a un muchacho de 19 años de edad, acusado injustamente de haberle roto el brazo a un crucifijo, la indignación del enciclopedista no tiene ya límites tampoco. Esas monstruosidades del fanatismo religioso, de tal manera llegaron a mortificar su espíritu, que por mu-





cho tiempo estuvo apagada la al parecer inextinguible llama de su risa. «Yo me reprocho a mí mismo — llegó a decir — cada vez que impensadamente la risa viene a mis labios. Ante los sucesos que presenciamos no hay excusa alguna para reír.» Fue entonces que escribió aquella circular que más parecía una arenga: «Aquí, denodado Diderot; aquí, intrépido D'A Lambert...», les decía a los pensadores franceses, invitándolos a una campaña sistemática contra la religión católica, y adoptaba, para dicha campaña, aquel nuevo seudónimo que había de sonar aún más vibrantemente que un toque de trompeta, pues era una bandera de guerra a muerte: **Ecrasez l'infame...**

Yo no puedo menos de entusiasarme por esos hombres que, como Voltaire o Schopenhauer, se indignan ante todo lo que les parece injusto, ya viniese de abajo o de lo alto... Pero la indignación no es de filósofos, y así todo un Voltaire tuvo también la oportunidad de ver su lanza rota por las aspas de unos molinos de viento...

El terremoto de Lisboa de 1755, y en el que perecieron 15.000 vidas humanas, fue motivo de que la indignación de Voltaire se pusiese de nuevo en eferescencia, y como esta vez no podía él achacar la culpa del mal a la religión, ni seguramente se atrevería tampoco a acusar a Dios, para desahogar su indignación no encontró medio más adecuado que atacar a los filósofos y poetas que, como Leibnitz, Pope, Shaftsbury, etc., proclamaban la filosofía spinozana de la necesidad, sosteniendo que todo lo que sucede es para nuestro bien. Y con el objeto de hacer ese ataque más virulento, Voltaire escribe su famoso «Cándido», obra concebida en el estilo del «Decamerón», de Boccacio, pero con un fondo filosófico, mejor dicho, irónico. «Cándido» está reputado por algunos críticos de ser la mejor producción del enciclopedista, lo que demuestra que, según dijimos, éste era más literato que filósofo. Un talentoso crítico, Cowper Powis, llega aún a confesar que de todas las grandes obras que ha leído, es «Cándido» la que él más admira después de «Fausto», de Goethe. Con tal declaración, delata Cowper Powis lo exigua que ha de ser su biblioteca. Un crítico como él, debería haber leído por lo menos dos docenas, de las muchas obras que caben holgadamente entré «Fausto» y «Cándido». En el prólogo de esta última obra, Voltaire dice que su ataque va enderezado contra Leibnitz, Pope y demás partidarios de la filosofía de la necesidad; pero es Rousseau (como lo declara éste en sus «Confesiones»), quien recoge el guante, espetándole a Voltaire una filípica concebida en términos tan enérgicos, que por un momento el mundo literario estuvo en suspenso esperando un duelo intelectual en-

tre estos dos gigantes del pensamiento y de las letras. Pero al fin el más brillante y talentoso de los dos tuvo que ceder el campo a su adversario: era la primera vez en la vida que la agresiva e invencible pluma de Voltaire se veía reducida al silencio... Pero oigamos a Richard Ad-dington comentar el incidente: «Los críticos de Rousseau se manifiestan extrañados de que Voltaire no hubiese contestado su bien razonada filípica, sino con una evasiva. Pero el caso es que Voltaire no podía contestar sin caer en un lazo, pues o convenía en que todo lo que sucede es para nuestro bien (teoría que ya había repudiado), o declaraba que Dios es la causa del mal (teoría que no aceptaba o que no se atrevía a aceptar). Rousseau supo, pues, escoger el punto débil del deísmo pesimista de Voltaire... Como sucede generalmente en esas discusiones, ambos contendores tenían en cierto modo un poco de razón. Voltaire la tenía, al creer que los hombres sufren, y, por lo tanto, desde su punto de vista el «mal» existe. Pero Rousseau puso a su contendor en un aprieto haciéndole ver que, o negaba la Providencia o convenía en que ésta era buena...»

En otros términos, todo lo que sucede, aun aquello que nos parece un «mal» es la obra de la Providencia, de Dios, y por lo tanto, según el panteísmo, es conveniente, buena, a la postre, aunque en nuestra ignorancia no lo comprendamos así. De manera que Rousseau venció a su terrible adversario abroquelado con la coraza de acero del panteísmo; postizo de Leibnitz — que Voltaire habría podido desbaratar de una sola plumada, como en realidad lo hizo — sino del panteísmo genuino de Spinoza, a quien no obstante ello Rousseau ni siquiera se digna mencionar, por más que fuera debido a Spinoza, que pudo salir victorioso esta vez...

Como vimos, no fue ante la pluma de Rousseau que tuvo que retroceder el irreductible Voltaire, sino ante la lógica de Spinoza. Este dejó sentados, según hemos dicho, principios filosóficos tan fundamentales, que consciente o inconscientemente han venido utilizando en su provecho — según el caso y las circunstancias lo requieran — casi todos los filósofos que le siguieron, inclusive el mismo Voltaire, quien al escribir su famosa «Biblia Comentada» evidentemente que tenía siempre a la mano, como guía indispensable para poder andar por los vericuetos de La Biblia, el «Tratado Teológico Político», que de cierto tampoco le faltaba cuando allá, en su retiro de Cirey, se solazaban de mañanita él y su genial compañera la Marquesa de Chatelet, comentando entre estrepitosas carcajadas las estupendas sandeces e irrepetibles licencias de que está plagado el **Viejo Testamento**, libro que el cáustico crítico francés puso en la picota del ridículo con sus chistes demoleadores...

POETAS DE AYER Y DE HOY

# DOS POEMAS

Que poca cosa el hombre  
y es todo cuanto cuenta

qué montón de huesos o palabras  
de nervios o de clavos, de dedos  
de alambres o de alas...

qué cosa poca, qué cosa triste,  
qué quisicosa el hombre

qué asco el hombre tan hombre  
y tan humano y magnífico

y eso es todo

que nada más el hombre,  
que nada solo — a brazo partido —  
que nada más allá  
dentro y fuera...



La palabra  
y el pan de cada día  
en paz.

la palabra como un pájaro libre volando  
y el pan en la mano.

El pan y la palabra,  
creedme,  
en nuestras manos está, estará  
otro día, otra vez...

la palabra libre  
y el pan de todos los días y  
para siempre en paz.

**José M. de Basaldúa**

## Dos de los «Poemas al Alba»

Vivir  
Luchar

No olvidar el instante  
y la estrella

No olvidar que la semilla  
se extiende por la tierra

Y cumplir la lucha eternizada

Hermano, hace tiempo  
la conclusión  
no sale del corazón

Hermano, esclavo del siglo veinte:

¿Dónde la sangre,  
el fuego,  
la rebeldía?

Hermano, quitate esa máscara

Ven  
Dame la mano  
Caminemos

**Germinal de Amor**

Sobre el viento que expira en tu cabello,  
sobre el mar de la llama que te abraza  
qué inminente invasor.

Bajo el labio que nace de tu cuello,  
bajo el sol que desnudo te amordaza  
qué oscuro cazador.

Sobre el agua nocturna de tu boca,  
bajo el filo de sed que ya te toca  
qué desierto temblor.

Sobre el cuerpo del cuerpo en que me escondo,  
bajo el fondo del ay que hay en tu fondo  
qué tiniebla de amor.

MIGUEL ARTECHE



# GENIIT

— sociología —  
ciencia — literatura



Editorial. — **Ramón Liar-te** : El federalismo contra todas las formas de Estado. — **Severino Campos** : Influencia social del movimiento obrero. — **José Muñoz Congost** : Por un combate anarquista. — **Rodolfo Rocker** : La cultura tradicional ante el mundo moderno. — **Moisés Martín** : Los derroteros de nuestra libertad. — **Floreal Ocaña** : Asesinato de Miguel de Unamuro. — **Campio Carpio** : Significación de una inolvidable fecha histórica. — **Notas** : De la amistad. — **Comunismo y anarquía**. — **M. Cima** : Sentimiento de la comprensión. — **Luis di Filippo** : ¿Qué se entiende por federalismo? — **Manuel Devaldes** : Louis Devaldes. — **V. Muñoz** : La Vida y los libros : Ejemplos de anarquía. — **Cosme Paules** : Teatro : Busca un poeta que te ame, para el día de tu muerte.. — **Metodología y doctrina**. — La virtud de saber callar.

# 187

Marzo-Abril 1969

REVISTA MENSUAL

PRECIO : 1,50 F.

4P5523



## NUESTRA PORTADA

**E**L minero. Se ha dicho que la mina es cosa de gran provecho con poco trabajo. Quien así se expresara desconocía el valor del esfuerzo humano. Ignoraba el potencial inmenso del sacrificio. Nada sabía de las enfermedades y contratiempos de la mina. Porque el minero es un héroe del ejército del trabajo. Los hombres de la mina son las falanges inmensas de la rebelión. Caras sucias, manos negras; ojos penetrantes. Y alma blanca como la nieve besada por el sol en la cumbre de la montaña. Este minero mordido por el dolor del trabajo, parece un niño que mirara la faz del universo. Cantera de hombres recios y enjutos. Filón de rebeldías indomables. Galería de silencios profundos y angustiosos.

Minero que sueñas con la libertad: por ti se conoce el sílex. Tú has hecho del bronce una industria de extensión constante. Has conseguido el descubrimiento del hierro. El mundo antiguo conoce gracias a ti el cobre de Chipre, el plomo de Laurio, el estaño de las Casitérides, el oro, la plata de España. Y así, tu esfuerzo es luz en todas las minas del mundo, desde México al Perú, de Río Tinto a los Montes Urales, de Australia a la poderosa Alaska. Minero que trabajas sin ver la luz del sol: abre los ojos dulcemente. La aurora de la liberación besa tu frente pura como una cuartilla virgen. Este minero asturiano es el símbolo más perfecto y acabado de la lucha que el pueblo español está llevando a cabo contra las huestes malditas de la opresión francofalangista. El minero es el vigia de la libertad.

# GENIT

## REVISTA BIMESTRAL DE SOCIOLOGIA, CIENCIA Y LITERATURA

### REDACCION

Federica Montseny y Ramón Liarte

### COLABORADORES

Vladimiro Muñoz, Evelio G. Fontaura, Hem Day, Campio Carpio, Eugen Relgis, Dr. Pedro Vallina, Germinal Esgleas, René Lamberet, Cosme Paules, José Muñoz Congost, Floreal Ocaña, Dr. Amparo Poch, José Viadiu, Víctor García, J. Guerrero, Severino Campos, Abarrátegui.

### Suscripción anual:

Francia .....	9,00
Exterior .....	11,00
Precio de un ejemplar suelto .....	1,50

Giros: León Antonio, C.C.P. 2 738 77-Toulouse  
4, rue Belfort, 2ème étage F-31 TOULOUSE



(Todos los pareceres, por distintos que sean del nuestro, en los que aliente un pensamiento respetable, tienen cabida en estas columnas.)

# GENIIT

★ REVISTA DE SOCIOLOGIA, CIENCIA Y LITERATURA ★

Año XIX

Toulouse, Marzo - Abril de 1969

N.º 187

**EDITORIAL**



## La memoria es conocimiento

**E**XCESIVAMENTE propenso a olvidar es el hombre. Pocos son los que saben vivir recordando. Que recordar es vivir dos veces. Si algo tiene un valor superior, es la memoria. Gracias a ella, no reinventamos el triciclo diariamente. Sin su auxilio cometeríamos indecibles disparates. Y conste que son muchos, y de calidad, los que todos y cada uno, llegamos a cosechar en esta vida. Hay una inclinación al olvido. Parece ser que la memoria, por ser el peso y la lección de los siglos aplaste a los que no gozan de una buena constitución íntima y exterior. Del mundo animal nos distingue la memoria; y sólo cuando recordamos las cosas agradables, las revivimos con intensidad, hasta sacar todo el sabroso jugo que tienen los acontecimientos de la vida. Si una desgracia nos aqueja no vale la pena olvidarla. Quien se empeña en no recordar no es quien más pronto olvida, sino quien más recuerda.

No tenemos en cuenta que las mismas causas siempre nos llevan a los mismos efectos. Ayer los hombres luchaban contra las jerarquías aristocráticas sin tener en cuenta que acabando con los nobles, y no sabiendo afinar los derechos populares, se levantaban los cimientos de la monarquía absolutista. Hoy, siguiendo parejos derroteros, por no haber hecho del sindicato, el municipio y la comarca las bases de la democracia moderna, estamos padeciendo regímenes totalitarios en todo el mundo. Y es que se tiene la memoria más corta que la mirada.

Ayer como hoy, las fuerzas centralistas y autoritarias van al mismo objetivo: atar la voluntad de los hombres libres, maniatar la conciencia del mundo. Y es lamentable comprobar que el absolutismo contemporáneo es de una brutalidad más cruel que los sistemas oligárquicos del pasado. Se dice que perdiendo, el hombre aprende. Cierta es la afirmación, pero si es que no falla la memoria. Porque la tierra que pisamos está llena de desmemoriados, de amnésicos incurables...

No cabe duda de que, a pesar de todo, los seres se ven forzados a tener en cuenta muchas enseñanzas que quisieran ver arrinconadas. La frase de Galileo vuelve a sonar: «Epur si muove»... Todo se mueve, todo avanza. De la misma manera que la corriente no quiere estancarse para no corromperse, el pensamiento, progresa para no perecer inmóvil. No; el pasado no vuelve porque, quiérase o no, la vida cambia. Tendrá fases de angustia y sufrimiento, mas la evolución es infinita, no muere.

Ni el pasado vuelve ni los muertos resucitan. Lo que fue ya no volverá a ser. La vida, como la muerte, es en sí misma, un triunfo biológico, una victoria moral. La verdad — dice el filósofo — está obnubilada en este tiempo y la mentira tan sentada que, a menos de amar la verdad, ya no es posible conocerla.

La concepción totalitaria nos deforma la mente y confunde los sentidos. Es corriente escuchar de boca de los autoritarios frases como éstas: «Los pueblos no saben lo que quie-



ren, no cuentan); «dos pueblos se dirigen y se gobiernan»). Y lo peor del caso es que parejas afirmaciones son hechas por hombres de una estatura mental inferior, de una pobreza intelectual injustificable. A estos genizaros de tres al cuarto, vale la pena contestarles con la idea genial de Machado cuando dice: «Existe un hombre del pueblo, que es, en España al menos, el hombre elemental y fundamental y el que está más cerca del hombre universal.» El hombre, en todas partes, es el hombre de carne y hueso.

El totalitarismo no es una concepción nueva de la vida como han dicho catorce semi-analfabetos de la sociología autoritaria moderna; es tan viejo como el mundo, puesto que siempre quiere cabalgar sobre él. Lo que sucede es que unas veces se viste de aristócrata y, otras, de liberal. Y así acaece que, en ocasiones como las actuales, nos llega disfrazado de la piel de cordero de la democracia, como supo vislumbrar el portentoso Gracián, sin llegar a concebir, que hoy se viste de obrero para mejor traicionarnos. Para aquellos atrevidos que dicen: «Los pueblos son sombras que no cuentan», tendremos que reafirmar: la masa es una mentira, una invención de vencidos en la lucha por la vida. Ha sido la burguesía, como ayer el feudalismo y hoy los comunistas de Estado, quienes dicen: La masa es inconsciente. Con semejantes conceptos lo que se pretende es rebajar al hombre, degradar su alta condición social y humana, achicado para que sea impersonal y acéfalo. Un simple cero a la izquierda como los cucos pretenden.

Se busca por todos los medios la no presencia del hombre en los asuntos sociales. Es el lobo del hombre que quiere devorar al que levanta cabeza. Deseo de imposición y hegemonía truncada. Descalificar al hombre para que sea un títere de la farsa absolutista; reducirlo a la impotencia a fin de que sólo sirva para servir y callar. Masas humanas no son los hombres que por ser hombres piensan, comprenden y sienten. La «masa humana» es un mito de las iglesias en boga, de los nuevos fariseos, que por no tener memoria buscan nuestra perdición.

A las masas — afirma el poeta — no las salva nadie; en cambio, siempre se podrá disparar sobre ellas. ¡Ojo!

El mundo del intelecto, que es el mundo del trabajo, tiene la memoria larga. Sabe que el hombre es amigo y compañero del hombre, que nada está quieto ya; que todo marcha y avanza. El poder autoritario se halla desequilibrado, sin solución ni salida. Ha sido una farsa larga que al final se descompone. La idea de la verdad se abre paso y nos alumbrá. Los pueblos ayer dormidos, hoy despiertan a la vida. El hombre personifica todo cuanto le rodea. Le insufla conciencia y ser. Le da personalidad.

¿Trabajar para las masas? No, trabajar para el presente, que es trabajar para el hombre que no quiere ser esclavo porque odia a los opresores. Lo demás es ultratumba. Sepulcros totalitarios abrasados por el alba. Confusionismos bastardos que la memoria condena y la conciencia destruye. ¿Democracia de burgueses? ¿Estado de proletarios? Son los que quieren seguir resbalando en la pendiente que al precipicio nos lleva.

Lo que aquí cuenta es el hombre. Y con el hombre la idea, que es forjadora de hombres hechos para recordar y para vivir creando.

Buscar soluciones que, ni siquiera llegan a parciales, que no son solución a los problemas presentes, es tanto como jugar al engaño. No querer que las cosas se solucionen y arreglen. Los errores del pasado nos son tan conocidos que los llevamos grabados en la mente. Se han hecho carne en nuestro corazón angustiado por mil pruebas. Hemos luchado siempre por la verdad universal, basada en el mejor bien, y la verdad se ha de imponer por encima de todo. No somos olvidadizos ni aletargados: el camino más corto para descubrir la mentira es defender la verdad cueste lo que cueste. Y la verdad de nuestro siglo es la liberación completa del hombre, su emancipación de todos los mitos, de todas las servidumbres.

La verdad no es el Estado fabricante de mentiras. Ni la religión que engaña para hacer de la ignorancia su lucro y medio de vida. El capital no es verdad, puesto que explota y corrompe. La verdad está en el pueblo, la verdad está en el hombre. Hay que acabar con las clases para construir sin ellas. Levantar el sindicato, la organización gremial, para que la ciencia vaya a la libertad. Técnica de pueblos libres trabajando con esmero para bien del municipio, que es la propiedad de todos, la igualdad social en marcha creciente hacia el comunismo, libre y emancipador de todo lo que es el trabajo, cultura e inteligencia. La verdad es la anarquía, norte y guía de la historia.

Hombres de memoria larga, de corazón generoso y de ideas altruistas: Recordar es aprender a no incurrir en errores de corteza autoritaria. Es amar la libertad y defenderla a porfía contra todos los tiranos.

Hoy, como en todas las fases de la lucha por el derecho y la justicia, la historia del hombre es la historia del trabajo que busca la libertad.

La memoria, por ser conocimiento, experiencia y sabiduría, nos traza el camino a seguir: el único medio eficaz de soportar la vida es recordarla con clarividencia, vivirla libremente y hacer que los demás la vivan de tal manera que en cualquier parte del universo podamos trabajar por la perfección y el bien del hombre.

por RAMON LIARTE

# EL FEDERALISMO

## contra todas las formas de Estado

**M**IENTEN con la mayor frialdad política quienes afirman que la revolución debe hacerse desde el Estado. El poder político es la causa principal de todo despotismo. El Estado no será nunca el pueblo. Siempre hemos amado a los creadores de pueblos y civilizaciones que, desconociendo el Estado supieron trabajar de manera mancomún para hallar un mayor grado de dicha y tranquilidad. El Estado se sirve de todos los idiomas para hacerse obedecer, pero miente con todas las lenguas, oprime con todas sus zarpas; todo lo que defiende es injusto, todo lo que ataca es parte integrante del derecho que pertenece al pueblo. Cuando el Estado se extingue comienza a proyectarse la verdadera vida del hombre.

Tener un pensamiento propio, lanzar una nueva iniciativa, tiene más valor que todas las teorías aherrumbadas. Los conceptos viejos y arcaicos no sirven ni como meros motivos de decoración. Quien quiere evolucionar y no corromperse en el estancamiento, tiene necesidad de reconocer los hechos nuevos. Porque el mapa humano cambia constantemente. Las ideas anarquistas, como la vida, desconocen lo que es entumecimiento. Por vivir en incesante renovación no se dejan aprisionar por ninguna norma autoritaria; luchan contra los métodos unificadores y absolutistas. No serán éstas las que se dejen estrangular por los métodos caducos. Cuando un método no sirve a la idea y la vida es que está completamente envejecido y hay que echarlo por la escotilla para que no infecte a los navegantes. Creemos en la multiplicidad de los medios, ya que cuanto más diversos son éstos, mayores son los resultados que se obtienen. El Estado no es más que una manipulación de consignas vacías para defender las más repugnantes aberraciones políticas. Y como quiera que a la larga no despiertan más que dolor y terror, necesario es acabar con el Estado para que triunfe el hombre.

**L**A centralización política, económica y social que se ha operado desde la fase del declive del liberalismo, ha tenido un resultado siniestro: ha formado la dictadura del Estado totalitario. Esta es la causa de haberse incubado en las entrañas de la opresión el actual capitalismo de Estado, que, con el nombre de democracia en los Estados Unidos de América, con el título rimbombante del

nacionalsocialismo en la Alemania hitleriana y bajo la capa roja de la frustrada revolución de Octubre en la Rusia bolchevique, cierra las puertas al desenvolvimiento de la cultura de los pueblos y prepara a los hombres para aceptar resignadamente los dictados del poder. Lecho de Procusto que ha corrompido cuerpos y almas, esencias y sentimientos. En nombre del Estado modelo central se ha llevado a cabo una política represiva que paraliza los cuerpos y estanca las iniciativas populares. De ese Estado modelo ha salido un hombre nuevo: no es un superhombre desafiando a los dioses de trapo, sino un títere movido por mil hilos visibles e invisibles que no le dejan caminar.

Los mismos sucesos han dado los mismos resultados. La humanidad ha sido víctima de una traición sin precedentes en la historia. El bolchevismo y todos los Estados totalitarios que hoy imponen su violencia en el mundo, son la camisa de fuerza con la que se atan todas las manifestaciones de la existencia social y cultural. Y lo trágico del caso es que los exégetas del Estado totalitario no han comprendido absolutamente nada de sus desatinos y extravíos, puesto que con sus sistemas alambicados han hecho del socialismo un mito social y de la libertad una estatua desprovista de corazón. Se han desperdiciado muchas conquistas y se han abandonado magníficas posiciones. Alucinados por la gigantasia del Estado central, se ha sacrificado la causa obrera, la revolución ético-cultural. Son errores que se pagan muy caros. La libertad malograda se ha transformado en símbolo doloroso del actual derrumbamiento de valores.

**E**L virus totalitario ha infamado a muchos sectores del universo. Se halla nuestro planeta hundido en la desgracia de la que nos será muy difícil salir airosos. Mas es sabido que los males no se curan escondiéndolos, sino atacándolos abiertamente. Ha querido la incapacidad de unos y la ambición desmedida de otros que tengamos que sufrir esta prueba de relajamiento y decadencia. Trabajando con ahínco y clara visión de las situaciones que se avecinan podemos salir victoriosos. A pesar de todo, el sol no ha muerto. La libertad no está definitivamente enterrada. El ladrillo fabricado una vez no se hace dos veces. Un siglo de corrupción totalitaria no se supera en un año. Largo ha sido el invierno, pero amigos defensores de la

justicia, más larga será la primavera del trópico. La luz quiere abrasarlo todo. Y la escuela del Renacimiento no ha cerrado sus puertas. Hay que volver al punto de partida. Sólo así ganaremos tiempo al tiempo y terreno al Océano. Las ideas de Pedro José Proudhon vuelven a ser de actualidad porque nunca perdieron su esencia y su sentido:

«La libertad — dice el maestro — es un derecho absoluto, porque es al hombre como la impenetrabilidad a la materia, una condición *sine qua non* de su existencia. La igualdad es un derecho absoluto, porque sin igualdad no hay sociedad. La seguridad personal es un derecho absoluto, porque a juicio de todo hombre su libertad y su existencia son tan preciosas como las de cualquier otro. Estos tres derechos son absolutos, es decir, no susceptibles de aumento ni disminución, porque en la sociedad cada asociado recibe tanto como da, libertad por libertad, igualdad por igualdad, seguridad por seguridad, cuerpo por cuerpo, alma por alma, para la vida y para la muerte.»

De ahí que la sociedad debe acabar con la propiedad para que triunfe la justicia; que el individuo ha de poner fin a los intereses creados para dar paso a la causa del Derecho; que la moral tiene que vencer a la materia para que el pragmatismo no siga haciendo del mundo un inmenso campo de manufactura y fraude. El que no concibe la libertad como una evolución de la historia no sabe nada de ella. No la tiene creyendo poseerla; se le escapa de las manos como una anguila. La libertad *vuela* en las altas cumbres sin tener miedo a la escopeta del cazador solitario.

**S**E impone salir del atolladero. Sólo mediante el federalismo que establece una división de poderes y funciones en el orden socio-político, actualmente imposible porque la máquina del Estado lo hace todo desde el punto de vista centralista y avasallador, podremos iniciar el nuevo trabajo que nos ha encomendado la transformación de los pueblos. Pero esa tarea debe ejecutarse con suma urgencia. El enjundioso federalista Francisco Pi y Margall precisa con claridad de estilo su pensamiento:

«El federalismo no deja al municipio ni a la provincia a merced del Estado, como el unitarismo; lo quiere dirigidos por poderes que ellos mismos elijan, no por poderes que deban a la nación su origen. De la nación entiendo que emanan los poderes nacionales; pero sólo de la provincia los provinciales y del municipio los municipales. Niega al Estado el derecho de intervenir en el régimen interior de las provincias y los pueblos.»

Más que la unidad lo que nosotros queremos es la unión de los pueblos hispánicos, superando los

antagonismos regionales, fomentando las aspiraciones culturales en sentido multiforme, la felicidad y la existencia trabajadora y ciudadana, la estrecha cooperación de agrupaciones para hacer una vida nueva y un hombre libre. Mediante medidas centralistas se consiguen suprimir violentamente los derechos humanos, mas no se puede edificar un mundo justo y generoso. Lo único que queda y perdura es lo que se gesta en el pueblo mismo. Las transformaciones sociales que maduran lentamente y endurecen en la vida práctica y diaria son imborrables. Con nuestro esfuerzo altruista y desinteresado, por nuestra colaboración útil y positiva, conquistaremos el lugar más preeminente en el taller donde ha de forjarse la sociedad universal objeto de nuestros deliquios, teniendo derecho a ser oídos y escuchados, para explicar nuestro pensamiento en el certamen de la vida futura. Un derecho que no viene del Estado ni de la ley, sino de la voluntad creadora y laboriosa. Ha de llegar el día de la verdadera justicia. Y ésta tendrá lugar cuando en vez de premiar al bruto y violento que se impone mediante las armas, se admire y aprecie al que todo lo da sin buscar beneficios materiales ni recompensas fabulosas. No de otra manera se ejerce una influencia ideológica en la opinión pública.

**M**IENTRAS estemos movidos por el sentimiento de la libertad, el Estado no podrá vencerlos. La reacción no ha matado nunca más que las partes superficiales o materiales de nuestra potencia doctrinal. Por haber sabido mantener con firmeza nuestras reivindicaciones y anhelos, las ideas básicas del anarquismo militante siempre han salido a flote. Cuando se lucha contra la explotación y la dominación del hombre por el hombre, el Estado retrocede y la sociedad avanza. Lo que cuenta es el resultado final, la gran conquista, que es la batalla ganada por las minorías selectas y el impulso decisivo de las muchedumbres bien organizadas.

Un movimiento como el nuestro se caracteriza por su sentimiento de solidaridad, por su capacidad de sacrificio, por su entrega ideal a la humanidad. No hagamos concesiones al Estado. Resistamos tesoneramente a la reacción, devolviendo golpe por golpe, y aprovechando su fuerza a nuestro favor. El movimiento de la emancipación económica, moral y cultural está en marcha. El combate se redobla por todas partes. Hay que canalizar el significado de ese gran movimiento de despertar universal y contar la presencia del hombre nuevo. Frente al Estado totalitario, al capitalismo moderno y a la socialdemocracia de la traición, debemos enarbolar la bandera del socialismo con libertad, prólogo y apertura de la anarquía.



# INFLUENCIA SOCIAL DEL MOVIMIENTO OBRERO

## II

por SEVERINO CAMPOS

**Q**UEDO fuera de toda duda. A medida que transcurre el tiempo gana reconocimiento la capacidad de los obreros; iniciada su ascendencia intelectual, el propio ejercicio les va colocando en lugares que antes creían imposibles para ellos. Su función de piezas mecánicas está en vías de desaparición; ya se incorporaron a funciones de responsabilidad profesional y social.

Aunque siempre oprimido, en condiciones de inferioridad, sin medios para elevar su personalidad, el trabajador ha ido venciendo dificultades para lograr conocimientos. El muro que no le dejaba avanzar, obstruyéndole las vías del progreso, en gran parte fue demolido; fueron más potentes sus ansias de libertad y de saber.

Y ha demostrado, con ello, que el bajo nivel de cultura, en que durante largo tiempo estuvo situado, no era congénito a su rango clasista. Aunque proletario, su morfología no difiere de la del burgués u autócrata; biológicamente están dotados de los mismos organismos. Por consiguiente, con las debidas atenciones puede alcanzar metas tan elevadas como los privilegiados de hoy.

Las pruebas de potencia y agilidad mental, cultivándose bien el intelecto, quedaron bien confirmadas a favor del obrero. Esa premisa va impregnada de bellos augurios; lleva en su seno vigor e impulso progresivo. Su enfoque es de tendencia igualitaria, con evidentes indicios de una justicia que acabará con las diferencias políticas y económicas entre los hombres. Todo eso, y las maravillas que el pensamiento lanza como destellos utópicos, hacen prever fenómenos sociales que el próximo devenir planteará como inevitables.

Las jerarquías son un fenómeno anormal de la existencia humana; lo mismo sucede con la condición del proletariado; una y otra descansan en los mismos principios. Ambas están destinadas a desaparecer. Y, entre los muchos factores que contribuyen a tal fin, uno de los más valiosos es el rol emancipador de los trabajadores. Ahí, en ese movimiento, va implícito el germen de las excelentes condiciones que para la humanidad anunciaron no pocos soñadores.

Constantemente se rectifican la expresión y fondo de la vida colectiva. Es el resultado de las modificaciones que resiste el individuo. La condición de

clase es pasajera en la vida del hombre; el trabajador se desenvuelve en ese ámbito porque así convino a los potentados que le oprimieron. Nunca fue voluntad del obrero permanecer en ese mundo discriminado. Anhela otra relación social, otro sistema de vida, más expansión a su inteligencia y a sus satisfacciones.

Nada hay despreciable en aquello que, aunque poco, tribute colaboración al buen destino del hombre. Lo importante es que la aportación sea constructiva. Si los genios inventivos modificaron la faz del mundo es porque aprovecharon el esfuerzo y producto de los humildes. Lo social está constituido de partes complementarias; somos lo que somos, en gran parte, por lo que son y crean los demás.

Sin embargo, las luchas obreras tienen en su haber la parte esencial de lo que ha hecho superar a la humanidad. En el plan de reivindicaciones, el obrero no ha luchado sólo para sí; en el de la producción, de su esfuerzo es quien menos ha gozado. A su favor hay, a más del impulso y sacrificio para emancipar a sus hermanos de clase, la elevación general que, indirectamente, repercute en la sociedad.

La vida del hombre ha sido, es y será, lucha permanente: ésta ha diferido, al través de los tiempos, de características y sentido. Ninguna de las habidas ha sido tan generosa como la iniciada y sostenida por los trabajadores. Es lucha de pensamiento renovador, que tiende a la salvación y tranquilidad del hombre.

Las pugnas de los jefes, sean guerreros, religiosos o políticos, fueron trágicas contiendas por bienes y poderíos. Las derrotas, o triunfos, hacían más o menos intensos los sufrimientos, pero nunca, en ello, alentaron la superación de los pueblos. Algún otro pensamiento tenía que situar a la humanidad en otras preocupaciones.

Son los obreros, estigmatizados por el dolor, limitados en recursos culturales y económicos, quienes abren un original ciclo de luchas. El punto de mira de éstas es completamente inédito; no tiene ninguna similitud con los conflictos anteriores.

Irrumpen los trabajadores en el escenario social con singular conciencia. Hay previstas unas metas que nunca otros personajes tuvieron en cuenta. Es

un viraje histórico de entraña laboriosa; en él se hace más visible la epopeya que la reflexión; ostenta una ética solidaria, comunitaria, donde van prendidos los signos de un futuro igualitario.

No es a los poderosos a quienes corresponde esa grandeza. Esos rayos de luz emergen de las chozas, no de los palacios; nacen y florecen y en la conciencia obrera, en el seno del dolor, en silencioso ambiente de rebeldía, retando a los tiranos y a las instituciones que oprimen a los desposeídos. Son destellos luminosos que exhiben virtudes de clase humilde, lanzadas como enfoque humanista hacia esa pantalla que llamamos futuro.

Los progresos habidos bajo los dominios señoriales nunca se vincularon a las más imperiosas necesidades humanas; siempre se destinaron a deleitar la ociosidad de los tiranuelos. La acción bienhechora que podían desarrollar, tuvo un límite infranqueable donde empieza el ámbito de los humildes. Es que, en las estructuras políticas de exaltación autoritaria, sólo vibra la perversidad de sus tutores.

Esa táctica tenía una finalidad bien estudiada. Supieron los opresores de todos los tiempos, y sabrán también los contemporáneos, que los tormentos son quienes limitan el desarrollo intelectual y producen los mayores extravíos mentales. Por lo cual, al faltar el trabajo, aunque exiguamente remunerado, que es la única garantía de vida que se ofrecía al explotado, ¿En qué otro horizonte de superación personal podía penetrar el obrero?

Este ha sido, pues, entre otros, el principal factor de tortura que ha venido sujetando a los trabajadores a una condición de inferioridad intelectual. A toda costa, desde tiempos remotísimos, señores feudales, dictadores, monarcas, todos aquellos que representan y defienden los grandes intereses privados, mantuvieron tenaz actitud para que el proletariado no superara su standard de vida.

A juzgar por las normas establecidas, y sostenidas por los explotadores de toda condición, las masas deben vivir distantes de todo estímulo progresista, consagradas únicamente a constante y duro trabajo. En este criterio coinciden las dignidades representadas de la divinidad y los jerarcas del comunismo soviético; solamente reconocen las prerrogativas de la persona, si ésta consagra su potestad intelectual al servicio de la casta poderosa.

A la burguesía, y a los poderes estatales, en parte se les ha obligado a rectificar sus programas y pretensiones; el despertar de una fuerza de valor y sentido humano así lo quiso y lo sostiene. La tenacidad, y la dignidad obrera, estaban llamadas a cubrir una primera etapa de equidad social; por propio impulso, e iniciativa, ha tomado contacto con los manantiales del saber, puesta la mirada en metas donde las clases no tienen existencia.

El paso dado en esa dirección significa un engendro social de magnas proporciones; lleva en sí una transformación humana que sintetiza todos los elementos que el hombre necesita para una convivencia de completa seguridad. Si en ello va implícita la garantía de un desarrollo normal y para todos

los seres, en el cultivo de la inteligencia, no es de menos valor la elevación ética que en ese sistema de relación puede conseguirse.

Se inició esa transformación, y la marcha, en sentido general, es irreversible. No se perderán las conquistas efectuadas por el obrero. Si éste no goza todas las posibilidades existentes para cultivarse, con el fin de asimilar y cultivar el patrimonio de conocimientos por todos conseguido, su incorporación a ese mundo va adquiriendo cada vez más solidez y amplitud.

Este principio de convivencia, con la clase que antes tenía el monopolio del saber, no está exento de antagonismos. A los poderosos tradicionales se les ha escapado una de las principales fortalezas que utilizaron para el sostenimiento de sus privilegios. Pero no se rinden a la evidencia de los derechos que proclamaron y proclaman ese triunfo; no quieren comprender es un paso de contenido universalista, con marcada tendencia de fusión humana, que tiene previstas conclusiones de amplio bienestar, incluso para quienes han adoptado actitud adversa.

La explotación económica, y la opresión política, continuarán defendidas por quienes en ese sistema hallaron todas las comodidades y placeres. Plazados en ese sistema de vida, con el concepto de que son clases superiores, no cederán voluntariamente sus prerrogativas históricas. Las interpretan como derechos de conquista, rubricados por la gracia divina, lo que significa un desafío a las actitudes tendientes a hermanar hombres y riquezas.

Las personas que ejercitan esa función no sienten el aguijón de las necesidades que agobian a los trabajadores; hay en ellas una formación que les impide sentir el dolor ajeno; no vibran a tenor de las necesidades imperiosas de la humanidad. Por eso hacen hincapié en que el obrero no se supere, que permanezca como ente servil, para que no logre saborear el placer de la cultura y de la libertad.

No importa desde qué ángulo se mire, la actitud de los poderosos es antisocial. Si en el castigo viéramos alguna solución, en ellos veríamos a los delincuentes de mayor responsabilidad penal. En aras al sostenimiento de sus privilegios obstruyen el cultivo intelectual de la mayoría de las personas; la poca instrucción que permiten a los desposeídos es auxiliar de las instituciones que apoyen la esclavitud y la miseria. Es la norma que dificulta a los hijos del pueblo que adquieran su plena personalidad.

No existe posibilidad de conciliar esos extremos por procedimientos pacíficos. El derecho a la cultura tiene planteados los mismos dilemas que el derecho al pan y a la libertad. Es imprescindible la lucha para la emancipación integral de los oprimidos. Culturalmente se ha logrado algo de lo mucho que nos pertenece; es una fuerza más de combate que contamos, no para eternizar la lucha, tal como hoy la tenemos planteada, sino para forjar el destino de un humanidad de seres cultos, libres e iguales.

# Por un combate anarquista

por JOSE MUÑOZ CONGOST

Fraternalmente, al compañero Ramón Liarte, y a tenor de su trabajo «La tarea de los anarquistas (CENIT nº 186. Enero-febrero).

**E**N el conjunto de acontecimientos sociales, con sello de marcado rechazo a lo estatuido, que se registran en todos los horizontes sociales y de manera especial en los países dominados por la «política de mercados», han querido ver muchos de nuestros amigos un renacer evidente del anarquismo, en acción crítica. Y, sobre todo, en esa oposición rebelde de las nuevas generaciones que, marcando con estampilla infamante de «injusticia social» el panorama político consagrado por la inercia de sus predecesores, se quieren apuntar triunfos ideológicos para nuestras humanas concepciones.

Como dijimos en trabajo precedente, esa revuelta, consciente en unos, instintiva en otros, de fondo individualista en algunos, de agitación folklórico en ciertos, lleva en sí raíces humanas de reivindicación de la dignidad, de ruptura con las aceptadas servidumbres que son la norma de nuestros contemporáneos en general. Y por ser gesto del hombre que quiere encontrarse, viene necesariamente a coincidir con los objetivos cuya realización busca el anarquismo.

Y aun sin saberlo, el fenómeno libertario se da con toda su proyección vital, que, negando el presente, acepta implícitamente la rebusca de nuevas fórmulas de existencia social, desembarazadas de todas las trabas, las coacciones, las limitaciones que hoy la imponen esas monstruosidades que se elevaron a normas con el nombre de legislaciones.

Nos viene todo ello cual galopar de ideas que quisieran precipitarse, cada una antes que otra, a la lectura del trabajo a que nos referimos y con el que hemos de decir, antes que otra cosa, nuestra coincidencia con el sentimiento que refleja de A a Z.

Si a continuación puntualizamos que los anarquistas tenemos mucho que perder a la par que mucho que ganar en el proceso de transformación cuyo comienzo aparece en las horas presentes, no se vayan a creer en la contradicción con lo afirmado anteriormente.

Nos explicaremos:

Como en todo periodo de gestación social, de mutación en las modalidades de coexistencia individuo-sociedad, no hay fatalidad, ni determinismo alguno, que fije trayecto, ruta, ni orientación de la misma.

Las fuerzas más o menos coaligadas de todos los intereses que juegan su existencia, su supervivencia, cuando la cuestión de la emancipación total del hombre adquiere

relieves de emergencia fundamental, realizan inmediatamente cuales pueden ser las posibilidades de desorientación organizada de esas fuerzas colectivas cuya acción fue espontánea.

Por ello afirmamos que los anarquistas tenemos mucho que perder si estas desviaciones se llevan a cabo. Y ese mucho que perder es precisamente el objetivo fundamental: el hombre.

La gran conspiración está ahí. Para esa acción que promete soluciones económicas, financieras y que da como panacea la abdicación de la responsabilidad cedida contra un paquete de comodidades, que disfraza su voraz apetito de intimidad humana de individualidades, a las que sacrificar en el altar imponente del aparato económico, no le faltan fuerzas, ni medios de todo orden.

Apoyándose en falsos egoísmos, halagando en el espíritu cansado del hombre sometido, la posibilidad de un acceso a un nivel superior, pone en la balanza de las decisiones, la esperanza de su realización confiada a manos de los «elegidos» especialistas de la acción política.

Para apoyar nuestras afirmaciones, la historia no falta en ejemplos de desviación de las revoluciones hacia objetivos distintos e incluso antagonicos con aquéllos que provocaron la revuelta inicial.

Y no es que la lucha sea (como dice Liarte) balancín que se inclina unas veces del lado conservador y otras del lado revolucionario. El balancín restablece el equilibrio, cada vez, entre dos vaivenes y en la lucha revolucionaria el equilibrio es inestable cuando no inexistente: es un esfuerzo constante de enderezamiento del camino que muchos quieren tortuoso para mejor aprovechamiento de sus ambiciones personales.

La lucha es empeño por el logro de equilibrio entre el hombre y los hombres y contra la fuerza inmensa de todos los autoritarismos que pretenden seguir manteniendo el desequilibrio del abuso, que sólo la presencia permanente de la coacción permite.

Es un combate de fin aún incierto, entre quienes buscando la igualdad de posibilidades y disponibilidades sociales y económicas para los humanos, hemos de enfrentarnos con aquéllos que siguen aumentando las suyas, las de las minorías del privilegio dirigente, a costa de la creciente disminución de las disponibilidades de todos los demás, inmensa mayoría, que quisieran pasiva.

Dentro de cada país o por encima de ese mosaico ridículo de nacionalidades el ejemplo viviente de esas diferencias flagrantes de disponibilidades, entre clases sociales, pueblos y razas, son la mejor confirmación de que no hay tal balancín.

Hay un esfuerzo de ariete contra un muro inmenso, reforzado con el peso muerto de todas las inercias y de



todas las abdicaciones, de todas las concesiones de la cobardía, amontonadas a través de los siglos.

Tampoco podremos calificar ese combate permanente que hoy se prosigue y no se inicia como algunos quisieran dar a entender, como combate entablado el hombre contra el hombre.

Creerlo así sería negar el principio mismo de la fraternidad que formó en el frontispicio del anarquismo, cual imagen fiel de nuestras aspiraciones.

No puede haber este combate. El hombre, ente social que busca su camino, que se lanza a la conquista de su proyección sin límites en el conjunto armonioso de sus semejantes, no encuentra nunca frente a él, otro hombre. Si un conglomerado informe de intereses cuyos dirigentes abdicaron su papel de hombres para convertirse en agentes ciegos, en escalas diferentes, desde las cumbres de la autoridad hasta los más serviles de sus estipendiados, provocando un permanente holocausto de víctimas necesarias para saciar su voracidad de Molochs modernos. Y la causa del bien ganará o no ganará la batalla esta vez, una vez más, en que el combate vuelve en eterno recommienzo.

Ello dependerá en parte de esa misma acción decidida del anarquismo militante, de su presencia y de la eficacia de su acción revolucionaria.

Crear que el hecho humano, que el incidente espontáneo, que el clamor protestatario acabará por desembocar necesariamente en realizaciones libertarias, es querer ignorar la presencia poderosa de fuerzas sociales cuyo objetivo es la sucesión de la autoridad, no su destrucción pura y simple.

En ese embate de desviaciones, la presencia vigilante se impone. Y con ella la acción decidida en el orden ideológico y material para evitar la confusión provocada.

Y no nos referiremos hoy a esa pugna de ideas, empeñadas entre grupos, pretendiendo encontrar síntesis imposibles de acción entre objetivos contradictorios, entre la libertad y el totalitarismo pretendidamente socialista, ni entre la proyección integral del individuo, ser consciente, en interpenetración y comprensión con los demás, con el endoctrinamiento colectivo a los principios dogmáticos establecidos una vez para siempre por el superlíder, ser providencial, convertido en dios de masas. Dejaremos, pues, ese tema para otra ocasión, que creemos necesaria, simbolizándola en una frase: «Si la verdad puede estar en los libros, ella no estará nunca en un solo libro, por grande o por pequeño que sea».

Como no creemos y así lo venimos afirmando en la inevitabilidad del proceso evolutivo de la sociedad hacia la anarquía, y nos consta que frente a ese proceso natural, hay múltiples factores de oposición, desviación y freno, tampoco podemos creer mucho, como principio permanente de la acción revolucionaria, en la sola espontaneidad de las masas protestatarias.

No negaremos, el hacerlo sería huero, la espontaneidad del fenómeno violento, físico, material, del hecho revolucionario, desencadenado siempre por un detonador que provoca la subida a la superficie de la sorda conspiración mal contenida durante un cierto tiempo en los espíritus no sometidos al abuso.

Y aun cuando los anarquistas no pretendemos imponer y si ayudar la gestación y desarrollo de la revolución, por ese mismo principio e intención, nuestra acción ha

de ser vigilante, para evitar todas aquellas imposiciones que pudieran venir de donde quiera que viniesen.

No se trata tan sólo de ayudar, de participar de lleno en la revolución. Habrá que defenderla en todas sus fases contra todos los mercaderes de la política y de las panaceas autoritarias. En las barricadas un día. En la puesta en marcha de los organismos sociales y económicos de la revolución más tarde. En la vida social toda, que ha de brotar en la fase constructiva en continua evolución.

Y mal vemos en esa espontaneidad no organizada, que algunos de nuestros amigos defienden como bastión del individualismo y como reacción a la vida de sometimiento social contra la que la revolución se insurge; mal vemos en esa espontaneidad, repetiremos, las posibilidades de vencer la acción metódica y organizada de las fuerzas encuadradas, disciplinadas de organizaciones de sedicentes matices revolucionarios y en lucha por la conquista de la supremacía para una minoría distinta de la que se pretende derribar.

La lección de horas pasadas es elocuente. No vamos a repetirla. El principio de la organización anarquista no es, cual algunos pretenden presentarla, una contradicción con la idea. Si el anarquismo implica libre contrato, no fue nunca pulular de egoístas solitarios, sino asamblea libremente aceptada de seres solidarios, sin lazos permanentes, quizá, sin directivas trazadas, pero unidos por aspiraciones semejantes, por lazos de afinidad, creados o anulados según la voluntad misma de sus componentes y la razón de su libre albedrío.

Lo que no podrá nadie, en nombre de las ideas anarquistas es querer trazar normas fijas ni permanentes a la organización anarquista en todos tiempos y lugares.

Esta organización, siendo el fruto de la voluntad de los anarquistas, de algunos anarquistas, no puede ni ser impuesta por estos algunos ni condenada en bloque por otros, ni legislada por nadie para nadie.

Si nosotros la creemos necesaria, iremos con aquéllos que así lo estimen a su formación, libres de dejarla cada cada uno o de disolverla si llegado el momento así se estima.

Y aquéllos que estiman innecesaria su existencia, libres son de proseguir su acción como mejor lo entiendan.

Vamos más lejos. Como la organización anarquista no puede ser uniforme, aun y dentro de los partidarios de ella y de su acción, hay quienes estiman como base el grupo de afinidad, quienes celosos de su individualidad y animados de un deseo de labor en las masas, prefiere la acción a través del anarcosindicalismo en las sindicales de la A. I. T., quienes ligan ambas actividades sin contradicción de intereses, porque el campo de actividades del anarquismo es más que vasto.

Lo que no es anarquista es enzarzarse en debate interino, no por el debate en sí, siempre forjado, de conocimientos, sino cuando en el mismo se pretende vencer y no convencer.

Es por consecuencia contrarrevolucionario minimizar sistemáticamente una acción porque la haya realizado quien, aun pensando en anarquista, no acusa la misma óptica de quien condena en nombre del anarquismo.

En ese juego libre de todas las posiciones de los defensores de nuestras ideas que se nos permita a los partidarios de la organización anarquista creer que a través de ella, podremos, en todo momento, asegurar con mayores

# La cultura tradicional ante el mundo moderno

por **RODOLFO ROCKER**

**T**ODA obra alcanzada despierta la necesidad de avanzar hacia una mayor perfección; nos incita a lograr nuevos factores espirituales desconocidos. De ahí que la cultura sea siempre creadora y que busque nuevas formas de expresión. Se parece al follaje de la selva tropical, cuyas ramas tocan la tierra y echan sin cesar nuevas raíces.

Por principio de interés creado, la dominación política tiende hacia la uniformidad. En su intento de ordenar y dirigir el proceso social de acuerdo con determinados postulados, procura siempre someter todos los aspectos de la actividad humana a un cartabón único. Con ello incurre en la contradicción insoluble con las fuerzas creadoras del proceso cultural superior, que pugnan siempre por nuevas formas y estructuras, y, en consecuencia,

## POR UN COMBATE ANARQUISTA

*posibilidades de acción la defensa de los objetivos y de las realizaciones revolucionarias.*

*Que a través de ella estemos convencidos de mejor garantizar la posibilidad de realizaciones humanas que el anarcosindicalismo encierra en sí como fuerza vigilante de las conquistas libertarias, frente a autogestores dirigidos desde las cumbres políticas cual hoy abundan.*

*La revolución social actual es fenómeno de revulsión en profundidad. Las posibilidades de eclosión vienen del esfuerzo mantenido y permanente de los hombres en labor de superación constante.*

*No todo es algarada y agitación superficial. Hay humo en los rescoldos de una hoguera aun cuando ésta se apaga. Y no se trata de dejarla apagar, alentando con la idea de que hay humo aún, sino de alimentar esa hoguera capaz de determinar con todo lo impuro que constituye el contrato social hoy vigente.*

*Si la agitación es necesaria, si puede ser revolucionaria, ella no es toda la revolución ni puede limitarse a eso. Significa algo más intenso.*

*La barricada no representa, si tras ella, en lugar de encontrar al hombre que sabemos consciente, encontramos al servidor fiel de cualquier «clique» presto a ceder mañana sus responsabilidades de hombre libre.*

*Crear un estado psicológico o ayudar a su creación, es labor de resultados positivos cuando a la par hay penetración revolucionaria en las conciencias. Y eso, creemos, es la labor de la organización anarquista. Por esa razón nos debemos a ella y queremos ver en ella la tarea común de los anarquistas.*

están ligadas a lo multiforme y diverso de la aspiración humana.

Entre las pretensiones políticas y económicas de dominio de las minorías privilegiadas de la sociedad y la manifestación cultural del pueblo existe siempre una lucha interna, pues ambas presionan en direcciones distintas y no se dejan fusionar nunca voluntariamente; sólo pueden ser agrupadas, por una aparente armonía por coacción externa y violación espiritual. Ya el sabio chino Lao-Tsé reconoció esa contradicción cuando dijo:

«La comunidad es colaboración de fuerzas y, como tal, según el pensamiento, no se deja dirigir por la fuerza de un individuo.»

Nietzsche ha concebido en lo más profundo esa verdad. Lo que ha dejado escrito sobre la decadencia de la cultura alemana es de la más expresiva importancia y encuentra su confirmación en la ruina de toda suerte de cultura.

«Nadie puede dar más de lo que tiene; esto se aplica al individuo como se aplica a los pueblos. Si se entrega uno al poder, a la gran política, a la economía, al tráfico mundial, al parlamentarismo, a los intereses militares; si se entrega el tanto de razón, de seriedad, de voluntad, de autosuperación que hay hacia ese lado, falta del otro lado. La cultura y el Estado — no hay que engañarse al respecto — son antagónicos. «Estado cultural» es una idea moderna. Lo uno vive de lo otro, lo uno prospera a costa de lo otro. Todas las grandes épocas de la cultura son siempre de decadencia política; lo que es grande en el sentido de la cultura, es apolítico, nace y prospera al margen del Estado.

Para Aristóteles el hombre era un «creador del Estado», llamado por toda su naturaleza a ser ciudadano bajo un gobierno. Sólo por ese motivo condenaba el suicidio, pues negaba al individuo el derecho a privar de su persona al Estado. Aunque Aristóteles juzgó bastante desfavorablemente el Estado ideal de Platón, y calificó especialmente a la comunidad de bienes a que éste aspira como «contraria a las leyes de la naturaleza», el Estado en sí y por sí era, para él, a pesar de todo, el centro en torno del cual giraba la existencia terrestre. Y como igual que Platón, opinaba que la dirección de los asuntos del Estado debía estar siempre en manos de una pequeña minoría de hombres selectos, destinados por la naturaleza misma para ese oficio, tuvo necesariamente que justificar el privilegio de

los elegidos en base a la supuesta inferioridad de las grandes masas del pueblo, y atribuir esa situación al poder férreo del proceso natural. Pero en esas nociones arraiga, en última instancia, la «justificación moral» de toda tiranía.

La cultura no se crea por decreto; se crea a sí misma y surge espontáneamente de las necesidades de los seres humanos y de su cooperación social. Ningún gobernante pudo ordenar a los hombres que formasen las primeras herramientas, que se sirviesen del fuego, que inventasen el telescopio y la máquina de vapor o versificasen la «Iliada». Los valores culturales no brotan por indicaciones de instancias superiores, no se dejan imponer por decretos ni vivificar por decisiones de asambleas legislativas. Ni en Egipto, ni en Babilonia, ni en ningún otro país fue creada la cultura por los potentados de las instituciones políticas de dominio; éstos sólo recibieron una cultura ya existente y desarrollada para ponerla al servicio de sus aspiraciones particulares de gobierno. Pero con ello pusieron el hacha en las raíces de todo desenvolvimiento cultural ulterior, pues en el mismo grado que se afianzó el poder político y sometió todos los dominios de la vida social a su influencia, se operó la petrificación interna de las viejas formas culturales, hasta que, en el área de su anterior círculo de influencia, no pudo volver a brotar una sola chispa de verdadera vida.

Grecia y Roma son únicamente símbolos. Toda su historia es sólo la confirmación de la gran verdad de que, cuanto menos desarrollado está en un pueblo el sentido político del poder, tanto más ricas son las formas de su vida cultural; y cuanto más preponderan las aspiraciones políticas de poder, tanto más desciende el nivel general de la cultura espiritual y social, tanto más sucumbe el empuje natural creador y todo sentimiento profundo del alma, en una palabra, todo sentido de humanidad. Lo espiritual es desplazado por una técnica inerte de las cosas, que solamente conoce cálculo y está lejos de todos los principios éticos. La fría mecanización de las fuerzas ocupa el puesto de la circulación viviente de toda actividad social. La organización de las fuerzas sociales no es ya un medio para logro de objetivos superiores de la comunidad, algo que se ha vuelto orgánico y que está siempre en proceso de desarrollo, sino que más bien se vuelve yermo y objetivo de sí mismo y conduce gradualmente a la paralización de toda actividad creadora y superior. Y cuanto más reconoce el hombre su incapacidad interior — que no es sino una consecuencia de esa mecanización — más desesperadamente se aferra a la forma muerta, buscando su salvación en la técnica, que devora su alma y hace de su espíritu un desierto.

Tagore expresa en términos precisos y substanciales el profundo sentido de este fenómeno. Dice:

«Cuando la máquina organizadora comienza a tomar gran empuje y cuando los que en la máquina trabajan han venido a ser piezas de la misma, el hombre personal se elimina, no quedando de él más que un fantasma; todo lo que antes fue hombre es ahora máquina, y la gran rueda de la política gira sin el más ligero sentimiento de compasión ni de responsabilidad moral. Podrá suceder que, aun en el inanimado engranaje, intente afirmarse la naturaleza moral del hombre; pero los cables y las poleas chirrían, las fibras del corazón humano se enredan en el rodaje de la máquina, y sólo con gran trabajo puede la voluntad moral obtener una imagen pálida y fragmentaria de lo que anhelaba.»

Grecia produjo una gran cultura y enriqueció a la humanidad por milenios, no aunque estaba políticamente desmenuzada, sino precisamente por eso. Porque les fue extraña la unidad política, los miembros particulares pudieron desarrollarse con entera libertad y expresar su característica singular. En el desmembramiento de las aspiraciones políticas de poder ha crecido la cultura griega. Porque el impulso cultural de creación, que se manifestó tan vigorosamente en la comuna helénica, predominó con mucho y por largo tiempo sobre la voluntad de poder de pequeñas minorías y permitió así a la libertad personal y al pensamiento independiente un más amplio espacio de juego, por eso y sólo por eso halló la rica multilateralidad del querer cultural un campo ilimitado de actividad, sin quebrarse ni doblegarse ante la rígida barrera de un Estado nacional unitario.

Roma no conoció esta disgregación: la idea de la autonomía política no cuajó en el cerebro de sus dirigentes; en cambio, la de la unidad política aparece como un hilo rojo en todas las épocas de su larga historia. Roma, en materia de centralización política, llegó al más alto grado, y precisamente por eso los romanos no sólo no produjeron nada esencial en el campo de la cultura, sino que en todos los demás terrenos de la actividad creadora aparecen como un pueblo sin espíritu original al que estaba vedado penetrar y profundizar la esencia de la obra cultural de los otros pueblos.

El Estado unitario nacional español secó las fuentes de la cultura de un pueblo que iba a la zaga de la divina Grecia. España fue la primera gran potencia del mundo, y sus esfuerzos en el terreno del poder político influyeron enormemente en la política europea; pero con el triunfo del Estado unitario español y con la brutal supresión de todos los derechos y libertades locales, se secaron las fuentes de toda cultura material y espiritual, cayendo el país en un lastimoso estado de barbarie. No lograron salvarle del colapso cultural las inagotables corrientes de oro y de plata que aflúan de las jóvenes colonias de América a la metrópoli. Mas bien podría decirse que la aceleraron.



# Los derroteros de nuestra libertad

por **MOISES MARTIN**

**P**OR uno de los injustificables extravíos de la evolución histórica que caracterizan a esta hora, España, el primer pueblo en alzarse y luchar contra la concepción totalitaria de la existencia, está siendo excluida deliberadamente del alto tribunal de la justicia y el derecho internacional. La llamada razón de Estado que hoy dirige la marcha de los acontecimientos mundiales, sofoca y cercena en flor a la razón humana. La sevicia gubernamental franco-falangista ha transformado al país amante del trabajo responsable y de la inteligencia redimida en ancho campo de la corrupción moral y del trabajo forzado. Un pueblo de hombres hidalgos ha sido convertido mediante el ejercicio arbitrario de la violencia impuesta por el poder usurpador, en vulgar rebaño de gentes indefensas padeciendo en los rocarrales de la incultura y la degradación más espantosas.

**L**A España que luchó por irradiar su luz espiritual, sufre derramando gotas de sangre mártir. El régimen de Franco, afrenta y escarnio de nuestro tiempo, sigue cabalgando a horcajadas de la doliente sociedad española, siendo tolerado y sostenido merced a la conllevancia e indiferencia de las Naciones que dicen luchar por la causa de la libertad y la dignidad del hombre.

Todo crimen perpetrado contra la razón humana debe ser combatido. España, atada de pies y manos, proscrita y amordazada dentro y fuera de sus fronteras, exige una reparación. Si los hombres de buena voluntad quieren, puede ser tiempo aún de reparar tamaña injusticia.



No es cierto que nuestro país esté agotado cuando tantos ejemplos viene dando de su vitalidad creadora, removiendo a las conciencias aletargadas con su silencio activo. El término «crisis» nada tiene que ver con la tragedia fecunda de España. Porque crisis es postramiento, sombras en la luz del pensamiento, vacío completo; ¡Nada!

Nuestro país ha sido el primero, sin duda, que ha hecho los

ensayos más atrevidos y responsables en la lucha por la justicia social. Ahí está su obra económica basada en el colectivismo agrario que Joaquín Costa nos legó como doctrina del derecho político moderno; llevar a cabo pareja acción constructiva en plena guerra civil, supone estar en plenas facultades, es hallarse en posesión de todos los medios físicos e intelectuales. Un pueblo revolucionario que hace una revolución, no está nunca en crisis, sino en estado de gestación y de fecundidad.

Frente a la Europa sacudida por el huracán de la violencia que ha venido buscando durante estos últimos años su ideal en la teoría del exterminio y la muerte, la España obrera y liberal ha buscado la justicia como fuerza incubadora del renacimiento humano. España ha luchado por encontrar el verdadero camino del mundo moderno, equilibrando al hombre por medio de la naturaleza, oponiendo el bien al mal, el derecho contra el sacrificio del hombre.

Nosotros no toleraremos jamás que se mutile la personalidad del hombre. Somos la hechura misma de Don Quijote, imagen de la idea que, hasta en sus acciones más volitivas, no se aleja nunca de la realidad cotidiana.

La monstruosa mutilación que viene sufriendo el cuerpo desangrado de España, es llevada a cabo por los que entran a saco en todas las riquezas, despilfarrando sin orden ni tasa el esfuerzo y el sudor consentidos por la clase obrera.

Contra los intelectuales amantes del progreso y defensores de la sabiduría; contra los técnicos que soñaban para la nación un porvenir próspero y venturoso, contra la sufrida y capaz fuerza obrera, desde hace 33 años de Gobierno unitario, se viene practicando una represión cruel con la ciega pretensión de contener el avance de las corrientes regeneradoras de la sociedad. Mas a pesar de los infotunios pasados, de las humillaciones presentes, la esperanza indeclinable puesta en los objetivos de liberación no cesa ni decaerá jamás. Nuestra divisa de lucha es categórica: **¡No ceder a la tiranía, perseverar hasta vencer!**

La lucha que heroicamente sostiene nuestro querido pueblo ha sido negada por unos y por otros; pero sería fácil culpar a los demás de las desdichas que padecemos. O somos capaces de paten-tizar con hechos que podemos vivir dentro de un régimen libre y digno, o Franco y sus corchetes proseguirán cabalgando en la do-

liente sociedad española; o somos hombres capaces de unir fuerzas, atando energías y uniendo voluntades para librar la batalla que nos espera, o el Estado usurpador seguirá comprometiendo la vida, la paz y la salud de España.

..

Cuando Hitler y Mussolini creían dominar el mundo y el pigmeo fue proclamado como la espada más brillante de Europa, Franco se declaró nazi-fascista, haciendo declaraciones de fe totalitaria más contundentes que el mismo Doctor Goebels; más tarde, en nombre de la Iglesia Católica, Apostólica y Romana, siendo «caudillo» por la Gracia de Dios, no de los Hombres, se hizo moro y defensor de la morería, a la que llevó hasta su cámara nupcial; pero una vez ganada la segunda guerra mundial por las

fuerzas Aliadas, se hizo americano.

La Europa que quiere Franco, es la Europa del reino del crimen, forjada sobre las viejas aristocracias afanosas de imponer el trabajo forzado mediante la intimidación. Por contra, la auténtica democracia española, basada en la inteligencia libre, la moral humana y el trabajo responsable, tiende a reconstruir la unidad europea apoyándose sobre los municipios libres, los sindicatos obreros y las Escuelas Modernas.

Sólo podrá hacerse una Europa habitable para todos cuando ponga fin a las dictaduras todas que nos degradan, cuando el hombre se sienta libre en una Confederación de pueblos independientes asociados entre sí; cuando la aristocracia del trabajo manual e intelectual ocupe el puesto que hoy usurpan los dictadores.

Hay que trabajar unidos para que España rompa las cadenas

de la opresión y se incorpore a la vida legal para hacer un nuevo ciclo histórico como pueblo libre y creador. Somos un pueblo desgraciado que desde hace muchos años vivimos a merced de las potencias extranjeras. España, no hace más que mirar hacia los demás países buscando con afán la manera de modelar su orientación nacional, olvidando una premisa importante: Debe mirarse a sí misma, sacando fuerzas de flaqueza para emprender la ruta de sus propios destinos. La mayoría de los intentos salvadores que se han venido formulando han pecado de unilaterales, de sectarios. Imposible se hace especular por más tiempo con el dramatismo trágico de nuestro pueblo. Urge establecer un principio de acción que nos permita luchar unidos, hasta conseguir derrocar a la tiranía nazi-franquista. La libertad no puede ser un privilegio de casta, sino un derecho de todos.

## IDEAS MATRICES

**E**S suficiente notorio que para encender una vela hace falta a lo menos que la vela esté apagada. Del mismo modo, para sentir un afán de combatir hace falta a lo menos no estar convencido de que se ha ganado ya una batalla. No hay estado de espíritu más divergente que el del combatiente y el del triunfante. El que, en efecto, quiere luchar, empieza por creer que el enemigo existe, que es poderoso; por tanto, peligroso; por tanto, respetable. Procurará en vista de ello aunar todas las colaboraciones posibles; empleará todos los resortes de la gracia persuasiva, de la dialéctica, de la cordialidad y aun de la astucia para enrolar bajo su bandera cuantas fuerzas pueda. El que se cree victorioso procederá inversamente: tiene ya a su espalda e inerte al enemigo. No necesita andar con contemplaciones, ni halagar a nadie para que le ayude, ni fingir actitudes amplias, generosas, que arrastren en pos de sí a los corazones. Por el contrario, tenderá a reducir sus filas para repartir entre menos el botín de la victoria, y, marchando en vía recta, tomará posesión de lo conquistado. La acción directa, en suma, es la táctica del victorioso, no la del luchador. — ORTEGA Y GASSET.

## Elementos esenciales de la historia

**D**OS son los elementos esenciales de la historia: la tierra y el hombre. Hombre sin tierra y tierra sin hombres no dan material histórico. Y el primer capítulo de cualquier historia es el que habla del aprovechamiento de aquella por el ocupante: indirectamente (aprovechamiento de los productos espontáneos; cogida de frutos y hierbas, caza, pescado) o directamente (agricultura). Toda labranza es una toma de posesión que dura lo que aquella. Tal es el origen legítimo de la propiedad; la tierra inculta es de todos; la posesión la da el aprovechamiento. El labrador es el único dueño en derecho. Luego viene el conquistador, somete al trabajador y alza con la propiedad. Después el historiador, falsificador de la historia, cubrirá la conquista de laureles, legitimará el robo, hará héroe al ladrón, y con este adulterado producto falsos maestros envenenarán el alma de los niños siglos tras siglos. — Gonzalo de REPARAZ

## ACTO PRINCIPAL DEL ESTADO

CON FRANCO,

«ESE HOMBRE»

## Asesinato de Miguel de Unamuno

(Continuación)

por FLOREAL OCAÑA

**P**OR otra parte, ¿no están perdidos también para el progreso social y humanitarista los traidores que ayer se llamaron revolucionarios o simplemente antifranquistas, y hoy han pasado al campo de la anti-España a «razonar» con falangistas, curas y bachilleres con escapularios?

Afirma Ramón J. Sender «que la filosofía de Unamuno — si se puede llamar así — es reaccionaria de principio a fin, de cabo a rabo. Y no sólo en lo social, económico o político sino en lo religioso.»

Ya hemos leído que Miguel de Unamuno proclamó «que el mal viene de Roma», llamando «fatídico» al papa, al jefe de las fuerzas negras medievales que detentan «la guardia del sepulcro de Don Quijote», y que escribió sobre el llamado «Movimiento Nacional» seis años antes que se alzara: «Tenemos que evitar — dijo en 1930 — el fascismo, ya que el bolchevismo no hay aquí temor. El temperamento más bien anarquista de nuestro pueblo lo rechaza.»

También sabemos cuánto Miguel de Unamuno repudiaba al fascismo por las manifestaciones que hizo el 16 de julio de 1936, en Salamanca, que ya hemos reproducido, anticipándose apenas veinticuatro horas al alzamiento iniciado por «Franco, ese hombre» el 17, al día siguiente, en el norte africano. Asimismo recordamos sus protestas contra la «obra de muerte» del Movimiento nacional fascista, desde el primer día que la inició, al tener conocimiento del asesinato de dos amigos suyos y demás crímenes en masa que aquél realizaba. Y lo más conocido y sabido cuando buscó y encontró la oportunidad de hacer frente a la anti-España, cara cara, en presencia de testimonios nacionales e internacionales para que ya nadie pudiera falsear ni tergiversar su verdadero pensar y sentir, que escupió al rostro asesino y destructivo de aquélla el 12 de octubre del mismo año en el salón de actos académicos de la Universidad de Salamanca.

Repetimos algunas de las palabras escritas por Miguel de Unamuno, opinando sobre religión, porque proyectan, al respecto, a nuestro entender, lo más hondo y sinceramente sentido de lo íntimo de su mundo subjetivo, de su yo mismo, de su personalidad: «A una religión hay que oponer otra religión, un sistema filosófico es imposible y absurdo, ya sea el escepticismo o el agnosticismo. Ya sé que existe la religión de la ciencia en la que yo

nunca he creído. Pero existe la religión de la fraternidad de todos los pueblos, en la cual creo yo.»

Ni religión alguna, aunque se llame política, ni por la ciencia hecha religión, que nos haría caer asimismo en el dogmatismo como ya lo intentan, sin advertirlo, algunos deterministas-mecanicistas. Miguel de Unamuno cree en una religión de la fraternidad entre los seres humanos. Y es que ciencia sin ética en el hombre que la aplica, que lleva a obras de destrucción y muerte, es contraria a la libertad, al bienestar y a la fraternidad entre los pueblos. Hemos, pues, de luchar porque la ciencia contribuya, totalmente, a obras de vida en bien de todos los componentes de la especie humana y sea, siempre, un factor más de fraternidad en el seno de ésta.

¿Por qué Ramón J. Sender y tantos otros sujetos peor educados que él por los malos sistemas pedagógicos autoritarios no se esfuerzan por detenerse — como hacemos nosotros — más en lo bueno o mejor de lo hablado y escrito por Miguel de Unamuno y no en lo erróneo o malo que éste escribió destacando más, mucho más, lo primero que lo segundo por ser, en realidad, lo predominante en el ser de su mundo subjetivo y constituir los datos o valores psicológicos que señalan que podía evolucionar, ética e intelectualmente, hasta encontrarse a sí mismo, en una situación vital determinada como le ocurrió al verse enfrentado al nazifascio-franquismo sin poder ni querer rehuir el choque con el mismo en julio de 1936?

Pese a todos los embates directos e indirectos que sufrió y sufre todavía la obra de Miguel de Unamuno de todos los acérrimos enemigos del progreso social y humanista, de los envidiosos insanos y de los mediocres de todas las clases, que ponen en evidencia su inferioridad moral e intelectual, las fracciones que hemos extraído de la psicología profunda de aquél constituían los elementos éticos y filosóficos universales que fueron evolucionando y afirmándose en su espíritu. Se desarrollaron en las circunstancias favorables, y al unificar todos los valores superiores que batallaron en su ser contradictorio por colocarse en el más alto nivel de conciencia acabaron por lograrlo y representar la característica única, global, de su sólida e indestructible personalidad para todos los tiempos.



### Unamuno frente a los «voceros» de la revolución

Lo reconocemos los humanistas libertarios, que así pensamos y sentimos, pese a lo poco bien que habló de nosotros, algunas veces, antes de iniciar el fascismo las hostilidades bélicas y crueles contra la España del Quijote. Pero no está demás recordar que también en el pasado fuimos perseguidos y encarcelados por la República, haciéndonos ésta algunas víctimas, como asimismo por las fuerzas, por ejemplo, del gobierno de la Generalidad de Cataluña, siendo presidente Luis Companys, asesinado también por el franquismo. Y éste, en julio de 1936, rectificó y elogió, en grado superlativo, a los hombres de la C. N. T., de la F. A. I. y de las Juventudes Libertarias al presentarse ante él, armados, en el palacio del gobierno, una comisión de estas organizaciones que constituyeron las fuerzas mayoritarias que decidieron la victoria antifranquista en Barcelona y en toda la región catalana, expresándoles, en aquella hora terrible, con sincera emoción, su agradecimiento y cuán injustamente se había comportado antes con nosotros, los libertarios, que sufrimos persecuciones, detenciones y amenazas de muerte de los representantes policíacos y militares del gobierno de la Generalidad de Cataluña.

Ni más ni menos que Luis Companys, tanto o más sinceramente que éste, habría hablado, a viva voz, Miguel de Unamuno, de habernos podido dirigir personalmente la palabra, al tener conocimiento de lo mucho y generoso que hizo el Movimiento Libertario español para evitar que el fascismo triunfara, desde el primer momento, en horas, en toda España. Y consideramos que Miguel de Unamuno no habría rectificado nunca su buena opinión al respecto. Si lo hicieron, villanamente, los desagradecidos políticos — ¡no les bastaba haber salvado sus vidas! —, de todos los partidos, que debían a los libertarios no haber perecido a manos del fascismo. Bien sabido es que sin importarles que su desagradecida, inmoral y criminal actitud beneficiara a los ejércitos nazifasciofranquistas se alzaron, en mayo de 1937, en Cataluña, intentando exterminar a todos los libertarios. Y sólo pusieron en evidencia que éstos continuaban siendo mayoritarios y llevaron su generosidad a no pagarles con la misma moneda: exterminando a los llamados «antifranquistas» que pretendieron exterminarnos con la misma bestialidad que los fasciofranquistas destruían a sus opositores ideológicos. Fracasaron en su intento de reconquistar el poder político, totalmente, acabando con todas las fuerzas representativas del progreso social desmintiendo, con su conducta, con su obrar torcido, que, políticamente, son democráticos, respetuosos con la decisión mayoritaria popular que pertenecía al Movimiento Libertario en las cuatro provincias de la región catalana.

Y si no hemos ocultado o silenciado lo que el rector salmantino escribió de injusto contra nosotros, los libertarios, en particular sobre nuestro compañero Francisco Ferrer y su obra pedagógica, antes de 1936, nos consideramos con derecho a transcribir sólo unas pocas líneas de lo mucho

hablado y escrito por él sobre la «revolución» que los republicanos de todas las clases, con los socialistas y demás marxistas gritaban haber hecho con la República española del 14 de abril de 1931.

«Hay mucho por hacer — dice Unamuno — y por combatir todavía. Yo creo que si las matemáticas matan, son mentiras las matemáticas. Ved cómo se han torcido nuestros ideales, y cómo se obra con una lógica de Sancho, que es escolástica, puramente verbal. Todavía no hemos hecho nada. Nada. ¿Revolución? ¡Qué mito! Unos dicen haberla hecho, la revolución, la suya; otros manifiestan que está por hacer. «Haremos nuestra revolución.» Pero ¿cabe decir nunca hemos hecho una revolución? Una revolución es siempre un inacabable quehacer. Porque una revolución se revoluciona a sí misma. ¿Es que aquéllos mozos quieren hacer una revolución; Más que lo dudo. Lo que quieren los más de ellos es que la revolución los haga. Los haga hombres, o, más claro, los coloque. Es una nueva generación en busca de empleo.»

«Se dice que estamos en una República de Trabajadores, y por los últimos acontecimientos más bien creo en una República de Funcionarios en que todos quieren vivir a costa del Estado.»

«En España todo necesita renovarse ¡Todo! Hay que encender en el pueblo español el fuego de las inquietudes. No las malas pasiones, no la voluntad guiando a la inteligencia por malos caminos. Despertar en él la conciencia de sus deberes y de sus derechos.»

Al ser derrumbada la Monarquía, sorprendentemente, por el pueblo español, los republicanos, ante la indecisión de éste por avanzar hacia la justicia social, tomaron el poder. Y no cesaban de hacer promesas de mayor libertad y bienestar para los «trabajadores de todas las clases», que no cumplían o las ofrecían a largo plazo, pidiendo al pueblo español que no provocara desórdenes con sus demandas de mejoramiento social y económico, que les dejaran consolidar el orden y fortalecer el poder de la República para luego, poco a poco, «ordenadamente», establecer la «justicia».

He aquí cómo Miguel de Unamuno pensaba al respecto: «Goethe ha escrito: «La justicia debe ser sacrificada al orden.» Yo creo que no debemos sentir tanta preocupación por el orden; debemos estar mucho más interesados por la injusticia y por la vida, y ésta no es orden. El orden puede ser un medio para desprestigiar la justicia. Aun el mismo desorden y la lucha son mejores que la justicia. Vale más la justicia sin orden que el orden sin justicia. Puesto que el orden sin justicia es la tiranía.»

El quijotismo hispano, caracterizado por el Movimiento Libertario, formado por la Confederación Nacional del Trabajo de España, la F. A. I. y las Juventudes Libertarias, que no trata con Franco ni con sus servidores, hoy, como siempre, con o sin República, sigue estando interesado, coincidiendo con el precitado pensar de Miguel de Unamuno, por la justicia y por la vida del pueblo español, y ¡no por el orden anterior al 18 de julio de 1936 y ¡menos por el orden que siguió y sigue imperando

en España, llamado franquista, que desprecia mucho más que el primero la justicia!

Estamos intentando demostrar que Miguel de Unamuno era un inadaptable e inadaptable al deshumanizar el ambiente estatal, político-religioso, un individualista inestable, irresoluto por haber recibido influencias culturales desde la más tierna infancia extrañas a su naturaleza rebelde, pero cuando observaba que sus pensamientos «tradicionales» nada resolvían en la vida cotidiana de la sociedad, y le alejaban del infinito campo de la filosofía de la verdad, escapaba de aqu ellos o los echaba a un lado exponiendo entonces con violento sobresalto, con coraje sin límites, lo intu do como verdadero: las ideas avanzadas, válidas para el presente y el futuro de España y de toda la humanidad que las había estado comprimiendo en su ser psíquico, mental y sensorial.

Miguel de Unamuno se rebelaba contra cuanto lo encadenaba al pasado y encadenaba asimismo a su amada España del Quijote, cuando lo que veían y leían sus ojos herían su sensibilidad; y en ese momento decía la profunda verdad que sentía, más que pensaba, henchido de fervor humanista, quijotesco, como el más elevado bien de su vida interior digno de ser defendido a toda costa, pasando por encima de todas sus contradicciones, con la pasión volcánica extraña a la serena reflexión filosófica, pero peculiar del hombre sensible, fuerte, de carne y hueso. Ni sus numerosos errores lo contenían, ni se detenia a justificarlos o a excusarlos: lanzaba a los cuatro vientos su protesta airada contra la injusticia, sin temor a las consecuencias, rompiendo lanzas, al mismo tiempo, en pro del ideal humanitario que la anti-España atacaba eliminando a miles de hombres y mujeres que tenían el valor humano de exponerlo y defenderlo.

Los republicanos y los socialistas de todas las clases — incluyendo a los mal llamados comunistas — defendían y siguen defendiendo, estancándose, como si los años no hubieran pasado, a la República de 1931. Hasta el 18 de julio de 1936 fueron sesenta y tres meses que en sus manos tuvieron el poder estatal que el pueblo español les permitió ostentar. No tuvieron en cuenta esta verdad: que éste fue el que provocó el derrumbe de la Monarquía, al que se lo debían todo. Sin embargo, menospreci ndolo, haciendo oídos sordos a sus anhelos de mejoramiento social y económico, sólo se preocuparon de establecer su dominio sobre el pueblo español, su orden político a rajatabla, colocando en primer lugar obtener el triunfo de sus personas políticas por encima de los intereses colectivos, de los trabajadores de todas las clases, de las abejas productoras de la sociedad española.

Los políticos de la República no tenían prisa alguna en resolver los problemas primordiales del pueblo español; dejaban lo primero para mañana, un mañana que nunca llegaba, de más efectivo bienestar, como ocurre, más acentuada y brutalmente con el actual régimen franquista: promesas y más promesas a los trabajadores manuales e intelectuales que no resuelven ni sus apremiantes necesidades y menos el respeto a los más elementales

derechos humanos. Lo  nico cierto es que aqu ellos fueron malos y éstos, los fasciofalanquefrankuistas, son mucho peores.

Entre los republicanos que ejercieron el poder durante los años que duró la República había unos pocos brillantes intelectuales; pero sus ambiciones estatales y vanidad los cegaban, y no los dejaban ver más allá de sus narices en la geografía social y humana de España. Para su mal y el nuestro, para mal, en fin, de todos los españoles no vieron el límpido horizonte psicológico y humano que tenían ante sus ojos como lo ve ningún político, por excelente literato o exponente elevado de la tecnología o de la ciencia pura que sea, y si lo distingue, más o menos claramente, prefirió cerrar los ojos para no verlo ni tenerlo en cuenta, si quiere triunfar en el campo sucio de la política, que es anti-social, y anula, por lo tanto, en el sujeto todas sus potencialidades y cualidades superiores; que el «orden sin justicia» — como dice Unamuno — sin previa verdadera justicia social, decimos los libertarios, más claramente, es tiranía, y ésta, como hemos visto con el ejemplo — entre miles de ejemplos — de la República española, por ley de biología política sólo puede engendrar o dar paso a otros sistemas tiránicos de gobierno.

En España, la llamada «República de Trabajadores de todas las clases —  como si los políticos lo fueran! — «era más bien — manifiesta Unamuno — una República de Funcionarios en que todos quieren vivir a costa del Estado. Los más quieren que la República los coloque. Es una nueva generación en busca de empleo.»

Cuantos sujetos actúan en sentido político opuesto, cien por cien, totalmente, al progreso social, que «buscan empleo» en el seno del Estado, llámese o no republicano,  es por esta sensata posición revolucionaria de Miguel de Unamuno que tanto lo odian, aunque lo silencien para usar también su nombre, como los franquistas, en beneficio de la política, de sus personales ambiciones de poder y de dinero? Así parece, porque por lo que respecta a los militantes de la Confederación Nacional del Trabajo de España, de la F. A. I. y de las J. J. LL., a los humanistas libertarios consecuentes de ayer, de hoy y de mañana, que rechazamos al Estado y todos sus empleos, coincidimos con Miguel de Unamuno, o, mejor dicho, por ser lo cierto: Éste coincide con nosotros, al fin, que la revolución, al intuirlo e iniciarla el pueblo con conciencia social, no ha de detenerse para no estancarse y corromperse en el pudridero político-estatal-religioso, que ha de continuar «revolucion ndose a sí misma, porque la revolución es siempre un inacabable quehacer.»

Sin embargo, «voceros de la revolución», sin pizca de fundamental personalidad revolucionaria, mintiendo ser revolucionarios, deshumanizados por los políticos de profesión que se quedaron sin Estado y sin pueblo al que dominar y explotar, dec annos en España, en 1936-39 — ahora dicen cosas peores profranquistas —, a los que defendimos, pese a todas sus amenazas, el criterio unamuniano, supe ndolo, del principio hasta el fin de la lucha contra las fuerzas fasciofranquistas:

«¡Desarmemos a los revolucionarios de la retaguardia! ¡Dejemos que se armen sólo las fuerzas policíacas y militares que los políticos van organizando, con nuestra complicidad, para acabar con aquellos revolucionarios «extremistas» que no dejan que nuestros «amigos» políticos vuelvan a rehacer el Estado que nos dará empleos! A no hablar, pues, de comunismo libertario, y menos realizarlo como ya ha empezado a vivirlo el pueblo por la voluntad mayoritaria del mismo. Preocupémonos solamente de ganar la guerra para beneficios de la política antifranquista que ya permitió se desarrollara y se alzara el fascismo. Déjese para después hacer la revolución. Deténgase ésta en todos los municipios, provincias y regiones que la han iniciado». Etc., etc.

Con lenguaje menos claro tal era la conducta contrarrevolucionaria, cobarde y criminal, de lesa humanidad, que los «voceros de la revolución» exigían observara el pueblo, que los creía a todos bienintencionados. Así dichos «voceros», que estaban explotando el prestigio moral que ganaron entre los trabajadores antes del año 1936, colaboraron a frenar la revolución y a imposibilitar que ésta pudiera realizarse después de hacer la guerra por la guerra — de haber sido derrotado el franquismo — que sólo guerreros produce, al terminar con los revolucionarios o con la mayoría de los mismos al menos.

Con razón — de los sin razón — en publicaciones como la llamada «Comunidad Ibérica», sostenida

por reformistas — son deformistas —, publican colaboraciones como la de Ramón J. Sender, que intentan disminuir y desprestigiar a Miguel de Unamuno — de modo en extremo soez — que tiene un concepto bastante más cabal que aquéllos de lo que ha de ser y hacer una revolución.

(Si como dice Unamuno: «Por sus obras se conocen los hombres», a pesar de no conocer, personalmente a R. J. Sender, leyendo entre líneas lo que éste escribe, no me merecía confianza social y moral, y sólo esperaba que pudiera, con el tiempo, superar sus carencias y adoptar una conducta humana y franca y definitivamente mejor. Esto explica el por qué el conferenciante, el que firma, ni en Barcelona, en 1936-39, ejerciendo de director de «Ideas», semanario libertario de ocho páginas; ni siendo, durante unos años, el primer secretario general del «Grupo Tierra y Libertad», en México, que se propuso dar vida a la publicación con el mismo título del Grupo, que vio la luz y sigue apareciendo pese a los pesimistas que no creían que pudiera siquiera aparecer o pasar de dos o tres números; ni como encargado, desde el número once, durante casi tres años, de hacer dicho periódico cuando aparecía quincenalmente, jamás pedí colaboración a Ramón J. Sender a pesar de que algunos compañeros me aconsejaban se la pidiera. Ningún prestigio de la pluma de un sujeto que no logra prestigiarse primero ante la propia conciencia).

(Continuará)

## Corrientes de libertad social

IDEA y organización no son de la misma esfera. Todo nuestro respeto es debido a la organización de defensa contra un enemigo que afrenta y combate al trabajador a todas las horas. Pero todo respeto es también debido a la idea, que no puede ser mezclada en las vicisitudes de esas luchas dictadas por las situaciones presentes. Hay incompatibilidades ahí y hasta en el círculo un profesor de equitación no puede hacer pruebas sobre dos caballos que van en direcciones opuestas. De ahí el descontento constante: el práctico se siente molesto ante la perspectiva de que la idea le retenga, y el hombre de ideas se ve apartado de una práctica que no le agrada. Hay un remedio a eso, pero que exige un pequeño esfuerzo intelectual.

Sin aconsejar la laxitud puedo comprobar que no es bueno estar fascinado por una sola idea y dividir a los hombres como amigos o enemigos según que compartan esa idea o no. Nosotros nos levantamos contra leyes y jueces, pero no damos juicios continuamente que impliquen a menudo graves consecuencias morales. Sobre el terreno discutido aquí habrá siempre diferencias de apreciación. No lo tengamos presente. Sepamos tener dos cosas a la vez en la cabeza: lo que exige la situación y lo que puede ser útil a la idea. En caso de conflicto elijamos, pero no pidamos que todos sean de nuestra opinión. — Max NETTLAU.



# Significación de una inolvidable fecha histórica

por CAMPIO CARPIO

**L**a tragedia de Chicago, a fines del siglo pasado, vino a confirmar cuanto acerca de los despotismos gubernamental y capitalista los internacionalistas habían consignado. Una huelga por la conquista de la jornada de las ocho horas de trabajo, levantó aquella mencionada ciudad norteamericana. Considerándose lastimado en sus fueros y teniendo que hacer frente al reto de la clase trabajadora, que reclamaba condiciones laborales más humanas que las agotadoras imperantes hasta entonces, una bomba colocada — no se ha determinado por quién — constituyó el motivo para que todo el peso del Estado se descargara sobre aquel conjunto homogéneo proletario lanzado a la calle.

**E**l puritanismo yanqui, en los albores de su monarquía industrial puso en juego la fuerza policiaca, la determinación ciega de sus gobernantes y la justicia de sus tribunales al servicio de los manufactureros, los consorcios y holdings que entraban en acción. Sin atender otra razón que su derecho, el de los potentados y explotadores, la horca quitó varias vidas de hombres, profetas, luchadores, visionarios, cuya palabra y lección tienen vigencia aun hoy, a lo largo de tantos años. Ha sido acontecimiento que consternó al mundo social de uno a otro extremos, un lastimio antecedente que sentaría doctrina jurídica para otros de los procesos posteriores en aquel ámbito americano.

Otro de los procesos de resonancia internacional, que consternaron al mundo, ha sido posteriormente el que provocó y permitió la muerte de Ricardo Flores Magón en una cárcel norteamericana y casi seguidamente el que condujo a la silla eléctrica a Sacco y Vanzetti. La ciega justicia del capitalismo yanqui, con su barbarismo romano siempre se ha engeguado con sangre proletaria. Representando el poder del más fuerte no ha perdido su condición de esclavócrata, expoliador del débil a favor de la hegemonía capitalista, detentaba todavía en nuestros tiempos como

simbolo del imperialismo financiero y económico en todo el mundo.

Los mártires de Chicago pronuncian a través de la historia, su palabra de redención. En las conquistas de la clase trabajadora obtenidas a partir de entonces, están vivas las palabras de Parsons, Ling, Engel y cuantos otros anunciaron para la humanidad lo que estaba sacudiendo al mundo social. Porque el proletariado que, en circunstancias tan especiales y de todas partes del mundo muy poco antes se había convocado en Londres para constituir la organización de solidaridad social y de mayor fondo moral y humano que se conoce, se hizo presente desde entonces en todos los planos de la lucha y focos de rebelión. Allí donde hay un llanto, un dolor, una inquietud y una esperanza está presente la Asociación Internacional de los Trabajadores, como una antorcha que ilumina los cielos de la revolución.

La tragedia de Chicago, que a la distancia del tiempo nos alcanza a todos, porque nos sirve de sello y premisa de la prepotencia estatal del capitalismo, nos llama a la lucha, a la trinchera para la defensa de nuestra vida y de cuantos están propensos a ser víctimas de la explotación del hombre por el hombre. Es una llamada permanente que resuena en

los oídos de las clases explotadas para recordarnos que no puede haber paz, ni orden ni cooperación entre quienes nos sojuzgan, y nosotros, ya sea en nombre del Estado y sus leyes, de la religión ni de sus dignatarios. En tanto la organización social, política y económica esté basada en el dolor de unos para satisfacción personal de otros, no puede haber nada de común entre el conglomerado humano de los productores y las castas que usufructúan los beneficios del progreso. Ni con los traidores del trabajador, liberales, democráticos o denominense dictadores al servicio del proletariado, tenemos nada de común. Nuestra lucha tiene que ser uniforme, y lo es ya en cierto modo, hasta tanto no se logre abatir el poder sangriento de sus aspiraciones retrógradas.

Chicago es un ignominioso simbolo colectivo para todo hombre libre, consciente de su misión como productor. La jornada de ocho horas de trabajo ya ha sido superada por la de seis. Aun conservando jurídicamente el derecho de propiedad privada los conglomerados capitalistas creados con el esfuerzo proletario, algunas mejoras de segundo orden que hoy son indiscutibles en la sociedad contemporánea, arrancan de aquel hecho sin paralelo hasta entonces y que después fueron bandera proletaria para esta

lucha desigual que nos asiste y separa una clase de la otra: un sentimiento de solidaridad del despotismo y una conciencia inquebrantable de conducir nuestras ideas al porvenir.

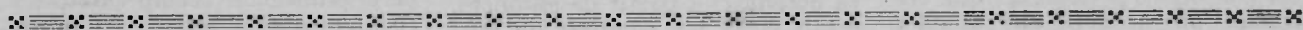
Aquel asombroso y pavoroso acontecimiento que conmovió a Chicago, como un incendio, proyectó sus resplandores a todo el mundo. Era la iniciación de un giro profundo en el seno de una sociedad mercantilista que no lograba estabilizarse por los vicios de su propio origen y destino. Presionando sobre los productores, como más fácil solución a sus problemas de acaparamiento y acumulación debeneficios, cometía estragos por la violencia irresponsable hasta donde no alcanzaba la verdadera justicia. Por ello es que los trabajadores tuvieron que crear organismos de defensa si querían salir airoso y no víctimas de la opresión. Desde entonces, la división de intereses materiales y morales entre los dos poderes — explotadores y productores — abrían cada vez

un abismo más profundo. Desde aquel fenómeno histórico que el proletariado no podrá olvidar jamás, mientras subsista este régimen social de competencia y desorden, es que se trata mano a mano, frente a frente, en consideración de demandas acordes con los tiempos que corren.

La acción directa, cuando no primaba la razón, era el único lenguaje que la soberbia capitalista y estatal entendían. Con sus nefastas consecuencias, porque lo que se destruía no pertenecía al propietario, sino a la colectividad, que lo había creado con su esfuerzo, la violencia proletaria a la violencia organizada por el Estado y sus magnates, vinieron a demostrar que aquella institución ya no servía como reguladora de los intereses de una colectividad. Como consecuencia, los sistemas de trabajo fueron experimentando nuevas y paulatinas modificaciones. Los trabajadores, los únicos con derecho al beneficio íntegro de su labor fueron convirtiendo el taller, la fá-

brica y el campo en centros activos de conciencia revolucionaria.

Al ruido de las maquinarias, el fuego vivo de los hornos y calderas, y bajo el humo de las chimeneas, a medida que el trabajo se tornaba más acelerado, también la conciencia despertaba otros estados de comprensión. La máquina, que en un tiempo determinado amenazó con sustituir la mano alquilada del hombre pasó a un plano sin competencia. Y si bien la producción de la abundancia en unos sectores permite el disfrute de algunas mejoras en condiciones de humanidad, no es lo bastante como para la liberación plena del hombre. Aun cuando ya el lugar de trabajo no es un calabozo, el productor jamás podrá olvidar que los beneficios obtenidos del esfuerzo colectivo tienen que alcanzar al mayor número de seres humanos, y a despecho de leyes y códigos al servicio de la sociedad burguesa y capitalista.



## Ideario anarquista

El comunismo anarquista en España difiere del colectivismo en la negación, para ahora y para el porvenir, de toda organización. Extremando las conclusiones del comunismo de otros países, sin duda por el antagonismo colectivista, llega a la afirmación del individualismo en absoluto. Especialmente en algunas ciudades de Andalucía y en ciertas de Cataluña, son los comunistas por completo opuestos a toda acción concertada. Para ellos, en el porvenir no habrá más que producir como se quiera y tomar del montón lo que se necesite, y piensan que en el presente todo acuerdo, toda alianza es nociva.

Realmente, esta especie de comunismo es resultado de una gran falta de estudio de la cuestión, mezclada con buena dosis de dogmatismo doctrinal. Claro es que hay en España comunistas bien conscientes que no echan en olvido las dificultades y la importancia del problema de la distribución; pero con éstos, como con los colectivistas desapasionados, no hay lugar a polémica, porque concuerdan en muchos puntos de vista. Mas aparte esto, puede decirse que el comunismo en España es demasiado elemental, demasiado simple, para que pueda ser presentado como una concepción completa de la sociedad futura, porque tan pronto toca los linderos del anarquismo nietzscheano como se funde en el autoritarismo más pernicioso. De hecho, el comunismo y el colectivismo adolecen de los defectos que se derivan de toda polémica continuada: la exageración y el fanatismo doctrinal.

Quizá por la exageración metódica del colectivismo se produce en el comunismo la exageración atomística que reduce la vida social a la independencia absoluta del individuo y recíprocamente.

Tal vez sin el antagonismo de las dos escuelas cualquier diferencia quedaría reducida a una cuestión de palabras; pero actualmente ambas tendencias son irreductibles.

De un lado la necesidad de organizar, de concretar la vida social entera; de otro lado la afirmación de que produciendo y consumiendo al azar, como cada uno lo entienda, se obtendrá la armonía social apetecida.

Ricardo MELLA

# NOTAS

## DE LA AMISTAD

«Insegno al uomo l'amore  
Non del prossimo, ma del piu lontano,  
Del vertice ch'ei s'elegge.»  
«Per la morte d'un distruttore.»

Gabriele D'ANNUNZIO.

Lo alto de lo que de nosotros se exige, da la medida de la estima en que se nos tiene. En vez de lamentarnos, pues, si algunas veces se nos exige demasiado, regocijémosnos y hagámonos dignos de tales exigencias, porque ellas son la pauta del valor que se nos supone.

Pero no olvidemos que sólo aquello que de nosotros exigimos da de nuestra valía la medida real. Y si, según se eleva o desciende la curva de las exigencias ajenas, aumenta o disminuye el valor que se nos supone, sólo la mayor o menor altura de nuestras propias exigencias decide nuestro auténtico valor.

Sería menospreciarnos exigir de los demás tanto como ellos exigen de nosotros — tanto como nosotros les podemos dar —.

Pongamos nuestros pundonor en amar más y mejor que somos amados — en dar más que nos dan —. Pero no aceptemos que nos amen menos de lo que puedan amarnos — que nos den menos de lo que nos puedan dar —. Mejor que no nos amen en absoluto — que nada nos den —.

Podemos amar a quien no nos ama; a quien nos ama menos que merecemos, pues en amor — y en amistad — nada significa merecer. Pero no a quien nos ama menos de lo que tiene posibilidad de amar.

Sea nuestro lema: No todos iguales, sino de cada uno según sus posibilidades.

Que nuestras posibilidades sean superiores y, por tanto, superior nuestra dádiva. Esforcémonos no en dar mucho, ni a muchos, sino en dar plenamente.

Que nuestra dádiva esté en proporción con nuestra valía, y que esta proporción se base en la calidad, y no en la cantidad.

Que nuestra medida sea no lo que a cada uno damos, ni siquiera lo que aceptamos de cada uno, sino lo que exigimos de él. Tal sea nuestra medida de amistad.

Que nuestro amigo sea exigente exija de nosotros igual exigencia.

Sea nuestra indiferencia la medida de nuestro desprecio. Y nuestra exigencia la prueba de nuestra estima.

He aquí lo que hay que exigir del amigo verdadero: No seas indulgente para conmigo.

Séanos ofensa en el amigo no el no haber hecho lo bastante por nosotros, ni el habernos dado cuanto esperábamos de él, sino el haber aceptado de nosotros menos de los que podíamos darle.

Es una prueba de estima el aceptar; lo es más aún, el exigir que nos sea dado. Pero quien sólo nos da una parte de lo que puede darnos no merece que le pidamos el resto; ni que le aceptemos lo que nos da.

Contentarnos con lo que nos dan es estar, con poco, satisfechos. Pero acaso nuestro contentamiento sea egoísmo. Pues sólo quien todo lo da puede esperar que todo le sea dado. Y sólo de aquellos a quienes nos entregamos por entero podemos esperar — no exigir — la entrega total. Pedir más, a quien damos más, sería aceptar una limosna. Y la verdadera amistad gusta tan poco de mendigos como de limosneros.

Para poder aceptar es preciso, antes, haber dado mucho. Sólo de ciertos seres se puede aceptar sin que la reciprocidad sea necesaria, y sin que ello implique humillación. Pero, si la excepción se realiza, sepamos hacer de nuestra aceptación una dádiva.

Es una forma de desprecio el dar sin aceptar. Evitemos que nos de quien nada nos acepta.

Repito: Es una forma de desprecio el dar sin aceptar. Evitemos de dar a aquel de quien nada podemos aceptar. Ello no significa que no se deba dar a quien nada puede darnos; es ya una dádiva el hecho mismo de su aceptación.

Es una forma de desprecio el aceptar sin dar. Pues ello implica la idea de una superioridad, la presunción de un derecho admitido. Tal es el caso de los dioses, de los artistas y de las mujeres hermosas.

El mayor honor que podemos hacer a nuestros amigos radica no en la aceptación, sino en la exigencia de la dádiva. Y es también nuestra mayor prueba de amistad.

Más veces damos por piedad o por indiferencia que por amor; de igual modo, indiferencia o piedad puede ser la base de nuestra aceptación. Pues hay



a menudo más compasión a más desdén en la aceptación que en la dádiva.

Que la dádiva nos sea fácil y tanto más grata cuanto más nos fue árduo llegar a ella. Pero que sólo tenga cierto valor, ante nosotros mismos, si, para dar, no sólo hemos necesitado poseer o conseguir, sino también luchar contra nuestro propio deseo de guardar o de poner precio a lo conseguido.

Hartas veces, más aún que el goce del que recibe, nos es agradable el hecho mismo de dar. Procuremos que sea lo contrario; que la alegría del favorecido purifique la dádiva. Pero que su gratitud no influya en ella y menos aún sea causa de ella.

Nos hacemos inferiores a nuestro propio valor si damos menos de lo que nuestras posibilidades nos permiten.

No es aquel que te ha dado más quien más te ha dado; sino aquel que te ha dado más de lo que podía darte. Hay que excluir de esa regla a ciertos seres que, aun cuando nos dan menos, nos dan más que nos da quien más nos da.

Nada da quien para dar de nada se priva. Pero hay seres que tienen el privilegio de dar sin privarse de nada. Diré más: aumentando su caudal.

Es indicio de piedad el evitar favorecer a los mediocres, para quienes la gratitud es una carga insostenible. Y de prudencia; pues al hacerlos nuestros obligados los transformamos en enemigos, y su enemistad es mala: despierta en nosotros aquello que todavía puede soportar la mediocridad.

Noson nuestros enemigos los que más nos perjudican, sino aquellos que, siendo amigos — y sobre todo siendo amigos —, contribuyen a que salga a flote, tome forma y se desarrolle lo peor que hay en nosotros. Y lo peor que hay en nosotros no es lo malo, sino lo mediocre.

Sé digno, en tu amistad, no de la amistad del amigo. Pero sería menospreciar al amigo aceptar de él una amistad inferior a nuestra amistad.

Que nuestro amigo sea nuestro semejante. Pues sólo entre iguales puede existir la verdadera amistad.

La crítica de nuestros enemigos nos es, a menudo, más útil que la de nuestros amigos, porque es más severa y, por ello, más clarividente. Amigo, se mi enemigo para juzgarme, pues sólo así serás mi amigo realmente.

El elogio del amigo nace más frecuentemente del afecto de su corazón que del análisis de su cerebro. De ahí que sea muchas veces equivocado y, por tanto, perjudicial.

La severidad de juicio del amigo enaltece su amistad, y la hace más completa, al llevarla del corazón a la mente.

El elogio del amigo llena nuestro corazón de una dulzura emponzoñada. Que nuestro amigo no olvide que la dulce ponzoña puede debilitarnos, y que imponga a su amistad un juicio sin indulgencia. «Amicus Plato, magis amica veritas.» — A. M.

## COMUNISMO Y ANARQUIA

**S**E afirma que «comunismo y anarquía gritan de verse juntos, que aquél es la negación de ésta». Comunismo implica, se nos dice, la obligación para todos de someterse a una misma regla, en tanto que anarquía significaría el individualismo más desenfadado.

No hay en todo eso más que un error de apreciación. La palabra «anarquía» es sólo una negación política; no indica en modo alguno nuestras tendencias económicas, y como la libertad que reclaman los anarquistas no puede resultar sino de la situación económica que los individuos hayan sabido crearse, es siempre necesario, a nuestro juicio, indicar claramente el fin hacia el cual se tiende.

Ciertamente, a la hora actual, no hay apenas confusión sobre el epíteto anarquista. Si se le desembaraza de todas las imbecilidades de que el miedo y la cobardía de los rapaces amenazados lo han adornado, se verá que significa no solamente odio de la autoridad, sino también destrucción de la explotación capitalista.

Pero nuestro objetivo, nuestras ideas, nuestras tendencias, nuestra organización física, nuestras necesidades nos impulsan hacia la asociación con nuestros semejantes, asociación en que todos los hombres unidos entre sí podrán libremente evolucionar, según sus diferentes maneras de ver y de sentir. ¿Pos qué tendríamos miedo de una palabra,

si esta palabra puede, de un modo preciso, caracterizar nuestra concepción? Si otros antes que nosotros la han hecho servir de etiqueta para sistemas que nosotros rechazamos, ¿qué importa? No tengamos miedo de las palabras; desconfiemos más bien de lo que se podría intentar ocultar debajo de ellas.

Nosotros tomamos las palabras por lo que valen, sin detenernos en el sentido que otros quieren darles. Convencidos de que los hombres no pueden ser felices sino viviendo fraternalmente juntos, nos servimos de la palabra comunismo, que se adapta a la cosa. Adversarios de la autoridad, penetrados de la verdad de que el hombre puede y debe vivir sin amos, de que la anarquía tiene esta significación y debe conducir a la humanidad a un estado armónico, en que los individuos vivirán sin contienda, sin lucha, en la más perfecta inteligencia, inscribimos esta palabra al lado de la otra para caracterizar bien las concepciones económica y política de nuestro ideal social, y no podríamos encontrar otras mejores.

Si en los sistemas sociales inventados por los fabricantes de sociedades la palabra comunismo servía para designar un estado social en que todo el mundo debía someterse a una regla común, en que la igualdad no era entendida sino por la comprensión de los individuos bajo un mismo nivel, eso no

# Sentimiento de la comprensión

por M. CIMA

Las relaciones de los hombres y los pueblos, para ser normales y justas necesitan de la virtud y de la generosidad. O bien la de Bossuet, para quien la indiferencia de los hombres entre sí calificaba de «crimen de Caín», o finalmente, la afirmación de Juvenal que advertía que el colmo de la impiedad residía en preferir la existencia actual al respecto de sí y de su dignidad, lo cual llevaba a que para guardar la vida habría que perder las supremas razones de vivir.

Hay que extirpar el error y hacer vivir el hombre, y no eliminar a éste para que sobreviva la mentira. Es necesario hacer entrar en las conciencias el respeto a lo humano, el gusto de lo fraternal, la idea de un deber superior. No todo está en el concepto de un equilibrio de intereses, sino en que se reconozca un principio noble que sirva de aglutinante colectivo y de fijación de destino. El hombre sufre la pasión constante de la tentación, de la potencia, de la necesidad ficticia creciente, aumentado todo por el proceso de la técnica y de la ciencia; pero no se debe separar, como acontece ahora, lo político de lo moral, porque existen preceptos fundamentales en el orden de lo humano que ningún método violento debe alejar de la ética.

Aunque la maldad fuera la condición natural de la humanidad, habría de renovarse constantemente el precepto de los antiguos que consideraban «al hombre como una dulce cosa para el hombre». El ser humano ha dado una vuelta completa desde su animalidad en el tiempo, consideración que está a punto de perder. Antes no era más que una pieza

## COMUNISMO Y ANARQUIA

prueba sino una cosa, que se había desviado esta palabra de su significación original y nada más.

En nuestra concepción del orden social, la palabra anarquía, lejos de «gritar» de encontrarse al lado de la palabra comunismo, viene, al contrario, a corregir el sentido autoritario que se podría ser tentado a atribuirle, según los empleos anteriores que se ha hecho de ella.

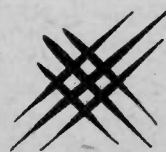
Si la palabra comunismo quiere decir que los individuos deben vivir en sociedad en la más perfecta igualdad, la palabra anarquía, por su parte, viene a añadir que esta igualdad se completa por la libertad más absoluta del individuo, que esta igualdad no es una palabra vana, puesto que no es impuesta, puesto que no reconoce ninguna autoridad.

en el engranaje de las fuerzas misteriosas de la naturaleza, limitado a la comprensión y al conocimiento ante el inmutable y oculto destino. Luego, por el estudio de la naturaleza, tomó cuerpo su pensamiento y adquirió independencia. Ahora, se quiere volver a su encuadramiento rígido en el armatoste de lo mítico. ¿Podrá acaso, un nuevo Renacimiento moral hacerle avanzar en el camino de su afirmación contra la consideración actual que somete al hombre a la organización sin esperanza?

Se piensa, se produce y se vive por algo, por algo más, que para aumentar riqueza y para aumentar ciencia, pues sólo por esto llegaríamos indefectiblemente a la eterna contradicción política de la pasión elevada a la categoría de dogma y al recomienzo del choque. A medida que el cuerpo humano se hace más potente por todos los recursos que la ciencia, indefinidamente perfeccionada, pone a la disposición de los deseos sin freno, es más urgente, es más claramente demostrado, que el alma tiene necesidad de energías más generosas, según la expresión de Bergson. Y que parece atiradísimo todo el equilibrio que se observa entre lo económico y lo moral.

Sin fuerza de alma, sin temperancia, sin magnanimidad no puede haber dignidad ni felicidad humanas, por más que se empeñe el progreso de los tiempos y las doctrinas redentoras. Y aquí viene adecuado el planteamiento del filósofo, y, no del político, a que aludimos: O sometimiento gregario y sin trascendencia o esfuerzo normal de la razón hacia la libertad del espíritu. Como Montaigne hay que recitar el hombre, contarle, a través de las disputas humanas.

La vida es un eterno recomenzar. Trabajo de Sísifo de alternativas variadas. Aventura y reconstrucción, según la frase favorita del historiador. Mundos imaginarios para situar las aspiraciones humanas. Ausencia del sentido real y del conocimiento del hombre. Cúmulo de teorías y de proposiciones morales que la ciencia, la filosofía, la política han creado.



# ¿Qué se entiende por federalismo?

por LUIS DI FILIPPO

**A**NTES de seguir adelante, conviene que nos pongamos de acuerdo sobre el sentido de las palabras (2). Urge, pues, aclarar qué se entiende por federalismo. Quizás no fuera perder del todo el tiempo acudir a la fuente del Diccionario de la Lengua, no obstante reconocer que la política ha creado su propio lenguaje mudable, sujeto a las contingencias históricas, las cuales hacen que en determinados momentos aparezcan ciertas palabras cargadas con intenciones, matices sutiles o significaciones especiales que les dan un sentido circunstancial, muy del momento o del lugar, que puede inclusive alejarlas de su primigenia significación literal. De este modo les nace una significación lata. Surge, entonces, la necesidad de poner límites a la extensión del término para evitar posibles confusiones.

Por de pronto, el Diccionario de la Lengua Española nos dice textualmente: «Federalismo. Espíritu o sistema de confederación entre corporaciones o Estados». Hay, en efecto, dos clases de federalismo (de «corporaciones o Estados») cuyos componentes son de distinta naturaleza. A los fines de nuestras disquisiciones, podemos reducirlos sintéticamente diciendo que el uno se asienta en lo social y el otro en lo estadual. De estos dos conceptos, que implican también formas, nacen las posiciones políticas contradictorias y los sistemas de organización correspondientes. Esta dualidad explica la polémica actual, vieja disputa que ahora renace, sobre la naturaleza y el porvenir del federalismo europeo y por extensión de todo federalismo político posible. El problema se plantea, entonces, escuetamente como un dilema: o federalismo de Estado o federalismo social.

El federalismo de Estado tiende a la centralización. El otro, a lo contrario. El de Estado se inspira en el principio de autoridad y en la expansión creciente del poder que es su dinámica. El otro, en cambio, rinde culto a la libertad llevando este impulso a sus máximos extremos compatibles con el orden y la organización.

En definitiva, aparecen dentro del movimiento federalista las dos grandes corrientes de la historia humana en perenne conflicto: la corriente autoritaria y la corriente libertaria. Es el conflicto que escinde a la Primera Internacional Socialista cuando se enfrentan Marx y Engels con Proudhon y Bakunin (3). No obstante que los marxistas, sin

excluir a Lenin, teorizan también sobre la desaparición del Estado previa conquista del poder a título transitorio. Pero, como dice Plejanov, el «Estado morirá, pero no de la muerte que le desean y profetizan los anarquistas y sindicalistas»... (4). Se diría que todo el conflicto reside en lo que podríamos denominar el arte de este asesinato...

Al cabo de un siglo, la corriente marxista centralizadora, triunfante en Rusia, ha creado una expresión típica de lo que puede ser un federalismo de Estado. Lo que está por verse es cuando terminará su prolongado transitoriedad. Pues hay evidentemente, muchas maneras de medir el tiempo. Una de estas maneras es la de los geólogos, para los cuales la unidad de medida a los fines de la historia de la tierra, no es la misma que usan los cronistas de la civilización humana. Para el cronista un siglo puede ser una época. Para el geólogo es casi nada. Hay fenómenos geológicos, también transitorios, que duraron milenios...

Volviendo al motivo inicial de estas consideraciones, ya señalados los caracteres fundamentales del federalismo, diremos que en nuestras publicaciones antedichas, nos hemos referido al federalismo considerándolo como posibilidad de armonía entre Estados soberanos constituidos. Concepción federalista sobre la cual teorizara también Gabriel Alomar, quien hace años nos decía: «El principio de las nacionalidades se armoniza con la tendencia a la integración y a la unión, por medio de la corriente federativa verdadero aplicación internacional del principio de la unidad en la variedad» (5).

Analizábamos entonces el problema concreto que plantearon en el viejo continente los inspiradores de la unidad europea occidental. Se postula allá la necesidad de lograr, por el camino del federalismo, la armonía de los Estados que asumen una actitud defensiva temerosos de la absorción moscovita. No faltan, tampoco, quienes en este orden de intenciones, conciben la formación de una especie de super-Estado que denominan «democrático» para distinguirlo de la concepción también en marcha de un super-Estado dictatorial, con la diferencia de que el primero es tan sólo una idea y el segundo ya va siendo una realidad en trance de madurez (6). Para llegar a estas conclusiones arquitectónicas de vastas proyecciones políticas, sus teóricos coinciden en la necesidad de sacrificar las soberanías nacionales, o lo poco que va quedando de las mismas en tratándose de Estados débiles, en aras de



los grandes proyectos. Y éstos tampoco son absolutamente inéditos. ¿Qué pretendían los grandes imperios antiguos que la historia conociera antes de que naciese la moderna concepción ideal del Estado? Hace apenas un siglo, Gumplowicz razonaba sobre este tema: «En cuanto al problema de saber si la evolución que progresa en este sentido conducirá un día a un Estado universal, es más fácil preverlo que probarlo de manera científica. La idea de semejante Estado universal ha sido expuesta a menudo, y Hugo Preusz lo ha hecho en su libro «Gemeinde Staat un Reich». La cuestión es la siguiente: la evolución social, que hasta ahora sólo ha conseguido la fundación de grandes Estados, ¿terminará algún día dominando todos los obstáculos de espacio y de diferencia de raza con el establecimiento de un verdadero Estado universal o mundial?» (7). La pregunta que formulara Gumplowicz podemos contestarla con palabras de Santayana, quien en breve y jugoso ensayo sobre Dante, al discutir sobre la filosofía política del gran poeta, nos dice: «Lo que en su época parecía un sueño — que la humanidad se agrupara en un gran Estado es actualmente evidente para el idealista, para el socialista, para el comerciante. La ciencia y el comercio proporcionan — desde luego, en forma muy diferente — una realización práctica de tal idea. Y la otra mitad de su teoría, la que se refiere a la Iglesia católica, ha sido conservada literalmente hasta nuestros días por la misma Iglesia. El forastero o el extraño a ella podrán, pues, ver en tal idea de una sociedad espiritual universal un símbolo o un presentimiento de los derechos que tiene el espíritu a libertarse de las coacciones legales, o de la común lealtad de los espíritus honrados hacia la ciencia y hacia su común herencia espiritual y destino» (8).

Esta visión del Estado universal también la tuvo Campanella en «La ciudad del Sol» y la recogió Leibnitz en sus proyectos juveniles de Maguncia. La concibió Herder como un destino de Alemania y fue en no escasa medida justificación moral de los sueños hegemónicos germanos trágicamente liquidados, quizás, en las dos últimas grandes contiendas mundiales. Hay, claro está, una gran distancia ética entre la concepción política de Campanella y la de Herder (9).

Mas lo que salta a la vista es que cualquiera que sea el estilo al cual se ajuste la construcción política del federalismo hasta ahora delineado, no se prescinde del Estado como piedra angular del sistema a edificarse. Es claro que cada Estado al formar parte de una federación se somete de hecho a ciertas limitaciones. Renuncia a parte de su soberanía para que la absorba el Estado federal a los fines del ejercicio de la autoridad necesaria para la existencia de éste. Y si la lógica de los hechos correspondiese, en este caso, a la lógica de las ideas no es absurdo pensar que el proceso natural de este fenómeno puede conducir a la liquidación paulatina de los pequeños Estados para dar nacimiento al super-Estado entrevisto por algunos como fatalidad del que será incontenible poder naciente (10).

Pero admitamos también — pues estamos en trance de suposiciones — que este fenómeno de gigantismo político no se produzca. Consideremos que no está en lo cierto Lassing cuando anuncia como «una evolución ineludible, la dictadura de la razón de Estado supranacional».

Admitamos que cada Estado logre conservar su fisonomía dentro de la vasta estructura federal que resultará así unitaria pero no uniforme; aun así, este federalismo de Estado suscita una fuerte corriente de oposición; más fuerte por su vigor dialéctico que por su volumen político, al menos por ahora. Diremos que es una oposición abstracta frente a un hecho concreto.

(1) En varias oportunidades («La política y su máscara», «Discordia») hemos insistido sobre este problema del lenguaje político referido a nuestros días, apuntando las confusiones maliciosas o involuntarias que acarrea. Aunque se trata de otra índole de enfoque, recomendamos al lector las muy interesantes reflexiones que sobre el tema del lenguaje publicó Eduardo Nicol en «Cuadernos Americanos», México, n.º 6, año 1949.

(2) La historia de este conflicto ha sido narrada, entre otros, por Giovanni Domanico en «L'Internazionale». Firenze, Casa Editrice Italiana, 1911.

(3) «Crítica del Sindicalismo», por G. Plejanov (M. Aguilar, 1934). Pág. 48.

(4) «Verba», de G. Alomar. (Biblioteca Nueva, Madrid, 1917). Pág. 125.

(5) William, T. R. Fox, en su obra «Las superpotencias», (Fondo de Cultura Económica, México, 1944. Página 152, sostiene la tesis de que el mundo de las superpotencias (Estados Unidos, Inglaterra y Rusia) «es el augurio más prometedor de una era de estabilidad». Enfoca el mismo problema, desde el punto de vista del federalismo, Clarence K. Streit, en su libro «Union Now», terminado de escribir en 1938. El capítulo primero, donde trata también el problema del super-Estado, apareció, traducido al italiano, en «Federazione Europea» (Saggi Federalisti). Editorial La Nuova Italia, Firenze, 1948. Págs. 119 y siguientes.

(6) L. Gumplowicz, «Sociología y política». Ed. Intermundo, Buenos Aires, 1946. Pág. 198.

(7) Jorge Santayana, «Tres poetas filósofos». (Lucrecio, Dante y Goethe), Ed. Losada, Bs. Aires, 1943. Pág. 87.

(8) Ver al respecto: Rodolfo Mondolfo, «Ensayos críticos sobre filósofos alemanes». Ed. Imán, Bs. Aires, 1946. Páginas 24, 26, 89.

(9) Es interesante consignar que Ernesto Giménez Caballero, en su libro «La Europa de Estrasburgo», (Visión española del problema europeo), editado por el Instituto de Estudios Políticos, Madrid, 1950, advierte que Europa tiene que superar «la suicida dispersión nacionalista y romántica que hoy en vano intenta federar la Europa de Estrasburgo». (Pág. 23). Y agrega «que en las actuales circunstancias, Europa se encuentra en una «crisis» de salvación. Como tras 1918. Como tras el fracaso napoleónico. Como antes de Carlos V o de las Navas de Tolosa o de Carlos Martel. Como ante la lucha con Cartago. O en la guerra de Grecia contra los persas. O de las razas prehistóricas europeas contra invasiones de Asia y de Africa. Y esta crisis será superada a través de otra inevitable Edad Media — feudal, federalizante —, que

# LOUIS DEVALDES

por MANUEL DEVALDES (1)

**D**ESPUES de graduarse en la escuela sus padres lo colocaron como aprendiz en un taller de litografía. Ya en la clase había soñado con ser algún día un artista. Fue esta inspiración la que influenció a su familia en la elección para él de algún oficio, que tuviera alguna realción con el arte. Sin embargo, para Moreau el arte debería estar separado de la propia profesión. El oficio no es otra cosa que un medio de vida asegurando libertad y dignidad al artista. Moreau trabajaba en la litografía como un artesano, del mismo modo que Spinoza pulía los vidrios de los lentes para asegurar la integridad de su mente. De modo que nunca empleó la piedra para interpretar sus sentimientos o expresar sus ideas.

Fue hacia 1898 cuando empezó, solo, en su nativo Berry (2), a dibujar cerca de la naturaleza. En Châteauroux (2) asistió por un momento a las clases vespertinas de dibujo que daba la municipalidad. Pero sólo ofrecían un mínimo de instrucción y de corrección. Cuando tenía 18 años, en 1900, se trasladó a París en busca de trabajo. Viviendo ya en la capital, con la ventaja de su tiempo libre, empezó a dibujar plazas o gentes de la gran ciudad o paisajes de sus suburbios. Luego asistió a unos cursos para hacer bosquejos con modelos desnudos. La pose era breve: diez minutos; después de la cual, la modelo asumía otra actitud. Este excelente ejercicio lo ayudó a adquirir cierta visual y rapidez en la ejecu-

ción. Cierta vez pude ver miles de estos bosquejos dibujados por aquellos estudiosos esfuerzos. Revelan ya a un artista maestro de su lápiz.

Desde entonces, este gran trabajador, Moreau, no ha cesado de estudiar, de perfeccionarse, y hoy admiramos en él a un artista de gran talento y de sólido conocimiento.

El pintor de acuarelas iguala al artista. Moreau ha acumulado en sus carpetas toda clase de acuarelas, fuertes estudios de los cuales algunos constituyen trabajos terminados y otros sirven como composiciones para sus grandes cuadros o ilustraciones para sus libros. Puesto que, se trate del arte o de la vida, todo él está en favor de la realidad y la verdad. Son éstos, en su mayor parte, paisajes campestres o marinas, pero al lado de los mismos, se encuentran también estudios de gentes con suficientes detalles.

Muy particular mención debe hacerse de sus «Perdones» bretones (nombre dado a los peregrinos de Bretaña) y de sus «Mercados». Agradan estos trabajos debido a su movimiento y colorido, con su multitud de campesinos de ambos sexos: bretones viviendo, pensando, vistiéndose con las tradiciones de su provincia, con sus sombreros de terciopelo, sus chaquetones multicolores y sus zuecos; las mujeres con sus tradicionales vestidos de amplias faldas, sus delantales de seda bordada, y sus aladas y blancas cofias. Estas acuarelas fueron hechas de una sola vez y siempre

al aire libre. Para captar gestos en aquellas multitudes se necesita cierta maestría, y especialmente la hincia de los agrupamientos humanos. Moreau poseía todo esto.

Cuando tenía unos treinta años, en 1912 o 1913, debutó en pinturas al óleo. Luego vino la guerra (3). Lo cual significó para el pintor cinco años de inactividad. Pero a partir de 1919 de nuevo tenía en sus manos la paleta y el pincel. Poco a poco fue adquiriendo su propia manera, la de un realista sin vulgaridad, de vigoroso toque, sentimiento personal y respondiendo a la hermosa definición del arte dada por Zola: «La nature vue a travers un temperament» (La naturaleza vista a través de un temperamento).

Y en seguida que para él empezaron las vacaciones de nuevo, retornó a los lugares de su juventud, notablemente al espléndido valle de Creuse (4). En mi opinión, aquí fue donde creó sus más bellas pinturas. Me agradan por sus distantes perspectivas, sus cielos etéreos, la serena armonía con que están penetradas y los frecuentes grandes panoramas que ofrecen. Pero el amor que este hijo de Berry siente por su lugar natal no es óbice para que busque en otros rincones de Francia temas para sus pinturas, y entre éstas encontramos, junto a otras, las marinas y los mercados de Bretaña, de las cuales vamos hablando al considerar las acuarelas.

El espléndido artista que es Moreau lo prueba él mismo en

estamos empezando a atravesar, hostigados por los bárbaros. (Pág. 146).

(1) «Europa y Asia», por Theodor Lassing. Ed. Poseidon, Bs. Aires.

los diversos modos de expresión ya mencionados, pero es particularmente conocido y estimado como grabador en madera.

El grabado en madera es un arte muy relacionado a la literatura, debido a que a menudo se emplea como la interpretación de la idea del escritor, o pura y simplemente para el embellecimiento del libro. De manera que cuando uno conoce el carácter, los gustos y las aptitudes de Moreau, no se sorprende de que haya recurrido a este arte que parece tener su predilección por encima de todos los demás. Su amor por los libros, su aplicación en la minuciosa elaboración de su profesión litográfica, notablemente, lo inclinaron a escoger la madera para que pudiera manifestar su amor por la belleza, y su rebeldía contra las fealdades de los hombres y de su sociedad; rebeldía, puesto que grabando con boj, peral o cerezo, crea a menudo una moral de crítica social.

En cuanto a la práctica de su arte, Moreau es un adepto de la nueva técnica que hizo su aparición en Francia hacia 1890, con Lepère, y fue luego adoptada por algunos grabadores que abandonaron los viejos métodos, en los cuales el artista se pierde en el detalle. Este arte, que ha renovado el arte del grabado en madera, consiste usando grandes **aplats** (superficie lisa, negra o de otro color sobre el papel, sin ninguna parte de blanco o de gris; en resumen, una superficie toda negra, que corresponde a la parte de la madera que el grabador no toca); negra o de otro color en el **champlevé** (operación de tallar la madera para producir partes blancas del grabado en papel) de los huecos del grabado, lo que da hermosos blancos — esos blancos que encantan en los paisajes o en los desnudos de Moreau —. ¡Cómo él sabe, cuando tiene espacio suficiente, dar a los **champlevés** (las partes blancas del grabado) un significado simbólico! Pero el valor evocativo de sus blancos no es menos cierto en sus sencillos y realistas trabajos.

Fue en 1913 cuando aprendió bien el grabado de madera. Durante la guerra, movilizad — muy a pesar suyo — en un depósito de infantería, si bien es ver-

dad que era un mal lugar para pintar cuadros, lo fue mucho más fácil dedicarse por completo al grabado en madera. ¡Algo que se ganaba al enemigo, al verdadero enemigo! Como recuerdos marcando aquella ignominiosa época, existen algunos pequeños trabajos antimilitaristas, trabajos de su mejor maestría. Pero sobre todo, tenemos su potente trabajo: el hermoso álbum de «imágenes antiguerreras», titulado **Mars, Dieu des Armées** (Marte, Dios de los Ejércitos), en el cual, elevando, a través de su execración por la ignominia militarista, su arte al punto de un símbolo, ha magníficamente estigmatizado a la guerra y a sus instrumentos. En estas composiciones, cuyo arte recuerda al de Alberto Dürer (5), nuestro Moreau se ha manifestado con una trágica grandeza a la vez que se ha revelado como un gran maestro (6).

Nuestro artista se ha interesado de vez en cuando por la vida laboriosa de las grandes ciudades, pero solamente como de paso ha notado aspectos, pues no profesa simpatía hacia las grandes urbes y la furiosa labor que hay en ellas. Si fue atraído y finalmente atrapado por los tentáculos de París, fue debido a imperativas razones relacionadas con su vida material. En el fondo de su corazón, este desarraigado siente nostalgia por la vida campestre de su provincia. Y si a veces representa a los trabajadores, prefiere a los que serenamente se entregan al trabajo más libre de los campos y el mar.

Un número de composiciones nos muestran al rebelde que hay en él, como, además de las nombradas, sus **Vignettes démocratiques** (Viñetas democráticas), en donde, con su modalidad satírica, pasa en revista a las instituciones de la sociedad burguesa. Observamos aquí crítica aguda. Pero, cuando retorna a los encantadores aspectos de la naturaleza, sus grabados, nos ofrecen, por contraste, una impresión de reposo.

Apreciado como lo es en Francia, en el mundo de los escritores y artistas independientes que están en la vanguardia, Moreau es igualmente apreciado en otros países, en Inglaterra por ejemplo,

como lo ha demostrado su colaboración en **Form** (Forma) y en **The Golden Hind** (El Labrador Feliz) y en su participación en la manifestación de arte organizada por **Studio** en 1927, en el valioso número especial titulado: **The Woodcut of Today at Home and Abroad** (El grabado en madera hoy, en nuestro país y en el extranjero).

Moreau es ya un maestro en la ilustración de libros. Sus espesos comprensivos y agradablemente distribuidos, resaltan una hermosa tipografía en el buen papel. Sería larga tarea nombrar aquí a todos los libros que ha embellecido. Me limitaré a citar, entre los más importantes: en las «Editions de Demain» (Ediciones Futuras) a **La Jeune Fille bien élevée** (La Chica bien Educada) de René Boylesve; y en las «Editions du Pot Cassé» (Ediciones de la Olla Rota), las **Satires** (Sátiras) de Juvenal, **L'Isle Sonnante** (La Isla Sonora) de Rabelais, y **Le Bon Sens du curé Meslier** (El buen sentido del cura Meslier). Dudosa es la existencia del tal cura Meslier y parece ser que su autor no era otro que Holbasch (7). No debemos olvidar, desde luego, la hermosa colaboración y de primer orden, dada a **The Oriole Press** (Prensa de la Oropéndola), dedicada a la Belleza Pura. Sus colaboraciones a trabajos colectivos como **Elisée and Elie Reclus** (Eliseo y Elías Reclus) **Havelock Ellis**, etc., y **Plant Phy-Plantas** de Elías Reclus. También **The Song of Songs** (El Cantar de los Cantares) dramatizado por Renán, traducido al inglés y prologado por Havelock Ellis; como así los dos volúmenes de **Free Vistas** (8). Y el público que sigue el trabajo artístico de Joseph Ishill y Rose Florence Freeman pronto verá las cuarenta y seis maderas grabadas (cabezales, terminales y frontispicios en dos colores) que adornarán la versión inglesa de **Histoire d'un Ruisseau** (El Arroyo) de Eliseo Reclus.

Este demasiado corto estudio sería incompleto si no añadiera unas pocas palabras sobre el carácter de Moreau y la conformidad del mismo con sus ideas.

Cuando un artista no limita su arte a interpretar la belleza esparecida por la naturaleza, cuan-



do estigmatiza la fealdad que también existe, especialmente en la naturaleza humana, sencillamente, con gran fervor sirve a la adoración que rinde a la naturaleza. Y justo esto es lo que Moreau hace. Pero nosotros los bioestéticos (9) somos exigentes. Es esencial para nosotros que también la vida del artista — *noblesse oblige* — (noblesza obliga) sea, aun más que la de no importa que otro ser humano, una obra de arte. Y este es precisamente el caso de Moreau.

En él vale tanto el artista como el hombre: ambos se unen para formar una vida armoniosa. Si el espacio lo permitiera podría citar muchos aspectos de su vida, mostrando su total independencia contra los poderes de la fealdad, parasitismo y opresión; su repulsa hacia los «medios» de los oportunistas; su individualismo opuesto al académico dogmatismo, como también a la regimentación de las «escuelas»; su desprecio por el dinero, los honores y los premios; su determinación de no vivir del arte, sino **para** el arte.

Todo esto está mezclado en

Louis Moreau. Hombre y artista son una misma persona, para la realización de la constante belleza que es el ideal de la Bioestética (10).

#### NOTAS

(\*) Se ha traducido este estudio, escrito directamente por su autor en idioma inglés, de *FREE VISTAS* (volumen II, páginas 311-324). Va adornado con doce ilustraciones de Moreau.

(1) Ernest Lohy (Manuel Devaldes) nació en Normandía en 1875. Su deceso se produjo en París en 1956. Los *Cuadernos de Pensamiento y Acción* que en Bruselas anima Hem Day (números 7 y 8) son sobre Devaldes. Asimismo, véase sobre él mismo el librito de Gérard de Lacaze-Duthiers el titulado *Manuel Devaldes o la Bioestética en Acción* (Biblioteca de la Aristocracia, París, 1934).

(2) Antiguo condado y ducado de Francia, cuya capital era Bourges.

(3) La primera guerra mundial (1914-1918).

(4) Departamento de Francia.

(5) Alberto Dürer (1471-1528), pintor y grabador alemán.

(6) *Mars, Dieu des Armées*. Seis

imágenes antiguerreras, dibujadas y grabadas en madera por Louis Moreau, 1915. Edición del autor de treinta ejemplares. *Mars, Dieu des Armées*. Segunda edición de cien ejemplares, impresa por los maestros impresores Girard y Bunino de París, 1927.

(7) Paul-Henri Holbach (1723-1789), filósofo francés, materialista y ateo, autor de la obra *Sistema de la Naturaleza*.

(8) En el último libro de Joseph Ishill (el *Variorum*), terminado de imprimir en 1963, hay también ilustraciones de Moreau.

(9) Bioestética, bioestéticos: términos creados por Manuel Devaldes.

(10) A consultar sobre Louis Moreau: *Louis Moreau*, por Robert Kester y Hugues Lapaire. Cuarenta y dos reproducciones de cuadros, maderas y dibujos. Impreso en París por los maestros impresores Girard y Bunino, 1927. Tirada de quinientos ejemplares numerados.

*Louis Moreau, Peintre et Graveur* L. M., Pintor y Grabador por Manuel Devaldes. Biblioteca de la Aristocracia, París, 1935. Tirada de cuatrocientos tres ejemplares. Librito de 96 páginas magníficamente ilustrado con pinturas y xilografías de Moreau.

## ARMONIZAR ES CONCILIAR

**H**AY que llegar, pues, a una síntesis conciliadora. En estos últimos tiempos, la colectividad ha alcanzado una categoría decisiva. Las masas deciden en la vida social. Los estadistas se van percatando de que sin éstas no se puede hacer nada sólido, que sin su concurso no puede haber estabilidad. A grandes cambios de la sicología popular han de suceder grandes innovaciones en el arte político. El aprovechamiento restringido de los beneficios sociales no puede estar oculto a la mayoría. El esfuerzo general no puede ya canalizarse por cauces privados. Se produce para todos, se ordena para todos, y el beneficio no puede ser privativo o protector de determinadas minorías.

Los sistemas los modifica la realidad de la economía, sobre todo, viene oscilando desde antiguo en el flujo y reflujo de la abundancia y la miseria. Donde no hay abundancia, difícilmente habrá equidad; mientras se produzca con esfuerzo y con pena habrá diferencias sociales, disgustos, réplicas, coacciones y desigualdades.

La técnica, en definitiva, será la gran redentora. Todo está en que, mientras, la gente se da cuenta de los intensos beneficios que la técnica proporciona no puede ser de aprovechamiento individual, de ventaja política. No hay más que dos postulados básicos en la vida política y de relación del hombre: la independencia de su espíritu y la necesidad de ordenar su convivencia. El régimen político que sepa salvaguardar inteligentemente estas dos condiciones será el más duradero, el más justo y el más humano.

Lo ideal sería encontrar la fórmula de una ordenación a la manera de una organización centralizada del mundo, neutra en su esencia y desinteresada en su moral, que previniera los movimientos y las reacciones de una economía sabia para contrarrestar los contragolpes de cualquier interés particular de los nacionalismos abstractos. No hay más que una manera de producir y una manera de entender la moral del beneficio.

Se produce para vivir y no para atesoramiento individual. Todo debe estar al servicio del hombre y no para humillarlo. Se vive para mejorar la necesidad y para perfeccionar el alma humana.

La Vida y los libros

# Ejemplos de anarquía

por V. Muñoz

PATTERNS OF ANARCHY (Nueva York: Anchor Books, 1966). Antología compilada y redactada por Leonard I. Krimerman y Lewis Perry.

Esta magnífica obra representa, primero, la mejor antología libertaria publicada hasta la fecha en América, y segundo, la obra más seria y veraz sobre la anarquía y el anarquismo publicada por una editorial comercial (Doubleday) y redactada por dos autores competentes que no pertenecen al campo libertario.

Ateniéndonos a esto, podríamos decir, que excepto en el caso también reciente del libro *Ni Dieu ni Maître* (Ni dios ni amo) compilado y redactado por Daniel Guérin — libro que no he podido aun leer — en Francia, nunca se había publicado en el mundo una obra de tanta envergadura para estudiar seria y desprejuiciadamente el ideal anarquista.

Si bien es verdad que editoriales comerciales publicaron en el pasado obras de anarquistas o sobre los anarquistas, cual es el caso en España, entre otras editoriales, de Sopena y Maucchi, nunca se presentó al público lector una antología tan lograda.

Citemos como ejemplo a lo dicho la obra *La Anarquía* por el jurisconsulto y profesor libre docente en la real universidad de Roma, Héctor Zoccoli. Esta obra fue presentada en Barcelona, mediante una excelente traducción de Miguel Domenge Mir, por la editorial comercial «Henrich y Cía» e incluida en la Biblioteca Sociológica Internacional. El último tomo se publicó en 1909.

Si bien la obra de Zoccoli es buen vivero de documentación que de ningún modo puede ser pasado por alto y que difícilmente es asequible al lector corriente en otra parte, no es una obra objetiva, pues en ella campea la parcialidad de una persona aferrada a una concepción autoritaria de la existencia humana. Por supuesto, no importa quién es libre de creer cual entienda, pero si hemos de tratar un determinado tema, debemos acercarnos cuanto más podamos a la verdad del mismo y no presentar como verdades los errores presentados por personas anteriores.

Este defecto no se encuentra en *Ejemplos de Anarquía*. Teniendo en cuenta el ya citado libro de Daniel Guérin, al que por reseñas leídas parece tener cierto paralelismo con esta antología norteamericana, cabe decir, que esta obra es el punto de partida, la piedra angular, el cimiento, de cuantas antologías libertarias de su misma índole (seriedad, imparcialidad, veracidad), puedan escribirse en América sajona y latina.

Ha habido un anterior intento antológico similar en

cuanto a edición comercial e idioma. Intento que no ha podido reflejar la realidad: *The Anarchists* (Los Anarquistas) por el profesor Irving Louis Horowitz (Nueva York: Dell, 1964). Este libro ya fue reseñado en nuestro idioma por Miguel Angel Angueira Miranda en la revista libertaria *Reconstruir de Buenos Aires* (nº 42, mayo-junio de 1966). Este crítico escribía que el autor «no captó la onda». No agarró la onda, en el lenguaje rioplatense quiere decir que no se dio cuenta en verdad de lo qué es la anarquía. Horowitz incluye en esta antología un epílogo suyo que de no haberlo incluido su antología hubiera sido más lograda.

Però la antología en sí de Horowitz es buena, aunque presenta textos fragmentados, sin advertencia al lector, que tiene derecho a conocer la verdad en todo. Por ejemplo, en el texto de *Desobediencia Civil de Thoreau*. No obstante, no me parece de tanta validez la objeción de algunos críticos, en el sentido de incluir en el anarquismo o en la anarquía a escritores anteriores a la Revolución Francesa. Por ejemplo aun, Denis Diderot.

Se debe aclarar, ante todo, que la anarquía es una filosofía y no un movimiento. Por lo tanto, la anarquía existió antes que el anarquismo (el movimiento nutrido de la savia anarquista). La anarquía existió desde los albores legendarios de la raza humana y existiría hoy aunque (es un decir) no hubiera ningún anarquista militante. Seguirá existiendo siempre. Los tiranos, por ejemplo, pueden aplastar al movimiento anarquista, pero nunca podrán extirpar a la anarquía. Ejemplarizando esto con España, se puede decir que Francisco Franco morirá en su día (puesto que es un ser mortal y perecedero como lo somos todos), pero la anarquía seguirá viviendo en España y, puesto que el mundo tiene como norte el progreso (y en este caso la libertad), el movimiento anarquista también resurgirá en España. Sería iluso entender que las tendencias liberales (de las cuales el anarquismo es su máxima o más avanzada posición) se hundirán para siempre. Son, como el corcho, insubmersibles. Lo que inevitablemente tiende a la desaparición son las tendencias retrógradas, reaccionarias. El mundo (o parte de él), momentáneamente puede estancarse o ir hacia atrás un poco: pero, inevitablemente, su ruta es hacia adelante. No podemos dejar la aeronave supersónica y volver a la diligencia. Al contrario, vamos hacia las astronaves.

Tomemos un ejemplo de una persona autoritaria para corroborar esta axiomática verdad. L. Proal, un juez que en su tiempo juzgó a muchos anarquistas del siglo pasado, escribió un ensayo muy bueno en este sentido (apar-

te, claro está, de los errores de interpretación, también basados en su formación judicial y en su comprensión autoritaria de la vida), que fue publicado en la Revue Philosophique (Revista Filosófica: Paris, Librairie Felix Alcan, nº 8, agosto de 1916). Se titula este meritorio trabajo El Anarquismo en el siglo XVIII. Infelizmente yo solo tengo este ensayo trunco, pues apareció la continuación en números siguientes de dicha revista. «La anarquía — escribe Proal — no nació ayer, no surgió súbitamente, no existe una anarquía espontánea. Las causas de la anarquía son múltiples; las hay sociales o económicas, pero también las hay literarias y filosóficas. La anarquía no ha surgido únicamente de la Internacional y la Comuna; la anarquía es el resultado de un largo trabajo realizado en el pensamiento de los hombres.»

En Horowitz hay el epigrafe del libro que trae a colación esto que vamos estudiando. Lo dedica a la memoria «del gran libertario G. D. H. Cole, que indicó esta verdad básica: «Los anarquistas... eran anarquistas porque no creían en un mundo caótico». Bueno, resulta evidente que el caos societario (lejos de estar en la «anarquía» cual la definen los autoritarios) se encuentra en la presente sociedad, antípoda a las concepciones anarquistas. Se debe vulgarizar el término anarquía (autoridad, dominismo) y calificar a todos los autoritarios de anarquistas. Los libertarios solamente anteceden a este vocablo con el sufijo an. Es decir son anarquistas o anti-anarquistas. Las personas mal intencionadas o las personas ignorantes, pueden decir: «Ustedes son anarquistas». A lo cual débese contestar: «Es verdad, somos anarquistas porque ustedes son anarquistas, y ustedes son anarquistas, porque por intereses o ignorancia defienden el caos, el desorden, la explotación humana, las guerras, la propiedad privada del patrimonio común a toda la humanidad, etc.»

Decía que el epigrafe sobre Cole trae a colación lo del pensamiento anarquista a través de los siglos, puesto que es autor de una magna obra titulada Socialist Thought (El Pensamiento Socialista), cuyo primer tomo, Los Precursores, no debe faltar en ninguna biblioteca libertaria. Hay edición al español: Historia del Pensamiento Socialista, editada por el Fondo de Cultura Económica de México. Al hablar de Cole, me viene a la memoria otro aspecto que debemos estudiar sobre estas antologías (las dos citadas). Tanto los autores de Ejemplos de Anarquía como el autor de Los Anarquistas e incluso el mismo Cole, no son lingüistas. Es decir, no conocen, aparte del suyo, a los más importantes idiomas periféricos actuales. Por lo tanto, su obra, se reduce al campo sajón (especialmente al idioma inglés) y si bien es una «novedad sorprendente» para el lector general en idioma de Shakespeare, es pobre para el lector poliglota.

Ejemplaricemos. En la introducción al segundo tomo de Socialist Thought titulado Marxismo y Anarquismo (1850-1890), confiesa el autor: «Al escribir este volumen me he visto embarazado otra vez por mis limitaciones lingüísticas, porque no se nada de ruso, muy poco de alemán, y casi nada de español e italiano. Esto quiere decir que teniendo a basarme todo lo posible en textos en inglés o francés, incluyendo traducciones, y que mi información acerca de Rusia y de España especialmente es casi toda de segunda mano.» Esto también lo ratifica el escritor libertario Vernon Richards en su introducción a una excelente antología malatestiana titulada Vida e Ideas de Errico Malatesta (Malatesta, Life and Ideas, Londres: Freedom

Press, 1965), cuando escribe: «Es notable que los historiadores sociales ingleses no son lingüistas» (véase la traducción a nuestro idioma de este prólogo en la revista montevideana Solidaridad, mayo de 1968..

No porque nosotros hayamos nacido en Iberia (aunque hubiéramos visto por primera vez la luz del sol en Islandia o en Corea esto no dejaría de ser menos verdad) comprendemos que en una buena antología libertaria no deben faltar escritores nuestros que escribieron en español o en portugués: Anselmo Lorenzo, Ricardo Mella, José Prat, Eleuterio Quintanilla, Federico Urales, Dr. Fabio Luz, José Oiticica, etc. Y también plumas libertarias de otros países. Pero, y ya volviendo a la hermosa antología Ejemplos de Anarquía, estas omisiones han sido debidas a que los compiladores por motivos lingüísticos no han podido ofrecer una antología que hubiera abarcado el cosmorama libertario mundial. Si, por ejemplo, hubieran conocido el idioma español, no hay duda que (por citar solamente a una persona) hubieran incluido a Anselmo Lorenzo. Y no al Lorenzo del solo Proletariado Militante, sino de su vasta obra dispersa en multitud de periódicos y revistas, en bastantes folletos, en prólogos de libros, o en libros también como Via Libre, El Pueblo y Hacia la Emancipación.

Pero antes de decir algo sobre Ejemplos de Anarquía en sí, no pasemos por alto dos aspectos importantes para cuantos estudian con placer a la anarquía como doctrina y como historia. El primero es sobre lingüística. La humanidad aunque para diferenciarla de otras especies la denominamos como «Raza Humana» está subdividida por toda una pluralidad de pueblos biológicos. Se conoce enseguida si una persona es asiática o europea, si es originaria de Africa o nació en las selvas amazónicas brasileñas. Esta diferenciación existe asimismo en la idiomática. Los idiomas son algo tan vivo como el color de los ojos o la pigmentación de la piel. Por supuesto, un poliglota tan genial como Lázaro Zamenhof (a la vez un gran humanista), citando a este solo ejemplo, creó un idioma artificial, el Esperanto, como vínculo de unión entre los diversos pueblos idiomáticos. Pero entiéndase bien, no estuvo en su mente la idea de que el Esperanto reemplazara un día a los idiomas de la Tierra. Yo diría a los jóvenes, ¡aprended el Esperanto! Pero también les diría, por ejemplo, a los jóvenes latinos, ¡aprended el inglés! Si llegáis a saber aunque más no sea el inglés básico podréis ya penetrar en un pueblo idiomático que abarca gran densidad de la humanidad (se calcula unos 250 millones de personas hablando tal idioma). Y a los jóvenes sajones: ¡aprended el español, el francés y el italiano! En estos tres idiomas hay una vasta literatura anarquista que debe estudiarse en el original.

Veamos el otro aspecto, el de las ediciones. En este preciso momento el movimiento anarquista internacional se ve en dificultades económicas para la edición de libros libertarios. E incluso, si se estuviera en posesión de medios para publicaciones de esta índole, el costo de las ediciones es hoy más caro que nunca. ¿Débese por eso paralizar la corriente libertaria por medio del libro? De ningún modo. Pero hay que canalizarla principalmente hacia otra fuente: la de las grandes editoriales comerciales. ¿Cuánto no hubiera costado en sacrificios a los libertarios publicar Ejemplos de Anarquía, voluminosa obra de 570 páginas? La editorial que imprimió esta obra apenas si ha «sentido» el gasto. La misma inclusión de tal título en su catá-



logo de ediciones, demuestra que la Anarquía está resurgiendo como tema preferencial para cuantiosos lectores que encuentran en este material lectivo notable fuente de inspiración, emulación y estudio. Se comprende: a medida que el público lector pierde interés en el bolchevismo y se le comprende como el fenómeno más regresivo de la época moderna (la apoteosis del Estado), crece su interés por la literatura libertaria. Circunscribámonos a un solo caso, al de Alemania. Hoy no estamos ya en la época en que en Berlín había la gran editorial libertaria El Sindicalista. Después de la desaparición física de Rudolf Rocker, tampoco ha podido resurgir en Alemania (momentáneamente) una gran publicación (periódico o revista) libertaria. Editoriales comerciales han editado algunos buenos libros de autores anarquistas, como es el caso de Incitación al Socialismo de Gustav Landauer. Pero se trata de otra cosa. Los compañeros o simpatizantes interesados en la difusión cultural del ideal anarquista a través del libro, deberían orientarse a entrar en contacto con los consejeros literarios de las grandes editoriales para proponerles la edición en idioma original (en alemán) de la Historia de la Anarquía (diez volúmenes) del Dr. Max Nettlau. De publicarse esta magna obra (lo mejor en la materia) en el idioma de Goethe, en seguida sería traducida a otros idiomas periféricos (el inglés, el español, etc.), sirviendo así de gran utilidad al público lector y, ¿por qué no decirlo?, a la causa de la anarquía. Con seguridad que los otros escritos del Dr. Nettlau serían luego publicados (la serie de sus grandes biografías, la serie de sus monografías históricas, sus escritos doctrinarios que son de suma importancia, etc.) Entiéndase bien que se debería conectar con las editoriales comerciales de vasta difusión popular y no con institutos especializados que, en este caso, requerirían asimismo un público lector minoritario. En lo que atañe a la difusión cultural, los libertarios, deberían estudiar este importante aspecto, en el cual hay que trabajar extramuros y no intramuros, como fuerza centrífuga y no centripeta. Y antes de pasar al párrafo siguiente, para mejor ejemplarizar lo antedicho, ateniéndonos al escritor libertario, debe ir también «campo afuera» y no circunscribirse a escribir solamente en nuestros periódicos y revistas; debe hacerlo asimismo en diversas publicaciones donde pueda presentar culturalmente al ideal anarquista.

Esto es lo que hizo el gran escritor libertario Herbert Read (fenecido en Inglaterra el 12 de Junio de 1968) reseñando a Ejemplos de Anarquía con un notable ensayo que apareció en la revista londinense «Encounter (Encuentro)» de enero de 1968. Se titula este notable estudio Anarquismo pragmático. Para mí ha sido un honor traducirlo, luego de haber conseguido que dicha revista me concediese la libre publicación en una revista libertaria, pues Encounter tiene «copyright». Y ahora sí, limitémonos, aunque sea brevemente a Ejemplos de Anarquía. Todo esto es ya posible porque hay una tendencia manifiesta a acoger a la anarquía tal cual es en algunas publicaciones no especializadas en ella, como así una buena voluntad y comprensión por parte de sus animadores. Más que en ningún campo la anarquía debe engrandecerse en el campo cultural, sereno, pacífico, respetuoso con las diversas ideologías y con los seres humanos que las sustentan. No hay duda de que la anarquía hallará en este terreno fecunda fertilidad y promisorio futuro.

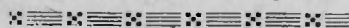
Krimerman es un profesor de filosofía y Perry un estudiante de historia, que asimismo profesa en una univer-

sidad. Ambos dedican este libro a sus hijos «Samuel y Mina Krimerman, Alberto e Irena Perry». Este estudio ha sido patrocinado por dos importantes bibliotecas: la de la universidad de Cornell en Ithaca y la del Instituto Mamiment en Nueva York. Pero fijese el lector en el siguiente detalle: «Nos hubiera sido imposible preparar esta antología sin la cooperación de la Freedom Press (17, a Maxwell Road, London, S. W. 6, Inglaterra) y la Libertarian League (P. O. Box 261, New York, 3, N. Y., Estados Unidos). Aunque no habíamos tenido contacto previo con ninguno de estos grupos, los dos entusiásticamente nos ayudaron, especialmente enviándonos grandes cantidades de material que hubiera sido imposible encontrar en la mayor parte de la bibliotecas.» Y añaden más adelante: «No importa qué estudios del anarquismo estará bien aconsejado si trata de relacionarse con ellos.» Por último una de nuestras compañeras les ayudó: «Rosemary Stoehr mecanografió una gran parte del manuscrito, sin pagar siquiera en ser pagada por ello, lo que más que nunca nos ha hecho apreciar los principios anarquistas». Los escritores sajones, en general, tienen un aspecto muy bueno: son ayudados de una u otra manera por sus esposas en la realización de los libros que les son más queridos, como si consubstanciaron con el adagio árabe: Plantar un árbol, engendrar un hijo, escribir un libro. Y reconocen en la página de «Agradecimiento» la colaboración de sus cónyuges. Por eso en este hermoso libro también encontramos esta nota simpática: «Nuestra mayor deuda va hacia nuestras esposas Ruth y Eleanora».

Vamos a detenernos un poco, aunque brevemente sea, en el prólogo, para no extendernos demasiado, debido a la carencia de espacio. Además es el propósito de este escrito el que todos cuantos tengan acceso a la bella lengua de Shakespeare lo adquieran para sus bibliotecas, públicas o privadas, la propaguen como ejemplo para todos cuantos quieran verazmente documentarse sobre el ideal anarquista, y a la vez, para que sirva de emulación, para todos cuantos intenten presentar antologías libertarias al público lector. Este hermoso prólogo empieza así:

«Cuando en la convención constitucional de Pensilvania durante varios meses discutieron los delegados sobre la necesidad de un nuevo gobierno, la vida de la comunidad transcurría pacíficamente. Se dice que Benjamin Franklin advirtió a los delegados: «Señores, ustedes ven en la anarquía en que la sociedad vive y ésta transcurre sin ningún inconveniente. Tengan cuidado, pues si nuestras disputas duran mucho, no vaya a darse cuenta el pueblo que puede pasarse muy bien sin nosotros.» ¿Fue esto una broma? ¿Es esto apócrifo? ¿Es realidad? Sea como fuere, no hay duda de que si cuando los ingleses fueron derrotados en Estados Unidos, no hubiera surgido ningún gobierno, la sociedad norteamericana sería ahora un paraíso. Simpática introducción y presentación de una antología libertaria que, de ningún modo, debe limitarse a los estudiantes universitarios y sí al público en general. Las universidades deben ser populares, deben tender a la educación del pueblo, que al fin y al cabo es quien las costea. «Los libros y artículos que ante nosotros tenemos, sobre el anarquismo, sugieren que su renacimiento no debe circunscribirse a entusiastas estudiantes universitarios». Este prólogo es toda una maravilla, y con toda honradez y penetrante discernimiento, los autores le terminan así: «Nuestro asombro por la riqueza de la litera-

# TEATRO



## Busca un poeta que te ame, para el día de tu muerte...

### ESCENA UNICA

La escena se desarrolla en un jardín, a la hora del crepúsculo.

Jornalero (poeta, amante de Estrella), pobremente vestido, en ropas de trabajo; Mecenas (avaro) — características propias —.

\*\*

Jornalero (entrando por la derecha). — Dulce y tranquilo atardecer — después de un largo día de trabajo de «sol a sol» —; en un río de tristeza se va mi ser: ¡cómo siento la nostalgia de su recuerdo!

Estrella (entrando por la izquierda). — Era la canción del viento que deshoja mi esperanza.

Jornalero. — La noche del esclavo, con sus nubes negras, llenan de rebelde humildad mi corazón.

Estrella. — ¡Cómo te quiero!... Llevo prendido tu semblante total sobre mi pecho... él es mi escapulario.

Jornalero. — No quisiera pensar tanto en ti — ¡un imposible en un mundo sin recursos para mí! —; pero el alba descubre tu imagen en el beso de luz de la mañana, y lo mece el crepúsculo en sus ondas sonoras. ¡Qué intenso sería el vivir en un libre Planeta!

Estrella. — ¡Mira cómo mis ojos están clavados en mi pensamiento —

### por COSME PAULES

de bellas ensoñaciones —, mientras arde mi esperanza!

Jornalero. — ¿Esperanza en un mundo hidrogenado por la fuerza bruta de la muerte inútil? ¡Oh, hermoso ser de maravilla! ¿Qué me diste a beber para que así viva esclavo de tu recuerdo, este para del «orden y la tranquilidad» ambientes?

Estrella. — En la fuente de mis labios te di a beber el néctar de las flores, mi adorado Jornalero: tú las plantas, las riegas, las alimentas con la fuerza hercúlea que la Madre Tierra ha uesto en tí, para que te entregues ¡odo!, en aras, quizás, de nada. ¿Comprendes? Así te amo conscientemente...

Jornalero. — Mi única ambición es tu cariño... ¡Eres tú la poesía que yo busco!: la belleza genital de un mundo nuevo...

\*\*

Mecenas: (entrando por la izquierda). Mi única ambición es el dinero.

(Estrella, que no ha podido continuar hablando, hace un gesto de desagrado y vase).

Jornalero. — Mi única religión es el amor.

Mecenas. — Sin el dinero no podrás realizar tus sueños... ¡y ni siquiera realizarte...!

Jornalero. — Mis verdaderas riquezas son inmensas. Una sola de ellas, ¡vale un potosi!: mi imbatible anhelo de libertad, en un mundo encadenado.

Mecenas. — Eres un iluso que se alimenta del resplandor de las estrellas: ¡Dinero, dinero! Con dinero se compra todo. ¡Oro! — ante su hirviente brillo nada se resiste —.

Jornalero. — El dinero nunca hace mejor a nadie, porque tiene la propiedad de apagar con su egotismo todos los sentimientos nobles y generosos.

Mecenas. — Bien. Pero, ¿podrás negarme que el oro nos ofrece el poder de ser amos, en un mundo de esclavos?

Jornalero. — ¿Poder? ¿Autoritarismo? ¿Estado? Eso no es poesía, mi querido Mecenas. Por el contrario: es la ruina de lo mejor y más sano del hombre y la mujer conscientes. No lo olvides. Muere la vida con eso: resurgirá el día mismo en que eso sea considerado como la más inmundicia lacra de los tiempos pasados. El hombre nace libre y — cuando se la quitan — debe poner vida y muerte en la pura conquista airosa de la incomparable libertad que lo hará sanar de todas sus cancerosas malignidades a ultranza.

Mecenas. — ¡Si tú supieras algo de la extraña fascinación del oro, vendrías a rendir pleitesía ante su altar! (Desgraciadamente, mi queridísimo

tura anarquista ha venido creciendo. Creemos que esta antología solamente rozará su superficie y confiamos en que conducirá a algunos lectores a los materiales anotados en nuestra bibliografía. Pero aun el lector más resuelto encontrará aquí dificultades. Hay gran necesidad en cuanto a ediciones completas de las mejores obras de Proudhon, Tucker, Kropotkin y muchos otros, que el lector solamente puede empezar a apreciar aquí).

Agradecemos a Krimerman y Perry esta lograda antología libertaria, verdadero cimiento de toda una literatura filosófica del anarquismo que, indudablemente, sur-

girá en inmediato porvenir. En este aspecto, estos dos sinceros autores han oficiado de precursores, como pioneros han desbrozado el camino. La lectura de este hermoso libro causa verdadero placer y demuestra que lo sembrado antaño germina ogaño, pues no es discernir cabalmente el proceso histórico el desilusionarse y ver que no hay esperanza alguna para nuestra sufriente humanidad. Somos optimistas, no como Pangloss por «el mismo amor al optimismo» o por mero temperamento sanguíneo, sino por el sereno estudio del proceso histórico. La humanidad se encamina hacia la Anarquía.

amigo, no sabes nada de eso). Con dinero tendrías éxito, «confort», joyas, mujeres...

Jornalero. — (Interrumpiéndole). ¡Pobre hombre! Mi querido Mecenas: ¡has metalizado tu existencia! Eres peor que un animal. (Dioses «sagrados» del Olimpo, haced algo por él... El es mi amigo extraviado; pero amigo de verdad... y eso debe contribuir, sin duda, a salvarlo.

Mecenas. — ¡Mi dinero... mi dinero!... El es el único placer de mi vida... Frente a él se rinden todos, en este mundo de odio. Contra el dinero, nadie puede: ¿qué más puedo desear? (El oro ablanda hasta las piedras).

Jornalero. — ¡Oh, Mecenas extraviado! El oro sólo te acompañará hasta las puertas del sepulcro, y no podrás evitar que, estando aún tu cuerpo caliente, sientas el zarpaço de la codicia: el trágico alarido de los que festejarán tu muerte...

Mecenas. — No hables así. Es inútil. No has de lograr conmoverme. Mis hijos sabrán respetar mi memoria: todos me recordarán con cariño.

Jornalero. — ¡Pobre hombre! ¡Qué ingenuo eres! Tantos sacrificios, tantas privaciones como te costó tu fortuna, para luego ir a parar a manos de aquellos que no tendrán escrúpulos en disiparla.

Mecenas. — Te equivocas, Jornalero (poeta estúpido, iluso, mentecato,

¡muerto de hambre!) Ellos, mis hijos, no sólo defenderán mi dinero (y mi poder), sino que en mármol de Carrara perpetuarán mi memoria.

Jornalero. — Desengáñate, mi querido Mecenas: el dinero no deja nunca una estela de amor; solamente es capaz de avivar los instintos mezquinos: el rencor, el odio, la codicia... ¡Sobre tu cuerpo caerán los cuervos, para devorar tu memoria!

Mecenas. — Bueno (mi estúpido poeta, expoliado por los canes de la explotación del hombre por el hombre en todas sus formas): ¿Qué dejarás tú, para que tus hijos y tus amigos te recuerden? (¡ja!) Tu maldita miseria, tus pantalones rotos, tus costillas sangrantes, tus enfermos pulmones. Un hermoso poema... ¿verdad?

Jornalero-Poeta. — Dejaré mi sed de amor, mis ansias de libertad, mi humildad sinceramente reconocida y practicada en combinación con la ácrata rebeldía enemiga de un sistema de vida que hace de los buenos malos y de los malos... ¡más malos, malignos, horribles, impersonificables! (puesto que no existió jamás bestia inmundada capaz de abatir por gusto sádico a un semejante — no precisamente por hambre —, sino por hartazgo de riquezas y poderes inauditos), que es más inabordable de los de-

pravados canibales que en nuestro mundo han sido y son, rechazaría!

Mis rebeldías son luz de estrella y besos de Prometeo. Sobre mi tumba, no habrá monumentos, pero tampoco se escuchará el graznido de los cuervos... Dormiré tranquilamente bajo el abrigo de la hierba generosa, a la sombra de un árbol corpulento — plantado por mi mismo en el seno de la Madre Tierra —, donde irán acantar los pájaros durante las auroras azules, y a recogerse lo luna en las noches estrelladas y amorosas. El viento — como un eterno sonámbulo —, irá repitiendo las estrofas de mis versos, para deshojarlos frente al amor misterioso y solitario de una verdadera mujer, ¡capaz, contra viento y marea, de amar sinceramente a un poeta que nada tiene que ofrecer en un mundo de riquezas sin fin... acaparadas!

Mecenas. — Dime, ¿por qué no me vendes un poco de ese perenne home-naje perfumado?

Jornalero. — No; yo no vendo nada. Tu dinero puede conquistarlo todo... ¡todo!... Hasta un magnífico sepulcro, admiración de los hombres. (Profético): ¡Pero, cuidate de la venganza de los pájaros — que, como nadie, aman la verdadera libertad — ellos pueden con sus alas cubrir tu estatua!

TELON

## FILOSOFIA POLITICA ESPAÑOLA

**C** OLOCADAS en muestras, unas al lado de las otras, las doctrinas del sentido común del pueblo y las de la razón científica de las escuelas, la sola comparación entre ellas patentiza por modo inconcuso la injusticia y el yerro que cometen los historiadores de la filosofía política haciendo preterición de los ideales del pueblo expresados en su literatura, así poética como jurídica.

El pensamiento de las colectividades, por lo mismo que es impersonal, se halla menos expuesto a las abstracciones en que tan a menudo incurren los teóricos, haciéndoles tomar por sistemas de verdad cierta lo que son puras construcciones de su fantasía. — **Joaquín COSTA.**

## FUNCION DE LA INDIVIDUALIDAD

**S** ON muchas las maneras de que un individuo puede diferir de la generalidad de los miembros de la comunidad. Puede ser excepcionalmente anárquico o criminal, puede estar dotado de un raro talento artístico, puede tener lo que, con el tiempo, llegue a ser reconocido como una nueva concepción religiosa o moral, y puede haber sido favorecido con una capacidad intelectual extraordinaria. Parece que desde tiempos remotos en la historia humana ha debido de haber cierta diferenciación de funciones. Las pinturas ejecutadas en las cuevas de los Pirineos por los hombres de la edad de piedra tienen un gran mérito artístico, y es fácil suponer que todos los hombres de aquella época fueran capaces de realizar un trabajo tan admirable. Parece mucho más probable que a veces se permitiera, a los que demostraban talento artístico quedarse en la vivienda pintando mientras el resto de la tribu se dedicaba a la caza. — **Bertrand RUSSELL.**



# Metodología y doctrina

**C**ONDICIONES subjetivas de la revolución libertaria:

Primera: Cuando el pueblo está preparado para la acción es criminal no asaltar las posiciones del enemigo.

Segunda: Es cierto que hay distintas alternativas en cada país: en España se llaman revolución agraria, técnica, social y moral.

Tercera: Aprovechar las diferentes tradiciones del país en su lucha por la libertad. La lucha armada es el prólogo de la acción directa.

Principios fundamentales de la revolución anarcosindicalista:

1. — Doctrina e inspiración de base federal frente a todos los sistemas unitarios fracasados en nuestro país.

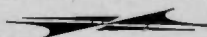
2. — Comunismo de raíz y esencia libertaria, completamente independiente para crear un sistema económico y social que puede proyectarse hacia los países de Africa y Suramérica.

3. — España puede ofrecer al mundo algo que nadie puede superar: el sentimiento de la libertad, la fuerza espiritual de un idioma de entendimiento y conocimiento y el buen uso de la fuerza organizada para no arriesgarlo todo a la ligera.

Afirmaciones: El pueblo ha demostrado en España que puede vencer al ejército.

No podemos esperar a que todo sea factible para hacer la revolución; la gimnasia social y revolucionaria puede ser el foco inicial.

El terreno de la lucha debe plantearse en todos los frentes y no hay que aceptar batallas más que donde puedan ganarse con el menor derroche de fuerzas puestas en juego.



## La virtud de saber callar

**E**L español habla demasiado y en muchas ocasiones dice más de lo que debería decir. Nos atacan por todas partes. Nos acechan peligros de toda índole. Se sigue de cerca todo cuanto hacemos para desunirnos y vencernos.

Para conspirar hace falta saber callar. Sin discreción no hay secreto posible. El secreto revolucionario es la clave del triunfo social, como el secreto militar es la victoria en la guerra. Hay gentes que no han hecho nunca nada y que se pasan la vida criticando, diciendo «que no se hace nada». Se hace lo que es posible y hasta más de lo que se puede. Lo que se sucede es que la obra realizada no es para que se explique y comente en la plaza pública.

A este propósito cabe citar un gran ejemplo a seguir:

Martí, el liberador de Cuba, se hallaba exilado y en plenos trabajos conspirativos, y alguien le escribía desde Cuba «que qué hacían y si hacían algo, porque aquí se dice que algo hacen».

El gran Martí contestó al impaciente curioso: «¿Que qué hacemos amigo mío, porque por ahí dicen que hacemos algo? Poco haríamos y mal si pudiese yo decir a usted todo lo que hacemos.»

Se habla en demasía y se escribe con excesiva ligereza. Hay que acabar con los excesos del lenguaje y las frivolidades del escribir demagogia. Las revoluciones no se han hecho nunca con palabras; se han realizado a base de hechos. La lucha tiene en la sencillez su estilo, en el secreto su fuerza, y en el sacrificio, su más alta recompensa moral.

Una cosa es hablar y otra cosa es no callar.

## POETAS DE AYER Y DE HOY

# UN ALTO HICE EN COLLIOURE

Aragón:  
Si yo pudiera  
pedirle a Francia  
su rosa abierta  
y su fragancia  
de primavera,  
con mi rústica elegancia  
a tu puerta  
llamaría...

*España entera tembló  
y otras naciones bailaban.  
¿Quién vió como se orinaban  
las montañas? ¿Quién lloró  
la hora del sacrificio  
del Pueblo que, ante el altar,  
se puso todo a sangrar  
en manos del santo oficio?  
El éxodo se salpica  
por todas las latitudes,  
mientras faltan ataúdes  
para el pobre que se ubica  
en su amargo éxodo.  
¡La muerte que mata a España  
no usó nunca la guadaña,  
sino la cruz, Aragón!  
¿Qué está llorando Castilla  
en un claustro o en un cuartel  
mientras se quiebra la piel  
de los toros que, en Sevilla,  
vieron su humano cartel?  
¿Qué Galicia está llorando  
viendo a sus hijos que van  
sin un rescoldo y sin pan  
algún refugio implorando?  
¡Qué cansera la extremeña!  
¡Qué desconcierto an' aluz!  
¡Qué vahido en la testuz  
que en Roncesvalles despeña  
lo poco que allá hay de luz!  
Amigo mío: si Francia  
no pisara el Pirineo,  
esta tumba que aquí veo  
no tendría la fragancia  
que nosotros mantenemos.  
La historia me hace blandir  
la espada de mi sentir  
y aquí, por eso nos vemos.  
¿Que sangra el Cid sin sus bríos?  
¿No lloran también los senos  
de las madres que ven llenos  
de carne y sangre los ríos?  
¿Cervantes no sabrá nada  
del temblor del treinta y nueve,  
ni del turbión que aun remueve*

*el corazón con su espada!  
¿Y es que Góngora alcanzó  
ver gloria en nuestras esquinas  
donde yerbas golondrinas  
sólo aquel alba inmoló?  
¡Ay, dolor que aquí nos pesa  
con campo rojo y de azur!  
¿Acaso llega a «Collioure...»  
la voz de Santa Teresa?  
¡Abrid, poetas, la tarde  
y a la noche dadle auroras,  
que están sonando las horas  
de esta España que nos arde  
bajo un sepulcro francés...  
Y si queréis saber quien  
tiene a España en cada sien,  
Antonio Machado es!*

\*\*

*El camino, Antonio, está  
en tu gesta de hombre bueno.  
¡Ay, castizo nazareno,  
qué bien la muerte te da  
vida limpia en nuestro seno!  
Tu cuerpo mustio cayó  
harto de horror y de guerra  
y un fragor de altura yerra  
en el lirio que te abrió  
con manos limpias la tierra.  
Poetas somos y estamos  
blandiendo tu pluma en rimas  
con este viento de cimas  
que busca a quello que amamos.  
¡Qué lejos están las cosas  
que cercaron tu escapada!  
¡Qué cercana, la mirada  
que tú dejaste en las rosas  
frente al gesto de la espada!  
¡No! ¡Que no quedan más lágrimas  
para lavar nuestras manos!  
Pero vuelan los vilanos  
a un lúgubre toque de ánimas  
por nuestros montes y llanos!  
Y tú, místico de ideas  
orfebre del agua clara,  
apuntas con dedo y cara  
a esa España que deseas  
en la luz que a ti te amara.*

\*\*

*Gracias, hermano francés,  
por ese puerto en tu tierra.  
La nave que aquí se aferra  
Antonio Machado es.*

## LAS VOCALES DE LA VIDA

por Eugen Relgis

A noir; E blanc; I rouge; U vert; O bleu,  
voyelles... — A. RIMBAUD.

Miraba con asombro alrededor  
el niño rubio, candoroso y frágil.  
Recién llegado al mundo,  
crecía cual retoño bajo el sol.  
Nada sabía aún de su destino,  
y saboreando igual que sus ancestros  
El néctar en la copa de la vida,  
alegre y claro exclamaba: **A!**

Hizo cantando los primeros pasos  
por los caminos de la juventud.  
Alguna vez cayó desde una roca  
y vio correr su sangre derramada,  
Pero rió a carcajadas  
como delante de una buena broma,  
avanzó desafiando al hado: **E!**

Luego en un país en donde  
flamean rosas purpúreas,  
Hizo alto en un castillo por gozar  
de cálidas miradas y caricias.  
Dueño del mundo entero se sentía  
cuando hablándole a Ella la abrazaba  
Y decidido a luchar con todos los enemigos,  
gritaba su salvaje y soberbio: **I!**

Surcos hondos trazaron los años en su duro  
rostro de luchador.  
Y montañas más altas y rebeldes  
solían detenerlo, y no llegaba  
A las ricas comarcas  
que ansiaba en sus ensueños — más allá...  
Rota su espada, regresó gimiendo  
con una herida sobre el pecho: **O!**

Y contemplando siempre el horizonte  
con los mismos pensamientos, por los mismos lugares,  
El vencido — ya triste o luminoso,  
revivía el pasado...  
Y al sentir vanidad de vanidades,  
sin anhelos, sin nuevas esperanzas,  
Cuando vino hasta él la Silenciosa,  
la recibió sonriendo, aliviado: **U!**

(Versión castellana de Pablo R. Troise).



# GENIIT

— sociología —  
ciencia — literatura



Editorial. — Fontaura: Martin Buber en la trayectoria del anarquismo. — Avelock Ellis: La mujer y la naturaleza. — Sebastián Faure: Pobres y ricos. — J. Muñoz Congost: Por un combate anarquista. — El socialismo y el Estado. — M. Cima: Cultura y generosidad. — Vladimir Muñoz: El primer número del semanario «El Hombre». — Las jerarquías en la naturaleza. — Mercedes Rubio: Tarde de sensaciones. — Moisés Martín: En busca de una salida. — Frases de hombres célebres. — Juan María Guyau: La expresión de la vida en el arte. — Ramón Liarte: Causas determinantes de la regresión española. — R. Flores Magón: Los ilegales. — Emilio Muse: La población y los alimentos en el mundo. — Andrés Prunier: A propósito de una pretendida ciencia de la revolución. — Igualdad. — Abarrátegui: El mismo hombre en otra tierra.

# 188

Mayo-Junio 1969

REVISTA MENSUAL

PRECIO: 1,50 F.



4P5523



## NUESTRA PORTADA

**G**UARDIA Civil sin alma y sin entrañas. Llamada benemérita como insulto y escarnio de la lengua castellana, tendría que llamarse lo que en realidad es: falange del crimen y la muerte.

Sobre la parda y virgen geografía española, se alzan los castillos fabulosos del medievo. Ellos representan la vieja España que no ha sabido evolucionar y que muere retorciéndose como una serpiente encrespada sobre el horizonte como si quisiera impedir el paso al progreso.

Prisionera y lacerada, la libertad lanza su grito de protesta llamando a los hombres justos para librar el supremo combate por el derecho a la vida con dignidad y respeto. La vaga astronomía de los fusiles de la guardia civil, silueteando el negro panorama de la hora de ahora, incapaces serán de vencer el noble imperativo de la justicia social.

Rauda y esplendorosa, victoriosa del dolor y la vesania, por encima de la esclavitud y el genocidio, la paloma simbólica del amor humano y de la paz universal, vuela surcando el espacio, llevando en su pico delicado y puro el Mensaje venturoso de los que por amarse tanto saben luchar, sufrir y morir por alcanzar el triunfo de la causa de la libertad.

# GENIT

## REVISTA BIMESTRAL DE SOCIOLOGÍA, CIENCIA Y LITERATURA

### REDACCION

Federica Montseny y Ramón Lliarté

### COLABORADORES

Vladimiro Muñoz, Evelio G. Fontaura, Hem Day, Campio Carpio, Eugen Relgis, Dr. Pedro Vallina, Germinal Esgleas, René Lamberet, Cosme Paules, José Muñoz Congost, Floreal Ocaña, Dr. Amparo Poch, José Viadiu, Victor García, J. Guerrero. Severino Campos, Abarrátegui.

### Suscripción anual:

Francia .....	9,00
Exterior .....	11,00
Precio de un ejemplar suelto .....	1,50

Giros: León Antonio, C.C.P. 2 738 77-Toulouse  
4, rue Belfort, 2ème étage F-31 TOULOUSE

(Todos los pareceres, por distintos que sean del nuestro, en los que aliente un pensamiento respetable, tienen cabida en estas columnas.)

# CENIT

★ REVISTA DE SOCIOLOGIA, CIENCIA Y LITERATURA ★

Año XIX

Toulouse, Mayo-Junio de 1969

N.º 188

**EDITORIAL**



## Libertad y dignidad

La libertad es vida hecha sentimiento y razón, porque no hay verdadera vida sin libertad. El hombre, en el curso de su existencia, es un ser encadenado por infinidad de lazos visibles e impalpables. Cada hombre lleva en si mismo el deseo de conseguir la libertad porque sabe que la esclavitud es el peor de los males. De ahí que los libertarios seamos la vanguardia de lo más libre y limpio que conocerse pueda. Decir anarquía es decir libertad. Porque sin jugar con los vocablos, una voz y otra son la palabra exacta y precisa que expresan todo cuanto nosotros decir queremos y cuanto por haberlo dicho ya, se llama anarquía; es decir, liberación integral del hombre.

La lucha por la libertad es permanente y eterna.

Si una libertad debe imperar como base de todas las libertades del género humano, es la libertad depensar que ningún gobierno debe atropellar. De ahí que el conocimiento, por ser libre, evolucione sin cesar hacia nuevas formas de cultura y civilización. Cada hombre tiene derecho a pensar como mejor estime conveniente; pero tiene la obligación moral de ser digno hasta cuando abandona un pensamiento, una idea, una doctrina o creencia. Sin dignidad, el hombre se convierte en un harapo. Y sólo lo que es consciente puede saber lo que es la libertad.

En las filas del anarquismo militante organizado no atamos a nadie. El que permanece a nuestro lado es porque quiere y debe estar. Y el que se va es porque se había equivocado de casa. Numerosos son los que nos han abandonado en el curso de un siglo de luchas. Unos por cansancio, otros por interés; algunos por traición y han existido incluso los que reconociendo la exactitud interior de nuestros objetivos, no han tenido fuerzas para proseguir el combate anarquista que es la tarea liberatriz de toda la humanidad.

No todos los hombres anónimos o de talento que han pasado por nuestros medios han tenido la misma contextura ética y moral. Formados y dados a conocer en nuestros cuadros de lucha, se pasaron a otras confesiones y partidos para medrar y enriquecer. La suerte quiso que unos fuesen poderosos. Pero hemos visto a muchos tirados en la cuneta de la vida, pasando a formar parte de las falanges de los ex-hombres.

Por ser libertarios respetamos todas las formas de pensar siempre que se utilicen armas generosas y nobles para defender las ideas íntimas del hombre. Hay muchos que al elegir, se equivocan. No conocen sus verdaderos gustos e inclinaciones. Existen en esta costanera los que se aperciben de «su» error con suma rapidez. Por contra, los hay que cambian de opinión tarde y con daño.

Nos parece bien que el que no sea libertario se vaya donde la veleta movida por el viento le indique y mande. Pero en buena lógica y decencia hay que pedir, nada más, nada menos, un grado de grandeza de alma, de altura mental y moral. ¿Es explicable qué, quien se ha pasado una vida glosando el anarquismo, de la noche a la mañana diga pestes contra sus



mejores hombres, oculte todas las virtudes, recaliente todos los defectos de condición humana, y negándose a sí mismo, pretenda negar lo más sagrado de una doctrina, que es sin duda, el respeto a un pasado y la dignidad presente? Quién así se comporta no solamente se había engañado; es que ha engañado durante cuarenta años a los demás. Y eso es imperdonable. Las ideas que un hombre dice haber sentido son de demasiado grandes para que se las arrastre, llenándolas de lodo, rencor y odio.

Piensa como quieras, pero no dejes de ser hombre si es que lo fuiste un día. Obra como mejor estimes pertinente, mas ten en cuenta que la vida pueda decir de ti: con todos sus errores y defectos fue un hombre de bien. Y si no se es eso, es que no se es nada. Ni sombra engañosa, ni recuerdo respetable. NI NADA. ¿Habrá pobreza mayor que la de no sentirse capaz de guardar el respeto a la propia vida del pensamiento? Pues a eso y más se llega cuando en vez de cultivar la fraternidad se entrega el individuo a la envidia vil y venenosa que paraliza los sentidos, no dejando ver ninguna perspectiva clara. Tal es el poder negativo del rencor.

Dos ejemplos elocuentes entre otros muchos que podríamos citar de respeto a lo que fue su pasado anarquista los encontramos en la vida de dos hombres de Estado. Nos referimos a Clemenceau, quien en plena victoria política no le faltó memoria ni dignidad para defender a Sacco y Vanzetti, colocando a los dos mártires en el vértice más alto del ideal. Eso es comportarse haciendo honor a un pasado. Otro ejemplo a retener es el de Martínez Barrio, elevado al calor de los Saavedra, Sánchez Rosa y otras luminarias del anarquismo; el hombre que se fuera a la política tenía un respeto imponente por los anarquistas y el concepto libertario de la vida, ya que afirmaba que nuestras ideas son la encarnación más acabada de la dignidad y la libertad, dos términos inseparables y unidos para siempre.

Pero no se puede pedir que los pigmeos sean gigantes ni los tarados perfectos. No obstante, un grado mínimo de lealtad a la conciencia es preciso si se tiene estima personal y respeto a los demás.

El ejercicio ordenado de la libertad prepara al hombre para cumplir misiones que merecen ser tenidas en cuenta. Por eso debemos defender la libertad como la propia vida. Mas la libertad es un producto digno que no se puede pisotear caprichosamente. Cuando el hombre llega a concluir que quien no piensa como él es su enemigo número uno, nada sabe del respeto a la persona humana. Eso es carlismo puro, inquisición moderna, relajamiento del valor más esencial del ser. Mas no hay que inquietarse. Estos casos de soberbia vana y desmedida no son nuevos. Se han dado y se presentarán una y mil veces. Lo que sucede es que quienes así proceden pierden el tiempo y lo hacen perder a los que luchan de una manera altruista y generosa.

No hay nada más bello que ver nacer un hombre dispuesto a trabajar por la perfección de sus semejantes. No hay nada más sagrado tampoco que presenciar la muerte digna del hombre bueno y justo que se nos lleva los mejores afectos para convertirse en flores depositadas en su tumba. Pero que triste y lastimoso es ver como vive sin pena ni gloria el que se niega y reniega de los suyos... En esa sombra blanqueada, cadáver insepulto que se pasa las horas desgarrando a sus antiguos compañeros de ruta, al desaparecer para siempre, no podrá decirse: «Aquí yace un hombre.» Y el epitafio que procedería escribirse en su tumba que será olvidada debería ser: «Aquí yace quién, por no saber comportarse como hombre, odió al mundo.»

Es indigno de llamarse hombre libre el que se comporta como un vulgar tirano allí donde puede dominar y someter a sus iguales. La libertad merece sacrificios indecibles y obligaciones insoslayables. Únicamente así se consolida y se desarrolla cada día, mereciéndola honestamente. Y es que nos está permitido ser libres a condición de no coartar la libertad de los otros. La filosofía de la libertad no admite metas finales ni trabas despóticas. Ella es la idea madre del hombre porque lo engrandece y dignifica todo.

Creemos cada día nuevos valores. Conciencias generosas formadas por los sentimientos más refinados de la fraternidad. Quien odia no puede ser anarquista. Que anarquismo es magnanimidad, cordial acogimiento y mano abierta a las más exquisitas comprensiones. Tolerancia y respeto como normas de conducta para no tener necesidad de guardias civiles ni guardias rojos.

¿Te has equivocado de casa? Márchate en buen hora. Pero ten presente una cosa: que aquí te enseñamos a ser hombre y, que si no aprendiste bien el oficio, no fue por falla nuestra, sino por tu grandísima culpa. Ya ves: tú que te creías el único y su propiedad, has pasado a ser una ruina ambulante. Pero aún puedes hacer algo por ti mismo: cuando vayas a atacar otra vez a los que fueron tus amigos y compañeros, tus maestros y educadores, ten en cuenta una cosa: que un hombre puede no ser anarquista; pero todo anarquista tiene que ser nada menos que todo un hombre digno y libre. Y que no hay nada peor, ni más horrible, que no ser una cosa ni otra.

TIEMPO PRESENTE

# Martín Buber en la trayectoria del anarquismo

por FONTAURA

## EL TOMAR EJEMPLO DE NUESTROS CLASICOS

**N**O hace ahora al caso el abundar en consideraciones repitiendo lo que tanto se ha dicho y se dice al respecto del conocimiento que la cultura proporciona. No es cosa de puntualizar, con la consiguiente argumentación, el valor intelectual, el alcance de los conocimientos que pueden adquirirse mediante los libros. Ello es harto sabido para concederle aquí detenida referencia. Pero si en sentido general puede resultar ocioso, quizás no sea inadecuado el tomar algunos particulares antecedentes que, por venir de quienes proceden, alcanzan para nosotros, libertarios, indudable valor de ejemplaridad.

Se trata de hilvanar algunas reflexiones alrededor de ciertos métodos de estudio que podemos notar prevalecieron entre nuestros clásicos. Pero antes importa precisar: En literatura, en filosofía, en sociología inclusive, es frecuente notar que se hace alusión a los «clásicos», lo que supone aludir a quienes pueden, por su grado de conocimientos, por su notable perfección intelectual, en cierto modo, servir de modelo. Con ello se alude también a los iniciadores, a los maestros, etc. Si al anarquismo, en tanto que tendencia social, queremos referirnos, hemos de convenir que parte de una serie de pensadores, con cuyas obras, con los textos que nos legaron, se han ido articulando lo que acostumbramos a definir como «nuestros postulados ideológicos». Ya en este sentido, bien podemos mencionar, de entre los más conocidos clásicos del anarquismo, a Godwin, Proudhon, Bakunin, Kropotkin, Reclus, y Nettlau. Se trata de puntualizar que cada uno de los citados, adoptando, a título simbólico, aquel repetido ejemplo de la abeja, que libando el néctar de una y de otra flor elabora su propia miel, así ellos iban gestando sus teorías gracias a que captaban, de unos y de otros autores, las ideas que les parecían más favorables a sus concepciones que consideraban fundamentales.

Nuestros clásicos estaban «a la page» de todo aquello que en el orden intelectual alcanzaba relieve en el período por ellos vivido. Como vía de ejemplo patentizando lo apuntado, podemos referirnos a dos de nuestros pensadores: Pedro Kropotkin y Eliseo Reclus. De cada uno de los citados tomemos dos obras, «El apoyo mutuo» y la «Ética», del pri-

mero; en cuanto al segundo, veamos «El hombre y la tierra» y la «Geografía universal». Para dejar sentadas sus respectivas concepciones, uno y otro buscaron documentarse, trataron de conocer no solamente teorías, apreciaciones formuladas por autores del pasado, sino que recogieron datos, compulsaron teorías de sus contemporáneos. Las citas, las referencias de autores, de las que dejaron constancia en los capítulos de sus libros lo patentizan de un modo harto elocuente.

Obviado es el decir que, en plan de estudio, es apropiado hacer como ellos hacían. Constituye un ejemplo que es aconsejable seguir, dentro, naturalmente, de las condiciones mentales propias de cada uno.

Como en todos los tiempos, hay en la época que atravesamos elementos que en el orden del saber, en tanto que valores intelectuales, han adquirido renombre: Escritores, artistas, poetas, filósofos, sociólogos, científicos, etc. Sus ideas, sus concepciones, sus obras, se comentan por ahí; se discuten. Destaca al respecto de algunas figuras algo así como un halo de notoriedad, que puede colegirse será cosa pasajera, como lo son todas las modas, limitado, como lo es el brillar de las estrellas fugaces, que pasan sin dejar huella. En lo que atañe a otros elementos ya no es lo mismo. Son mentalidades de excepción. Dejan en el ambiente de los conocimientos surco hondo, ya que menosprecian lo efímero, lo superficial. Sus ideas tienen la virtud de dejar una impronta de inquietud espiritual en la mente de aquéllos que han tenido interés en captarlas. ¡Bien diferente de los autores cuyos escritos adolecen de una mayúscula hinchazón retórica, plagada de grandilocuentes lugares comunes, huecos, inconsistentes, rimbombante fraseología sin contenido medular que incite a la reflexión suscitando incluso ideas antagónicas entre sí,

De entre los libertarios, por supuesto, cada uno es como es, y no anda muy extendida que digamos la propensión al estudio, a la indagación, puesta la curiosidad en atalayar el horizonte de las ideas fuera de los caminos trillados. Y en pos de novedades; buscando vigorizar y dilatar los propios conocimientos, aquéllos que fueron nuestros maestros ya se ha dicho que nos dieron el ejemplo. Plausible empeño ha de ser tenerlo en cuenta y obrar en consecuencia.

## UN FILOSOFO DE AHORA

**M**ARTIN BUBER, que nació en Viena en el 1878 y murió en Jerusalén el año 1965, por sus ideas, tal vez pueda ser considerado uno de los filósofos más atentos a las realidades del mundo en que vivimos. Entre sus concepciones se destacan matices de un valor medular que particularmente a nosotros, en tanto que libertarios, nos pueden incitar a la reflexión.

Hijo de familia acomodada, cursó filosofía en las universidades de Viena, Leipzig, Berlín y Zurich. Inclinado al movimiento sionista y a los estudios hebraicos, tomó parte en congresos y dirigió importantes revistas de carácter cultural en el mundo judío internacional. Fue profesor de filosofía en la universidad de Francfort. Cursó filosofía social en la universidad de Jerusalén. Dio conferencias, abordando temas filosóficos en diversas instituciones culturales de los Estados Unidos, así como en Alemania, en Holanda, y en la Sorbona, de París. En 1952 le fue otorgado en Alemania el Premio Goethe y el Premio de la Paz de parte de la entidad Editores alemanes. En 1963 se trasladó a Holanda, para recibir en Amsterdam el Premio Erasmo, en tanto que obsequio por su contribución al patrimonio cultural de Europa.

Al margen de sus colaboraciones en distintas publicaciones de índole cultural, Buber escribió varios libros, casi todos en alemán, habiendo sido traducidos algunos de ellos a diversos idiomas. De entre sus obras más representativas, destacan «Caminos de Utopía», traducción castellana publicada por la Editorial Fondo de Cultura Económica, de Méjico. «Le problème de l'homme» ha sido publicado en traducción francesa por la prestigiosa casa editora parisina, especializada en obras de filosofía: Abier-Éditions Montaigne. También en la serie «Philosophes de tous les temps», que se sigue publicando por Editions Seghers, se ha editado recientemente un estudio con respecto a Martín Buber por parte del profesor de la Sorbona Robert Misrahi.

Es de interés capital si queremos examinar, siquiera sea de un modo escueto aquellas concepciones de Buber que concuerdan y refuerzan, por así decir, apreciaciones ácratas, saber que tuvo relación, fraternal amistad con el pensador anarquista alemán Gustavo Landauer. Posiblemente las teorías del autor de «Incitación al socialismo» influyeron vivamente en sus concepciones sociales. También recibió el influjo de algunas obras de Kropotkin, al que cita y comenta, al igual que hace con Landauer, en el libro «Caminos de Utopía».

Puede aducirse que Martín Buber es un pensador cuyas apreciaciones fundamentales tienen un valor incuestionable ante los problemas que origina nuestro tiempo. Cuando el gregarismo, la ausencia de dignidad humana preponderan entre las masas, Buber batalla en pro de un afianzamiento de la personalidad mediante vínculos de solidaridad. Busca el arraigar en los individuos un concepto humanitario de la existencia, susceptible de rechazar esas apetencias de lucro, de exacerbado goce

material que embota la sensibilidad para todo lo que no sea el disfrutar de los bienes de nuestra denominada «sociedad de consumación», con una total indiferencia al respecto de los factores morales, honra de las civilizaciones. En concordancia con el sentir de Landauer, Buber estima que, sin esperar las contingencias del futuro, siempre incierto, quienes sientan la necesidad de manumitirse de la explotación del hombre por el hombre; aquéllos que se sienten reacios los mismo a trabajar a sueldo de otros que a vivir del trabajo ajeno, están en el caso de intentar llevar por delante ensayos susceptibles de facilitar núcleos de convivencia en lo económico y en lo moral, como deseaban establecer los denominados «utopistas» del siglo pasado: Fourier, Cabet, Owen, y otros. Mas, naturalmente, Buber se atiene a las realidades del mundo presente. De ahí el que dedicara no pocos de sus escritos a glosar la importancia de los «kibutzs» israelíes, las notables experiencias comunitarias que han sido el asombro del mundo por los excelentes resultados obtenidos al margen de intervenciones patronales y estatales.

Es por los motivos esbozados que Martín Buber entra en la categoría de aquellos pensadores que, sin ser de una formación ácrata propiamente dicha, en sus interpretaciones en torno a la vida y la sociedad aducen argumentos que a los anarquistas nos son favorables, como se podrá convenir al leer las citas de escritos suyos que se anotarán más adelante, en el presente trabajo. Ya en sus apreciaciones sionistas, en sus estudios en torno al hebraísmo, sus modalidades históricas y filológicas; en sus escauceos de contextura propia del misticismo, esa «filosofía eterna» de que hablaba Aldous Huxley, no nos interesa, como tampoco teníamos en cuenta las apreciaciones deístas de un León Tolstoi, acerca de quien, con minuciosidad casi exhaustiva en los detalles, el profesor Paul Eltbacher, en su tan comentada obra «Los anarquistas», lo considera uno de los siete pensadores más representativos del anarquismo, colocado en este sentido junto a Godwin, Proudhon, Stirner, Bakunin, Kropotkin y Tucker.

Nos place, en suma, el ir siguiendo el hilo de los razonamientos de Buber cuando critica la vigente estructura social, las arbitrariedades presentadas con oriflama, con señuelo de progreso.

## VALORIZAR AL HOMBRE

**P**ARA Buber el individuo en sí queda harto limitado si no alcanza a crear contacto con otro, o con otros. Es la relación del yo al tú lo que crea indudablemente los vínculos sociales del verdadero humanitarismo. Ello da un alto sentido a la reciprocidad. En castellano todos conocemos el proverbio que dice: «Amor con amor se paga». He ahí el fundamento de la reciprocidad que ensalza Buber en su libro «El problema del hombre». Y junto a una tal deducción, agrega, como lógico corolario, la responsabilidad. El individuo es natural que se haga responsable de la relación, del afecto, del compromiso que promete,



o que efectúa al respecto de otro. Responsables del deber moral de corresponder en términos análogos a quien, con nosotros se hayan portado con nobleza de sentimientos. He ahí diseñada la base de una relación, de una convivencia sin cortapisas de intereses. He ahí lo que fundamenta la fraternidad positiva (sin la vacuidad que conlleva la rutina) que le cabe tener en cuenta y cumplir al anarquista en su relación con los afines.

Lo que el autor de «Caminos de Utopía», refiriéndose a una auténtica fraternidad humana, aconseja en sentido general, situándose en la línea de los humanistas de todos los tiempos que han expuesto sus consideraciones éticas independientemente de grupos o tendencias político-sociales, ¿cómo no aceptarlo los libertarios, poniéndolo a la práctica y difundiénolo al propio tiempo? Lo ideal ha de ser que la expresión «fraternal», o «fraternalmente» depase el simple sentido formulario para encarnar en la pura realidad con todo su alcance significativo. Que los vínculos de fraternidad pasaran a transmutarse de lo meramente simbólico a lo efectivo, a lo practicado con todo el calor del afecto sincero. Es lo que nos enseña — repito — es lo que podemos aprender de las ideas de Martín Buber los libertarios.

Dice: «Existe un infranqueable abismo entre el diálogo que se ofrece en audición al mundo entero en las tribunas y el diálogo verdadero que compromete directamente las únicamente solas conciencias compañeras, colocadas en situación exclusiva de un frente a frente. En este caso, si los compañeros auténticamente mantienen la relación, uno al respecto del otro; si hablan sin reservas mentales, entonces de su comunidad puede nacer algo fecundo que en ninguna parte ha de ser posible hallar.»

Es teniendo en cuenta ampliamente el sentido de lo expresado como puede cimentarse la base ideal del compañerismo, de la camaradería. Es así como ha de poder tomar cuerpo la afinidad positiva, no la de tono verbal, inconsciente, precaria.

Manifiesta Buber que «el conocimiento filosófico del hombre es por esencia el examen de sí mismo». Resulta evidente que al tratar de conocer, de examinar la conducta y la manera de ser de los demás, se debería echar una mirada a nuestra propia idiosincrasia. Convengamos que ello debe de ser urtante difícil, puesto que siempre se ha podido comprobar la existencia de elementos, incluso en ambiente libertario, con predisposición a tomar aire de mentores; pretendiendo ser poco menos que jueces de los demás, sin dar prueba de conocer ostensibles defectos en ellos peculiares, y que, como vulgarmente se dice, «saltan a la vista». El socrático «conócete a ti mismo», que tanto acostumbraba a prodigar Han Ryner, que dicho sea de paso, guarda cierta relación, ya no solamente doctrinal con Martín Buber, sino que incluso — rara casualidad — en lo físico, ambos pensadores tenían acusada semejanza, desgraciadamente el tal precepto no va mucho más allá, en cuanto a su aplicación, de la simple teoría.

Frente al aburguesamiento de las masas, deslumbradas por el espejuelo de los bienes materiales; contra la alienación del individuo bajo los totalitarismos estatales, Buber parte del principio que cuando el hombre usa de su poder de abstracción al objeto de examinar su mundo circundante entra de lleno en la posibilidad de reaccionar en contra del barullo de lo superficial y de lo nocivo a los principios de la libertad. De ahí la importancia trascendental que ha de tener el pulsar los resortes psicológicos susceptibles de avivar la conciencia.

«Nuestra época — aduce Buber — ha visto paralizarse el alma del hombre en tres aspectos sucesivos: El primero ha sido la técnica. Inventadas para servir al hombre que trabaja, las máquinas lo han tomado a su propio servicio. Ellas ya no representan más, como en el caso de las herramientas, una prolongación del brazo humano; el hombre es prolongación de ellas; llega a ser periféricamente, una articulación mecánica para llevar y captar. El segundo aspecto es el de la economía. La producción, inmensamente amplificadas para llegar a abastecer a un número acrecentado de hombres de cuyos objetos tienen necesidad no ha conseguido llegar a un estado de razonable coordinación; es como si la producción y la puesta en valor de las mercancías depasaran al hombre en su actividad mecánica sustrayéndole a su dominio. El tercer aspecto ha sido el adueñamiento político. Con miedo de más en más acentuado, el hombre se ha visto expuesto, tanto en la guerra como en otros aspectos, a potestades inabordables.» Y es teniendo en cuenta esta inextricable confusión de factores morales y materiales predominante en nuestra época, que importa deslindar bien los campos.

Tengamos en cuenta que ya no basta, que ya no es suficiente esgrimir como acicate de proselitismo y lucha aquello de «la emancipación proletaria». Si los proletarios emancipados se dejan engullir por los bienes que ofrece la sociedad burguesa, y a su vez se aburguesan, creídos de que con vacaciones pagadas, con automóvil propio, con nevera y televisor ya han llegado a la meta de la emancipación entonces habrá que dar la razón a muchos de los universitarios rebeldes, y a aquellos «provos» holandeses aduciendo que ya no se puede contar con el proletariado propiamente dicho para una conmoción de tipo revolucionario. Claro que es una aserción que no vale el aceptarla con rigorismo sociológico, habida cuenta que surgen y pueden surgir a manera de lo que en biología se denominan «mutaciones bruscas», o sea sorpresas tales como en el caso de las jornadas de huelga general en Francia, en los pasados meses de mayo y junio de 1968. Pero tengan en cuenta aquellos compañeros anarquistas cuya actividad se ha circunscrito casi siempre a la modalidad sindical, que hay otros factores que en nuestros días es de importancia conocer para que el anarquismo en tanto que movimiento social entre en una fase de prometedora actividad.

## UTOPIAS Y REALIDADES

**B**UBER, identificado con todo aquello que contenga savia de libertad, contrario, por lo tanto, a todos aquellos principios que buscan, con unos u otros postulados, dominar, hacer prevalecer con la fuerza material lo que no se consiga por una especie de poder de sugestión fundado en abstrusas cobinaciones dialécticas, ha estudiado convenientemente las teorías marxistas. De ahí que haga notar la obsesión peculiar en los fieles de Carlos Marx, al tratar despectivamente como cosa utópica toda concepción que llegue a diferenciarse, en fas o por nefas, a las afirmaciones pontificales dictadas por el maestro...

En la obra «Caminos de Utopía» leemos: «Victor Hugo llamó a la utopía «la verdad de mañana». El anhelo espiritual llamado socialismo utópico, que parece condenado a estar divorciado de su época, prepara la futura estructura de la sociedad: «prepara», puesto que no existe un curso de la historia necesario en sí, independiente de la decisión del hombre. Es evidente que esta tendencia tendrá que conservar formas de comunidad aún existentes y animarlas con un espíritu nuevo. Sobre el portal del centralismo marxista está escrita por tiempo indefinido la inscripción con la cual Engels resumió en una ocasión la tiranía del mecanismo automático de una gran fábrica: «Lasciate ogni autonomia voi ch'entrate» («Vosotros, los que entréis aquí, renunciad a toda autonomía»); el socialismo «utópico» lucha por el máximo de autonomía comunitaria posible dentro de una reestructuración de la sociedad».

Al igual que Herbert Read (otro notable humanista de nuestro tiempo) Martin Buber pone singularmente el acento en el factor educación, considerando que en ella radica la base propiciadora a una gestación de hombres conscientes, éticamente evolucionados. Por estimarlo así, al trazar un análisis somero de las tesis aportadas por distintos pensadores de los tildados «utópicos», señala unas consideraciones de Owen que cree muy puestas en razón: «Hasta ahora nadie ha sido educado según principios que le permitan actuar en unión, como no sea para defenderse o para aniquilar a otros. Mas una necesidad igualmente poderosa obligará ahora a los hombres a educarse para actuar juntos, para crear y conservar.»

Sí, bastante después de Owen, se ha desarrollado una intensa labor de educación con miras a despertar conciencias, a formar, por así decir una humanidad nueva. Dentro del ambiente libertario — que es el que particularmente nos interesa estudiar — por su actividad han destacado no pocos elementos: Sebastián Faure, Clemencia Jaquinet, Ferrer Guardia, Anselmo Lorenzo, Pierre Ramus, Paul Robin, Eleuterio Quintarilla, y tantos y tantos, más ó menos conocidos, que en la tarea pedagógica de alcance racionalista pusieron empeño y competencia. Mas, por un conjunto de circunstancias que sería interesante analizar, tan buena obra educativa se ha ido amortiguando hasta quedar reducida a una total inoperancia. ¿Llegará el anarquismo in-

ternacional a comprender cuán necesario sería reavivar unas tareas educadoras de suma importancia en nuestros días? No conviene el ser pesimistas, a pesar de todo...

A Buber le complace el sentido antiautoritario de la mayoría de aquellos a quienes se ha tildado de «utopistas». Identificado con las concepciones federalistas de Proudhon, le reproduce estas líneas: «La causa primera de todos los desórdenes que afligen a la sociedad, de la opresión de los ciudadanos y de la ruina de las naciones, consiste en la centralización exclusiva y jerárquica de los poderes públicos; es preciso acabar cuanto antes con ese enorme parasitismo.»

En su obra «Caminos de Utopía» Buber comenta favorablemente diversos matices de las opiniones de Kropotkin, singularmente las que aquél desarrolló en su libro «El apoyo mutuo». Con precepción abierta a las más perfectas estructuras del futuro, el autor de «La conquista del pan» rehuye todo aquello que pueda tener el menor detalle de carácter dogmático. Convencido de ello, comenta Buber: «Ni uniformidad ni fijación definitiva, tal es el sano sentimiento fundamental de Kropotkin. Como él mismo dice, hay que aspirar al «más completo desarrollo de la individualidad, asociado al mayor desarrollo de la asociación voluntaria en todos los aspectos, en todos los grados posibles, para todos los fines imaginables: una asociación siempre variable que contenga los elementos de su duración y adopte las formas que en todo momento se adapten mejor al múltiple esfuerzo de todos». Y, a modo de complemento, Kropotkin insiste aún en 1913: «Nos imaginamos la estructura de la sociedad como algo que nunca queda definitivamente constituido.»

El contacto asiduo con Gustavo Landauer, la convergencia en las apreciaciones, originan el hecho de que Martin Buber use de medios expresivos peculiares en la manera expresiva de su amigo. De ahí que podamos leer en capítulo VI de «Caminos de Utopía»: «Ser socialista significa estar en contacto vital con el espíritu y la vida comunitarios de la época, estar alerta y reconocer con mirada imperturbable lo que de ellos aún se encuentra en la profundidad de nuestra vida desprovista de comunidad, y, siempre y cuando sea posible enlazar fuertemente a lo perdurable las formas creadas por primera vez. «Huelga especificar que al referirse a «socialismo» Buber toma la expresión en el amplio sentido que se le daba a primeros de siglo incluso por los propios libertarios. Comenta Buber: «La aldea socialista, con talleres y fábricas en el campo — dice Landauer continuando la idea de Kropotkin —, con prados, campos y huertos, con ganado grande y pequeño y aves de corral: vosotros, proletarios de la gran ciudad, haceos a la idea, por extraña e insólita que al principio pueda pareceros, de que ése es ahora el único comienzo posible para nosotros de un socialismo real.» De eso, en apariencia tan insignificante, de si se lleva a cabo o no, depende principalmente que la revolución ya encuentre algo hecho, a lo cual tenga que proporcionar espacio y poder, pues la hora revolucionaria misma sería incapaz de crearlo.»

## EL FACTOR EDUCACION

**C**ON su habitual serenidad de raciocinio Buber en la obra antes citada analiza diferentes formas estructurales de convivencia al margen de coacción capitalista o estatal. Su examen pasa por diversas épocas y países. Nota que, invariablemente, al entusiasmo del impulso emprendedor le sucede el pesimismo del fracaso. Y es en la obra constructiva que hoy culmina en los «kibutz», de Israel, que halla una relevante ejemplaridad. Escribe: «Hasta donde alcanza mi vista en la historia y en el presente, sólo a un único ensayo en gran escala de crear una cooperativa integral puede atribuirse cierto éxito en sentido socialista. Es la aldea cooperativa hebraica de Palestina en sus distintas formas. Sin duda le es inherente también una problemática profunda en todos los tres sectores: el de las relaciones internas, el de la federación y el de la influencia sobre la sociedad general; pero ha acreditado su existencia viviente en todos los tres sectores, y es la única que ha llegado a hacerlo. En la historia de la colonización cooperativa no se encuentra en ninguna parte este incansable tanteo en busca de la forma de convivencia que corresponda a estos grupos humanos, ese reiterado ensayar, sacrificarse, juzgar críticamente y ensayar de nuevo, ese constante brotar de nuevas ramas del mismo tronco y a base del mismo impulso configurador.»

Se perfila en la filosofía de Martín Buber una

síntesis del hombre en tanto que ser pensante, susceptible de ahondar en la propia conciencia para hallar la raíz de la dignidad y el decoro, y el individuo en tanto que miembro de una sociedad atrabiliaria en la que, pese a que su estructura es repelente, importa vivir en ella buscando la forma de eludir los inconvenientes que de ella emanan. De ahí que el sentido de la fraternidad **buberiana**, si el factor moral en todo su sentido depurado es una realidad, puede constituir con la fuerza de la unidad aliciente para obtener dentro de lo relativo, apreciables ventajas. Dar ejemplo y paralela a la posible realización, llevar por delante la tarea del proselitismo.

Prepondera en nuestra sociedad el hombre en funciones de «robot», integrado a las estructuras político-económicas. Pero en una civilización controlada por hegemonías estatales es comprensible que sean un peligro latente los períodos de guerra, irracional ya con un pretexto, bien por otro. En los Estados Unidos, país de economía próspera y propensión al aburguesamiento de masas obreras, la guerra del Vietnam ha ido desentumeciendo la inconciencia del «robot». Muchos son ya los que comprenden, como aducía Erasmo, que «la guerra es dulce para aquellos que no la hacen.» Y es en este estado psicológico que por parte de los anarquistas se puede hallar una plataforma de lucha contra el Estado, incluso en aquellos países de economía floreciente y de propensión al aburguesamiento.

## La mujer y la naturaleza

**E**N las mujeres, los hombres encuentran seres que no se han alejado tanto como ellos de la vida típica de las criaturas de esta tierra; las mujeres son, para los hombres, las personificaciones humanas de la simpatía tranquila de la Naturaleza. Para cada hombre, como ha dicho Michelet, la mujer a quien ama es como la tierra era para su hijo legendario; no ha de hacer sino caer y besar su seno, para sentirse fuerte otra vez. La mujer está más en armonía con la Naturaleza que el hombre, y ella conduce al hombre a armonizarse con la Naturaleza. Esta naturaleza orgánicamente primitiva de las mujeres, en forma y función e instinto, es siempre un sosiego para los hombres torturados por sus energías dispersas. Con verdadera satisfacción el tierno y dulce Diderot escribía de las mujeres que «son verdaderos salvajes por dentro». Por esta razón, los ascéticos, esos mismos casos errantes y anormales de la tendencia hacia la variación, han odiado a las mujeres con odio tan amargo e intenso que no han podido encontrar lenguaje bastante exacto para expresar su aversión. Sabían que cada impulso natural de una mujer es la condenación del ascetismo. Todos los verdaderos amantes de lo artificial y de lo perverso, encuentran repulsivas a las mujeres. «La mujer es natural — se lee en los escritos de Baudelaire —, y por ende abominable.» Pero para la mayoría de hombres y mujeres esta diferencia sexual ha añadido algo al encanto de la vida; también ha contribuido, en parte, a su eterna dificultad.

AVELOCK ELLIS



## JOYELES DE LA LITERATURA

## ANARQUISTA

# Pobres y ricos

por Sebastián Faure

**S**I hay una ley natural que reviste un carácter universal, porque responde a una necesidad existente en todos los tiempos y en todos lugares, es la que condena a los hombres al trabajo.

Todo ser consume y nada puede ser consumido sino lo que ha sido producido. Esta verdad parece ser tomada del repertorio del célebre señor de la Palisse; sería lógico deducir de ella que si es imposible vivir sin consumir y sin haber de antemano producido, todo individuo que participá a la absorción de los productos está obligado a contribuir a su confección, salvo caso de impedimento: edad, enfermedad, debilidad. **El que no trabaja no debe comer. (Qui non laborat, non manducet)**, de San Pablo, no tiene otro origen.

Pues bien: nuestra sociedad está de tal modo constituida que se compone de dos clases de personas: la clase que lo produce todo y la que no produce nada.

Una habita los castillos en la campiña y los bellos barrios en la ciudad: tiene en su mesa la carne más sana, la caza más rara, la fruta más sabrosa, el vino más viejo; sus salones están adornados de flores de perfumes sutiles, de figuritas artísticas de cuadros de los maestros, de ricas tapicerías, de muebles de lujo; en la estación rigurosa, sus miembros están cubiertos de los tejidos más cálidos, en los días veraniegos, de los más ligeros y más frescos; tiene instrucción, o, por lo menos, podría tenerla; puebla los restaurantes a la moda, los balnearios, las playas, los teatros, todos los lugares donde la gente se reúne para gustar el placer; gasta coche y es servida por «domésticos».

La otra habita en chozas, o se refugia en las malas viviendas de los barrios no céntricos, en su mesa: sopa, patatas, aguapie o vino adulterado; un mobiliario reducido, los muros desnudos; un vestido pobre, sucio, insuficiente; ninguna instrucción, ni ocasión de adquirirla; puebla los hospitales, los refugios, los asilos, los depósitos y los anfiteatros; tiene ante sus ojos, en su propia vivienda, el espectáculo desgarrador de sus hijos que tiritan; danza... ante la alacena vacía, abre las portezuelas de los coches y suministra los lacayos.

A la primera pertenecen la tierra, las casas, las cosechas, los instrumentos de trabajo, los productos, a la segunda nada.

Interrogado sobre la cuestión de saber a cuál de las dos clases de que hablo son adjudicadas todas las ventajas, un hombre sensato, pero ignorante de nuestra civilización, respondería sin el menor ti-

tubeo: **A la que trabaja, a la que lo produce todo.** Esos bienes «no pueden ser sino la legítima retribución de su saber, de sus esfuerzos, de sus penas».

Ese buen hombre se engañaría completamente; porque todos sabemos que los que tienen morada confortable, mesa abundante y escogida, atavíos cuidados, coches y criados, viven de rentas, de dividendos, de arriendos, de réditos; y que todos esos diezmos son deducidos del trabajo de los que tienen apenas lo necesario y a menudo aún le falta lo necesario; todos sabemos que los que pueblan los lugares de diversión y obstruyen los salones no son los que llenan las fábricas y los almacenes, cultivan la tierra y excavan el subsuelo.

En vano, para justificar un estado de cosas tan extraordinario, los príncipes de la economía política afirmarán audazmente que la ociosidad dorada de hoy es el resultado de la actividad del pasado, la cristalización del trabajo de ayer. Este lenguaje no convencerá a nadie, **ni siquiera a los que lo tienen**, y cualquiera que en Francia, por ejemplo, conoce un poco la historia de su país, no ignora que la riqueza, monopolizada por el clero y la nobleza en la antigüedad y la Edad Media, no ha tenido por origen sino la captación, el robo, la rapiña, la violencia; que durante el período revolucionario de fines del siglo XVIII, ha sido acaparada fraudulentamente por la burguesía despojando a nobles y sacerdotes; que, desde entonces, no ha procedido sino de la explotación del hombre por el hambre, del modo de producción capitalista.

El gran arte de nuestros días, para llegar a la fortuna, no consiste en trabajar uno mismo, sino en hacer trabajar a los demás; el capital, bajo todas sus formas, es trabajo ahorrado, economizado, transformado; sí, **pero trabajo ajeno.** No son los que edifican los palacios los que los habitan; los que tejen, cortan y cosen los vestidos de baile no son los que los llevan.

Los productos de la mina no enriquecen a los mineros; los dividendos de las compañías de ferrocarriles no van a los que construyen la vía, dirigen la máquina, vigilan las agujas o trasbordan las mercancías.

Las argucias más especiosas, los razonamientos más sutiles no pueden prevalecer contra la brutalidad de los hechos; los trabajadores no tienen más que abrir los ojos para ver que los albañiles están sin refugio, los sastres sin vestido, los agricultores sin pan; que la clase pobre lo produce todo y no posee nada, mientras que la clase rica despilfarra, acapara, se atraca y no produce nada.

# Por un combate anarquista

por José Muñoz Congost

## III

Comentarios a la lectura de viejos textos:  
La Enciclopedia Anarquista de S. Faure  
(en curso de edición).

**E**XTRANANSE algunos teorizantes de esa sociología que se pretende elevar al rango de Ciencia «casi exacta», — para una mejor manipulación técnica de todas las circunstancias — de los hechos que venimos viviendo, empujados por las nuevas generaciones y de unos años a esta parte.

Reconociendo que en todos los tiempos existió ese «choque» entre generaciones, unas veces leve, otras cruento, muéstranse un tanto trastornados por la violencia del estallido brutal de la protesta juvenil, negándose a integrarse en un complejo social modelado para relativo inmovilismo.

Al pretender, dueños de la educación, preparar hábilmente la adaptación de los individuos al medio social, — para evitar una rápida evolución hacia otro medio más justo —, los detentadores de todos los mandos políticos y financieros, olvidaron que el progreso es irreversible, incontenible y que no puede existir en la inmovilidad.

Al intentar crear, por la coacción autoritaria y el abuso del poder — irracional por esencia — un equilibrio permanente de las instituciones del privilegio, cerraron los ojos a la verdad indiscutida, de que el equilibrio sólo puede ser excepcional, y que las condiciones del progreso exigieron y exigen ese vaivén de acción y reacción en el que rara vez la segunda supera a la primera.

Así, en individualidades en formación, esa orientación forzada con la que la educación oficial pretenden imprimir un sello de integración, crea en la mayoría de las ocasiones el movimiento de rebeldía y de insumisión.

Y una vida social más intensa, — decía Delaunay en la Enciclopedia de Faure — provoca siempre un despertar de conciencias, y el desarrollo de las individualidades que este despertar origina, condicionan a su vez una marcha más rápida del progreso social.

En esa forja de individualidades que la falsa educación hubiera querido evitar y que fomentó con su absurdo forcejeo por el sometimiento, crearon una desadaptación de la adolescencia al medio ambiente. Desadaptación que Delaunay decía que llegaba a resolverse unas veces por la evolución misma, otra por un proceso revolucionario.

Generación, tras generación, la lenta evolución social, sabotada, frenada siempre, se encuentra en determinados momentos, en franco y descorazonador retraso en comparación con la evolución de las técnicas. Y no bastando esa evolución lenta, para recuperar el tiempo perdido, el

estallido revolucionario viene al desquite, restableciendo el equilibrio momentáneo, punto de partida de nuevas fases de la progresión.

Al analizar así la posibilidad y la periodicidad de los enfrentamientos revolucionarios, la Enciclopedia Anarquista afirmaba una realidad que hemos visto confirmada, muchos años después de que la idea así expresada en el papel viera la luz.

El individuo, decía, es efecto y causa del progreso social, y recíprocamente. Pero... ¿A qué vienen, — podrá alguién preguntarse —, estos comentarios?

A mostrar que a pesar de las afirmaciones permanentes y machaconas de todos los teóricos que se pretenden renovadores de las ideas anarquistas, queriendo arreglarlas a todas las salsas personalistas, hay en los textos, en las viejas páginas de los escritores de ayer, lecciones de visión social que no han sido superadas por ninguna circunstancia ni contexto político económico o social. Sin pretender dogmatizar, muy al contrario: sin intentar sentar el principio de razón permanente ni la infabilidad de los escritores del anarquismo, capaces y sujetos a error en tanto que hombres, el conjunto de los hechos históricos, el contexto social existente, el rápido avance del progreso de las técnicas, crearon quizá condiciones de acción anarquista distintas a las preconizadas ayer, pero las raíces sociales, humanas y económicas de la crisis existente por la violación del contrato de convivencia social, son las mismas hoy que ayer.

Y aún las posibilidades de acción, de agitación, de preparación, de forja de la revolución, no son tan distintas de aquellas que afirmaron nuestros escritores.

Viene a cuento, pues, cuanto decimos, y más por cuanto que hemos visto enarbolar una vez más teorías que ayer fueron y dejaron de ser por la lección de la experiencia, y hoy resucitadas, puede que con la misma ilusión con que otrora se lanzaron, como puede ser, también, con objetivos diferentes y menos claros.

Nos expresamos así, porque sentimos íntimamente, de manera intuitiva, que hay quizá en esas nuevas modalidades, un interés más o menos velado de deshacer lo que haya de «organizaciones anarquistas», e impedir su eclosión donde no las hubiera, para así, dispersando el esfuerzo en realidad, disminuir el peligro que el mismo anarquismo representa. Porque el anarquismo es hoy amenaza real, no nos extrañarían maniobras de nuestros enemigos destinadas a desvirtuarle, añadiéndole con pretensiones de cántico y exaltación a la libertad y a la espontaneidad, el germen de todas las disgregaciones que imposibiliten la posible progresión de la acción internacional.

Luis Loreal, también en la obra a que hacemos referencia, referíase bajo el título «Defensa Revolucionaria» a

que había entonces quienes estimaban que ya habría tiempo de pensar en los problemas de la revolución cuando estallase y que las soluciones surgirían imponiéndose por sí mismas...

Es la misma posición que hoy adoptan quienes negando la necesidad de la organización, pretenden que la revolución puede ser obra de grupos esporádicos, temporales, ocasionales, sin coordinación, haciéndose y deshaciéndose a tenor de los acontecimientos.

No queremos buscar argumentos nuevos para venir a decir el contrasentido que en el plan revolucionario expresan semejantes posiciones, puestas en moda por la euforia de una eclosión y revuelta, malogrados quizá por esa falta de una organización capaz de vencer la acción desviadora, de las entelequias políticas.

Y al decir que no buscaremos argumentos nuevos, es porque el problema, tampoco es nuevo, aunque así le parezca a algunos.

Puede que sean nuevas las intenciones, como son nuevas los adalides, de viejas formas de contradicción.

A ellas decía Loreal ¿Cómo prevenir los males que pueden surgir en la revolución si nos dejamos llevar de improvisaciones circunstanciales?

Y sobre todo, examinando con detalle, el verdadero combate revolucionario, que no es solamente lucha esporádica, ni revuelta de unas horas se llega a la comprobación del vacío táctico que encierran esas posiciones «antiorganizacionistas» entre dos acciones, separadas por el tiempo y las circunstancias.

Al no establecer una continuidad en la acción dentro de todas las formas que la misma puede adquirir y a la que nos referiremos, convertimos la acción anarquista en aporte de esfuerzos a la acción bien organizada de otros. Y hacemos el juego a nuestros propios enemigos.

Falso es el argumento que pretende que dichas actitudes van en defensa de la libertad y la organización anarquista en detrimento de la misma.

Mala interpretación de la libertad supone el manifestarse así, a nuestro criterio. Decía Delaunay y coincidimos con él, «no es libertad hacer todo lo que se quiere sino querer todo lo que se hace».

Es decir, que se es libre cuando se sabe conscientemente aquello que se quiere, cuando al problema — cualquiera que fuese, individual o colectivo — una vez estudiado, sopesado, juzgado, se le dio una solución en el pensamiento, y se es capaz de llevarla a solución sin sometimiento o presión alguna.

Y en la espontaneidad de los hechos revolucionarios que se pretende, lanzado el individuo como factor colectivo en el impetu de la acción, su responsabilidad entra rara vez en juego, hará lo que quiera en el momento sin saber en realidad lo que quiso.

Queramos o no, en el juego inevitable de la existencia humana, que se presenta entre el determinismo y la libertad, sabemos que el individuo sólo puede influir en el factor personal de las decisiones. Y como una decisión está determinada a su vez por varios factores independientes del personal, además de éste, el aumento de libertad, será forzosamente el aumento de la influencia del mismo en el conjunto.

No creemos que se pueda discrepar mucho de esta afirmación. Si así es, hacer hombres libres, capaces de decisiones razonadas y de ajustar su conducta y acción a estas decisiones, es una opción revolucionaria. Y esa opción no puede ser obra de la improvisación.

La revolución ha de ser obra de hombres conscientes. No de algunos hombres dirigiendo multitudes excitadas por hambre o miseria, cultivo predilecto de todos los autoritarismos totalitarios. Entendemos por Revolución, la Revolución social. Esas que se realizan para remplazar el clan dirigente por otro distinto son cambio de etiquetas a la tiranía no son nunca revoluciones en las que se nos pueda interesar a los anarquistas.

Porque esas multitudes sin forja previa son buenas para la obra de destrucción necesaria pero dejan después la fase constructiva en manos de los profesionales de la acción política, al servicio de un Partido.

Porque nuestra revolución, «exige la preparación de un mundo nuevo en los corazones y en los espíritus» (Delaunay) y esa preparación exige una labor lenta, tenaz y persistente de educación y propaganda revolucionaria.

Esa labor, no es posible sin organización. Sólo unas organizaciones como las del conglomerado libertario español, fueron capaces de aquel florecer de ateneos anarquistas, centros de estudios sociales, escuelas racionalistas, que permitieron la creación de un sentimiento social colectivo, formado por la libre aportación de individualidades, sin minorías dirigentes y sin gregarismos.

Bastaría este argumento para reafirmarnos en la necesidad de la organización anarquista en el combate social.

Pero hay otros.

Frente a la acción revolucionaria, las fuerzas de la reacción y del conservadurismo, pilares del privilegio no han de permanecer inactivas.

Afirmaba Loreal, que frente a la propaganda educativa, a la agitación, a las acciones diversas fomentando el espíritu de revuelta, preparando la revolución, el Estado respondería con la provocación, utilizando sus mercenarios, infiltrándose en las filas revolucionarias, empleando la confianza, creando ligas cívicas, somatenes, milicias fascistas, paralelas a las fuerzas de la represión oficial, subvencionando y armando sindicatos amarillos... encuadrando en cuerpos oficiosos de sabotaje y provocación a asesinos y pistoleros profesionales.

Palabras de ayer... lecciones de aquel presente que revive hoy con el agravante de su intensificación, del crecimiento de su impunidad.

Para luchar contra la reacción así desencadenada, sólo una organización, puede establecer su defensa, su información y tomar todas las disposiciones necesarias para denunciar la traición preparada, como para evitar las claudicaciones. La improvisación, el grupo que se hace y deshace, donde todo el llegado es bien recibido, es campo abierto a esta acción disgregadora de nuestros enemigos. Pero hay más aún...

¿Podemos ignorar acaso, la presencia, en todos los momentos revolucionarios de sedicentes fuerzas revolucionarias, cuyo interés es el de desviar los objetivos manumisores, en rebusca de hegemonías que aseguren el poder futuro? ¿Qué hacemos de estas fuerzas bien organizadas?

La lección de acontecimientos que aún viven en nosotros, de sabotaje de un proceso revolucionario en aras a una aventura electoral, realizadas por organizaciones que si se vieron desbordadas en un momento por el empuje popular, supieron maniobrar hábilmente para llevar el agua a su molino político, es elocuente.

¿Y si aún y con todo, y contra viento y marea, la revolución triunfa?

¿Cómo realizaremos la fase constructiva?

Creando organismos de gestión... ¿O también dejándolo



# El socialismo y el Estado

**E**N Inglaterra, donde había aparecido ya en 1793 la profunda obra de Godwin, *Investigación acerca de la justicia política*, el socialismo del primer período tuvo un carácter mucho más libertario que en Francia, pues allí le había abierto el camino el liberalismo y no la democracia. Pero los escritos de William Thompson, John Gray y otros fueron casi enteramente desconocidos en el continente. El comunismo de Robert Owen era una mezcla singular de ideas libertarias y de conceptos autoritarios del pasado. Su influencia en el movimiento sindical y cooperativo de Inglaterra fue, durante un tiempo muy importante; pero después de su muerte se perdió cada vez más, para hacer puesto a consideraciones más prácticas, que perdieron paulatinamente de vista el gran objetivo del movimiento.

Entre los pocos pensadores de aquel período que intentaron situar sus aspiraciones socialistas en una base realmente libertaria, Proudhon fue, sin duda alguna, el más importante. Su crítica demoledora de las tradiciones jacobinas, de la naturaleza del gobierno y de la fe ciega en la fuerza maravillosa de las leyes y los decretos tuvo el efecto de una acción libertadora, que ni siquiera hoy ha sido reconocida en toda su grandeza. Proudhon había comprendido claramente que el socialismo tenía que ser libertario si había de tenerse en cuenta como creador de una nueva cultura social.

## POR UN COMBATE ANARQUISTA

*todo a la improvisación de cada comité de fábrica, sin coordinación de esfuerzos?*

*La fase constructiva de una revolución en su aspecto económico, no puede ser adulterada por órdenes extrañas a los factores mismos de la producción. Y como los intentos de tal no han de faltar, será precisa una coordinación de los esfuerzos de los productores para no dejarse arrebatar esta gestión por ningún organismo de carácter político. Para evitarlo, la organización de los productores es necesaria. ¿Para qué rechazarla hoy, a priori, cuando existiendo es forja y preparación militante en previsión de ese mañana?*

*Y si esa estructura existe, como fue el caso en la CNT española y con una militancia forjada a través de años de educación y propaganda, todas las esperanzas están permitidas.*

*Sólo una organización anarquista, puede preparar la acción revolucionaria permanente porque permanente y no esporádica, es el combate anarquista.*

Ardía en él la llave viva de una nueva era que presentía y cuya formación social veía con claridad en su espíritu. Fue uno de los primeros que opusieron a la metafísica política de los partidos los hechos concretos de la economía. La economía fue para él verdadera base de la vida social entera y como había reconocido, con profunda agudez, que precisamente lo económico es lo más sensible a toda coacción externa, asoció con estricta lógica la abolición de los monopolios económicos con la extirpación de toda esencia gubernativa en la vida social. El culto a las leyes, al que sucumbían los partidos de aquel período con un verdadero fanatismo, no tenía para él la menor significación creadora, pues sabía que en una comunidad de hombres libres e iguales sólo el libre acuerdo podía ser el lazo moral de las relaciones sociales de los seres humanos entre sí.

¿Usted quiere, pues, suprimir el gobierno? — se le preguntó —. ¿Usted no quiere constitución alguna? ¿Quién conservará entonces el orden en la sociedad? ¿Qué pondrá usted en lugar del Estado? ¿En lugar de la policía? ¿En lugar de los grandes poderes políticos? — ¡Nada! — respondió. La sociedad es el movimiento eterno. No necesita que se le dé cuerda, y tampoco es necesario llevarle el compás. Una sociedad organizada no necesita ni leyes ni legisladores. Las leyes en la sociedad son como el tejido de araña en la colmena: sólo sirven para cazar las abejas.

Proudhon había concebido el mal del centralismo político en todos los detalles; por eso anunció como un mandamiento de la hora la descentralización política y la autonomía de las comunas. Era el más destacado de todos los contemporáneos que habían escrito en sus banderas el principio del federalismo. Cerebro esclarecido, comprendió que los hombres de hoy no podían llegar de un salto al reino de una sociedad sin aparato gubernativo; sabía que la conformación espiritual de sus contemporáneos, constituida lentamente en el curso de largos períodos, no podía desaparecer en un cerrar y abrir de ojos. Por eso le pareció la descentralización política, para arrancar al Estado cada vez más sus funciones, el medio más apropiado para iniciar la abolición de todo gobierno del hombre por el hombre. Creía que una reconstrucción política y social de la sociedad europea en forma de comunas autónomas, ligadas entre sí federativamente en base a libres pactos, podrían contrarrestar la evolu-

ción funesta de los grandes Estados modernos. Partiendo de ese pensamiento, opuso a las aspiraciones de unidad nacional de Mazzini y de Garibaldi la descentralización política y el federalismo de las comunas, pues estaba persuadido de que sólo por ese camino era posible una cultura social superior de los pueblos europeos.

Es característico que precisamente los adversarios marxistas del gran pensador francés quisieran reconocer en esas aspiraciones de Proudhon una prueba de su «utopismo», indicando que el desarrollo social a pesar de todo ha entrado por la vía de la centralización política. ¡Como si esto fuese una prueba contra Proudhon! Por ese desenvolvimiento, que Proudhon había previsto de un modo tan claro y cuyo peligro supo describir tan magistralmente, ¿han sido suprimidos los daños del centralismo o se han superado? ¡No, y mil veces no! Esos daños han aumentado desde entonces hasta lo monstruoso y fueron una de las cosas principales que condujeron a la espantosa catástrofe de la guerra mundial, como son hoy uno de los mayores impedimentos a una solución razonable de la crisis económica internacional. Europa se retuerce en mil contorsiones bajo el yugo férreo de un burocratismo estéril, para quien toda acción independiente es un horror y que quisiera decretar sobre todos los pueblos el tutelaje del cuarto de niños. Tales son los frutos de la centralización política. Si Proudhon hubiese sido un fatalista, habría interpretado ese desarrollo de las cosas como «una necesidad histórica» y habría aconsejado a los contemporáneos tomar las cosas como

venían, hasta que llegase el momento en que se produjese el «cambio de la afirmación en la negación»; pero como auténtico combatiente, se levantó contra el mal e intentó mover a sus contemporáneos contra él.

Proudhon previó todas las consecuencias de un desarrollo en el sentido de los grandes Estados y atrajo la atención de los hombres sobre el peligro que les amenazaba; al mismo tiempo les mostró un camino para que pudieran oponer una barrera al mal. No fue culpa suya si su palabra sólo fue escuchada por pocos y si al fin se perdió como una voz en el desierto. Llamarle por eso «utopista» es un placer tan fácil como estéril. Entonces también el medio es un utopista, pues por los síntomas existentes de una enfermedad predice sus consecuencias y muestra al paciente un camino para defenderse del mal. ¿Es culpa del médico si el enfermo no hace caso de sus consejos ni intenta conjurar el peligro?

La formulación proudhoniana de los principios del federalismo fue un ensayo de la libertad para contrarrestar la reacción provocativa, y su significación consiste en haber impreso al movimiento obrero de Francia y de los demás países románticos el sello de su espíritu, intentando dirigir su socialismo por el sendero de la libertad y del federalismo. Cuando haya sido, al fin, definitivamente superada la idea del capitalismo de Estado en todas sus diversas formas y derivaciones, se sabrá apreciar exactamente la verdadera importancia de la obra intelectual de Proudhon.

## Cultura y generosidad

**S**I como declaraba un Congreso Filosófico celebrado hace años, la actitud del espíritu y de la cultura consiste más que en oponer doctrinas e intereses antagónicos, a entrar en la intimidad de los pensamientos con el fin de encontrar líneas de convergencia, posibilidades de entendimiento y descubrir los secretos de una comprensión y de una cooperación bienhechoras, bien valdría la pena de llegar, con la paz, a un planteamiento sobre el fondo de un proceso consciente, es decir, al todo del hombre, en el cual la historia quedara libre de pasión, de rencor y de venganza. Por él veríamos si es verdad la sentencia de Spinoza de que la liberación de las pasiones se opera por la idea de lo universal, o bien la de los estoicos con la imagen de hacer subir al hombre apoyado en la mano de Dios, o la demostración de Descartes al pretender que las relaciones de los hombres y los pueblos, para ser normales, deben estar presididas por la generosidad.

M. CIMA

## Contribución a la historia del anarquismo en el Uruguay

# El primer número del semanario «El Hombre»

por Vladimir Muñoz

**E**l semanario «El Hombre» fue la gran publicación del compañero José Tato Lorenzo, luchador libertario muy conocido en la primera mitad del presente siglo en el Uruguay. Como escritor ácrata ha colaborado en la prensa libertaria americana de lengua española, e incluso en las publicaciones libertarias españolas, tanto en España como en el exilio, cual de ello consta en sus periódicas colaboraciones tituladas «Gotas de miel y ajeno», que nuestros lectores leen en la actualidad; pensamientos que extracta Cosme Faules desde Chile, de las cartas que le envía Tato Lorenzo.

Nació Tato Lorenzo en Galicia, en el pueblo de Mondáriz, provincia de Pontevedra, el 22 de diciembre de 1886. Es ya pues octogenario. Tanto su padre como otros familiares habían emigrado al Brasil, a donde él se trasladó también. Recién cumplía 14 años cuando desembarcó en Río de Janeiro. Luego se fue con los suyos al sur de este inmenso país y ya observó la despiadada explotación humana que por allí imperaba. Cuando en 1902 llegó a Montevideo, era un rebelde, como lo son la mayoría de los jóvenes. En la capital uruguaya pudo leer y luchar, de modo que en seguida se hizo anarquista. Aquellos eran unos tiempos de gran efervescencia libertaria en los países del Plata y muchos jóvenes adoptaron las ideas libertarias.

Atraído por Buenos Aires, donde había más amplitud para la lucha, Tato Lorenzo desembarcó en esta inmensa ciudad sudamericana en septiembre de 1903. Aunque de una manera más bien modesta y no de primer plano, la actividad libertaria de Tato Lorenzo en la capital porteña y en otros lugares de Argentina fue extraordinaria. Su fecunda labor, que duró allí ocho años fue «premiada» en 1911 con una deportación a España. Atravesó, pues, de nuevo el Atlántico, pero esta vez se adentró por el Estrecho de Gibraltar y desembarcó en Barcelona. Su compañera se trasladó a Montevideo.

Ya en libertad en la gran urbe de Cataluña, se puso en contacto con sus afines en ideas. El compañero Sebastián Suñé fue quien con toda generosidad le ayudó. Hay que oírle hablar a Tato Lorenzo de este compañero ya desaparecido, para comprender con cuánta gratitud sintió dicha ayuda. Hasta que pudo dirigirse a su lugar natal. Tato Lorenzo, cuya mejor juventud había transcurrido en los países del Plata, donde le esperaba su compañera, sentía una «morriña» (nostalgia) diferente ahora de la que sienten los gallegos recién emigrados de su región, añorándola y deseando el regreso al solar de Rosalía de Castro. El ansiaba regresar al Uruguay, país donde no tendría dificultad en residir y en el cual se habían refugiado muchos deportados de la Argentina.

Como desde España no le era fácil el embarcarse, pasó a Portugal, llegando a Oporto. Aquí tuvo la suerte de encontrar un verdadero amigo que, aunque no era libertario, comprendía con toda simpatía las ideas de Tato Lorenzo, y quien con un gesto magnánimo, que quedó grabado para siempre en el corazón del luchador libertario, le facilitó los medios para que pudiera trasladarse a Lisboa, desde donde pudo embarcarse al Uruguay. Era el año 1912, donde siguió la lucha manumisora, a la vez que trabajó en diversas ocupaciones para ganarse la vida.

Tato Lorenzo también quiso tener su publicación libertaria, para que así engrosara la fecunda corriente de la literatura libertaria, abriendo surcos hacia un porvenir mejor. ¡Dichosos tiempos aquellos! Donde, aunque con sacrificios, desde luego, era muchísimo más fácil sacar semanarios o revistas, no sólo en el Uruguay, sino en todo el mundo. Hoy tales actividades están casi «vedadas» a las publicaciones desinteresadas, debido al alto costo de las industrias gráficas. El título que Tato Lorenzo le dió a su semanario demuestra su simpatía por la humanidad: es un filántropo. Le puso el nombre genérico de «El Hombre». Lo que nos hace recordar a los compañeros de EE. UU., con su periódico «Man» (El Hombre), hoy también ya desaparecido y que entendían con Protágoras, que es «el hombre es la medida de todas las cosas». O lo que nos hace pensar ahora en la hermosa revista libertaria francesa «Défense de l'Homme» (Defensa del Hombre), otrora creada por el veterano compañero Louis Lecoin y que ahora redacta Louis Dorlet. En efecto, Tato Lorenzo, en «El Hombre», defendió siempre y con altura la soberanía del hombre, al margen siempre de esas ficciones autoritarias que son la «soberanía de la nación» o la «soberanía del Estado».

En plena primera guerra mundial (1916) salió el primer número de «El Hombre». Su trayectoria fue larga, pues el último número salió el 20 de febrero de 1931. Tato Lorenzo a veces no firmó sus editoriales o colaboraciones, mientras que otras aparecen con su nombre y apellido, o con diversos seudónimos, como Walter Ruiz, Samuel Blois, Antonio D. Alarcón, etc. Un año después ocurrió un acontecimiento que sacudió todos los ambientes revolucionarios del mundo. Al Uruguay llegó también la gran esperanza que significó la Revolución Rusa de marzo de 1917 y la desilusión que significó el golpe de Estado bolchevique de octubre de dicho año. Hay que destacar la lucidez con que Tato Lorenzo vio al bolchevismo como «tumba de la Revolución Rusa», a pesar de la enorme distancia geográfica que le separaba del teatro de los acontecimientos. «El Hombre» enfrentó valientemente a «La Batalla», una publicación ilusa que creía



sinceramente que el comunismo libertario era ya esplendorosa realización en el país de Bakunin, Kropotkin y Tolstoi.

Yo, por ejemplo, coleccionador de nuestros papeles libertarios, tengo un curioso documento impreso por «La Batalla». Se trata, ni más ni menos, que de «Entre campesinos» (Fra contadini) del gran Errico Malatesta. Grupo Editor: «Rusia Libre», Montevideo, 1920. Este raro ejemplar lleva en la tapa, debajo del título, la «leyenda» siguiente: «El comunismo, idea de igualdad y de justicia, que hasta ayer era considerado una utopía, está resultando ya una factible realidad en Rusia, Hungría y casi toda la Europa Central». Generosidad de los editores que ampliaban la instauración del comunismo libertario en la zona báltica. En la contratapa leemos: «La Batalla». Semanario de ideas y críticas. Brega por la implantación inmediata y completa en América de lo que en este folleto expone el sociólogo y revolucionario Enrique Malatesta, y que ya en Rusia y otros países de la Europa Central se está practicando con feliz éxito y regocijo de sus habitantes». El tiempo ha dado razón al compañero Tato Lorenzo, al discernir con toda clarividencia semejantes errores, sobre todo en su conceptuoso estudio «Maximalismo y anarquismo» (primeramente publicado en las páginas de «El Hombre» y luego como folleto el año 1923 en México). Hoy existe ya copiosa literatura, de las mismas fuentes bolcheviques, en la que palpablemente se demuestra que el llamado comunismo libertario es para los bolcheviques algo contrario a sus verdaderos fines, que no son otros que los de una sociedad en donde el Estado alcance su apoteosis, cual lo ha meridianamente demostrado el escritor inglés George Orwell en su gran obra «1984», o aun, en «Rebelión en la Granja».

En la revista «Solidaridad» (Montevideo: mayo de 1968) escribía yo: «Colaboraron con Tato Lorenzo en «El Hombre» notables plumas anarquistas, las que de ningún modo podrán ser pasadas por alto cuando se hagan antologías libertarias del Uruguay. Entre todas estas plumas se destaca como rutilante estrella de primera magnitud, la de la joven María Álvarez (redactora de «El Hombre», cuando apareció como revista), quien, víctima de la tuberculosis, se extinguió el 24 de marzo de 1925 en Montevideo, recién cumplidos los veinte años. La estudiante liceal María Álvarez representa toda una revelación y será un notable redescubrimiento para cuantos en el futuro estudien la filosofía libertaria en América Latina».

Tato Lorenzo redactó otras revistas o periódicos, pero volvemos a encontrarlo con una nueva publicación suya cuando publicó el periódico de ideas titulado «Inquietud», cuyo número 1 apareció en la primera quincena de agosto de 1944; y cuyo número 55 (el último) en febrero de 1950. Destácase aquí la colaboración del artista uruguayo Juan Pardo, con admirables maderas grabadas. Volvemos a encontrar las valiosas colaboraciones de Tato Lorenzo, ahora en el periódico mensual «Voluntad» (segunda época), cuyo primer número apareció en agosto de 1956, y el último (el número 102), en septiembre de 1965. «Voluntad» ha sido la última publicación libertaria del Uruguay.

Tato Lorenzo tuvo hijos y ahora tiene nietos. Es, pues, un abuelo que transcurre su ancianidad en su pequeña vivienda situada en la calle de El Cid, en la margen lsa barriada de La Teja, centro de tantas operaciones libertarias en su mocedad y en su edad madura. Entre los compañeros del ideal que con él lucharon en los bue-

nos tiempos, cabe destacar a la compañera Andrea, ya octogenaria. Esta noble mujer tiene en su casita un gran retrato de Luisa Michel, como constante deferencia y recuerdo hacia la «buena Luisa». La desaparición de la compañera de Tato Lorenzo, arrebatada por la inevitable muerte, fue un golpe doloroso para este luchador que, ahora, como otrora el gran Errico Malatesta, se comunica con sus compañeros de ideas, a través de una mesa que le sirve de escritorio, cercana a su modesta cama y en un no menos modesto cuarto que le sirve de albergue. En cercana habitación emerge su gran biblioteca, situada en los cuatro puntos cardinales de los muros. Y cuando la temperatura lo permite, en la benigna primavera y en el agradable verano, aún trabaja una minúscula huerta que se halla en la entrada de su casita. Entremos, pues, en materia, y analicemos el primer número de «El Hombre».

★

Apareció el 29 de octubre de 1916, como «Semanario anarquista de combate, editado por los centros de Estudios Sociales de Arroyo Seco y Villa Muñoz». La redacción y administración estaba en la calle Domingo Aramburu 1828, y a cargo de los giros y correspondencias estaba Manuel Alfredo Salvatierra. Cuatro páginas a cuatro columnas. Formato 38 x 27 cms.

Todos los trabajos de la primera página no están firmados. Presentándonos es el primero: «Llegamos al campo de la publicidad como el labrador ante la tierra, pecho al aire, dispuestos al trabajo. La misión que nos trae a la actividad, fijada está de antemano; venimos preparar el terreno para la siembra; venimos a abrir el surco». Luego viene la Nota de la semana: día de los tuberculosos. Se trata de una crítica a la sociedad presente: «Hoy es día de los tuberculosos. Un día en que se abren las bolsas de los ventrudos señores, y las nacaradas manos de mujeres ociosas» colectando dinero para combatir «para la galería» el terrible flagelo, que es «virtud del progreso burgués, flor del conventillo y la fábrica, esposa del tugurio, la tuberculosis». Es aún este mal «buena amiga de los humildes, la compañera de las virgenes pálidas que pasan y repasan todos los días, camino del taller, soñando con la vida». Es pues, el día de los tuberculosos, «día de dolor — que quisiéramos — de grande y fecunda rebelión».

Viene ahora Los grandes ladrones legales. El trust de las harinas. Se ha constituido este monopolio en los molinos de trigo por «una pandilla de bandidos que se combina para robar más a los trabajadores». Ante este hecho consumado, se denuncia al público lector «a todos los que viven del trabajo ajeno, a todos los ladrones, para los cuales no hay cárceles abiertas, porque ellos fabricaron la ley para servirles, y sancionaron un derecho y una justicia admirables, para su uso exclusivo». Con la colaboración Florencio Sánchez, ¡Soporíferos!, el articulista la emprende con los burgueses que pretenden erigir una estatua al gran dramaturgo libertario rioplatense (al dramaturgo en sí, por supuesto, y no al libertario). «Anda por estos andurriales una farándula de falsarios que son autores de una especie de billete para conseguir dinero con que elevar una estatua a lexitinto dramaturgo. ¡El colmo! ¡Florencio conmemorado por los burgueses!»

Digamos que esta estatua de Florencio Sánchez llegó a ser una realidad en Montevideo y está situada en el

Parque Rodó de la misma ciudad. El lector podrá encontrar una fotografía de la que también se erigió en Buenos Aires, en la página 97 del libro González Pacheco, de Alfredo de la Guardia (Buenos Aires: Ediciones Culturales Argentinas, 1963). Otros pueblos del Plata tienen ahora estatuas a Florencio. Además aquí no paró la cosa. En su librito *Cartas de un Flojo, El Caudillaje criminal en Sud América, El Teatro nacional* (Montevideo: Biblioteca de Escritores Uruguayos, 1962), página 2, puede leerse esta nota del editor: «Por decisión del Dr. Baltasar Brum, presidente del Uruguay... en 1920 se repatriaron los restos de Florencio Sánchez, que llegan a Montevideo el 21 de enero de 1921. La posteridad los alberga, en señal de honra y descanso, en el Panteón Nacional». El Uruguay tiene también un pueblo del interior de la República, con el nombre Florencio Sánchez. El articulista de «El Hombre» se indigna ante lo que parece ya un hecho consumado: «Homenaje de vosotros, histriones, no lo necesita. Lo tiene en la juventud que lo estudia y en el hombre que lo comprende». Debido a que yo últimamente escribí una larga reseña en el mensuario parisino «Umbrales» (Florencio Sánchez. Un esbozo biográfico, números 77 y 78, mayo y junio de 1968), al analizar el libro de Julio Imbert, titulado *Florencio Sánchez, vida y creación* (Buenos Aires: Editorial Paidós, 1967), algunos lectores escribieron recabando información sobre el teatro de Florencio Sánchez.

Pues bien, la edición más reciente y asequible del Teatro, de Florencio Sánchez es la publicada por la Biblioteca Artigas, Colección de Clásicos Uruguayos, en dos tomos (volúmenes 121 y 122), con un extenso prólogo de Walter Rela sobre el teatro de Sánchez, que abarca 77 páginas. Editada en Montevideo (1967) es también la edición más económica que existe. Como prueba de cómo los lectores leen y digieren las lecturas, mencionaré lo que me escribió al efecto el compañero uruguayo Ricardo Gómez (persona también muy querida por Tato Lorenzo), sobre la palabra gringo mencionada por mí en dicha reseña: «La palabra gringo, efectivamente, es sinónimo de extranjero que no habla español. Su génesis proviene del inglés. Cuando ocurrieron las invasiones inglesas de 1808 en el Río de la Plata, los soldados de la rubia Albión traían una canción que comenzaba con Green Grass, es decir, verde césped, o mejor dicho verde pasto, y la repetían en los estribillos con insistencia. Para los españoles y criollos, les resultaba incomprensible la canción por ignorar casi la totalidad del idioma inglés, pero el Green grass, repetido constantemente se les fue pegando al oído: Green grass... Green grass. De ahí que, más tarde, rechazados los ingleses, a todo extranjero que no sabe expresarse en español, se le motejó de gringo, en recuerdo de aquellos».

Henos ahora ante Espacio, articulito breve para ensalzar a Petirpsí, un aviador pacifista de la época que «cayó dignamente, como hombre de ciencia, como luchador, como apóstol de acción de un invento de sublimes trascendencias». Se le compara contrastándolo con los aviadores «malditos, los que caen en la guerra sobre el campo de batalla, sangriento y humeante, que ellos han producido». Malditos son aún «los poetas como d'Annunzio y los sabios como Haeckel, que olvidaron que la inteligencia y el sentimiento deben estar al servicio de lo verdadero». Estas personas se pusieron al servicio de la guerra que devastaba a la sazón a Europa. Esta primera página

va ilustrada con una madera grabada (autor desconocido) en donde se ve un libro en blanco, abierto, en cuya página puede leerse «Constitución 1830», con numerosos agujeros de la polilla, mientras estos gusanos (terror de las bibliotecas descuidadas) van haciendo su obra destructora. Parece ser que entonces (como ahora) había políticos que trataban de reformar la Constitución. De ahí esta leyenda a pie de grabado: «Que hagan una nueva constitución, o remienden ésta, siempre triunfará la polilla».

La colaboración El soldado, diversos aspectos del militarismo, pasa de la primera a la segunda página. He aquí el primer párrafo: «El servicio militar voluntario u obligatorio tiene la virtud de suprimir en el individuo, el carácter, el criterio y todo lo que le distingue de la bestia». Y el último: «Y toda esa juventud a quien como áice Mirbeau, le mandan que vaya a la guerra y va: le mandan que mate y mata, y le mandan que vuelva y vuelve sin saber por qué va, por qué mata y por qué vuelve, le dirigimos nuestra incitación de rebeldía, que ha de devolverlos a la situación de hombres de la humanidad». «El Hombre» tiene aún en su haber un consecuente antimilitarismo, digno de destacar también, porque se enfrentaba valientemente a la guerra que desolaba a Europa. Aquí también los medios libertarios se vieron perturbados por dos corrientes, la aliancista y la germanófoba. Sabido es que Kropotkin se manifestó públicamente por estas dos tendencias, y con él los libertarios que firmaron el «Manifiesto de los Dieciséis». En España, tal «considerando» perturbó a numerosas cabezas de las más ilustres, cual es el caso del grupo gijonés animado por Pedro Sierra y Eleuterio Quintanilla, animadores principales de «El Libertario» y luego de la revista «Renovación». No solamente en estas dos hermosas publicaciones anarquistas «batallaban» nuestros amigos en pro de la soldadesca aliada, sino que lo hacían a través de las páginas de «El Noroeste» (viejo diario liberal de Gijón), cual consta en el libro de Antonio L. Oliveros (quien casi dos décadas fue su director), titulado *Asturias en el resurgimiento español, apuntes históricos y biográficos* (Madrid, 1935). Tato Lorenzo «vio claro» aquí también y estuvo a la altura de las circunstancias. No fue él solo. La propaganda antimilitarista se extendió cual reguero de pólvora por los países del Plata.

Ahora viene Párrafos de una carta. «Al hombre hay que explicarlo y no conducirlo más o menos despóticamente; hay que explicarlo en atención a su medio, a su historia, a sus capacidades». Firma José Torralvo. ¿Se trata de la misma persona que cita a veces Max Nettlau en sus escritos históricos sobre España? Torralvo colaboró luego asiduamente en «El Hombre», con hermosas colaboraciones, hasta que la marea bolchevique le perturbó también la cabeza. Defendió la tesis de la «dictadura del proletariado» en las mismas páginas de «El Hombre», polemizando con Tato Lorenzo, hasta que fundando una revista por tierras argentinas, se perdió para siempre.

Y así llegamos a las máscaras políticas, en donde se desensascara a las mismas: «Si la unión de los hombres de trabajo fuera un hecho, las máscaras políticas caerían, porque habría en buena hora desaparecido la razón de su existencia». Obreros, leed «La Batalla», se lee luego, claro que dicha publicación era aún de esencia libertaria. Vienen ahora las bases de la Liga antimilitarista del Uruguay, en las cuales se considera que «urge intensificar la

propaganda internacionalista y antimilitarista, a fin de que los ideales de solidaridad y emancipación humanas, se extiendan y se hagan más profundos en el pueblo y se imposibiliten así de una vez para siempre, las aventuras guerreras que sólo benefician a las clases dominantes». Para ello se debe luchar contra los «proyectos del servicio militar obligatorio, de educación militar en la escuela, de ampliación del presupuesto de guerra, como toda otra medida gubernativa o particular, que tienda a intensificar la preparación guerrera en el país». Las adhesiones se recibían en el local de la calle Río Negro, 1180. En mi colección tengo yo notable folleto de la época, titulado *Contra el servicio militar obligatorio* (Montevideo. El Siglo Ilustrado, 1915). Se trata de una conferencia pronunciada por el doctor Santín Carlos Rossi, bajo los auspicios del Comité Universitario.

Con La Educación de nuestros hijos asistimos a notable exposición de pedagogía libertaria. «Es sabido y archisabido que la enseñanza pública está — salvo honrosas, pero escasas excepciones — en manos de elementos retardatarios, plagados de prejuicios, con criterio refractario a las modernas ideas que, como es sabido, con celo que sería digno si se aplicara a la enseñanza de cosas útiles, trabajan las conciencias infantiles en la aversión a los modernos ideales de amor y fraternidad universales». En *Cómo educa el Estado a tu hijo* (Buenos Aires, Ed. Acción, 1928), Julio R. Barcos, demuestra cuán nefasta es la educación estatal para las mentalidades infantiles. Ahora llegamos a una Critiquilla, en la cual leemos que «dijo Mirabeau el en Parlamento francés — aunque a nosotros nos palpita que muchos años antes lo había dicho el fraile Mariana en la cátedra española — que existen tres maneras de vivir en sociedad: ser ladrón, mendigo o asalariado», concediendo así «una primacía al ladrón, al mendigo como secundario, y en tercero y último término al asalariado; es decir, nobleza, clerecía, proletariado». «Para enero, señores! trata de la agitación electorera, contra la cual se ironiza. Ahora un nuevo articulista diseña a La asamblea constituyente y su obra negativa. «No será obra de las leyes... sino de la educación racional y científica, el mejoramiento evolutivo de los hombres y su posibilidad de vivir en armonía». Con Para que vuelvan los capitales, pasamos a la tercera página, no llevando ninguna firma los trabajos de la segunda. Los políticos propagan la «mano fuerte» en la represión obrera, para que haya sepulcral tranquilidad, con el fin de que los inversores capitalistas vuelvan a traer los «capitales».

El día de los muertos viene ahora. «El prejuicio y el condicionalismo en lo referente a este culto, se mantiene en un apogeo digno de una época de mayores ignorancias». De la Argentina, hace saber que el vulgar delincuente Eloy Ubalde, ex jefe de policía en Buenos Aires, ha sido detenido y procesado en dicha capital, «tipo de triste recuerdo para los anarquistas y deportados por cuestiones sociales». He aquí ahora el siguiente pensamiento en negrita: «La inutilidad y la inferioridad de la vida en la mayoría de los obreros consiste en que no se sienten animados por un ideal interior». Vemos a continuación reproducido un manifiesto de la Federación Obrera Regional Uruguaya, dirigido Al Pueblo y firmado por El Consejo federal. La patronal portuaria había tomado medidas represivas en lo económico y lo gremial. «Ante tal atropello la F. O. R. U. levanta su airada protesta e invita al pueblo trabajador a que concurra a la gran ma-

nifestación popular que se efectuará mañana domingo 29 del corriente mes de octubre a las tres de la tarde. Punto de reunión: plaza Cagancha, partiendo por 18 de Julio, Sarandi, Maciel, hasta la explanada del muelle B, donde harán uso de la palabra varios oradores en representación de la Sociedad de Resistencia de la F. O. R. U.»

En Cositas de Don Viera, ¡Cosas veredes!, este presidente de la República (en realidad presidente ahora del Consejo Nacional de Administración), entiende que no se debe avanzar en una legislación social para no enfrentar a las clases poderosas. Nada en nuevo en cualquier gobernante, pues debe estar al servicio de las mismas. Llegamos así a Permanente, en donde leemos «La policía de la ciudad de Montevideo, en particular la sección de investigaciones, castiga y tortura a los delincuentes presuntos o efectivos, para arrancarles por la fuerza declaraciones arbitrarias o inciertas, valiéndose de la impunidad de sus cargos». Nada nuevo aquí tampoco. Nihil novum sub sole. Recientemente el senador peruano Luis Alberto Sánchez (que en su juventud escribió una biografía favorable al pensador libertario peruano Manuel González Prada) denunció en el «senado» de Lima a unos detenidos de la colonia penal El Frontón, sino que varios de ellos, hospitalizados de prisa en un hospital local, fallecieron poco después. Luis Alberto Sánchez se indignaba que tal cosa haya ocurrido en agosto de 1968, para más indicios, «¡El año de los derechos humanos!»

Llegamos ahora a las Notas Internacionales. En Estados Unidos han asesinado a Carlos Tresca, como «represalia por la obra de organización obrera que realizó en Minnesota, haciendo que veinte mil mineros despertaran a la acción». En Paraguay vese gran rebeldía obrera: «ni las revoluciones de seis años acá, han podido impedir la trascendencia de esta huelga general revolucionaria». En Argentina, granero de Sudamérica, hay mucha hambre: en algunas poblaciones del sur y sudeste de la república, trabajadores desocupados obligados por la miseria, han asaltado algunos almacenes». En Portugal, «los presidios militares de Trapaia y San Julián, están repletos de compañeros desertores que se rebelaron contra la guerra». En España, «la inquisición española no ha muerto». ¡En qué mundo se vivía y se sigue aún viviendo! Menos mal que no todo es tragedia, cual lo anuncia La Gran Velada del Centro Gastronómico, quien anuncia una velada artística del más alto interés para el jueves 9 de noviembre. Cuatro obras teatrales, una conferencia educativa y algunos números de canto, en el salón teatro del Centro Asturiano.

Actos de esta noche Contra el servicio militar obligatorio. En el Centro Internacional de Estudios Sociales (calle Río Negro 1180) «tendrá lugar a las 20 y 30 una controversia sobre el servicio militar obligatorio y el militarismo». En Bellavista, cruce de las calles Uruguayana y San Carlos, también a las 20 y 30, «gran conferencia contra el servicio militar obligatorio» organizada por el «Comité del Reducto Juventud de Bella Vista». Estas actividades antimilitaristas motivaron que en el Uruguay el militarismo siempre fuera mercenario y que los jóvenes no se viesen obligados a pasar por la ignominia cuartelaria. Llegamos así a la última y cuarta página, sin que tampoco en la tercera hayamos encontrado firmadas las colaboraciones.

En Vida Obrera, «la cuestión obrera no pide permiso para existir, existe por sí misma; tiene vitalidad, en las causas que condicionan su existencia: es hija legítima de las circunstancias». Por lo tanto, «no estamos fuera del



medio obrero, que es actualísimo, por el hecho de ser idealistas». Ratifica esta posición la siguiente colaboración titulada Huelga en Piriápolis: «La Federación Obrera Regional Uruguayá recibió un telegrama en el que se le notifica que los obreros que trabajan en la localidad de Piriápolis, propiedad del literato y explotador Francisco Piriá, se han levantado en huelga a causa de los miserables salarios que perciben y de los malos tratos a que están sujetos por los canallas del referido lugar de turismo».

Por nuestros Centros Sociales informa sobre las actividades de los mismos. Labor y Ciencia «fundado recientemente por una juventud entusiasta y decidida a mejorarse haciendo propaganda educativa» se halla situado en Jbaquín Requena, esquina La Paz y tiene buena biblioteca en formación. Nueva Senda (calle Cervantes nº 63), «ha realizado en estos días dos conferencias públicas contra el servicio militar obligatorio». Arroyo Seco es un «activo y entusiasta Centro de Estudios Sociales situado en la calle Jujuy nº 254», distinguiéndose, «por sus continuas y concurrecidas conferencias de carácter educativo que realiza semanalmente». Villa Muñoz realizó hace poco «una velada teatral y cinematográfica en el biógrafo Reducto, «que constituyó un simpático acto de compañerismo». En breve «realizará varias conferencias contra el servicio militar obligatorio en la plazoleta de las calles Justicia y Arenal Grande». Biógrafo significa cine. Centro Gastronómico es una reciente agrupación «que ha captado las simpatías de todos los compañeros. Publica «una revista actualmente mensual, que en breve aparecerá quincenal» y da «conferencias bisemanales, clases de francés y amena causerie todas las noches». Brazo y Cerebro, «reabrirá en breve sus puertas en su nuevo local perteneciente a la Aguada». Para el jueves y el sábado de la próxima semana de noviembre, «dará dos conferencias» contra la barbarie militarista. Emilio Zola (calle Capurro nº 69) continúa «todos los martes las clases de esperanto». Su biblioteca cuenta con numerosos lectores y «realizará en breve varias conferencias contra el servicio militar obligatorio».

El Cerro de Montevideo tiene el Centro Luz y Vida, «a juzgar por la actividad que siempre ha desplegado», principalmente cuando «la huelga de los Frigoríficos, suponemos que los compañeros de esta agrupación realizarán en la Villa del Cerro una enérgica campaña contra el servicio militar obligatorio y los comicios electorales de noviembre».

Función-Rifa a beneficio de «La Batalla» y la agrupación «Brazo y Cerebro», se anuncia a continuación. Tendrá lugar el sábado 4 de noviembre en el teatro Stella d'Italia. Se pondrá en escena El Cristo Moderno y se sorteará la rifa. Luego viene un Balance de la velada realizada el 15 de octubre por los Centros de Estudios Sociales Arroyo Seco y Villa Muñoz. Se vendieron 309 entradas y luego de los gastos hubo un beneficio de 18 pesos y dos centésimos. Ahora en Vida Anarquista se da el nombre de los Centros y sus direcciones. Además de los más arriba mencionados, esta Labor y Ciencia (calle Municipio nº 1140) y la Agrupación Volontá (compañeros italianos) con sede en el Centro Internacional.

Llegamos al artículo final y al único firmado (con las iniciales J. M. P.). Se trata de Socialismo y Anarquía. Se demuestra la ineficacia y esterilidad del socialismo parlamentario y se ensalza al anarquismo. «El verdadero anarquismo no anhela ni busca otra cosa que la libertad, base de la justicia». Para dejar caer el punto final, me viene a la memoria este pensamiento del historiador uruguayo Celedonio Nin y Silva, estampado en su libro La Libertad a Través de la Historia (Montevideo: Editorial Independencia, 1943), y que muy bien simboliza la vida fecunda de nuestro compañero José Tato Lorenzo: «No como el ave que en su raudo vuelo no deja rastro en su paso — según la conocida imagen del autor de Sabiduría de Salomón —, sino como el arado que en su marcha surca la tierra para que en ella crezca fecunda semilla que beneficiará a los hombres, tal ha sido la trayectoria del curso de mi ya larga y silenciosa vida de estudioso, en la que me propongo perseverar hasta el fin».

## Las jerarquías en la naturaleza

■ A menor reflexión basta, sin embargo, para denunciar la absurdidad de esa construcción pseudocientífica.

Ante todo, ¿de qué aptitud se trata cuando se habla de supervivencia del más apto? De la aptitud a vivir, evidentemente. El resultado de la selección natural producida por la lucha por la vida sería la formación de una aristocracia orgánica, puesto que, si hay más aptos, es evidentemente porque hay también menos aptos, en muy grande mayoría, como en todos los concursos. Los primeros sólo subsisten actualmente. No tenemos, pues, más que echar una ojeada alrededor nuestro para descubrir los nobles de la botánica y de la zoología: son las plantas y los animales que pueblan hoy la tierra. Entre éstos figura el hombre, en verdad, pero también el arenque, el gorrión, la mosca, la labosa, todas especies prósperas que dan por consecuencia pruebas iguales de su actitud a vivir, que coronan todas una serie igualmente larga de esfuerzos selectivos de la naturaleza.

Si fuera preciso, entre esta nobleza, instituir una jerarquía, se debería dar el primer rango a la más antigua. Las especies, por ejemplo, que existían, tal como las vemos aún, al principio de la era geológica del trias, resistieron, sin debilitarse, a innumerables cambios que se produjeron sobre la superficie terrestre, a innumerables siglos de peligros ignorados por la fauna terciaria: paquidermos, carnívoros, roedores, rumiantes, primates. Las especies muy viejas han alcanzado infinitamente más victorias que las recientes. En ellas es donde la vida ha encontrado las fortalezas más resistentes a los asaltos de la muerte. ¿Cuáles son, pues, los vástagos de la suprema aristocracia biológica? He aquí algunos, por orden ascendente de mérito: el cocodrilo, la iguana, la libélula, la ostra.

El principio de la supervivencia del más apto no tiene, pues, ninguna aplicación social, puesto que conduce no solamente a igualar el hombre a la labosa, sino también a colocar a la ostra por encima del hombre, que no es más que un advenedizo de fecha reciente.

# Tarde de sensaciones

por MERCEDES RUBIO

**L**AS flechas del templo se afligranan atrevidas en el espacio azul. Hay un arco ojival en la fachada, cuya tristeza tiene esa infinita expresión de cansancio que vierten los saucos sobre las tumbas. La felicidad — nos dice — es como una certeza de poder dormir.

En el interior resuenan los pasos de los visitantes con un ruido cóncavo que va a quebrarse en las aristas del techo en sombras. Yérguese en su camarín la Virgen de los Dolores. El ensanche fastuoso de sus ropas la transforma en triángulo. Corregido triste nuestra miseria entre tantas galas posando la mirada en el cuerpo de aquel Cristo muerto caído en sus brazos. E inmóvil e inmutable simboliza el más agudo de los dolores.

Contemplando esta imagen y los rostros de los que a ella van, he pensado yo hoy: nunca un dios risueño y feliz atraerá a los desdichados.

Pero en el mundo no hay sólo desdichados. Los que cometen el pecado de sentirse felices, ¿dónde van a orar? Las divinidades de Grecia eran alegres. La risa de Baco, los alardes deportivos de Diana... ¿En qué altar hallaremos ahora eso? ¿Será preciso molestar a Luzbel una vez más?

Este pensamiento tiene la facultad de galvanizarme. Salgo a la calle y la obsesión martillea tenaz en el yunque de mi espíritu. Luzbel — me dijo — debe recoger en sus cabellos rojos todo el fuego del infierno y de la vida. ¿Por qué no conocerle?

La noche es como un inmenso pergamino que aguardase mi firma. Y en el ascensor de una estación del Metro, descendiendo a las habitaciones privadas de Satán.

— ¿Se puede?

— Adelante.

Una pieza rectangular me acoge. Una sombra negrísima se alza en su centro. A la línea esbelta de su figura da contorno de fuego una ígnea cinta. En el óvalo armónico de su fisonomía están los ojos hirientes de todos los rebeldes, los labios falaces de todos los inquietos de espíritu. Se parece a Dante, a Cleopatra, a Santa Teresa, a Napoleón. Se parece también a los caballeros prodigiosamente inteligentes que el Greco abandonara clavado en la cruz de sus dudas sobre fondos de hollín.

— ¿Qué deseas?

— Hacerte una interviú.

El negro personaje no se sorprende demasiado. Sonríe. Despliega sus alas, membranosas como las de los murciélagos. Bajo ellas, las bóvedas de la catedral donde poco antes resonaban mis pasos, acuden a mi memoria.

— Haz el favor de sentarte. Estoy a tu disposición — ha dicho cortésmente el maldito.

Y al serenarme para sonreír y aceptar el asiento, reparo en una enorme percha de la que penden infinitud de vestidos usados. Son mentiras.

Respondiendo a mis tímidas preguntas, habla Luzbel. Y tiene su voz inflexiones aterciopeladas. Y evoca su acento paisajes levantinos a orillas de una mar tan azul que parece desteñir azul.

— Tengo una hija. Se llama Vida. Cuando los árboles estrenan vestido, cuando la hierba invita a la pereza como un lecho, es que ella ha transitado por allí. Cuando brinca en el aire la catarata rítmica de una danza regional, ella sabe poner anhelos en las mozas que escuchan; mozas que tal vez tejen bolsilos o renuevan las rosas del retablo casero o confitan las frutas de sus huertos; mozas cuyas orejas florecen en arracadas que son racimos de bolas de oro bajo un pámpano menudo. Porque la Vida es jocunda, y hay en ella movimientos de serpiente y ansias de Salomé. Y sus brazos se dibujan audaces, dignos de figurar abiertos entre nubes como están en los escudos de las naciones jóvenes.

Tengo, además, un amigo que se llama Amor. Sin ser pecado, sabe servirme muy bien. Y yo juré respetarlo siempre. ¿Notaste cómo ninguna otra pasión domina a los hombres que tendiéronse a las plantas de mi amigo?

Al llegar a este punto se interrumpe Satán. Ha llegado a su oído sutilísimo una risa lejana o una increpación. Y con la rápida presteza de los fuertes se va volando. Y yo me veo precisada a guardarme muchas preguntas que aun pensara clavar una a una en el acerico de su rebeldía.

## CONCEPTOS

*Como bastaba mucho simplismo y poca imaginación para traducir esas fórmulas célebres en sociología aristocrática y militar, ello no se dejó de hacer, sobre todo entre los pangermanistas. Se afirmaba, como hizo Paul Bourget que, según la unidad de plan de la naturaleza, el universo físico y el universo moral están contruidos con los mismos modelos, que hay un paralelismo riguroso entre todas las leyes de la vida, ya se apliquen a organizaciones sociales, ya rijan organismos fisiológicos. Ahora bien, la naturaleza ha procedido por una elección asiática y muchos centenares de veces milenaria cuando ha formado las especies animales, que representan así una vieja aristocracia, reclutada por la victoria de los seres bien armados sobre los débiles.*

# En busca de una salida

por MOISES MARTIN

**H**A de haber para nuestro pueblo, es imposible que no exista, una solución de dimensiones justicieras. Los treinta años de desgobernado franquista no deben llevarnos al lastimoso cruzarse de brazos, renunciando a la lucha que es la manera de salvar el presente angustioso en el cual nos hallamos situados. Todo menos entregarnos a aceptar los hechos como si no pudiésemos cambiar la faz y el destino de las cosas. Estamos desgobernados por una serie de fantasistas a los que el mismo Franco ha dado su verdadero nombre cuando en varias ocasiones ha dicho: «Mis ministros son unos botarates.» Porque en las alturas del Poder franquista no se quiere a los hombres de relieve, sino a los que cubren el expediente y van tirando del carro nacional montados en el machito.

En la Rusia bolchevique se rendía culto a la personalidad; en el Tercer Reich se hacía del Führer un omnipotente; pero en la España de los asnos tonsurados, como supo decir Ortega y Gasset, gloria universal, se buscan burros de carga, tipos incapaces para que no despierten el menor signo de mejoramiento y de renovación. Es la quietud paradisiaca en la gelatina, la pereza hecha gestión, la entrega al relajamiento, es decir, la tontera completa en los quehaceres del país. Pero España es un pueblo que quiere vivir, que no se da por vencido porque lleva en sí el germen de la renovación y el gusto de la vida. Quiere la alegría y en el mismo dolor sabe vencer a la pena negra que mata. Canta su sufrimiento pero sabe que para vencer y remontar la cuesta del presente debe redoblar sus energías, hacer de tripas corazón mientras llega la hora soñada que los hombres y los pueblos esperan para poner fin al imperio del terror sin alma y sin entrañas. Y esa hora ha de llegar porque la vida pasa y el tiempo no renuncia a nada. Lo que está escrito en el libro de la Justicia permanente no puede ser destruido más que de una manera pasajera, pues que la naturaleza se rehace y el empalme de la historia es seguro y además inevitable.

No nos cansaremos de afirmar que España necesita una salida. Está sitiada en un callejón y hay que abrirse paso cueste lo que cueste. Nada conseguiremos mientras no logremos destruir la muralla del viejo Estado absolutista que desde hace varios siglos viene cercenando la personalidad de los pueblos ibéricos. Y para acabar de una vez con las malas andadas del centralismo avasallador se impone curar al hombre de los contagios morbosos del despotismo. Y esto se alcanza haciendo patente la renuncia del hombre a toda concepción dictatorial, declarando guerra abierta al imperio del banderismo mesiánico y al caudillaje de casta.

España puede salvarse creando un clima de solidaridad general que facilite la reconstrucción de la morada nacional previa la desaparición del régimen opresor que reina en nuestro territorio. Hay que poner a salvo las ramas más productivas del árbol de la sociedad española. Defender los intereses de la clase trabajadora, hoy expoliada y deformada por las huestes del mal. Cultivar con esmero y concienzudamente los brotes renovadores de nuestra preciosa cultura, que son joyas del universal saber. Conquistar a la juventud para empresas de valor positivo donde lo moral vaya unido a lo eficaz. Y hacer de la in-

fancia el cuerpo vital de la España nueva que debemos establecer con la mayor urgencia.

Acabar con la política de los ladrones que robaron el derecho al pueblo es el imperativo categórico del momento presente. Sólo así podremos devolver a nuestro pueblo su salud física y su vida feliz. El sindicalismo de orientación libertaria es el mejor instrumento de lucha para acabar con la tutela estatal, el poderío de casta, los abusos oligárquicos y el fanatismo católico que son nuestra ruina y nuestro error. Con toda urgencia y sin pérdida de tiempo hay que recobrar la dignidad comprometida del hombre que vale más que todas las leyes, instituciones y códigos creados por los intereses personales y las ambiciones de hegemonía.

Para liberar al país se impone conseguir la emancipación social en los cauces del auténtico derecho para todos. Únicamente se acaba con la miseria moral y material buscando la alternativa en la lucha sin cesar por los objetivos que nos hemos trazado. Para ello se requiere que las ansias de manumisión intelectual y económica no sean aherrumbadas, sino que cada día tengan más vigor popular y multitudinario. Nuestras tácticas sindicalistas revolucionarias deben llegar a todas



partes, estimulando la rebeldía creciente, alentando a los inquietos y decididos, no prescindiendo de ningún concurso valioso, recogiendo todo lo que sea útil y eficaz a los nobles fines que nos arimán. La acción de tipo popular directo es el método reparador que puede acercarnos a la victoria de nuestro pueblo contra sus enemigos seculares: la nobleza estrecha y obtusa, el clericalismo nacionalista y devastador, y el militarismo, sable con que se castiga al pueblo no dejándole avanzar por derroteros de salvación y reconstrucción.

No se puede pedir hoy, a la vista de los grandes cambios mundiales, que en nuestro país se entre en una fase de pequeñas reformas, que muchas veces, en lugar de mejorar las cosas las estropean. Se precisa cambiarlo todo de abajo arriba, ganando tiempo y medios de aplicación de cuanto nos importa llevar a cabo. Se ha hecho de nuestro pueblo una masa pobre e indefensa para que no exija lo que le pertenece, pero nosotros hemos de saber despertar las ansias evolutivas que a la superación colectiva conducen. Demos al pueblo la fuerza que ayer tuvo, devolviéndole su personalidad. No queremos consignas sobadas y manoseadas, explotando la unidad po-

lítica. Sin unión moral y revolucionaria, aglutinando todos los factores sociales no iremos a ninguna parte. Han pasado ya a la historia los farragosos colaboracionismos, y lo que cuenta es la lucha directa popular para afinicar los derechos conquistados por el pueblo, cuya causa no puede ser escamoteada.

En el curso de la guerra y la revolución el exquisito Antonio Machado escribió un pensamiento admirable que citamos a continuación: «No faltará quien piense que las sombras de los yérrros del Cid acompañan hoy a los ejércitos facciosos y les aconsejan hazañas tan lamentables como aquella del «robleto de Corpes». No afirmaré yo tanto, porque no me gusta denigrar al adversario. Pero creo, con toda el alma, que la sombra de Rodrigo acompaña a nuestros heroicos milicianos y que en el juicio de Dios que hoy, como entonces, tiene lugar a orillas del Tajo, triunfarán otra vez los mejores. O habrá que faltarle el respeto a la misma divinidad.»

No hay blasfemia más grande ni más justa que la del poeta creyente y revolucionario a la vez. No es que hayan triunfado los mejores. El verdadero triunfo no ha llegado todavía. Se está incoando en la conciencia del país

y saldrá a la superficie. La victoria no la ganaremos en una determinada batalla, ya sea en el Tajo o en el Ebro, sino en los campos y en las minas, en las escuelas y Universidades, en los centros técnicos y los laboratorios. Allí hay que ganar la batalla inicial para que la revolución no sea aborto desgraciado, sino revolución fecunda y bienhechora.

Hay que salir del atasco. Pongamos el hombro y demos el do de pecho. No esperemos milagros ni regalos. Lo que es nuestro debemos reconquistarlo con energía y decisión. No perdiendo días y más días, sino ganando minutos e instantes que buena falta nos hacen. Escuchemos la voz de nuestra responsabilidad íntima. Las condiciones sociales comienzan a madurar. Lo que es importante es ayudar con todos los medios a que la salida de España no se demore. Unamos a todos los que viven de su trabajo. Lleguemos a todas las voluntades esforzadas y decididas. Que nuestra lucha sea estímulo y ejemplo, y que en todo momento podamos decir que lo hemos dado todo por que España encuentre una salida a sus males y una ruta para marchar hacia la justicia social y el derecho para todos.

## Frases de hombres célebres

Cada fracaso le enseña al hombre algo que necesita aprender. — C. Dickens.

★

Nadie habla en nuestra presencia del mismo modo que en nuestra ausencia. La sociedad humana está fundada en este mutuo engaño. — Pascal.

★

Se ha de leer mucho, pero muchos libros; ésta es una regla excelente. La lectura es como el alimento; el provecho no está en proporción de lo que se come, sino de lo que se digiere. — Balmes.

La moral es independiente, es superior a la utilidad. La moral manda de modo absoluto; es como una voz sublime que impone respeto, que nos amonesta invenciblemente, aunque queramos hacerla callar y tratemos de no escucharla. — Kant.

★

La valentía que no se funda sobre la base de la prudencia, se llama temeridad, y las hazañas del

temerario más se atribuyen a la buena fortuna que a su ánimo. — Cervantes.

★

La obra educativa que más urge en el mundo, es la de convencer a los pueblos de que sus mayores enemigos son los hombres que les prometen lo imposible. — Ramiro de Maeztu.

★

No se vive sin la fe. La fe es el conocimiento del significado de la vida humana. La fe es la fuerza de la vida. Si el hombre vive es porque cree en algo. — Tolstoi.

★

La ley social puede conceder a todos los hombres los mismos derechos; la Naturaleza no los dotará jamás de iguales facultades. — Napoleón.

★

Las manías de un gran hombre tienen que ser respetadas, porque el tiempo perdido en luchar contra ellas es demasiado precioso. — A. Maurois.

# La expresión de la vida en el arte<sup>(1)</sup>

por JUAN MARIA GUYAU

**E**l arte persigue dos fines distintos: trata de producir, por un lado, sensaciones agradables (sensaciones de color, de sonido, etc.); por otra parte, fenómenos de inducción psicológica, conducentes a ideas y a sentimientos de naturaleza más compleja (simpatía hacia los personajes representados, interés, conmiseración, indignación, etc); en una palabra, todos los sentimientos sociales. Estos fenómenos de inducción son los que hacen el arte expresivo de la vida.

Siempre que el arte tiene por objeto las sensaciones, se encuentra en presencia de las leyes científicas, que en su mayor número son absolutamente incuestionables. La estética, por este lado, se pone en contacto con la física (óptica, acústica, etc.), con las matemáticas, la fisiología y la psico-física.

La escultura se apoya especialmente sobre la anatomía y la fisiología; la pintura, sobre la anatomía, la fisiología y la óptica; la arquitectura, sobre la óptica (la regla de oro, etc.); la música, sobre la fisiología y la acústica; la poesía sobre el metro, cuyas leyes más generales se refieren seguramente a la acústica y a la fisiología.

Si el arte se refiriese a ese solo objeto: producir sensaciones agradables, su dominio sería relativamente limitado, y sus leyes mucho más fijas. En efecto, el carácter agradable o desagradable de las sensaciones depende de leyes científicas que no sería imposible determinar un día. Si, pues, el arte llegase a no tener otro fin que el de encontrar los ojos y los oídos, podría reducirse un día a un sistema de reglas técnicas, a una cuestión de saber hacer, o de más genio que el que necesita el polvorista para componer, según fórmulas químicas, y lanzar en direcciones calculadas, sus cohetes multicolores.

Un arte que nos procurara tan sólo de ese modo sensaciones agradables, dispuestas lo más sabiamente posible, sólo nos daría una pura abstracción de las cosas y del mundo; pero la miel más dulce extraída de la flor no sustituye, no obstante, a la flor. Tal arte tendría hasta el más alto grado el defecto inherente a todas las artes, que es el de mostrarse infinitamente más estrecho que la naturaleza. Las reglas de la sensación agradable son límites para el arte; la misión del genio en el arte es precisamente alejar siempre esos límites, y para eso parece violar a veces las reglas. En realidad, no atenta a ellas de una manera absoluta, pues da vuelta, y de ese modo se esfuerza en ensanchar incesantemente el reino que el arte se conquista en la naturaleza infinita.

El verdadero objeto del arte es la expresión de la vida. El arte, para representar la vida, debe observar dos clases de leyes: las leyes que fijan en nosotros las relaciones de nuestras representaciones subjetiva y las leyes que

fijan las condiciones objetivas bajo las cuales es posible la vida.

Las leyes que rigen las relaciones de las representaciones forman una especie de ciencia de la perspectiva interna. En todo arte, como en la pintura, hay efectos de escorzos, de sombra y luz, cuestiones de primero y segundo plano. El artista dramático, por ejemplo, está siempre obligado a forzar ciertos rasgos, para formar la ilusión de la realidad; sólo representa la vida con infidelidades calculadas.

En cuanto a las leyes que se refieren a las condiciones objetivas en las cuales se produce la vida, son en gran parte desconocidas, y no pueden ser objeto de ciencia alguna exacta. Es muy difícil definir científicamente la vida, aun en sus manifestaciones más íntimas, y con mayor motivo la vida mental y moral que el artista trata de presentarnos en sus obras. La vida es tanto más intangible por medio del análisis abstracto cuando está más individualizada; pero, la individualidad en su más alto grado es el objeto preferido del poeta, del novelista, del artista. La psicología del carácter individual, lejos de formar una ciencia acabada sobre la cual pueda apoyarse el poeta o el novelista, está aún por crear; y es el poeta mismo o el novelista, son los Shakespeare o los Balzac quienes contribuyen a crearla y reúnen instintivamente los elementos a ella necesarios.

Lo que hace que la ciencia de la vida moral y del carácter pueda salir difícilmente del estado rudimentario en que se encuentra, es el estar reducida, como todo método, a la observación y no a la experimentación. El solo experimentador, hasta cierto punto, es el poeta o el novelista que, cuando tiene el don de vida, nos hace ver y tocar caracteres que se desarrollan en un medio nuevo, que varía a voluntad. La creación artística, cuando es bastante vigorosa, consigue un valor que se acerca a la experimentación científica, aunque sea siempre muy diferente.

Se sabe cuán difícil es, aun para un tirador, cubrir una bala, seguir por segunda vez el camino abierto por la primera; es la misma habilidad que debe ejecutar incesantemente el escritor, adivinando en cada corazón

(1) De «El arte desde el punto de vista sociológico», obra escrita por el gran filósofo francés, al igual que «La educación y la herencia», poco antes de su prematura muerte, ocurrida en el año 1884, cuando sólo contaba 33 años. Entre sus producciones más notables cabe citar: «Los problemas de la estética contemporánea», «La moral de Epicuro y sus relaciones con las doctrinas contemporáneas»; «Bosquejo de una moral sin obligación ni sanción», «La irreligión del porvenir».

las heridas más o menos profundas hechas por la vida misma, los caminos por los cuales puede pasar por segunda vez, apuntando en el preciso sentido en que la naturaleza ha tirado al azar. Se echa en cara frecuentemente a ciertos genios el ser sutiles; pero, ¿qué más sutil que la naturaleza? El espíritu no igualará jamás a las cosas en ramificaciones y en sinuosidades; solamente es necesario que, en todas esas ramificaciones la savia de la vida circule, como corre la sangre por las innumerables fibras que reúnen entre sí las células cerebrales. Crear es saber ser a la vez sutil como el pensamiento y real como la vida, en el fondo, no es sino un grado más de complejidad. Saber ser lo bastante sutil para ser pura y sencillamente real.

Uno de los defectos característicos en que cae pronto el que vive demasiado exclusivamente para el arte, es el de no ver y sentir con fuerza en la vida más que lo que le parece más fácilmente representable por medio del arte, lo que puede transportarse inmediatamente al dominio de la ficción. Poco a poco el arte va prevaleciendo para él sobre la vida social; siempre que se emociona refiere su emoción a este fin práctico, el interés de su arte; no siente ya para sentir, sino para utilizar su sensación y traducirla. Es como el actor de profesión, en el cual todo gesto y toda palabra pierde su carácter espontáneo para pasar a ser una mímica; el Talma, tratando de sacar partido hasta del grito de sincero dolor que se le escapa a la muerte de su hijo y oyéndose sollozar. Pero existe la siguiente diferencia: que el actor, por ese perpetuo estudio de sí mismo, desde el punto de vista de su arte, altera, sobre todo, sus gestos y su acento, mientras que el artista puede alterar hasta su sentimiento íntimo y falsear su propio corazón. Flaubert, que era artista hasta la médula de los huesos y que presumía de serlo, ha expresado este estado de espíritu con una maravillosa precisión; según él, habéis nacido para el arte si los accidentes del mundo, desde el momento en que son percibidos, os aparecen traspuestos como para el empleo de una ilusión que describir, de tal modo, que todas las cosas, incluso vuestra existencia, no os parecen tener otra utilidad. En nuestra opinión un ser organizado de tal modo fracasará, por el contrario, en el arte, pues es preciso creer en la vida para devolverla en toda su fuerza; es preciso sentir lo que se siente, antes de preguntarse el porqué y de tratar de utilizar su propia existencia. Es detenerse en la superficie de las cosas, ver en ellas tan sólo efectos que recoger y devolver, confundir la naturaleza con un museo. «Me despreciaría demasiado — dice Flaubert a Jorge Sand — si os dijera que en Suiza me aburro hasta morir... No soy el hombre de la naturaleza, y no comprendo nada de los países que no tienen historia. Daria todos los glaciares de Suiza por el museo del Vaticano». «Una cosa bien característica de nuestro ser — dice también Goncourt —, es no ver nada en la naturaleza que no sea un recuerdo y una llamada del arte. Veo un caballo en una cuadro, y en seguida un estudio de Géricault se dibuja en mi cerebro, y el tonelero del patio vecino me hace ver una agauda a tinta china de Boilvin».

Este fondo vivo del arte, que debe transparentarse siempre bajo la forma, está constituido por de pronto de ideas, después de sentimientos y de voluntades.

La palabra no puede nada sin la idea, como el diamante mejor tallado no puede brillar en una oscuridad completa sin un rayo de luz reflejado en sus facetas; la idea es la luz de las palabras. La idea es necesario a la emoción misma y a la sensación para impedirles ser triviales y usadas. «La emoción es siempre nueva — ha dicho Victor Hugo —, y la palabra ha servido siempre; de ahí la imposibilidad de expresar la emoción». Pues no, y esto es lo que hay de desolador para el poeta, la emoción más personal no es tan nueva; por lo menos tiene un fondo eterno; nuestro corazón mismo ha servido ya a la naturaleza, como su sol, sus árboles, sus aguas y sus perfumes: los amores de nuestras virgenes tienen trescientos mil años, y la mayor juventud que podamos esperar para nosotros o para nuestros hijos asemeja al de mañana, a la de la alegre aurora, cuya sonrisa está rodeada por el sombrío círculo de la noche: noche y muerte, son los dos recursos de la naturaleza para rejuvenecerse siempre.

La masa de las sensaciones humanas y de los sentimientos sencillos es sensiblemente la misma a través del tiempo y del espacio. Si se ha vivido treinta años, con una conciencia bastante afinada, en un rincón no muy aislado del mundo, puede contarse con no sentir ya sensaciones radicalmente nuevas, sino solamente tintes no conocidos hasta entonces, novedades de pormenor. De ahí el aplazamiento en que no tarda en caer el que considera la vida como puro diletante, buscando en ella impresiones tan sólo, motivos de reproducciones estéticas y croquis por decirlo así. Al cabo de cierto tiempo estará cansado hasta de lo pintoresco, que acaba por repetirse como todas las cosas y por usarse.

Lo que crece para nosotros a medida que avanzamos en la vida, lo que constantemente crece para la humanidad en general, es mucho menos la masa de las sensaciones brutas que de las ideas, los conocimientos, que son los que obran sobre los sentimientos. La ciencia ha sido, hasta ahora por lo menos, susceptibles de una extensión sin límites: por ella, sobre todo, podemos esperar añadir algo a la obra humana, por ella podemos esperar tener despierta y satisfacer siempre nuestra curiosidad, procurarnos la convicción de que no vivimos en vano. El arte por el arte, la contemplación de la pura forma de las cosas acaba siempre por conducir al sentimiento de una monótona Maya, de un espectáculo sin fin y sin objeto, del cual no se saca nada. Sólo la inteligencia puede expresar en una obra exterior el juego de la vida, hacer que nuestro paso por el mundo sirva para algo, asignarnos una función, un papel, una obra mínima cuyo resultado tiene, no obstante, probabilidad de sobrevivir al instante que pasa. La ciencia es para la inteligencia lo que la caridad es para el corazón; es lo que hace infatigable, lo que siempre levanta y refresca; da el sentimiento de que la existencia individual y hasta la existencia social no es un pataleo en un mismo sitio, sino una ascensión. Digamos más: el amor a la ciencia y el sentimiento filosófico pueden, introduciéndose en el arte, transformarlo incesantemente, pues no vemos siempre con los mismos ojos y no sentimos con el mismo corazón cuando nuestra inteligencia es más abierta, nuestra ciencia más amplia, y vemos más universo en el menor individuo.

Aparte de las ideas, el arte tiene como principal objeto la expresión de los sentimientos, porque los sentimientos que animan y dominan a toda la vida son los únicos que



# Causas determinantes de la regresión española

por RAMON LIARTE

**S**ABIDO es que el dictador Franco se mantiene en el Poder desde hace treinta años, merced a un golpe de Estado católico-militar perpetrado para destruir la legalidad popular. Semejante genocidio pudo llevarse a cabo mediante el apoyo de los déspotas Hitler y Mussolini, cuyos personajes de triste memoria pretendieron resucitar la raza de los nibelungos salidos de las selvas negras y los centuriones romanos a fin de hacer una Europa unida por el «resplandor de la espada», que siempre ha sido símbolo de terror y barbarie.

Cayeron los Estados totalitarios del Eje Roma-Berlín-Tokio, de quien Franco es un engendro, y éste, a la vuelta de los años, se mantiene encumbrado en las esferas supremas de la nación abusando de la violencia. Pero los sostenedores del absolutista de El Pardo, desde 1945, son los mismos que declararon que, con su triunfo, al final de la segunda guerra mundial, 1939-45, serían barridos todos los vestigios del imperio concentracionario italo-alemán.

En el plano interior, los treinta años de hegemonía franquista son peor que una catástrofe. Representan la decadencia del país. Rezago de un siglo en la evolución y el progreso de la nación y su pueblo. La dictadura es peor que la peste y la filoxera.

Bajo el reinado de Franco nada se proyecta con vistas al futuro. En lugar de formar técnicos se fabrican curas a granel, en gran escala.

Hay en la España actual un cura por cada 900

habitantes; una parroquia por cada 1.500 ciudadanos sometidos; y, más de 27 seminaristas por cada 1.000 habitantes. En esta clase de producción aventaja en un mil por cien a la nación que más se aproxima al Estado religioso franco-falangista.

El Estado unitario no enfoca la inversión de capitales con perspectivas abiertas hacia el porvenir, sino con vistas a cubrir el balance de pagos. España, es un país de fachada en el que se invierten sumas fabulosas en la construcción de surtiosos edificios para atraer turistas, mientras un considerable número de españoles viven en chabolas. En un Estado acéfalo en el que se invierten miles de millones en la construcción de criptas para los muertos, en tanto que los seres vivientes no tienen los más elementales derechos a la vida. Una nación sacrificada que, mediante los ingresos que proporciona el turismo, se parece mucho a un mendigo acosado por la miseria y cubierto de halajas...

Es el nuestro un país en el que todo está por hacer y en el cual, la falta de mano de obra especializada ha tenido que emigrar al extranjero, porque un obrero agrícola, de los españoles que van a Suiza, gana mucho más que un empleado de Banca en Madrid. Y una sirvienta en París tiene más haberes que una maestra de primera enseñanza en Barcelona.

4.000.000 de españoles trabajan en el extranjero. ¿Qué suponen las divisas al lado del capital trabajo si el esfuerzo de los españoles fuese dedicado íntegramente a la economía de nuestro país? Es una operación financiera que no han querido plantearse los mostrencos financieros de la bancarrota general.

¡Ah!, nos cabe el orgullo de tener más generales con mando en el Ejército español que cuentan los Estados Unidos de Norteamérica y la U.R.S.S. No todo han de ser miserias y calamidades... Veamos lo que debemos analizar detenidamente.

Cinco ministerios como el del Ejército, Marina, Aire, Gobernación y Justicia, se atribuyen del presupuesto nacional, 27.531 millones de pesetas, mientras que el de Instrucción Pública, el de Agricultura, el de Industria y Comercio, el de Trabajo y el de la Vivienda, otros cinco ministerios que desarrollan funciones vitales y constructivas, o que deberían desarrollar altos menesteres, no se les asigna más que 11.661 millones de pesetas, es decir, mucho menos de la mitad. El régimen de Franco se ha podido permitir el lujo de lesa injusticia de condenar a largos años de cárcel al inocente y al

## La expresión de la vida en el arte

*valen en ella. Mi amor es más vivo y más real que yo mismo. Los hombres pasan y con ellos sus vidas, el sentimiento permanece. El sentimiento o, mejor dicho, la voluntad, puesto que todo sentimiento es una voluntad en germen. El sentimiento es la resultante más compleja del organismo individual; y es al mismo tiempo lo que menos morirá en ese organismo; es la fórmula más profunda de la realidad viviente.*

*El arte no es sólo un conjunto de hechos significativos; es ante todo un conjunto de medios sugestivos. Lo que dice toma frecuentemente el principal valor de lo que no dice, pero sugiere, hace pensar y sentir. El gran arte es el arte evocador, que obra por sugestión. El objeto del arte, en efecto, es producir emociones simpáticas y, para eso, no representarnos puros objetos de sensaciones o de pensamientos, por medio de hechos significativos, pero sí evocar objetivos de afecto, sujetos vivos con los cuales podamos formar sociedad.*

justo, fusilando a quien le ha parecido bien sin formación de causa y formando causas draconianas...

Desde el inicio de la política llamada **de liberación** no se ha vivido un minuto de paz. Consejos de Guerra detenciones en masa y aplicación severa y desmedida de la ley a todos los ciudadanos no conformes con el sistema de la crueldad nacional.

El Estado franco-falangista es excepcional en todo, excepto en lo que por ser bueno le es desconocido por completo. Ante tamaño panorama, ¿qué garantía puede ofrecer al mundo exterior el Gobierno de la tiranía y la barbarie? Ninguna, mas el exterior no se preocupa de la vida de los españoles.

Franco es traidor por temperamento y vocación. Traicionó a la monarquía, ya que no tuvo coraje para defenderla. Se sublevó contra la República, a la que había jurado fidelidad y lealtad. Combatió a las «democracias podridas» al lado de Tojo, Hitler y Mussolini, y luego dejó a éstos en la estacada. El actual «niño mimado» de los llamados países libres juega con el comunismo y el liberalismo porque le dejan jugar. ¿A quién le tocará ser traicionado por el traidor Franco?

Nadie ignora que Franco hace intercambios comerciales con los países del Este; que en su discurso de Escombreras ensalzó el régimen totalitario de la U.R.S.S., diciendo: «**Bajo su égida son únicamente posibles los adelantos científicos de Rusia**»; que la vieja guardia falangista exige contactos directos, relaciones diplomáticas y culturales con la Unión bolchevique.

Mientras el sistema franquista camina hacia el ocaso, el mundo se proyecta hacia el porvenir científico-social cargado de promesas.

Hay veces que las cifras son la clave maestra de la historia de los acontecimientos. Hagamos una conclusión del régimen franquista.

Había en España durante la República de trabajadores de todas clases la friolera de 65.000 guardias civiles predispuestos a disparar sobre el pueblo. Hoy, bajo el reinado de Franco la cifra asciende a 295.000 guardias civiles.

Existen en activo 13.000 policías.

Hay 950.000 soldados.

176 generales cuenta el flamante Ejército español que sólo sirve para oprimir a la nación y a su pueblo.

Tenemos a nuestras espaldas nada menos que 52 tenientes generales.

Contamos con 700 coroneles dispuestos todos y cada uno a provocar un nuevo Pronunciamiento, una sanjurjada canallesca y criminal.

Por otra parte, la Santa Madre Iglesia Católica, Apostólica y Romana, se queja porque no tiene medios para fabricar 30.000 curas que necesita para exportar a las Américas.

Un millón de españoles muertos en la guerra civil. Medio millón de muertos posteriormente a causa del hambre, los fusilamientos y las torturas, 300.000 casas destruidas. Los campos y bosques arrasados. La conciencia liberal, democrática y libertaria desterrada. Técnicamente somos un desastre completo. En inventos y descubrimientos brilla-

mos por nuestra ausencia completa. Culturalmente estamos amordazados. Y cívicamente no tenemos derechos.

A los treinta años de sistema totalitario se declara el Estado de excepción para cubrir nuevos excesos genocidas. Y a renglón seguido se anuncia la Amnistía general por delitos de guerra, perdonando a los que en buena lógica son los llamados a perdonar. El franquismo ha clavado sobre la tierra virgen de España un INRI odioso y repugnante que la historia y el tiempo no podrán borrar jamás.

El régimen franquista se sostiene, pese al repudio general de que es objeto, mediante el aporte de **20.000 millones de dólares** por parte de los EE. UU. de América; pero esta yuda tiene por sólo cometido buscar un interés estratégico, primero y, servirse de España como base político-geográfica, después. Pero el tinglado montado en el aire puede y debe venirse abajo.

El régimen franquista sigue jugando con el pueblo, sin tener en cuenta que, los excesos y abusos se acaban pagando caros. Una realidad es notoria. Se castiga a todos los sectores; es que todo el mundo está situado frente al franquismo. Lo que prueba que la dictadura, después de tres decenios de terror excepcional, no ha convencido, no ha ganado a nadie. La espada deja tras de sí odios y venganzas.

La rebelión estudiantil crece con mayor pujanza. Toma proporciones más agudas. El hecho de que esta rebelión se produzca en un estudiantado netamente capitalista — sólo el 3,3 % de la población universitaria española es obrera, y los estudiantes humildes son muy raros los que terminan sus estudios a resultas de la carencia de medios —, pone de manifiesto que los que hasta ahora fueron «hijos de papá» se vuelven revolucionarios y anarquistas.

La clase obrera no cesa en su labor. Llena de dificultades y macerada constantemente por las represiones, siempre se halla en la punta de lanza de la protesta colectiva y multitudinaria. Por otra parte, los egregios intelectuales se rebelan al comprobar el desprecio que se hace a los verdaderos y positivos valores nacionales, ya que no pueden admitir que la excesiva barbarie y el ciego oscurantismo sofoquen la eclosión de la cultura para paralizar la marcha del progreso.

Es completo el divorcio entre la juventud y el régimen. Los representantes del medievo nos han preparado un relevo a base de curas, guardia civil, policías y legionarios, mas no tiene a la auténtica juventud española que sueña con un porvenir más hermoso y fecundo para todos.

Hay que acabar con el Estado de excepción que pronto hará 30 años que viene desgobernando al país. Necesario es establecer un clima de interés solidario que propicie el entendimiento para reconstruir lo que el fascismo ha destruido. Preciso es acabar con la política de los usurpadores y los vendedores, para establecer las bases sociales de los útiles y eficaces al conjunto nacional y exterior. Sólo así podrá encontrar nuestro pueblo la salud y la vida.

España no solamente es un centro de trabajo que debe administrarse a fondo; es una realidad socio-

moral, una fuerza económica, faro de cultura y manantial de arte. El hombre español no debe vivir fuera del mundo como si fuese la tierra otro planeta. ¿A qué se debe este retraso espantoso?

Sesenta propietarios llamados nobles poseen 560.685 hectáreas de tierra cultivable; es decir, una superficie semejante a la que representa la región de Asturias. Toda esta riqueza paralizada es la muerte de la nación. No hay movimientos de capitales, ni explotación industrial propia en escala considerable, ni inventos porque nada se finanza, ni cultivo moderno porque el régimen de ganadería parasitaria y de incultura a todo trapo nos lleva a la muerte lenta. Y si España ha avanzado a causa de los adelantos y progresos de tipo mundial que repercuten hasta en el desierto y en en el trópico, comparando la España de hoy con el mundo de los descubrimientos astrales, la cibernética y la tecnología, resulta que en vez de ganar posiciones las perdemos para quedarnos sin barcos y sin honra. Que la honradez popular vive con el tiempo.

Sí, todo lo que sea plantear la solución española en función de un porvenir venturoso y libre contará con nuestra completa cooperación.

Angel Ganivet dijo que cada español aspiraba a llevar en el bolsillo un documento en el que rezase: «Este español está autorizado para hacer lo que le da la gana.» Pero olvidó Ganivet decir que ese documento lo han tenido siempre los propietarios, el Ejército y el clero y que mientras no lo hagamos cisco, no tendremos derecho a ser un pueblo libre e independiente.

Necesario es acabar con lo que nos perjudica y disminuye. Se nos reprocha que no queremos dialogar con los poderosos. Nosotros no somos traidores al pueblo que se suman al botín de las falanges nefandas del genocidio. Puede estar seguro todo el mundo digno de que queremos dialogar en un ambiente sano y respetuoso para todos.

El día que podamos dialogar cara a cara con los que han destruido los valores más preciados de nuestro pueblo, les diremos: «Esta es la paz de vuestros treinta años de crueldad desmedida, de terror excepcional creciente; la paz del paredón de la muerte, la paz del campo donde no se ven hombres para cambiar la faz de la tierra, la paz de la ignorancia y la incultura que es peor que el abismo, la desesperación y la nada.

La rebelión consciente contra la injusticia es la fuerza creadora de los pueblos. Es el nuestro un pueblo reñido con la decadencia. Las tres potencias decisivas del país, es decir, la inteligencia, la moral y el trabajo, comienzan a conjugar sus energías para librar la batalla futura por la manumisión y el Derecho. «España, España es un pueblo que ha querido demasiado», dijo el filósofo Nietzsche. Y ha de ser por su amor y por su trabajo como será liberada y emancipada, ya que mientras el odio y el parasitismo matan y arrasan, el trabajo y el amor forjan pueblos nuevos y hombres libres.

Los movimientos protestatarios del País Vasco, en el curso de los meses de enero y febrero, han sido la demostración de la madurez social de la clase trabajadora. Dignas de mención son las mujeres vascas al defender a los huelguistas con su

solidaridad moral y material. La represión desencadenada por el régimen opresor pone de manifiesto su impotencia y su falta de crédito. Con las armas homicidas de la guardia civil se puede intimidar al pueblo, pero no se puede levantar la economía nacional.

¿Contra quién protesta España? Contra los salarios míseros, contra la violencia represiva, contra las leyes de excepción. Y la protesta es maravillosa porque suma a lo más anónimo, brillante y luminoso de nuestro pueblo. Con la clase obrera están los intelectuales, los estudiantes, los que quieren un porvenir mejor para el conjunto de los españoles.

Los duros del Ejército han impuesto las leyes de excepción, que han ejecutado meticulosamente Carrero Blanco — el hombre negro —, Alonso Vega, Fraga Iribarne, Rodó y demás compinches falangistas. A los 30 años de victoria franquista, el Estado de guerra viene a demostrar que lo que se conquistó por la violencia no se puede mantener si no es por el terror.

Pero viene la época del turismo, el tiempo de las habas cocidas, y hay que dar la impresión de que todo va bien. El sistema de Franco es el imperio de jauja. Además, hay que dar la sensación al exterior de que son buenos chicos, cristianos ciento por ciento y liberales católicos como lo prueban sus actos bárbaros y desalmados.

Hay que fijar posiciones firmes y no jugar al equívoco. El franquismo no quiere ni puede liberalizarse. Quien pacta con él es porque traiciona al pueblo. No habrá después del franquismo soluciones medias. La reacción representada por su Ejército lo ha querido así: el hundimiento del sistema vertical lleva implícita una revolución social profunda para la cual debemos prepararnos convenientemente. Precipitarse es suicidarse. Dormirse cuando la revolución despierta supone enterrarse en vida. Luego hay que prepararse y estar dispuestos para afrontar todas las situaciones.

No creemos en pactos que no pactan ni en acuerdos que no resultan. No hay para nosotros más pacto que el directo ante las situaciones que pueden crearse y que debemos forjar. Las alianzas que sirven de escabel al adversario no son más que conllevancias pesadas y estériles. Lo único que alía es la lucha cuando se lucha de verdad.

La posición de la C. N. T. no ofrece lugar a dudas. Ni dictaduras del hombre ni dictaduras de partido. Estamos contra las oligarquías todas. Queremos el autogobierno del pueblo, la administración de las cosas.

España ha sido y puede volver a ser un ejemplo vivo de auténtica democracia representativa, de federalismo de base humanitarista y popular, con verdaderos derechos humanos y alta justicia social como anunciara ya hace un siglo la Primera Internacional de los Trabajadores.

Nosotros no nos doblegamos. En España existen las condiciones objetivas y psicológicas para reincidir en una revolución de proyección universalista. El mundo está pendiente del decálogo ético-moral que ha de dar el pueblo español.

Cierto es que los pueblos hacen la historia, pero



las minorías despiertas y capaces son las llamadas a desplegar la estrategia del combate emancipador. Hay que hablar a la juventud española el léxico que exige y pide. Acabar con el miedo a la revolución es nuestro deber social. Y este se termina cuando se saben crear voluntades revolucionarias en las multitudes obreras y en los cuadros intelectuales.

El tránsito pacífico, incruento, es un mito como la idea de hacer del idiota Juan Carlos un Príncipe de la estirpe de Segismundo.

Hemos de afirmar las antiguas posiciones porque tienen más fuerza que nunca. El filibustero no tiene nada que ver con nuestra trayectoria revolucionaria y anarcosindicalista.

Es nuestro país federal en la tendencia a la libre asociación; comunista en la organización de la economía colectiva, y libertario porque despoja al gobierno de la dirección de los hombres para dar paso a la gestión directa de los organismos naturales del trabajo.

No estamos con Moscú ni con Pekín, ni con Albania ni con la Habana. Pero estamos con Hungría y Checoslovaquia cuando los hombres exigen sus derechos y los pueblos saben defender sus libertades.

La democracia burguesa, católica, liberaloide y castrada no puede ser puente de plata, por donde

pase la revolución social, científica y moral moderna. El diamante corta el vidrio, y el vidrio no corta el diamante. Por eso el diamante no puede tallarse más que con el diamante.

Las grandes transformaciones sociales y universalistas nacen del cogüelmo del corazón del pueblo. Luchemos por la libertad de España. No arriemos nunca la bandera de la manumisión. Seamos audaces como el león, fuertes como los elefantes unidos, buenos como las palomas y sabios como los hombres justos que defienden a los iracundos y los generosos.

Hay momentos en que la revolución es necesaria como la luz del día. Y esa fase estelar llega cuando todo un pueblo unido, por encima de todas las clases, de todas las oligarquías y plutocracias, se dispone a dar un paso firme hacia adelante.

Que nadie nos gane a ser más esforzados. Que la aurora roja del amanecer, el alba de oro del renacimiento revolucionario nos coja despiertos y dispuestos. Al franquismo se le ha puesto «el sol en las bardas». Hay un país que lucha y que no se da por vencido.

Ahora se trata de recoger la gran cosecha para el mayor bien de nuestro pueblo. Los representantes de la revolución socialista y libertaria deben construir el camino de la dicha por donde avance hacia el infinito y lo eterno, la humanidad toda.

## EL PENSAMIENTO REVOLUCIONARIO

# LOS ILEGALES

El verdadero revolucionario es un ilegal por excelencia.

El hombre que ajusta sus actos a la ley podrá ser, a lo sumo, un buen animal domesticado, pero no un revolucionario.

La ley conserva, la revolución renueva. Por lo mismo, si hay que renovar, hay que comenzar por romper la ley.

Pretender que la revolución sea hecha dentro de la ley es una locura, es un contrasentido. La ley es yugo, y el que quiera librarse del yugo tiene que quebrarlo.

El que predica a los trabajadores que dentro de la ley puede obtenerse la emancipación del proletariado, es un embaucador, porque la ley ordena que no arranquemos de las manos del rico la riqueza que nos ha robado, y la expropiación de la riqueza para el beneficio de todos es la condición sin la cual no puede conquistarse la emancipación humana.

La ley es freno, y con frenos no se puede llegar a la libertad.

La ley castra, y los castrados no pueden aspirar a ser hombres.

Las libertades conquistadas por la especie humana son la obra de los ilegales de todos los tiempos que tomaron las leyes en sus manos y las hicieron pedazos.

El tirano muere a puñaladas, no con artículos del código.

La expropiación se hace pisoteando la ley, no llevándola a cuestras.

Por eso los revolucionarios tenemos que ser forzosamente ilegales. Tenemos que salirnos del camino trillado de los convencionalismos, y abrir nuevas vías.

Rebeldía y legalidad son términos que andan a la greña.

Queden, pues, la ley y el código para los conservadores y los farsantes.

**Ricardo FLORES MAGON**

# LA POBLACION

## Y LOS ALIMENTOS EN EL MUNDO

por EMILIO MUSE

**D**URANTE todo el siglo XIX, ha dicho Charles Gide, la doctrina de Malthus servirá para cubrir de obstáculos cualquier plan de organización socialista y hasta a simples reformas tendientes a mejorar la condición de los pobres, porque se dirá que ellas no pueden tener otro efecto que multiplicar los coparticipantes al mismo tiempo que los productos a repartir, y en consecuencia no serviría de nada. (1) La burguesía, en efecto, ha sabido aprovechar con gran habilidad los trabajos de sus instrumentos intelectuales como los de investigadores independientes para justificar sus sistema de explotación. Charles Darwin, algo más tarde, había de ser utilizado también, definitivamente comprobado a partir de la obra de Kropotkin. (2) En los últimos años se ha venido replanteando el viejo problema de la población con el evidente propósito de ofrecer algunas explicaciones más o menos satisfactorias al mundo famélico y defraudado de postguerra. La presión, visible e invisible de las enormes multitudes que creyeron luchar por una vida mejor, y el amenazante crecimiento demográfico del continente asiático son, quizá, los factores principales que han impulsado al sistema capitalista a popularizar este complejo asunto. Actualmente se calcula que la humanidad cuenta unos 2.300 millones de componentes. En el caso de que la población mundial continuara aumentando en la misma proporción prevaleciente entre 1900 y 1940, para el año 2240 la Tierra tendría más de 21.000 millones de habitantes. Cada año, pues, se suman de 20 a 25 millones de personas. Diariamente se incorporan de 55 a 75 mil bocas que hay que alimentar.

El cuadro, como es natural, no deja de ser alarmante, y aprovechando estas cifras producidas por los técnicos, algunos espíritus sombríos han renovado los amargos presagios que nos legara el sacerdote inglés. Desde que en 1798 Robert Malthus publicara anónimamente su teoría famosa, los estudiosos de diferentes disciplinas coincidieron en reconocer la exactitud de su planteo en lo que se relacionaba a la naturaleza multiplicativa de la población. Pero la teoría malthusiana tiene una doble cara, peligrosa y audaz, porque ella se basa en una sorprendente insuficiencia de conocimientos, de estudios especializados y de estadísticas correctas. Para Malthus, la población crece de manera geométrica (1, 2, 4, 8, 16, 32, etc.), mientras la producción sólo crece de manera aritmética (1, 2, 3, 4, 5, 6, etc.). En esta diferencia residía, a su juicio, el

secreto de la miseria del pueblo, y en consecuencia recomendaba, entre otras cosas, que los hombres se mantuvieran célibes hasta pasados los 30 años, y a los obreros que se casaran cuando se sintieran responsables de una prole de seis. Su pesimismo sobre los recursos alimenticios y la frescura de sus recomendaciones sexuales despertaron una gran oposición, pero como se ha escrito tantas veces, Darwin fue el primero que, con una sólida base científica, asestó un poderoso impacto a la teoría cuestionada. Darwin demostró que no solamente la especie humana, sino también los animales y los vegetales, de quienes nos alimentamos, crecen geoméricamente. Las investigaciones del sabio inglés destruían, prácticamente la mitad de las suposiciones de Malthus. Fourier, por otra parte, había tratado de introducir un factor de equilibrio en el proceso de crecimiento demográfico, afirmando que «la población crece en razón inversa de la alimentación». Las observaciones recogidas desde entonces confirman ampliamente la afirmación del sociólogo francés. Y en todo este siglo y medio, estadísticas más seguras, control cuidadoso de las curvas demográficas por países y regiones, censos más dignos de confianza, etc., como asimismo un más inteligente cultivo y conservación del suelo, la construcción de grandes represas y el avance general de la ciencia, en fin, ofrecen una perspectiva más prometedora para el género humano, si éste quiere forjarlo en realidad.

Sin embargo, hay quienes pretenden esquivar hasta los más indiscutibles atenuantes y en el colmo de un histerismo condicionado, llegan a proponer que se deje libre curso a las enfermedades y las pestes para que sus estragos actúen como reguladores de la población. Es decir, un soterramiento de la ciencia, como el de la filosofía en la edad media. Si reventara media humanidad, estos hombres se quedarían al fin contentos. Y claro está, quienes debieran reventar son las hambrientas multitudes de Oriente.

Negar los difíciles y complejos problemas que plantea el crecimiento de la población, sería, naturalmente, adoptar una posición suicida. Pero la gravedad de las consecuencias no debe impedir el análisis más sereno de las causas. Es preciso proyectar la mirada sobre el conjunto de los fenómenos, relacionando al hombre con la tierra y a am-

bos con la ciencia que ahora tiene el mundo a su disposición. Después de todo, ni el crecimiento ni la desnatalidad son cosas nuevas en la historia. En Atenas exponían a la intemperie a las criaturas que acababan de nacer, y Aristóteles opinó que el Rey Minos de Creta introdujo aberraciones sexuales en su país con el objeto de prevenir, como los atenienses, los inconvenientes de la superpoblación. Esparta, en cambio, que vivió cultivando las aptitudes físicas de su pueblo, mermó el índice de su natalidad y lentamente desapareció como fuerza en el mundo antiguo. Roma, en el esplendor de su poderío, pagaba a los padres de familias numerosas para impedir los inconvenientes de la superpoblación...

Pero esta no debe ser época de atenienses ni de romanos. El hombre es capaz de regular su propio crecimiento y el de otras especies animales además. Estas mentalidades sombrías que querrían continuar con los procedimientos bárbaros, hacer el juego, al sistema capitalista que se resquebraja. Su propaganda angustiante quiere ensombrecer las más caras esperanzas del mundo de postguerra, tiende a restar asidero a las soluciones fundamentales que se reclaman y se propone filtrar un fanatismo biológico y ecológico frente al que nada podrían la ciencia y la voluntad de los hombres. No seamos suicidas, pero pretendamos que estamos obligados a ser asesinos.

La causa fundamental del crecimiento de la población mundial se encuentra en la declinación de la mortalidad. Las verdaderas eclosiones demográficas que se sucedieron a lo largo de nuestra era semi-industrial con el resultado de una lucha victoriosa contra las enfermedades y las muertes prematuras. Los progresos de la medicina, la extensión de los principios higiénicos, la modernización de las ciudades y una más adecuada alimentación, contribuyeron a prolongar la vida del hombre y, en consecuencia, la amplitud y la profundidad de la cultura general. Se ha calculado que el promedio de vida en la Europa del siglo XVIII era de unos 33 años, mientras que en la actualidad países como Dinamarca acusan 60 y Suecia 63 años. Como lo afirma categóricamente Kingsley Davis: «Si se debiere a la natalidad, habría manifestaciones en ese sentido; pero no hay pruebas de que en ninguna parte importante del mundo hayan crecido en la época contemporánea los coeficientes de natalidad, sino que abundan pruebas de lo contrario» (3). Grandes áreas del mundo, efectivamente, tienen una población estacionaria o declinante. Casi toda Europa se encuentra comprendida en esta situación. Francia ya es un caso crónico. Inglaterra contará con algunos millones menos dentro de algunos años. Estados Unidos, Australia y Nueva Zelanda se encuentran en la situación del noroeste de Europa. El coeficiente de natalidad de la población blanca de EE. UU., por ejemplo, estimado en 55 por cada 1.000 habitantes en 1880, disminuyó a 30 en 1900 y hasta alrededor de 18 en 1940. La población norteamericana comenzará a descender antes de fin de siglo. El Japón mismo, que ha duplicado su población en el término de 60 años, comienza a mermar el coeficiente de natalidad.

En 1945, Churchill reveló las preocupaciones ofi-

ciales sobre el descenso señalado al dirigirse a la Comisión Real de la Población: «Nuestro país espera un fundamento siempre abundante de niños saludables, nacidos en la que estamos seguros será una sociedad más amplia y tolerante, y un mundo menos perturbado». En Canadá, por la misma época, se establecieron pagos mensuales a los padres de niños menores de 16 años que significaban una erogación de 200 millones de dólares. Y Alemania e Italia, que se quejaban del exceso de población, no procedieron a la inversa, sino que, por razones militares, fomentaron las familias numerosas como tantos países de Occidente lo hacen ahora. Pero ningún parche económico podrá detener la declinación en el coeficiente de natalidad. Ella obedece a causas poderosas y complejas, todavía no desbrozadas totalmente. La tendencia es evidente, y ella está en marcha.

A medida que el mundo se moderniza y que la cultura se extiende, las grandes concentraciones urbanas tienden a disminuir la natalidad. El sentimiento de independencia de la mujer y su puesto ya ganado en la vida social; los anhelos individuales de conocimientos y confort; la práctica del amor sin peligro de fecundidad y otras causas, han influido para que las familias urbanas se conviertan en el polo opuesto de las familias rurales. Por otra parte, el principio de que la población crece en razón inversa de la alimentación, de que hemos hablado, ha influido en gran medida en el mundo occidental. Es un hecho que cuánto más abundante y variada es la alimentación, menor es el crecimiento de la especie. Esta ley de equilibrio de la naturaleza no es patrimonio de los hombres únicamente. Ella ha sido comprobada a través de las observaciones en la vida de los animales y en los experimentos de laboratorio. Josué de Castro, el categórico de «Geografía del Hambre» ha insistido terminantemente sobre el particular en sus recientes conferencias en el Colegio Libre de Buenos Aires.

La miseria, el hambre, la promiscuidad y la ignorancia, son los mejores abonos para un crecimiento demográfico acelerado y de nocivas consecuencias. Ahí están los pueblos oprimidos y subalimentados de Asia para demostrarlo, con una India de más de 400 millones de habitantes, de los cuales un 45 % muere antes de llegar a los 10 años. El día que los pueblos asiáticos asimilen los conocimientos que ya son populares en Occidente, cuando eleven su **standard** de vida y conozcan las ventajas y el placer de la existencia moderna, también tenderán a marcar un compás en el crecimiento de sus poblaciones. El mundo es bastante ancho para una población mucho mayor que la actual, y en todo caso la experiencia nos demuestra que la humanidad no tiende a crecer hasta el límite de su capacidad productiva.

Las estadísticas relacionadas con la población pueden ser dignas de confianza a pesar de los márgenes naturales de error. No podemos afirmar lo mismo, en cambio, sobre la producción de alimentos. Una población se controla fácilmente a través de censos, registros de nacimientos y defunciones, etc. Una producción que en vez de basarse en las necesidades, se orienta por las cotizaciones, sólo



se conoce a medias. Los estudiosos que han calculado la capacidad productiva del planeta nos han dado cifras harto contradictorias. Sobre este punto jamás logran ponerse de acuerdo. Cuando se manejan cifras demográficas, pesimistas y optimistas llegan pronto a un punto de conciliación. Cuando se mencionan los recursos, las opiniones resultan separadas por diferencias de envergadura. Para algunos, la tierra podría producir alimentos para unos 5.000 millones de personas. Otros calculan para 8.000 millones. Unos terceros creen posible ofrecer lo necesario a 11.000 millones. George Nicolai se aparta violentamente de estas cifras afirmando que la humanidad puede crecer hasta los 20.000 millones, hasta la terminación del período agrícola que vivimos, y que después, en una etapa que denomina energética, nuestra especie podría seguir multiplicándose mucho más todavía. (4).

Los pesimistas han observado que cálculos tan optimistas como los de Nicolai no ofrecen un fundamento detallado, y en parte tienen razón, pero ellos no proceden de otra manera. Nicolai arranca de un punto de vista científico e internacionalista, considerando al planeta como una unidad productiva, sin inconvenientes artificiales. Los pesimistas se afirman sobre una base grandemente falsa, teniendo en cuenta el modo de producción actual y como si las relaciones humanas debieran ser eternamente las mismas.

Es conveniente insistir en que no han sido los científicos ni los profesionales quienes dirigieron la operación de laboreo de la tierra desde las grandes explosiones demográficas, sino los mercaderes, que se apoderaron de continentes enteros y los saquearon. Con la sola meta del lucro, ambiciosos y bárbaros, talaron las selvas y los bosques sin reforestar un solo árbol jamás, destruyendo el equilibrio fatigosamente logrado por la naturaleza, modificando los climas y erosionando el suelo. Ellos sembraron donde debía haberse criado la ganadería, y criaron la ganadería donde debía haberse sembrado. Perjudicaron regiones enteras con la práctica del monocultivo, como buenos productores para la exportación, y abandonaron otras a la acción erosiva de los vientos y de las precipitaciones pluviales. Degradando a las poblaciones nativas, tierras productivas cayeron en abandonototal.

Por otra parte, el sistema mundial de explotación del suelo sigue siendo individual, en una época en que sabemos que no es posible obrar arbitrariamente en una parte sin perjudicar a la otra, naturalmente en el marco de cada región económica. La inmensa mayoría de los campesinos, por ignorancia y por falta de recursos, no emplean los métodos modernos de cultivo y de abono o los de mecanización de las tareas rurales. La lucha contra las enfermedades, las pestes y los insectos, es todavía insignificante. La O. A. A. ha calculado que solamente los roedores, los gorgojos y otras plagas destruyen unos 65 millones de toneladas de grano del mundo por año, más que el suministro total de trigo y centeno para toda Europa antes de la Gran Guerra.

Grandes cantidades de alimentos pereceros se pudren en los lugares de cosecha por falta de oportunos

medios de transporte. Otras más se arrojan a las aguas para mantener altos los precios del mercado. Y en el siglo de la energía atómica, todavía existen países que deben utilizar los cereales como combustibles...

La enumeración podría continuar.

Todo este sistema contradictorio y absurdo no puede constituir la base de un cálculo correcto. Cualquier apreciación sobre el futuro debe apartarse de los desastres y las estupideces del régimen de la propiedad privada. El hombre se ha adueñado de fabulosos conocimientos científicos capaces de modificar el mundo. Sus recientes aplicaciones sobre la agricultura, a la conservación del suelo, a la lucha contra las enfermedades y los insectos, etc., han culminado en realizaciones valiosísimas. Al respecto es altamente demostrativo el caso del ex «Duist-Bowl», en los EE. UU., que está produciendo en la actualidad más grano que antes de que se convirtiera en un páramo inútil. La construcción de grandes represas ha impedido y seguirá impidiendo que las grandes corrientes se desborden y destruyan, como antes, plantaciones y poblados, con el agravante de que arrastraban hacia el fondo de los océanos la riqueza mineral de la tierra. El gran trabajo de defensa de la tierra ha comenzado ya, y nada falta para proseguirlo, salvo la organización racional de los pueblos. El mar nos ofrece incalculables riquezas que esperan ser aprovechadas, y ya se habla de extraer proteínas de las plantas microscópicas que forman el plankton de los océanos. La reproducción del proceso fotosintético haría posible, en fin, la creación de nuestro propio alimento, en lugar de depender enteramente de la naturaleza.

Fawcét opina que de los 36.000 millones de acres de la tierra, un 30 % es climáticamente adecuado para la producción de alimentos; Pearson y Harper asignan un 34 % para el área que recibe una cantidad de lluvia adecuada. Frasolon afirma que solamente un 10 % es utilizado para la obtención de alimentos, y Pearson y Harper que sólo un 4 % es utilizado para la obtención de cosechas alimenticias para el hombre, esto es, excluyendo el heno, barbechos, etc. (5)

No subestimemos los problemas creados por el crecimiento de la población, pues de dos terceras partes de la humanidad, una está mal alimentada y la otra se muere prácticamente de hambre. Pero impidamos que se propaguen sin réplica las criminales divulgaciones del capitalismo. Si, en última instancia, no tratarán ahora de justificar la miseria, mañana querrán con ellas justificar la guerra, lo cual es doblemente peor. Los pueblos deben saber que los recursos del mundo son cuantiosos, y que ellos pueden disponer de la ciencia y la técnica para aprovecharlos. A pesar de los fantasmas que nos agitan frente a los ojos, no retornaremos a la antropofagia...

- (1) Historia de las doctrinas económicas.
- (2) El apoyo mutuo.
- (3) Corrientes demográficas mundiales.
- (4) Biología de la guerra.
- (5) La salida, *John Russel*.

# A PROPOSITO DE UNA PRETENDIDA CIENCIA DE LA REVOLUCION

por ANDRES PRUNIER

¿Una cosa es verdad cuándo consiguen hacérsenos la creer o cuándo una inteligencia esclarecida, desinteresada, sin pasión, llega a disputarla verdadera tras un examen minucioso de los hechos? En el primer caso, se glorifica la mixtificación como función creadora: son sus leyes, leyes de la propaganda, de la publicidad — de la «dialéctica» como arte de sugestionar los espíritus — las que conviene estudiar, y no las de la objetividad y la lógica severa.

La primera de todas esas leyes dialécticas parece ser la siguiente: la opinión pública acaba siempre perteneciendo a la teoría **que es socialmente necesario profesar para vivir**, vale decir, la adaptación general a un sistema social determinado por la conveniencia utilitaria; esa teoría, impuesta por la fuerza material, se convertirá a su vez en una fuerza material también, nacida del condicionamiento de los individuos a la nueva realidad social en formación.

Haced recitar el credo antes de dar el plato de sopa; el alma simple no tardará en ver en la sopa la verificación misma del credo. Una inteligencia más sofisticada encontrará la manera de evadirse — forjándose una convicción justificadora — del desprecio de sí mismo que entraña el hecho de haber vendido por un plato de sopa el derecho y el deber que tiene cada individuo de ejercer la autonomía de su conciencia.

Si es necesario, el intelectual, el privilegiado de la inteligencia, llegará a persuadirse de que sería egoísta de su parte negarse a la proclamación de una fe que aporte a los «humildes», por la virtud del pragmatismo social, el consentimiento de la cabeza y del vientre. Por eso se apresurará a sacrificar su privilegio sobre el altar de la comunidad, tranquilizado interiormente por el hecho que, procediendo así, cediendo así, nada pierde de su poder social; por el contrario, cambiando la austera y dudosa búsqueda de la verdad contra la creación previa de la propaganda, de una verdad activa e intensa, habrá trocado los atributos modestos del investigador por los heroicos y gloriosos del profeta. Por mi parte, no acepto esa pretendida ciencia revolucionaria que se lanza sobre la eficacia inmediata como sobre una prueba y que se apresura a «cambiar el mundo» para no tener que «interpretarlo.» Primeramente, porque cambiar el mundo a todo precio y en el sentido de la menor resistencia de las cosas, signifique probablemente

ervilecerlo y degradarlo; en segundo lugar, porque el pensamiento, para orientar de manera válida la acción, debe suspender o, cuando menos, limitar la acción. Es menester realizar la experiencia, metódicamente instituida y metódicamente controlada, antes de proclamar los resultados. De esta labor es de la que se ocupa menos la pretendida «ciencia de la revolución». En vez de lanzar a todo trance a la humanidad en la «praxis» revolucionaria, me parece necesario mantener o restablecer una separación entre el pensamiento crítico y la acción. La acción, es cierto, no podrá ser separada de motivos emocionales, de objetivos prácticos impuestos por la necesidad, la pasión, el temor, etc... Pero el hombre puede establecer distancias con relación a su ser instintivo, y es justamente en esta situación en la que él debe formular juicio de valor o de realidad. El pensamiento es ahí el silencio de las pasiones y también la acción diferida, el reflejo interrumpido, el comportamiento desprendido del condicionamiento. «Interpretar el mundo» es una función autónoma, teniendo su valor en sí misma; «cambiarlo» es una función, plazada bajo el control de la primera. Una especie de separación de lo espiritual y lo temporal se instituye, distinción rechazada por el pragmatismo soreliano, el intuicionismo bergsonian y el marxismo. Este último confunde «dialécticamente» la «crítica por las armas» y el arma de la crítica, mezcla el «cambiar el mundo» por su interpretación y subordina lo segundo a lo primero.

Esta situación nos conduce a esta abdicación vergonzosa del espíritu humano cuya fórmula es la apuesta de Pascal: «Si concedo a Dios la fe y resulta que no existe, no pierdo nada; si existe, lo gano todo. Si no concedo mi fe a Dios me arriesgo a ir al infierno si resulta que existe.» La apuesta de Pascal, renovada por tantos intelectuales contemporáneos hacia el Dios-Stalin o sus iguales de otras partes, se reduce en última instancia a este cálculo: lo que importa no es contradecir a los poderosos, mientras que es interesante contradecir a las gentes que nada tienen que ver en la retribución de méritos o desméritos ideológicos. Si la creencia de Stalin-Dios o en la U. R. S. S.-Paraiso se recompensa con satisfacciones inmediatas o previsibles — de orden moral o material — y si el descreimiento o la herejía se castiga en este mundo o en el otro, es decir, en el presente o en el porvenir; si, además,

el ateísmo vis a vis de Stalin no ofrece idénticas ventajas, positivas o negativas, resultará que todo hombre dispuesto a hacer políticamente la apuesta de Pascal, se volverá hacia Stalin, danto la razón, al mismo tiempo, a la teoría marxista de la mixtificación creadora, ya que aportará a Stalin y a la U. R. S. S. la fuerza necesaria para suprimir todo el elemento de comparación que permitiera al espíritu humano negar el carácter genial del padre de los pueblos y la naturaleza paradisiaca de su régimen.

Hay que señalar que las democracias occidentales, para desviar los espíritus de semejante adhesión al stalinismo, no han podido encontrar otro remedio que proponer una apuesta «más ventajosa» que la de sus enemigos, profetizando una victoria del lado americano y anunciando a la vez premios y castigos para los que tomen partido por o contra él en el plano ideológico o crítico. Esta actitud de la razón al marxismo, al stalinismo y al totalitarismo sobre

el método y sobre el fondo filosófico del problema. El americanismo es también un pragmatismo idólatra de la fuerza. En efecto, la cuestión de saber si una cosa es verdadera queda subordinada en un caso como en el otro a una apreciación de la fuerza real o virtual del partido al que afirma o al que niega. Una cosa que «será cierta», si dispone de la fuerza de las bayonetas, «ya es verdadera», dialécticamente hablando.

Para ser un hombre digno del nombre de tal, hay que separar el deber del hecho, y aislar el juicio resultante del interés práctico. Hay que saber defender de todo corazón la causa que se sabe perdida, o la que se sabe que tiene menos probabilidades de vencer. (El stalinismo no admite «chances» ni «posibles» diversos, sino un solo «posible»: el que se realizará). La autonomía de la razón sólo puede plantearse por el desprendimiento de los juicios de valor con relación a los juicios de realidad o de probabilidad.

# I G U A L D A D

**I** G U A L D A D es la opción a desarrollar las actitudes humanas hasta el límite posible. Al hablar de la igualdad universal, cabe puntualizar lo que por igualdad concebimos y entendemos. Los hombres nunca serán iguales en todos los aspectos de la vida, ya que esa igualdad o tabla rasa, supone uniformidad.

Cada hombre tiene una inteligencia propia, parecida a la de los otros hombres, no idéntica. Otro tanto ocurre respecto a la estatura y a las necesidades físicas. Pretender llevar la igualdad a esos extremos sería pueril, cuando no suicida.

Busquemos la igualdad en la variedad; es decir, en el conjunto de factores que forman parte de la naturaleza con el objeto de hallar una mayor perfección. Imposible se hace llegar a la igualdad relativa sin haber conseguido previamente la libertad que precisamos para vivir como hombres conscientes y racionales.

El hombre tiene derecho a ser igual a sus semejantes en todo aquello que la naturaleza ofrece para todos sin distinción: en el goce de la felicidad, en el esfuerzo por mejorar la vida común y en el disfrute del derecho que concede la ética del contrato social.

La era expansiva y conquistadora pasó con el tiempo. Lo esencial ahora es cristalizar una síntesis acerca de lo que conviene hacer de la abundancia productiva, para elegir el sistema equitativo que nos permita vivir y desarrollarnos en un clima de

mínima violencia y de mayor seguridad. Se produce para que el hombre viva disfrutando con optimismo y holgura, no para atesoramientos particulares que perjudican el interés de la sociedad. Todas las riquezas deben estar al servicio del hombre; nada debe negarse a su progreso y bienestar. Cuando un sistema humilla y somete al género humano, cabe buscar una nueva forma de vida más equitativa y fraternal. Lo muerto debe ser enterrado para que las nuevas generaciones puedan alcanzar una existencia sana y dichosa. Un mundo libre, o ninguno. Tal es el dilema que nos plantea la lucha presente. No escuchar este imperativo es renunciar a vivir dignamente.

Las fuerzas de la ciencia, el trabajo y el progreso social nos señalan el camino a seguir. Se oponen a esta síntesis, conciliadora y evolutiva, los prejuicios patrióticos mal comprendidos y peor aplicados, las fronteras artificialmente levantadas y los dogmas ancestrales que todavía encadenan a los hombres. Urge integrar los conceptos abstractos del hombre en una síntesis universal y humana. La evolución nos obliga a optar por el bien, o por el mal. Puestos a decidir, nuestra elección no puede ser entre totalitarismo de derecha o izquierda, sino entre despotismo y derecho: o coerción brutal o libre examen; o la esclavitud de los pueblos o la cooperación de los hombres en la ciencia, en el trabajo y en la convivencia general para luchar en beneficio de todos.



# El mismo hombre en otra tierra



¿Qué más quieres caballero?

Decía

Rafael Alberti:

Un par... de mulas

y un cristalino silencio:

¿Qué más quieres, caballero?

*Otra tierra y otro mundo, otro cielo  
al que no irán nuestros niños, los famélicos,  
los famélicos,  
los estáticos, los uncidos  
al carro de boñigos y de mendrugos,  
con barrigas infladas y morenas  
y labios heridos por una risa sobornada.*

*Nunca han ladrado más, ni más afiladamente,  
los perros esqueléticos de España,  
que después de tu muerte y hasta ahora.  
Una locura taladrante nos ha inducido a llamar  
con nudillos desangrados,  
en todos los vientres.  
de todos los desiertos y de todas las rosas.  
Y con imbecilidad mariana  
hemos llamado también en los vientres leñosos  
de las vírgenes bonitas  
que se hacen más inhumanas ante la sordidez  
de la bofetada al hombre rojo,  
cuando son rojos aquéllos pocos valientes  
iluminados de razones  
e ideas puras,  
que no se postran ante la ignominia,  
ni prestan sus huesos chirriantes de rabia  
a ese yugo que a ti te costó  
lo que ahora entre el polvo,  
don Antonio.  
¡Don Antonio! Pan nuestro de cada hora,  
sospechado en el trigo y la uva,  
la oliva y el centeno,  
la naranja y el esparto*

*y descubierto en esta soledad abierta a todos.*

*¡Don Antonio, que te quedaste sin España  
cuando España quería mirarse en tu pecho  
y verse toda de blanco, niña y prometedora!*

*Pensamos en ti, con tu umbrosa gravedad,  
transportado al hondo rumor que dice cumbre,  
llorando por nuestra acongojada e inconsolable  
flora ibérica.*

*Pensamos en ti, suplicándote esa margarita  
que brota en la garganta de tu tumba,  
con una necesidad inconmensurable de ser naves  
de tu agua pequeña e infinita.*

*¡Don Antonio, que estás en la tierra,  
Machado sea siempre tu nombre  
y tu voluntad de cantor melancólico y sereno  
de Castilla,  
sea hecha en esa piel de toro reseco y soterrado,  
para que los niños de la luz  
despierten varonilmente al alba de todas las ciudades.*

*¿Descansas tú?*

*No. Tu corazón perplejo no descansa.*

*No descansa el cielo cuando truena,*

*ni el mar cuando los ríos se desbordan.*

*No descansa el espíritu enseñoreado del jazmín  
cuando salpica de nuevo la sangre un mundo  
de inmediato venidero.*

*¡Un álamo español fuera de Castilla, si!*

*¡Y eres tú, don Antonio, de aguas hondas  
y de alientos!*

*Pero nosotros, los tuyos,  
compondremos con cánticos y brazos indecibles  
los cauces del blando Guadalquivir  
y del duro Duero!*

ABARRATEGUI

POETAS DE AYER Y DE HOY

# DESPERTAR

por EUGEN RELGIS

La luz se desvanece en ondas mansas  
en el lago translúcido:  
copa entre las montañas cinceladas  
por la diáfana mano de lo eterno...

Se derraman los rayos del corazón solar,  
filtrados por encinas seculares  
bajo las cuales llevo mi carga de pensamientos;  
pero todo, las ansias y tormentos  
se esfuman como ensueños  
en las aguas azules que palpitan  
como la sangre ardiente.

Los rayos se derraman, las olas se persiguen  
y no obstante  
el paisaje es el mismo en torno mío —  
tan etéreo y tan puro, con picachos  
de coronas nevadas —  
y con bosques frondosos sobre el pecho,  
y pequeñas aldeas que anidan en las faldas,  
absorbiendo el olvido  
y la paz,  
sin estorbos, sin máculas,  
en la copa del lago...

Flotan lentos los botes diminutos  
y los remos parecen sacar escamas de oro;  
dos veleros plateados  
vienen en la fragancia de la brisa  
como gaviotas que aletean suaves,  
como seráficos cisnes  
que se deslizan bajo  
el incesante hechizo del amor...

¡Qué sereno es el cielo  
con las nubes que viajan sobre abismos!  
¡Qué suave es la neblina en que dormitan  
las montañas gigantes empinadas  
y ya petrificados para siempre!  
¡Qué felicidad tierna es la del mundo:  
con los guijarros de la playa juegan  
los niños y los jóvenes, desnudos,  
desnudez de la vida,  
nadan en la alegría de ser libres!

¡Qué pena es para mí la soledad  
del hálito que vibra sobre el agua,  
que se filtra en las ramas y se alza hacia  
las cumbres fulminadas allá arriba!

...¿Por qué, sin darme cuenta, te has quedado,  
perro-lobo, aquí cerca del banco  
donde yazgo perdido, ajeno a mí?  
¿Por qué me miras, pobre vagabundo,  
con tus ojos tan blandos, tan humanos?  
Parece que quisieras murmurarme,  
decir una palabra, si pudieras,  
algo divinamente dulce, «hermano».

Todo el hechizo se esfumó de pronto...  
El paisaje es el mismo junto a mí  
— pero siento otra vez en el camino  
un fragor de crujidos y de aullidos  
y el corazón de acero de las máquinas —  
cómo pasan en duras sacudidas  
los convoyes de armas,  
soldados y soldados a los valles,  
que están al otro lado de las sierras,  
hacia el infierno ciego y horrrisono  
atestado  
de llamaradas y de vahos de azufre,  
de odios y de muerte.

¡Apocalipsis!  
La tierra se sacude:  
viene el último día,  
ya se acerca,  
ya más cerca, más cerca...

...Se derrama la luz sobre las ondas,  
un bote se desliza fantasmal.  
¿Por qué me estás mirando compasivo,  
oh, perro vagabundo, perro-lobo?

Lago de Annecy (Alta Saboya), 2 de septiembre de 1939, al estallar la Segunda Guerra Mundial.

(Versión castellana de Pablo R. Troise)

## UN POETA DEL PUEBLO

# Romance de la Guardia Civil

Los caballos negros son.  
Las herraduras son negras.  
Sobre las capas relucen  
manchas de tinta y de cera.  
Tienen, por eso no lloran,  
de plomo las calaveras.  
Con el alma de charol  
vienen por la carretera.  
Jorobados y nocturnos,  
por donde animan ordenan  
silencios de goma oscura  
y miedos de fina arena.  
Pasan, si quieren pasar,  
y ocultan en la cabeza  
una vaga astronomía  
de pistolás inconcretas.

¡Oh, ciudad de los gitanos!  
En las esquinas, banderas.  
La luna y la calabaza  
con las guindas en conserva.  
¡Oh, ciudad de los gitanos!  
¿Quién te vio y no te recuerda?  
Ciudad de dolor y almizcle,  
con las torres de canela.

Cuando llegaba la noche,  
noche que noche nochera,  
los gitanos en sus fraguas  
forjaban soles y flechas.  
Un caballo malherido  
llamaba a todas las puertas.  
Gallos de vidrio cantaban  
por Jerez de la Frontera.  
El viento vuelve desnudo  
la esquina de la sorpresa,  
en la noche platinoche,  
noche que noche nochera.

La Virgen y San José  
perdieron sus castañuelas,  
y buscan a los gitanos  
para ver si las encuentran.  
La Virgen viene vestida

con un traje de alcaldesa,  
de papel de chocolate  
con los collares de almendras.  
San José mueve los brazos  
bajo una capa de seda.  
Detrás va Pedro Domecq  
con tres sultanes de Persia.  
La media luna soñaba  
un éxtasis de cigüeña.

Estandartes y faroles  
invaden las azoteas.  
Por los espejos sollozan  
bailarinas sin caderas.  
Agua y sombra, sombra y agua  
Por Jerez de la Frontera.

¡Oh, ciudad de los gitanos!  
En las esquinas, banderas.  
Apaga tus verdes luces  
que viene la benemérita.  
¡Oh, ciudad de los gitanos!  
¿Quién te vio y no te recuerda?  
Dejadla lejos del mar,  
sin peines para sus crenchas.

Avanzan de dos en fondo  
a la ciudad de la fiesta.  
Un rumor de siemprevivas  
invade las cartucheras.  
Avanzan de dos en fondo.  
Doble nocturno de tela.  
El cielo, se les antoja  
una vitrina de espuelas.

La ciudad, libre de miedo,  
multiplicaba sus puertas.  
Cuarenta guardias civiles  
entran a saco por ellas.  
Los relojes se pararon,  
y el coñac de las botellas  
se disfrazó de noviembre  
para no infundir sospechas.  
Un vueño de gritos largos  
se levantó en las veletas.

Los sables cortan las brisas  
que los cascos atropellan.  
Por las calles de penumbra  
huyen las gitanas viejas  
con los caballos dormidos  
y las orzas de monedas.  
Por las calles empinadas  
suben las capas siniestras,  
dejando detrás fugaces  
remolinos de tijeras.  
En el portal de Belén  
los gitanos se congregan.  
San José, lleno de heridas,  
amortaja a una doncella.  
Tercos fusiles agudos  
por toda la noche suenan.  
La Virgen cura a los niños  
con salivilla de estrella.  
Pero la Guardia Civil  
avanza sembrando hogueras,  
donde joven y desnuda  
la imaginación se quema.  
Rosa la de los Camborios  
gime sentada en su puerta  
con sus dos pechos cortados  
puestos en una bandeja.  
Y otras muchachas corrian  
perseguidas por sus trenzas,  
en un aire donde estallan  
rosas de pólvora negra.  
Cuando todos los tejados  
eran surcos en la tierra,  
el alba meció sus hombros  
en largo perfil de piedra.

¡Oh, ciudad de los gitanos!  
La Guardia Civil se aleja  
por un túnel de silencio  
mientras las llamas te cercan.  
¡Oh, ciudad de los gitanos!  
¿Quién te vio y no te recuerda?  
Que te busquen en mi frente.  
Juego de luna y arena.





# CENIT

*sociología*  
*ciencia - literatura*



**Rodolfo Rocker:** Testigos de su tiempo. — **T. F. Cano Ruiz:** La España «quemada». — **Vladimir Muñoz:** El primer número de la revista «Futuro». — **Floreal Ocaña:** Asesinato de Miguel de Unamuno. — **Miguel de Tolocha:** El tiempo en fichas. — **F. Alvarez Ferreras:** Destrozos del anarquismo de ayer y de hoy. — **Ingrid Ruiz:** La Peste. — **Eugen Relgis:** Por las Bibliotecas. — **M. Celma:** Palabras y frases. — **Arnold Royer.** Páginas de la historia del Proletariado Español, 1848-1907, (folletón encuadernable).

# 189

Julio - Agosto 1969

REVISTA MENSUAL

PRECIO: 1,50 F.



4P 5523

## NUESTRA PORTADA

Esta hermosa cabeza de expresión reposada y profunda, no proviene, como podría suponerse, del arte griego. Otras razas, otras civilizaciones, consiguieron llegar a la misma perfección de la línea, al mismo dominio de la materia, para producir obras inmortales.

Que, al correr de los siglos, representan todavía, por medio de la escultura, la síntesis de la expresión humana.

Esta cabeza, de autor desconocido, es la de un monje budista que existió en el siglo III° o IV° antes de la Era cristiana. Fue descubierta en las excavaciones de Hadda. El tiempo la respetó y a nosotros llega, con la gracia profunda e indecible de sus rasgos casi adolescentes, con la expresión de sus ojos en los que la sombra parece poner una dulce malicia.

Simboliza la Serenidad, la calma, la paz de un alma que la alcanzara, por la meditación y el acuerdo de los actos con el íntimo pensamiento, esa forma de nirvana ideal en que reposa la sabiduría budista.

El desconocido artista que la forjara a golpes de martillo, nos lega, a través de 23 ó 24 siglos, la realización plástica de un viejo, de un eterno sueño humano.

Conseguir la serenidad del corazón y del pensamiento; obtener, por un milagro de voluntad y de equilibrio, el despegue total de todas las cosas tras la que corren los otros hombres desafortunados — placeres, poder, dinero, — ¿no es acaso el mayor de los triunfos que pueda conseguir el ser humano sobre sí mismo?

Esta cabeza sonriente, de rasgos finos y nobles, que el artista calificara de símbolo y expresión de la serenidad, venida a nosotros desde el fondo de los siglos y desde las lejanías de esa Asia, cuna de las civilizaciones, se nos antoja aleccionante y consoladora.

Ya que es de serenidad, de paz interior y exterior, de lo que más faltados estamos, hombres del siglo XX.

## GENIT

### REVISTA BIMESTRAL DE SOCIOLOGÍA, CIENCIA Y LITERATURA

#### REDACCION

Federica Montseny y Miguel Celma

#### COLABORADORES

Vladimiro Muñoz, Evelio G. Fontaura, Hem Day, Campio Carpio, Eugen Relgis, Dr. Pedro Vallina, Germinal Esglesas, Renée Lamberet, Cosme Paules, José Muñoz Congost, Floreal Ocaña, Ramón Liarte, José Viadiu, Víctor García, J. Guerrero. Severino Campos, Abarrátegui.

#### Suscripción anual:

Francia .....	9,00
Exterior .....	11,00
Precio de un ejemplar suelto .....	1,50

Giros: León Antonio, C.C.P. 2 738 77-Toulouse  
4, rue Belfort, 2ème étage F-31 TOULOUSE



(Todos los pareceres, por distintos que sean del nuestro, en los que aliente un pensamiento respetable, tienen cabida en estas columnas.)

# CENIT

★ REVISTA DE SOCIOLOGIA, CIENCIA Y LITERATURA ★

Año XIX

Toulouse, Julio - Agosto de 1969

N.º 189

## Testigos de su tiempo

Un análisis objetivo de R. Rocker sobre la toma del Poder por el Nacional-Socialismo en Alemania



### EL CAMINO DEL TERCER IMPERIO

VISTOS con los ojos de extraños los acontecimientos de Alemania parecen casi increíbles. Sólo muy pocos comprenden el carácter y las causas efectivas de la llamada «revolución nacional». Ante todo se maravilla uno de que un país, que disponía del más grande movimiento obrero organizado del mundo, un movimiento que podía remontarse a una larga historia, se dejase atropellar sin resistencia alguna y fuese forzado a ponerse de rodillas, sin hacer el más mínimo intento digno de mención para enfrentarse con el peligro amenazante. Pero en realidad la victoria del fascismo alemán no fue en manera alguna una sorpresa, sino la consecuencia lógica de un largo desarrollo favorecido y estimulado por causas diversas.

Desde los días de la Primera Internacional se ha llevado a cabo en el seno del movimiento obrero europeo una profunda transformación que se manifestó en la mayoría de países de idéntica manera. En lugar de los grupos socialistas ideológicos y de las organizaciones económicas de lucha, en las que la parte avanzada de la vieja Internacional veía las células de la sociedad futura y los órganos naturales de la transformación de la economía en el sentido del socialismo, aparecieron los modernos partidos obreros y la colaboración parlamentaria en el Estado burgués. La vieja educación socialista, que hablaba a los trabajadores de la conquista de la tierra y de las fábricas, fue gradualmente olvidada. En lo sucesivo se habló sólo de la conquista del Poder político y se entró por completo en los cauces de la sociedad capitalista.

Mientras los novísimos partidos obreros concentran toda su actividad principalmente en la actuación parlamentaria del proletariado y en la conquista del poder político como primera condición

para la realización práctica del socialismo, se desarrolló en el curso de los años una nueva ideología, esencialmente distinta de las concepciones socialistas de la primera Internacional. El parlamentarismo, que adquirió una posición dominante muy pronto en los partidos obreros de la mayor parte de los países, sedujo a una cantidad de elementos burgueses y de intelectuales ávidos de carrera al campo del socialismo, con lo cual se apoyó más todavía el cambio espiritual interno y hubieron de quedar pospuestas del todo las verdaderas aspiraciones socialistas. Así apareció en lugar del socialismo creador de la vieja Internacional una especie de producto sucedáneo que sólo tenía con aquél de común el nombre.

De este modo perdió el socialismo más y más el carácter de un nuevo ideal de cultura que había de preparar espiritualmente y capacitar prácticamente a los pueblos para la disolución de la civilización capitalista y que en consecuencia no podía detenerse en las fronteras artificiales del aparato nacional del Estado. En la cabeza de los jefes de esa nueva fase del movimiento se confundieron cada vez más las exigencias del Estado nacional con las aspiraciones espirituales del partido, hasta que finalmente no fueron ya capaces de percibir una determinada línea divisoria y se habituaron a ver el socialismo por las anteojeras de los llamados «intereses nacionales». No podía menos de ocurrir, pues, que el movimiento obrero moderno se integrase en el aparato nacional del Estado como elemento necesario, devolviendo así al Estado mismo el equilibrio interior que había ya perdido.

Sería falso querer interpretar esta rara transformación simplemente como una traición consciente de los jefes, como se ha hecho a menudo. En realidad se trata aquí de una integración paulatina en la ideología de la sociedad capitalista, condicionada por la actuación práctica de los actuales partidos



obreros y que necesariamente tenía que obrar sobre la actitud espiritual de sus portavoces políticos. Los mismos partidos que habían partido un día a la conquista del poder político bajo la bandera del socialismo, se vieron por la lógica de las circunstancias en una posición en que hubieron de abandonar trozo a trozo su anterior socialismo en favor de la política nacional del Estado; se convirtieron sin que la gran mayoría de sus adeptos lo hubiese advertido siquiera en parangón de la lucha entre el capital y el trabajo, en pararrayos político para la seguridad del orden económico capitalista. La posición de la mayor parte de esos partidos al estallar la guerra mundial y durante la misma, demuestra que esta interpretación corresponde completamente a los hechos.

En Alemania, que en general no había conocido otra forma del movimiento obrero y que además era un país sin tradiciones revolucionarias, se operó ese proceso de desarrollo a fondo e influyó más tarde el movimiento de la mayoría de los otros países. El fuerte aparato de la organización de la socialdemocracia alemana y sus supuestos éxitos en todas las elecciones, le proporcionaron en el extranjero un prestigio mayor del que merecía. Se olvidó que sólo se trataba de triunfos electorales que no podían conmover el orden capitalista; y cuanto más cayeron los partidos hermanos del extranjero en los mismos cauces, tanto más sobreestimaron la influencia de la socialdemocracia alemana y la fuerza de su organización.

La agitación de Ferdinand Lasalle abrió el camino al movimiento obrero alemán y su influencia sobre el movimiento quedó siempre reconocible; dio al socialismo alemán su característica especial y despertó principalmente en los años anteriores a la guerra y de la llamada revolución alemana la renovada fortaleza. Lasalle fue durante su vida un adepto fanático de la idea hegeliana del Estado y se apropió además las concepciones del socialista estatal francés Louis Blanc. Sus adeptos estaban tan firmemente convencidos de la «misión libertadora» del Estado, que su estatolatría asumió a veces formas que movieron a la prensa liberal de Alemania a calificar el movimiento de Lasalle como un instrumento de Bismarck. Faltaba a esas acusaciones el fundamento material, pero el singular coqueteo de Lasalle con el «reinado social» las hacían explícitas.

En el extranjero se es a menudo de opinión, que Alemania ha sido el país «más marxista» del mundo y la lucha bárbara de los nuevos gobernantes contra el «marxismo» ha fortificado a muchos en esa opinión. Pero en realidad las cosas no estaban así: la cifra de los verdaderos marxistas era en Alemania muy pequeña, y la actitud política de la socialdemocracia fue más influenciada por las ideas de Lasalle que por Marx y Engels. Marx ciertamente había declarado que la condición previa para la realización del socialismo era la conquista del poder político, pero sostenía el punto de vista que el Estado, una vez cumplida su supuesta misión y suprimidas las clases y los monopolios en la sociedad, tenía que desaparecer como institución social para dejar el puesto a una sociedad sin gobierno. Era un

autoengaño, refutado radicalmente por el experimento bolchevista en Rusia, pues el Estado no sólo es el protector, sino también el conservador y creador de los monopolios y de la dominación de clases en la sociedad. Sin embargo, Marx había previsto el fin del Estado; pero Lasalle era un apasionado propulsor de la idea del Estado y estaba dispuesto a sacrificar a ella toda libertad personal del ciudadano. De él heredaron los socialistas alemanes su celosa estatolatría y una gran parte de sus aspiraciones antilibertarias. De Marx tomaron solamente la creencia fatalista en el poder insuperable de las condiciones económicas que, como todo fatalismo, paralizó la voluntad y socavó sistemáticamente todo sentido de las masas en favor de la acción revolucionaria seria.

Si se agrega además la fuerte influencia que un militarismo y un Estado burocrático como el de Prusia tenía en toda la vida social de Alemania, se comprende cómo habría de manifestarse una tal «educación de las masas». Se puso en evidencia con trágica notoriedad el estallido de la revolución alemana de noviembre de 1918. El movimiento socialista del país se había encallado en los largos años de rutina parlamentaria y no fue capaz ya de ninguna acción creadora. Los jefes influyentes del movimiento y especialmente Fritz Ebert, el primer presidente de la República alemana, intentaron con todos los medios apaciguar el estado de ánimo revolucionario de las masas después de la guerra perdida y conducirlo por vías legales. Se interpusieron hasta lo último contra toda medida demasiado radical y todavía en vísperas del 9 de noviembre, escribió el «Vorwaert» un artículo admonitorio para asegurar a sus pacientes lectores que el pueblo alemán no estaba todavía maduro para la República.

Se puede comprender lo que podía llegarnos de semejante «revolución». Ya un año después del cambio político de 1918, escribió un periódico democrático-burgués como la Frankfurter Zeitung, que la historia de los pueblos europeos no había tenido hasta entonces una revolución tan pobre en ideas creadoras, tan débil en energía revolucionaria como la alemana. En realidad los acontecimientos de noviembre de 1918, no se deberían calificar de revolución. Una revolución nace del impulso irresistible de un pueblo esclavizado que rompe sus cadenas para crearse un nuevo porvenir. Pero en Alemania la revolución fue impuesta desde el exterior. Después de haber anunciado los aliados que no admitían una paz con la dinastía de los Hohenzollern, se produjo la caída del Imperio y de las dinastías alemanas por decirlo así automáticamente para terminar la guerra, que para Alemania estaba irremisiblemente perdida. Se obedeció al imperativo de la hora, no al impulso propio.

Ciertamente hubo en Alemania un cierto número de revolucionarios honestos y también decididos, que aspiraban a llevar las cosas más allá y a crear para la revolución un más amplio campo de acción, pero formaban sólo una pequeña minoría y no fueron capaces de dar por no vividos los acontecimientos de una larga educación y poner en movimiento las masas de las organizaciones políticas y económicas del proletariado alemán, que se contaban por

millones. Nunca se mostró más claramente que en la revolución importa menos la organización técnica de las masas que el espíritu que las domina. Una organización sin impetu revolucionario, sin iniciativa propia, es sólo un poder ficticio que fracasa en el momento en que ha de ser puesta a prueba. Este era literalmente el caso de Alemania. Sin tradiciones revolucionarias sensibles, el proletariado alemán, fuera de la actuación parlamentaria y de la declarada política de reformas de los sindicatos, no había conocido otros métodos de lucha y buscó en éstos su salvación. Hasta el sufragio universal, que en Francia y en otros países hubo de ser conquistado por medio de la lucha, cayó a los alemanes en el regazo, sin lucha, por decirlo así, como un regalo de la magnificencia de Bismarck. Así fue malograda la revolución ya al comienzo y no pudo reunir la energía indispensable para una superación radical del pasado.

### LA SOCIALDEMOCRACIA Y EL JUNKERISMO PRUSIANO

Fue una fatalidad histórica para Alemania el que haya caído bajo la dirección de un Estado militar semifeudal, pobre en cultura como Prusia, que estaba enteramente bajo la influencia de los junker. El junkerismo prusiano fue siempre el centro de toda reacción política y social en Alemania; una casta brutal, sin espíritu, animada por el egoísmo más mezquino, que no pudo desprenderse nunca del olor a establo de su pasado, cuya posición dominante había de manifestarse como una maldición para todos los otros pueblos y clases de Alemania. Ya la mayoría de los patriotas alemanes de 1813, no querían saber nada de una Alemania unificada bajo la dirección de Prusia, y Goerres escribió en su *Rheinischen Merkur*, que «no sería grato a los sajones y renanos que las cuatro quintas partes de los alemanes hubieran de regirse por mucho menos de la quinta parte, que además era semieslava y no alemana». En realidad la parte eslava de la población prusiana había aumentado considerablemente por «la conquista» de Silesia y la división de Polonia en tiempos de Federico II, y abarcaba más de las dos quintas partes de la población total del país. Y eso se nos presenta hoy tanto más cómicamente cuando precisamente Prusia, en la historia moderna, se vanagloria como guardiana legítima del «germanismo puro».

Por ese motivo la primera tarea política de la revolución alemana habría tenido que consistir en romper de una vez por todas, el poder nefasto del junkerismo prusiano en Alemania a fin de asegurar el porvenir del país. Pero eso no podía ocurrir más que privando al junkerismo de la verdadera fuente de su influencia política y poniendo mano en las grandes fincas. El primer gobierno de Alemania después de la guerra era solamente socialista, y por esa razón habría debido sentirse llamado a esa labor. Los revolucionarios burgueses de la

gran revolución francesa, que no eran movidos por ninguna especie de ideologías socialistas, comprendieron bien que podían libertar a Francia del predominio político de la aristocracia y del clero, sólo expropiando a los propietarios nobles de la tierra y quitándoles la verdadera fuente de su influjo político. Pero los socialistas alemanes no pensaron en semejante medida. Sus jefes espirituales inventaron más bien una nueva teoría e intentaron persuadir a sus adeptos de que un periodo de ruina económica no era apropiado para experimentos socialistas. Y, sin embargo, una división de la gran propiedad habría sido de un formidable alcance, aun cuando se hubiera procedido a ello no en sentido del socialismo, sino por razones puramente políticas, pues habría encadenado la masa de los campesinos pequeños y grandes a la República, a la misma masa que luego se convirtió en su enemiga más declarada.

Pero los jefes de la socialdemocracia alemana no sólo dejaron intacto el derecho de propiedad de los junker prusianos cuando tenían el Poder y podían serles peligrosos, sino que ni siquiera pensaron en tocar los bienes de los príncipes alemanes. Mientras las masas semihambrientas se hundían cada vez más en la miseria, pagaba el Gobierno a los ex príncipes sumas fabulosas como «indemnizaciones», y tribunales serviles procuraban que no se perdiera un solo céntimo de aquellos parásitos. Y no se trataba sólo de indemnizaciones a los padres de la patria derribados por la revolución de noviembre, sino también de las que se abonaban a los sucesores de los pequeños potentados, cuyos reinos habían desaparecido del mapa desde hacía 130 años. A esa decadencia de antiguos déspotas de campanario solamente le pagaba el Reich anualmente la pequeña suma de 1.834.139,91 marcos. De los príncipes reinantes hasta la revolución de noviembre, sólo los Hohenzollern pidieron una indemnización de 200 millones de marcos oro. Las exigencias de todos los príncipes alemanes superan cuatro veces el empréstito de Dawes. Y mientras a los más pobres de los pobres se les reducía sin cesar el par de céntimos que no bastaban para satisfacer las más apremiantes de las necesidades, a ninguno de aquellos «nobles» le pasó por la imaginación la entrega de algunos peniques para aliviar la espantosa miseria. Como Shylok, se aferraron a sus papeles y dieron al mundo un ejemplo clásico de lo que importa en realidad la supuesta «comunidad de intereses de la nación». Si los jefes del movimiento obrero socialista organizado, numéricamente tan fuerte, cuando tenían el Poder para ello, hubiesen mostrado al junkerismo prusiano y a los príncipes alemanes la centésima parte de la firmeza que hoy evidencia el fascismo victorioso frente a ellos y a las conquistas del proletariado alemán, habría quedado salvada Alemania y el resto del mundo del vergonzoso episodio del Tercer Imperio.

R. ROCKER

Julio de 1934.

## TRANSFIGURACIONES

por T. F. CANO RUIZ

# La España «quemada»

Vuestro cavellos, Señora,  
de oro son...  
¿Y de acero el corazón?

Alusiones de Luis de León a la Corona y Santo Oficio. Más aún:

Llamas, dolores, guerras...  
A tí y a tus vasallos naturales.  
A toda la espaciosa y triste España.

Lenguaje salmantino. Homero u Horacio redivivos. No es un Medrano. La profecía del Tajo le muestra poco cortesano y nada amigo de la Inquisición. Su emoción resalta por humana, lejos de erudiciones a la violeta. Se rebela ante cualquier fealdad. Contrasta pasiones, pueblos, cegueras, la Autoridad.

Los campos de batalla colman el dolor de este catadrático y poeta, cuyo talento o vena lírica está en sólo esto: «¡Eheu, cuánto sudor presente!» Empresas de Ultramar que ahondan sus sinsabores, mesurando la codicia española y fuerza bruta conquistadora. En la oda «En vano el mar fatiga» se «aparece tres veces como para intimidar cristuras malas u hombres empedernidos».

Este Luis Mayor da la medida del Imperio donde no se ponía el sol:

Como león hambriento  
sigue, teñida en sangre espada y mano,  
de más sangre sediento.

Llano y monte se verán llenos de cadáveres. Sambio del Número y del Nombre, sus poemas o lecciones nada dicen de los celajes monásticos, calabozos e impases donde tanto creaba sin comodidad ni alumbrado. De ahí su clamor si «Las selvas conmovieran», «Comentarios al libro de Job» o «Al salir de la Prisión»:

Aquí la envidia y mentira  
me tuvieron encerrado...

Y más adelante la denuncia recobra todo ese ímpetu castellano:

No siempre es poderosa,  
Carrero, la maldad, ni siempre atina  
la envidia ponzoñosa,  
y la fuerza sin ley que más se empina  
al fin la frente inclina.

Con Juliano, Marcello y Sabino — en «La huerta grande» — se desfilde:

De aquellos que de mi saber desean,  
les di que no me viste en tiempo alguno.

Nobleza del idioma. Conocimientos, dominio cabal de poliglota y polígrafo. Quizá en otras lenguas hubiese tenido menos resonancia, pero la suya es de epepeya en la literatura peninsular.

Cimas y depresiones en la curva nacional marcan que los hechos apenas repercuten ni siquiera se repiten. Corresponde al hombre realizar la Historia. Dudoso que «lo que sucedió es lo mismo que sucederá porque lo de hoy ya precedió de siglos». Más cierto es nuestro afán de conocer como actores.

El «Epítome Ovetense» de 885 dice que, entre griegos, romanos, cartagineses, sajones, germanos, francos, nos distinguimos por nuestra «sed de dominio». «Monumenta Germinae Historica chronica Minora» tiene un «De proprietatibus gentium» posterior a la invasión musulmana del suelo ibérico. Dice así: «Grecolatinos falaces e hispanos violentos o agudos». Cualidades bifrontes de Jano. Aguilas imperiales, aguiluchos de escudo, murciélagos... Ortega tiene razón. Don Quijote es un equívoco y el primer mártir. Su esencia es su incertidumbre. No es en la supuesta locura que está el mal. Las verdades son eternas. Únicas. Invariables. «Para ser lo que más auténticamente sois...»

Espiritus de sobriedad. Aspera. Seca. Sin transiciones. Como mirando a Loyola o nuestras estepas. Ninguna conexión entre paisaje, terruño, los hombres. Trogo Pompeyo tiene una «Historiae Phillipical» del siglo II que dice: «Hispano tiene cuerpo dispuesto abstinencia y durezas».

A pesar del oro y la plata de Potosí, los extraños ven nuestras mansiones mal amobladas, pobres comidas, vestidos de harapos, penitentes, miseros, prostitutas, descalzos, piojosos, leprosos, universitarios que se sientan en el suelo o escriben de rodillas, falta de obras, laboratorios, mesones inhospitalarios, pulgas y chinches, sarna, dementes, escasa urbanización. Por contera, castillos, iglesias, monasterios, palacios insultantes de tanto alarde. Y los segadores bajo sofocante sol, tratados como gleba — con látigo, a gritos —, contentos con el cantarillo de agua del pozo. Porque la del alcibe es para el señor...

«Sustine et abstine». Senequismo. En Pavia la tropa da su peculio a Pescara para que pague a los mercenarios tudescos. En «El sitio de Breda», Calderón presenta soldados que entregan su sueldo a comilitones extranjeros. Y ahí tenemos «Las Lanzas» de Velázquez para consolarnos de su mágico arte.

Entre tanto descuidase la industria, comercio, artes, oficios. Guicciardine anota que los artesanos tienen «fumo de fidalgos». Es la picaresca del



costumbrismo en el Siglo de Oro, antes y después. Mi paisano Saavedra Fajardo describe: «Espíritus altivos, propio de la Nación». Gracián sostiene: «Impaciencia de ánimo, tacha de españoles, así como la paciencia es ventaja de los belgas; éstos acaban las cosas; aquéllos acaban con ellas; hasta vender la dificultad sudan, y contentándose con el vencer; no saben llevar a cabo la victoria».

Felipe II — «le démon du Midi» — era deudor de genoveses. El puente de oro entre el Altiplano y la metrópoli — minas del Perú —, habría inundado a Europa. Suárez de Figueroa, Leonardo Donato, Thome Pinheiro hablan de «la desatención hispánica». 25 ó 30 millones anuales en oro pasaron a los mercaderes de Génova en concepto de acreedores de la monarquía imperialista.

En «El Celoso Prudente» dice Tirso: «Socorro de España sois, siempre perdido por tanto». Cervantes nos ilustra con «El gallardo español»: «El rey de Argel da por cierto que los españoles llegarán fuera de tiempo con socorro para Orán». El «Vocabulario» de Correas define: «Socorro de España, queja que envía tarde los socorros, cosa ordinaria en Imperios». Diez Gámez en su «Victorial»: «Los ingleses acuerdan antes de tiempo; estos son prudentes. Los franceses nunca acuerdan fasta que están en el fecho; estos son orgullosos e presurosos. Los castelanos nunca acuerdan fasta que la cosa es pasada; estos son ociosos e contemplativos».

Ramón Pérez de Ayala nos acusa de que renunciamos a todo por fútil empeño:

**Reposan sobre su cabeza  
la mariposa del ensueño  
y el escorpión de la pereza.**

Exploramos el Amazonas sin conocimiento. Descubrimos improvisando. Aventura y repentinaciones. Todo se sacrifica o abandona por hegemonía. Fernández de Navarrete censura «el siempre inusitado modo de imperar seguido por Castilla». Un viajero francés: «Maravilla cómo, siendo tan pocos, se hacen notar en las guerras. Son como los macedemonios: sufridos, duros, a la vez que ambiciosos, crueles y ostentosos. Ellos lo hacen todo en Occidente e Indias».

Carlos I se retira en su oratorio porque no quiere «fiestas de Corte» a costa de la sangre de sus Tercios. Von Bemelberg enfádase del «paso lento español» que pierde horas, días, meses, años, decenios, milenios... Larra critica a «Monsieur Sans-Délai» o vuelva usted mañana...

Atraso. «Apathia». «Aboulia». «Sossiego» del «nada te turbe». Francisco Santos lo grita en 1600. Justificación de lo hecho mal o no hecho. «No importa» de Felipe IV. Y que hizose consigna en las guerras carlistas e inciviles. El Pretendiente decía a Dorregaray: «Quisiera y pido a Dios que el «General No Importa» presida nuestra campaña».

Samuel Edward Coon hace este relato: «La alegría con que las gentes de todas las clases sociales soportan el infortunio, las privaciones y aun el empobrecimiento es algo que a duras penas puede creerse. No se les oye una queja; hay una dignidad innata en el pueblo que les impide lamentarse ni

aun en la intimidación, y tal vez sea esto en lo único que son reservados».

«Historia Silence» del siglo XII. En las muy penosas guerras sólo podían pelear los duros castellanos. Rolando, Oliveros, Carlomagno, huyen de Zaragoza para recrearse en las termas de Aquisgrán. Jiménez de Rada, «De rebus Hispaniae», lamenta que los de ultramontes se vuelvan a sus tierras cuando faltan viveres. Solos nos dejaron en las Navas de Tolosa.

Mientras que Roma tardó dos centurias en dominarnos, nosotros dominamos en 50 años océanos y hemisferios. Mas la granjería de esclavos subleva a Bartolomé de las Casas, Pedro Aria, Fernández de Oviedo, etc. «Requerimientos» contra ella a granel. Cadalso, Balmes y otros pensadores fijan las distancias entre clases y castas. Teófilo Gautier regodeábase con famélicos fumadores...

En el siglo X ya no hay «villanos». León y Aragón suprimen la esclavitud. Pero el «Marco Aurelio» de Antonio de Guevara — siete centurias después — avisa sobre la «novita» o «haute nouveauté». Entonces se echa mano de llaves, llavines y cerrajos para encerrarnos a cal y canto: «No curéis de intentar ni introducir cosas nuevas, porque las novedades siempre acarrearán, a los que las ponen, enojos, y en los pueblos engendran escándalo». Ordenado a la autoridad de Granada.

Nada sirve el perfeccionamiento moral para el ser humano, según los aristócratas, frailes y senequistas del estoicismo como suicidio o crimen. Pero volvamos a Gasset: «Dios es también un punto de vista... El arte nuevo es un hecho universal». Estamos frente a frente de la escolástica o tradición que el ilustre Covarrubia nos vierte así: «Novedad, cosa nueva y no acostumbrada. Suele ser peligrosa por traer consigo «andanza de uso antiguo».

Latinistas, filántropos nos dicen: «Desear saber más de lo necesario es una especie de intemperancia». «Sapere ad sobrietatem». Los catedráticos de Cervera preferían menos con su «lejos de nosotros la funesta manía de pensar». Sobriedades, sobriedad de la Epístola 88 de San Pablo. Mas filosofía moderna con Soto, Maldonado, Suárez, Canó. Humanistas cual Fernández de Heredia que nos regala la primera versión de Plutarco. Feijóo, Antonio Agustín, Pedro Ponce o Quevedo brindándonos con estas tonalidades:

**Aquella libertad esclarecida  
que donde supo hallar honrada muerte  
nunca quiso tener más larga vida.**

El doctor Villalobos la invoca en su agonía, vida, esperanza: «Venga ya la dulce muerte con que libertad se alcanza». Jovellanos fustiga mandas pias, innumerables fundaciones, conventos, colegios, hospitales, cofradías, patronatos, capellanías, memorias, aniversarios que sobrecargan la amortización y «son los deshagos de la riqueza agonizante, siempre generosa...»

Simón Cantarini manifiesta: «Los españoles tienen bien asentada la religión católica, aunque no son morales». Imaginación fatídica. Ninguna probidad administrativa. Impureza, partidismos. Fe por

el hierro. Poderes «muy por encima de la razón moral». «Al amigo hasta lo injusto, y al enemigo ni lo justo».

Caciquismo, «grave enfermedad», admitida en el Diccionario. Culminante en Costa: «Oligarquía y Caciquismo». Rafael Salinas la vierte por hampa. Raíces hechas en monarquías, repúblicas, estados de cosas degradantes de una Sociedad. «Persas», «serviles» y «apostólicos» hacen de hampas o la ley del encaje.

Ya los «Topoi» de Berceo son un anticipo a los «topos» de Concha Espina. En «Misericordia de Ommes», Juan Ruiz se adelanta de siglos a lo «social» de Galdós o de todos. No cabe mayor aborrecimiento de tantas injusticias sociales.

- Vi tener el dinero las mayores moradas.
- Face perder al pobre su casa e su viña, sus muebles e raíces, todo lo desaliña.
- Al que non da dinero, échanle las esposas.
- El que no tiene que dar, su caballo non corre.
- Do el dinero juzga, allí el ojo guña.

Ricos que se libran de servicios, armas, prisiones. Explotadores favoritos de privanzas reales. Pobres que dan con sus huesos en cuarteles, matanzas militares, esgástulos, terribles faenas de siervos o ilotas.

Hombre de pueblo. Postura revolucionaria ante Inocencio III y «De contemptu mundi», pitanzas clericales o señoríos latifundistas. Intuiciones:

**On dice gran verdad el rey sabio Salomón:  
el siervo con su señor non andan bien a compañía.**

Presito 20 años por su «Libro del Buen Amor» o «Toda problemas» — la Bella —, estuvo a punto de ser quemado. Acusador de la propiedad privada, de la clerecia, del Poder temporal o divino.

**Con esposas en las manos,  
porque pierda el pelear;  
el agua fasta la cinta,  
porque pierda el cabalgar;  
siete quintales de fierro  
desde el hombro al alcañar.**

Afuera del inmundo calabozo, todo: sol, aire, vida, familia, amistades, libros amados, su querida pluma de escribir, el acomodo, la libertad. Mas él busca una piedrecita, insecto, flor, avecilla, simple gorrión, un grillo por entre sus barrotes. Una de esas cigarras que rompen a gritos la primavera.

La poesía heroico-popular, como la música folklórica, es alma de pueblos. Realidad que viene a ser una encarnación representativa épico-lírica. La originalidad española se destaca entre las naciones románicas y todos los romances lingüísticos.

Ortega requiere que nos pongamos en claro sobre la cosa de que se habla. Debemos terminar con la filología que da por cumplido su oficio remitiéndonos a textos. Todo es histórico, hasta lo que pertenece a Natura. Lo humano con la ilustración convierte el instinto en magnitud.

Realidades histórico-naturales de España. Aben

Házam nos descubre en su «Risala» e «Historia de las ideas religiosas». Unas frases de su «Collar»:

«Nadie es profeta en su tierra. Esto es particularmente verdad en España. Sus habitantes tienen envidia al sabio que entre ellos surge y alcanza maestría en su arte; tienen en poco lo mucho que pueda hacer, rebajan sus aciertos y se ensañan, en cambio, con sus caídas o tropiezos, sobre todo mientras vive, con doble animosidad que en cualquier otro país. No se zafará de estas redes ni se verá libre de tales calamidades, a no ser que se marche o huya o que recorra su camino sin detenerse y de un sólo golpe».

«— ¡Qué España! ¡Qué patria! ¡Qué madrastra!

Así desde la Provincia... «Romanismo», cristianidad de engolfamiento. Estrechez de horizontes. Recaredo, Wamba, Rodrigo persiguiendo, matando a los hijos de Witiza. «Godos» que provocan revueltas generales e invasiones. Sangre corriendo de siglos por toda Iberia.

Justificadas están las emigraciones políticas, económicas, sociales. Huidas históricas, físicas y morales de los hijos de todo un gran Pueblo como el ibérico. Milenarios de maldad, avaricia, persecución, estupro, encarcelamientos, asesinatos.

Cuestión capital: cultura y educación que cruce progresiva el área nacional, impregnando nuestros actos de valor, humanización, sociología. Palingenesia del retorno: «El pensamiento gobierna al mundo».

Nuestra geografía físico-política tiene su fricción regional, de comarca, cantón, localidad, «aldeana». Este «aldeanismo» se eleva hasta lo intelectual. El choque es seguro contra cualquier paciente Job que se digna exclamar: «¡Ojalá vuestra alma estuviese en el lugar de la mía!» O esto mismo: «¿Quién podrá detener las palabras?»

Eso basta para que los que se sientan aludidos rebasen toda la demencia odiosa, autoritaria, tiránica, oprobiosa de mandarnos a los mismísimos infiernos... Desde allá mismito, se oirá la voz, el organo o cítara de Job...

La clase nos fue un legado de nuestros medievalistas antiguos «hommes» o menestrales. Ella da nacimiento al teatro nacional, lo trovadoresco de nuestros ciegos, la música de los Salina o Cabezones... Canciones de Gesta, Romances, Guildas, Gremios, Oficios, Magnas Artes, Gaya Ciencia; todo nos viene de «clase». Lo existencial nace en lucha y permanencia con el acervo patrimonial.

Tal experiencia conlleva una revolución... Revoluciones en el espacio y el tiempo. Se trata de cambios operados y a realizar en la estructura y superestructuras reinantes a lo largo de milenios... Es la inteligencia que tiene esa misión transformadora. Mas sabemos que hay técnicas no científicas ni muy humanas. Por eso propugnamos el materialismo científico de nuestros Maestros, que es a la vez, Humanismo.

Nada de «yoismos» ni regimentaciones. Unamuno representa la continuación de la Escuela Salmantina cuando lanza este axioma: «La libertad es ideal y nada más que ideal, y en eso está precisamente su fuerza toda.»

Todo experimento revolucionario debe partir en

## Contribución a la historia del anarquismo en el Uruguay

# El primer número de la revista «Futuro»

**A** CABA de entrar en mi Colección Libertaria el primer número de la revista Futuro. Max Nettlau no vio nunca este ejemplar, cual puede deducirse en la siguiente nota bibliográfica: «Futuro, revista mensual; núm. 2, julio-agosto de 1904; 7 números o más» (Contribución a la Bibliografía Anarquista de la América Latina hasta 1914, p. 15; primer trabajo del Certamen Internacional de La Protesta, Buenos Aires, 1927). Los directores de esta revista eran Edmundo Bianchi y Leopoldo Durán, estando sus oficinas en la calle Cámara n° 227 de la ciudad de Montevideo.

Futuro tenía un suplemento que asimismo registra Max Nettlau: «La Rebelión, suplemento quincenal de la revista Futuro; núm. 1, primera quincena de agosto de 1904». En este número que reseñamos leemos: «La Rebelión, suplemento quincenal de «Futuro», combatirá con pujanza contra las instituciones sociales presentes, afirmando y difundiendo las ideas del comunismo libertario». Esta tendencia del anarquismo había sido principalmente difundida en Argentina y Uruguay por el gran revolucionario italiano Errico Malatesta (Consúltese el trabajo Malatesta en la Argentina por D. A. de Santillón, revista mensual Nervio, núm. 16, págs. 43-45, Buenos Aires, agosto de 1932). Cabe hacer saber que en la obra ya citada, Max Nettlau regis-

trata otra publicación montevideana con idéntico título: La Rebelión, el núm. 12, 14 de diciembre de 1902, el núm. 16 es del 10 de abril de 1903».

Futuro se presenta como «Revista mensual de ciencia, sociología y letras». En la cubierta de este primer número, de hermoso papel rojizo transparente se reproduce hermosa madera grabada de B. de Villalobos, en cuyo extremo derecho véase a un hombre desnudo, de perfil, meditando, con la cabeza inclinada en su mano derecha. Imberbe, nótese que se trata de un joven. Extiéndese hacia la izquierda del grabado vasta extensión de tierra virgen, divísanse en lontananza algunos altozanos, todo ello coronado por la vastedad del cielo. Las colaboraciones son inéditas o traducidas especialmente. El tamaño es «un fascículo en 8», conteniendo cuando menos 16 páginas de texto».

Este primer número de Futuro es de julio de 1904. Por lo tanto, se ha deslizado un error en la impresión de la nota precitada de Max Nettlau, pues en ella se da la fecha julio-agosto para el núm. 2 de la revista.

El artículo de cabecera no lleva título y es de Edmundo Bianchi. Tiene más referencia al Ideal que a la presentación de la revista. He aquí algunos pasajes:

«Nosotros somos anarquistas en el sentido más amplio. Rebeldes a toda autoridad, a todo dogma, no creyendo en lo absoluto de la Verdad sino en su relatividad, obrando siempre empujados por verdades transitorias, tendemos a la destrucción de todos los yugos que atan las libertades humanas, para poder encauzar la Vida en una senda donde no pueda encontrar obstáculos que le impidan desarrollarse libremente».

«Hemos soñado con una lozana y primaveral raza de libres, con multitudes de hombres alegres y bellos como luchadores, con armónica y feliz colmena de seres sabios y sanos».

«Tenemos fe en que un día se levantará en el mundo una nueva estirpe de hombres, bellos y fuertes; una nueva humanidad que entre triunfante en el imperio del Futuro, llevando en sus brazos amorosos una fecunda y gloriosa cosecha de Amor, de Libertad y de Paz».

«Tenemos fe en que un día se levantará en el mundo una nueva estirpe de hombres, bellos y fuertes; una nueva humanidad que entre triunfante en el imperio del Futuro, llevando en sus brazos amorosos una fecunda y gloriosa cosecha de Amor, de Libertad y de Paz».

«Tenemos fe en que un día se levantará en el mundo una nueva estirpe de hombres, bellos y fuertes; una nueva humanidad que entre triunfante en el imperio del Futuro, llevando en sus brazos amorosos una fecunda y gloriosa cosecha de Amor, de Libertad y de Paz».

«Tenemos fe en que un día se levantará en el mundo una nueva estirpe de hombres, bellos y fuertes; una nueva humanidad que entre triunfante en el imperio del Futuro, llevando en sus brazos amorosos una fecunda y gloriosa cosecha de Amor, de Libertad y de Paz».

oposición a los ciclos de causalidad histórica. Si llegasen a coaligarse con interferencias, yuxtaposiciones o superposiciones, fracasaría cualquiera que fuese la premisa revolucionaria. Complejas nociones que explican lo retrospectivo en estamentos, instituciones, sistemas. Tendríamos que verlo desde la cabala, primicia, diezmo, contribución de sangre, impuesto de la sal por ejemplo, pasaje o peatón...

Pues bien; nada puede fundarse sobre retrospectivas. Los antagonismos clasistas son permanentes y fluidos, sobreviniendo acciones humanas que aceleran el proceso de su coronamiento por disolución de los tales... Examen de presente con visión de futuro.

Una crisis cíclica de la Sociedad exige ser orgánicos, solidarios para reparar sus impactos. Mas ante cualquier bancarrota de la misma que ponga en peligro derechos, regímenes, colectividades, la comunidad del Trabajo, entonces la opción sería esta:

— Lucha de clase = acción social pro-Revolución.

Mas, situándonos en el interior, cabe preguntar, como Pablo el Buscón: «Señor, ¿sabéis de cierto si estamos vivos?» Ricardo de León apunta y tira en su «Casta de hidalgos»: «Morir, pero no cejar».



(1968) tendría 88 años. Fue redactor en diversos diarios de Montevideo; redactor de la revista de ciencias y letras Futuro». Autor de varios dramas de teatro: «La Quiebra», «Orgullo de Pobre», «Perdidos en la Luz», etc.

El segundo trabajo es una traducción del libro ¿Por qué acaparar el poder? por Edmundo Demoulins. Lleva por título «La Iniciativa Privada». En esencia, se ensalza al federalismo y se denuncia al centralismo, tendiéndose del «régimen de la centralización y del poder absoluto al de la iniciativa privada y de las libertades locales». Es este un trabajo histórico que remóntase hasta la Era Romana y que pasando por el feudalismo llega hasta nuestro siglo.

Peligro Imaginario es el título del tercer trabajo. Desde Londres lo firma Joe Auffret el 15 de mayo. Expone el autor que a la sazón y en la Europa de occidente había cierto miedo contra el «peligro asiático». La prensa imaginaba «hordas de pueblos amarillos desbordando en los países de Europa para devastar los campos, destruir las ciudades, masacrar los habitantes y cometer todos los horrores que los manuales de historia atribuyen a Atila, Genghis Khan y Tamerlán en siglos pasados». Todo este trabajo es una crítica a la guerra ruso-japonesa de entonces y el autor entiende que el peligro está en la misma guerra y que todos los pueblos son hermanos. A tal efecto termina transcribiendo en idioma original estas líneas del poeta libertario francés Paul Paillette:

«qu'ils soient jaunes, noirs ou blancs  
partout les hommes seront nos frères ! »

La cuarta colaboración es de J. Pérez Jorba. Lleva por título El Movimiento Social en la Gran Bretaña. Analiza este trabajo el movimiento social-político de dicho país; luego hace la siguiente anotación sobre el carácter inglés: «A pesar de la actitud pasiva, sumisa, de los obreros ingleses, hay motivos para asegurar que ocupa Inglaterra un lugar de preferencia entre los pueblos que realizan una evolución progresiva en el sentido social. Esto es debido a que si el proletariado británico es inferior para la lucha efectiva al proletariado de cualquier otro país, en cambio el pueblo inglés, tomado en su conjunto, es, por tradición, por naturaleza, por sentimiento íntimo, el más liberal del mundo entero y el que menos se asusta de las soluciones más radicales».

Esto parece ser tan verdad cuanto que el mismo autor menciona a continuación: «Los ingleses, además, respetan todas las ideas. Al mitin celebrado hace días para protestar contra la expulsión de los Estados Unidos, de nuestro amigo John Turner, han tomado la palabra oradores de todos los partidos, declarando unánimemente que todo acto atentatorio a la libre emisión del pensamiento constituye un crimen de lesa humanidad».

J. Pérez Jorba se extiende en este trabajo sobre la represión a todo lo gaucho en la Argentina, denunciada entonces por La Protesta y por el libro El Crepúsculo de los Gauchos de Félix Basterra. Luego se refiere al «Paraiso Océánico» de las islas Tristán d'Acunha. Termina aludiendo a un libro de Naquet que no menciona. No obstante, lo que podríamos llamar medular para el anarquismo es su crítica a la pueril idea del Volksstaat (Estado del Pueblo) en un ejemplo de la época que transcribo a continuación:

«La noticia de que el partido obrero había subido al poder en una colonia británica tan importante como la Federación australiana, fue recibida por la prensa de todos

los partidos como la cosa más natural del mundo, aun por aquellos periódicos como The Times y The Standard que, además de ser conservadores, creían cándidamente que el nuevo ministro de Watson en Melbourne, como sucederá mañana con Vandervelde en Bruselas o con Bebel en Berlín».

El quinto trabajo se hilvana todo con el párrafo anteriormente transcrito. Va firmado con el seudónimo de Altaír que no he podido descifrar a quien pertenecía. No se halla en la meritoria obra del ya citado Arturo Scarone y titulada Diccionario de Seudónimos del Uruguay (Montevideo, 1942). Versa sobre la entrada de A. Palacios al parlamento argentino. Altaír deduce: «Mandar diputados al parlamento, ¿para qué? ¿Para levantar el espíritu de los poseedores? Esto no, porque sobre establecer un nuevo sistema de mendicidad tan humillante y depresivo como el del pordiosero, sería reconocer entrañas al régimen capitalista». Concluyendo: «Trabajan, pues, en beneficio propio y no en beneficio de los necesitados, los que tienen empeño en que el proletariado imite a Penélope». La Obra del Parlamentarismo de Altaír, es ya una temprana reflexión sobre la inutilidad del parlamentarismo «obrerista».

El sexto trabajo ridiculiza a la Moralidad Burguesa y va firmado por el otro director, L. Durán. Se trata de un pequeño diálogo entre una pareja en torno al dinero. Viene luego como séptimo trabajo la sección epistolar titulada Letras de Todas Partes, en donde se transcribe una carta fechada en Roma el 12 de junio de 1904 y firmada por Francesco Damonti. Casi toda ella reseña los libros Laus Vitae de D'Annunzio y Maternità de Ada Negri.

El octavo trabajo versa sobre Los Gringos (Reflexiones de un transeunte) que, para el caso, es quien firma, Manuel Ugarte. En general y a la sazón el vulgar autóctono rioplatense, el «pobre de arriba», el vago adinerado, despreciaba al trabajo, al esfuerzo humano sin el cual no hay vida posible, como «cosa de gringos». Por gringo se entendía y se entiende siempre al «extranjero» que no hablaba el español. En este pequeño y bello artículo, Manuel Ugarte, defiende al trabajador «gringo» resaltando su aportación al bienestar común.

Llegamos así a la sección Bibliografía, a cargo de los directores, que harán el «correspondiente juicio crítico» a toda obra que se les envíe. Edmundo Bianchi reseña ahora Ni Dios ni Patria de Benjamin Mota, y De los Métodos de Lucha de C. Balsas, dos folletos editados por «La Protesta» de Buenos Aires. El primero «es un excelente escrito de propaganda antirreligiosa y antipatriótica, pues el estilo sencillo en que está escrito lo hace accesible a cualquier inteligencia». En cuanto al segundo, «es un breve y concienzudo trabajo sobre la lucha francamente revolucionaria». En lengua portuguesa, Edmundo Bianchi analiza el libro Regeneração de M. Curvello de Mendonça (Rio de Janeiro, 1904), que por su carácter social «abre nuevos horizontes a la literatura americana». Bianchi termina su reseña con una nota final sobre la revista libertaria alemana Kultur, «la hermosa revista dirigida por nuestro colaborador Elycio Carvalho» que a la sazón aparecía en Rio de Janeiro. Para Bianchi era «la más importante publicación libertaria que ha aparecido en América. A su alrededor se reunieron los talentos más brillantes de la joven generación del Brasil». Max Nettlau (op. cit.) conocía esta revista: «Kultur: de marzo a octubre de 1904, 5 números».

Y por último nos encontramos con Notas en la última sección de la revista. Veamos la siguiente: «Editado por

la Librería Moderna, calle Sarandí, núm. 240, aparecerá dentro de breve tiempo, Cantos Augurales, un tomo de hermosísimos y robustos versos de nuestro talentoso colaborador Armando Vasseur». Del mismo autor y editado por una importante casa editora de España, llegará el mes próximo Evolución gregaria y social.

Alvaro Armando Vasseur nació en Montevideo el 3 de marzo de 1878. Aun vive ahora (1968), contando pues, 90 años de edad. Fue en el año en que apareció Futuro, es decir en 1904, codirector del diario libertario montevideoño Nuevo Rumbo (apareció del 3 al 31 de mayo). Empleó varios seudónimos, entre los que deben destacarse, el de Américo Llanos y el de Esfumino. Colaboró desde «Gaucho-polis» (Montevideo) en La Revista Blanca (primera época) de Madrid, siendo el principal colaborador uruguayo en esa prestigiosa revista que en la capital de España redactaban Soledad Gustavo (Teresa Mañé) y Federico Urales (Juan Montseny). En la segunda época de la hermosa Revista Blanca, que a partir de 1923 empezó a

publicarse en Sarriñola-Barcelona, colaboró asiduamente el compañero panadero y forista uruguayo Joaquín Hucha, haciéndolo a veces con el seudónimo de Modesto Quilónides.

La segunda nota importante reza así: «La librería La Nueva Infancia, calle Rondeau esquina Miguelete, recibirá dentro de unos días, las últimas obras publicadas por la Escuela Moderna. Los que quieran dar a sus hijos una enseñanza verdaderamente racional, desprovista de toda mentira religiosa, deben de hacer leer a éstos las obras pedagógicas de esa biblioteca».

El último párrafo de Futuro es el siguiente: «Para el número próximo publicaremos artículos inéditos de Pablo Reclus, J. Pérez Jorba, F. B. Basterra, Tarrida del Mármol, C. Malato, Elysis de Carvalho, Altair, F. Damonti y otros».

Futuro, hermosa revista que sembró la buena semilla en la conciencia de los lectores, para hacerla fructificar en doradas mieses anarquistas.

## Voces más fuertes que la muerte

La Anarquía tiende a destruir el imperio de la fuerza y a establecer el reinado de la paz y prosperidad. — PARSONS.

Aplastadnos como os agrade; sacrificadnos a vuestro gusto; nosotros gritaremos siempre: ¡Adelante! — SPIES.

Un anarquista convencido prefiere sus ideas a su vida. — FISCHER.

Yo declaro estar dispuesto a morir por mis convicciones. — SCHWAB.

Este proceso, en todas sus partes, no es más que una comedia ridícula y un crimen friamente combinado y preparado por el odio. — FIELDEN.

Dejadme participar de la suerte de mis compañeros: ¡ahorcadme con ellos! — NEEBE.

Al primer hombre que emprendió la lucha contra esa ignominia que se llama esclavitud, le ahorcaron, como mañana vais a ahorcarnos a nosotros. — ENGEL.

Repito que soy enemigo declarado del orden actual y que lo he de combatir con todas mis fuerzas, mientras me quede un soplo de vida. — LINGG.

## ACTO PRINCIPAL DEL ESTADO

CON FRANCO,

«ESE HOMBRE»

## Asesinato de Miguel de Unamuno

(Continuación)

por FLOREAL OCAÑA

**L**A información publicada el año de 1937 en el semanario francés «Vendredi» hace mucha luz sobre el caso Miguel de Unamuno. Pone de relieve que el «espíritu» combativo del ex-rector salmantino por la Libertad era permanente e iba creciendo «estorbando» más y más al llamado «Movimiento Nacional» nazifasciofalangeclericalfranquista.

De la veracidad del informe responden los editores de la precitada publicación en nombre del periodista que recorría la llamada entonces zona franquista. Tuvo que conservar el anonimato para evitar que lo exterminaran por haber burlado la vigilancia de la anti-España entrevistando a Miguel de Unamuno sin estar presentes sicarios a sueldo de aquélla ante los cuales no habría podido expresar cuanto publicamos más abajo, ignorado todavía por gran número de personas del interior y del exterior de España.

Cierto es que una corta parte del relato que publicó «Vendredi» coincide con otras informaciones aparecidas en la prensa de todo el mundo sobre lo ocurrido el 12 de octubre de 1936 en la Universidad de Salamanca, pero lo transcribimos íntegro: incluyendo la breve explicación previa escrita por la Redacción del mencionado semanario pese a que incurre en el mismo error que cometió Mr. Hugh Thomas, en su libro, como lo cometieron otros escritores de diversas nacionalidades al afirmar que al iniciarse el «Movimiento Nacional» de la anti-España Miguel de Unamuno hizo repetidas manifestaciones públicas de adhesión total en favor de aquél.

Entre las cosas más vituperables que se han dicho al respecto, en este mismo año de 1965, que hablamos sobre el caso del ex-rector salmantino, se destaca lo escrito por Ramón Sender. Los «pasos» de este exiliado español por tierras americanas, desde el primer lustro, en particular, de la séptima década del siglo XX, van dejando «huellas psicológicas», bien hondas, **imborrables**, señalando, sin duda alguna — para el conferenciante al menos —, que este singular detractor de Unamuno se dirige hacia la anti-España a convivir en armonía con los enemigos más crueles de la España del Quijote.

Nos es penoso — hasta el punto que nos violenta el hacerlo — juzgar a una persona en mal sentido; pero en el caso Sender consideramos necesario juzgarlo por haber éste juzgado antes a Unamuno del modo más absurdo, falso y maligno.

Sí, nada agradable es tener que exponer un con-

cepto tan **negativo**, por in-sociable e in-humanitario, de una u otra persona o de un no-hombre cualesquiera llamado o no Ramón Sender que lástima más que indignación nos inspira.

Antes, durante y después de 1936-39 en España siempre hemos actuado o accionado en el medio familiar y social de acuerdo con nuestras propias reflexiones sin tener en cuenta cómo piensan otras personas, por afines que sean en ideas y sentimientos — aunque fundamentalmente estemos de acuerdo con éstas, con las consecuentes —, sobre un mismo asunto o problema. Y hoy tenemos que confesar — repito, una vez más, que hablo en nombre de los que coincidimos — que pese a saber que íbamos a encontrarnos muy solos — o casi solo el que está haciendo uso de la palabra en este salón del Ateneo de Cuernavaca — manifestamos, en alta voz, clara y firmemente, que Ramón Sender al situarse frente a Unamuno de la manera vil que lo ha hecho **proyecta su acercamiento al régimen franquista, su interés in-sano de obtener, como un bien egoísta, inferior, propio apenas de animal irracional, la venia del mismo dictador-verdugo de España: de Franco.**

Ante los datos psicológicos que Sender ofrece públicamente, por escrito, no cabe pensar que nos equivocamos al expresar cual es su verdadera personalidad actual, la definitiva, al parecer, como pocos errores — o ninguno ya, generalmente hablando — pueden cometerse en Paleontología comparada desde Cuvier a nuestros días. Y, por lo tanto, al descubrirla no queremos ocultarla. El silencio, por nuestra parte, callar significaría solidarizarnos con las infamias contra Unamuno escritas en México por Ramón Sender, publicadas y propagadas por Fidel Miró que así se solidariza con dicho escritor en sentido pro-franquista.

Sin embargo estamos convencidos que el sujeto que juzgamos, en la medida condenatoria que merece, será defendido por la mayoría de las personas bienintencionadas de todo el mundo..., hasta el día que descubran la verdad. Aquí mismo, en este local y al exterior, en Morelos, en fin, han alzado su voz, defendiéndolo, tres distinguidos profesores de la Universidad morelense. Lo hicieron, en particular, por ser admiradores de la literatura de Sender. Empero en seguida se retractaron: tan pronto probamos cuán injusto, ruin y cruel este sujeto es basándonos en sus propias palabras escritas, que re-



producimos, y en otras muchas que no transcribimos: «Unamuno de acuerdo con su filosofía reaccionaria — afirma Ramón Sender — siempre estuvo al lado de la Iglesia, de los terratenientes y del militarismo nazifranquista».

Al terminar de transcribir este ofensivo concepto anti-unamuniano nuestras conciencias universalistas de exiliados hispanos se enardecen y sublevan. Proclamamos, una vez más, que nos solidarizamos con la última actitud de Unamuno, con su postrer legado ético, social e intelectual. Y el «espíritu» de justicia, que nos hace defenderlo, reclama aclaración y comprobación pública al respecto que confunda a sus detractores.

Es preciso poner al descubierto, inmediatamente, la mentira y la maldad inauditas de sujetos aviesos que escriben a tanto la línea al servicio de Franco, de la Política cualesquiera o en espera de favores de ésta en el futuro y de aquél en el presente.

Antes pues de hacer la transcripción de lo relatado en «Vendredi» decimos, sin más espera, presentar una prueba que destruya, totalmente, la falsa, torpe y maligna versión difundida por los Sender de toda laya.

En defensa de lo que consideramos Verdad presentamos el testimonio más imparcial y mejor informado que pueda encontrarse sobre el caso Unamuno: a Abel Plenn que estuvo al servicio del Tío Sam como jefe de «Análisis de Propaganda de la Oficina de Asuntos Interamericanos», puesto que dejó vacante al serle encomendada la «Oficina de Información de Guerra del Gobierno de los Estados Unidos» en la España franquista.

El Sr. Abel Plenn que, por su cargo, tuvo en sus manos, a su entera disposición, el archivo norteamericano con todos los informes de cuanto ocurrió y siguió sucediendo en las zonas franquista y antifranquista desde el 18 de julio de 1936 — hasta después de terminar la segunda guerra mundial — de la línea cuatro a la nueve de la página 130 de su libro «Viento en los Olivares. La España de Franco vista por dentro», editado en 1947, dice:

**«Unamuno se abstuvo de prestar su adhesión abierta a la rebelión dirigida por Franco, limitándose a permanecer en Salamanca, ciudad que quedó comprendida dentro de la zona nacionalista desde el principio de la guerra y que fue la primera sede del Gobierno de Franco antes de su traslado a Burgos.»**

Sin embargo ya hemos leído lo escrito por Sender publicado por Fidei Miró en la revista anti-libertaria que dirige titulada «Comunidad Ibérica», de la que es principal (?) sostenedor: «Unamuno saludó con entusiasmo la sublevación de los militares y de los terratenientes (bendecidos por la Iglesia) y elogió a Franco.» Es tanto como decir que «prestó a éste su adhesión abierta», lo contrario afirmado por Abel Plenn.

Al caer Salamanca en poder de las fuerzas fasciofranquistas, en el mismo primer minuto que éstas se alzaron, sin haber encontrado resistencia alguna, Miguel de Unamuno no se quedó — o «limitó» como dice A. Plenn — voluntariamente en dicha ciudad. Bien sabido es ya que sus guardianes te-

nían la orden de disparar sus armas contra Unamuno en el momento que le vieran poner el pie en un automóvil para alejarse de su domicilio-cárcel. La orden era estricta, severa, terminante: «tirar a matar».

De tal orden estaba enterado Unamuno. Este se vio forzado, pues, a permanecer en Salamanca, como prisionero, hasta su «muerte». Equivocado está, por lo tanto, Abel Plenn al afirmar que el rector salmantino se «limitó» a permanecer en dicha ciudad. Pero dado el cargo que ostentó en España representando al Tío Sam es lo más, al parecer, que ha podido o querido manifestar al respecto, y es bastante: que **«Unamuno no prestó su adhesión abierta a la rebelión dirigida por Franco»**; y menos en privado, añadimos nosotros, como consideramos haberlo probado. Y lo confirma, con claridad meridiana, cuanto reproducimos más abajo de la mencionada publicación gala.

No está por demás repetir — ya que miles de veces desde el año de 1936 se han repetido los ataques contra Unamuno — que lo escrito por el autor de «Viento en los Olivares. La España de Franco vista por dentro» refuta lo que «Vendredi» expone al principio de su relato y desmiente, en particular, lo dicho por Ramón Sender y por cuantos como Miguel Jiménez Igualada, coinciden o lo acompañan en la fea y mala obra de calumniar a Unamuno. A éste M. J. Igualada lo trata por escrito, en un libro, de «cruel» cuando los crueles fueron — y son — sus carceleros, los que continúan siendo los verdugos de la España del Quijote.

Ahora preguntamos: ¿No es más de creer, mil veces, lo expuesto por Abel Plenn que lo publicado al respecto por Ramón Sender y compañía? Sí, a nuestro entender.

He aquí lo publicado en el semanario francés «Vendredi»:

«Un periodista extranjero que ha llegado recientemente de Salamanca, nos hizo entrega de las siguientes notas descriptivas de la sesión celebrada en la Universidad de Salamanca en la que Miguel de Unamuno, que se hallaba en esta ciudad cuando estalló la rebelión, y que se puso desde el primer momento de lado de Franco y los generales traidores indica que había cambiado bastante de manera de pensar. Podemos asegurar de modo rotundo que este relato se ajusta en todo a la exactitud más rigurosa».

«El 12 de octubre de 1936, con motivo de la apertura de cursos en la Universidad de Salamanca, el señor Maldonado, profesor de literatura, pronunció el discurso. Era un conjunto de lugares comunes, que la coacción obligaba a exponer, sobre la patria y la antipatria, la España y la anti-España, etc., y terminó con una dura crítica de los vascos y de los catalanes que reclaman la autonomía.

«Presidia esta sesión inaugural don Miguel de Unamuno, ostentando la representación del general Franco. Aunque no tuviese intención de intervenir, el ataque dirigido contra los vascos provocó, por su parte, una apasionada réplica:

«Se ha hablado aquí de España y de la anti-España. ¡Pues bien! Yo afirmo que en los dos lados hay patriotas y anti-patriotas. Yo me considero

atacado como vasco, y el Obispo de Salamanca, que está a mi lado, es catalán. Nosotros dos somos españoles como vosotros. Del lado rojo, nos dicen que las mujeres van a luchar al frente. En este lado las mujeres no toman noblemente parte en la lucha, pero, llevando medallas e insignias, asisten a los fusilamientos y a las ejecuciones.»

«En este momento se produjo un escándalo indescriptible. El general Millán Astray se levantó gritando: «¡Muera la inteligencia, viva la muerte!» Este grito sacrilego, en la Universidad de Salamanca, causó una enorme sensación. El profesor Bermejo protestó, e hizo notar: «¡Estamos aquí en la casa de la inteligencia!» La mujer de Franco que asistió a la fiesta, se desmayó. El poeta monárquico Pemán, exclamó: «¡No! ¡No digamos que muera la inteligencia, sino, mueran los malos intelectuales!»

«Desde la Universidad el señor Unamuno se dirigió al Casino, donde fue objeto de una estrepitosa silba y donde se le retiró inmediatamente la condición de socio que poseía desde su fundación.»

«A partir de aquel instante, la Junta de Burgos dio órdenes para que fuese estrechamente vigilado, haciéndole ir acompañado a todas partes, por un agente de policía. No se le dejaba ni un solo momento, y se había encargado a los agentes de vigilancia que tenían la misión de acompañarle que disparasen sobre él a dar con sólo verle poner los pies en el estribo de un coche.

«Yo pude, sin embargo, burlar la vigilancia de la policía y hablar un día durante más de dos horas con el antiguo Rector de la Universidad Salmantina. He aquí lo que me manifestó:

«Estoy aterrizado — me dijo don Miguel — por las violencias, el sadismo, la crueldad inconcebible de la guerra civil vista desde el lado nacionalista. Acabo de recibir una carta del frente, de un joven escultor vasco muy conocido. Estaba llena de lugares comunes, y acusaba a los «rojos» de haber arrancado los ojos a los niños, violado a las monjas, etc. Yo comprendí perfectamente que la carta le había sido dictada por la censura militar, y le contesté textualmente: «Es usted un ingenuo; yo sé que su carta ha sido dictada, y le contesto, precisamente, para que vean los censores que no se me engaña fácilmente. Por otra parte, todas las indignidades que usted me cuenta como habiendo sido cometidas por los «rojos», y en las cuales yo no creo de ninguna manera, no son más que pálidos incidentes si se las compara con la crueldad, el sadismo sistemático y organizado, por los cuales vemos aquí, cada día, fusilar a las personas más honradas y las más inocentes, sencillamente porque son liberales y republicanas. Y fijese usted bien que no se trata aquí de actos individuales o indisciplinados, sino de órdenes colectivas dadas por el Estado Mayor que se dice nacional. Todos estos crímenes se ejecutan friamente, como respuesta a la consigna contenida en el doble grito de ese general demente que se llama Millán Astray: «¡Muera la inteligencia y viva la muerte!»

«— ¿Qué piensa usted, don Miguel, de la actitud de las mujeres en esta guerra civil?

«— Son peores que los hombres. ¡Estas jóvenes y

estas mujeres, estas solteronas vírgenes y piadosas que han pasado su vida en el celibato y en el renunciamento, van a buscar en el espectáculo de las ejecuciones el estremecimiento que no habían sentido nunca!»

«Mi conversación con Unamuno se prolongó todavía un buen rato, su indignación subía de tono a medida que relataba los excesos cometidos, por las gentes de orden, los defensores de la religión y de la familia. Su elocuencia alcanzaba un tono bíblico:

«— Franco recuerda mis declaraciones por la defensa de la civilización cristiana y occidental. Pero yo quisiera hablar de su defensa por medio de los métodos «cristianos» y no por medio de los métodos de militarismo brutal e ignorante, por la violencia, por el asesinato.

«Cuando pienso — continuó don Miguel — que a una joven que iba a pedir clemencia para su marido, condenado a muerte, solo porque era sospechoso de simpatía hacia los republicanos, el Gobierno de Salamanca, le respondió:

«¡Qué quiere usted! Es como en las corridas. Cuando el público pide caballos, hay que dárselos.»

Y Unamuno, entonces prácticamente prisionero de los rebeldes, terminó la conversación exclamando:

«— ¿Ve usted? Lo que estas gentes odian por encima de todo es la inteligencia. Son los enemigos jurados de todo lo que el espíritu representa en el mundo, en oposición a la fuerza brutal y ciega de destrucción y violencia.»

Unamuno sabía que sus declaraciones hechas en privado serían publicadas en Francia. Obró a sabiendas que significaban un claro y decidido desafío al régimen franquista. Sin embargo las hizo sin temor a chocar contra las fuerzas medievales. Al contrario: se alegró tener otra oportunidad de enfrentarse a éstas y que el mundo todo supiera que siempre estuvo en rebelión permanente contra la anti-España; en público, a viva y alta voz, desde el paraninfo de la Universidad salmantina para que lo oyeran hasta los sujetos más «sordos»; en privado, ante persona cualesquiera, sin prevención alguna fuera o no periodista; y por medio de la correspondencia a sabiendas que era leída y «analizada» por los «censores».

La carta que comentamos dictada por los «servicios» de investigación psicopolíticos-criminógenos del Movimiento Nacional nazifranquista tenía, indudablemente, por objetivo psicológico sondear el estado de ánimo de Miguel de Unamuno, ofrecerle la oportunidad de rectificar, por escrito, su conducta agresiva contra el franquismo, que cediera aunque tan solamente fuera por miedo a morir, por conservar, algún tiempo más, su existir físico; averiguar, en fin, con la respuesta que diera, si estaba o no dispuesto a someterse al Estado medieval o qué se disponía a seguir afirmando y haciendo en lo sucesivo para tenerlo en cuenta en el sumario que le incoaban o «fabricaban» — del que hablaremos más adelante — para procesarlo y condenarlo o no a muerte (legalmente).

(Concluirá en el próximo número.)

# EL TIEMPO EN FICHAS

Calendario y comentarios a cargo de Miguel de Tolocha (1)

## ANTES DE NUESTRA ERA

AÑO 500

En esta fecha ya se estableció el dilema moderno relativo al valor de la IDEA en contraste con el valor de la COSA.

Los partidarios de la primera admiten la victoria de la palabra, más generosa que el objeto; vive aquella cuando éste hace miles de años que ha muerto. Para Platón y Aristóteles será así. Para Pascal, sin embargo, la palabra no tiene tanta virtud.

Y en efecto, materialistas no. En cuanto a idealistas... gran riesgo corre el que admite todo literalmente.

Admitir ciertas ideas es más difícil que creer en el Dios de la Biblia. Ya lo veremos a lo largo de estas páginas.

AÑO 436

Decimos año 436 antes de nuestra era por vicio cristiano, ese Cristo judío que tanto ha dado que hablar; no obstante este 436 es para otros pueblos el año primero de la olimpiada 86.

Desde luego es menos babilónico quedarnos con nuestro calendario y tiempo.

Bueno pues, este año 436 a.c., vio el nacimiento de Isócrates el Ateniense.

Hijo de un comerciante de instrumentos de música, contruidos por sus obreros — llamados entonces esclavos — sus escritos ya que no su

(1) Agradeceríamos que el lector contribuyera ampliando y multiplicando datos y fechas. — LA REDACCIÓN.

elocuencia le han dado inmortal celebridad.

El estudio de su vida queda recomendado.

AÑO 404

Aún no había nacido Francisco Franco, pero ya había tiranos. En efecto, en este año el tiranicida Trasibulos acabó con el gobierno conocido bajo el nombre de los Treinta Tiranos de Atenas.

El caudillo no nació entonces pero Trasibulos sí.

AÑO 379

Sin embargo 27 años más tarde nuevos tiranidas debieron surgir. Estos fueron Pelopidas y Epaminondas, que acabaron con los gobiernos tiranos de la oligarquía tebaida y lacedemonia.

De ahí que se concluya que acabar con los tiranos no implica forzadamente que se acabe con las tiranías.

Ya lo dijo Calígula: «Me matáis inútilmente porque ya tengo un sucesor designado.»

AÑO 178

Roma, es decir, el imperio romano es inmenso, pero ya encuentra rebeldes; la revuelta social cundía sobre todo en la Celtiberia septentrional. Allí estaba Viriato. Allí y entonces tuvo lugar Numancia.

Desde entonces cierto espíritu numantino preside los destinos del español.

## SIGLO I DE NUESTRA ERA

En este siglo se organizan las comunidades religiosas. La Iglesia toda-

via no era la Banca más nutrida del mundo y ante el dilema de verse siempre pobre o depender del obispo más adinerado, escogió las comunidades que a su vez evitaban las dos cosas.

Recogió dinero — las comunidades han desaparecido, pues todas terminaron en órdenes monásticas, famosas son las de los jesuitas en el Paraguay — ...y aún no lo ha soltado.

Ultimamente perdió, se dice, unos 30 millones de francos gracias a la inteligencia y arrojo del sacristán mayor de Lourdes.

AÑO 50

Pero con el intento de organizar al mundo en comunidades despertó en ciertos religiosos una moral superior que los colocó frente al papado declarándose enemigos de la especulación.

Como el papado tenía ya establecido el pacto con el César, sus riñones resistieron al estacazo y continuó especulando.

Con 2.000 años de experiencia no es difícil comprender por qué hoy es el mayor especulador del mundo.

AÑO 80

Empiezan a publicarse los escritos de un tal Basilides. Reinaba a la sazón Antonio el Piadoso.

El más manoseado de los escritos se titula «Filosofumena». Es decir, humana filosofía que colocaba al hombre, quieras que no, frente a la teología.

Alusiones a Basilides se encuentran en «Stromates», de Clemente de Alejandría, y en el «Catalogue de Irene», así como en «Contra Hombres», de Epifanio.



AÑO 90

Se termina el periodo de 40 años de literatura dicha apostólica, inclinada hacia lo popular y lo útil.

Venció la literatura de la adulación y de la aristocracia.

Aún dura hoy bajo el nombre de culto a la personalidad, literatura burguesa, de gabinete y periodismo que sólo sabe mojar la pluma en el tintero del presidente director general.

Uno de los vencidos fue San Clemente, cuya biografía, fábulas teológicas aparte, debería tener su sitio en todas las bibliotecas obreras.

AÑO 97

San Clemente divulga su escrito conocido como «Epístola de San Clemente»; después este hombre tuvo que romper su pluma.

SIGLO II

Sigue la lucha de tendencias en el seno de la Iglesia: Por un lado la orientación oficial y por otro la de los apostólicos.

Se adhieren al cristianismo algunas individualidades instruidas de Grecia. Entre éstas Aristides, apo-

logista de Antonino el Piasoso, Justino, autor de «Diálogos con Trifón». Pero, en todo hay un pero, en su concepto el cristianismo no tenía nada de divino: el evangelio es la continuidad de Platón y de los estoicos, decían.

Contra éstos y los apologistas está el papado, Tertuliano, Taciano, Hermias, etc. Este último, autor de un libro de época titulado «El ridículo en los filósofos».

Aparece también el gnosticismo apellidado Primera Herejía.

Las escuelas del gnosticismo duran dos siglos.

(Continuará)

Así, cuando en las noches estrelladas, claras, magníficas por su esplendor y por su calma aparente, observemos ese cuadro admirable de estrellas de todas magnitudes, de constelaciones, de nebulosas, la más grande en apariencia la Vía Láctea, a la cual pertenece nuestro sistema, no creamos extasiarnos ante una cosa estática, sino pensemos que estamos en presencia de un laboratorio de soles y de mundos, en el que los hay de todas las edades, algunos que quizás murieron y resucitaron, otros que acaban de nacer, otros que están sucumbiendo para rehabilitarse y rehabilitarse más tarde. Pensemos que admiramos una máquina de funcionamiento eterno, instalada en un local infinito, todo él lleno de maravillas. Y no pensemos más; admiremos solamente, pues la pregunta suprema de «¿Quién lo hizo? ¿Por qué lo hizo? ¿Para qué lo hizo?» nuestro cerebro, que forma parte con nosotros de esa máquina infinita y eterna, es y será siempre incapaz de explicarse a sí mismo que, como hemos querido decir, es también Universo.

ALBERTO CARSI

se extendió por España con una velocidad fabulosa. Según el historiador Laveleye, en el año 1873 contaba allí con 300.000 afiliados. Si este número fuese exagerado, hubo, no obstante, según las apreciaciones más insignificantes de sus adversarios, por lo menos 60.000 miembros (7).

Las secciones de la Internacional estaban dirigidas según los grupos de oficio, es decir, en el sentido de los sindicatos actuales, luego se federaban entre sí (8). El principio de la Internacional, inspirada por el espíritu bakuninista en España era la posesión de los medios de producción, de las minas y de la tierra por los grupos profesionales (sindicatos), el consumo, sin embargo, debía ser organizado en el futuro de un modo colectivista, es decir, según el principio: «a cada uno el producto íntegro de su trabajo», o sea, por lo tanto, propiedad común de los medios de producción y propiedad privada de los productos. Ya entonces fue propagada como táctica la huelga general revolucionaria y la huelga general. Aparte del colectivismo, vemos por consiguiente en el principio de la vieja Internacional española, una gran analogía con el actual sindicalismo (9).

En junio de 1870 tuvo lugar en Barcelona el primer congreso de las secciones de la Internacional de la «Región Española», donde, como punto principal, fue adoptada la siguiente resolución:

«El congreso recomienda a todas las secciones de la Internacional que renuncien a esa acción corporativa que tiende a realizar la transformación social con ayuda de las reformas políticas nacionales y las estimula a dedicar toda su actividad a la organización federativa de los grupos de oficio (sindicatos) que constituyen el único medio para asegurar la victoria de la revolución social. Esta Federación es la representación verdadera de los trabajadores y debe ser conducida fuera de todo gobierno político».

La Internacional fue fundada en España por adeptos de las ideas de Bakunín, por cuyo espíritu quedó también completamente dominada. En el interior de la Internacional española surgió también independientemente de la **Alianza Internacional de la Democracia Socialista de Ginebra**, la **Alianza** (10) española que era una organización completamente secreta, cuya existencia permaneció secreta y desconocida hasta para los internacionalistas que no pertenecían a ella. La Alianza española tenía la misión de relacionar entre sí a todos los elementos más activos de la Internacional y mantener los fines antiautoritarios revolucionarios de la Internacional.

Ya en 1869 publicó Rafael Farga Pellicer la hoja «La Federación», que defendió los puntos de vista de la Internacional. Surgieron pronto otros periódicos: **La Solidaridad**,

ARNOLD ROYER



# Páginas de la historia del Proletariado español (1848 - 1907)



tiempo que la sublevación contra el imperio en Francia, tomó parte de un modo distinguido el proletariado: la propaganda del federalismo, que también halló entre los trabajadores extraordinariamente amplias y hondas raíces, fue la causa que desde temprano todo el proletariado español reconociera el federalismo como la forma más libre de toda organización y que desde entonces nunca fuera atraído hacia las ideas del centralismo, sea en la política, sea en otra organización cualquiera.

Francisco Pi y Margall, uno de los más grandes y enciclopédicos sabios del siglo pasado, tuvo un enorme influjo en el desenvolvimiento intelectual de sus contemporáneos; difundidos en sus escritos hallamos pasajes que defienden claramente el principio del anarquismo como consecuencia lógica del federalismo. El que después debía llegar a ser presidente de la República española, escribió. «También la República es aún violencia y tiranía»; «todos los hombres son ingobernables»; «toda dominación es un absurdo».

Mientras tanto fue fundada en Londres la Internacional (3) cuya ala bakuninista defendió bajo el nombre de **Alianza de la democracia socialista** el principio del federalismo como forma política.

## II

### LA REVOLUCION ESPAÑOLA Y LA INTERNACIONAL (1868-1876)

En el año de 1868 estalló la revolución en España, los Borbones fueron depuestos y después de un interregno fue importado un nuevo rey, que debía regir constitucionalmente al país (4). En ese tiempo de efervescencia y de expectación, que generalmente es el más apropiado para aceptar nuevas ideas, llegó Giuseppe Fanelli — un amigo personal y el brazo derecho de Bakunin — a Madrid para fundar en España la Internacional. Las ideas no estaban aún en aquella época aclaradas y precisadas, y eso explica que Fanelli, un revolucionario que tomó parte en las revoluciones de su tiempo en Italia, Polonia y España, propagandista de la Alianza bakuninista, fuera al mismo tiempo también diputado italiano (5). Consiguió fundar en Madrid el primer grupo de la Internacional, en el que participó el tipógrafo Anselmo Lorenzo, que desde entonces hasta hoy ha quedado fiel al movimiento.

La propaganda cayó en tierra fértil, pues la Internacional



En noviembre del mismo año hubo revueltas de carácter económico en Zaragoza y Valencia. Especialmente en Zaragoza los rebeldes se apoderaron de los depósitos de granos y de las mercaderías de las barcazas surtas en el Ebro. La milicia que estaba fuertemente afectada por el espíritu socialista, hizo causa común con el pueblo. Lo mismo sucedió también en Valencia, y en los años siguientes acontecieron tales sucesos en las fábricas, molinos, almacenes de trigo y panaderías en todas las ciudades de Castilla: Valladolid, etc., donde los participantes en el movimiento son revolucionarios conscientes y califican orgullosamente sus actos como «expropiaciones».

Las ideas comunistas libertarias hallaban ya entonces una adhesión especialmente fuerte entre los campesinos de Andalucía y la expresión teórica de su objetivo era la «república comunista». De las filas de esos republicanos comunistas libertarios salió Fermin Salvochea, sobre el cual se hablará más adelante.

Los adeptos a esas ideas estaban agrupados en una organización secreta revolucionaria que en junio de 1863 resolvió una sublevación armada en Loja bajo la dirección de Pérez de Alamo. El movimiento comenzó con mil hombres armados, que pronto creció como una avalancha hasta treinta mil hombres, a los que adherían los rebeldes bajo el grito de «¡Viva el comunismo!» Al principio fue siempre victorioso contra la guardia civil y los pequeños cuerpos de tropa; sin embargo, después de varios días, cuando el gobierno pudo reunir contra los rebeldes las tropas de varias provincias, en algunas batallas sangrientas de varias horas de duración, fueron vencidos y deshechos.

De los prisioneros, veinte fueron sumariamente fusilados y más de cuatrocientos deportados a las colonias penales de Cuba y Filipinas.

Aparte del comienzo de las corporaciones — movimiento sindical — vemos también en esa época el desenvolvimiento de un movimiento cooperativo bastante fuerte, los ensayos de los trabajadores para mejorar su situación mediante la fundación de cooperativas de producción. El movimiento era indudablemente favorecido por las ideas mutualistas de Proudhon entonces difundidas.

Junto a estos movimientos puramente de clase adquiría también firme base en todas las clases de la población otra idea revolucionaria, la idea de la república federalista libre. Su más significativo propagandista era Francisco Pi y Margall, que estaba influenciado fuertemente por las ideas económicas y federalistas de Proudhon. Como en todas las corrientes revolucionarias, también en este movimiento a favor de la república, que se extendía en España al mismo

## PROLOGO

Como el más salvaje y el más cruel enemigo de todas las aspiraciones de libertad, el presidente español de ministros Cánovas del Castillo escribió la historia del pueblo español durante su periodo entero de gobierno con sangre y lágrimas. Ya viejo y próximo a su fin, quiso aún coronar la obra de su vida — como esperaba —, por la aniquilación definitiva del espíritu revolucionario, que se anunciaba entonces en España por un poderoso movimiento anarquista creciente y también en Cuba y en Filipinas por la revolución de la independencia.

Obra suya fue la horrorosa tragedia de Montjuich, obra suya la guerra de Cuba, donde dejaron su vida 300.000 soldados españoles, una guerra que según sus piadosos deseos y según sus propias palabras debía durar mientras «quedaran un español y una peseta».

La opinión pública estaba unánime en atribuir a Cánovas la culpa de todos los padecimientos del pueblo español. El pueblo entero le detestaba: el escritor que iba a la cárcel por «crímenes de pensamiento», la clase media, que tenía que sufrir bajo la miseria general; el trabajador que pensaba en sus amigos ajusticiados en el maldito castillo de Montjuich, todo el pueblo, que debía entregar para una guerra injusta sus hijos y su dinero, saludó la muerte del tirano como la aurora de la libertad y no disimuló sus vivas simpatías por el hombre que ofendió su vida para librar a la humanidad de ese monstruo. En un momento Angiolillo hizo más para el ideal anarquista en España que diez años de propaganda en mítines y periódicos.

La muerte del tirano llevó la confusión y el espanto a las filas de los reaccionarios, que ahora debieron retroceder. Volvieron los desterrados y los presos para ocupar de nuevo su puesto en la lucha. No hay que olvidar que la enorme campaña periodística en Europa y en América había podido conseguir que se hiciera justicia a los supervivientes de Montjuich. Pero Angiolillo logró esto en un minuto. El hecho de Angiolillo nos prueba la superioridad de la acción sobre el discurso.

El proletariado español puede mencionar no pocos episodios heroicos en su lucha titánica contra los opresores y por tanto algunas hojas interesantes de su historia, como las escritas en las páginas siguientes de un modo vivo, bien que en cortos y someros rasgos. Estas páginas nos muestran al proletariado español en su preparación y en su lucha por la libertad y la dicha, en una lucha en que se adelantó a menudo con generoso ejemplo al proletariado de otros países. — *Pedro VALLINA.*

## ANTES DE LA INTERNACIONAL

Quizá en ningún país de Europa experimenta el proletariado un martirio tan terrible, persecuciones tan espantosas como en España. Ni en la misma Rusia adoptó la manía de las persecuciones una forma tan atrozmente demoníaca como en el país de la Inquisición. Así como en Rusia la opresión es bárbara, brutal y salvaje, en España las persecuciones son diabólicamente refinadas y crueles (1).

\*\*

Ya en 1848 hubo en España diversas corrientes socialistas que en parte estaban inspiradas por el espíritu de los fourieristas franceses y de Cabet, pero que más tarde sufrieron principalmente el influjo de las ideas de Proudhon y de Fernando Garrido, un escritor importante y el más conocido apóstol socialista en España en los primeros veinticinco años de la segunda mitad del siglo pasado. Garrido fue el que fundó en 1847 un periódico socialista en Madrid, que, naturalmente, fue prohibido un poco después (2). Vemos también ya desde 1840 un movimiento sindical en las regiones industriales del país. Los sindicatos fueron prohibidos pocos años después, y como éstos, a pesar de todo, continuaban existiendo secretamente, fueron implantadas duras leyes de excepción contra el movimiento obrero.

Como las persecuciones se hacían siempre más insostenibles, estalló el 2 de junio de 1855 la primera huelga general de España, proclamada por las organizaciones obreras secretas. Los trabajadores de Barcelona y de un gran número de ciudades menos importantes de Cataluña abandonaron al mismo tiempo las fábricas con sus banderas y al grito «¡Asociación o muerte!» para combatir por el derecho a la organización. Se llegó a luchas y barricadas y en esa ocasión un diputado que quiso apaciguarlos fue muerto por los obreros. La huelga general fue terminada después de nueve días, cuando se reconoció la libertad de las asociaciones y la legalidad de los sindicatos. Pero el resultado de esa «conquista» de la legalidad de los sindicatos fue que ahora las autoridades sabían exactamente en todos los desórdenes a quien detener y por tanto podían perseguir despiadadamente a todos los jefes conocidos.

# Detractores del anarquismo de ayer y de hoy

por F. Alvarez Ferreras

**D**ETRACTORES de ayer lo fueron Carlos Marx en el seno de la Internacional en pugna contra Bakunin, al que calificó de espía al servicio del Zar y de todas las mayores vilezas, sin haber aportado jamás ninguna prueba a sus difamaciones, sólo porque Miguel Bakunin, muy inteligentemente, sabía oponerse a sus diatribas autoritarias, exponiendo con justeza las consecuencias y causas que acarrearía en la Asociación el aceptamiento de los puntos de vista de los socialistas autoritarios. Así fue como Marx, reunió sus piezas de un expediente contra el Oso de Siberia, con el apoyo de su colaborador Outine, mientras ese mismo Bakunin traducía la obra «El Capital» al ruso.

Posteriormente, sus discípulos, los bolcheviques, acusaron al anarquismo de todas las mayores bajezas, llegando incluso a asesinar lentamente, enviándolos a las estepas siberianas, a muchos de esos grandes revolucionarios y libertarios, de los que podríamos llenar listas enteras con sus nombres. Stalin fue, con su máquina del Partido Comunista, el responsable de las destrucciones de las Colectividades aragonesas en España y el eliminador número uno de sus opositores anarquistas y otros, como Berneri, Durruti, Nin, etc., que pagaron con sus vidas el amor a la causa del pueblo, su revolución social.

Igualmente, los social-demócratas alemanes, que acusaron a los anarquistas de los desastres que anteriormente y después de la República de Weimar, se sucedieron en los medios de la clase trabajadora, y a los que acusaron y difamaron todo lo que pudieron, fueron sin embargo esos demócratas de cartón, los que abrieron el camino al Tercer Reich para que desencadenara con sus tropas de élite, la Gestapo y los SS, la matanza mayor que el mundo haya conocido hasta hoy, mientras los anarquistas eran eliminados con saña, por ser los más decididos, sinceros y sacrificados en sus luchas contra el poder central. Leyendo a Rudolf Rocker en su obra, «Revolución y Regresión», se juzgará pronto y mejor la traición de los continuadores de la dictadura del proletariado, y la nobleza, honradez, amor y desinterés total por la causa del verdadero socialismo, de los libertarios alemanes, que muchos de ellos murieron en las luchas ásperas de las calles y otros tuvieron que exiliarse a París y Lon-

dres para poder salvar sus vidas y continuar la batalla por la redención humana.

Detractores interesados los hay hoy en día en abundancia, por estar el Anarquismo de moda como concepción filosófica, social y revolucionaria, y por ser muy fácil hacer con él, muy buenos negocios al haber «pasado» (según decir de algunos), de utopía a la realidad, constatando actualmente a muchos escritores e intelectuales, no formales y mucho menos sinceros y realistas, querer dar «relieve» a su manera, a esa concepción humana, sin desperdiciar para lograrlo, ningún aldabazo callejero, ninguna oportunidad incorrecta ni ninguna ocasión lucrativa, procurando unos hacer sus mercados y los otros el intentar personificarse, ya que de otra manera no lo hubieran conseguido jamás. Les podríamos haber perdonado en sus ambiciones, si, por lo menos, se hubieran dedicado francamente y sin ningún escrúpulo a honrar la verdad, a detallar hechos reales, más el caso no es ese. Muchos libros se han escrito relatando la acción y obra de los anarquistas, pero raras excepciones de escritores lo describieron inclinándose hacia la veracidad de los hechos ocurridos, contribuyendo con ello a ayudar en mejor forma a la historia, que tendrá mañana, un mañana ya no lejano, sus consecuencias y repercusiones humanas en beneficio de la comunidad Pueblo.

James Joll, el autor del libro «Los Anarquistas», nos relata una mezcla de errores y de falsificaciones que nos deja en mal lugar a los que por ventura o por desgracia hemos vivido episodios de luchas heroicas que contradicen ellas solas las versiones, muchas en el libro citado, sobre los caracteres de los anarquistas y sobre los fundamentos del anarquismo. Para querer justificar lo injustificable, se apoya muy equivocadamente en la biología criminal, intentando hacernos creer, que por tener un individuo gruesos labios o ser impotente sexual a la vejez es automáticamente un desequilibrado, un bruto, una bestia feroz y, que por tal causa, los anarquistas padecemos o padeceríamos todos de esas anomalías físicas que nos imposibilita el tomar parte en la reforma de la sociedad decadente actual. Nunca lei a un Cesare Lombroso, médico y criminalista, que consideró al criminal como un enfermo, semejante aserción, ni tampoco a Alexis Carrel en su «Incógnita del hombre», ni tampoco igualmente al ilustre y gran investigador biólogo actual,



Juan Rostand, en sus importantes trabajos sobre la partenogénesis experimental. Juzgar a una persona por sus labios o por sus deficiencias sexuales a la vejez, ¿no es ridículo? Biológicamente ¿quién es aún hoy el individuo que pretenda jactarse de conocer a fondo al diminuto ser humano y juzgarlo por sus formaciones o deformaciones corporales internas o externas cuando cada uno de nosotros somos muy diferentes en nacimiento y hasta en la muerte? Procurar hacer negocio con el nombre de Anarquismo es actualmente cuestión positiva, constatando que esta concepción social y humana penetra cada día más en el espíritu juvenil libre que aspira a una nueva forma de vida al margen de todo autoritarismo paternal, educacional y gubernamental, y por haber llegado a la conclusión, después de rudos estudios, que el único y verdadero camino para llegar a esa meta, a ese fin ansiado, a esa cúspide de pendiente escabrosa pero jamás imposible su ascenso, si a ella se va con entusiasmo y fe, es el Anarquismo, vehículo capaz de vencer todos los obstáculos y triunfar, implantando la era de la felicidad humana. Escribir hoy sobre anarquismo es un «business» beneficioso aunque sobre él se digan cosas muy desplazadas de la realidad, pues el solo nombre de esta concepción, no prostituida, que el filósofo de Besançon y autor de «¿Qué es la Propiedad?», diera el nombre de Anarquismo, es más que suficiente para desencadenar una carrera a las librerías y agotar en pocos días una edición de millares de ejemplares. Pero lo que no es fácil, aún siéndolo, para muchos intelectuales, con título o sin él, es basarse en la verdad, es resumir sana y noblemente la realidad sin desbaratar los hechos, episodios y acontecimientos sociales y revolucionarios.

Arte de escribir sin arte, Felipe Alaiz ya nos lo señaló muy bien, pues es un traje que indumenta a muchos escritores salidos de las Academias.

Me place dar a conocer a los lectores y muy particularmente a los ácratas, por el interés enorme que él contiene y con alguna analogía a la obra de James Joll y a una distancia de 63 años, el análisis que de los anarquistas y del anarquismo nos brindaba la «Revue Politique et Parlementaire» del 10 de septiembre de 1906, por la pluma de su colaborador, diputado de la Sarthe, Maurice Ajam, con el título: «Les Idées Mères de l'Anarchisme». Traduzco:

«En el preciso momento que el Parlamento francés se prepara a una discusión profundizada de las doctrinas socialistas, ahora que el Sr. Julio Guesde, un tanto desdenoso con las primeras escaramuzas acicala sus armas para la grande y próxima batalla de las ideas, no deja de tener su interés el organizar una pequeña excursión exploradora hacia la isla de la Utopía y dar la vuelta a los sistemas que pretenden intervenir en la reorganización humana.

»No hay que olvidar que el socialismo, englobando bajo su denominación general todas las doctrinas revolucionarias, no constituye una sola corriente. Mucha gente, aún instruida, se presta a creer que el colectivismo más o menos diferido, más o menos diluido, es la única forma de Comunismo

moderno propuesto por el entusiasmo de una multitud ávida de bienestar. Para esos, el anarquismo se asemeja como una doctrina claramente individualista cuyo «egotismo» del Sr. Barrès y el Nietzsche serían variantes al uso de los intelectuales (1). Ese es el error de los que han sido duramente tratados por Juan Grave cuando han ido a presentarle esta objeción especiosa «que las frases individualismo y comunismo» gritaban para ser acopladas juntas. A lo que Juan Grave contestó que esos «burgueses» no entendían nada de anarquismo y tenía razón.

»Los anarquistas son socialistas; solamente, en oposición a los colectivistas, ellos afirman haber hallado el medio de conciliar la libertad completa del individuo con el mismo goce de los bienes sociales.

»El anarquismo sigue el mismo camino que el colectivismo mientras se trata de criticar la sociedad presente, pero se bifurca violentamente en cuanto se trata de ordenar las condiciones de la sociedad futura. Los oradores que se enfrentarán con el Sr. Julio Guesde hallarán en el arsenal de objeciones anarquistas los argumentos más acerados contra el socialismo autoritario.

»Los profetas que han tenido la misión de regenerar el mundo han obedecido a la gran ley humana que divide los espíritus en dos familias de tendencia opuesta. En la disputa que separa a los casuistas de las escuelas socialistas hay algo de semejante a la lucha psicológica que resuena en el siglo cuarto de la era cristiana.

»Tenemos a los «Agustinos» pesimistas (son los colectivistas) que creen en la mala naturaleza del hombre y cuyo sistema social se impregna de autoritarismo porque creen en una «armadura» indispensable; y del otro lado, tenemos a los «Pelásgicos» optimistas a quien el hombre se le asemeja naturalmente bueno y se fía a sus instintos para conseguir lo que Kropotkin llama la «Compatibilidad armónica».

»Voy a buscar el fundamento mismo de la doctrina anarquista, desarrollando toda la imparcialidad de que soy capaz, con la esperanza que esta búsqueda me lleve a algún resultado útil. En el Prefacio de sus Primeros Principios, Herbert Spencer ha proclamado que no existía un solo error en el cual no hubiera una parte de verdad. Plinio el antiguo, creo que había presentado un axioma igual, diciendo que no había un libro malo del que no se pudiera extraer alguna cosa exquisita. Es con ese estado de espíritu que vamos a ojear la biblioteca anarquista.

»No existe actualmente, un solo sistema filosófico sobre el cual el mayor pensador del siglo XIX, he nombrado a Augusto Comte, haya impreso su marca. El Catolicismo mismo, buscando una investidura nueva a los ojos de sus contemporáneos, cree hallar en el Positivismo una barra de apoyo y los recientes trabajos de los Srs. Brunetière y Montesquiou están cimentados con la «Política positiva».

»Parece paradójico que individualistas, negadores de toda moral, hayan podido inspirarse en un

filósofo autoritario «beodo de moralidad». Sin embargo, vamos a hallar la garra de Comte aplicada igualmente en el pensamiento de Kropotkin.

»Al igual que el Positivismo, el anarquismo tiene una estática y una dinámica social.

»Veamos primeramente la estática.

»Sabemos lo que en sociología quiere decir esta expresión, pueda ser que un poco tosca, tomada de la mecánica. Antes de estudiar la máquina social en movimiento, el observador examina sus rodajes en estado de reposo. Los doctrinarios anarquistas no han fallado a la regla: Han considerado minuciosamente al individuo y a las instituciones que le aprietan antes de examinar la sociedad en sus evoluciones históricas.

»A pesar de algunas reservas formuladas por Juan Grave y Sebastián Faure, es exidente que toda la filosofía anarquista está bañada en la idea, familiar a la de los escritores del siglo XVIII, sobre la bondad natural del hombre.

»Kropotkin ha escrito en la «Conquista del Pan» esta frase que nos deja estupefactos, pero que ilumina en parte la mentalidad libertaria: «El hombre verdaderamente perezoso es relativamente raro.»

»Luego, cuando examine la última producción de Kropotkin, ese admirable libro sobre la «Ayuda Mútua», que es la obra de arte del pensamiento humano, mi tesis se hallará singularmente confirmada.

»Toco aquí a una clave de bóveda del edificio y todos esos que quieran agarrarse a los teóricos revolucionarios tendrán que prestar una atención extrema. Es la doctrina de Holbach, de Helvetius y de Juan Jacobo que forma el fondo y el subsuelo de la crítica anarquista. Debemos desconfiar de esas premisas. La mayoría de los escritores de la anarquía practican esta lógica de hierro que Anatole France nombra lógica del diablo y que Dumas hijo llamaba la lógica de bala de cañón. Si les conceden sus puntos de salida, ellos ganarán la plaza.

»Los hombres son buenos, únicamente, se hallan corrompidos por el contrato social. Los hombres de 1906 son malos porque las instituciones sociales existentes en 1906 son detestables. Son excelentes caballos que se han convertido en malos porque se hallan vestidos «con los arreos de las viejas instituciones» (Juan Grave). Retened esto: es el arreo quien hace el caballo. En un discurso célebre, el Sr. Clemenceau ha dicho esta verdad un tanto arriesgada que «el individuo hace la sociedad». El anarquista toma exactamente el contra pie de la opinión del Sr. Clemenceau.

»Examinemos ahora «los arreos».

»El estado social es horroroso. La primera preocupación del anarquista profesional es la de recortar en los periódicos los hechos diversos más trágicos que los reporteros prodigan cada mañana a su clientela ávida de escalofríos nuevos.

»Aunque Kropotkin haya puesto al público en guardia contra esos analistas, que han transforma-

do la historia en melodrama y que han tenido solo en cuenta los días de tormenta mientras que no han registrado los días de sol, la crítica anarquista, igualmente, no toma nota más que de los días liuviosos de la vida humana.

»Este optimista impenitente, cuando se trata de analizar la naturaleza del hombre, se vuelve un pesimista más sombrío que Leopardi, que Schopenhauer, que la Sra. Ackermann, cuando observa el cuadro en el cual se mueven los individuos.

»Sebastián Faure, buscando refinar en un libro toda su filosofía, no halla mejor título que «El Dolor Universal». De arriba abajo de su escalera, la sociedad no es más que miseria e injusticia.

»Eliseo Reclus compara a los hombres de su tiempo con «animales feroces encerrados en un circo».

»Las estadísticas lamentables que el Sr. Jaurès ponía recientemente en evidencia en la Tribuna parlamentaria, parecen idilios al lado de esas cual Kropotkin muestra los números desesperantes.

»La humanidad presente está dividida en dos castas desiguales tabicadas. Los dos tercios de la población trabajan para mantener al último tercio ocioso. Todo está acaparado por algunos. Los ferrocarriles pertenecen a algunos accionistas (1)». Entre cien individuos, ochenta y cuatro no poseen nada (2)». «La inmunda sociedad que nos rige fuerza a los individuos a pelearse entre ellos (3)». «La sociedad es una inmensa máquina de fabricar picaros (4)».

»El sistema del patronato se resume en esto: «Hallar desgraciados, pagarlos tres francos y hacerlos producir diez (5)».

»Así, la pequeña propiedad desaparece, el pequeño comercio lanza estertores y se extiende a la sombra mortal de ese Mancenillier que es el Gran Almacén (6)».

»La crítica anarquista se ha mantenido luego entonces en las observaciones de la primitiva escuela socialista que predecían, hacia el 1850, que el movimiento económico tendía a hacer de los ricos siempre más ricos y a los pobres siempre más pobres. Los escritores colectivistas reconocen hoy en día la falsedad de esa teoría, pero los anarquistas no ceden terreno.

»Al lado de un ejército de proletarios que se mueren de hambre, notan dolorosamente una superproducción agrícola e industrial capaz de subvenir a las necesidades de una población tres veces más elevada que la que el planeta contiene. Sebastián Faure, volviendo a las cifras de Eliseo Reclus, proclama que la tierra da 1033 kilogramos de subsistencia por cabeza y que toda repartición hecha, hay por el mundo una renta de siete mil francos a la disposición de cada familia, y además alrededor de dos mil kilogramos de pan, carne, huevos y comestibles diversos (7).

»La conclusión bien neta de esas observaciones es que la riqueza siendo acaparada y malgastada presentemente por un pequeño número de privilegiados, la destrucción de la organización social actual

permitiría a la multitud miserable el coger en la toma del montón las subsistencias indispensables a la vida (1) y el gozar de la misma manera que el agua o el aire natural.

»He aquí brevemente expuesta la estática social del anarquismo. Está toda ella en Proudhon. Por otra parte los Padres de la Iglesia anarquista contemporánea no reconocen más que dos precursores, Proudhon y... Rabelais.

»Es, si no me equivoco, Juan Grave quien ha denunciado al buen cura de Meudon como el primer teórico de la anarquía y quien ha indicado a la Abadía de Thelème como la primera descripción digna de ser notada como paraíso comunista (2).

»La dinámica de la anarquía, es decir, una vista general del movimiento humano explicando y justificando la doctrina, no había sido todavía esbozada, antes que Kropotkin hubiera reunido en volumen los estudios publicados por él, desde 1893, en una Revista inglesa. Ese libro, que ha obtenido un gran éxito en Inglaterra y en América, acaba de ser traducido al francés (3) y editado bajo este título: «La Ayuda Mútua, un factor de la Evolución».

»Es el complemento de la teoría anarquista que él encadena y coordina. A los ensayos fragmentarios y dispersos que escapaban a una crítica de conjunto, Kropotkin ha sobrepuesto un trabajo sistemático.

»Podemos comprender ahora las ideas-madres de una doctrina por la que no se puede sentir ninguna simpatía, pero a la que es imposible negar la importancia política y social.

»Cuando se quiere escribir la historia de la Humanidad, es indispensable tomar parte en la vasta cuestión del transformismo. Si la concurrencia vital de todos los seres es admitida como ley científica reconocida, es difícil rechazar el principio de autoridad. Bajo este aspecto, los discípulos de Darwin han sido diferentemente despiadados con el maestro. Huxley, posiblemente relacionado directamente con Hobbes, el cual, viendo en la sociedad humana la guerra obligatoria de cada uno contra todos, deduce la necesidad de una comprensión gubernamental...

»Kropotkin protesta enérgicamente contra las tendencias de la joven escuela Darwinista, a la que acusa claramente de haber traicionado a Darwin. «La teoría de la exterminación de los débiles no ha sido formulada de una manera implacable por el gran naturalista inglés. No es verdadera ni en la animalidad ni en la humanidad.»

«El egoísmo feroz de los seres no está probado ni en la misma aparición de la vida sobre el planeta.»

»Es curioso remarcar que Kropotkin, sin designar a Augusto Comte, se apoya aquí en todas las reservas que el Positivismo ha formulado contra el Transformismo.

»En una ojeada genial, antes del enorme éxito de las ideas darwinistas, Comte, cuyo sistema general concordaba ya con las nuevas teorías evolucionistas, protestaba contra la doctrina del «struggle for life» y presentaba la regla de la coexistencia en

el hombre primitivo del instinto altruista al lado del instinto egoísta.

»Kropotkin recoge y desarrolla esta idea. Únicamente, todos los hechos que el autor de la «Política Positiva» ha llevado al haber del altruismo están condensados por el escritor anarquista bajo ese vocablo: La Ayuda mútua.

»Pero las dos filosofías están de acuerdo para presentar ese principio que «la sociabilidad es igualmente una ley de naturaleza como la lucha entre semejantes». Verdad que los trabajos de Edmond Perrier y de Metchnikoff han establecido de una forma incontestable (1).

»Así, el gran factor de la evolución y del progreso de las especies no es la concurrencia, es ante todo la mutualidad. La unión por la vida es el verdadero axioma biológico y no la lucha por la vida. No es: «Desgraciados los débiles» lo que conviene decir, es: «desgraciados los aislados». El alcón desaparece cerca de los pantanos donde el pato prospera. La banda de pájaros desafía al gavilán. Las hormigas abundan sobre las mesetas donde el león ya no existe más que en estado de recuerdo.

»En cada especie misma, no es siempre el más fuerte quien ha «llevado la antorcha». Los individuos que han sobrevivido al hambre, a una epidemia, a una catástrofe, no han sido siempre los más robustos, ni los más sanos, ni los más inteligentes. Los sobrevivientes debilitados no son instrumentos de progreso. ¿Es que el mal puede producir el bien?

»El cuadro de nuestros desgraciados antepasados viviendo en estado de guerra perpetua ha sido muy oscurecido por las pinturas de la época protohistórica. Igualmente si debiéramos tomar como punto de comparación el estado actual de ciertas tribus salvajes, no podríamos concluir en la inmoralidad o en la amoralidad de los hombres primitivos. Tal explorador constata que los Hotentotes son el pueblo más amical, más liberal de la tierra (1).

»Lo es de igual manera para los Papús.

»El Comunismo, que es la base del estado social de los primitivos, mantiene en ellos la dulzura de los hábitos y la afección recíproca (2). ¿Es que no es admirable ver a los Esquimales quemar, después de la muerte de un miembro de la Tribu, todas las riquezas que le pertenecieron personalmente (salvo los objetos de utilidad social) con el fin de evitar la acumulación de la fortuna en una familia privilegiada?

»Vemos que Kropotkin es arrastrado hacia la tendencia general de todos los utopistas que han colocado la edad de oro al principio de la humanidad. Posee un espíritu muy científico para creer en un Paraíso terrestre primordial, pero suaviza lo mejor que puede la barbarie de los tiempos antiguos.

»El sociólogo que mira los hechos sin pasión, a la manera del cirujano que ausculta a su enfermo no es en absoluto llevado hacia la admiración de la virtud o de la moralidad de nuestros lejanos antepasados. Desenreda con mucha dificultad la tendencia altruista en medio de egoísmos desenfundados. Kropotkin, aprisionado en su sistema, llega a



decidir altanadamente que «el amor de la paz ha sido tendencia primera de la humanidad».

»Y esta afirmación se aplica también a los bárbaros germánicos que han invadido el Imperio Romano como a nuestros antepasados neolíticos. El bárbaro «sanguinario» no ha existido jamás, al igual que el salvaje «sanguinario».

»¿Qué importa la creencia en el Walhalla, lugar de delicias dónde se guerreaba desde la mañana hasta la tarde? Los Saxones eran comunistas, luego pacíficos y felices.

»La comuna lugareña del siglo III y VI juega en la doctrina anarquista un papel considerable. Ella no admitía propiedad territorial; la agricultura se ejercía en común. No se podía poseer privativamente más que «las cosas susceptibles de ser destruidas por el fuego». La ayuda mutua era constantemente practicada.

»De la comuna lugareña de los bárbaros va a nacer la guilda, asociación maravillosa, que formará la trama de la civilización de la edad media.

»Jamás, desde J. Maistre y Augusto Comte, habíamos hallado un admirador de la edad media tan devoto como Kropotkin. Para él, el periodo que se extiende del siglo X al XVI es una época de eflorescencia humana. Nada más perfecto que la organización del trabajo realizado por las Guildas, las corporaciones de oficios.

»La Guilda apacigua los procesos, asegura a sus miembros en caso de incendio o de ruina, los socorre cuando se hallan enfermos. Además, la unión de las Guildas consagra la inviolabilidad de los mercados, facilita la venta de la producción, protege al consumidor contra la avaricia del productor. Luego, la Guilda, es la Comunidad; ella compra en común, ella vende en común, es la colmena industrial en la que cada abeja se entrega a la prosperidad colectiva.

»Que el Sr. Millerand y el Sr. Guyot no vayan a imaginarse haber esbozado los primeros una teoría del contrato colectivo del trabajo. Esta teoría, la Guilda la ha puesto en práctica (1). Ella ha conseguido hacer pagar a los trabajadores salarios muy superiores a los del siglo XX. En Amiens, en el siglo XV, ¿es qué un albañil no ganaba el valor de 48 libras de pan?

»¡La jornada de ocho horas! Se había realizado en las Minas Imperiales de Alemania y hecha obligatoria por una ordenanza de Fernando I. Desde esa época, los Congresos del trabajo aseguraban las condiciones de la vida económica de los obreros.

»La ciudad de la Edad Media fue pues una primera cristalización del Comunismo libertario. La asociación voluntaria ha hecho milagros y nuestros antepasados han hallado la mayor cantidad de felicidad que la humanidad ha podido disponer a través de los siglos.

»Es digno de notar que Kropotkin, separándose netamente del punto de vista de Augusto Comte, no rinde ninguna especie de homenaje al Catolicismo. Apenas si concede una mirada benévola a las primeras sectas Essenianas.

»A sus ojos, la Iglesia cristiana se ha transformado rápidamente en Iglesia romana, violenta, dominadora y explotadora.

»Reconozco con facilidad en la mentalidad anarquista la tendencia que tienen algunos libres-pensadores en considerar la Religión como una enfermedad mental. Leyendo a Kropotkin, podríamos creer que los artesanos del siglo XII practicaban una gran indiferencia religiosa. El esplendor artístico de las catedrales proviene del espíritu comunista y no del espíritu católico. ¡Después de todo es una forma de ver!

»La ley histórica del desarrollo humano se ve así claramente formulada:

»Al principio, las tribus superando, gracias al altruismo, las dificultades de la existencia, se combatían entre ellas cuando no podían hacer otra cosa, haciendo pacer pacíficamente a sus rebaños alrededor de los lagos, poniendo en común la riqueza y explotando colectivamente el suelo.

»Y de las comunas lugareñas que continúa el comunismo de la propiedad territorial, pero que disfrutan sin embargo de la fortuna mobiliaria. Viene a continuación la Guilda, que organiza el trabajo manual y lo honora, dando a la asociación comunista una forma muy cercana de la perfección.

»Por último, se eleva la Ciudad, que arranca la civilización a la Teocracia, y se presenta como un organismo completo que puede servir de modelo a la democracia actual.

»La humanidad había hallado su camino antes del siglo XIV. El desarrollo de las instituciones comunistas había llevado a descubrimientos industriales de primer orden, al perfeccionamiento de la mano de obra, al desenvolvimiento de las bellas artes. Ese resultado social había sido obtenido gracias al crecimiento de las asociaciones voluntarias en las que el individuo se sacrificaba felizmente por el bienestar común.

»¿Cómo puede ser que a ese estado de evolución tan gloriosamente alcanzado el progreso humano haya sufrido un paro y una regresión?

»Aquí es cuando la teoría anarquista se vuelve verdaderamente original.

»Todo el mal proviene de los legistas burgueses, de la Dignidad real y de la Iglesia Romana.

»Para desembarazarse de los señores feudales, las Comunas tuvieron la grave culpa de unirse al Reino. Ellas le dieron los vergajos con los que fueron azotadas. Por otra parte, la Iglesia Romana, que, durante los primeros siglos de su existencia, había soñado con el establecimiento de una teocracia, no habiendo podido realizar su ideal completamente, quiso conservar por lo menos una parte de dominación, poniéndose al servicio del Rey. Los legisladores burgueses consolidaron el poder central, haciendo revivir las instituciones de la antigua Roma; ellos se esforzaron por encadenar la nación en los eslabones de una legislación favorable a los derechos del Estado.

»Constituido el Estado, fue la piedra de tropiezo del esfuerzo de los individuos.

»La Sociedad se volvió la cosa de un Sindicato de explotación, compuesto de privilegiados (el rey, su corte, los sacerdotes, los magistrados, los ricos).

»Desde entonces, si el feudalismo fue quebrantado, las corporaciones son contrariamente disminuidas, perseguidas, obstaculizadas.

»Poco a poco el régimen de las asociaciones comunistas y voluntarias desaparece para dar paso al régimen autoritario.

»Y el punto culminante de esta ascensión de la idea de Estado, es precisamente la Revolución Jacobina de 1793.

»Los Revolucionarios burgueses han desarrollado frente al régimen asociacionista un odio furioso. Todo lo que constituía a sus ojos una unión de individuos, les parecía como un «Estado dentro de un Estado», como una violación del dogma del «Estado sacrosanto».

»Hemos asistido a la lenta absorción por el Estado de todas las funciones sociales ejercidas por los individuos mismos.

»Luego, cuando más el Estado organiza el servicio público, tanto más el individuo desaparece ante él y tanto más el individualismo egoísta, el individualismo «personal» se extiende.

»Luego hay dos concepciones del individualismo: la primera corresponde a la idea anarquista, es el libre desenvolvimiento del individuo asegurado únicamente por su «inmersión» en la Comunidad; la segunda, es la idea Neo Darwinista que satisface muy bien a los burgueses de la hora presente; es el principio de la lucha de los seres y de la concurrencia vital, la doctrina de «cada uno para sí».

»La primera se satisface por las uniones libres; la segunda, por el desarrollo de la autoridad central, despojando a los individuos de su responsabilidad social.

»Kropotkin ilustra su tesis de esta manera: «Den-

tro del régimen asociacionista, el camarada herido recibe inmediatamente el socorro de sus próximos. En el régimen estatista, se contenta uno con indicar al miserable las señas del hospital más cercano».

»La regresión social que soportamos desde «el gran siglo de la decadencia» (el XVII) ha llevado a la situación que nos revela más arriba el estudio estático. El hombre actual busca su felicidad en el desprecio de la felicidad de los otros y se hace preservar en esta creencia:

»1° Por la biología, que le enseña la necesidad de la lucha;

»2° Por la historia, que ve en la concurrencia la ley del progreso;

»3° Por la religión, que considera únicamente la salvación personal.

»Por consecuencia, el sistema social está descompuesto en sus rodajes íntimos. Luego es necesario sacudirse el yugo del Estado, cuya intrusión ha causado el dolor universal en el cual el mundo civilizado se debate. Conviene que la humanidad vuelva hacia atrás y retorne al cruce del cual se extravió, que tome la evolución interrumpida en el lugar preciso donde el sistema autoritario rompió la cadena.

»Felizmente, las tradiciones medioevales no han desaparecido completamente. La idea del Apoyo mutuo ha hecho como ciertos ríos que se desvanecen repentinamente; ha corrido subterráneamente atravesando incógnitamente los siglos XVII y XVIII; pero hacia el fin del último siglo, la hemos visto reaparecer por miles de manantiales puros.

»La renovación social en su aurora se caracteriza por la formación de innumerables uniones voluntarias, en las que los esfuerzos individuales buscan substituir a la tiranía del Estado.

(Continuará.)

(Todas las Notas serán publicadas al final del estudio. — N.D.L.R.)

«Cada uno de nosotros, aun el más pequeño e insignificante, ha sido conmovido en su existencia más íntima por las sacudidas volcánicas casi ininterrumpidas de nuestra tierra europea; y en medio de su número infinito, no sabría atribuirme más privilegio que este último: el de haberme hallado, como austriaco, como judío, como humanista y como pacifista, precisamente en aquella zona en que esos sismos producían el efecto más violento. Tres veces dieron en tierra con mi hogar y con mi existencia; me apartaron de mi vida anterior y del pasado, lanzándome con vehemencia dramática al vacío, a ese «no sé a dónde dirigirme» que me es ya tan familiar. Pero no lo deploro: los sin patria, justamente, se tornan libres en un sentido nuevo, y sólo aquéllos que ya no tienen trabazón con nada, o deben tampoco consideración alguna.

STEFAN ZWEIG

# LA PESTE

por INGRID RUIZ

*«Una de las características originales de esta obra es la manera en que Camus combina en ella la presentación naturalista y el significado simbólico.»*

**N**ATURALMENTE, la pregunta inmediata es: en realidad, ¿combina Camus en su obra alguna clase de simbolismo o quiere decir que la narrativa sostiene la obra entera? Esto es contestado instantáneamente no por Camus, sino por Daniel Defoe en la cita que precede y es por tanto pertinente a toda la novela.

«Il est aussi raisonnable de représenter une espèce d'emprisonnement par une autre que de représenter n'importe quelle chose qui existe réellement par quelque chose qui n'existe pas.»

Consecuentemente puede decirse que existen diferentes planos en «La Peste» que deben entretenerse con habilidad, si es posible leerla, notando solamente el plano lateral y aceptándola, no obstante, como un argumento válido e independiente. Sin embargo, después de un examen más estrecho y con un pequeño estudio de la filosofía de Camus para ayudar a iluminar los hilos de la ideología que están desarrollados en el plano metafísico, uno puede apreciar este aspecto y aquel que trata con las alusiones a la ocupación, guerras y tiranías en general.

Como la ciudad de Orán y la plaga que cae sobre su población son los vehículos para la alegoría de la guerra y una exposición de las creencias de Camus, tal vez sea mejor empezar con una discusión de la presentación naturalista en la novela.

Superficialmente esta es una «Crónica», como su autor la llama, la cual describe el curso de acontecimientos que siguen al advenimiento de la peste en una ciudad muy común. La subida y caída de la enfermedad y los sentimientos de exilio y separación que ello encarna entre sus víctimas como una masa. Camus da autenticidad a su narración al proveer detalles particulares de la ciudad: no hay verdura, las estaciones van reflejadas en el argumento solamente. La ciudad tiene un nombre — Orán — y se halla situada en Argelia, el año es 194 ., y la reputación de la historia está establecida al mencionar las fuentes de donde ha sido tomada:

«... Son témoignage d'abord, celui des autres en-

suite, puisque, par son rôle, il fut amené à recueillir les confidences de tous les personnages de cette chronique, et, en dernier lieu, les textes qui finissent par tomber entre ses mains.»

Además están los caracteres centrales del libro que todos responden prácticamente a la situación, bien en rebelión e intento de fuga como Rambert, o con la igualmente sincera rebelión de Rieux en su capacidad como doctor contra el lado físico de la peste y la muerte; el involucramiento de Gottard en el mercado negro; los grupos de sanidad de Tarrou; el viejo que escupe a los gatos, y todos los demás. Cada uno tiene su propia historia plausible y personal: Grand, cuya mujer le ha dejado, está tratando de escribir un libro; Tarrou, luchando contra la pena de muerte y sufriendo porque su padre era fiscal y él mismo ha visto matar a los hombres; y Rieux, que luchó para llegar a ser doctor y también «d'être un homme».

Naturalmente desde la primera aparición de las ratas que Rieux encuentra en su casa, se levanta el interés en el desarrollo de la peste; su estadística y creciente mortandad entre las gentes de la ciudad y la manera en que han llegado a unirse en su desgracia, de forma que ello se convierte en «une affaire à tous», aunque en el capítulo primero el narrador había hecho remarcar que «Un malade s'y trouve bien seul...». Poco a poco los sentimientos de uno llegan a ser los sentimientos de todos, debido al exilio común y a la separación, como dice Rieux cuando él revela su identidad en el capítulo final:

«... il a pris délibérément le parti de la victime et a voulu rejoindre les hommes, ses concitoyens, dans les seules certitudes qu'ils aient en commun, et qui sont l'amour, la souffrance et l'exil. C'est ainsi qu'il n'est pas une des angoisses de ses concitoyens qu'il n'ait partagée, aucune situation qui n'ait été aussi la sienne.»

Sin embargo, a pesar de todos los pormenores y detalles convincentes incluidos en la narrativa, ayudado por la prueba fehaciente y objetiva provista por el estilo de crónica adoptado, Camus simultáneamente se las apaña para mantener al lector alejado de la acción en varios aspectos a fin de dar más libertad para apreciar los aspectos metafísicos y alegóricos de la obra. Para empezar, ninguno de los personajes centrales está descrito de una forma



completa, y en realidad muy poco sabemos acerca de ellos, así dada una otra cualquiera situación no seríamos capaces de predecir sus reacciones. Esto se ha llevado a cabo de varias formas. En primer lugar, la ciudad de Orán es, como se dice, «un lieu neutre». Su descripción es suficientemente imperceptible y simple, de manera que ésta puede aplicarse a cualquiera ciudad grande europea, así que la ubicación deviene inmediatamente universal. Las masas son también imperceptibles y gozan los mismos placeres y vicios que los demás ciudadanos y son ni peor ni menos virtuosas que las de otros sitios. Cuando llega la peste, reaccionan de forma completamente normal en tanto que, con el concierto habitual de la raza humana como un todo, no podían aceptar que esto les hubiera ocurrido a ellas; así ellas y las autoridades retrasan las medidas profilácticas necesarias hasta el último momento posible. Después... «cette periode remplie de signes déconcertants et le début d'une autre, relativement plus difficile, où la surprise des premiers temps se transforme peu à peu en panique...».

Consecuentemente, la población podía llamarse tanto Género Humano como Oraneses.

El estilo conspira también para evitar que el lector se identifique con ninguno de los caracteres ya que éste es objetivo, real y apropiadamente clínico, de forma que no podemos vivir dentro de esos caracteres sino examinarlos, criticarlos y tomar conciencia de su esencia fundamental, lo cual será discutido después. Finalmente, la peste misma no podía ser más apropiada para el objetivo de Camus, ya que ella realiza tantas funciones simultáneamente. Como una enfermedad fatal trae consigo naturalmente el aislamiento correspondiente con el resto del mundo, de forma que los elementos de separación y de exilio son impuestos, los cuales son aplicables por igual a una ocupación en tiempo de guerra, una tiranía, una peste física o una peste de exilio simbólica. Siendo un fenómeno natural, ella representa la contingencia y acarrea la muerte, la cual es un límite que refrena y al mismo tiempo es un desafío para el hombre, de ahí esa actitud general hacia la vida y las soluciones del problema que no hace distinción de las formas de la muerte.

La peste instituye también un elemento de oportunidad y al mismo tiempo de eternidad, ya que se hace referencias a azotes similares en la historia (por ejemplo en el primer sermón del Père Paneloux) que da la impresión de que la contingencia y el mal es algo contra lo cual el Hombre ha lidiado y tendrán que lidiar siempre, y cada uno se halla solo hasta su decisión final. Con el cierre de la ciudad, a la peste se le deja encarnizarse allí dentro, de manera que no hay comunicación con el mundo exterior para aliviar la tiranía de la enfermedad. Después de cierto tiempo, la población se familiariza con ella y toma conciencia de su carga, y a medida que pasa el tiempo olvida el pasado y no se atreve a mirar y no mira al futuro, el cual, libre de peste, deja de existir. De manera que se ve forzada a entrar en un estado sin tiempo limitado y sólo puede vivir en el presente y por tanto se

halla constreñida a cada momento a reconciliarse con la vida tal y como es. De esta forma el lector puede ver también al Hombre aislado en el medio de su universo con su obligación de ponerse de acuerdo, de una forma u otra, con su situación «Absurde».

Este es, naturalmente, el objetivo principal de Camus, exhibir la posición «absurda» del Hombre y explicar las reacciones de las gentes cuando se aproximan o eventualmente alcanzan «l'éveil», pues es entonces cuando depende de ellas, como individuos, o bien desesperar o devenir un «revolté». «La Peste» es naturalmente arbitraria como mal, y aquí es mostrada como tangible, de manera que gentes como el doctor Rieux pueden combatirla y ser completamente plausibles en el tema. Pero Rieux es también el símbolo de un hombre consciente de la «absurdidad» de la vida y que lucha contra esa muerte que limita las vidas humanas y también su comprensión, ya que no ven más allá de la muerte. El, lo mismo que los otros, es una esencia simbólica, más bien que un carácter y él confirma la filosofía que él representa con sus acciones en un nivel literal, aunque pueden ser igualmente aplicables en un plano metafísico. Como él dice en una forma de autodescripción:

«Après tout, c'est une chose qu'un homme comme vous (Tarrou) peut comprendre..., mais puisque l'ordre du monde est réglé par la mort, peut-être vaut-il mieux pour Dieu qu'on ne croie pas en lui et qu'on lutte de toutes ses forces contre la mort, sans lever les yeux vers ce ciel où il se tait.»

Rieux sobrevive a la peste, lo cual muestra que esto es lo que Camus considera como la solución práctica, al menos para él, mientras que Tarrou y Paneloux mueren. Tarrou quiere ser un santo y no dañar a nadie, y conseguir la paz interior a pesar del hecho de que cada uno de nosotros es «un pestiféré», como él dice. El vive por un ideal, el cual él alcanza a través de la muerte, cuando es demasiado tarde. Paneloux es uno de los ejemplos supremos de la combinación en la presentación natural y el significado simbólico en tanto que jesuita ortodoxo, es decir, un jesuita de un orden intelectual de quien se espera exponga las cosas como él lo hace en sus dos sermones. Estos sermones, al ser una exposición justificada de ideas, hacen resaltar el motivo central del libro y por tanto facilitan una transición fácil del nivel literal al metafísico. El es el medio perfecto para presentar problemas básicos teológicos, tal como la aceptación de la muerte de inocentes que levanta a un nivel literal con la muerte del hijo de Othon. El acontecimiento trae la disputa entre creyentes y no creyentes y saca a relucir sus diferencias esenciales. Paneloux no puede aceptar por más tiempo esto dócilmente como retribución justa, como lo hubiera aceptado antes, pero según expresa en su segundo sermón, él tiene fé en Dios y eso está por encima de la comprensión de los otros. Según él, uno acepta a Dios totalmente o lo niega de una manera rotunda, lo cual él halla imposible. Rieux, por otra parte, expone su filosofía diciendo:

«Non, mon Père... je me fais une autre idée de l'amour. Et je refuserai jusqu'à la mort d'aimer cette création où des enfants sont torturés.»

El rechaza el esfuerzo imposible para encontrar la solución de los misterios del universo y se dedica a la rebelión práctica e inmediata como doctor contra un mal tangible, una enfermedad. Paneloux muere, forma extraña, de algo que no es precisamente la peste, y esta duda es transportada de su muerte a su creencia. Tal vez Dios sea el medio para vencer el mal, o tal vez no.

Otros caracteres se dan a conocer también por sí mismos a través de sus acciones:

Grand, un hombre insignificante, fácilmente identificable a cualquier otro hombre, es básicamente bueno porque no daña a nadie. Es simple y sin dotes intelectuales y ayuda a Gottard, no en grandes teorías, sino en sus preocupaciones al ofrecer su ayuda contra la peste. El tal vez nunca sea capaz de sobreponerse a su lucha para perfeccionar su libro, pero: «ce n'est pas une raison pour cesser de lutter.» El sobrevive a la peste, y eso es lo que prueba la veracidad de: «Il y a plus de choses dans l'homme à admirer qu'à mépriser.»

Rambert, también es un hombre simbólico de la «révolte». Al principio él hace esto por razón personal puramente. El intenta escapar de Orán para estar junto a su amor y rehusa aceptar la derrota. Finalmente, extiende esta lucha privada a la lucha por el Género Humano al ingresar en la sección sanitaria de Tarrou, a fin de parar o dominar el mal y la peste.

El y los otros «révoltés» se hallan en contraste bien definido respecto a Gottard, quien de sus acciones sobre el nivel literal, es decir al aprovecharse del mercado negro, rechazando ayudar al doctor y sus compatriotas, ayuda a la peste y de aquí al mal sobre un plano simbólico: «Il avait des affinités avec la peste.»

El es la clase de persona que acepta el mal en el mundo y bien desespera o deviene uno de sus agentes, premeditando hacer mal a los otros para sus propios fines.

Finalmente existe la alegoría de la guerra contenida en el libro aunque con no mucha referencia simbólica sostenida. Una vez más la peste, como fenómeno, tiene similitudes con una situación de ocupación por una fuerza extranjera, las cuales se hacen obvias inmediatamente. La acción tiene lugar en 194... que evoca el recuerdo de la II Guerra Mundial, entonces tan inesperada como la invasión alemana para la gente de la calle (to the «man-in-the-street»):

«Ils se croyaient libres et personne ne sera jamais libre tant qu'il y aura des fléaux», dice Camus, so pretexto de Rieux, lo cual tiene un significado a tres niveles. Las ratas son vistas como «cette invasion répugnante» y las autoridades a lo primero no reconocerán el peligro o aceptarán su existencia

por miedo de llevar la ciudad al pánico, lo cual es naturalmente comparable con el exceso de optimismo, muy segura actitud de los otros poderes mundiales que descartaban la posibilidad de que Alemania pudiese poner en juego tales fuerzas.

Cuando la plaga es anunciada oficialmente, todo el mundo piensa que ésta no durará mucho y el narrador dice:

«Quand une guerre éclate, les gens disent, «ça ne durera pas, c'est trop bête». Et sans doute une guerre est certainement trop bête, mais cela ne l'empêche pas de durer.»

La peste es tan histórica como una guerra y al mismo tiempo tan remota, lo cual explica la estupefacción que acarrea. Como enfermedad contagiosa requiere el cierre y aislamiento de Orán, igual que la ocupación aisló a Francia del resto del mundo libre. Ambas roban la libertad. Las víctimas de la peste al ser descubiertas por las autoridades son puestas en cuarentena y separadas para morir; en el mismo sentido que los supuestos traidores de los nazis eran separados y eliminados por el régimen. En ambas situaciones se impone el racionamiento donde se desarrolla un mercado negro. Hay guardias en las puertas de la ciudad para evitar las fugas y más tarde hay tiroteos también de forma que a la gente que vive en la vecindad la peste le suena como una guerra. Se levantan los sentimientos de desconfianza, como en el tren, porque nadie sabe si su vecino es portador de la peste, o alternativamente es un traidor. Se inicia una estafeta sobre la peste, lo mismo que el periódico de Camus, «Combat», que estaba llamado a unir las fuerzas de la resistencia, después el establecimiento de las fuerzas de sanidad para combatir la peste, la cual puede ser asociada con el «Maquis» en Francia en 1940. Todos estos detalles literales que pueden tomarse como detalles alegóricos de la ocupación culminan en las innegables descripciones evocativas de los sepelios en masa durante la peste respecto a los horrores eventuales de los campos de concentración, tales como Belsen. Existen naturalmente muchas otras comparaciones que podrían sacarse, pero a pesar de todo esto, ellas no son casi tan importantes, al ser consideradas separadamente, pues cada detalle es perfectamente aplicable a la situación que una peste, caída inesperadamente sobre una ciudad, podría tener.

Por tanto, esto es cierto en todos los planos, como se ha demostrado, y el tema principal, en la esfera literal, de exilio y separación son también centrales a la filosofía metafísica del aislamiento del Hombre en el mundo y los mismos resultados de la ocupación. Camus ha hecho de Orán, con éxito, una ciudad con derechos propios, pero al mismo tiempo ha creado un microcosmo de la situación del Género Humano y su mundo, de forma que está perfectamente justificado decir que: «Que una de las características originales de esta obra es la manera en que Camus combina en ella la presentación naturalista y el significado simbólico.»

# Por las Bibliotecas

Por EUGEN RELGIS

## I

... Y el Neófito, tentado y atemorizado, está luchando en el umbral del templo (¿satánico o divino?) de la Razon pura...

**C**OMO la primera vez, ahora tampoco puedo penetrar con soltura en los secretos de la inmensa biblioteca. Desde su umbral la contemplo, humilde, agobiado en mi alma. En los rincones, las sombras parecen velos desplegados, caidos sobre lápidas funerarias. Y los rayos escasos, filtrados a través de las vidrieras adornadas de alegorías y leyendas, encienden las inscripciones doradas, ocultas en las penumbras de las salas.

Creeríame en un templo antiguo, pero faltan las serenas, las divinas estatuas; creeríame en un solemne mausoleo, pero no flota bajo su bóveda el hálito de la muerte; creeríame en una fortaleza, pero no hay contrafuertes y almenas; creeríame en una palestra de la vida, pero no hay torneos, ni luchas, ni entreveros...

Y desde el umbral, sin moverme, contemplo con fervor, humilde en mi alma. Quisiera poder pensar en todo lo que tantos hombres han pensado en otros tiempos, pero en vano me empeño en arrancar algún pensamiento fijado en los libros... Quisiera poder soñar con todo lo que tantos hombres han soñado, pero no puedo resucitar un sueño enterrado entre blancas hojas... Quisiera poder retener en mi un anhelo, entre tantas aspiraciones engañosas; un misterio trabajosamente aclarado, entre tantos misterios impenetrables; una pasión que haya ensangrentado con sangre negra tantas páginas; una ficción entre tantas ficciones y realidades escondidas en los anaqueles... Tan nimio, tan ignorante y desamparado me siento en el umbral de la biblioteca, y, no obstante, me parece que algo de todas estas cosas late también en mí...

¡Qué extraña arquitectura ostenta este templo sin estatuas! Y, sin embargo, cada libro, entre miles y miles de libros olvidados — tal como aguardan, alineados, rígidos entre sus portadas adornadas — parece contener más tesoros que un palacio, riquezas ocultas, impalpables, reveladas sólo a los iniciados.

¡Qué calma reina en esta necrópolis sin olores de

muerte y podredumbre! Y, sin embargo, me parece que cada libro es un féretro en el que, embalsamada para toda la eternidad, duerme un alma humana que tanto anhelo y padeció, entre miles y miles de almas atormentadas...

¡Qué sombría fortaleza es la biblioteca sin estatuas! Y, sin embargo, me parece que cada libro es una piedra penosamente cincelada. ¡Qué invencible ciudadela se ha erigido con estas murallas de libros! Y cuántos mercenarios de la ignorancia, del saqueo y de la matanza, han caído ante estos sagrados y mágicos baluartes...

¡Qué palenque sin torneos es el estadio de la Razon! Y me parece, sin embargo, que cada libro es un espectador sentado en el palco, y cada espectador es a la vez un luchador. Y tantas canciones resuenan, en el coro de las voluntades, lúcidas, enardecidas; tantos gestos solidarios, coordinados, reconstruyen sobre ruinas los mundos de antaño; y, en las perspectivas del porvenir, los visionarios esbozan el mundo mejor de nuestros sucesores... Oh, la eternidad de la vida pura, quintaesenciada, que cabe en una biblioteca...

Y, desde su umbral, inmóvil, la contemplo con fervor, humilde en mi alma... me parece, no obstante, que mucho he meditado, y mucho he anhelado..., que tanto he soñado en esta vida, y en las otras, quizá... y entre los anaqueles atestados con miles y miles de libros olvidados, estoy buscando mis tristes pensamientos — mis blancos y azulados sueños — y las aspiraciones dispersas por senderos solitarios...

Y me parece también que, paulatinamente, en el vacío del corazón agotado, en el caos de mi mente, están preparándose libros nuevos, que serán escritos, afanosamente, con sangre cálida y nervios febriles... Libros que, alguna vez, en la fúnebre biblioteca — junto con miles y miles de libros olvidados — estarán esperando que los lea con tristeza ¡quién sabe qué soñador o algún cansado erudito!

Y vacilo en el umbral de la biblioteca, sin atreverme a penetrar en los secretos de la vida y de la muerte.

## II

... Y el Neófito, llegado a ser omnisciente, se lamenta, consumido por la nostalgia de la Vida pura...



Por las severas salas de lectura, llevo mi deseo de saber, el deseo nunca aplacado de conocer secretos que siempre se renuevan y se multiplican. Pues llevo en mí los secretos, y el mundo entero está en mí. Pero, incesantemente, estoy buscando en libros algo de lo que mora en mí...

Y raras veces mi pensar se estremece al encontrar en un libro el mismo pensamiento, y raras veces mi sueño se reconoce, como en un espejo, en el sueño fijado en las páginas del libro...

Y tantos libros deletreados con el mismo triste y cansado empeño, — tantas palabras infiltradas a través de los ojos en la sangre y los nervios, despacio — insinuantes, embriagadoras, corrosivas como venenos, — tantos libros leídos en callado recogimiento — ¿para qué han servido si, ahora también, me atormenta sin piedad alguna el vano deseo de saber?

¿En qué escondrijos de mi alma están los libros que he leído? ¿Por qué he alimentado y nutrido mi ser con tantas pasiones extrañas y aspiraciones alucinantes?... Me siento ligado por miles de cadenas que no me dejan moverme con gestos libres, espontáneos y siempre estorban mi sano ímpetu de elevación. Siento que estoy llevando conmigo un mundo que no es mío: otros pronuncian, por mi voz, palabras en las que no creo; otros dirigen mi brazo hacia cosas que no deseo; otros me hacen ver de distinto modo el mundo de afuera, el mundo oculto en mí mismo...

¡Oh, libros que nos avasallan, pérfidos, astutos, y trastornan la armonía interior, con tantas penas logradas! Pues raras veces el pensar se estremece al encontrar el mismo pensamiento en un libro, y raras veces el sueño se reconoce en el sueño fijado en las páginas que leemos...

Y cuando he abandonado la ciudad, para leer en el vasto libro abierto de la naturaleza; cuando he tratado de olvidar un mundo indiferente u hostil, y de hablar conmigo, en mi pobre soledad, siempre los libros que se adueñaron de mí, me hicieron volver, despiadados, con pesados pasos de forzado, hacia las severas salas de lectura...

Y línea tras línea penetra en mí, por los ojos, por la sangre, por los nervios, el extraño mundo de los libros. Y este mundo me agobia más y más, y la fiebre se extiende, me abrasa: las líneas vibran, se embrollan; visiones y espejismos surgen de las páginas niebladas, y un cántico susurra en mis oídos, melopea prolongada, como un llanto, como una plegaria...

Y a menudo, desvío la mirada, presa en la red de las letras negras. Contemplo las salas, una tras otra, bañadas en su luz filtrada, cenicienta. Silencio, calma de sanatorio, voces apagadas, gestos mudos, pasos de puntillas. Y hay tantos lectores...

Así como están sentados en las mesas largas, en las salas tapizadas de sombras transparentes, bajo las aureolas de las altas ventanas, ellos parecen creyentes reunidos en un templo, todos humildes, todos resignados. Oran, encorvados sobre sus tomos, la frente apoyada en las palmas. Y tan triste

es su oración, sin salmos, sin cánticos. Y su Dios es tan multiforme y contradictorio, nebuloso, esfumado...

Oh, estos jóvenes creyentes, que quieren saber más y más, anhelando triunfar en la contienda que les espera; — estos pálidos lectores que se sustentan con todo lo que otros han meditado y sentido; — oh, hermanos míos, ¡qué confiados estáis en la soberanía del libro, dejando que vuestro corazón sea presa de las angustias y los sueños extraños!

Y pienso en vuestro destino, cuando, pasando los años, la Vida cruel — tan apresurada por las calles, trepidante en las fábricas, jadeante sobre las labranzas — os hará salir de estas solemnes salas de lectura. Temo por vosotros, que lloraréis, desamparados, por tantas añoranzas incumplidas, tantas ilusiones y tantos pensamientos vueltos estériles, pútridos en vosotros como los muertos en cementerios... Pues los magos y los santos, los sabios y los héroes de los libros que habéis leído, os dejarán solos, perdidos en la gran lucha, la verdadera, sin tregua ni piedad.

Y así como estáis, inmovilizados en las mesas — ¡hermanos míos, en el mismo destino! — me parece ver en estas salas severas, crepusculares, a los convalecientes salidos de los hospitales donde padecieron y que leen, resignados, el cuento de su alma desangrada.

### III

... Y el Neófito, siempre esclavo del libro, implora su redención, que se halla sólo en el Amor puro...

Cierro el libro, cual una cajita vacía, sin secretos. Bajo la frente, siento el dolor del empeño fastidioso y estéril, mientras afuera la calle está pléutica de hombres y riquezas, tumultuosa, apresurada con el Tiempo que corre... Pero estoy sujetado a esta mesa, como un galeote a su barco. Parece que quisiera permanecer encadenado a la mesa, para siempre hundido en mi lectura como en un amasijo de nubes plomizas...

Delante de mí, en la otra mesa, de espaldas, está leyendo una joven mujer. Y dejo descansar mis ojos... En sus cabellos, reflejos pálidos se entretejen cual una corona sedosa; el cuello blanco, con sombras tenues, como un fragmento de columna; el ángulo de los brazos frágiles sostiene el busto suave, inclinado sobre el libro; y los hombros apenas se elevan y bajan el ritmo de su lenta respiración...

Y al quedarse así, inmóvil, contemplando a esta desconocida — cuyo rostro me lo imagino con ojos oscuros y labios tiernos, de dulce, tímida y triste expresión — siento la caricia de la consolación, el bálsamo mágico de la belleza...

En las salas enlutadas, con sombras frías y escasos fulgores de sol, entre las filas de lectores hermanados, las lectoras parecen flores de invernadero olvidadas entre rocas grisáceas. Inclinas sobre el libro, ellas leen, absortas, fascinadas — pero, ¿qué leen estas enigmáticas mujeres en tantas pá-

ginas marchitas, áridas como el desierto? ¡Qué tristeza dimana de su silencio perseverante — y como me envuelve su tristeza, vibrante de ternura y consuelo!

Y el mismo rostro lo llevo en mi alma: de ojos oscuros, llenos de sueños. ¡Qué hermosa es la mujer cuando la ausencia o el olvido la cubren con sus velos diáfanos! La vida pura, exultante y fecunda del amor su secreto amor, anhelante como en cualquier alma humana — ¡cómo se muere, lentamente, en su pecho, mujeres olvidadas en bibliotecas! ¿No sentís, acaso, cómo late y se estremece el pobre corazón esclavizado? — ¿no sentís que en vosotras resuenan las poderosas y claras llamadas del mundo? — ¿desconocéis su propia belleza, embrujadas por libros herméticos, ¡mujeres tan encantadoras en solemnes salas de lecturas!

¿Qué meditaciones irreales perseguís con infinita paciencia? ¿Qué mundos perdidos en la eternidad, resucitáis de las frases largas y embrolladas? ¿Y a través de qué desoladas regiones estáis errando, alucinadas, o buscando una engañosa felicidad en los reinos metafísicos, entre fantasmas y abstracciones?

Y sin cesar, leéis un libro tras otro. Libros que no enseñan que la vida está consumiéndose y agotándose en el seno oprimido de añoranzas, ya que la vida está consumiéndose y agotándose en el seno oprimido de añoranzas, ya que la vida exige otras vidas, cálidas, fraternales, para que viva,

crezca y fructifique. Y en los libros aprendéis que es en vano que el hombre ame y anhele; que siempre cae derrotado, que la dicha terrestre es algo incomprensible... Y tantas lágrimas que no habéis derramado, tantas desilusiones que no habéis experimentado — lágrimas y desilusiones que sólo habéis encontrado en las páginas leídas, abrumadas por su tristeza y soledad — agotan en vosotras las esperanzas, todas las consolaciones del porvenir...

Y, en mi alma, llevo el mismo rostro de ojos oscuros y labios pálidos. ¡Cuán hermosa es la mujer, cuando los deseos perecen en ellas y se esfuman las congojas, cuán extraña y lánguida, como una flor envenenada!

¡Cómo me atrae la nostalgia de su amor agonizante, y cómo me envuelve el sortilegio de su silencio y de su sueño! Oh, si yo tuviese el otro poder de arrancarlas de su invernadero y transplantarlas en montañas azuladas, en bosques frondosos, en campiñas fecundas, en jardines que destellan de colores y fragancias, — podría verlas reanimadas, resplandeciendo de vida pura y eterna, con ojos serenos, labios frescos, y sonrosadas por la alegría del Amor — ¡oh, pálidas mujeres olvidadas en sombrías salas de lectura!

Pero vosotras leéis siempre, embrujadas por esos tomos áridos, herméticos, y suspiráis con dulce resignación, mientras afuera, en las calles, la vida resuena, tumultuosa, rica, proteica, y tan apresurada con el tiempo que corre...



# PALABRAS Y FRASES

## PRIMERA SERIE

Recopilación y comentarios a cargo de M. CELMA

Aunque no lo parezca, la A, además de una letra es una palabra. Respetamos pues el título de esta rúbrica.

◆ La A, que es la primera letra de casi todos los alfabetos del mundo, es también el nombre de una diosa antigua que el catolicismo calificó de bruja.

Con seguridad que si esta bruja se hubiese adelantado a pactar con el César, hoy tendríamos Diosa en los altares y de Cristo pasado a brujo no se ocuparía nadie más que algún que otro cronista como el firmante.

◆ Por su forma la A parece un compás que da tono y medida a este Babel eterno utilizado por los humanos llamado lenguaje.

Por su sentido, el empleo de la A es muy grave y no hay que utilizarla a tontas y a locas.

Según San Agustín, no hay que creer a Dios sino *en* Dios.

Sutilidad que dejamos aprecie el lector estudioso.

Lá *a* es también la letra más empleada en el habla. Guadalajara emplea 5 veces la *a*. No hay palabra que conlleve 5 veces ninguna de las 4 vocales restantes.

La escritura cuneiforme tiene también el sonido de *a* representado con una cuña grande y dos pequeñas superpuestas a la derecha. En Egipto lo que ayer era en jeroglífico ibis, hoy es *a*.

Por otra parte el hebreo tiene

(1) *El lector queda invitado a completar estas referencias enviando su colaboración a CENIT, cuya redacción queda de antemano agradecida.*

*alef*, origen del *alfa* griego y pariente carnal del *alif* árabe, palabras que hacen las veces de nuestra sencilla *a*, y a pesar de la universalidad de esta letra, dado que existe la metafonía y con ella la *a* abierta o cerrada, su sonido es de mucha diferencia, según que la pronuncie, por ejemplo, un andaluz o un catalán.

Gramaticalmente la *a* puede ser preposición y emplearse en los tres casos: dativo, acusativo y ablativo.

En ablativo tiene diez empleos diferentes, aunque en cada uno se enfrenta con una o más preposiciones equivalentes.

Numerosas son asimismo las veces que la *a* se emplea impropriamente, principalmente en galicismos, y aun en solecismos. Por centenares encontramos la *a* como prefijo y muchas en exclamaciones de variado sentimiento.

### ABAD de Santillán, Diego

Militante anarcosindicalista mundialmente conocido. Traductor al español de escritos tan importantes como «Dictadura y Revolución», de Luigi Fabbri, italiano, y «La Nueva creación de la sociedad por el comunismo anárquico», de Pierre Ramus, austriaco.

En los últimos tiempos han circulado escritos que se le atribuyen, según los cuales niega rotundamente su pasado de militante. El, por su parte, ni los ha confirmado ni los ha desmentido.

### ABADIA

Edificios otrora muy frecuentados por señores y capitanes principalmente, amén de clérigos.

Desde hace unos años, como el pueblo vuelve cada día más la espalda al clero, son muchas las abadías que desaparecen y los senderos y calzadas que hacia ellos conducían, se ven llenos de malezas y zarzas.

Estas mismas zarzas y malezas invadirán un día el Vaticano, refugio aún de multimillonarios, capitanes y señores.

### ABANDONAR

Es el abandono una de las acciones más tristes que comete el hombre.

Cuando se abandona algo, aun tomada la decisión con firmeza y seriedad, por la fuerza de las cosas, nunca se está seguro de tener razón y justificación.

Aunque el abandono sea impuesto por la fuerza, siempre queda una duda.

En historia el abandono colectivo más cruel que se conoce tuvo lugar en 1939; abandonamos España, hace de ello 30 años y aun nos duele. Parece como si el deber no haya sido completamente cumplido y un poco de remordimiento arrastramos en el alma que a fuer de ser largo se convierte en honor.

### ABANICO

Objeto típicamente español que sirve para ventilarse un poco el rostro cuando tanto calor hace. Aparato inofensivo que ha sido utilizado por renombrados autores cuando, haciendo comentarios sobre la violencia revolucionaria han tenido que responder muy oportuna y adecuadamente: ¿Creen, señores, que una revolución se hace con abanicos?



«ABC»

Periódico portavoz de la más rancia reacción española.

Cuando a ésta se le ocurre distraer a la gente, manda abrir polémicas entre varios periódicos y en seguidas veces «Arriba» lanzando flechas contra «ABC» y a éste responderle y aludir a los de «El Debate», etc., etc.

A veces llega a tener fisonomía de verdadera discordia. La oposición y la resistencia se hacen eco de ello y cuando ya parece que «explota» o que puede «explotarse», el tío que

lleva la batuta de la orquesta reaccionaria da el toque de silencio y los de «El Debate» e «Índice» y «Arriba» y abajo vuelven a su cauce normal y a sonreírse mutuamente con toda naturalidad. Cosas de la vida.

#### ABD-EL-KRIM

Guerrillero marroquí y cabecilla principal de los rifeños contra el ejército de la Monarquía española. A las órdenes de Abd-el-Krim combatió en los años 20 Valentín González, alias «El Campesino». A los guerrilleros de Abd-el-Krim se debe

en mucho que la Monarquía española fuese repudiada el 14 de abril de 1931. Por lo menos se le debe más que al famoso comité revolucionario cuya cabeza principal fue Alcalá Zamora. Debido a lo mucho que delante de Abd-el-Krim corrieron los oficiales españoles, cierto personaje dijo: «No tenemos ni un capitán con huevos».

Y los especialistas en la materia han dicho que nunca un pueblo se ve en tan inminente peligro de verse degollado en guerra civil como cuando se encuentra con un ejército sin huevos.

(Continuad)



La ciencia médica, en su faz higiénica y profiláctica, sabe que es un absurdo la vivienda actual en ciudades y grandes urbes, con sus habitaciones de cementerio y sus nichos rasca-cielos, donde el aire y el sol rozan solamente sus flancos.

Sabe que la peste mora y se expande por esos tubos abiertos que llaman calles, y sabe también, que el que puede vivir en las grandes avenidas amplias y soleadas o en el campo, tiene mucha ventaja sobre el ciudadano medio y pobre de vivir hacinado y trepidante, respirando continuamente emanaciones callejeras, el polvo urbano, los miasmas de las cloacas, los gases mefíticos de todo orden...

Sabe que la alimentación industrial en condensados, preparada, conservada, desecada, salobre, condimentada con excitantes, en putrefacción embutida, elaborada en fábricas y frigoríficos, es la menos indicada para su salud normal, la de menor contenido nutritivo, la más expuesta a convertirse en tóxico...

Sabe que las bebidas que no sean producto de la fruta al consumo, sin fermentación, es decir que las producidas por quimismos y manipu-

leos en extractos, son generadoras de males mil.

Sabe que todo el vivir de excitación moral, de inquietudes, de desacuerdos, de relajación mental, de pobreza cerebral, de intriga y de afanes prepotentes, generan estados neuropáticos...

Y bien; si sabe todo eso, y conoce las causas que lo generan y amplifican día a día, que no son otras que el desequilibrio social y económico, el ético y el movilizadopor la desigualdad notoria, no tiene otra solución para los problemas que plantea, que liquidar esa organización de capitalismo, de competencia, de ambiciones, de maldad para crear otra humanidad sensata, ecuánime, justa, verídica, armónica y normal, tomando ejemplo... dejando el sitio de su engruimiento... de los seres que viven y se reproducen en estado libre, sin los trastornos nuestros, a pesar de la desventaja sobre nosotros, al carecer de uso de razón, o tal vez por el acierto de no tener ese estorbo que nos complica y malogra una existencia que debería ser superior a la de ellos en lo físico, en lo emotivo y en lo social.

Dr. FRANCK AUBE

## POETAS DE AYER Y DE HOY

# Triángulo esdrújulo

por ABARRATEGUI

¡Angela Figuera!  
Sobre su tumba hay un ángel  
con melena y con sarcillos.  
¿Eras tú, Angela,  
o algún chiquillo?

Y yo, con álgida intención, Antonio,  
contigo he roto la tumba que sólo el polvo encierra.  
Angela lo sabe ahora y se nos une, con pluma nueva  
de domingo de insurrección,  
— de resurrección decía —  
para levantarnos sobre la unidad de la tierra  
en busca de la unidad de la patria  
que aguarda libertades por detrás de esa frontera.

Quisiéramos creerlo así, por tu bien y por el nuestro.  
Porque las piedras y los muertos nos piden explicaciones  
y no sabemos qué decir entre los cardos y las azucenas.  
Y porque queremos definirte con la tristeza infinita  
que dejó en Collioure un boca  
en unas manos limpias.

Tú has muerto. Muchas veces has muerto.  
Siempre has muerto.  
Te ha tocado morir a la hora en que se conchavaron  
y se legalizaron todas las injusticias.  
Y cuando ahora, al cabo transitorio de los años queremos llorar,  
nos brota una alegría escarpada y rejuvenecedora  
como la del viento en las cumbres,  
que impide, que anula, que desvanece nuestro premeditado requiem...  
La luna... La luna y el frío fueron una efemeridad  
que acaso se repita aún muchas veces.  
Lo que aquí hallamos, es una veta de agua purísima,  
es este grito paradójal de victoria en un sepulcro  
que no ha podido aplastar, ni aun con llaves de silencio  
el poder trastornador de un espíritu iluminado.  
Y eso, Don Antonio, eso es lo que nos hace sentir  
la tibieza de un sol, siempre el mismo y siempre nuevo,  
que puede, porque nosotros queremos hacer tu voluntad,  
volver a dorar los trigos ibéricos  
mientras se macere en pacíficas esperanzas  
la necesidad primordial del hombre,  
con tu idea en nuestra mente,  
en nuestra pluma,  
en nuestra acción  
y en la palabra precisa del Pueblo  
que nos nacerá de nuestro propio  
calvario.

1908

1908

1908

1908

1908

1908

1908

1908

1908

1908

1908

1908

1908

1908

1908

1908



# QUINTO

— sociología —  
ciencia — literatura



Editorial. — Severino Campos : Preliminares de la emancipación obrera. — J. Muñoz Congost : F. García Lorca y los negros. — Campio Carpio : Nuevos caminos para nuevos fines. — F. Ocaña : Asesinato de Miguel de Unamuno. — M. Celma : Palabras y frases. — V. Muñoz : Enrique Nido y la filosofía del anarquismo. — Eugen Relgis : De mis peregrinaciones europeas. — Miguel Tolocha : El tiempo en fichas. — F. Alvarez Ferreras : Detractores del anarquismo de ayer y de hoy. — Arnold Royer : Páginas de la historia del Proletariado español, 1848-1907, (folletón encuadernable)

# 190

Septiembre - Octubre 1969

REVISTA MENSUAL  
PRECIO: 1,50 F.



40 P 552.3

## NUESTRA PORTADA

### LOS AMANTES DE VENECIA

**N**UESTRA portada reproduce un cuadro de Bordone, pintor italiano que floreció en los años 1500-1571. La melancolía en las facciones de la mujer y el hombre nos dicen que estos «Amantes venecianos» no fueron ciertamente felices. El pincel del artista consigue transmitirnos a través del tiempo el mensaje del drama en que debieron desenvolverse sus existencias.

Y la admirable sobriedad y realismo en los detalles demuestran la perfección a que llegó el arte en el Renacimiento italiano.

Se conocen a través del mundo los lienzos de Leonardo de Vinci, de Miguel Angel, de Rafael de Urbino. Pero hay otros genios de la pintura que legaron al género humano obras inmortales.

Entre todos, artistas de todos los países, la humanidad constituye su acervo común. El tiempo, pasando, destruye fronteras, diferencias, estilos. Y sólo sobrevive, se eterniza, lo que resiste al paso de los años. Las escuelas, los sistemas, las modas, todo se esfuma, quedando sólo, victorioso e intacto, aquello que es realmente digno de sobrevivir.

Este bellissimo cuadro de Bordone consideramos que puede ser incluido en esta categoría de obras inmortales, triunfantes de los siglos.

# CENIT

## REVISTA BIMESTRAL DE SOCIOLOGÍA, CIENCIA Y LITERATURA

REDACCION

Federica Montseny y Miguel Celma

COLABORADORES

Vladimiro Muñoz, Evelio G. Fontaura, Hem Day, Campio Carpio, Eugen Relgis, Dr. Pedro Vallina, Germinal Esgleas, Renée Lamberet, Cosme Paules, José Muñoz Congost, Floreal Ocaña, Ramón Liarte, José Viadiu, Victor García, J. Guerrero. Severino Campos, Abarrátegui.

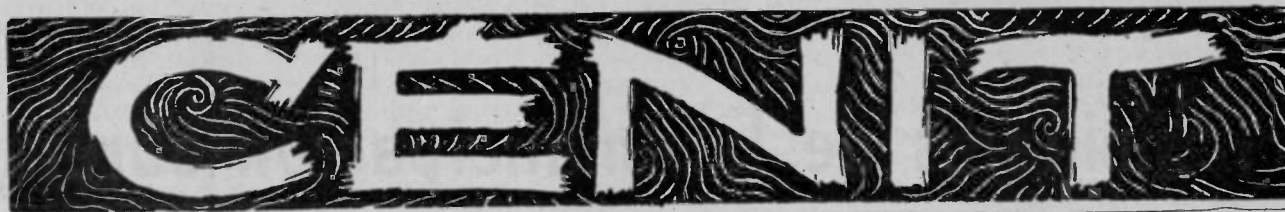
Suscripción anual:

Francia .....	9,00
Exterior .....	11,00
Precio de un ejemplar suelto .....	1,50

Giros: León Antonio, C.C.P. 2 738 77-Toulouse  
4, rue Belfort, 2ème étage F-31 TOULOUSE



(Todos los pareceres, por distintos que sean del nuestro, en los que aliente un pensamiento respetable, tienen cabida en estas columnas.)



★ REVISTA DE SOCIOLOGIA, CIENCIA Y LITERATURA ★

Año XIX

Toulouse, Septiembre - Octubre de 1969

N.º 190

**EDITORIAL**



## Del confusionismo a la moda

**A**NTES de mayo 1968 habían hecho su aparición en el campo ácrata las extrañas mezcolanzas ideológicas tendentes a poner de acuerdo Marx y Bakunin, agregándoles lo juzgado aprovechable de Lenin, de Che Guevara, de Mao-Tse-tung, de Castro, etc. El descubrimiento del espartaquismo alemán, del pensamiento de Rosa Luxemburgo — sin descubrir, cosa curiosa, al más poderoso pensador alemán de la época; nos referimos a Gustavo Landauer — después de mayo, han acabado de completar el cuadro del «marxismo libertario» a la moda.

Que haya jóvenes que acaban de descubrir al anarquismo, todavía llevando en los labios la leche que mamaron del marxismo, no es de extrañar y es incluso de comprender. Que estos jóvenes, con la cabeza llena de ideas recibidas a través de múltiples lecturas, se sientan por igual seducidos por la dialéctica marxista, en lo que ella tiene de poderosa como crítica de los sistemas económicos, así como por la pujanza del pensamiento revolucionario de Bakunin; que haya jóvenes que, conociendo incompletamente las últimas conclusiones filosóficas de estos y de otros pensadores, que completaron sus doctrinas, puedan creer posible este casamiento, lo comprendemos y lo disculpamos. Seguros estamos de que, cuando profundicen en el estudio y cuando sobre todo tropiecen con las realidades objetivas a que les llevará su aleación imposible, revisarán sus puntos de vista y se darán cuenta de que no es posible reconciliar la libertad con la autoridad, confundir en un solo elemento el agua y el fuego.

Pero que haya compañeros ya maduros, de pensamiento vigoroso y que conocen bien las ideas de Marx y las de Bakunin, las diferencias fundamentales que separan el socialismo autoritario del socialismo libertario y que hoy propaguen un «marxismo libertario», nos parece fuera de lugar.

Tememos que estos compañeros no se dejen llevar por el deseo de estar a la moda, de rendir pleitesía a las corrientes juveniles a que antes nos hemos referido, en lugar de esforzarse por hacerles abrir los ojos y mostrarles que no hay «marxismo libertario» posible, ni con el Marx de 1844, ni con aquél de 1870.

Que es el conjunto de la doctrina, de la concepción del hombre y de sus posibilidades, que es en el enjuiciamiento mismo de la forma de concebir el mundo de hoy, el de ayer y el de mañana, como las diferencias aparecen irreconciliables.

Y si a las concepciones de Marx añadimos las de Lenin y sus exégetas, las aplicaciones prácticas de la teoría por los Maos, Castros, etc., ¿a dónde iremos a parar?

Max Nettlau gustaba de utilizar un término que otros han desprestigiado un tanto, usándolo como sinónimo de otra amalgama más o menos desorientadora: socialismo libertario, en oposición a socialismo autoritario.

¿Por qué aquéllos que no quieren usar la palabra clara y categórica de «anarquismo», no utilizan el término socialismo libertario, que, a lo menos expresa una concepción social y política clara y definida? Socialismo con libertad, en oposición al socialismo sin libertad en que fatalmente desemboca el marxismo... Con Marx y sus discípulos, a los que hoy no hay manera de disociar del maestro.



# Preliminares de la emancipación obrera

por Severino CAMPOS

**L**OS historiadores de los acontecimientos sociales, con rarísimas excepciones, siempre miraron con interesado desdén la participación obrera en las coyunturas decisivas. Arraigados a prejuicios nefastos, defendieron el que la historia la forjan los reyes, papas, príncipes y señores. La finalidad de esa conducta no ha sido otra que neutralizar el despertar emancipador que en los oprimidos se hizo sentir constantemente.

Tuvieron que imponerse los hechos de valor personal para ir rectificando esa concepción. Los elementos de las bajas capas sociales, acreedores en todo momento de los más penosos sacrificios, únicamente ocupaban el teatro de las luchas para permanecer en el anonimato. Rehusaba la plutocracia creer que un proletario pudiera ocupar un cargo de importancia social y desempeñarlo con eficiencia. Al través del tiempo, opuestamente a la opinión de reyes y señores, el obrero ha desmentido todos los supuestos.

No muy distante del menosprecio ostentado por los historiadores se situaron, también, no pocos letrados; éstos, con dotes intelectuales para poder capacitar al proletariado, no quisieron afanarse en tan magnífica obra. Unos y otros, jefes del intelecto, con preferencia a abrir y ampliar brechas de progreso y humanismo, se pronunciaron por obstruir el desarrollo mental de los oprimidos. Este fenómeno, más que en parte alguna se ha dado en España.

Persiste aun esa concepción y táctica de los poderosos. Algo atenuada, desde luego, si tenemos en cuenta lo que fueron tiempos remotos. Todavía continúan con-

fabulados los poderes económicos e intelectuales; ambos, compensándose lo que estiman **servicios de primer orden**, no acceden a la paridad de derechos y trato con la clase trabajadora.

Y sin embargo, otras son las características de las luchas modernas. Si las reminiscencias del pasado se aferran para sobrevivir, el proletariado cuenta con más defensas que antes. Ciertamente que el progreso ha sido más fecundo, pero el bienestar logrado por la clase trabajadora no se debe a la generosidad de sus opresores.

El obrero de hoy no es el sumiso y obediente de cuando los romanos dominaron en Iberia. Desde aquella época a la presente, en las luchas pro emancipación median epopeyas magníficas. Su mentalidad es más amplia y luminosa; sobre los senderos del cosmopolitismo, del internacionalismo, lleva prendida la antorcha para redimir clases y razas.

Quimérico sería pensar que el pasado pudo ser de otro modo a como fue; no evitarán los poderosos lo que el porvenir reserva a la Humanidad. De todos modos cabe reconocer, que en aquellas lontananzas históricas, donde el rigor de la barbarie militar y gubernamental fueron ley única, se anunció la personalidad moral e intelectual que el obrero dispone ya. Obra de estudio, de persistencia, de lucha emancipadora.

No ha podido ser de otro modo. Y en lo sucesivo, para lograr más libertad, mayor bienestar, obligado será continuar con la misma táctica. En la lucha milenaria, al través de la cual hicieron los esclavos infinidad de ensayos para liberarse, nada fue tan eficaz como enfrentarse con

las dificultades directamente. En este sentido quedaron establecidas las pautas; por ellas tendrán que continuar los humanos para aumentar el grado de emancipación.

Lo indiscutible es que la fisonomía de la Humanidad y de la historia va cambiando. Las contiendas del mundo, y las de España en particular, no siempre son determinadas por las disidencias de un mismo bloque político. Son más profundas las alteraciones que se afrontan; es más amplio y sustancioso el problema que se ventila en suelo español.

Hay un proceso de superación obrera que pudo remontar las grandes dificultades opuestas por los opresores. Es de un valor extraordinario. Si él nos da la medida de lo que ha sido el avance, nos indica también lo que puede ser un próximo porvenir. A pocas personas de las que se preocupan por la suerte de la Humanidad se le escapa esa perspectiva; contados serán quienes, por esos motivos, no se sientan estimulados.

Frente a las fuerzas opresoras, el proletariado no ha tenido oportunidad de demostrar su capacidad constructiva. Los imperativos planteados por la reacción han obligado a hacer de todo lo accesible a la clase obrera instrumentos de combate. Y no está concluso ese ciclo; en la medida que se vaya reduciendo ese batallar, esa guerra social, las energías y la inteligencia obrera se incorporarán a las tareas de edificación social.

No seríamos justos si omitiéramos algunos ensayos habidos de carácter constructivo. Mucho valdría la pena dedicarles recuerdos y comentarios exclusivos. Los pasaremos por alto, porque otra es

la tarea que nos hemos propuesto. Quede patente, de todos modos, que el proletariado tiene en su favor testimonios históricos que acreditan su capacidad y su bondad.

Realmente, en España, ¿es acreedor el obrero de un complejo de inferioridad en relación con el de otros países? La contestación: no puede quedar exenta de examen; hay que buscar la respuesta en la ejecutoria obrera pro emancipación de los oprimidos. Para tales efectos, en estos momentos, las personas estudiosas disponen de acervo inagotable de datos; y éstos, esgrimidos con honradez, con espíritu justiciero, resumer conclusiones opuestas a las que han prevalecido por influencias dogmáticas e interesadas.

Son varios los factores que concursaron para el enaltecimiento de la personalidad de los explotados. Los más importantes, por sus más y mejores resultados, fueron la cultura y la rebelión. Siempre que ambos sincronizaron su acción, con el punto de mira que los ideales de libertad fijan a priori, los trabajadores dieron muestras de saber organizar la vida mejor que sus tutores estatales.

Los vaticinios del océano gubernamental neutralizan y arrullan la vitalidad sugerente del individuo. Puede decirse, hablando en términos justos, que a las prerrogativas estatales no interesa que en el obrero fecunden ideas e iniciativas. En ese exponente de la vida humana se arrullan realidades y afanes de autoridad; el fin de ambos es absorber al hombre, no dejar que en él florezca y se embellezca el pensamiento y los sentimientos.

En ninguna época, ni en ningún sentido, ante probables superaciones de la vida colectiva, la clase trabajadora española rehuyó participar en los acontecimientos que las circunstancias depararon. Ha hecho más, mucho más. Acuciada por imperiosas necesidades, que abarcaban desde el hombre al indispensable progreso social, más que otros pueblos fomentó sediciones para facilitar cambios hacia estructuras de vida más justa.

Los afanes del obrero, en sus movimientos orgánicos, en España, pocas veces dejaron de inspirarse en conquistas de bienestar general. En todas las subversiones que tiene en su haber histórico pueden comprobarse las huellas de esa virtud. Cabe decir que la intuición, en momentos supremos que requerían agilidad, dio soluciones que mejor habría podido darlas la inteligencia bien cultivada. No obstante, las buenas intenciones, los buenos fines, impresos quedaron como exponente de valor colectivo.

Las apariencias de inferioridad, que por no estudiadas y profundizadas, algún día se admitieron como reales fenómenos de clase, quedaron sin validez. A más de lo arbitrario que resultaba el argumento, en aquellos casos que quede comprobado el bajo nivel intelectual del obrero, conviene que esa situación se origine en la conducta de los gobiernos. No solamente porque éstos no tributan elementos de cultivo al proletariado, sino porque consideran que una de sus elementales misiones es perpetuar a la Humanidad dividida en clases.

Jamás hubo un gobierno que plazara al obrero en vías de su propia emancipación; todas las tareas culturales que los gobernantes afrontan tienen su punto de referencia en la defensa de las instituciones que representan. De acuerdo con quienes ejercen la explotación, cualquiera que sea la autoridad se erige en custodio del *statu quo*.

Toda acción que roce los fundamentos de la sociedad vigente supone alteración del orden estatal burgués. Y antes de llegar a ese extremo, la tarea de los gobiernos consiste en imponer a los desheredados los indispensables sacrificios. Uno de los más interesantes, para esa finalidad, es escatimar la cultura al pueblo, limitar su conocimiento.

Es por iniciativa propia que las gentes humildes descubrieron los métodos de su defensa; a sí mismo se deben su elevación y su personalidad. Lo que ellos no puedan hacer para ampliar su libertad, y desarrollar su capacidad intelectual, no lo tendrán de

los sectores dedicados a la explotación y a los ejercicios de gobierno. Será verdad eterna aquello de que «la emancipación de los trabajadores será obra de ellos mismos».

En la libertad humana se halla la potencia creadora de los hombres y de los pueblos; al través de ese venturoso ejercicio es como la Humanidad se supera y fortalece su existencia. Por consiguiente, uno de los objetivos primordiales de la lucha obrera deberá consistir en ampliar las libertades del individuo.

Si hoy vemos a los desheredados más fuertes que antes, desde el punto de vista personal y colectivo, es porque son más cultos, más conscientes. Todo nos indica que, si los senderos de la libertad son los conducentes a la máxima felicidad humana, la cultura es la dinámica que transporta a los pueblos hacia metas superiores.

Aunque otras razones se esgriman, nunca serán los mandatarios quienes brinden medios de liberación humana. Todo lo que para ese sentido existe está acaparado para utilidad de clase superior. El proletariado solo hará suyos esos medios con la práctica de luchas conscientes y bien organizadas. El combate es la forja de las realidades que enaltecen la vida; ningún avance social está exento de ese fragor humano.

¿Por qué postulados combatir? ¿Cuáles son las necesidades primordiales? De los medios obreros se eleva el clamor imperioso: ¡Emancipación! Si, emancipación, que quiere decir amplio y libre ejercicio cultural, teniendo en cuenta, que para satisfacer ese noble deseo, ha de arriesgarse lo más preciado de la vida. A ese precio paga su manumisión el proletariado.

«A este desgaste de la población, se junta el hecho de haberse dificultado a los hijos de las familias pobres, de unos años acá, el acceso a las funciones públicas, ya por el encarecimiento de la vida, de matriculas, de grados y de libros; ya por el empeño de los poderosos, de colocar a sus hijos, parientes y deudos, sirvan o no, en los más elevados

puestos; ya, en fin, por sobreponerse de ordinario el mezquino afecto de familia o de amistad al mérito y al derecho.

«Por todas estas razones, el círculo de la población en que se efectúa la selección para las funciones directivas se va ensanchando, a consecuencia de lo cual es mayor cada día el número de talentos que se desaprovechan por falta de cultivo, mayor el de medianías que invaden nuestras Universidades y asaltan los cargos públicos, más bajo, de una generación a otra, el nivel mental y moral de las clases directoras» (1).

La tónica de los juicios precedentes nada tiene de altisonante; es serena y bien razonada; se limita, por vías objetivas, a revelar la práctica de los gobiernos para con los obreros. Dificultar la incorporación del proletariado en los campos de cultivo intelectual significa, que con los pocos conocimientos que poseen los económicamente privilegiados, tengan bajo su control la dirección social.

El sentido de lo que expresan los dos párrafos intercalados es de mérito singular. Siendo un catedrático de Sociología de la Universidad Central quien así razona, no puede decirse son sentimientos de clase los que se ponen en circulación. Sin que por ello sean más verídicos que si los dijera un proletario, el alcance de esos pensamientos es de tal amplitud que supera toda condición de clase.

Ya en nuestro haber esos conocimientos, podemos decir tene-

mos bajo nuestro control, mentalmente, todos los elementos primordiales para encauzar la emancipación de la clase obrera. Las energías más provechosas que los trabajadores consumen serán las que a esa finalidad dediquen. Es el problema de mayor envergadura que la Humanidad tiene planteado; mientras no se resuelva, imposible será la normalidad que desde todos los credos se dice desear.

En cualquier tipo de sociedad, el trabajador es la médula del progreso que vaya lográndose. Es esencial que el obrero tenga conciencia de ello; y esa virtud, que tratan de contrarrestar los interesados de la explotación del hombre por el hombre, tiene su perspectiva de prosperidad en los amplios márgenes que cuenta la cultura.

Vista la evolución humana a nivel de conclusiones científicas, los ciclos más lozanos y bonancibles fueron aquellos que el autoritarismo dispuso de menor grado de potencia. Lucian en esas circunstancias las sugerencias del elemento productor, las prácticas libres del sabio, los ensayos del artista, responsabilizados en tareas de su competencia, por lo que quedó plenamente demostrado es funesta la intromisión centralista del Estado.

«La obra de paz universal y de la dulcificación de las asperezas nacionalistas, que tanto dividen a los hombres, solo puede cumplirse a la larga por la influencia de dos grandes colectividades, cada una de las cuales tiene su esfera propia de acción: La masa de los trabajadores manuales y

la de los obreros de la inteligencia» (2).

También el autor del pensamiento que acabamos de citar era catedrático, español, y exiliado del país por la represión franquista. Esa conjugación de los valores sociales que se alude, es la que reputamos básica e ineludible para cubrir los objetivos de paz y prosperidad. Mientras los manantiales de cultura sean solo accesibles a las castas de privilegio económico, los deseos de armonía humana no pasarán de inspiración benefactora. Lo positivo, ese resultado que tanto ha diferenciado las recientes generaciones de las remotas, es obra de las voluntades consagradas a la labor perenne, atendiendo al proletariado en sus múltiples necesidades.

De esa base humana que llamamos «clase obrera», cuya ejecutoria en las lides de emancipación se manifiesta impertérrita, afluyen cada vez más elementos a las áreas de más importancia social. Es una de las muchas pruebas evidentes de que en el obrero, ese hombre que por su condición de clase se le creyó eternamente destinado a labores ordinarias, hay una potente reserva intelectual, que espera su cultivo para que en la Humanidad florezcan útiles y encantadoras realidades de usufructo común.

(1) Manuel Sales Ferré, «Problemas Sociales», pág. 81-82.

(2) Rafael Altamira, «Cuestiones Modernas de Historia», pág. 181.

#### LA TIRANIA

**Venga de un solo individuo, venga de una colectividad, la tiranía es tiranía.**

**Después de los bárbaros que hirieron con la espada vienen los hombres cultos que desean civilizar con la pluma.**

**A ciertos felinos no se les arranca la presa sin arrancarles los dientes.**

**Todo gobierno es malo y toda ley entraña tiranía.**

GONZALEZ PRADA



La rebelión  
y el poeta

# F. García Lorca y los negros

por José Muñoz Congost

Preguntábanme y preguntanse a veces algunos de nuestros amigos, cuando de la poesía española se habla, la razón de nuestra adhesión y cariño, a la obra literaria del poeta granadino.

**N**O por ser el cantor de una España gitana, que se limitara a cantarla. Algunos de los comentaristas de su obra, nos dicen, que lo fue más, de la España castiza y yendo más allá, de la sangre mora de nuestra España.

No buscó Federico en las esencias de su arte, ni resurrección, ni desempolvar de folklores y tradiciones. Menos aún, motivo colorido y sin fondo, en el que volcar la exuberancia de un alma entregada a la belleza.

Su poesía llevaba un sentimiento. Lo que cantó en sus estrofas llegó siempre adentro porque venían de adentro de un alma atormentada por la rebelión y la protesta, la no integración con lo corriente, lo diario.

Su obra, fue brotar, proyectarse de luz multicolor con rutilantes destellos en el gris y triste paisaje integrado de viciados ambientes sociales, que presidía y preside algo falso, inhumano.

Cual gema brillando por sus múltiples facetas, encontrada en magma de color indefinible, sin forma, consistencia ni perfiles propios, así destacó su expresión poética. Ese sentir del artista, esa convicción de todo su ser y de toda su vida, fue su muerte. Porque la proyección del mismo que nunca ocultara, le hizo caer, víctima, entre millares de víctimas, atravesado por las balas que comenzaron en 1936, a barrer, vengativas, las libertades españolas.

El «Romance de la Guardia Civil Española», fue algo más que la estampa de dolor de un pueblo cualquiera, arrasado por las fuerzas del orden. Proyectaba, más amplio en la idea, cual anticipación de verdades irrefrenables, la imagen de nuestro pueblo que había de ver sus ansias de vida y libertad, arrolladas por la violencia de una fuerza brutal que simbolizó en los negros tricorñios de la autortad tradicional.

«La ciudad libre del miedo  
multiplicaba sus puertas

.....  
Cuando llegaba la noche,  
noche que noche nochera,

los gitaros en sus fraguas  
forjaban soles y flechas...»

Es el paisaje de una España que quiere vivir, sin más, en contraste con la tragedia de la otra España, negra de sombras, que solo sabe de autoridad, de fuerza, y de sangre, encubriendo privilegios.

«Tienen, por eso no lloran  
de plomo las calaveras.  
Jorobados y nocturnos  
por donde animan ordenan  
silencios de goma oscura  
y miedos de fina arena.  
.....  
un rumor de siempre vivas  
invade las cartucheras

Es la muerte que se entra por la ciudad que no les quiere y que les teme.

«cuarenta guardias civiles  
entran a saco por ella»

Es el silencio del pueblo aplastado, es la paz y el silencio de los que ya no son.

«la guardia civil se aleja  
por un tunel de silencio  
mientras las llamas te cercan»

El grito de todo un pueblo, vencido años más tarde por coalición de fuerzas, con cerebros llenos de extrañas y turbias ambiciones, dio a las líneas del romance que precediera a la tragedia, un halo de premonición.

Porque sintió siempre el poeta, una identificación completa por la causa desesperada de los que sufren.

«Yo creo — dijo — que el ser de Granada me inclina a la comprensión simpática de los perseguidos: del gitano, del negro, del judío, del morisco que todos llevamos dentro»...

Y no había de tardar en demostrarlo al identificarse con el sufrir dramático de los hombres de color en América del Norte, a su paso por aquellas tierras en 1929. Comprendió allí, el valor y el alcance de una tragedia humana que lejos de atenuarse, perduraba, perdura y se crece contra todas promesas de progreso.



«El verdadero dolor que mantiene despiertas las cosas una pequeña quemadura infinita [sas en los ojos inocentes de otros sistemas...»

**Flagelación permanente de un pueblo que había de hinchar en las llagas de las pieles oscuras hasta romper, engendrando los sufrimientos, la rebelión, abriendo surcos en las calles para llenarlos de sangre colorada de protesta y de la otra colorada del color de la piel del que oprime.**

«Negros, negros, negros, negros,  
la sangre no tiene puertas en la noche boca arriba  
No hay rubor. Sangre furiosa por debajo de las pie-  
[les  
sangre que busca por mil caminos enharinadas  
y ceniza de nardo  
sangre que busca por mil caminos enharinados  
hecha de espartos oprimidos, néctares de subterrá-  
[neos  
Sangre que oxida el alisio descuidado en una huella  
Es la sangre que viene, que vendrá  
por los tejados y azoteas de todas partes  
para quemar la clorofilia de las mujeres rubias  
para gemir al pie de las camas  
ante el insomnio de los lavabos  
y estallarse en una aurora de tabaco  
y bajo amarillo...»

**Veía el hombre, cuyo corazón palpitaba con ritmos poéticos, esa violencia y esa sangre. Convencido de que no podía hacerse responsable de ella, a los descendientes de esclavos. Porque ningún pueblo en sí, es violento. Porque su brutalidad, el estallido de ésta, se le había impuesto como respuesta a la mayor brutalidad de las barreras de alambradas punzantes, hirientes de desprecio y apartamiento, entre las que se les encerraba. Entre las que aún se les encierra.**

**El hombre es bueno y toda esencia de pretendida superioridad sobre otros, pocos o muchos es mala, violenta, áspera, mancillante y fuente de desequilibrio violento. La bondad golpeada se revuelve digna contra el arma de la coacción y de la amenaza que crea clase y casta.**

**Se dirá después que ese pueblo bueno no lo era. Que ese pueblo rebelde era salvaje. Y no era verdad, como no lo es hoy.**

«Y sin embargo lo verdaderamente salvaje y frenético de Nueva York no es Harlem. Hay vaho humano y gritos infantiles y hay hogares y hay hierbas y hay dolor que tiene consuelo y herida que tiene dulce vendaje...»

**Fue, según sus mismas impresiones, el choque con esa misma estampa absurda que no quiere ni puede ser humana, un ramalazo de luz nueva y de razón de decir lo que no se decía nunca a la luz del sol.**

**Encuentro violento entre la leyenda y la vida.**

**Dos concepciones, dos ideas, cara a cara, frente a frente. La primera cercando en dominio lo que debió ser hermandad, en injusta y dolorosa reclusión**

**de inferioridades, impidiendo a un apogeo, eclosión íntegra de sus posibilidades.**

**La segunda, reducida para manifestarse a explosión de grito sincero, hondo, grande, enorme, del poeta, que no puede comprender la sinrazón de la brutalidad supralegal que impone la perduración de la leyenda y del abuso secular.**

«Mi mundo poético y el mundo poético de Nueva York y en medio de los dos, los pueblos tristes de Africa y sus alrededores, perdidos en Norteamérica: los judíos, los sirios y los negros. ¡Sobre todo los negros! Con su tristeza se han hecho el eje espiritual de aquella América...»

**Desnudar la leyenda, mostrarla a la luz de todos. Proyectar con fulgores de verdad al pueblo escarnecido, entre otros pueblos escarnecidos, en la fosta salvaje de los rascacielos neoyorkinos.**

**Levantar el velo de una pretendida fraternidad de razas donde los muros prohíben toda simbiosis. Donde puede más el orgullo que la necesidad, y el miedo, que el deseo de saltar por encima de esos muros.**

«En Nueva York se dan cita las razas de toda la Tierra; pero chinos, armenios, rusos, alemanes, siguen siendo extranjeros. Todos, menos los negros. Es indudable que ellos ejercen enorme influencia en Norteamérica y pese a quien pese son lo más espiritual y lo más delicado de aquel mundo...»

«Negros. Ni Bronx, ni Brooklyn. No los americanos rubios. Norma estética y paraíso azul no era lo que tenía delante de los ojos. Lo que yo miraba y paseaba, y soñaba era el gran barrio de Harlem, la ciudad negra más importante del mundo, donde lo más lúbrico tiene un acento de inocencia que lo hace perturbador y religioso. Recelo, recelo negro por todas partes...»

**Había que hablar de la miseria bajo un cielo falso. Y cantar el arte donde estaba el arte y el churrir de las máquinas donde máquinas había y dejar el sucio ruido del contar de los billetes, a los Bancos entre verjas.**

**Insomnio permanente de una irrealidad que golpea las sienas como martillo pilón, que hunde en la inconsciencia del bruto.**

«No duerme nadie en el cielo. Nadie. Nadie.

No duerme nadie

Pero si alguien cierra los ojos

«¡azotadlo, hijos míos, azotadlo!

Hay un panorama de ojos abiertos

y amargas llagas encendidas.

No duerme nadie en el mundo. Nadie. Nadie.

Ya lo he dicho

No duerme nadie

Pero si alguien tiene por la noche

exceso de musgo en las sieres

abrid los escotillones para que vea bajo la luna

las copas falsas, el veneno y la calavera de los tea-

[tros...»



¿Cómo no admirar así, la obra del poeta que no solo se negó a cooperar con lo ordinario, lo de todos los días, sino que frente a esa posición de acomodamiento, a esa existencia de otra poesía vacía con aspecto exaltante por la forma, decía: «Cuando la poesía se llena de trompetas y colgaduras se convierte, de academia en casa de trato...»

El, como otros de su generación, marcan un paso en la defensa de la imaginación frente al uniformismo de cuartel. Imaginación que es hoy, muchos años más tarde, estandarte permanente de la rebeldía de generaciones nuevas.

En «Rosita la Soltera», pone en boca de uno de sus personajes «La Tierra es un planeta mediocre». Y él, quiso escapar de esa mediocridad pobre de los sometidos.

Y surge en su obra la canción y el salmo que arranca la máscara de deslucidas realidades, liberando del carfo gregario de todas las mediannias, las ilusiones del hombre, de los hombres que luchan, en silencio o no, por un brotar de despertares.

Pudo el poeta de Fuente Vaqueros, escribir tan solo el poema de la raza negra en América la Yankee. Pero llevaba en sí, en lo profundo de su alma entregada a la poesía, esa comunión con la causa de los débiles, que renunciaba a iluminar con tonos dulzones los aguafuertes del dolor. A entonar laudativos claudicantes o marciales himnos a la vergüenza que era y es la política de «redib» que con el negro se realizaba. Y dio con el poema de su paso por aquellos cielos, un abrazo muy grande al pueblo africano desterrado, al identificarse con ese sentimiento de no ser como otros son, que se cultiva eterno en los nietos de los nietos de los esclavos.

«Y subrayar el dolor que tienen los negros de ser negros en un mundo contrario. Esclavos de todos los inventos del hombre blanco y de todas sus máquinas, con el perpetuo susto de que se les olvide un día de encender la estufa de gas...»

Poema negro en tierra yankee, que es clamor de rebeldía. Deslumbre de martirio a lo largo de sus versos que protestan. Es la libre imaginación frente al freno organizado desde todos los horizontes.

Es uno de los aspectos del encuentro entre dos maneras, entre dos actitudes. Una que continúa desde ayer, otra que desde ayer se empeña en salir a la superficie llevando lo bueno del hombre, ahogado por tradiciones y dogmas.

Desde el ya citado «Romance de la Guardia Civil española»:

«Pero la Guardia Civil  
avanza sembrando hogueras  
donde joven y desnuda  
la imaginación se quema».

hasta esa evocadora «Danza de la muerte»,

«El mascarón hallará entre columnas de sangre y  
[de números

entre huracanes de oro y gemidos de obreros parados  
que aullarán noche oscura por tu tiempo sin luces.»

pasando por ese «Grito hacia Roma» donde estalla en burbujas multicolores el odio y la vindicación

«mujeres ahogadas en aceites minerales, en la noche la muchedumbre del martillo, del violín o de nube ha de gritar aunque se estrellen los sesos en el muro  
.....  
ha de gritar con voz tan desgarrada hasta que las ciudades tiemblen como niñas y rompan las prisiones del aceite y la música porque queremos el pan nuestro de cada día flor de alisio y perenne ternura desgarrada porque queremos que se cumpla la voluntad de la que da sus frutos para todos...» [Tierra  
.....

Simbolo del mundo engañoso de paz. Esparciendo una falsa publicidad de corrompidos colores brillantes: América del Norte. Eldorado de ilusiones para emigrantes o aspirantes a ello, bajo su pretendida prosperidad, se batan las cartas de sucia baraja.

Era preciso, urgentemente preciso, rabiosamente preciso, denunciar esa corrupción de blanco vestida. Y su obra rebosa, para el enamorado de la verdad, de denunciadas mentiras encubiertas, de centelleantes trallazos a la barbarie oficial, legal, costumbrista, aceptada por la común y voluntaria servidumbre de los más.

Vicente Aleixandre decía de él en 1937, después de su muerte: «Su corazón era como pocos, apasionado y una capacidad de amor y sufrimiento ennoblecía cada vez más aquella noble frente... Y sufrió por amor...»

Por amor a los perseguidos murió, acribillado por el plomo que odia al amor porque el amor es libertad. Y al caer...

«Yo se que mi perfil será tranquilo  
en el musgo de un norte sin reflejos  
mercurio de vigilia, casto espejo  
donde se quiebra el pulso de mi estilo  
.....

Y aunque nunca tendrá sabor de llama  
mi lengua de palomas ateridas  
sino desierto de gusto de retamas  
libre signo de normas oprimidas  
seré en el cuerpo de la yerta rama  
y el sinfin de dalias doloridas...»

El poeta de los gitanos, de los negros, de todos los oprimidos, apasionado y triste en su constatación de la tristeza viviente de un mundo dominado, nos dice aún, terminando una de sus obras teatrales,

«Yo soy la libertad porque el amor lo quiso  
¡Pedro! la libertad por la cual me dejaste  
Yo soy la libertad herida por los hombres  
Amor, amor, amor y eternas soledades...»

# Nuevos caminos para nuevos fines

por CAMPIO CARPIO

**E**L problema grave de las clases, que se ubican en el mismo plano de inferioridad intelectual, resultando difícil su emancipación. La nueva democracia se esfuerza en promover un movimiento cultural que por igual redima tanto al hijo de potentado o burgués cuyos padres disponen de dinero, mas no se preocupan de emancipación, como al hijo de proletario que, tiene que ganar el sustento en tareas que absorben su tiempo y le agotan para que permanezca en la ignorancia.

Ambos constituyen dos elementos negativos e inservibles en la sociedad contemporánea por ausencia de conocimientos culturales, técnicos y científicos siquiera en el grado de un bachillerato que los habilite para defenderse en este mundo geográfico, económico, altamente científico y humanitario sobre todo.

La clase pudiente está divorciada de los problemas graves y de su pueblo. Sus padres han cometido la torpeza de hacerlo instruir en institutos no oficiales para evitar contaminarse con la baja democracia y la revolucionaria que imparten las casas de estudios en nuestros días. Conceptúan que es peligroso escuchar los sermones de profesores que hablan de ideas en un lenguaje extraño y discurren sobre absurdas cuestiones donde se involucran teorías del más avanzado socialismo. A eso no puede degradarse ningún hijo de un hacendado, industrial y comerciante que domina grandes extensiones de campo con miles de cabezas de ganado, factorías

industriales a las que están sometidos miles de hombres, o comerciantes con emporios de mercado que ocupan un primer lugar destacado en la vida del país.

Interpretan descender a ese plano, impartiendo a su hijo una educación humanista en institutos degradados y en contacto con la plebe corrosiva es lo mismo que asociarse en el primer sindicato masoquista, tomar el balde, la brocha y la escalera e ir a pegar carteles, anunciando la revolución social degolladora de todo titere con cabeza. Así, opta por inscribirlo en institutos de eficiencia conservadora o clerical, donde se le instruye a medida como el estudiante retrógrado sin obstáculos para sus compromisos sociales.

Este deficiente adiestramiento preparatorio rige, en otro sector social de menor ascendente, incluyendo a gerentes, administradores, ministros y demás. La carrera para los descendientes va asociada al medio social. En el deseo de encontrar una carrera liberal que le independice del odiado salario fijo, se piensa en hacerle estudiar en institutos militares o de la armada, y cuando es más recalitrante la presión familiar, en seminarios religiosos. Se argumenta que, sin graves riesgos, el militar en cualquier arma, hace carrera a corto plazo, percibiendo elevadas remuneraciones, da lustre y empaque al nombre y gravedad al porte. Cuando se trata de eclesiásticos, se añade que por alguna razón será que no se ven clérigos famélicos y no se les co-

noce otra profesión ni función específica.

La disciplina dogmática y totalitaria a que es sometido el estudiante, en ambos casos, es nefasta y corrosiva. La doctrina de clase superior que se les imparte, les forma una conciencia belicosa, despreciativa hacia el mundo exterior. La Sociedad es una factoría particular. Como no tienen enemigos contra los que pelear, se las toman contra los pacíficos ciudadanos que trabajan para los impuestos con los cuales se pagan los sueldos a esos servidores. Se les impregna de una superioridad sobre el ciudadano común, creando un mito en torno a las glorias militares, las armas y las leyes, la familia, la patria. Los seminaristas, amasijados en ese mismo disciplinario campo de concentración, desconocen intelectualmente hasta los vincules que estrecha una sociedad de personas organizadas.

Una clase pudiente, donde abundan medios para el estudio, el conocimiento, la dirección de los destinos humanos y la mejor aplicación, se genera ausente de su medio individual, desinteresándose de la vida comunitaria. No hablamos ya del hombre de escasos recursos, cuyo hijo llegó al mundo por accidente, se crió en un medio hacinado y educó en forma desordenada, sin método, a ratos perdidos porque otras preocupaciones materiales impedían que lo hiciera normalmente. Al hombre generado en este hábito bien o mal orientado, la sociedad moderna le

## F. García Lorca y los negros

Y Federico fue, vengan a decir lo que dijeran algunos de sus mentores de hoy, quizá miembros o consejeros ayer del pelotón que le fusilara, canción de protesta, defensa del perseguido, grito y clamor de dignidad, que alzó barricadas de razón y de amor, frente a todos los falsos ambientes, frente a todo lo corriente y vulgar, a todo lo sometido, a

todo lo emplazado dentro de la común servidumbre de su siglo.

Por eso su poesía llega al alma. Por eso, no es para recital de salón, delante de decorados ficticios, con rigidez de etiqueta, ni rumbos de espectacular ringo rango, sino para los grandes espacios que tanto amara, sin murallas ni barreras donde se pueda cantar a la vida y se pueda, clamando a la verdad, a través de sus versos, alzar los espíritus al amor, a la libertad.

está diciendo que solamente mediante una abierta lucha permanente de defensa puede mantener el salario, discutir mejoras y disfrutarlas. Porque el patrón, empresario, en su clásica táctica hereditaria ciegamente repite, que los males de su negocio son culpa del obrero que grita, reclama y paraliza la producción. Repite por hábito las mismas palabras que sus abuelos hace un siglo. Para él todo el problema mundial está concentrado en su negocio. La sociedad y el mundo giran por su negocio.

No se comprende, el proletario podría ser el gran conglomerado que maneja la producción y la administra. ¿Por qué no la distribuye también? Los millones a disposición del empresario son una parte de su trabajo. Sin la contribución del trabajo embrutecedor del asalariado que nunca ha reclamado sino una pequeña parte de lo que ha creado, no existiría patrón, ni hacendado, ni militar, ni el eclesiástico. Si el proletariado tuviera una conciencia formada de sus aspiraciones, nadie puede impedirle que se haga cargo de la administración gubernativa si considerara hallarse capacitado para impartir justicia más equitativa. Si posee la fuerza organizada disciplinariamente, solo falta su voluntad para completar la obra.

La ausencia de valores morales invalidan una generación en competencia progresista. La falta de destreza intelectual para abrir nuevos caminos, anula hasta la aventura técnico-científica que podría avanzar velozmente con solo proponérselo. La audacia queda frenada por la abundancia del dinero en algunos casos y la ausencia de dichos medios. Por eso anula los esfuerzos del progreso: en ambos casos responde a la misma causa. La falta de intervención di-

recta en los negocios de la comunidad humana.

Como se observa, la cultura occidental está en decadencia, ante el oleaje de tales principios bárbaros. Esa incultura, aun sin la presencia de la bomba de hidrógeno, seguida de la segunda gran guerra, nos ha puesto sobre la fragua de los horrores. El pillaje, la deportación en masa, la masacre de inocentes, el bombardeo de buques de enfermos y niños, de ciudades abiertas son producto nefasto de esa educación. La muerte por simple cumplimiento de la ley biológica, que rige los acontecimientos del mundo animal y vegetal, es muy distinta al concepto filosófico que en los últimos siglos nos presentó esta breve historia criminal y asaltante de la humanidad. Los inventos introducidos por la revolución científica han transformado la faz de la naturaleza y de la sociedad humana; en los cinco continentes, los pueblos son plasmados por las influencias niveladoras de la tecnología.

La crisis que azota al mundo moderno en este periodo de postguerra, no es solamente económico, sino que comprende el futuro de nuestra cultura y el destino de la humanidad. «No es probable que el movimiento actual de rápidos cambios sociales disminuya en grado su ritmo, sino más bien que lo acelere». El impacto de dos guerras mundiales en una misma generación del siglo XX y el desarrollo de ideologías totalitarias han cambiado la estructura de la sociedad y presentan un plan apretado de combate, porque la naturaleza de las ideologías invocadas tiene leyes rígidas.

Es una verdad irrefutable que el hombre, como sustancia histórica, está agotando el combustible de su cultura para prevalecer como protagonista de la vida humana.

Si no acierta a armonizar sus problemas, encontrándole soluciones equitativas, por ingenio creador, se mecaniza y mercantiliza, sin avanzar en la carrera social, estará perdido.

Los inventos y descubrimientos presentan esfuerzo de voluntad y sacrificio común. Es necesario que contribuyan a superar los obstáculos que dividen al hombre en clases, que presenten un choque de culturas arrojadas al fuego. Creador de sus propios bienes, el hombre ha de triunfar sobre los obstáculos, no como animal rapaz, sino como representante ético, técnico en una sociedad que se desenvuelve entre estructuras tambaleantes, que reclaman un cambio vertiginoso.

Se abre un nuevo siglo con responsabilidades muy grandes, que rompe cadenas, entrechoca intereses y desencadena fenómenos que recobran entre sí prolongados efectos. Medio siglo de guerras y revoluciones en el ámbito terrestre, dicen mucho más que victorias y derrotas. El derrumbe de imperios y surgimiento de tres colosales potencias en el mundo hablan un lenguaje que antes no lo habíamos escuchado.

La revolución industrial, con los progresos materiales — alimentado por el núcleo joven y germen activo del idealismo — está cambiando la esencia de la fisonomía del mundo. Desde el concepto de la propiedad que ha de desarrollar función social hasta las religiones, todo ha de ponerse al servicio del hombre. En el campo de las ideas sociales, «desarticulado y tironeado por dos bandos en lucha desesperada» han de dermirse esta contienda de muchedumbres de explotadores y explotados. El abismo entre lo que se denomina capital y trabajo tiene que ser superado por una sociedad organizada sin puntos vulnerables.

### EL PUEBLO

**Hay que mostrar al pueblo el horror de su envilecimiento y de su miseria; nunca se verificó excelente autopsia sin despedazar el cadáver, ni se conoció a fondo una sociedad sin descarnar su esqueleto.**

**El pueblo no raciocina mucho: levanta el cadalso, y en vez de refutar al adversario, le suprime.**

GONZALEZ PRADA



## ACTO PRINCIPAL DEL ESTADO

CON FRANCO,

«ESE HOMBRE»

## Asesinato de Miguel de Unamuno

(Conclusión)

**E**l Estado llamado entonces nacional-sindicalista pretendía que el proceso sólo tuviera lugar si Miguel de Unamuno prometía retractarse, a la vista de todo el mundo, ante el tribunal militar inquisitorial fasciofranquista que lo enjuiciaría, como obligaron a Galileo a que lo hiciera en Roma, frente a sus inquisidores, contra la verdad, negándola, aunque por cierto instante, para no perecer en la hoguera.

Por ser Unamuno vasco pretendieron creyera

cuanto el joven escultor, nacido en la misma región, le escribía al dictado, sobre atrocidades que, decíale, se cometían en la zona antifranquista o que, al menos simulara que daba por ciertos sus informes y le sirvieran de pretexto para tomar partido por el franquismo, más o menos abiertamente. Pero el ex rector salmantino no se prestó a hacer abdicación de su individualidad humanizada y humanizante, de su personalidad, ni a dar, un segundo de tiempo siquiera, la razón al Movimiento Nacional de enemigos de la España del Quijote.

## Lo universal unamuniano frente a la hispanidad medieval

«Mis enemigos saben bien que no persigo componendas ni arreglo alguno sino justicia; saben bien que hay por lo menos uno que no se conformará con lo de borrón y cuenta nueva.» — Miguel de Unamuno.

Las cualidades de universalidad que caracterizan al ex rector de la Universidad de Salamanca y que, al fin de sus días, acabaron constituyendo su excelsa entidad humana, insobornable e indomable, le hicieron escribir, lo que sigue. Con diáfana claridad de hombre evolucionado y rotunda franqueza de vasco que a pensar y a dudar invita a todos sus semejantes: «Rebasemos la patria chica, chica siempre, para agrandar la grande y empujarla a la máxima, a la gran patria humana.»

Con estas palabras Miguel de Unamuno concreta su universalismo humanizado. Y como gran admirador de la idea federalista de Pi y Margall en su amor a toda la humanidad incluye, claro esta, a sus congéneres nacidos en Madrid, en Vasconia y en Cataluña, en Galicia y en Andalucía, en Aragón y en Valencia, es decir, en todas las regiones de la España del Quijote que defendiendo la libertad tan cerca de su gran corazón están; del corazón que puso al descubierto, enteramente, desde el 12 de octubre de 1936.

Es evidente que Unamuno rechaza los estrechos y miseros conceptos políticos regionalistas o nacionalistas por brillante que sea la literatura con la que los expongan, ante el gran público, los sátrapas en ejercicio, los tiranos en potencia — no importa con qué nombre o con qué color político-religioso se presenten —, que ambicionan los lugares autoritarios que aquéllos ocupan, y los literatos de oficio, sin pizca de ética, sin escrúpulos, al servicio de los primeros o de los segundos, que es lo mismo.

Por consiguiente, en el pensar y en el sentir unamuniano expuestos, abogando por la gran patria humana, por el bien del género humano todo, no puede encontrar defensa o adhesión sujeto — o partido político — alguna que ambicione el poder, el partidario del principio de autoridad — negación del principio de libertad —, del anquilosador centralismo autoritario; del «¡a callar y a obedecer mis órdenes todos los gobernados!», del ordeno y mando que ejerce o sueña ejercer en su patria chica, al menos, en la región que vio la luz primera, en vez que lo ejerza otro sujeto autoritario cualquiera nacido en otra región hispana de habla distinta.

Muy acertado estuvo al respecto, a nuestro entender, el querido y malogrado Angel Samblancat, uno de los más dignos e insignes escritores de España. cuando en una carta — respondiendo a otra misiva del que escribe — fechada en 1947, dice: «Mi criterio sobre los irredentismos debes conocerlo: Las llamadas nacionalidades me inspiran respeto y cariño cuando representan culturas, que han enriquecido con letras y con artes el tesoro espiritual de la humanidad. Absolutamente nada más me interesan esos movimientos que piden muchas veces libertad con un espíritu más estrecho — caso Irlanda — que el de sus tiranos. Por otra parte, todos los centros de descontento contra los imperialismos intercontinentales e interoceánicos se han de regar y fosfatar abundantemente.»

El criterio de Angel Samblancat sobre las nacio-

nalidades y el antiimperialismo fue sostenido por Unamuno aunque no con la claridad, la perseverancia y la pasión humanista del primero que en el mismo año 1947 afirmó que «fuera del anarquismo sólo se palpa el vacío.»

No obstante la opinión del ex rector salmantino comprendía al sentido mismo elevado que debía darse — según él — a la hispanidad totalmente opuesto al que el Estado nazifranquista quiso y sigue queriendo imponer en España y en todos los países iberoamericanos con sus legiones de ensotados, al menos, al no serle posible, en el presente, invadirlos y someterlos con fuerzas armadas como en la Edad Media.

Del Instituto de Cultura Hispánica es director, como todo el mundo sabe, Gregorio Marañón, que así logra ser el primer intelectual vigilante de la «kultura» de la anti-España. Es evidente que no puede hacer otra cosa: esforzarse por conservarla a gusto de Franco, su señor amo, y de la Iglesia católica, apostólica y romano-fascista. Sin embargo, en 1940, otros sujetos peores que Marañón fueron los que constituyeron el llamado entonces Consejo de la Hispanidad. Al constituirlo afirmaron que dependería del ministerio de Estado, pero para ser más exactos decimos que, en realidad, quedó en manos de falangistas y de militares de la peor especie.

El precitado Consejo de Hispanidad lo encabezó, como «intelectual de más relieve», en el seno del mismo, José María Areilza de Rosas, que escribió con tono y fondo agresivo mussoliniano: «Tenemos voluntad de imperio. Afirmamos que la plenitud histórica de España es el imperio.»

Este mismo José María, considerado uno de los más antiguos y aprovechados discípulos del llamado «Ausente» — José Antonio —, coautor de la «Segunda Carta básica» de Falange, haciéndose eco del sentir y del pensar del régimen franquista, completando el precitado pensamiento — de algún modo hay que llamarlo — en las «Revindicaciones de España» proclamó las pretensiones y ambiciones imperialistas de dicho Estado medieval diciendo entre otras cosas: «España es la cabeza y la columna vertebral del mundo hispano diseminado por todo el mundo.»

Los seguidores del extinto José Antonio, fundador de Falange, pretendieron con éste — y siguen pretendiendo en el presente — presentar como «moredosas» u originales, propias, como geniales, en fin, las palabras, lemas, concepciones y actitudes políticas calcadas, servil y desvergonzadamente, de las que fabricó, expresó y mantuvo hasta su última hora en Italia, el fundador del fascismo: Benito Mussolini.

Este dictador, gesticulando como un energúmeno, vociferó miles de veces varios años antes que José Antonio y sus secuaces: «La cultura fascista la llevaremos hacia otros países que históricamente nos corresponden. Tenemos voluntad de Imperio.» Pero en territorio italiano imperó la voluntad popular, antidictatorial, que terminó con el fascismo y abatió al mismo dictador como abatirá en su suelo español al nazifasciofalangefranquismo.

Con la complicidad de la Iglesia que los bendecía

y alentaba a iniciar otra Santa Cruzada por todo el mundo, como la que llevaron a cabo en suelo africano e hispano desde el mes de julio de 1936, los falangistas y demás franquistas gritaban también, desafortadamente, como los fascistas en Italia: «Tenemos voluntad de imperio cuya cabeza es España.»

Sin embargo, hipócritas, taimados y cobardes los organizadores y representantes del Consejo de Hispanidad afirmaban que éste no constituiría una amenaza para los países iberoamericanos. Pero al pronunciarse de este modo sin nadie preguntarles qué se proponían con aquél, proyectaban, de manera clara, que su intención era aviesa y criminal: atacar contra la independencia política y económica de los precitados países americanos. Más todavía: tenerlos totalmente bajo la férula del régimen vaticanofranquista.

¿En qué fecha pensaban los franquistas comenzar sus acciones imperialistas por el continente americano? El mismo día de ser derrotados los Estados llamados democráticos en la Segunda Guerra internacional.

Desde que fue constituido el Consejo de Hispanidad, en 1940, repetimos, hasta casi al final de dicho conflicto bélico en 1945, los franquistas estuvieron creyendo segura la victoria de los ejércitos hitlerianos.

Los implantadores y sostenedores, en España, del entonces llamado Estado nacional-sindicalista, encabezado por Falange, con el apoyo de las triunfantes fuerzas hitlerianas-fascistas dominando al mundo todo, ambicionaban alargar, por segunda vez, pero más larga y ampliamente que hace siglos, en tiempos de H. Cortés, los férreos tentáculos opresores y explotadores, imperialistas, militares-católicos, hacia todos los pueblos de habla castellana de América.

Fácil es probarlo. ¿Constituyeron tal Consejo de Hispanidad con las individualidades humanas representativas de los más altos valores de la cultura hispana que ha alcanzado la universalidad? ¡Quiá! Fue formado con la analfabeta falangista Pilar Primo de Rivera — todo odio y sed de sangre de mujeres y de hombres de pensar y de sentir libres — con José María A. M. de Rojas, Eduardo Aunós, en aquel tiempo ministro de Justicia de Franco — ajusticiando, sin juicio, a los más sabios, justos y buenos varones que vieron la luz en España —, Pemartín, Ramón Serrano Suñer, el cuñadísimo, y el general Millán Astray, jefe del Tercio, asesino, por naturaleza e instrucción militarista, predilecto de Franco. Este en Astray, degollador de marroquíes rebeldes y de idealistas españoles, más confiaba la Defensa de la Hispanidad que planeaban imponerla en tierras americanas cercenando asimismo las más nobles e ilustradas cabezas de los hombres que las pueblan.

Es la verdad cabal, entera: de haber triunfado el nazismo en 1945, Franco-Astray con otros generalotes y curas trabucaires — sin ningún Bartolomé de las Casas — habrían capitaneado ejércitos hispanos y africanos, embarcados a las buenas o a las malas, prestándose a ser los nuevos encomenderos de todos los pueblos iberoamericanos al servicio incon-

dicional del victorioso Hitler. Sí, por todos los ámbitos del continente americano, en los de habla castellana, en particular, se habrían oído los mismos rugidos bestiales que Millán Astray lanzó contra Miguel de Unamuno en la Universidad de Salamanca: «¡Muera la inteligencia!», «¡Abajo la cultura!», «¡Viva la muerte!»

El imperialismo medieval o «kultura» nazifasciofalangefranquista, inquisitorial, de violencia autoritaria total — que, con características distintas, sin fundamentales diferencias, hoy aplican los dictadores rusos y el Tío Sam —, por única razón, se habrán extendido, sin lugar a dudas, a sangre, hierro y fuego de norte a sur y de este a oeste de América y a otras regiones del planeta Tierra, dando a besar la cruz a los sacrificados, con mayor brutalidad y crueldad que H. Cortés la extendió por México.

Desde la tribuna de este Ateneo del Estado de Morelos creemos ser los primeros en exponer, frente al mundo, lo que ha de hacer reflexionar hasta a las personas más nacionalistas o amantes, siquiera, de la independencia política de México, donde nacieron, de este hermoso país que permitió — aunque el régimen estatal imperante en el mismo por ley de biología política evolucionará en sentido dictatorial — la entrada a los refugiados españoles que nos enorgullecemos de serlo y de haber combatido contra las fuerzas de la anti-España: que tales objetivos imperialistas pretendía el régimen franquista alcanzar con el Consejo de Hispanidad como lo prueba la clase de sujetos que eligieron para formarlo sin pizca de categoría científica y menos de calidad cultural humanista, de buen saber.

El pensar y el sentir unamuniano se oponía y sigue oponiéndose a la Hispanidad que los Franco-Astray querían imponer, con la bendición de la Iglesia, movilizándolo armas, cruces e hisopos para aniquilar a la intelectualidad progresiva y esclavizar, más largo tiempo, a los pueblos americanos de habla castellana.

Desde julio de 1936 la concepción de Miguel de Unamuno al respecto se había ampliado y hecho más profunda, más universalista. Pero no teniendo a mano los textos del mismo que lo prueban transcribimos lo que este célebre escritor y filósofo — pese a Ramón J. Sender, que dice que lo lo es — dijo en 1927 sobre lo que denominó «Imperialismo cultural hispanoamericano», que opuso al imperialismo frailuno y oligárquico, retrógado e inhumano, propio del tiempo de Felipe II, partiendo de Madrid hacia todas las latitudes del globo terráqueo.

En efecto, tres años antes del derrumbamiento de la dictadura de Primo de Rivera — 1927-1930 — Miguel de Unamuno ya replicó a los defensores de la anti-España, que decían «tener voluntad de imperio, y que la plenitud de España es el imperio.»

«Quiero especificar — dice Unamuno — que hay un imperialismo cultural hispanoamericano. Pero no de España sino de todos los pueblos de lenguas hispánicas, ibéricas: un imperialismo de todos los que pensamos y sentimos en las lenguas de Cervantes, Camoens y de Raimundo Lulio. Y la madre

patria es la madre espiritual común, un alma y no un territorio; una historia y no un código común. Y por lo que hace a nosotros los españoles, una lengua común, la lengua, en que alguna vez pensaron y sintieron los portugueses Gil Vicente, Camoens, Manuel de Melo, el catalán Pau Claris, la que usó contra el intruso Habsburgo el indio místico Benito Juárez, y el que dio a la eternidad su último canto el indio tagalo José Rizal; la lengua en que nos dejó su alta doctrina de civilidad el nobilísimo Pi y Margall. Este es nuestro imperialismo.»

Además, contestando a los sujetos de todas las ideas que querían disminuirlo restando valor a sus conceptos diciendo que Miguel de Unamuno había hecho ciertas duras críticas contra la Monarquía y la dictadura de Primo de Rivera para vengar agravios personales», gritó indignado.

«Imperialismo... sí, pero el del espíritu y la conciencia y la justicia. Defendí, sí, un pleito personal de nuestra España universal y eterna, el pleito personal del imperialismo cultural hispánico.»

Por otra parte, en el mes de marzo de 1927, en Herdaya, Miguel de Unamuno manifestó lo siguiente:

«Ya a nadie que sepa vivir en la historia se le ocurre preguntar qué es lo que busco con mi obra en ella. Mis enemigos, por su parte, saben bien que no persigo componenda ni arreglo alguno, sino justicia; saben bien que hay al menos uno que no se conformará con lo de borrón y cuenta nueva. Hay otros pobres cuitadillos que no logran darse cuenta — vayan dándosela, añadimos nosotros hoy, los críticos gratuitos, los detractores del ex rector salmantino y cuantos sujetos se esfuerzan por mantener cerrados los ojos del entendimiento — del alud de pasión que pongo en esta obra de justificación y de ajusticiamiento y se me vienen con el miserable estribillo de que se debía desdeñar a los que suponen que los ataco por vengar agravios personales. Y hablan del desdén del silencio. Pero si es que hubo desdeñoso fue mi maestro: El Dante. Y El Dante no calló su desdén. El Dante supo irsultar.»

Nada de «borrón y cuenta nueva», como tantos políticos y traidores de todas las clases, que se llamaron antifranquistas pretenden se haga en España por la cuenta que a algunos les tiene ya, y otros esperan les tenga. Esta solución significaría la capitulación — que no ocurrirá — del pueblo español, del gran Quijote arte la anti-España.

Pide Unamuno, como nosotros, los libertarios, obra de justificación de la justicia y ajusticiamiento por lo que empezó a ocurrir en la España del Quijote en 1923, que duró hasta el año de 1930 y ha seguido dañándonos a la mayoría de los españoles.

Si en la tercera década del siglo XX así pensaba Unamuno, si «a ninguna componenda ni arreglo se prestaba», con la llamada «blanda» dictadura del general Primo de Rivera gritando fuerte y claramente, que sólo perseguía justicia, imaginen todos



los españoles avisados y las mujeres y los hombres evolucionados de todo el mundo cómo siguió tratando a la liberticida y genocida dictadura del Estado nazifranquista desde antes, durante y después del 18 de julio de 1936: con más desdén que El Dante mismo, justificándolo, sobradamente, como lo hemos leído en la carta que dirigió al escritor vasco y pidiendo a los hispanos amantes de la libertad, de todas las regiones de España, que no cesen de luchar, en la medida de sus posibilidades, hasta ajusticiar a tan bárbaro Estado.

Si el ex rector de la Universidad de Salamanca pudiera hoy levantar la cabeza no repetiría que «al menos uno» — él — rechaza cerrar este capítulo de la historia de España con «borrón y cuenta nueva».

Al observar que somos miles y más miles cada día los obreros y los universitarios que luchamos en el frente interior y en la barricada ética e intelectual del exterior contra el régimen que representa Franco — **ombre** que ni **h** minúscula merece llevar por su obrar irracional — Miguel de Unamuno diría, lo más, ser uno entre los muchos individuos humanos de la España del Quijote que no aceptan cometer la precitada indignidad, tal monstruosidad: pasar por alto los horrores que desencadenó y continúa desencadenando el fasciofranquismo en España.

«Borrón y cuenta nueva». Aquí nada ha pasado. Miserables quienes así hablen.

Mucho ha pasado y está pasando la España del Quijote, la tan amada, por Miguel de Unamuno, a la que ofrendó su propia vida. Y en el peor de los casos saben bien los enemigos de este ex rector, que lo son nuestros también, es decir, enemigos del pueblo español, que la libertaria Confederación Nacional del Trabajo de España, la F. A. I. y las Juventudes Libertarias, todos los libertarios, en fin, que no claudicamos; jamás admitiremos componendas ni arreglo alguno con los representantes de la anti-España.

Frente al imperialismo de la uniformidad letal, de la intolerancia por sistema contra todas las ideas y las psicologías opuestas a la del régimen franquista, Miguel de Unamuno aboga porque impere el universalismo con las lenguas de todos los pueblos ibéricos.

Imperio natural de la razón y el derecho, de la justicia social, basada en la equidad y de todos los valores superiores éticos, estéticos e intelectuales, válidos para nuestra especie, en general, que puedan exteriorizarse y defenderse, sin cortapisas — teórica y hasta prácticamente experimentando, sin perjudicar a un tercero — con las palabras habladas y escritas que eleven la dignidad y la calidad humanas del hombre y el concepto de la hispanidad hasta la más alta cima de la universalidad humanizada.

He aquí dos concepciones antagónicas, irreconciliables, de imperialismo o de tener o no derecho de imperar entre los seres humanos sin posibilidad alguna de acercamiento, de componenda ni arreglo

alguno — como dice Unamuno — entre ambas. Sólo pueden enfrentarse y chocar, permanentemente, como ocurre, desde milenios, con más o menos consciencia y conciencia social en los pueblos del orbe: desde que un hombre astuto por la fuerza y con engaños, empezó a dominar y explotar a otro hombre.

Es indudable que Miguel de Unamuno se acercaba, sin confesarlo, más y más a las concepciones libertarias, antipolíticas, antiestatales, antiautoritarias. Y por lo tanto, iba siendo, simultáneamente, más y más odiado a muerte por los sujetos de la anti-España.

No es por casualidad que al referirse Unamuno al imperialismo cultural de todos los que bier: pensamos y sentimos en lenguas ibéricas, y mencionar a algunos hombres que las usaron para defender causas nobles, deja a Pi y Margall en último lugar como si fuera lo más hondo de su propio sentir y pensar y quisiera acabar sintetizando lo más valioso que puede expresar con la lengua de Cervantes el hombre que evoluciona hacia más amplios horizontes de sociabilidad, teniendo que ir eliminando los injustos, inicuos y anquilosadores sistemas de centralización autoritaria.

Ciertamente, hablando de Pi y Margall, al que trata de «nobilísimo y que nos dejó su alta doctrina de civilidad», Miguel de Unamuno se proyecta psíquica y mentalmente. Afirma, una vez más, categóricamente, ser antiestatal, opuesto cien por cien, al estatismo, al centralismo autoritario.

«Estoy a matar con los programas políticos», proclamó, rotundamente, Miguel de Unamuno. Consideramos que estas palabras suyas y otras que hemos transcrito, y muchas más que dejaremos de transcribir, reflejan su verdadero espíritu rebelde, libertario, anárquico, por mucho que duela a los escritores hispanos y a los políticos republicanos y marxistas de todas las clases de la misma nacionalidad que tienen por objetivo político único, coincidente, lo que llaman ideal que no lo es para España ni para la humanidad toda o bien no pasa de ser miserable ambición política: la conquista del poder.

El ex rector salmantino, al hacer manifestaciones antiestatales, aunque esporádicas, y estar a matar con los programas, fue más allá del federalismo político de Pi y Margall. Este, en concreto, se manifestó contra el centralismo absolutista del Estado español y en pro de permitir el desarrollo de las nacionalidades ibéricas dentro de una constitución estatal basada en un sistema federal.

Los sentimientos y pensamientos antiautoritarios y de solidaridad con la España del Quijote expuestos por Miguel de Unamuno, que hemos transcrito, hoy más que ayer y mañana más que en el presente — pleno de errores y de horrores engendrados por los sistemas autoritarios — son los que tienen y seguirán teniendo vigencia universal, valor ético e intelectual para todos los tiempos.

Floreale Ocaña

socialdemócratas evolucionaron al revés, pues la interpretación económica del comunismo es un progreso, ya que en la situación actual de la industria ramificada, del maquinismo y de la división del trabajo es imposible determinar exactamente la parte de trabajo de cada uno para hablar del producto íntegro del trabajo. Pero indudablemente la condición básica del comunismo libertario es una rica y abundante producción, que se hará siempre más y más posible por la evolución de los instrumentos de trabajo.

Pero los comunistas libertarios, como los colectivistas, defendían como fundamento de la futura organización los grupos de oficio, es decir, los sindicatos.

Al mismo tiempo que el congreso de Sevilla de 1882 fue celebrado el congreso especial de la Unión de Trabajadores del Campo de España, en el que estuvieron representadas 105 secciones con 20.916 miembros. El espíritu de esa Unión, que estaba igualmente adherida a la Federación Regional, era declaradamente anarquista, sindical, mejor, sindicalista (bien que colectivista). En el protocolo que publicó después este congreso se lee literalmente en el último capítulo.

«Una organización obrera puede componerse únicamente de sindicatos, pues en los grupos profesionales se encuentra poca diferencia intelectual entre los miembros, lo que hace imposible que algunos ejerzan un influjo demasiado grande. La igualdad, del trabajo, del salario, de la lucha común que se afirma en la huelga es el lazo más positivo que nos une. Pero la organización obrera no se limita a la consecución de un salario más alto y una jornada más corta por medio de la huelga; pues su objetivo final debe ser la elevación del proletariado como tal y la realización de una sociedad de productores libres en la cual cada uno recibe el producto de su trabajo.» Estas son cosas que no quedan en segundo lugar ante lo que dicen los sindicalistas actuales.

En la España meridional no hay campesinos ni aldeas propiamente dichas. La región pertenece a algunos ricos latifundistas y es trabajada por jornaleros que viven en pequeñas ciudades. El alcalde de esas pequeñas ciudades campesinas es también a menudo un jornalero. Van por la mañana al trabajo con su blusa azul, como los demás trabajadores, de los que se distinguen sólo por el salario insignificante. No reciben más de 50 a 60, a lo sumo 75 céntimos diarios.

Esto nos explica por qué hubo en Andalucía desde hace tiempo un movimiento sindical y anarquista tan fuerte entre los campesinos. El hecho es que en esa época — 1881, 1882 y



en 1870; después **La Emancipación**, en 1871, en cuya redacción tomó parte también Pablo Iglesias, que junto con Anselmo Lorenzo era miembro del Consejo Nacional de la Federación española y anarquista bakuninista. En la declaración del primer número de esos periódicos se dice: «En religión propagamos el ateísmo, en política la anarquía, en economía el colectivismo». En el primer número de **La Emancipación**, órgano de la Internacional, se escribió en un artículo, en donde se polemizaba contra el discurso del diputado internacionalista Lostau, que presentaba las comunas libres y autónomas como el objetivo de la Internacional: «Puesto que la administración comunal es también un estado político de la localidad... reconocemos como organización exclusivamente la unión libre de las libres asociaciones de trabajadores industriales y del campo».

La evolución de la Internacional en España bajo el influjo de las ideas de Bakunin, era naturalmente para Marx y el Consejo General de la Internacional de Londres una pesadilla, y por eso envió Marx a su yerno Lafargue a España hacia fines de 1871.

Lafargue presenció el 7 de enero de 1872 la asamblea general de la Federación Madrileña de la Internacional (que entonces tenía 2.000 miembros), supo acercarse inmediatamente a los redactores de **La Emancipación**, de la que se hizo constante colaborador (11). Ganó pronto a los redactores a sus opiniones, entre ellos a Pablo Iglesias. **La Emancipación** comenzó a atacar luego los principios de la Alianza y a la Internacional española, propagando el marxismo, por lo cual la Federación Madrileña opuso a **La Emancipación** un nuevo periódico secreto: **El Condenado** (12).

Lafargue se engañó en su presunción de que podría desviar hacia el marxismo también al movimiento con los redactores del periódico. El resultado fue sólo que la Federación Madrileña excluyó sólo a los redactores de **La Emancipación** y a Pablo Iglesias con ellos de la Internacional; con la justa fundamentación de que desde la conversión defendían ideas que chocaban con los principios de la Internacional española (13).

En el congreso anual de la Federación Española, que se realizó en abril (1872) en Zaragoza, se procedió a una especie de acuerdo (14), a causa de lo cual retiró su exclusión la Federación Madrileña. En ese congreso fue ensanchada también parcialmente por el influjo de Lafargue, la violencia del Consejo General. Pero la elección del Consejo Federal no se hizo según los consejos de Lafargue, pues comenzó de inmediato a intrigar en contra desde **La Emancipación**, a denunciar a los miembros del Consejo Federal como pertenecientes a una Alianza secreta y a defender invariablemente

al Consejo general de Londres. La lucha comenzó de nuevo, por cuya causa Lafargue y sus adeptos fueron definitivamente excluidos de la Internacional, por resolución de la asamblea general de la Federación Madrileña, el 9 de julio de 1872 (15). Entonces Lafargue, Iglesias y otros siete fundaron la **Nueva Federación Madrileña** de la Internacional, que en total se componía de 9 hombres (contra más de 3.000 que constituían la verdadera Federación Madrileña), pero su notificación al Consejo Federal no fue aceptada, es decir, no fueron ya más aceptados en la Internacional (16).

Lafargue se quejó a su suegro Marx; el Consejo general reconoció naturalmente esa «nueva federación» y desde entonces la califica Engels de «verdadera Internacional», mientras que toda la Internacional española, con sus 60.000 miembros, se convirtió según su modo de ver en una falsa Internacional (Véase: **Bakuninisten und der Arbeit**, (El Trabajo de los bakuninistas, en **Internationales aus dem Volkstaadt**), (**La Internacional** y el Estado popular). Engels escribió como miembro corresponsal del Consejo general una carta al Consejo Federal español, en la que exigía bajo todas las amenazas posibles, ni más ni menos que la notificación a vuelta de correo de los nombres de todos los miembros de la Alianza secreta y de sus funciones en la Internacional (17). El Consejo Federal español contestó que no pensaba prestar servicios policiales (18). Después de eso **La Emancipación**, redactada por Lafargue y Pablo Iglesias publicó en su número del 18 de julio de 1872 todos los nombres de la Alianza secreta que le eran entonces conocidos (19). Este fue el glorioso comienzo de la social-democracia en España. Desde entonces no ha sido nunca infiel a sus «sublimos principios», como todavía hemos de ver más adelante.

Mientras tanto se realizó en septiembre del mismo año el famoso congreso de La Haya (20), donde los manejos de Marx motivaron la exclusión de Bakunin, de James Guillaume y de toda la Alianza ginebrina, y el reconocimiento de la Nueva Federación Madrileña, así como la declaración oficial de que la clase obrera tenía que organizarse en partidos políticos y tomar parte en la acción política. El congreso convocado después por los antiautoritarios (bakuninistas) de Saint-Imier (21) creó un pacto libre de las federaciones de la Internacional, en aquellos países en que se defendía el punto de vista antiautoritario, y se declaró contra toda participación política de la clase obrera, porque la misión los trabajadores era destruir todo poder político. Luego tuvo lugar en diciembre de 1872 el tercer congreso de la Internacional española en Córdoba, donde estaba representada la gran mayoría de las secciones españolas. Allí fueron **unánimemente** rechazadas todas las resoluciones del congreso de



**Générale du Travail** (27) francesa: la sección o sociedad de resistencia correspondía al sindicato; la federación local a la **Bourse du Travail**, la Unión a la federación nacional de grupos de oficios afines. En el manifiesto que publicó el congreso de Sevilla se lee en un pasaje: «Inspirados por el espíritu anarquista, tenemos...», etc.), y la conclusión del manifiesto dice: «La Federación de los Trabajadores de la Región Española tiene por fin la asociación de los trabajadores españoles para luchar solidariamente con sus hermanos de otras regiones contra los monopolistas del capital y de la propiedad, lucha que debe conducir a la emancipación completa del trabajo.»

Las masas obreras llegaron directamente en España del federalismo republicano de las ideas de Pi y Margall, al federalismo colectivista de la Internacional bakurinista y al anarquismo; sin que hayan sido detenidas por los principios del socialdemocratismo político y centralista.

Por consiguiente, tampoco en el congreso de Sevilla estaban las ideas suficientemente aclaradas, pues se difundían todavía entre sí el comunismo (la interpretación de que la comuna será la unidad organizadora de la sociedad libre del porvenir) con lo que hoy llamamos sindicalismo, pero que entonces todavía no tenía nombre, la interpretación de que la federación de los sindicatos será la organización básica del futuro. Bajo el aspecto económico casi todo el movimiento estaba todavía en el principio del colectivismo. Pero aquí fue defendida por un obrero andaluz, de Sevilla, Miguel Rubio, el comunismo libertario como armonizable en absoluto con el anarquismo. Desde entonces se trabó la lucha entre anarquistas colectivistas y anarco-comunistas; hasta que los colectivistas desaparecieron poco a poco y todos los anarquistas españoles se designaron comunistas libertarios.

En el tiempo de la Internacional los marxistas eran «comunistas comunitarios» y los bakuninistas eran colectivistas. Por eso el anarquismo se tenía por inarmonizable con el comunismo. Colectivistas y comunistas querían ambos la posesión de la tierra, de las minas, de los medios de producción y de comunicación por los trabajadores; pero, la fórmula comunista del consumo dice: «De cada uno según sus capacidades; a cada uno según sus necesidades», o en otras palabras, propiedad común también de los productos. La fórmula colectivista decía: «A cada uno el producto íntegro de su trabajo», es decir, comunismo en los medios de producción, pero propiedad privada en los productos.

La evolución hizo que socialistas autoritarios y antiautoritarios cambiaran su posición como el **Chassé-croisé** de un rigodón. Hoy sucede lo contrario, los socialdemócratas son colectivistas y los anarquistas comunistas libertarios. Los



pesetas. En junio una bomba destruyó la casa del alcalde de La Coruña. En agosto son incendiadas mil hectáreas de campo, y 80 plantaciones del duque de Alba. Un convento de jesuitas es destruido por medio de bombas. Los periódicos informan de frecuentes asesinatos de alcaldes de los pueblos de provincias. En el Congreso anarquista internacional de Londres, el delegado español informa sobre la Internacional y el movimiento sindical en España. Participa que dentro de la organización pública existe una organización secreta e íntima: **Los hombres de acción.**

Como las persecuciones terribles y despiadadas se apaciguaron algo en 1881, el movimiento pudo volver nuevamente a la luz del día y halló su expresión en un hermoso semanario, **La Revista Social**, redactada en Madrid por Serrano y Oteiza y difundida en un tiraje de 20.000 ejemplares. Se puede uno imaginar la gran cantidad de lectores anarquistas en un país de dieciocho millones de habitantes en donde la inmensa mayoría son analfabetos. No obstante todas las persecuciones, no pudieron ser nunca disueltas las secciones de oficio secretas que se habían adherido a la Internacional, y cuando en 1881, tuvo lugar en Barcelona el primer Congreso obrero de España, pudo nuevamente ser formada de inmediato la Federación de los sindicatos y de las secciones de la vieja Internacional, que ahora adoptó el nombre de Federación de Trabajadores de la Región Española. La Federación fue puramente sindical, pues el movimiento de España ha sido siempre un puro movimiento de clase. Esa Federación adoptó la famosa declaración de principios de la Internacional y declaró después en un manifiesto:

«Nuestra organización, que es puramente económica, se distingue y está en oposición frente a todos los partidos políticos, burgueses y obreros: así como éstos se organizan para la conquista del poder político, nosotros nos organizamos para que sean reducidas las formas jurídicas y políticas del Estado existente a meras funciones económicas, y para establecer en su lugar la Federación Libre de las libres asociaciones de productores.

»De lo que precede, se deduce que somos adversarios de toda política parlamentaria y decididos partidarios de la lucha económica y de la destrucción de todos los privilegios y de todos los monopolios de esta injusta organización de la sociedad actual.»

Un año después se celebró, en septiembre de 1882 el segundo congreso de la Federación Regional, en Sevilla, en el que participaron 250 delegados y que pudo señalar la adhesión imponente de 8 uniones, 218 federaciones locales, 663 secciones, con cerca de 70.000 miembros.

La organización era casi idéntica a la actual **Confederation**

La Haya y no se reconoció ese congreso; la Internacional española se adhirió al pacto y a las resoluciones del congreso antiautoritario de Saint-Imier.

Los marxistas españoles intentaron fundar ahora por algunos meses una nueva Federación en toda España, tuvieron en el comienzo de 1873 un congreso en que declararon que querían mantener fielmente las resoluciones del congreso de La Haya (referente a la acción política) y eligieron un nuevo Consejo federal cuya sede trasladaron a Valencia. Pero a pesar de todos los esfuerzos oratorios y públicos para escindir el movimiento español, la nueva Internacional murió, no obstante, por haber sido llamada por Engels la «verdadera Internacional», junto con su periódico **La Emancipación**, después de corto espacio de tiempo; a pesar de los apoyos monetarios de Londres. La Internacional antiautoritaria continuó existiendo con sus seis periódicos (22).

La discusión de la Internacional proporcionaba a las clases dominantes bastantes sustos, por lo cual fueron reclamadas al parlamento ya a fines de 1871 leyes de excepción y la prohibición de la Internacional. Una parte de los diputados republicanos, Pi y Margall, Salmerón, Castelar, etc., así como los internacionalistas en el parlamento, Garrido y Lostau, defendieron la Internacional. Los debates apasionados en el parlamento en pro y en contra de la Internacional duraron varias semanas, lo que debía atraer aún más la atención sobre ella. Al fin la ley contra la Internacional fue aprobada y al comienzo de 1872 se envió a todas las autoridades de España la orden de disolver en todas partes las secciones de la Internacional. Pero la Internacional se desarrolló clandestinamente y más poderosa que antes. Nuevas revueltas republicanas y federalistas barrieron también ese gobierno y al comienzo de 1873 se proclamó la República democrática federalista.

Los jefes de la burguesía republicana que ahora tenían en sus manos el mando, se apresuraron de inmediato a arrojar todos sus principios por la borda en beneficio de la formación del poder. Los nuevos dominadores, que tenían que agradecer su poder a la circunstancia de que antes habían propagado durante años el federalismo por la propaganda y el escrito y por las conspiraciones, organizaron ahora el más sofocador centralismo; a pesar del nombre federalista de la República. La población española, que se compone de pueblos completamente distintos, con dialectos y hasta con idiomas distintos, diversa cultura, hábito regional y costumbres diferentes, reclamó finalmente la prometida autonomía cantonal, la realización del comunismo, de abajo a arriba. El gobierno central se opuso fundándose en que el federalismo sólo de arriba a abajo, es decir, por el gobierno, puede

ser realizado, pero no pensaba ciertamente en él. Por eso se produjeron en muchas regiones de España, especialmente Cartagena (Murcia), Alicante, Cataluña, Valencia y Andalucía movimientos insurreccionales en pro de la autonomía cantonal; contra el gobierno central. Los centralistas llamaron entonces a los federalistas para hacerlos sospechosos y ultrajarlos, «separatistas», e «intransigentes». El gobierno republicano dedicó todo su ejército a abatir esas insurreccionales cantonales; para lo cual dio el mando ordinariamente a generales reaccionarios que había aceptado de la Monarquía. Se produjeron en todas partes luchas sangrientas, en las que generalmente los federalistas quedaban vencidos después de algunos días. Sólo Cartagena, un gran puerto marítimo, que se declaró comuna independiente según el modelo de la Comuna parisina de 1871, no pudo ser vencida. La flota de guerra que estaba en Cartagena cayó en manos de los federalistas. Por lo tanto estaban protegidos por la parte del mar, del mismo modo que, gracias a los fuertes de las colinas circundantes, lo estaban contra los ataques de la parte del interior. Cartagena se mantuvo seis meses a pesar de ser bombardeada por los sitiadores en ese tiempo por más de treinta mil bombas, obuses y granadas. En los fuertes y en los edificios públicos, como en los mástiles de los barcos de guerra, flameó la bandera roja como insignia de la Comuna libre de Cartagena. Se aprovisionaron gracias a los barcos de guerra que atracaban en los puertos de España y exigían bajo amenaza de bombardeo contribuciones de guerra para Cartagena. Todos los decretos de la Comuna cartagenera llevaban esta única rúbrica: «¡Viva la República federal social!»

Como detalle podría ser mencionado aquí que el gobierno español central buscó ayuda de Prusia contra Cartagena, fundándose en que también fueron tomados a Prusia dos barcos de guerra surtos en el puerto abierto de Cartagena. Para una canallada contra la libertad se dejó rogar con placer.

En tales circunstancias se comprende que los internacionalistas no quedarían al margen sino que apoyarían contra el gobierno central a aquellos que estaban más próximos a sus ideas: los federalistas. Este es uno de los más acerbos reproches que sabe hacer Engels en su folleto **Los bakunistas en la obra** y con él toda la socialdemocracia a los internacionalistas españoles (23), el cual es todavía hoy arrojado a menudo contra los anarquistas. Pero ese reproche es característico de la manera de ser de la socialdemocracia.

En muchas regiones los internacionalistas provocaron revueltas por sí mismos para realizar la liquidación social. Así en Sevilla, donde dominaron unos días (24), en Granada, en

Valencia (25), en Alcoy (26), donde comenzaron con una huelga general y en la lucha que siguió mataron al alcalde y regaron con petróleo e incendiaron muchas casas de ricos.

El jefe de los federalistas e internacionalistas en el sur era Fermín Salvochea, entonces alcalde de Cádiz.

Todos los presos federalistas e internacionalistas fueron ajusticiados sumariamente por las tropas del gobierno republicano central.

En el corto tiempo de su existencia, la república española contó 4 presidentes, entre ellos Pi y Margall, que pudo abandonar el poder con las manos limpias, mientras que los presidentes de la república que le sucedieron compitieron en medidas de opresión contra los verdaderos republicanos; lo que finalmente llevó a la caída misma de la república. A fines de diciembre de 1874 la monarquía fue restablecida por el golpe de Estado de Cánovas del Castillo y del general Martínez Campos; Alfonso XII fue llevado al trono.

### III

#### DE LA CAIDA DE LA REPUBLICA A LA REVUELTA DE JEREZ (1874-1892)

Bajo la reacción monárquica de Alfonso XII y Cánovas del Castillo se hicieron más severas las persecuciones y la Internacional continuó actuando algunos años completamente clandestina, subterránea, sin que podamos señalar noticias dignas de atención sobre el movimiento en el período de 1874 hasta 1881.

Sin embargo, aparecieron durante todo el período, publicaciones, bien que irregularmente, secretas, como **El Municipio Libre**, que defendía las ideas de la Comuna anarquista; **El Movimiento Social**, que trataba más bien sobre las federaciones económicas, etc.

En el año 1878 formó Pablo Iglesias en Madrid el primer grupo socialdemócrata secreto hasta 1881. Sin embargo, los socialdemócratas tenían tan poca influencia que Pablo Iglesias declaró en un artículo publicado en 1902 en la revista **Nuestro Tiempo**: «El movimiento obrero desde el año 1869 hasta 1885 fue dirigido exclusivamente por elementos anarquistas.»

El 30 de diciembre de 1879 disparó el panadero Otero dos tiros de pistola contra Alfonso XII, sin herirle. En junio de 1880, obreros loucutados atacan e incendian una fábrica textil en Barcelona. Causaron daños por más de 150.000

# PALABRAS Y FRASES

## SEGUNDA SERIE

Recopilación y comentarios a cargo de M. CELMA

### ABDERRAMAN

Los Abderramanes fue una dinastía mora compuesta de varios sucesores en el trono. Su sede principal fue Córdoba. Aunque casi perdida ya en la nebulosa de los tiempos, viene a pelo recordar que Córdoba recibió el título de Ciudad de los Abderramanes. Empezaron su reinado hacia 755 y lo continuaron durante 8 centenas.

Vencidos por los católicos al fin, su historia, como siempre, la hizo el vencedor, aspecto que hay que tener en cuenta para comprender que otra cosa sería el paso de la morería por España si hubiesen podido escribir su historia ellos, y no el enemigo.

Hoy no estamos mejor situados que entonces sobre el particular. Célebres y escandalosos han sido los cambios que tras la muerte de cada pontífice sufre la historia, el diccionario y la enciclopedia rusos.

La liberación de París también tuvo su historia en 1945 diferente a la que se nos enseña en 1969, etc., etc.

Al parecer los Abderramanes quisieron una paz para todos los peninsulares. Paz que aprovecharon los católicos para preparar la revancha en nombre de Dios contra la media luna traída a España por Tarik.

Durante el período Abderramán fue irreversible la mezcla de sangres peninsular y africana, empezando a mezclarse también los dioses y las religiones. Un altar común tenían Cristo y Mahoma y un obispo católico hubo que se llamaba Rabés-ben-Sahib. Cuando un niño nacía, muchos eran los que veían en él a Mahoma y a Cristo reunidos.

(1) *El lector queda invitado a completar estas referencias enviando su colaboración a CENIT, cuya redacción queda de antemano agradecida.*

### ABEJA

Animal gracias al cual los humanos comemos miel.

La abeja ha servido de ejemplo a algunos pensadores para desarrollar sus teorías comunistas fundamentándose en que los hombres debemos vivir como las abejas. Uno de los primeros fue Giovanni Bonifacio, autor de «La República de las abejas», libro muy documentado y ejemplarizante.

En el mundo anarquista «la colmena» y «la ruche» son también grandes ejemplos. El propio Proudhon escribe:

«Si, como la abeja, todo hombre tuviera al nacer un talento igual, conocimientos especiales perfectos, etc., la Sociedad se organizaría por sí misma».

A este razonar le cabe también este otro:

Si, como el hombre, la abeja pudiera razonar, reflexionar y discurrir, éstas intentarían industrializar la producción, «organizarse», etc. y la armonía de la colmena se convertiría en un matadero de los que los humanos somos maestros.

### ABEL

Hermano de Caín.

Según la Biblia, Caín mató a Abel. Desde entonces cierto espíritu caínista sobrevive e impera en muchos hombres.

No solamente sobrevive sino que ha empeorado.

Entonces Abel murió pero nadie intentó nombrar ministros de propaganda para justificar el crimen.

Hoy Caín continúa matando y, además «razona» su hazaña. Dice que lo hace en nombre de la lógica e in-

mediatamente pide — y se le concede — la Legión de Honor.

Durante la novena que va del 33 al 45, tres sujetos se distinguieron en hacer el Caín corregido y aumentado. Goebels para los nazis, Philippe Henriot para los pétainistas y Dionisio Ridruejo para los falangistas. Querer justificar el crimen es tan odioso como el crimen mismo.

### ABELLA Miguel

Militante confederal teruelense que, libre de perjuicios religiosos y limpio de los de los anticlericales casóse con una monja. Este casamiento no se hizo con el beneplácito de todas las amistades de Abella y de ello surgió graves discordias en el seno de los revolucionarios de la zona de Teruel.

Craso error será siempre entrometerse en la vida privada de cada uno. Error enorme que suele dar resultados nefastos.

### ABELLA Nicolás

Estudiante falangista de Santander, muerto el 4 de marzo de 1934 en refriega popular por las calles de Valladolid.

Invocando estos sucesos, el Jefe de Falange vallisoletano juró que mil vidas obreras pagarían por la suya.

Y, en efecto, llegada la sublevación militar fascista no mil sino diez mil trabajadores fueron asesinados en Valladolid.

### ABEN Gabirai

Escritor del siglo XV. Uno de los primeros hombres que se atrevió a desdivinizar el «viejo testamento» explicando en su libro sin par las causas naturales del testamento citado.

Su obra debe figurar en toda biblio-



teca anticlerical al lado de «La esencia del cristianismo», «El Cristo», «Las Ruinas de Palmira», «Así hablaba Zaratustra», etc.

#### ABERRACION

La mayor y más nefasta es esa que persiste y se muestra tan tenaz en el corazón del hombre, según la cual, los seres nacen para ser victimarios o víctimas, para mandar u obedecer. Se ha confundido frecuentemente aberración con impotencia protestaria.

Se dice: gracias a cierto espíritu aberrativo existen las creencias religiosas. Contra esta forma de enjuiciar las cosas se han elevado hombres para decir: no, no es aberración sino profundo malestar general de los corazones.

Imaginarse un ser superior, llamé-sele Dios, Tarzán o Don Quijote, no es aberración sino deseo, acertado o no, de acabar con las mezquindades, con los sufrimientos y con lo que de animal tenemos los hombres.

Sólo las palabras han cambiado. Lo que hoy es conocido como revolución de conciencias en lenguaje religioso es conversión, nuevo renacer, etc.

Para el poeta se traduce en:  
«No te amilanes ni acobardes,  
aprende a renacer cada mañana  
como la luz al despertar el día  
como el Sol que amanece en tu ven-  
[tana.»

Lo aberrativo es producto de grandes sufrimientos morales o físicos colectivos o personales, es un efecto, no una causa.

Claro que, como todo se encadena, el efecto da pie a otros efectos, por lo que ipso facto se convierte en causa. Por eso, en virtud del estado aberrativo de los más, una pequeña parte de la humanidad aprovecha y explota cual si fueran animales de carga al resto de sus semejantes.

Monstruosa aberración fue para Bakunin el concepto que Bukarin, (uno de los primeros bolcheviques que degolló Stalin) tenía sobre la Sociedad. Para Bukarin, aberrativas eran sobre todo las ideas de Bakunin.

Mientras que según Bakunin, no tener consideración para con los pueblos, el espíritu en que cada uno vive, la tendencia del día, el ambiente, etc., es más aberrativo que todas las religiones juntas.

#### ABISINIA

País en donde los cristianos siempre han sido minoritarios.

Se hundió la idea cristiana el día en que los abisinios oyeron a los curas decir que «la peste era una enfermedad de origen divino muy eficaz para obtener la eternidad en el paraíso.»

Desde luego los Sacerdotes para no contaminarse de la peste daban la

hostia sagrada con pinzas y no con los dedos.

#### ABISMO

Distancia, separación, profundidad. Abismo infinito es el que separa el hombre y Dios.

De un lado grandeza y poder infinitos, del otro diferentes grandezas limitadas, debilidad e impotencia.

El uno creador, criatura el otro.

#### ABNEGACION

El más parco de los trabajadores pronuncia esta palabra con tono de gravedad. ¡Hay que ser abnegados!, etc. Sin embargo, henos aquí lo que dice un pensador, un hombre de muchos amigos y de no menos enemigos, odiado de éstos, amado de aquellos. Dice así: «El que propone la abnegación como principio de conducta es porque confunde las ideas o es un capitán Araña. La abnegación supone la más alta desigualdad.

Abnegarse es sacrificarse sin esperar, pedir ni pensar en recompensa. Naturalmente que si todos fuésemos abnegados no sería necesaria la abnegación porque todo se obtendría sin penas y para gloria de todos.

La abnegación es voluntaria. Una abnegación impuesta es coacción, es opresión.

(Continuará.)

### LA LIBERTAD

Dejemos a otros el soñar reivindicaciones sin combates o evoluciones sin víctimas, y pensemos que lo malo no está en derramar sangre, sino en derramarla infructuosamente. Los pueblos no cuentan con más derechos que los defendidos o conquistados con el hierro; y la libertad nace en las barridas o campos de batalla.

Toda libertad nació bañada en sangre, y el advenimiento de la justicia debe compararse con un alumbramiento desgarrador y tempestuoso, no con una germinación tranquila y silenciosa. No aguardemos a que de arriba nos otorguen derechos ni libertades. Del que manda nunca vino cosa buena ni gratuita, y las naciones que se adormecen confiadas en que la autoridad se acerque a despartarlas con el don de la independencia, son como los insensatos que en el desierto afincan una ciudad, aguardando que un río viniese a cruzarla por el medio.

La libertad de pensar en silencio no se discute, se consigna. Lejos de inquisidores y tiranos, poseemos un asilo inviolable donde rendimos culto a los dioses que nos place, donde erigimos un trono para los buenos y un patíbulo para los malos.

Linternas cerradas, alumbran por dentro.

GONZALEZ PRADA

## LA VIDA Y LOS LIBROS

# Enrique Nido y la filosofía del anarquismo

por V. Muñoz

**H**ACE poco ha ingresado en mi colección libertaria el libro *El Pensamiento Filosófico y el Anarquismo por Enrique Nido* (Rosario, Argentina: Talleres Gráficos Romanos Hnos., 1921). Se trata de uno de esos libros agotados que uno siempre desearía leer, pero que, en mi caso, no he podido hacerlo hasta pasado casi medio siglo de su publicación.

Federica Montseny hizo una reseña favorable del mismo en *La Revista Blanca* (segunda época). Digamos algo sobre Enrique Nido. Era el seudónimo de Amadeo Lluán, compañero libertario catalán, nacido en Barcelona el año 1889; muy querido por Anselmo Lorenzo. Trajo a América la continuación manuscrita de *El Proletariado Militante*, la cual parece que se ha perdido o, hasta ahora, no ha podido ser ubicada. De Barcelona, Amadeo Lluán pasó a Marsella, exiliado. Desde esta gran ciudad mediterránea gala, se embarcó para la Argentina, adonde llegó el primero de mayo de 1909. Colaboró en *La Protesta* diario de la capital bonaerense y también en su suplemento semanal. Murió joven, a los 36 años. Además del libro que aquí comentamos dejó otro titulado *Páginas de afirmación*. En 1925, fenecía también en otro extremo de América, otro prominente libertario originario de Barcelona: Pedro Esteve. Dos pérdidas sensibles para el movimiento anarquista mundial.

El *Pensamiento filosófico y el anarquismo* se compone de dos partes: Los filósofos antiguos y el anarquismo — Sus definiciones.

Empieza esbozando a Sócrates y refutando a Pompeyo Gener, al parecer contrario a la sofística socrática; concluyendo: «Su lectura puede ser muy provechosa para cuantos soñamos en una sociedad de hombres conscientes, justos y relativamente libres.»

Ensalza a Platón que «no obstante los errores de su sistema, el platonismo encierra mucha belleza y muchas verdades imperecederas por llevar impreso un sello de eternidad».

Admira a Aristóteles de quien cita este pasaje: «La vida no depende de una casualidad y no hay ninguna divinidad que la presida, ni que intervenga, ni que la socorra. Nada prueba una vida futura para la cual hayamos de prepararnos.»

Salvando la secular distancia, encuentra un paralelismo entre los sofistas y los anarquistas: «fueron calumniados ignominiosamente por su irreverencia y por sus ataques a los dioses, a las leyes, a las costumbres y a la sociedad de su tiempo».

Ejemplariza a los cínicos (Diógenes, Crates y Menipo): «adecían ellos que se podía vivir bien con arreglo a la na-

turalidad, sin artificio ni ornamento, sin preocupaciones absurdas de fausto y de insolente riqueza, y lo demostraron con los hechos de su vida cotidiana».

De los estoicos se le escapa el aspecto social (ensalzado por Max Nettlau en *La Aurora* primavera de la anarquía) y realza el moral: «enseñaban a sus discípulos y a cuantos les seguían y escuchaban la idea de resistir moralmente a todas las adversidades de la existencia».

De la era griega o precristiana llega a Descartes: «el padre del positivismo moderno y el renovador más grande e influyente de su época». Refuta al finalismo de Leibnitz: «no ve el antagonismo que existe entre las partes y si sólo la totalidad ordenada de la naturaleza». De Kant asegura que «por su ley moral y la idea del Soberano Bien, seguirá ligado eternamente al mundo de la justicia equitativa». Encuentra que Hegel fue «un renovador del espíritu de su tiempo». Nietzsche es para él: «iconoclasta e irreverente con los dioses y las leyes». Finaliza esta excursión en Bergson: «el más universal de los filósofos contemporáneos».

La parte segunda empieza con *El Concepto filosófico*. La misma es la columna vertebral del libro. Enrique Nido entiende que, si en el anarquismo hay filosofía, aún no existe una filosofía del anarquismo: «decir filosofía no es lo mismo que decir «una filosofía», en el sentido amplio y universal que debemos dar a esta palabra».

En *El concepto biológico* aclara que «una definición biológica del anarquismo, inspirada en el bien de todos, debería hallarse condicionada por una ética que neutralizara, con un concepto de solidaridad y apoyo mutuo, la fuerza ciega y destructora del hecho biológico».

En *El concepto evolucionista* defiende el hecho revolucionario, pues: «una concepción evolucionista, en el concepto social, podría conducir el anarquismo al oportunismo político».

Luego, en *Libertad y Equidad* escribe: «nuestros detractores han pretendido negar los fundamentos del anarquismo, desvirtuando lo que hay en él de más persistente. El carácter de continuidad, moral y revolucionaria de los anarquistas, actuando e influenciando el medio social, en un doble sentido de lucha y cultura».

En *El Sindicalismo* recuerda que: «el anarquismo es, desde su origen histórico, una tendencia social netamente antipolítica». Diseca la acción del impopular voto y concluye: «es un error fundamental el atribuir, al parlamento, influencia alguna en el crecimiento de la cultura de un pueblo».

He aquí algunos pensamientos maestros en *La Propaganda*: «Es necesario que volvamos a la exposición serena

y sencilla de nuestras ideas». «Al encanto y a la belleza que tenían aquellas primeras lecturas nuestras cuando nos iniciamos en la propaganda». «A aquellas hermosas páginas de crítica anarquista que tanto embelesaban y que encerraban tanta fuerza de convicción».

En este aspecto de la propaganda, lanza la idea de un Archivo Internacional del Anarquismo: «Es necesario recoger todo ese enorme material de lectura desperdigado por el mundo para transmitirlo intacto a la posteridad. Así el historiador imparcial, de estas etapas sociales, hallará el modo de esclarecer el criterio de las generaciones futuras sobre el génesis y desarrollo del anarquismo». El Centro Internacional de Estudios sobre el Anarquismo (C.I.R.A.) con sede en Lausana (Suiza), llena actualmente tal cometido.

El problema de las razas es el capítulo más débil del libro, aunque sale a flote al estampar sobre el papel pensamientos como éste: «El que a una raza le esté vedada la producción del genio, no la invalida al extremo de considerarla inferior en los demás órdenes y menesteres de la vida vulgar.»

En El Patriotismo ve que ha recrudecido después de la llamada primera guerra mundial. «La moral patriótica, es la moral del Estado, del Capital y de la Iglesia».

Entonces como ahora, extractando de El Militarismo: «hablar del militarismo en la hora presente es agitar una horrorosa imagen que está en la mente de todos».

En La Creencia y la sombra de Hamlet entiende que el ser humano es crédulo. «El hombre podrá desechar una creencia por otra, pero, no le es dable agitar en la esfera del conocimiento sin aferrarse a una creencia, ya duradera, ya efímera».

En El Novecentismo concluye: «Somos los herederos del espíritu rebelde y soñador de la historia. Del idealismo romántico que se diseñó en la Enciclopedia y tomó cuerpo en la Internacional, para continuarse en nosotros y en aquellos que, como nosotros, se hallan situados del lado de la Libertad contra la Tiranía, de la Equidad contra el Privilegio».

Después de desenmascarar a esos enterradores de la revolución que son los bolcheviques, en El Bolcheviquismo asevera: «Estamos hoy donde estábamos ayer. Esto es; en el camino de la Revolución, sin amos y sin esclavos. Sin gobernantes ni gobernados. Sin explotadores ni explotados».

Finalmente llegamos a la Conclusión: «¡Continuación! Esta debe ser, en la hora presente, nuestra palabra de aliento. E inspirando fuertemente el aire, para que el eco de nuestra voz repercuta en la distancia, gritemos, ahora más fuerte que nunca: ¡Viva la Anarquía!»

Los lectores interesados en este libro es bueno que sepan, además, que el Suplemento Semanal de La Protesta (Buenos Aires: n.º 17, 8 de mayo de 1922), contiene del mismo Enrique Nido su trabajo Apostillas a una crítica, refutando la reseña aparecida en la revista España de Madrid.

..

La idea central del libro es, no obstante, la idea básica de la Filosofía del anarquismo. Para el autor en el seno del anarquismo «no hubo nunca substancia de verdadero filósofo, de filósofo universal, que resumiendo los conocimientos adquiridos de las ciencias, estructurara una filosofía del anarquismo, ordenada y completa».

Por supuesto, existen varios libros, folletos, ensayos, te-

sis universitarias, etc., que estudian la «filosofía del anarquismo», cual de ello es ejemplo el libro Filosofía del anarquismo por Carlos Malato (Valencia: F. Sempere y Compañía, Editores, s. f.). Pero el autor no se refiere a esto.

Se dirá que ha habido grandes teóricos en el anarquismo y se citará por orden cronológico a William Godwin, Josiah Warren, Max Stirner, Pedro José Proudhon, Miguel Bakunin o Pedro Kropotkin. Pero todos estos prominentes pensadores no estructuraron una Filosofía del anarquismo, sino ciertos y unilaterales aspectos de la misma. Ejemplaricemos: Godwin (justicialismo libertario), Warren (comunismo), Stirner (unicismo), Proudhon (mutualismo), Bakunin (colectivismo) y Kropotkin (comunismo libertario).

Para el autor, el anarquismo tuvo ya a un pensador que hubiera podido estructurar la Filosofía del anarquismo. Fue Eliseo Reclus: «Este sabio se llamó Eliseo Reclus y su obra inmortal, El Hombre y la Tierra, hubiera podido ser la base de esta filosofía. Los demás pensadores anarquistas han realizado una labor filosófica fragmentada que, reunida en sí, no alcanzaría a formar esta síntesis colosal e integrada de filosofía sistemática. En este punto del problema puede decirse que nosotros esperamos nuestro gran pensador, el hombre genial que, abarcando las nociones de la mecánica viva y de la mecánica inerte, cree la Antología científica y filosófica del anarquismo, con un margen de disposición para futuras y probables renovaciones».

Llegado a esta altura, el lector ha fácilmente comprendido el pensamiento del autor. Ahora bien, ocurre que después del fenecimiento de Pedro Kropotkin (1921) no ha aparecido en el horizonte ningún pensador de envergadura que haya aportado un nuevo caudal filosófico al anarquismo. A la mente del lector vendrán muchos nombres. Por ejemplo, Ricardo Mella. Aunque calificando a Mella del pensador más original que ha tenido el movimiento libertario de lengua española, no olvidemos que sus ideas son una síntesis de las de Proudhon, Pi y Margall y Spencer. Por ejemplo, Max Nettlau. Tengamos en cuenta que este «Herodoto de la Anarquía» (como en su tiempo lo calificó Valeriano Orobón Fernández), edificó con paciencia y constancia de hormiga, la Historia del anarquismo y no la Filosofía del mismo. El mismo Rudolf Rocker fue más bien un gran divulgador del anarquismo y no un filósofo del mismo. Recientemente falleció Herbert Read en Inglaterra. Pero este eminente crítico de arte honró más bien los conceptos kropotkinianos del anarquismo.

Indudablemente, que a medida que transcurre el tiempo, nos acercamos más al día que surja en la Humanidad el hombre o grupos de hombres que emprendan la magna tarea de la Filosofía del anarquismo que reclama Enrique Nido.

Si bien en éste mi párrafo precedente se asiste a la nota optimista, ya en su tiempo el autor era más que dubitativo. Y es así como el lector interesado en cuanto vamos exponiendo, deberá acudir al hermoso artículo de Enrique Nido titulado El problema del Hombre cumbre (La Revista Blanca, n.º 39. Barcelona: 1.º de enero de 1925).

Ratificando lo anteriormente expuesto en el libro que reseñamos, expresa: «Una necesidad que generalmente se hace sentir es la falta del gran hombre, del titán de la acción o del pensamiento que anime, por las vías de la



# De mis peregrinaciones europeas

Por el Danubio aguas arriba - Las Puertas de Hierro

por EUGEN RELGIS

**S**ON las seis de la mañana. Cuando subo a la cubierta, el viento me envuelve en sus espirales frescas y me quita el cansancio de breve sueño, duro como la litera del camarote. Turnu-Severin ya queda atrás: se divisan todavía algunos campanarios, algunas chimeneas. Quizás la silueta baja, descolorida, tronchada, en la orilla del río, es el vestigio del puente que el emperador Trajano tendió sobre el antiguo Danubio para las legiones que colonizaron Dacia. El pasado histórico nos solicita con sus signos persistentes, pero el presente se despliega en el horizonte con su vida huidiza y, sin embargo, permanente.

¡Ya están ahí las Puertas de Hierro! Un dique de negros bloques de piedra colocadas como un segmento de cerco de algunos kilómetros de largo, en medio del río cuyo lecho muestra a veces su fondo rocoso. La corriente se deshace en ordas pequeñas y rápidas. El barco se desliza por la izquierda, en el único canal navegable. Las Puertas de Hierro, a pesar de su nombre, construidas con piedras talladas, ajustadas meticulosamente, se presentan co-

mo un parapeto, cuya cresta ancha está adornada de hierbas y arbustos enanos. Del otro lado de esta muralla yace el esqueleto herrumbroso de una barcaza, medio sumergida; probablemente por haberse desprendido del remolcador y haber sido arrastrada por la corriente del otro lado de las Puertas. Hace años que está allí, abandonada como una advertencia para los pilotos negligentes. O tal vez como una señal poco pintoresca, a fin de dar a los viajeros un leve escalofrío de zozobra. También aquel pastorcito con sus escasas ovejas que pacen en esta isla artificial, parece hallarse allí como un elemento decorativo, aislado por una semana. Una lancha llevará luego su rebaño hasta las faldas del bosque espeso que, en ambas orillas, se alza macizo, ilimitado...

Más adelante, en medio del río, surge un grupo de árboles; de entre ellos sobresalen algunos cipreses airosos, flexibles, y un minarete agudo como una lanza. Ada-Kaleh es una isla verdadera, cómodamente bañada por el caudaloso Danubio. Sus fortificaciones, que datan de los tiempos de los Turcos, bajar hasta las olas verdosas y conservan todavía las almenas detrás de las cuales acechaban los arqueros de antaño. Se pueden ver también las casitas, en sus huertas que ocultan pequeñas plantaciones exóticas. Algunos centenares de musulmanes constituían en esta isla una pacífica república autónoma, que ignoraba el Estado con sus recaudadores y reclutadores. Hablábase a menudo de este refugio como de un paraíso en miniatura, en el cual no habían penetrado todavía los pioneros y los refractarios quienes huyendo de las enfermedades y los vicios de la civilización europea, fundaron colonias más o menos efímeras en las lejanas Antillas, en Taití, en rincones africanos o sudamericanos.

Ada-Kaleh se alejó lentamente, achicándose, hundiéndose entre los macizos cubiertos de bosques espesos. Y, dejando atrás la pequeña ciudad de Orsova, he recuperado esa mirada mía, de cazador de imágenes, y el pensamiento alerta, listo para asir, escudriñar y sisecar...

..

Así he visto, hace más de treinta años, a esta isla que queda en mi recuerdo y de algunos más. Ya que hoy, Ada-Kaleh no existe. Ha desaparecido.

## LA VIDA Y LOS LIBROS

*acción o del criterio expuesto, a las falanges coincidentes del movimiento anarquista». Vemos que aquí, reclama también, al gran hombre de acción y, englobando los dos aspectos (pensamiento y acción), asevera: «Es evidente que el anarquismo ha visto cerrarse ya el círculo de sus grandes hombres después de la muerte de Proudhon y Bakunin, Reclus y Kropotkin».*

*Estas aseveraciones fueron mal comprendidas en su tiempo por algunas personas, no al tanto de anteriores textos de Enrique Nido y que ahora, el lector que va leyendo, puede discernir bien, comparándolas con el texto del libro que hemos reseñado. Le será fácil comprender este nuevo pasaje del autor: «El problema del hombre cumbre es de gran trascendencia para nosotros».*

*Indudablemente, no se trata del hombre prócer el que reclama Enrique Nido. Nadie mejor para explicarlo que Manuel González Prada (1848-1918): «La humanidad no quiere pastores o guías, sino faros, antorchas o postes señaladores del camino».*

*Resta decir que este notable libro de Enrique Nido es uno de los que merece reeditarse, pues en la literatura anarquista configura uno de los clásicos del anarquismo.*

No por un terremoto u otra catástrofe natural. Si no por los esfuerzos tenaces de los hombres que hicieron subir las aguas del Danubio, hasta que la isla pintoresca quedó sumergida como una encantada visión de los cuentos orientales.

Desde casi cinco años, gracias a los convenios entre Rumania y Yugoslavia, millares de obreros, técnicos e ingenieros están construyendo en este lugar una de las más gigantescas obras hidroeléctricas que transforma ciertos aspectos imponentes de la naturaleza, como ya ocurrió en el Norte de los Cárpatos, en sus gargantas llamadas Llaves del Bicaz donde funciona una potente hidrocentral, y también al sur de la cordillera donde se ha inaugurado recién la represa del Argesh, un afluente del Danubio.

Según los datos oficiales (v. «Rumania de hoy», mayo 69) se construye por la hidrocentral de las Puertas de Hierro un dique detrás cuyo «nivel de las aguas va a crecer en 35 metros, creándose un lago de acumulación que se extenderá cerca de 150 kms». La presa, de una altura de 60 m. (como la de un edificio de veinte pisos) y una longitud de 441 metros, va uniendo las dos orillas del Danubio. El débito anual de las hidrocentrales será de diez mil millones de Kwh, que se repartirá en partes iguales entre Yugoslavia y Rumania. El nudo hidroeléctrico de las Puertas de Hierro entrará en 1971 en funcionamiento. «Un sistema ingenioso de esclusas facilitará y hará más rápido el paso de los barcos por este punto, hoy difícil.» La parte rumana del río continuará «enriqueciéndose en los años siguientes con nuevas construcciones hidrotécnicas», las más importantes en la zona Islaz-Samovit, en colaboración con Bulgaria, vecina en la otra orilla. La fuerza eléctrica nacida de las olas del Danubio, dará un nuevo impulso a la obra «de industrialización de todo el valle de 1072 kilómetros. Desde ahora ya se pueden ver los frutos de esta obra»...

Ya ha desaparecido bajo las olas del Danubio la pintoresca y romántica isla Ada-Kaleh y están en vía de desaparecer, desde el mes de agosto de este año, debajo los 30 ó 40 metros del nuevo lago que va acumulándose entre las dos riberas, el puerto y aun toda la ciudad de Orsova. Desaparecen para resucitar en las alturas de las cercanas colinas boscosas. Abandonadas sus casas, calle tras calle, sus huertas, sus fábricas, esta ciudad — asentada allí desde la época daco-romana, la antigua Dierna — se la reconstruyen sus propios habitantes y muchos otros más, según los nuevos planes ampliados y cada familia vuelve a instalarse en su departamento o en su casita, y algunas usinas ya empiezan a funcionar en torno a la ciudad, con sus complejos de talleres, empresas textiles y mineras... Pronto, en otro puerto, el Cerno-Orsova, van a atracar los barcos. Y los astilleros, los centros comerciales, las instituciones culturales y técnicas surgirán en pocos años. «Después del 1970 — escribe un corresponsal — la ciudad entrará en un ritmo normal de vida. En el golfo del mar artificial, sobre la ancha carretera protegida por el dique poderoso, correrán los autos de los turistas rumanos y extranjeros de-

seosos de admirar el nuevo paisaje danubiano levantado por la mano del hombre en el cruce de los Cárpatos y los Balcanes».

\*\*

Si, el hombre puede «levantar nuevos paisajes» gracias a su ingenio, a su técnica y perseverancia, bajo los impulsos de la evolución económica, en pos del mejoramiento de su condición social en un mundo trastornado todavía por las guerras y las revoluciones. Una isla desaparece, una ciudad está transplantándose en las alturas de una colina porque se construye una gigantesca obra hidroeléctrica entre las orillas de un río — testimonio de solidaridad, de cooperación pacífica entre dos países vecinos.

Pero, en su conjunto, la naturaleza queda grandiosa, inquebrantable, firme en sus cimientos telúricos. Y evocando mi último viaje por las «gargantas» del Danubio carpertino, veo cómo — dejando atrás a Orsova y las Puertas de Hierro — reaparecen, en mis recuerdos, las así llamadas «Calderas», los prolongados estrechos, hendiduras a través del tronco de la cordillera arqueada y retorcida que avanza desde los macizos de Tatra en Eslovaquia, hasta las montañas balcánicas.

Siglo tras siglo, el Danubio ha corroído profundamente su lecho rocoso, entre las murallas casi verticales que elevan sus cimas hacia el corazón del cielo. Ahora el río corre bravío, crecido, rápido, como en una arteria hinchada del planeta. Su triunfo parece definitivo, pese a que él está más bien preso de las montañas cuyos peñascos se suceden, a la derecha, a la izquierda — majestuoso desfiladero — como fachadas de palacios geológicos clavados en las entrañas de la tierra y en cuyos vértices se desgarran los oriflamos ordeantes de las nubes.

El barco se arrastra en las Calderas, prudente y a la vez atrevido, larva blanca entre gigantes que se acercan, de un lado y del otro, casi tocándose las frentes, para mirar en el abismo que, por los reflejos de las ondas, parece sin fondo. Otras veces, erguidos, hinchando el pecho, echan hacia atrás la cabeza y sueltan carcajadas; o se acuestan en su sueño de dioses, vecinos de los astros, pero con las piernas acariciadas por las prolongadas olas de la voluptuosidad. Desnudos o vestidos de pieles vegetales, aparecen los unos detrás de los otros. Y a menudo parece que el barco está parado y que ellos los gigantes, oscilan, elásticos, diestros, en un fantasmagórico equilibrio. La pesadez aplastante está anulada por los espejismos del río que toma los colores de las montañas, y por el cielo que en algunos momentos ya no tiene la fascinación del infinito, mostrándose apenas como otro río, corriendo allá arriba, por encima del Danubio, con las olas diáfanas de sus nubes.

Sorprendo las figuras de las montañas. Por inevitable antropomorfismo, ellas tienen expresiones humanas o mitológicas; máscaras apocalípticas, gestos de demiurgos. No presentan esa perspectiva sucesiva, encadenada, en cierto modo cómoda, de las montañas vistas desde una cumbre o desde la

ventanilla del tren, en el fondo de un valle. Contempladas desde la popa, se ocultan, peretrande la una en la otra, como mamparas y los decorados de un escenario; desde la proa, se abren en abanico y avanzan hacia el barco, como inmensos témpanos de hielo flotando en los mares lejanos. Podríamos tocar piedra angulosa o asir algunas hojas de un árbol inclinado sobre las olas. Los estratos muestran sus líneas precisas y, si no fuéramos ignorantes, podríamos leer desde abajo hacia arriba el alfabeto de la creación geológica, desde las erupciones volcánicas hasta los sedimentos marinos, desde los minerales templados en brasa hasta el polvo de la tierra acumulado entre los pliegos de las rocas, donde pueden arraigar los abetos y los enebros. Me parece ver las huellas enormes de las pisadas de dinosaurios y, cuando diviso el vuelo de un águila, me imagino los primitivos pájaros-reptiles saltando de una cumbre a otra por encima del Danubio...

En un recodo, este paisaje — a la vez elemental, terrorífico y encantador — se vuelve más ancho.

La última montaña, a la derecha, se dejó taladrar y tallar por los pigmeos humanos. Un trazado horizontal, algunos metros sobre el nivel del río, señala la carretera con su baranda de piedra, con los vestigios de su tenaz arrastre. En la roca, una lápida con inscripciones en latín y húngaro (ilegibles sin binóculo) glorifica, por supuesto, al Gran Señor que — con las manos de centenares de héroes anónimos — puso la dinamita en el costado de esta montaña. Una torre arruinada, clavada en otra torre natural, y de repente el Danubio se ensancha en otro recodo, centelleante bajo el sol otoñal ya en lo alto del cielo. La brisa suave nos envuelve, vivificante. Los motores, que pocos minutos antes jadeaban en el desfiladero, con sus ecos multiplicados como en un largo y profundo antro sin techo, recobran su canción grave, monótona, de galeotes impersonales. Los viajeros, librados de la opresión de las magníficas montañas con sus bosques seculares y sus peñascos fulminados, se apresuran a bajar al comedor: lo sublime es más soportable con la barriga repleta...

**El conformismo de los pueblos pasablemente alimentados y sujetados a las leyes de «protección», hay que descansarlo sobre el trato de esclavitud que reciben los pueblos colonizados. El drama de los países sometidos permite al Estado y a los capitalistas la cosecha de copiosas fortunas, el mantenimiento de nutridas y adictas burocracias, y la concesión de una tartina diaria a los obreros metropolitanos que — ¡ay! — consiguen comer con tranquilidad de conciencia porque la conciencia escasea, porque la regla amoral ha impermeabilizado los sentimientos de los trabajadores degustadores de tartinas.**

**Vengan esas leyes sociales, esa facundia administrativa a instalarse en la estepa manchega, sin más elemento que el que proporcionan la tierra y el ingenio, sin riquezas extrañas ni indígenas a explotar, y ahí se verá como un momento de sabiduría legislativa se viene al suelo.**

**En los países tales no se es revolucionario por defecto de educación y en las tierras cuales por ausencia de la misma. El español tipo cañero ha resultado tan negativo como el alemán rollizo, con derecho a disponer de cinco quilos de salchichón por semana. El uno ha sido franquista y el otro hitleriano.**

**Solo el español que sabe leer el «Don Quijote»... y comprarlo aun a trueque de quedarse a medio comer, ha sabido llegar a Hombre por vía de la Revolución.**

**J. FERRER**



# EL TIEMPO EN FICHAS

Calendario y comentarios a cargo de MIGUEL TOLOCHA <sup>(1)</sup>

(Continuación)

ANO 205

*Está en pleno apogeo la guerra sor-da entre el monoteísmo y el paganis-mo; éste se marca un tanto al con-seguir que se introduzca en Roma el culto a Cibeles. Culto que por extra-vagante ya favoreció la expansión del cristianismo.*

*Bien calculado lo tuvieron los obis-pos.*

ANO 235

*Termina el periodo de tiranía atroz cuyo tirano se llamaba Alejandro Se-vero.*

SIGLO IV

◆ *Parece ser que este año termi-nóse de hacer una especie de código civil, que vino a hacer montón con otros iguales apodados códigos fero-ces.*

*Lo curioso del caso es que a los re-dactores se les llamaba sabios.*

*De este género de sabiduría aun queda algo, no todo se ha perdido; de aquella clase de ferocidad aun no nos hemos librado totalmente*

*Mas, ¡albricias! pues los pueblos de todas las latitudes se van cansan-do de la justicia de semejantes có-digos.*

◆ *También en el curso de este siglo aparece la utopía de Platón, producto fantástico y ficticio en don-de ya sienta sus reales la autoridad y las jerarquías bajo el nombre de Comunismo.*

*Un comunismo que dividía a los ciudadanos en 4 clases. Una de ellas la de los esclavos.*

*Bienes y mujeres son comunes. Los hijos son atendidos en común, etc. Como aquella idea comunista ha ido progresando, de aquellas 4 clases han hecho una docena. La más enco-petada se compone de camaradas di-rigentes y de camaradas mariscales; la más pobre de camaradas a secas. Pero, todos son comunistas.*

◆ *Otros comunistas.*

*Comunistas fueron, o por comunis-tas pasan de un tiempo a esta parte, hombres del IV Siglo como San Jeró-nimo, San Basilio, San Crisostomo, San Gregorio de Niza, San Ambrosio, etc.*

ANO 374

*Otro individuo sobresaliente lo fue Manés, presunto maestro espiritual de los vaudos, descendientes de los cuales se dice que son los cataros.*

*Manés fue desollado vivo por orden del papa.*

*¡Qué suerte ha tenido el abad de Montserrat llamado Escarré! Claro, en el siglo XX hubiese sido mal visto que el papa ordenara desollar vivo a un protestatario salido de su redil, por eso Escarré ha sido desterrado y no degollado; en ambos casos obe-deciendo a la Biblia.*

ANO 470

*Otro predicador de comunismos tu-vimos con Mazdak.*

*Como los poderosos no admitieron ser desconsiderados, provocaron dis-turbios grandes tras los cuales ma-taron a Mazdak y a miles de sus par-tidarios. Otros disturbios conocemos que han sido utilizados para el mis-mo enemigo para eliminar hombres:*

*Después de los disturbios de Bar-celona en 1909 la reacción, la misma que mató a Mazdak, mató a Ferrer Guardia. Después de los disturbios de Barcelona el mismo enemigo, el mis-mo instinto bestial que ya mató a Mazdak y a Ferrer, mató a Berneri, a Barbieri, a Martínez, etc., etc.*

ANO 542

*Se declara la peste en Constanti-nopla.*

*Por ley de causa y efecto la peste física es fruto de la guerra y a su vez es consecuencia de la peste mo-ral dominante.*

SIGLO VI

*En auge el neoplatonismo hasta este Siglo VI, en esta fecha marca un declive.*

*El neoplatonismo supuso una espe-ranza equivalente a la despertada el año 1917 por el soviétismo ruso.*

*Una y otra esperanzas han muer-to ya desesperadamente.*

*Este Siglo VI fue un tiempo de gran silencio.*

*Ni fue el primero ni sería el últi-mo.*

*Aun ahora para muchos esa es la ley hecha sistema.*

*Cuando del que manda surge un ja callar se ha dicho!, o se calla o armamos un fregao que solo los hom-bres del 1936 saben lo caro que cues-ta.*

SIGLO VII

*Se dice que es el Siglo en donde ya se pone en práctica la teoría de «la toma del montón».*

*Parece que el inspirador mayor fue San Gregorio, quien decía: la tierra es cosa común a todos los hombres.*

*Un cronista de la época relata: pa-ra vivir mejor consumen y producen en común. Cada uno toma según sus necesidades y produce según sus me-dios.*

*Desde luego, cosa paprecida encon-tramos en Hechos de los Apóstoles de la Biblia.*

*Durante este siglo séptimo hubo también tanteos parciales para esta-blicer un reglamento de trabajo ba-sado en las 8 horas por día.*

(Continuará.)

(1) Agradeceríamos que el lector contribuyera ampliando y multipli-cando datos y fichas. — LA REDAC-CION.

# Detractores del anarquismo de ayer y de hoy

por F. Alvarez Ferreras

(Continuación)

LOS trabajadores han quebrantado los obstáculos que los Códigos burgueses de Napoleón le habían aportado al derecho de coalición. Los sindicatos toman poco a poco el camino de las antiguas corporaciones. Las sociedades de socorros mútuos se han multiplicado. En todas esas uniones libres, se obedece a un espíritu verdaderamente comunista y se esfuerza por escapar a la autoridad central. Las diferencias son apaciguadas al margen de la acción de la magistratura; una cantidad de contratos se forman y se ejecutan sin que las sanciones sean necesarias. En todas las clases de la sociedad, el movimiento se prosigue. A todos el fardo de la autoridad centralizada se les hace de más en más pesado. Hay igualmente servicios públicos que los individuos se acaparan: «La Cruz Roja», la Asociación inglesa de artillería, la Liga Marítima alemana, etc...

La sociedad futura anarquista se caracteriza por el nacimiento y el desarrollo de una multitud de asociaciones en las que los individuos se unirán según sus aptitudes, sus afinidades, sus necesidades. Los gobiernos y las leyes son inútiles; basta con dejar a los individuos abandonarse a sus instintos de sociabilidad.

Si el instinto de sociabilidad no existiera ya al mayor grado, todas las fuerzas de policía serían impotentes para reprimir los crímenes. La afección es la regla de la naturaleza humana, es el derecho común de la humanidad. La verdadera fuerza social no está en la autoridad, reside esencialmente en dos costumbres inherentes a la constitución psicológica de nuestros semejantes: la restricción voluntaria y el apoyo mutuo. (1).

Es relativamente fácil el desembarazar del farrago de publicaciones anarquistas las ideas madres del sistema. Es la creencia en la bondad natural del hombre, es la convicción que la sociedad actual está organizada artificialmente.

En lo que concierne al capital, los anarquistas han adoptado simplemente la teoría general que se enseña en las escuelas socialistas: toda acumulación de capitales entre las manos de un particular es el producto de un robo.

Es notable que Kropotkin, para explicar el ori-

gen social de la riqueza, se haya dedicado a transponer páginas admirables de Augusto Comte que no nombraba jamás y cuya influencia le penetra sin embargo de una manera incontestable. El escritor anarquista ha puesto muy bien al día la parte enorme de los antepasados en la fortuna de la sociedad presente.

«A su nacimiento, el niño del hombre civilizado halla hoy a su servicio todo un capital inmenso, acumulado por los que le han precedido... La pretensión de dar un origen individualista a los productos es absolutamente imposible.»

Pero el anarquismo no concibe la solución del problema social fuera de una repartición igualitaria de la riqueza. La averiguación de la igualdad absoluta le parece ser la tendencia predominante de la sociedad moderna. Y va mucho más lejos que el colectivismo y los otros sistemas socialistas, ese ideal de la satisfacción completa de la necesidad del individuo. Del axioma fourierista: «A cada uno según sus necesidades, a cada capacidad según sus obras», no retiene más que la primera parte.

En todos sus estudios, los libertarios se dedican a una crítica acerada de lo que llaman salariado colectivista. Les parece absurdo calcular la hora de trabajo y rechazan enérgicamente la teoría del valor propuesta por Carlos Marx.

«No podemos, dice Kropotkin, pesar la fuerza muscular y la energía cerebral. ¿Por qué el estudiante que pasó felizmente su juventud en la Universidad sería mejor pagado que el minero cuya juventud se ha marchitado en la mina? El médico que se hace pagar mil francos una operación roba al artesano que está pagado diez francos por día y éste último roba a la jornalera cuyo trabajo es pagado diez céntimos.»

El anarquismo llega aún a esta conclusión: «positivista» que el trabajo debe ser, en principio, considerado como gratuito, cada miembro de la sociedad cumpliéndolo trabajando como deber social.

Pero la filosofía libertaria se aleja singularmente de la filosofía positivista en el sentido de que la palabra «deber» es para ella sin ninguna significación.

El anarquismo es un sistema profundamente metafísico porque no examina más que los derechos del individuo. Mira en principio hacia el derecho

a la felicidad. «Hay que poder, dice Eliseo Reclus, asegurar a todos la plena satisfacción de las necesidades y de los goces.» La sociedad está hecha para el individuo. Afirmación que desgraciadamente, no se halla siempre de acuerdo con los hechos.

Las teorías anarquistas serían para el público objeto de curiosidad simpática si la «propaganda por el hecho» no le hubiera inspirado un terror misterioso.

Declarémoslo francamente: es casi imposible hallar en las publicaciones anarquistas una página donde el empleo de la dinamita sea aconsejado como medio de acción.

Los anarquistas conscientes no ven más propaganda racional que la educación de la masa. Comprenden admirablemente que las violencias tienen por efecto hacer retroceder a sus ideas. Están convencidos de esta verdad histórica, que «el desarrollo de una secta se halla en razón directa con las persecuciones de que ella es objeto.»

La filosofía anarquista excusa a la dinamita, la justifica, pero no la aconseja.

Sin duda, la escuela americana de John Most ha preconizado la dinamita como un medio para terminar con las iniquidades sociales. Pero esta doctrina es repudiada por la casi totalidad del partido anarquista y posee muy pocos adherentes.

Kropotkin ha hecho remarcar, no sin razón, que los regicidas no eran siempre anarquistas y que había habido regicidios antes de la difusión de los sistemas libertarios.

Los nihilistas rusos son simples demócratas; Hódél y Nobiling eran republicanos; Passanante, el asesino del rey de Italia, era un mazziniano religioso. Los nacionalistas irlandeses que han cometido atentados atroces veían al socialismo como un horror.

Es indispensable, por otro lado, notar que aparte de muy raras excepciones, los anarquistas que han hecho recurso a la violencia no eran violentos. La prensa americana fue unánime para rendir homenaje al carácter del famoso anarquista Pearsons, que fue colgado en Chicago. Pearsons fue a entregarse él mismo a la policía para sufrir la misma suerte que sus camaradas. Proclamó en su defensa que «la dinamita era la pacificadora, la mejor y la suprema amiga del hombre.» (1)

Conviene colocar al anarquista dinamitero en la categoría de esos semi-locos que Maudley y Lombroso han denominado «la zona medianera».

Antaño, Torquemada, cuando enviaba un hereje a la hoguera, no podía impedir verter sus lágrimas. Se hallaba en realidad, en completa dulzura y ternura. Lo hacía por el bien del individuo y por el de la humanidad. Siempre se encontrarán entre los hombres meros cirujanos sociales que querrán redimir a la humanidad con cortes de bisturí.

Se han hallado anarquistas que han intentado popularizar sus doctrinas por medios brutales. Han fundado colonias comunistas. ¡Ay!, de todos los ensayos intentados en América y en Europa, desde

hace cincuenta años, no ha habido uno solo del cual podamos decir que ha dado resultados satisfactorios (2). Francamente, para emplear la expresión del anarquista cristiano Georges Herron, la Tierra no está aún dispuesta para «subir al Cielo por las puertas flamantes de la Igualdad.»

Mi intención en este estudio ha sido el exponer, no el criticar.

Mi mentalidad no me permite adoptar, sino concebir los sistemas colectivistas que comprimen a los hombres en lazo de acero... El cuartel del señor Julio Guesde me horroriza, pero se me asemeja desgraciadamente en las posibilidades del porvenir. Es una experiencia que podrá intentar la humanidad y temo que ella no se prime (1).

No deja de ser cierto sin embargo que el conjunto de la filosofía libertaria debe ser examinado por nosotros como una manifestación notable del espíritu humano. Nada debe de escapar al sociólogo y el «político» no debe perder de vista ese hecho que casi todos los sindicatos obreros están en la hora actual conducidos mucho más por el ideal anarquista que por el ideal colectivista.

La observación más práctica que surge de los trabajos de la Escuela de Kropotkin es que la sociedad presente tiene tendencia hacia un régimen de asociaciones libres. Bajo este aspecto, las ideas de Kropotkin no están muy lejos de las del señor Deschanel.

Sé que es muy difícil examinar las «tendencias» de una época. No somos hoy más fuertes en sociología que en meteorología y no hemos sobrepasado la era de las soluciones empíricas.

En una serie de hechos donde el Sr. Jaurès ve una evolución hacia la propiedad colectiva, divisamos, bajo el efecto del Código civil, una división de la propiedad individual.

Carlos Marx concluye que el progreso está en el camino del colectivismo; Laveleye establece que el colectivismo está en la barbarie primitiva y que el progreso consiste en desembarazarse.

Sin embargo, nuestro escepticismo no puede ir hasta negar la multiplicación extraordinaria de las agrupaciones mutualistas en este principio de siglo. Nos hallamos un tanto asustados del duro impuesto que nosotros, burgueses, estamos pagando despiadadamente en calidad de «miembros honorarios».

Se ve por otra parte, que vamos hacia un renacimiento de las corporaciones de oficios. La mayor parte de los síntomas anotados por Kropotkin son exactos.

¿Todas esas uniones están dirigidas, todas ellas, en efecto, por los individuos contra el Estado? Es como para creerlo porque la mayor parte considera al Estado como una vaca de leche.

Puede uno creer que esas asociaciones realizarán «la mayor libertad del individuo?» ¡Ay!, temo que no. No habiendo tenido, como Cagliostro, la suerte de haber vivido en el siglo XVII, no sé cómo se pasaban las cosas en las Guildas. Pero es seguro



que la libertad del individuo se hallaba singularmente limitada por una cantidad de reglamentos draconianos. Cuando pienso que en régimen corporativo, un desgraciado zapatero no podía reparar más de dos quintas partes de un zapato sin arriesgar un proceso del jefe de la corporación de zapateros, el paraíso terrestre de la Guilda me parece estar cerca del purgatorio.

Hecha esta reserva, me gusta ver a un gran espíritu tal que Kropotnin esforzarse por rehabilitar la Edad Media. Ha proyectado en esas tinieblas una vida luminosa, hay que agradecerle sin olvidar lo que debemos en parte a Augusto Comte.

El positivismo está verdaderamente de moda. Es una mina inagotable en la que todas las doctrinas hallan materiales. Unicamente que si él ha abastecido a los teóricos de la anarquía ciertas opiniones de las que han sacado su provecho, conviene reconocer que tranca la ruta a todo lo que existe como conjetural y metafísica en las utopías sociales.

Juan Grave ha escrito en alguna parte: «Nosotros, anarquistas, sabemos la frase del enigma.» Esta palabra es la condenación del sistema. ¡Ay!, no, Juan Grave, nadie conoce la frase del enigma, lo mismo el católico que el libre pensador, lo mismo el monista que el positivista, lo mismo el materialista que el espiritualista. Caminamos a ciegas hacia alguna cosa mejor. Pero somos igualmente más fuertes contra nuestro miserable medio cuanto mejor conocemos nuestra debilidad.

Luego toda doctrina que se apoya en la perfección humana está condenada por adelantado. Desanima a sus adeptos a las primeras dificultades, y todas las tentativas de puesta en práctica no pueden llegar más que a reacciones dolorosas.

No se puede creer en una regeneración rápida y absoluta del primado superior: está atado a una cadena sólida y no puede moverse más que en la longitud de la ligadura.

No puede progresar más que en el límite de su naturaleza. Y no podría terminar mejor que por una citación del excelente entomólogo Fabre, que asestó rudos golpes al transformismo:

«Hombres e insectos somos todos la efigie de un prototipo inmutable; las condiciones cambiantes de la vida nos modifican un poco en superficie, en la armadura, jamás. El cardenillo de los siglos altera las medallas cubriéndolas con una pátina, pero la efigie, a la leyenda primera, ella no puede substituir a otra.» — M. A.

La exposición del diputado Mauricio Ajam ha sido un poco extensa pero interesante en sí por ser vieja de 63 años y porque a pesar de todo se manifiesta con cierta sinceridad que escasea en muchos intelectuales y escritores de la hora actual, época del átomo y de descubrimientos espaciales fantásticos.

Es verdad que desde 1906, muchos acontecimientos se han sucedido entre los que se destacan principalmente la Guerra del 14-18, la Revolución rusa,

la Revolución española de 1936-1939 y la dominación nazi de 1939-1945. Los anarquistas han tenido razón, lo que ellos predijeron ha sucedido exactamente. El dolor universal no ha cesado de dominar en la sociedad de hoy como igualmente dominó en la sociedad de ayer. Guerras de exterminio al Este y al Oeste, al Norte y al Sur; hambre en la India, América Latina, China, Vietnam, Biafra, etc. Por doquier la desolación física y moral abunda. ¿Dónde existen los días de sol de que nos habla Mauricio Ajam para los explotados y para los humanos? ¿Días de sol para los proletarios esclavizados por las innumerables horas de labor diarias que los extenua y salarios míseros que apenas les permite abastecer al organismo un número de calorías que muy escasamente sobrepasan las 2.500? Si el hombre fuera malo hace años que hubiera terminado con su triste suerte suicidándose o pegando fuego al sistema de explotación que nos rige. Desearíamos nosotros los anarquistas que los hombres no fueran malos, pero mucho más rebeldes, para terminar rápidamente con todas las instituciones capitalistas y gubernamentales que administran nuestra sociedad en la que los unos todo lo poseen y disfrutan sin aportar ningún esfuerzo a la colectividad humana mientras que los otros todo lo aportan sin disfrute ni posesión ninguna, y es más, sufren privaciones de toda índole.

En cuanto al halcón que desaparece cerca de los pantanos en donde el pato prospera, igualmente deberían desaparecer los parásitos que viven del sudor ajeno y muy especialmente del sudor del productor manual e intelectual. Pediría igualmente de los obreros que se unieran como la banda de pájaros que desafían al gavilán para que igualmente ellos pudieran desafiar sin temor a sus explotadores, obligándolos a trabajar como todo el mundo para ganar su sustento. Y si el león existe en estado único de recuerdo en las mesetas donde abundan las hormigas, hacemos votos para que a todos los dictadores asesinos de pueblos nobles y honrados les ocurra como al león de Mauricio Ajam, pues es seguro que los mártires y sacrificados gozarían de otras alternativas mucho más pacíficas y amorosas.

¿Que las ocho horas de trabajo diarias ya se realizaban en las minas imperiales de Alemania y hechas obligatorias por una ordenanza de Fernando 1º? Muy posible. Pero ellas fueron implantadas universalmente por el sacrificio de los anarquistas mártires colgados en Chicago en 1887, y otros después...

Mauricio Ajam no podía esperarse el ver implantadas en el mundo esas utopías de que nos habla y entre las cuales el anarquismo para él era una de las difíciles en soñar. Sin embargo, las utopías de ayer van siendo realidades hoy en casi todos los campos y muy especialmente en sociología y ciencia espacial. Las mayores de este siglo no cabe ninguna duda de que han sido en el campo social la Revolución rusa, traicionada posteriormente por el partido bolchevique por medio de la «dictadura del proletariado», tan soñada y deseada por el autoritario filósofo Carlos Marx y acentuada más tarde por el hombre llamado de «acero», Stalin. La Revo-

lución española, la más firme demostración de la capacidad de los pueblos a regirse por ellos mismos, sin necesidad ninguna del Estado y de sus instituciones y las colectividades aragonesas desarrolladas en momentos muy pésimos y anormales para ellas son el ejemplo más patente y la demostración más viva de la vitalidad del anarquismo. Esas utopías sociales y otras de más o menos alcance en la historia de la humanidad, son más que suficientes para deshacer todos los puntos de vista de nuestros detractores, y si nos basamos en la ciencia, tan perseguida por todas las religiones que a tantos sabios asesinó vilmente, entre los que se destacan Giordano Bruno, Galileo Galilei, Miguel Servet y Francisco Ferrer Guardia, la Luna, la circulación de la sangre y la enseñanza fuera de toda dominación eclesiástica es hoy ya un hecho muy palpable. Kropotkin es el sabio de la historia, es el anarquista que mejor comprendió la situación desoladora y triste de nuestra sociedad egoísta regida por ávidas uridades humanas. Pedro Kropotkin va teniendo razón y es a quien la historia humana de los pueblos deberá rendirle tributo, como sabio y como hombre. El anarquismo que predicó va dando sus frutos y ellos han de suministrar a los hombres de hoy y de mañana la esperanza de una vida mejor y más humana, libre y armónica.

La sociedad moribunda va cediendo paso a la anarquía y Juan Grave supo escribir muy bien ese gran pensamiento que tanto le dignificó. Sobre su obra «La sociedad moribunda y la anarquía», Paul Adam dijo: «que hubiera sido muy feliz de haber escrito ese libro», y Georges Clemenceau dijo igualmente: «Este libro acabo de leerlo y mi juicio sobre el escritor no difiere sensiblemente del de Mirbeau. La lengua es sencilla, clara y fuerte a la vez. La potencia de crítica es francamente terrible. Que todos los que viven de ideas recientemente hechas, recibidas de la multitud, que se priven de abrir un tal libro. No puede chocarles violentamente sin hacer surgir en ellos la mínima claridad, por falta de elementos apropiados. Al contrario, para éstos que piensan por ellos mismos, que tienen ideas propias — sean cuales fueren — que no temen someter a la más despiadada crítica, a la revisión más radical, sus principios — todos los principios — sus doctrinas — todas las doctrinas —; este libre es bueno, porque hace pensar.»

En efecto, dijo Juan Grave: «¿qué es el sufragio universal sino el derecho, para los gobernados, de escoger a sus amos; el derecho de escoger las vergas que deberán azotarlos? El elector es soberano... para escoger a su amo, pero no tiene el derecho de no quererle, pues el que los vecinos hayan escogido será el suyo. Desde el momento que ha depositado su papeleta de voto en la urna, ha firmado su abdicación, no le queda más que el inclinarse a los caprichos de los amos que ha escogido; ellos harán las leyes, se las aplicarán y lo enviarán a la cárcel si las viola.»

El anarquismo es la fuente más pura de todo socialismo; el autoritario, ya nos lo dijo Max Nettlau, «no puede madurar y quédase condenado a gastarse al fin de las guerras en condiciones poco

eugénicas, como la Comuna de 1871, la Revolución rusa de 1917, las acciones socialistas muertas al nacer en Alemania, Hungría, Finlandia, el Cáucaso, etc., de 1918-1919.» (1).

El gran escritor galo, Sebastián Faure, nos muestra por su obra humana «El dolor universal», que todos los hombres sufren, cualquiera que sea su condición social, mucho más que lo que sería natural sufrir porque la sociedad está acaparada por hombres ávidos de poder y de dominio sobre los demás. Los anarquistas queremos, sí, transformar la sociedad actual por una sociedad equitativa donde de todos los seres humanos sean iguales, en donde no haya ricos ni pobres, vagos y trabajadores, pero donde todo el mundo dé, cada cuál según sus fuerzas y reciba cada uno según sus necesidades», y para ello proclamamos la revolución social; esa revolución que tanto miedo produce y que sin embargo no se ha aprendido en la historia que todo progreso humano está trazado por un surco sangriento, y que tanto en el campo político como en el científico fueron siempre minorías rebeldes las que alzaron la bandera de la verdad y en torno de la cual cayeron combatiendo o triunfaron, arrastrando tras ellas las mayorías inconscientes (2). Los anarquistas aspiramos «a la libertad económica con todos sus derivados políticos, morales y sociales, para todos los hombres del mundo que quieran habitar en el suelo del universo de paz, de felicidad, de amor y de historia» (3). «Cuando cada persona viva de lo suyo, en el trabajo y en la riqueza, se suprimirán las denominaciones de castas y privilegios, de ricos y pobres; de tiranos y esclavos...» la desigualdad, en una palabra.» (4)

Si Mauricio Ajam hubiera tenido la suerte de haber leído a Kropotkin en su genial obra «Ética», que fue su canto del cisne, no se hubiera atrevido a decir que este sabio no honora a Augusto Comte por su «Positivismo» y otros pensamientos. En su obra monumental, ya citada más arriba, página 271, dice este escritor anarquista:

«Junto con el desarrollo de la nueva ciencia nació en Francia, alrededor de 1830, la nueva filosofía conocida con el nombre de «Positivismo». El fundador de ella fue Augusto Comte.

»Augusto Comte comprendió la necesidad de reunir todas las adquisiciones y las conquistas del pensamiento científico. Se propuso sistematizar todas las ciencias en un conjunto armónico y mostrar la dependencia mutua y estrecha de todos los fenómenos de la naturaleza, su base común y las leyes generales de su desarrollo. Al mismo tiempo, Comte sentó las bases de nuevas ciencias como la Biología, la Antropología y la Sociología. Sometiendo la vida de todos los seres vivos a las mismas leyes, Comte señaló que para comprender la vida de las comunidades humanas primitivas es necesario comenzar investigando las sociedades animales. Al tratar de los conceptos morales del hombre, Comte señaló además la importancia de los instintos sociales.»

Y continúa Kropotkin: «La esencia del positivismo está en el saber real que consiste, según Comte,

en la previsión. «Savoir, c'est prévoir» y la previsión es necesaria para aumentar el poder del hombre sobre la naturaleza, para acrecentar el bienestar de la humanidad. Del mundo de los sueños y de las concepciones fantásticas, Comte invitó a los sabios a bajar a la tierra, a ir hasta los hombres que sufren y aspiran a una vida mejor, que quieren conocer la naturaleza y utilizar sus fuerzas, que desean emancipar al hombre y hacer su trabajo más productivo. Al mismo tiempo aspiró a emancipar al hombre de las cadenas del temor religioso ante la naturaleza y sus fuerzas y quiso encontrar las bases de la vida de la personalidad libre dentro de la sociedad basada en un contrato libremente aceptado.»

¿Se podrá decir después de haber leído este capítulo, después de tomar nota de lo enunciado anteriormente que Kropotkin no supo o no quiso poner en el lugar que le correspondía, como filósofo y como pensador, a Augusto Comte?

Somos antiautoritarios porque todo autoritario es en sí un tirano, un verdugo de su pueblo. «¡Pobres y miserables pueblos insensatos, naciones obstinadas en vuestro mal y ciegas para vuestro bien, que os dejáis quitar de delante lo más bello y limpio de vuestra renta y que dejáis saquear vuestros campos, robar vuestras casas y despojarlas de los muebles antiguos, de vuestros padres! Vivís de tal modo que no os podéis jactar de que nada sea vuestro y parecería que fuera gran suerte para vosotros el compartir por mitades vuestros bienes, vuestras familias y vuestras vidas. Y todo este estrago, esta desdicha, esta ruina os vienen, no de vuestros enemigos, pero sí, ciertamente, del enemigo, de aquél a quien vosotros hacéis tan grande como es, por quien marcháis tan valientemente a la guerra, por cuya grandeza no rehusáis exponer vuestras personas a la muerte. El que tanto os domina no tiene más que dos ojos, no tiene más que dos manos, no tiene más que un cuerpo, y no tiene nada más que no tenga el hombre más humilde de entre el grande e infinito número de los que habitan nuestras ciudades, a no ser la ventaja que vosotros le concedéis para que os destruya. ¿De dónde ha sacado tantos ojos con que os espía, si vosotros no se los distéis? ¿Cómo tiene tantas manos para golpearos, si no las toma de vosotros? Los pies con que pisotea vuestras ciudades ¿de dónde los saca, si no de los vuestros? ¿Cómo se atrevería a convocaros a la guerra si no estuviera de acuerdo con vosotros? ¿Qué os podría hacer, si no fueráis encubridores del ladrón que os saquea, cómplices del asesino que os mata y traidores a vosotros mismos? Sembráis vuestros frutos para que él los consuma; amuebláis y llenáis vuestras casas para dar materia a sus pillajes; criáis a vuestras hijas para que él pueda satisfacer su lujuria; criáis a vuestros hijos para que en el mejor de los casos, los lleve a sus guerras, los conduzca a la carnicería, los haga ministros de su codicia y ejecutores de sus venganzas; quebráis vuestras personas en el trabajo para que él pueda complacerse en sus delicias y revolcarse en sucios y bajos placeres; os debilitáis para hacerlo más fuerte, más duro en

teneros corta la rienda; y de tantas indignidades que las mismas bestias no podrían sentir o no aguantarían, podéis libraros si tratáis no ya de libraros sino solamente de querer hacerlo. Resolvéos a no servir más y he ahí que ya sois libres. No quiero que lo empujéis o lo tiréis por tierra, sino sólo que no lo sostengáis, y lo veréis, como a un gran coloso a quién se le ha sustraído la base, caer por su propio peso y romperse» (1).

El anarquismo fue quien inspiró a las masas a rebelarse contra los poderes. El anarquismo ha sido y es quien sacrificó y sacrifica todo lo que posee por el bienestar común y por la igualdad social y cultural de todos los hombres. Por ser defensores abnegados y sinceros de la libertad absoluta y de la equidad más amplia, se les persigue más que a nadie y se les encarcela más que a ningún otro pensamiento social, con violencia, condenándolos, cuando no se les asesina. La Primera Internacional, obra principalmente de los anarquistas, cumplió con su deber como organización de emancipación proletaria y el capitalismo voraz y feroz no se lo perdonó nunca ni se lo perdona: «Una de las primeras decisiones tomadas por la autoridad militar para reprimir la huelga general, fue la de decretar la detención y el exilio sobre tierras extrañas de 70 obreros (cuyos nombres son ignorados), sin juicio prealable y sin ninguna posibilidad de defensa. Ordenes de arresto fueron lanzadas contra P. Barba y R. Maseras, que eran respectivamente presidente y secretario de la «Junta», en el momento que se desencadenó la huelga. La persecución no se limitó a un ataque contra la integridad física de personas que, en los casos mencionados, tuvieron que refugiarse en Londres y en París, pero consistió todavía en alcanzar a la reputación de esos mismos dirigentes, Pablo Barba fue acusado de haber huido con los fondos de la sociedad obrera a la que pertenecía (tejidos mecánicos). El y Maseras tuvieron que defenderse contra la calumnia de haber hecho el juego de los «carlistas» (5). «La Anarquía», artículo publicado en la Federación el 7 de febrero de 1873: «La Anarquía no excluye de ninguna manera la idea de organización. Lo que excluye, es puramente y simplemente todo poder autoritario». Viñas declara en el Congreso de Ginebra en 1873: «Anarquía quiere decir organización del orden económico y negación de la autoridad política», en el término indicado en los periódicos de esa época donde la fascinación de una organización que fuera el germen de la sociedad del porvenir es la más fuerte: «La Internacional lleva en ella el germen de todas las instituciones del porvenir». La fórmula que mejor haya expresado sus sentimientos ha sido la frase de Eliseo Reclus: «La anarquía es la más alta expresión del orden» (6).

Para terminar diremos que nuestros detractores se asemejan al plato de Esopo, tienen lengua pero el cuerpo carnoso de la misma les impide articular con corrección y quizás sea que de ahí provenga el mal hablar, incorrección y errores notables que cometen al intentar relatar convicciones sociales que han andado ya mucho camino y que por consecuencia su endurecimiento calloso las inmuniza de to-



dos los ataques de enemigos declarados o por declarar.

Julio de 1969.

(1) Una sola escuela anarquista, la del americano Tucker no posee el comunismo por ideal. Tucker parece ser un Proudhoniano puro.

(1) «La Conquista del pan», páginas 2 y 4.

(2) S. Faure. «El Dolor Universal», p. 67.

(3) Juan Grave. «La Sociedad moribunda y la anarquía», p. 17.

(4) «El Dolor Universal», p. 131.

(5) «La Conquista del pan», p. 53.

(6) «El Dolor Universal», p. 184.

(7) «El Dolor Universal», p. 77 y 89.

(1) Ver «La Conquista del pan», p. 122.

(2) «La Sociedad moribunda y la anarquía», p. 3.

(3) Stoen ed., 1906.

(1) Ver Edmundo Perrier. «Las Colonias animales; el prefacio de «La inteligencia de los animales», de Romanes.

(1) «El Apoyo mutuo», p. 98.

(2) En un texto, Kropotkin justifica el salvajismo del canibalismo diciendo que fue durante la época glacial, una necesidad para evitar el escorbuto (página 115). Más tarde, el canibalismo advino un rito religioso.

(1) «El Apoyo mutuo», páginas 187, 196, 208, 210.

(1) Me he inspirado para hacer este resumen de la teoría anarquista en los trabajos de Bakunin, de Juan Grave, de Sebastián Faure, de Eliseo Reclus y de Ha-

mon. Toda vez, es Kropotkin quien me parece haber expuesto mejor el sistema. (V. «La Conquista del pan», páginas 150 y continuación, 175 y con. «La Anarquía, su filosofía», páginas 29 y continuación).

(1) Citado por «La Era Nueva», revista libertaria publicada por el anarquista E. Armand. (Nº de abril 1906).

(2) No conozco en absoluto en Francia más que la comunidad de Vaulx (Aisne). Ella comprende una media docena de camaradas. En 1905, una comunidad del mismo género se estableció en Stockel-Bois (Bélgica). Ignoro lo que advino.

(1) Aconsejo a mis lectores abrir «La Conquista del pan» a la página 24. Hallarán un tablero de una ironía flamante indicando lo que será la Revolución colectivista. Los anarquistas declaran sinceramente que ellos serán los primeros fusilados.

(1) «La Paz Mundial» de Max Nettlau, Ed. Humanidad, Montevideo 1950.

(2) «La Anarquía ante los tribunales», de Pedro Gori, Ediciones «Tierra y Libertad», México 1947.

(3) «Crítica anarquista de la sociedad actual», de José Oiticica, Ediciones «Cenit» 1956.

(4) «El Botón de fuego», de José López Montenegro, Buenos Aires, B. Fueyo, Editor. Azcuernaga 16.

(5) «La Primera Internacional», Ediciones del Centro Nacional de Investigación Científica, 15, Quai Anatole France, Paris (VII). 1968.

(6) Idem.

(1) «Discurso sobre la servidumbre voluntaria», de Esteban de la Boötie, Grupo Editor de Estudios Sociales, Rosario.

FIN



POETAS DE AYER Y DE HOY

# Ya que no baja el ángel

Sabemos todos, hijos, como marchan las cosas;  
que ya no baja el ángel con su mensaje inútil.  
(No hay buenas voluntades que escuchen la llama.)  
[mada.]

Hay slogans, discursos, megatones, satélites  
y planes altruistas de ayuda y desarrollo  
para los desgraciados de todos los colores  
mientras el twist frenético coctelea la sangre.

El niño espera en vano, suavísimo — desnudo,  
que vayan a adorarle los pastores de ovejas  
(no suyas); los eternos pobrecitos del mundo  
ha tiempo devoraron la escasa miel, el queso  
que les fue concedido, hasta la última gota,  
royendo las cortezas, royendo hasta las manos  
con que antes ofrecieron sus doñes inocentes.

(Acudieron los Reyes, eso sí, porque es buena  
política ir a Dios con oro, incienso y mirra  
mientras la altiva frente conserve su corona.)

Pero el Ángel no baja, ya lo he dicho, no quiere.,  
La Estrella tiene miedo de los jets y missiles.  
Sabemos que los Grandes están en conferencia;  
y que, entre vodka y whisky, se comen la Paloma.

Mas yo, pisando tierra, junto al restaladizo  
brocal que cerca el pozo de mi vejez tozuda,  
os llamo y os convido a un vaso de esperanza.

No preguntéis de dónde, de qué lugar o cepa  
llegó el ardiente vino. Bebed. Acaso todo  
lo que no es muerte a secas, es sólo poesía.

Bebed. Mil novecientos sesenta y dos trabajos  
pasaron como tropa de indómitos corceles,  
sobre la patria donde los muertos se levantan  
uno a uno, y aprenden de nuevo a estar erguidos.

Bebed. Mil novecientos sesenta y tres trabajos  
de nuevo nos aguardan a ellos y a nosotros.  
Aún no hemos terminado; España no termina  
cuando un año se acaba; sigamos en el surco;  
sembremos y esperemos que llegue la cosecha,  
porque, pueblo mediante, se llenará el granero;  
porque vivir ya es algo si el corazón aguanta.

Bebed, pues, este vino, y España con nosotros.

Angela FIGUERA AYMERICH

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

PHYSICS DEPARTMENT

RESEARCH REPORT

NO. 100

BY

J. R. OPPENHEIMER

AND

H. S. GARDNER

CHICAGO, ILLINOIS

1951

UNIVERSITY OF CHICAGO PRESS

54 EAST LAKE STREET

CHICAGO, ILLINOIS 60607

U.S. GOVERNMENT PRINTING OFFICE

1951 O-548-281



# CENIIT

sociología  
ciencia - literatura



Editorial. — J. Muñoz Cor-  
gost: Palabras de ayer, pro-  
blemas de hoy. — Vladimir  
Muñoz: Releyendo a Pedro  
José Proudhon. — Vidá y  
pasión de Emiliano Zapata.  
— Miguel Talocha: El tiem-  
po en fichas. — Fosco Fa-  
laschi: Nuestra batalla. —  
Angel J. Capelletti: Clerica-  
lismo y militarismo en Ar-  
gentina. — Campio Carpio:  
Este universo emocional. —  
T. Cano Ruiz: Los españo-  
les del llanto. — M. Celma:  
Palabras y frases. — Arnold  
Royer: Páginas de la histo-  
ria del Proletariado espa-  
ñol, 1848-1907 (folletón en-  
cuadernable).

# 191

Noviembre - Diciembre 1969

REVISTA MENSUAL  
PRECIO: 1,50 F.

4P 5523





## NUESTRA PORTADA

### « EL NIÑO Y EL CISNE »

Escultura de ritmo a la vez clásico y moderno, en ella se afirma el genio de J. Amaya, llamado el escultor de la infancia.

Toda la obra de este artista está dedicada a recoger gestos, actitudes, expresiones de los niños. Juegos, danzas, semblantes, en todas las obras de Amaya el niño es rey y la gracia del cuerpo infantil, de líneas puras y suaves, es cantada a cada instante.

Pocos escultores españoles lograron una tal maestría en el análisis y desarrollo del arte de la escultura, aplicada a plasmar en figuras de mármol lo que de mejor y de más conmovedor tiene la vida humana. Rompiendo además los moldes tradicionales, sus obras reúnen la audacia a la simplicidad. Conseguir, sin aparente esfuerzo, una tal sensación de realidad y de gracia, es en efecto el don de un gran artista. Conseguirlo con medios sencillos, sin complicación aparente, pero con enorme fuerza sugeridora, es el difícil juego en el que Amaya gana en toda la línea.

A través de este escultor, el arte escultural español puede hoy equipararse con la producción de los más grandes. Y ninguno, como Amaya, fue más lejos en la glosa e interpretación del mundo misterioso de los niños.

Conseguir, a través de la escultura, transmitir el mensaje secreto de tantos rostros y cuerpos infantiles, la expresión de su alegría, el himno a la belleza y a la vida que representa un cuerpecito nervioso y sano, solo un gran escultor podía obtenerlo por los procedimientos directos y en apariencia simples de que se vale Amaya.

Saludamos en este escultor la realidad de un arte escultórico español, que no terminó en Llimona, en Macho ni en Benlliure.

# CENIT

## REVISTA BIMESTRAL DE SOCIOLOGÍA, CIENCIA Y LITERATURA

### REDACCION

Federica Montseny y Miguel Celma

### COLABORADORES

Vladimiro Muñoz, Evelio G. Fontaura, Hem Day, Campio Carpio, Eugen Relgis, Dr. Pedro Vallina, Germinal Esgleas, René Lamberet, Cosme Paules, José Muñoz Congost, Floreal Ocaña, Ramón Liarte, José Viadiu, Victor García, J. Guerrero, Severino Campos, Abarrátegui.

### Suscripción anual:

Francia .....	9,00
Exterior .....	11,00
Precio de un ejemplar suelto .....	1,50

Giros: León Antonio, C.C.P. 2 738 77-Toulouse  
4, rue Belfort, 2ème étage F-31 TOULOUSE

(Todos los pareceres, por distintos que sean del nuestro, en los que allente un pensamiento respetable, tienen cabida en estas columnas.)

# CENIT

★ REVISTA DE SOCIOLOGIA, CIENCIA Y LITERATURA ★

Año XIX

Toulouse, Noviembre - Diciembre de 1969

N.º 191

## EDITORIAL



## ¿Ofensiva contra el anarquismo?

LOS recientes acontecimientos de Italia y la represión desencadenada con motivo de la explosión de la bomba depositada en la sala de la Banca de la Agricultura de Milán, han dado pie al desencadenamiento de una ofensiva contra el anarquismo, iniciada en Italia, con gran orquestación de la prensa de derecha y la «izquierda» comunista, amenazando convertirse internacionalmente en otra caza de brujas como la que se conoció mundialmente a últimos del siglo pasado contra el anarquismo en todos los países. Como cada día han aparecido las cosas más confusas y como la policía ha debido hacer marcha atrás en su plan diabólico dirigido contra las izquierdas y particularmente contra los anarquistas, la prensa, siempre servil y venal, ha amainado en sus insinuaciones y en sus calumnias.

Pero todo ello evidencia la voluntad, por parte de ciertas fuerzas de derecha y de izquierda, de hacer cuanto esté a su alcance por desacreditar al anarquismo a los ojos de la opinión pública y sobre todo de la juventud de todos los países. El anarquismo es el movimiento social y filosófico que aparece como el enemigo número uno para cuantos han hecho de la explotación de sus semejantes o de la «administración» de la vida y la libertad de todos, su finalidad y su profesión. Y en esa defensa de intereses vinculados al «statu quo» presente, se reencuentran todos, empezando por los fascistas y acabando por los comunistas. De ahí la singular coincidencia en el ataque e incluso en el léxico empleado para atacarnos, calumniarnos y desacreditarnos.

Por fortuna, la verdad acaba por imponerse. Y la burda trama de Milán ha dejado ver sus hilos secretos. Como en todo crimen, lo primero que debe buscarse es a quien beneficia el delito. El no puede beneficiar en nada al anarquismo. En cambio, beneficia a las derechas, a los demo-cristianos; en última instancia, a los comunistas, ya que les sirve de pretexto para atacar a los «izquierdistas» en su conjunto y de una manera particular a los anarquistas, sus enemigos históricos, su eterna bestia negra.

Debemos estar atentos a todas las maniobras y no prestarnos a ninguna. Ya que Milán e Italia no son más que el comienzo de un período muy difícil, en el que los anarquistas, puestos otra vez «de moda», arriesgan verse sometidos a rudas pruebas. No hay que perder la serenidad en ningún momento ni en ninguna circunstancia.



**A través del pensamiento  
de Giner de los Ríos**

# Palabras de ayer, problemas de hoy

«Las minarías se harán mayorías; las fuerzas que hoy pugnan por andar adelante se tornarán freno y contrapeso para los nuevas energías que suscita la renovación perenne de las cosas; y gracias si no se petrifican, no por ley invencible, sino por la parálisis morbosa del llamado desenvolvimiento nacional.»

Expresaba así, Giner de los Ríos, en 1889 su esperanza en la ley irreversible del progreso, en el empuje permanente de las generaciones, obrando bajo el peso de todas las tradiciones, dogmas e intereses que encerraban la formación de esas generaciones en: cuadro limitado.

«Porque una nación que mantiene universidades como las nuestras, destinadas por ministerio de ley a repetir el catecismo de los malhadados exámenes..., no puede tener otra política, ni otra ciencia, ni otra magistratura, ni otro clero, ni otra milicia, ni otra agricultura, ni otra industria ni otros alcaldes, ni otros ingenieros, ni otro comercio, ni otra hacienda, ni otro profesorado, ni otra marina, ni otra policía, ni otra administración que los que tiene, y gracias...»

Las palabras de ayer suenan como voltear de campanas que en todos los tiempos lanzaron a todos los vientos repique de verdades. Pensamientos de antaño que aplicados a la realidad de las cosas de hoy, vienen a demostrarnos cuán poco hemos avanzado en la progresión de los auténticos valores humanos, a la zaga, lenta y titubeante del progreso de las ciencias y sus aplicaciones técnicas.

Porque éste sirve a la realización, a la plasmación del poder de unas oligarquías que necesitan para afirmarse de la fuerza de sus posibilidades y de la negación permanente del hombre; aquél, modesto, meros positivo, de menor peso financiero, pero de afirmación de la personalidad del ser humano, puede representar crítica primero, y amenaza después para las bases del edifi-

---

por **J. Muñoz Congost**

---

cio social, que a través de esa ciencia y por el aprovechamiento abusivo y unilateral de las técnicas, se construye en beneficio de unos y pocos.

Comprendió claramente aquel filósofo español de ha un siglo, que si la idea de una educación independiente de tuteladas encontraba obstáculos en su marcha, éstos estaban colocados por la acción de retención que ejercen las fuerzas establecidas en la cumbre de la injusta pirámide social.

Desde la infancia se deformaba como se deforma hoy la conciencia del niño.

Otro maestro español, Bartolomé Cossío, decía por aquellas fechas:

«Es preciso un absoluto respeto al niño sin la profana anticipación de los odios y discordias; cuidar de no proclamar su amor abierto a todos y no anticiparle juicios que no puede construir.»

No podía decirse mejor lo que no debe hacerse en materia de educación, para que se siguiera

haciendo, para que se siga impregnando en las almas infantiles, con el pretexto de «civismos», «patriotismos», «respeto a la autoridad» y otros conceptos, todos los gérmenes de odios y discorlos límites que los «mayores» les escolares de historia se encuentran llenos.

A la exposición de cien virtudes que se piden al niño y al joven, el contraste mancillante de los vicios sociales, de los abusos oficiales y de las aberraciones humanas que consagradas diariamente por la autoridad, legisladas y admitidas por cobarde costumbre, chocan en aquél que despierta a estas realidades con ruptura de ilusiones.

¿Es pues de extrañar la eclosión violenta de los odios sembrados, en revuelta quizá desorientada, pero noble, que expresó y expresa la juventud periódicamente, queriendo romper el cerco de restricciones, ideas formadas, e hipocresías que se le imponen?

Toda la falsía, que se encierra en la formación de nuevas generaciones, pretendida educación que es adaptación de hombres en formación a un medio deformado cuya perennidad se persigue, ha de chocar con las fuerzas del renuevo, de la protesta.

Y ante ese choque claman todas las Iglesias políticas o religiosas al sacrilegio, a la incomprensión y a la ingratitud del «beneficiario» que rechaza esa limosna, que como don de porvenir se le ofrece.

Los mismos forjadores de la catástrofe, los creadores de barreras, los defensores de las jerarquías sociales, conscientes de la inmensidad de su absurdo abuso

sobre la mayoría de los seres, apelan a la clemencia de sus jueces, a la sobriedad represiva de sus agentes de la coacción, tienden la pieza de cobre al mendigo para dar cierta impresión de posibilidad a la convivencia imposible.

«La beneficencia llama a su seno al niño abandonado que un día pedirá de palabra o de obra estrecha cuenta a quienes le desamparan hoy en la vida pública para arrogarse mañana el derecho de tratarle como bestia salvaje.

»Al deliriente contra el cual enciende y atiza los odios de una psicología ignorante, última defensa de las instituciones más bárbaras de la organización criminal: la pena de muerte y las prisiones en común.»

»Esa desventurada mujer cuyo oficio vil ha elevado la sabiduría administrativa de nuestra edad al rango de profesión reglamentada, sometida a tributo y garantizada con el diploma y sello del Estado.» — **F. G. de los Rios.**

Y los aún recientes hechos sociales que en todos los horizontes han removido las bases de la sociedad han mostrado que las generaciones que desembocan en la vida societaria, quieren rebasar los límites que los «mayores» les trazaron. No reconocen a nadie el título de mentores que a nadie piden, confirmando así con esta actitud que ese fenómeno no es, como algunos creyeron, propio y exclusivo de nuestra época sino periódica revulsión en la marcha lenta y trabada de la evolución, que de vez en cuando sacude las cadenas de la mediocridad con que pretenden atarle todas las tradiciones.

Las reivindicaciones, hoy, de una juventud universitaria, que los conservadores de todo género encuentran exageradas, fomento de desorden y resultado de forjadas conspiraciones de fondo oscuro, ¿qué tienen de nuevo si recordamos aquellas que planteaba la Institución Libre de Enseñanza hace ocho décadas?

Transformad las antiguas aulas, suprimid el estrado y la cátedra del maestro, barrera de

hielo que lo aísla y hace imposible toda intimidad con el discípulo; suspended el banco, la grada, el anfiteatro, símbolos perdurables de la universidad y del tedio.

»Sustituid en torno del profesor todos esos elementos clásicos, un círculo poco numeroso de escolares activos que piensan, hablan, discuten, se remueven, están vivos y cuya fantasía se ennoblece con la idea de una colaboración en la obra del maestro..., porque sienten que ya son algo en el mundo y que no es pecado tener individualidad y ser hombre..., porque en todos los periodos de su vida el hombre ha de ser hombre, sin declinar un punto de su naturaleza ni de la integridad de sus relaciones cardinales...»

Esperaba mucho de las nuevas generaciones y comprendía que en éstas el análisis de los hechos, el examen de las realidades vivas y su discordancia con las ilusiones que despertaron las eternas promesas, había de gestar todos los desencantos y forjar todas las rebeldías.

En ese desencanto de los hombres sinceros veía el germen de nuevas esperanzas. Como lo vemos hoy. Y como afirmaba la necesidad de esa educación que forjando libres conciencias diese la verdadera dimensión al hombre, de la misma manera, hoy, quienes no infeodaron el porvenir a ningún clan político, a ninguna idea de hegemonía más o menos demagógica; quienes no conciben ni aun la abdicación mínima de la personalidad en favor de pretendidas élites, afirmamos que esa educación puede y debe abrir nuevos horizontes.

Cuando esas rebeldías, conscientes del error por «defecto» en que se vive, conscientes del «exceso» de absurdo de la injusticia y del abuso legislados, separar ser conscientes de las posibilidades de ruptura con todo, podrá comenzar la construcción de nueva sociedad, construcción íntegramente nueva, sobre la nada, partiendo del cero que habrá de dejar como sola herencia la revuelta destructora.

«¿Quién podrá extrañar que la

irrefragable necesidad de una transformación íntima y profunda de todos los órdenes sociales y la nulidad patente de los tópicos en uso, remueva en sus entrañas a la joven generación, empuje fuera de los caminos trillados a todas las inteligencias pensadoras y a todos los corazones fervientes... y no deje, para renovar y sostener la vulgar falange de los glorificadores de nuestro tiempo, más que a los tibios, a los ignorantes, los apocados, a todo el lastre en fin, de las nulidades y medianías?

»Triste espectáculo el que halla ante sus ojos la juventud. ¡Y aún hay quien se atreve a exigirle en nombre del orden social, es decir, este orden social, que por lo menos deje en paz a la injusticia y al crimen cuando no que siga en desbordada corriente.»

La vibración rebelde de la juventud de nuestros días; su acción, cubriendo la sociedad con su propio barro, en la ciénaga en que esta se encuentra, no queriendo salir de ella, para en ella mantenernos, es fase de un eterno combate. Esa juventud, es como decía el maestro al que nos referimos, la fuerza secreta de un porvenir que no puede abdicar, y que ayer como hoy, en ese empuje desbordante de concepciones que siempre parecen nuevas, por ser eternamente humanas, sabe que tiene una misión: salvarse del abismo, salir del pozo, saltar el precipicio de todas las mediocridades, de los acomodamientos, de las consentidas servidumbres. No puede sentirse solidaria de cuanto encuentra moldeado por manos extrañas y no espontáneo, con cuanto sabe que es creado por y para reafirmar lo irrefragable.

Disociación completa, pero no entre dos mundos y menos entre dos generaciones. Que no se pretenda presentarnos el conflicto como tradicional encuentro de éstas. Seamos sinceros con nosotros mismos: las promesas, las ilusiones creadas, son calma inexistente para quienes preparados a ellas se encuentran al abrir las puertas del avatar diario con la mentira inmensa, la hipocresía de los «principios» y su contradicción con las realidades.

Giner de los Ríos, hacia la misma comprobación:

«Ha afirmado principios en la legislación y violado esos principios en la práctica, ha proclamado la libertad y erigido en ley universal el privilegio, ha pedido lealtad y vive en el perjurio, ha abominado de todas las vetustas iniquidades y solo de ellas se alimenta...»

«... Ante el espectáculo de tanta frustrada tentativa en que se consume la juventud de ayer en medio de su decaimiento y del decaimiento general de los ánimos; sintiendo la radical impotencia de toda esta medicina empírica para sanear la sociedad y el Estado, hostigada por las angustias sociales, llama con imperio, atormentada, impaciente, la juventud de hoy a las puertas del Poder que piden para sí con apremiante altanería. No hay tregua entre ellos y los partidos gobernantes...»

«... Mal puede satisfacerse a esa juventud que libre de la inocente ceguera del hábito siente vivo aún en su fantasía el divino estímulo de las ideas, a cuya luz contempla asombrado esa apoteosis del «statu quo»...»

El pensamiento de Giner de los Ríos, no era precursor de realidades. Era reflejo de una inquietud, de un malestar y de una convicción profunda del origen de los males. Tampoco es coincidencia que en gran parte pueda considerarse ese pensamiento como actual y respondiendo a otros males de otro siglo.

Los siglos pueden sucederse, los males siguen siendo los mismos. Repetiremos que la actualidad de un viejo pensamiento y una vieja estampa de las lacras sociales demuestra únicamente cuán poco anduvo la humanidad en este orden de cosas.

La evolución de las técnicas ha realizado quizá una enorme progresión en la conquista de las comodidades materiales, pero ninguna, en aquella de las comodidades morales, de la ética humana, que tiende a colocar al hombre en ese equilibrio de sus relaciones con la sociedad, que hoy se le niega. El hombre dependió siempre de la sociedad y hoy se le añade un señor más. Esclavo

de las convenciones que estableciera una moral hipócrita y un sistema clasista, con humillaciones sugeridas por inspiraciones «divinas», se quiere a través del veloz precipitarse de las técnicas, hacerle además esclavo de la máquina, encerrado en la más estrecha prisión de convenciones y dependencias en que jamás viviera.

Es el mismo problema. El mismo escenario. La misma crisis. Avanzar por encima de diques o estancarse entre barreras. Y la juventud no quería, ni quiere, ni querrá mañana, sentirse encerrada entre disposiciones en que no intervino, y que se le impusieron.

«Los mejores presienten bien sin comprenderlo que no es su destino consolidar y explotar la injusticia, sino arrancarla de cuajo. Huyen avergonzados del miserable consejo a que se les incita y lánzase a la lucha, ley inexorable para el bueno en estos tiempos crueles...»

«... Todos los lamentos aun los más pueriles, todas las maldiciones, aún las más inhumanas, hallan en sus almas un eco de simpatía...» «... En la política desdénan a cuantos les ofrecen coronar con prudentes reformas el sistema del liberalismo y no otorgan su benevolencia sino a aquellos que juran destruir en sus cimientos el Estado contemporáneo.»

Y añadía a esto el Maestro, al referirse a las proyecciones prácticas de esta actitud:

«Les urge tanto lanzarse a la corriente que no pueden detenerse en reflexionar como han de hacerlo...»

Es la gran incógnita de los tiempos presentes como fue la de ayer.

En la historia de la humanidad, el hombre se buscó siempre a sí mismo. Ni ser esclavo, ni hacer esclavos. En la busca permanente del equilibrio, de la síntesis que evite las dependencias, hubo una fuerza motriz y una rémora permanentes. Buscar los orígenes en la persona o las personas de quien o quienes quisieran: ser pastores vitalicios y hereditarios del «rebaño humano» sería ahogarnos en el mar lormentoso de los errores engendrados

por todas las políticas. Sea quien fuere el que se haga entronizar, el problema, con matices algo diferentes, persistirá agravándose y atenuándose alternativamente.

En esa lucha por encontrar sus justas dimensiones, no son siempre los hombres «usados» los que pueden escapar a través de las alambradas establecidas por la normalidad ambiental. Están, se encuentran, en la generalidad de los casos, atados al carro de lo establecido. Y antes de atarse a él, es natural que la juventud rehuya el hacerlo. Que pueda o no, que lo consiga o que fracase, dependerá de la propia conciencia adquirida, del valor de las conquistas internas en tanto que hombre.

«El primer deber y el primer placer de cada hombre para consigo mismo es el de ser hombre, lo cual implica como toda fórmula de aparente simplicidad, muchas cosas bastante complejas, objetivas y subjetivas, o más bien que por un lado son subjetivas y objetivas por otro pues es tan inútil buscar esto sin aquello, como buscar un cuerpo que no dé sombra...»

«... Pero hay dos modos de huir del «filisteo». Uno es el «echar melena», esto es, cultivar la extravagancia, el no conformismo en la corteza material y aparente a ver si acaso disimula una vida insignificante y vacía. La otra, cavar y más cavar, ir tras el fondo hasta dar con la entraña de las cosas sin avergonzarse por esto de comer y beber (cuando es posible), de andar con los pies y ver por los ojos como el más prosaico burgués...»

No busquemos pues paralelismos entre las ideas del que fue actor decidido de las fuerzas vivas de la renovación social de las masas españolas, y el pensamiento actual. Hay, más que un paralelismo, una coincidencia natural que proviene del hecho de que siendo las causas las mismas, idénticas, no hay razón para que los conflictos que de ellas derivan como consecuencia, no se presenten de la misma manera.

Insistió Giner de los Ríos, en su acción propagandística, sobre todo, en el aspecto educativo ne-



cesario para arrancar al país de los surcos profundos del barrizal en que se encontraba enfangada la sociedad de su época. Su crítica sincera no se embarazó con fórmulas disimuladoras de la verdad:

«La escuela ahoga en la cuna la libre espontaneidad de su espíritu, la ingénuo alegría de su corazón y la originalidad de su carácter estampando dogmáticamente en su entendimiento nociones y palabras sin sentido para él, sin relación con sus hábitos y estado y modelando a viva fuerza su conducta en el troquel de la rutina arbitraria.»

«Al proseguir su educación ha visto estrecharse más y más su horizonte y apagarse en la indiferencia de los que le rodean, cuando no bajo el peso de su colera, cada relámpago de luz con que la razón ha intentado protestar en todas las crisis de su vida...»

Para vencer las vacilaciones que una educación defectuosa, mal dirigida e intencionadamente deformada puede crear en las conciencias, que sienten la repulsa y viven el combate entre ésta

y su adaptación, entre las ilusiones y la influencia del medio que les rodea comenzando por el familiar, es preciso una acción educadora intensiva, revulsiva, destructora de los viejos valores.

Y explica y justifica las vacilaciones, cogida la juventud entre fuerzas contradictorias cuando dice:

«La juventud vacila, no siempre cae... ellos saben que asisten al ocaso de una civilización; entre sus dudas y vacilaciones jamás esta idea les abandona junto con el instinto de lo porvenir, al cual vuelven para regenerarse cada vez que rendidos por la fatiga y cediendo al mal ejemplo decaen del bien entre el aplauso de sus progenitores.»

El instinto de lo porvenir, el sentimiento de un mundo mejor, la convicción de su posibilidad.

Aunque no podemos decir que en el pensamiento de G. de los Ríos, este convencimiento tomaba formas de carácter revolucionario en toda la extensión del concepto, se desprende de sus escritos la inquietud que le llevaba hacia una luz que aun no admitida oficialmente, obraba en su

conciencia cuando hablando del valor de las ideas de libertad, decía:

«... Y anarquistas agresivos como Grave, mesurados como Reclus, eruditos como Kropotkin, místicos como Tolstoi, filósofos como Stirner y Wille, ven en aquellos fines el término hacia el que gravitan los mundos, lo más selecto y refinado de nuestro trabajo donde la vida, una vez satisfechas sus necesidades más imperiosas que son las más rudas, se eleva a mayor dignidad y nobleza...»

Ideas de ayer, ideas de siempre. La crisis de la humanidad presenta después de tantas décadas, los mismos perfiles, los mismos trazos. Prueba, repetimos, de marcha lentísima. De que el juego de todas las políticas; de la evolución en el marco de los Estados, da bien poco, cuando del hombre mismo se trata.

Y el problema es el hombre, sin límites, sin coacciones, sin constricciones, el hombre, base social y no rodaje de un conjunto estructurado sin contar con él y contra él.

**Las revoluciones vienen de arriba y se operan desde abajo. Iluminados por la luz de la superficie, los oprimidos del fondo ven la justicia y se lanzan a conquistarla, sin detenerse en los medios ni arredrarse con los resultados. Mientras los moderados y los teóricos se imaginan evoluciones geométricas o se enredan en menudencias y detalles de forma, la multitud simplifica las cuestiones, las baja de las alturas nebulosas y las confina en terreno práctico. Sigue el ejemplo de Alejandro: no desata el nudo, le corta de un sablazo.**

**El pueblo, una vez sacado de su reposo, no se contenta con obedecer el movimiento inicial, sino que pone en juego sus fuerzas latentes, marcha y sigue marchando hasta ir más allá de lo que pensaron y quisieron sus impulsores. Los que se figuraron mover una masa inerte se hallan con un organismo exuberante de vigor y de iniciativas; se ven con otros cerebros que desean irradiar su luz, con otras voluntades que quieren imponer su ley. De ahí un fenómeno muy general en la historia: los hombres que al iniciarse una revolución parecen audaces y avanzados, pecan de tímidos y retrógrados en el fragor de la lucha o en las horas del triunfo.**

**Casi todos los revolucionarios y reformadores se parecen a los niños: tiemblan con la aparición del ogro que ellos solos evocaron a fuerza de chillidos. El descrédito de una revolución empieza el mismo día de su triunfo; y los deshonorados son sus propios caudillos.**

GONZALEZ PRADA

LA VIDA  
Y LOS LIBROS

## Releyendo a Pedro José Proudhon

por Vladimir Muñoz

**R**ECIENTEMENTE había terminado de escribir Una Cronología de Pedro José Proudhon, la más extensa de todas las por mí escritas y, sin embargo, pensaba sobre cuántas cosas no habrían quedado en mi tintero, sin poder llegar al conocimiento de los amigos lectores. Pues uno, que anda enriqueciendo constantemente su estudiosa ignorancia, vive lejos de los grandes centros de documentación, como, por ejemplo, la Biblioteca Nacional de París o la Biblioteca del Museo Británico de Londres; o de las colecciones libertarias privadas o públicas, de cierta envergadura. Por lo tanto, los datos históricos que uno pueda presentar son, en verdad, limitados. Así es como, aun después de haber finalizado una cronología extensa y detallada, aparecen de improviso y, como quien dice, a la vuelta de la esquina, detalles por demás importantes, cual he de mencionar a continuación.

Cuando yo era chico, jugábamos con otros niños, sentados en un pequeño altozano a la orilla de una carreta de Irún, a conocer de qué país eran los autos que pasaban, es decir, en qué país habían sido fabricados. Eramos ya expertos en descifrar el lugar de origen, viendo la forma del frente de los radiadores. Igual cosa ocurría cuando viviendo en Tarragona, descifrábamos los niños, paseando por un camino que había en lo alto del puerto y que iba hasta el faro, de qué país eran los barcos allí atracados. Dato curioso. Conocíamos el origen por los colores y dibujos de las chimeneas. Ahora en la edad madura me ocurre una cosa parecida en cuanto al reconocimiento instantáneo. Se trata de los libros libertarios editados en el pasado en lengua castellana; viendo los lomos se enseguida si se trata de un libro editado por Sempere, por Granada, por la España Moderna, por Heinrich, por Maucci, por Presa, por La Protesta, por Fuego, por Prometeo, por Estudios, por La Revista Blanca, etc.

En el reposo del mediodía, paso a veces por un puesto de venta al aire libre que hay cerca de la plaza Independencia de Montevideo. Alguna vez he «pescado» algo bueno allí. Lo más valioso para mí ha sido el libro de Ricardo Mella titulado Lombroso y los Anarquistas (Barcelona: Ciencia Social Editores, 1893). Pocos, poquitos serán hoy los amigos lectores que puedan atesorar en sus bibliotecas esta primera edición de Mella. Ciertos sábados hago «recorrida» por las librerías de lance de la ciudad, las que conozco pueden tener material libertario recién entrado. Figúrese el lector el tiempo que uno perdería de no conocer a los libros de la manera que yo los conozco, a los libros antiguos que particularmente me interesan. A mí me basta una escasa media hora para ir hasta los estantes en que se colocaban estos libros y ver si hay alguna «novedad».

Pues bien, digamos una fecha: 14 de agosto de 1969. Después de comer voy a echar un vistazo al primer puesto de libros mencionado. Nada nuevo encuentro en los

tres mil y pico libros cuya identificación hago por los lomos. No obstante, hay un cajón en donde habrá unos 50 libros que se venden al infimo precio de lo que aquí ahora cuesta un «boleto» (un pasaje o ticket) de la locomoción urbana: 19 pesos. Reviso enseguida en menos de un minuto y... aparece el tesoro: ¡un libro de Proudhon editado en Argentina el siglo pasado! ¡En nuestro idioma y sus páginas están aún sin abrir! El tiempo lo ha conservado bien para mí, pues está completamente sano y la calidad del papel es excelente. ¡Qué mayor premio podría haber uno recibido después de haber pasado sus buenas horas recopilando datos para escribir una cronología detallada de este «Padre de la Anarquía»? Humildemente confieso que ninguno y estoy contentísimo por haber encontrado tal tesoro.

El libro se titula El Principio del Arte y su destino social (Buenos Aires: «Biblioteca Americana de Autores Selectos», 1896). Traducido en «lengua castellana y con una introducción por Emilio Gutiérrez de Quintanilla». Formato del libro: 11 x 18 centímetros. Páginas: XLV de prólogo, 264 de texto de Proudhon, y III de índice. Se trata en este libro del 1º tomo de una colección proyectada por el traductor que es a la vez el editor y que proyecta en la introducción ha de abarcar otros cinco tomos más, pero no de Proudhon.

La introducción es muy valiosa y... muy curiosa. Gutiérrez de Quintanilla es partidario de emplear un español simplificado y liberado del peso muerto del pasado etimológico, especialmente grecolatino. La emprende cual Quijote gramatical contra los «galicismos» que a la sazón inundaban el idioma cervantino y en cuanto a traducción, opta por traducir la esencia de lo que el autor dice, en su propio idioma natal, y trasladarla con fidelidad al castellano; en vez de entregar al público lector una traducción «literal». Lo que más resalta es colocar «i» en lugar de la «y» vocal. Por ejemplo escribe: i, hoi, hai, estoí, etc. Tampoco usa las sílabas «ge» o «gi» escribiendo al efecto: jenio, Jijón, etc. En cuanto a los verbos no ve porque, por ejemplo, en el verbo romper tengamos que escribir «roto» en lugar de rompido. Asombra con la facilidad que el lector lee esta traducción tan excelente y en idioma tan simplificado.

En cuanto al texto del inmortal Proudhon, creo que ya es del conocimiento del amigo lector. Está basado en una obra pictórica de su amigo Gustavo Courbet. He aquí, en la traducción que reseñamos, las palabras iniciales. «Gustavo Courbet, el artista de las estupendas paradojas, acaba de producir una obra cuyo escándalo habría rebajado grandemente los que desde hace quince años vienen cargándole la culpa, si el gobierno no le hubiera puesto a raya excluyéndola, sin más vueltas, de la Exposición. El

año era el de 1863. De orden superior, «El Regreso de la Conferencia» no figuró en el Palacio de la Industria...»

Al igual que el sociólogo francés Carlos Francisco Fourier (1772-1837), que el gran vate galo Victor Hugo (1802-1885), que nuestro Pedro José Proudhon (1809-1865), el célebre pintor Gustavo Courbet (1819-1877), es oriundo natalmente de la misma región de Francia y si bien los tres primeros nacieron en la «capital», en este caso, Besançon, el pintor nació no muy lejos de ella. Veamos lo que de él nos dice mi diccionario biográfico: «Pintor francés de la escuela Realista; cultivó también la pintura de animales, el paisaje y la escultura; adversario de Napoleón III, se negó a recibir la Cruz de la Legión de Honor que le ofrecían; elegido miembro de la Comuna de París (1871), autorizó el derribo de la columna Vendôme, por lo que fue condenado a seis meses de prisión y a cubrir su restauración (300.000 francos). Obras: Gamos en el Bosque, Entierro en Ornans y La Ola (Louvre), El Hombre de la pipa, etc.»

Aunque bastante explícito, este diccionario mío es, como decía el educacionista libertario Albano Rosell, de «los que tratan de no romper ningún vidrio». No resaltan estas breves notas la obra pictórica popular de Courbet, tan gráficamente enaltecedora del trabajo humano y de los trabajadores, como de ello se dará cuenta el amigo lector, observando el hermoso cuadro Los Picapedreros, reproducido (fuera de texto) en el hermoso libro Los Anarquistas por el Prof. James Joll (Barcelona: «Ediciones Grijalbo, 1968»). «Pedro José Proudhon y sus hijas», tan vastamente difundido y conocido de todos nuestros lectores; pero, reproducido algo borroso en negro y blanco.

Recomiendo a los amigos lectores el libro asequible de Proudhon titulado Qu'est-ce que la propriété? (Paris: Garnier-Flammarión, 1966), donde se encontrará en la tapa el mismo cuadro de Proudhon (pero sin las dos niñas) muy nítidamente reproducido con sus colores naturales. Escriben los editores que este cuadro de Proudhon se encuentra en el «Petit Palais», de París. Volviendo al primero de los libros del ilustre Proudhon, es decir, a El principio del arte y su destino social (la conjunción y la escribe el traductor-editor), diremos que se trata de la segunda obra póstuma de Proudhon: Du principe de l'art et de sa destination sociale (1865).

Data de 1840 su obra ¿Qué es la propiedad? Última edición en nuestro idioma: ¿Qué es la propiedad? (Buenos Aires: Editorial Americalee, 1946). A todos los lectores que pueden leer en la hermosa lengua de Molière, les recomendamos la bella edición de Garnier-Flammarión, inmejorablemente editada, con excelente papel. Contiene una cronología, una bibliografía sumaria y una excelente introducción de Emile James.

He escrito en otras partes y lo repito aquí, que la obra completa de Proudhon es privadamente de difícil adquisición. En francés se pueden conseguir sus «Obras completas», pero su estudio minucioso y pausado, asimilable, requiere cuantioso tiempo, del que andan faltos muchos de los amigos lectores. Por ejemplo, yo aún no he podido leer todos los libros que tengo de Proudhon y que son los siguientes:

«Idea general de la revolución en el siglo XIX», «General idea of the revolution in the nineteenth century», «Sistema de las contradicciones económicas», «De la creación del orden en la humanidad», «¿Qué es la propiedad?» (Sempere), «¿Qué es la propiedad» (Americalee), «Qu'est-ce que la propriété?», «La sanción moral — la

justicia — catecismo político», «La moral de las ideas», «El Estado. La dignidad personal», «La educación. El trabajo», «La mujer», «Amor y matrimonio», «La única salvación», «The malthusians».

Además del primero de los libros que he citado al empezar la presente reseña, me faltan por leer tres de los enumerados. De modo que, comprendiendo que son pocas las personas que hoy tengan en sus estantes todas estas obras de Proudhon y si, a lo sumo algunas, hago saber con sumo placer, que hay un libro excelente de Proudhon resumiendo su monumental y vasta obra: Cŕves choisis (Paris, Editions Gallimard, 1967). Con interesante y hermosa introducción del recopilador, Jean Banca, gran especialista de Proudhon en los tiempos que corren. Libro que no debe faltar en ninguna biblioteca libertaria, pública o privada. En cuanto a las públicas aconsejo la encuadernación, por haber sido impreso por el sistema del «encolado», es decir, sin haber sido cosido.

Escribe el amigo Jean Banca en el prólogo: «...Nuestra cotidiana lectura nos puso ante los ojos el pasaje de una carta que Proudhon, tres años antes de morir, escribió a su amigo Bergmann». Se trata de la lectura diaria que hacía Banca de la obra de Proudhon y el pasaje es el siguiente: «Pienso resumirme y decir en pocas páginas, con claridad y simplicidad, lo que creo y lo que soy». Proudhon murió antes de hacer, en forma de libro, este resumen; su discípulo Jean Banca lo ha hecho para todos nosotros, afortunados lectores de la segunda mitad del siglo XX.

Bueno, yo podría citar ahora todos los libros que tengo «sobre» Proudhon, que son tantos como los que «de» Proudhon tengo. Pero no lo haré por no abarcar tanto. Simplemente diré que esta carta (fecha el 14 de mayo de 1862) está contenida en el hermoso libro Cartas de P. J. Proudhon (Madrid. M. Aguilar, editor, 1932). Tesoro que habrá que reeditar algún día.

Atrasados andamos en nuestro idioma en editar el notable libro del prof. J. Hampden Jackson y titulado Marx, Proudhon and european socialism (Londres: The English University Press, 1958. Reedición, 1964). Hay ya varias traducciones a diferentes idiomas, incluyendo una al portugués, editada en el Brasil. Libro muy bueno sobre Proudhon, tanto es así, que el Servicio de Librería de «Freedom», de Londres, lo tiene en venta y lo recomienda.

Biografías de Proudhon las hay muchas y muy buenas. Escasos andamos en castellano de ellas, pero he aquí una de éstas: Proudhon, por Armand Cuvillier (México: Fondo de Cultura Económica, 1939). Anterior a su libro «El anarquismo», que en 1969 reseñé en la revista parisina «Umbra» con el título «George Woodcock y el anarquismo», es el libro de este autor, en idioma inglés Pierre-Joseph Proudhon (Londres: Ruedge and Kegan Paul, 1956). Es una biografía muy buena con dos ilustraciones de Gustavo Courbet. Acúdase, no obstante, al libro de C. A. Sainte-Beuve, titulado Proudhon. (Buenos Aires: Americalee, 1945), muy meritorio y de lectura indispensable.

Muy buen estudio sobre Proudhon es el libro del profesor Peter Heintz titulado Problemática de la autoridad en Proudhon (Buenos Aires: Editorial Proyección, 1936). Esta editorial es ahora, en Argentina, la que viene editando libros libertarios, prosiguiendo así en Buenos Aires, la vieja tradición editorial libertaria. Esperemos y dese-



mos que pueda proseguir su trayectoria en bien de nuestras ideas.

Para terminar, nada mejor que hacerlo, extractando al mismo Proudhon, cuando en su libro *Idea general de la revolución* en el siglo XIX, escribe estas luminosas palabras:

«Ser gobernado significa ser observado, inspeccionado, espionado, dirigido, legislado, regulado, inscrito, adoctrinado, sermoneado, controlado, medido, sopesado, censurado e instruido por hombres que no tienen el derecho, los conocimientos ni la virtud necesarios para ello. Ser gobernado significa, con motivo de cada operación, transacción o movimiento, ser anotado, registrado, controlado, gravado, sellado, medido, evaluado, sopesado, patentado, autorizado, licenciado, aprobado, aumentado, obstaculiza-

do, reformado, reprendido y detenido. Es, con el pretexto del interés general, ser abrumado, disciplinado, puesto en rescate, explotado, monopolizado, extorsionado, oprimido, falseado y desvalijado, para ser luego, al menor movimiento de resistencia, a la menor palabra de protesta, reprimido, multado, objeto de abusos, hostigado, seguido, intimidado a voces, golpeado, desarmado, estrangulado en el garrote, encarcelado, fusilado, juzgado, condenado, deportado, flagelado, vendido, traicionado, y por último, sometido a escarnio, ridiculizado, insultado y deshonrado. ¡Esto es el gobierno, esto es la justicia y esto es la moralidad!»

Deseemos y esperemos que la juventud pueda abrevarse en esta tan rica fuente del pensamiento libertario de Proudhon.



UNA PAGINA DE HISTORIA

# Vida y pasión de Emiliano Zapata

Con motivo del quincuagésimo aniversario de la muerte de Emiliano Zapata, la UNESCO publicó un artículo de Hernández-Aguirre que reproducimos en parte a continuación.

«...Cual héroe murió Zapata por dar Tierra y Libertad». (Corrido popular).

**C**UANDO el 28 de noviembre de 1911 Emiliano Zapata se asomó a la puerta del rancho que ocupaba, en las afueras del poblado de Ayoxutla, y levantó sobre su cabeza las hojas mecanografiadas de la primera versión del «Plan de Ayala», sus hombres, que habían acudido a su llamado desde los más lejanos rincones de Morelos, Puebla y Guerrero, prorrumpieron en vivas y dispararon al aire sus carabinas 30-30. En esos momentos se estaba dando su verdadero sentido a la Revolución Mexicana.

Lo esencial, lo básico de ese gran movimiento armado que conmovió a México durante casi dos lustros, estaba ahí, en esas cuartillas que insuflaban el espíritu de la historia y de la modernidad en esos combates que se sucedían desde que el 20 de noviembre de 1910 don Francisco I. Madero levantara la bandera de la insurrección contra la oligarquía conservadora que tenía su campeón en el general Porfirio Díaz.

¿De qué orígenes lejanos y misteriosos había surgido Emiliano Zapata, enarbolando la bandera de **Tierra y Libertad**? ¿Continuaba acaso la lucha de Benito Juárez, de José María Morelos, de Miguel Hidalgo o vergaba la muerte de Cuauhtémoc? Todo eso y aún más.

Venía, en verdad, de más lejos. Venía del corazón mismo de la tierra de México.

Cortés con su espada trajo la Cruz al Nuevo Mundo, y trajo también la caña de azúcar. La Cruz encarnaba la caridad, la caña de azúcar significaba la propiedad. Y así los pueblos comenzaron a ser encerrados, cercados, aniquilados, borrados de la geografía por la caña de azúcar que parecía estrangularlos, apretarlos como autoritarias hojas de acero, sobre todo en los valles y tierras cálidas del Sur en donde el Conquistador inició la siembra como una nueva actividad económica. Tan fue así, que desde las primeras cosechas en Tlaltenango, el marquesado del Valle se convirtió en el primer centro azucarero del continente. La independencia no terminó, sino que aumentó este proceso econó-

mico y los señores de la tierra, poco a poco fueron desposeyendo de la suya a los campesinos y las propiedades comunales y ejidos, se fueron diluyendo en el latifundio. La concentración de la riqueza incrementó el poder de los grandes terratenientes.

Esta situación llegó a alcanzar proporciones increíbles durante los treinta años (1876-1911) en que Porfirio Díaz mantuvo en sus manos de hierro el poder político, sostenido por los grandes latifundistas.

El puño alzado de Emiliano Zapata y su grito de **Tierra y Libertad** eran la respuesta al duro despotismo que había empobrecido a los campesinos y que los mantenía, dentro del cerco de caña de azúcar de las grandes haciendas, como en una cárcel insalvable. El hecho es que la magra parcela de tierra que los Zapata habían cultivado a lo largo de los años y de las generaciones desapareció entre las 189.000 y tantas que diez y nueve propietarios poseían en esa región. En realidad, esta situación era tan sólo un índice de lo que acontecía en todo el territorio mexicano. En tierras de Durango, por ejemplo, un solo propietario era dueño de 418.193 hectáreas. Miles de guardias, llamados **rurales**, mantenían el orden de la pirámide social.

Esta realidad tensa y dramática conformó la niñez de Emiliano Zapata. A los diez y nueve años entra en conflicto con las autoridades. Los rurales le hacen prisionero, pero, gracias a la ayuda oportuna de su hermano — el futuro general Eufemio Zapata, brazo derecho de nuestro héroe — logra escapar. Fuera de la ley, ambos se refugian en las sierras vecinas, donde, poco a poco, tratan de organizar a los campesinos, víctimas del orden como ellos, en huestes rebeldes. Pero son los años del máximo poder de Porfirio Díaz. Al grito de **Tierra y Libertad** responde el látigo y las armas de los soldados de la dictadura. Zapata regresa a las faenas del campo. Mas ya no es el mismo muchacho que había escapado hacia la montaña. Inquieto, apasionado, Zapata participa en las deliberaciones de las juntas comunales o encabeza delegaciones que van a pedir justicia a las autoridades. Aunque su acción está aún limitada a una pequeña parte del Estado de Morelos, los hacendados sospechan que ese joven charro es un peligro para sus intereses. Una mañana, los **rurales** le hacen prisionero y, maniatado, le llevan al regimiento de caballería de Cuernavaca para que sirva como «voluntario». Sin embargo, este forzado servicio militar resulta, a la postre, benéfico. Allí conoce a otros «voluntarios» y

descubre que ellos también tienen los mismos problemas y que el espíritu de rebeldía es general. Al mismo tiempo, adquiere los necesarios conocimientos castrenses que le permitirán más tarde organizar sus invencibles huestes.

De regreso en su aldea, Zapata vuelve a encontrar la miseria y desazón de su gente. Las grandes haciendas aprietan cada vez más sus tenazas en torno a las poblaciones. En vano los campesinos protestan. Notarios y alcaldes, al servicio de la dictadura de Porfirio Díaz y de los ricos propietarios, prestan oídos sordos a quejas y memoriales de agravios. En septiembre de 1909 los vecinos de Anenecuilco se organizan en una especie de junta comunal para enfrentar, unidos, el problema de la tierra. Emiliano Zapata la preside. Por ello va a Ciudad de México a defender los intereses de su gente; pero en la capital nadie le hace caso. El gobierno y sus instituciones no tratan directamente con el pueblo; ni se ocupan de pequeños conflictos de tierra. Zapata comprende que toda solución pacífica es imposible. De regreso en Morelos se pone al frente de un puñado de campesinos armados, echa por tierra las cercas de las parcelas en disputa y las distribuye entre los menesterosos. Es un momento capital en la historia de América y — por qué no decirlo — del mundo.

El movimiento campesino que así comienza coincide con la revolución política contra el régimen de Porfirio Díaz que inicia en 1910 don Francisco I. Madero con el apoyo de los elementos liberales y de los intelectuales. Como es natural, las dos grandes corrientes formarán una sola para modernizar las estructuras sociales y políticas del gran país mexicano.

La misión política de la revolución (maderista) iniciada en 1910 — dice el historiador don Silvio Zavala — «consistió en destruir las bases del régimen porfirista para crear otro que, según las aspiraciones de los dirigentes del movimiento, tendría por fundamento el sufragio efectivo y la no reelección». Pero el pueblo — Zapata y otros muchos líderes de las ciudades y los campos que se unen a la revolución y constituyen su brazo armado — insufla en la insurrección un contenido social que rebasa la simple reforma de las costumbres políticas y le da su fuerza y su importancia histórica.

Todo gran acontecimiento histórico está hecho, en verdad, de una serie de felices y oportunas coincidencias que se entrelazan como las diferentes frases de una fuga musical. Y así también la revolución mexicana es el resultado de diversos factores simultáneos y concordantes. A la miseria de los campesinos se une la explotación en fábricas y miras de los trabajadores y la falta de libertad que amenaza de asfixia a los intelectuales y entorpece el progreso nacional. Levantamientos aislados, huelgas como la de Río Blanco en 1908, la publicación en 1909 del libro acusador de Andrés Molina Enríquez *Los Grandes Problemas Nacionales* — cuyo Plan de Texcoco servirá de base al famoso Plan de Ayala que servirá de bandera a Emiliano Zapata — y la de otro libro, *La Sucesión Presidencial*, en 1910, obra del propio don Francisco I. Madero.

La tierra de México se enciende, iluminada por miles y miles de vivaques, erizada de rifles insurrectos como de agudos nopales sus sierras y sus valles. Cae la dictadura y Porfirio Díaz escapa. La maquinaria del Estado queda libre de las trabas porfirianas y, poco a poco, la vida democrática se anima. Madero es Presidente. Para muchos, el fin ha sido alcanzado: reforma de la superestructura política, libre juego de las instituciones liberales y democráticas, etc. Las grandes potencias tratan, por su parte, de frenar el impetu revolucionario y mantener el *statu quo* en que muchas empresas extranjeras están exentas de todo impuesto. Además, los viejos intereses encuentran otra vez defensores. Pero para otros, los más, la revolución no ha hecho más que comenzar. Sufragio efectivo y no reelección es una magnífica norma de vida cívica, mas lo fundamental es la reforma agraria, *Tierra y Libertad*, como dice Zapata.

Zapata ha vuelto al campo, a su aldea, donde espera la acción del Gobierno maderista. La anhelada reforma no llega. Los grandes intereses se agitan y mueven los hilos de la trama. Un general, Victoriano Huerta, se convierte en el brazo armado de éstos. El Presidente Madero y sus más íntimos colaboradores son asesinados. Y la guerra civil se extiende por todo el país.

Huerta es vencido, pero la lucha por el poder continúa. Carranza, Villa, Obregón... El aire de México se llena del estruendo de los combates.

La tesis, el objetivo zapatista se contiene en el llamado *Plan de Ayala* y, particularmente, en el artículo VII.

En virtud de que la inmensa mayoría de los pueblos y ciudadanos mexicanos, dice ese documento trascendental, no pueden mejorar en nada su condición social ni pueden dedicarse a la industria o a la agricultura «por estar monopolizadas en unas cuantas manos las tierras, montes y aguas; por esta causa se expropiarán, previa indemnización de la tercera parte de esos monopolios, a los poderosos propietarios de ellas, a fin de que los pueblos y ciudadanos de México, obtengan ejidos, colonias, fundos legales para pueblos o campos de sembradura y de labor y se mejore en todo y para todo la falta de propiedad y bienestar de los mexicanos».

Pero este documento, que años más tarde sería considerado por la democracia mexicana como el embrión de la avanzada y moderna Constitución de 1917, sirvió primero para unir contra Zapata y los suyos a los grandes propietarios urbanos y rurales. Como no era fácil vencerle en el campo de batalla, como su popularidad crecía y su nombre iba ya de boca en boca de campesinos esperanzados, era necesario deshacerse de él en cualquier forma.

Don Venustiano Carranza, el Primer Jefe, como se le llamaba, había tomado las riendas del poder y exigía obediencia de todos los caudillos armados. Emiliano Zapata respondió a Carranza con una voz que, más que suya propia, era la voz de la historia: Zapata ordenaría a sus hombres entregar las armas y volver a sus faenas agrícolas en cuanto el Primer Jefe aceptara el Plan de Ayala como la base de su programa de gobierno. Francisco Villa,



por su parte, rehusaba también reconocer la autoridad carrancista. Unos años pasan, cada región de México dominada por un caudillo o por varios. En 1917, Carranza convoca una gran convención en Querétaro para redactar el documento fundamental de la República, su constitución.

Ese documento trascendental, en el que quedan incorporadas las ideas de Molina Enríquez y de los zapatistas, constituye, como lo reconocen todos los historiadores políticos, la primera Constitución revolucionaria de los tiempos modernos.

En líneas generales, la Constitución de Querétaro establece que toda la tierra y las riquezas naturales pertenecen a la comunidad, pero pueden estar en manos privadas siempre y cuando el interés público no requiera lo contrario. El subsuelo pertenece a la nación y sólo puede ser arrendado a particulares. La iglesia no puede ser propietaria. Los extranjeros sólo pueden dedicarse a los negocios dentro del marco de una empresa mexicana. Los trabajadores pueden organizarse en uniones y sindicatos. La jornada de trabajo es de ocho horas. El salario será el mismo cuando se trate del mismo trabajo sin distinciones de sexo o nacionalidad. Los ejidos y las tierras incultas volverán a ser propiedad de los campesinos. La educación será pública y laica, etc.

Sin embargo, la paz no vuelve del todo. Los caudillos continúan su disputa. Por una u otra razón, diversas tendencias se oponen al Gobierno. La aplicación de las disposiciones constitucionales no satisface a los elementos más revolucionarios. Emiliano Zapata combate, armas en la mano, a las tropas federales, y continúa imponiendo su reforma agraria, ahora ya medida legal. Todos los elementos conservadores ven en el general Zapata al enemigo por excelencia. La trama contra él se va urdiendo hasta la trágica y grotesca escena final.

La muerte de Zapata tiene el horrendo esplendor de una tragedia antigua. Lo que no ha logrado el arte militar, el choque de las tropas, porque Zapata parece invencible, lo alcanzará la astucia. Un oficial de las fuerzas gubernamentales hace saber a Zapata que desea unirse a los agraristas. Para dar mayor veracidad a sus palabras ataca una plaza fuerte del Gobierno. Zapata queda convencido, y se concierta un encuentro para recibir al nuevo compañero de armas. Como requiere la cortesía castrense, las tropas del falso rebelde se alinean y presentan armas. Cuando el general Zapata comienza a pasarles revista, el oficial, que ya tiene instruidos a sus soldados, da rápidamente las voces de mando y ordena hacer fuego contra el héroe desprevenido, que cae mortalmente herido.

El cadáver es llevado, a lomo de mula, hasta la capital de Morelos. Sin embargo, entre el dolor y el asombro, los campesinos no dan crédito a la noticia y piensan que Emiliano Zapata ha escapado también a la muerte y que debe andar escondido por la sierra. Poemas y corridos populares convierten en áurea leyenda el trágico episodio ocurrido en la Hacienda Cinameca el 10 de abril de 1919.

**Campanas de Villa Ayala  
¿por qué tocan tan doliente?  
— Es que ya murió Zapata  
y era Zapata un valiente...**

El arte mexicano, uno de los más vigorosos de nuestro tiempo y que ha producido grandes pintores al fresco por la primera vez desde la época del Renacimiento italiano, ha sabido rendir homenaje a la memoria del General Emiliano Zapata. Y así hoy aún se le ve pasar, seño y gallardo, ataviado siempre de charro bien castizo y bien plantado, seguido por sus campesinos en armas, bajo la bandera de **Tierra y Libertad**.



# EL TIEMPO EN FICHAS

Calendario y comentarios a cargo de MIGUEL TOLOCHA<sup>(1)</sup>

(Continuación)

## SIGLO VII

*Durante este siglo España vivió muy inclinada a las cosas árabes y muchos fueron los españoles que se dedicaron a estudiar el idioma de los moros y con el idioma su historia y su civilización.*

L. 33.

A. Hamon en «La Revolución a través de los siglos», dice:

«Hasta este siglo todos los padres de la Iglesia consideran, de acuerdo con San Gregorio, la tierra como cosa común y el comunismo como la cosa más cristiana y más perfecta organización social.»

Por consiguiente los bandazos de la iglesia solo a un camaleón de su talla podrían compararse.

Gran mutación política, social y religiosa debió haber en este período por cuanto no es sólo Hamon quien lo señala. Siglo de gran silencio llama Camus al VII, silencio que empieza con la muerte del neoplatonismo.

## ANO 700

España no escapa a esa situación. Este año comienza un período de los más oscuros de la historia de España. Reina a la sazón Witiza y, o no hubo historiadores o se les prohibió escribir. Autores de valía dicen que del año 700 hay pocas crónicas, y, por mediocres, no reflejan la verdad.

## SIGLO VIII

*Hablar el árabe en España significaba en el siglo VIII estar en contra del cristianismo. Era el árabe la len-*

(1) Agradeceríamos que el lector contribuyera ampliando y multiplicando datos y fichas. — LA REDACCIÓN.

*gua antilatina por excelencia, no sabemos si por ganas de la oposición o por designios inquisitoriales de los cristianos.*

Uno de los métodos de propaganda empleada por los árabes consistía el escribir en la moneda alegorías a su Dios y a su religión. La moneda iba de casa en casa aportando la consigna acuñada, semejante a la consigna que de casa en casa envían ahora los speakers de la radio y de la televisión a favor de su ministro o de su presidente.

En el Sudeste de Francia aparecen los Vandos a los cuales inspiró, al parecer, Manés que tenía como lema: «Todo pertenece a todos.»

## ANO 709

Año de sublevaciones, no porque hubiera sindicatos de resistencia sino por rivalidades personales entre poderosos coronados o coronables.

Witiza tenía un hijo: Akila, en lucha contra Rodrigo más domesticado por el clero. Venció el último, pero los árabes quieren revancha y lo lo gran con el paso de Africa a España que efectúa Tarik vencedor de Rodrigo, etc., etc. Entre los pecados que se les imputa está el imperdonable de haber desencadenado una guerra. Quién comete dicho pecado, dijo un obispo de entonces, va al infierno. Cosa paradójica, el año 1936, todos los obispos españoles menos uno, declararon la contrario, atizaron a la guerra cual lo hubiera hecho un cabo de la legión.

## ANO 711

Tarik con 20.000 moros conquista la península ibérica.

## ANO 755

Reino de Abderraman I en España.

## ANO 800

*Carlomagno hace una de las suyas: crea títulos de nobleza. El título comportaba derechos sobre vidas y haciendas. El noble podía robar, violar y matar en su circunscripción cual hacían en el año 1936 los jefes provinciales franquistas.*

## SIGLO IX

Se ponen muy en uso los profetas caídos en olvido. A la vista de sus profecías uno se da cuenta que es plagio de los profetas que ya se multiplicaron 800 años antes de Jesucristo. Los más famosos fueron Amós, Isai y los salmistas. Según Rendón, si hoy se presentaran recibirían el nombre de anarquistas o socialistas.

Sencillamente.

## ANO 813

Este año el clero español se apuntó un tanto: inventó el cuento del sepulturero de Santiago y España atrajo a peregrinos de todo el mundo. Hoy a estos peregrinos se les llama turistas.

Estos buscan sol y aire o prostibulos. Como entonces los peregrinos. Ved sino el simbolismo de «Via láctea» de Luis Buñuel.

## ANO 814

Año de agitación antiárabe. Reina-ba Alhaquer en Córdoba. Especialista en tramas políticas, él preparó como solo los caudillos son capaces, la horrenda matanza de toledanos conocida por Jornada del Foso.

Imponían silencio al pueblo a fuer de matar. El letargo en que España vive desde el año 36 ya tuvo precedentes.

ANO 854

Alvaro Cordubensio escribe su «Indicilo Iluminado», precioso libro al que hay que reservar una plaza de honor en nuestras bibliotecas.

ANO 871

Reinaba en Inglaterra el rey Alfredo. Se le atribuye a él como el primer hombre que tuvo la idea de dividir el día en tres ochos.

Antes de leer lo de este Alfredo yo pensaba que el inventor de la política de los tres ochos era Victor Hugo.

SIGLO X

Siglo teocrático como jamás se ha vuelto a ver.

Proudhon dice de este siglo que consagró la desviación del cristianismo verdadero.

La iglesia desde entonces, desvián-

dose cada día más ha dado pasos de gigante.

La influencia árabe está ya en lo alto de la cuesta.

Si Cervantes es el más gran embajador de nuestra lengua, el árabe tuvo otro del mismo calibre llamado Cide Hamet Benengeli.

El manco incluso lo cita.

A mí me gustaría poderlo leer, además parece ser que leyendo a Benengeli se comprende mejor a Cervantes.





# Nuestra batalla

Nuestra batalla, la batalla anárquica, se diferencia totalmente de todas las bregas que pugnan por influenciar los acontecimientos. No queremos la conquista del poder, nosotros; de ningún poder; no nos interesa, no nos puede interesar ninguna forma de poder que pueda influenciar a los pueblos de arriba a abajo, de lo complejo — la institución — a lo simple, el individuo. Por eso hacemos de lado, debemos hacerlo, amigos, todo propósito de conquista de poder: poder económico, poder espiritual, ninguna de estas modalidades de predominio nos puede interesar a los anarquistas.

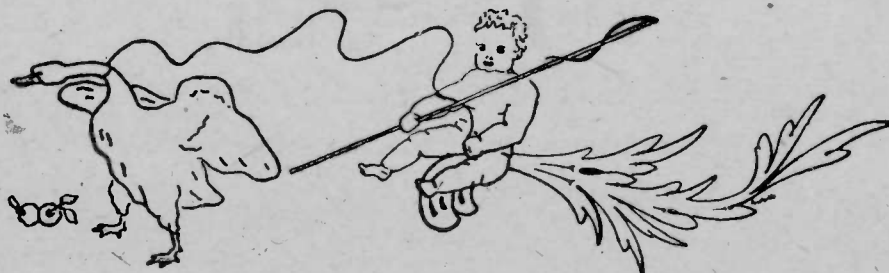
¿En qué consiste, pues, nuestra batalla? En ir al hombre, amigos. Ir al hombre quiere decir hacer de lado la posición que el individuo ocupa en el nutrido casillero social de nuestro tiempo: hacer de lado su posición política, su condición económica, su ubicación institucional, su temperamento intelectual, sus creencias: hacer de lado todo lo que caracteriza al hombre del siglo. Ir al hombre haciendo de lado todo eso significa llegar al corazón y a la mente del individuo, despertando sus sentimientos, obligarlo a ejercitar su propia inteligencia a fin de que se encuentre a sí mismo, a fin de que sienta en humano que a lo humano tiende, desarrollando sus propias aptitudes para amar al prójimo y hacerle desear y activar el despertar de la misma intensa vida a todos los prójimos.

Al hombre vamos, al hombre debemos ir. No a adoctrinarlo, no a encajarlo en un nuevo laberinto institucional. A gritarle a la vida intensa, a despertar el nexo que le une a la especie, a soplar las cenizas que cubren las brasas de su conciencia, a partearle sus propias ideas que tienen que estar, lo están, en su mundo exterior. Comadrones, somos. Como Sócrates.

Con este objetivo nosotros tenemos que ir al hombre, rompiendo todos los límites que estrechen nuestro radio de acción. Si en nuestras actividades de clase nos vemos obligados a luchar contra el explotador que lucra con toda la existencia del obrero, sólo debemos hacerlo en tanto que burgués, combatiendo al avaro que hay en él. Pero no debemos odiarlo como hombre, sin llevar a él nuestro verbo de liberación, buscar en su íntimo ser, soplar la ceniza, descubrir la brasa de la virtud. Algún fuego debe de haber debajo lo frío, amigos.

Por eso en nuestro agitar pasamos por encima de los vallados de clase y queremos hablar no sólo a todos los buenos, sino a todos los hombres, que en todo hombre hay algo de bueno en potencia susceptible de inundar todo su ser. Nuestro repudio va dirigido solamente a lo que de malo pueda tener el hombre. Tal es nuestra batalla.

FOSCO FALASCHI



abatió. El pueblo había rodeado los muros del castillo y debió presenciarse impotente el trágico espectáculo.

El conocimiento del manejo de las materias explosivas no estaba entonces muy difundido en España y por eso no cayó ninguna bomba entre los verdugos.

Un grito de indignación corrió por toda Europa sobre los verdugos infames y sanguinarios que dominaban en España; las noticias horribles excitaron hasta los más indiferentes y los sensibles, los que sienten en sí los dolores ajenos, contrajeron los puños con sed impotente de venganza.

La prensa europea no pudo mover el corazón de los asesinos españoles a la justicia, pero sin embargo, logró sacudir para la venganza el corazón y el ánimo de un joven entusiasta que comprendió que no se puede conmover el corazón de los tiranos, sino que es preciso atravesarlos de parte a parte. Al compasivo Miguel Angiolillo tocó la dicha de vengar a la humanidad injuriada. Sus balas atravesaron el corazón pétreo de Cánovas del Castillo, presidente entonces de ministros, que era responsable de esas infamias porque las había ordenado él mismo. Cánovas del Castillo era el Meternich, el Pobiedozef de España, era la encarnación de la reacción, era el mismo canalla que contribuyó principalmente en 1874 como político a la caída de la república española y al restablecimiento de la monarquía borbónica.

Las balas de Angiolillo tuvieron más éxito que doscientas toneladas de tinta, pues con Cánovas desapareció la cabeza de la reacción española y el ministerio que le sucedió — tal vez por temor a igual destino — puso en libertad a los supervivientes de Montjuich.

En España como en Rusia se demostró la verdad de la frase de que el despotismo sólo es ablandado por la muerte de los déspotas.

Ya antes había sido proyectado un atentado contra Cánovas. En el año 1895 lo esperó Francisco Ruiz con una bomba ante el palacio del gobierno. Pero la bomba explotó en las manos de Ruiz y lo mató a él mismo.

Angiolillo, un hombre joven, muy instruido, tipógrafo y activo colaborador de los periódicos franceses, italianos y españoles, tuvo noticias de esas infamias. Leyó sobre ellas en la «*Revue Blanche*», «*L'Intransigeant*», «*La Libre Parole*», y principalmente en el libro de Fernando Tarrida del Marmol, *Les Inquisiteurs en Espagne*, que llevaba constantemente consigo. Se decidió a vengar a sus compañeros y viajó principalmente con este objeto desde Londres, por Bélgica, hacia España.

En Francia se reunió con muchos compañeros y al acompañarlo hasta la estación lo despidieron con la fórmula «¡Has-

1883 — sucedían de tanto en tanto actos terroristas agrarios, las cosechas de los explotadores agrarios eran algunas veces incendiadas; en periodos de gran miseria eran robados frutos y vacas, pero los ejecutores de estos actos no fueron nunca sorprendidos. Las huelgas agrarias se hicieron muy sensibles para los propietarios también, y éstos decidieron intentar un golpe para liquidar a los jornaleros.

No tenían ningún argumento legal contra la sociedad, pública y legalmente constituida, y por eso descubrieron la famosa conspiración de la «Mano Negra», que nunca existió y que nació sencillamente de la imaginación de la guardia civil y de los jueces.

Un capitán de la guardia civil de Jerez, Morferte, «encontró» bajo una piedra en el campo los estatutos secretos de la «Mano Negra» envueltos en otros varios «papeles comprometedores» que declaraban como objetivo el robo, el asesinato y el incendio.

Un golpe mortal ordinario a un trabajador por su primo, que casualmente era miembro de la Federación de los Campesinos dio el pretexto para los procedimientos. Se arrestó a más de cien personas. Se enviaron artículos a toda la prensa del mundo sobre los descubrimientos de la «Mano Negra», aceptados por los lectores crédulos. Con ayuda de los más terribles tormentos — que tan sólo se conocieron veinte años después — se obtuvieron todas las «confesiones» deseadas. Los detenidos eran sólo miembros de la Federación Regional de Trabajadores, que fue identificada con la «Mano Negra». El sistema de la acusación era que el trabajador muerto en la riña había sido condenado a muerte por el tribunal secreto de la «Mano Negra», que presidían el campesino Corbacho y el maestro Juan Ruiz. Toda la acusación se apoyaba en las «confesiones» de los acusados por los jurados de Jerez. Entre los ajusticiados estaban F. Corbacho, presidente de la Unión de Trabajadores del Campo, y Juan Ruiz, secretario. Este había tomado parte en el congreso de la Federación Regional de Sevilla como delegado por Jerez.

Los procesos americanos de Chicago en 1886, y contra Haywood, Meyer, 25 años después, son sólo pálidas copias de este modelo español de cómo se destruye un movimiento sindical. Fueron los primeros mártires de la lucha de clases de los trabajadores contra los capitalistas; mártires precursores del sindicalismo.

Este proceso no fue el único, pues luego se decretó por el «liberal» gobernador de Cádiz para todo el territorio agrario de la provincia la siguiente ordenanza: «Para todos los daños e incendios cuyas causas no pueden ser indicadas, se considerará responsables a los miembros del comité local de la llamada Federación de Trabajadores.

En los procesos posteriores contra la «Mano Negra», con la que se asustó al mundo entero, funcionó siempre la tortura y con motivo de las confesiones que se obtenían, fue sentenciado un gran número de personas a trabajos forzados para toda la vida en las colonias africanas.

La verdad fue mantenida tan oculta que hasta los obreros anarquistas de las otras regiones creían en la existencia de la «Mano Negra».

En octubre de 1883 tuvo lugar el tercer congreso de la Federación Regional de Valencia. Este congreso se ocupó principalmente de la «Mano Negra», que fue ahora causa de la escisión y disolución de ese poderoso organismo. Los valerosos y enérgicos anarquistas conscientes defendieron los actos de la «Mano Negra» — en la creencia de que había realmente existido — en tanto que la mayoría, que simpatizaba con el anarquismo, pero que no era anarquista consciente, sencillamente — es triste decirlo — por temor a las persecuciones se dejó llevar a una declaración en que aseguraba no tener nada de común con los crímenes de la «Mano Negra» y en que los desaprobaba.

Por consiguiente, los anarquistas enérgicos, una minoría importante, se retiró de esa federación y fundó más tarde una federación puramente anarquista con el nombre de Organización Anarquista de la Región Española, que se componía en especial de grupos libres, círculos de estudios, grupos editores de periódicos y folletos, etc. Había llegado la época de la propaganda y de las discusiones teóricas, de los principios; en especial sobre el eterno tema «comunismo libertario o colectivismo».

Esta diferencia llevó a la escisión del movimiento. La vieja federación sindical permaneció colectivista, los nuevos grupos de los que surgió la Organización Anarquista fueron siempre más comunistas libertarios, revolucionarios, pero fuera de los sindicatos.

En el año 1885 fue celebrado en Reus (Cataluña) el primer Certamen Socialista, una especie de torneo literario de los mejores trabajos sobre el anarquismo. Todos los trabajos distinguidos y premiados eran completamente colectivistas. En Barcelona fue celebrado el segundo Certamen Socialista, y aunque el jurado, que se componía de los más conocidos escritores anarquistas, sostenía el punto de vista colectivista, fueron premiadas y publicadas algunas tesis comunistas libertarias. En este Certamen fue presentado también el himno anarquista «Hijos del Pueblo», que se hizo después famoso, por un tipógrafo, Rafael Carratalá, y publicado por primera vez.

El 1° de septiembre celebraron durante una huelga de albañiles los empresarios una conferencia para discutir el

justicia española. Los gritos de las víctimas torturadas en Montjuich penetraron en el mundo entero y desde entonces se pronuncia el nombre de Montjuich sólo con lúgubre estremecimiento, pues ni la Bastilla de la vieja Francia y el fuerte de Pedro y Pablo de la actual Rusia, han visto los horrores del **Castillo maldito**, como le llama la voz popular.

De trescientos a cuatrocientos detenidos fueron amontonados en lo profundo de un barco de guerra, sacados en pequeños grupos y torturados en un departamento especial de martirio de la guardia civil bajo la dirección del teniente Portas, según todas las reglas de la «santa» Inquisición. Se les quemó con tenazas al rojo vivo, se les arrancó la lengua, se les magulló los órganos genitales, etc., etc. Los jueces eran oficiales, y el juez instructor Marzo — que después se volvió loco — ordenaba como había que proceder con los acusados para que ante el espanto consiguiente confesaran durante el interrogatorio todo lo que se les exigiera. Esta vez confesaron 28 personas haber arrojado la bomba y el juez instructor militar Marzo pronunció ante el tribunal de guerra estas palabras dignas de ser pensadas: «Yo cierro los ojos a la razón y pido la pena de muerte para 28 personas».

Ante el tribunal de guerra los acusados mostraron sus cuerpos ensangrentados y desgarrados, negaron todas sus deposiciones, arrancadas por el martirio; pero a los jueces militares pareció haberles conmovido muy poco eso. Marzo les hizo llevar de nuevo, los volvió a entregar en manos de Portas, para prepararlos para más deseadas confesiones. Pronto resonaron en las celdas los gritos espantosos, desgarradores que llegaban hasta la sala en que sesionaba el tribunal de guerra. Los acusados fueron presentados de nuevo y el tribunal sentenció a un gran número a muerte y a unas 60 u 80 personas a trabajos forzados desde 20 años a perpetuidad.

Los absueltos fueron — pues entre tanto había sido votada una ley de excepción contra los anarquistas, que se aplicó de inmediato retroactivamente — condenados a destierro de España; y la intención del gobierno era enviar a los anarquistas desterrados a una comarca despoblada, a un desierto en Río de Oro, Africa, para la colonización forzosa, donde pronto habrían sucumbido a causa del clima.

El 4 de mayo de 1897 fueron fusilados los compañeros Tomás Ascheri, Luis Mas, José Molas, José Nogués y Juar Alsina, según la sentencia de muerte, en los fosos del castillo de Montjuich. Llegados al lugar de la ejecución gritaron aún: «¡Somos inocentes!» Uno gritó: «¡Asesinos!» Mas gritó aún: «¡Viva la anarquía!» y Molas: «¡Viva la revolución social!» Fueron obligados a arrodillarse; sonó una descarga y sólo cayeron cuatro; Alsina quedó en pie. Una segunda salva lo





Pero cor: la muerte de Pallás no se contentaba el gobierno, sino que intentó en esa ocasión librarse de todos los elementos incómodos. Para conseguir de los tribunales de guerra la condena de los deteridos, se repitieron los procedimientos de la **Mano Negra**: magullamiento de los órganos genitales, corte de la lengua, compresión del cerebro, privación de agua, de modo que los presos debían beber ante las torturas de la sed sus propios orines, azotes y agujonazos para obligarlos a correr ininterrumpidamente, día y noche, en el patio de la prisión, privación del sueño, nada quedó sin experimentar.

Uno de los obreros detenidos juró vengar a Pallás. Fue el anarquista Santiago Salvador, un amigo de Pallás, que poco después de su liberación arrojó una bomba en el Teatro Liceo durante una representación de gala. El hecho tuvo lugar el 21 de noviembre de 1894.

Siguieron nuevas e incontables detenciones y nuevos martirios, pero en proporción todavía mayor. Hasta se pidió la investigación a los mismos jueces que operaron en el proceso de la **Mano Negra**. Muchas víctimas murieron durante los martirios. Tan sólo unos meses más tarde se arrestó al autor, Salvador Santiago, en Aragón, el cual confesó inmediatamente su hecho y demostró que no había tenido ningún cómplice. Todas las víctimas de ese proceso que también habían confesado bajo los tormentos, lo que se les exigió, no fueron puestas en libertad a pesar de que Santiago era el único culpable.

Se construyó un nuevo proceso en el que ahora a los acusados a causa de la bomba del Liceo se les obligó por medio del sistema infalible de la tortura a «confesar» que habían tomado parte en la «conspiración» contra la vida del general Martínez Campos.

Como resultado de este proceso fueron sentenciados a muerte nuestros camaradas Archs, Bernat, Codina, Cerezueta, Sabat y Sogas, los cuales fueron fusilados; un gran número de compañeros fueron también sentenciados a trabajos forzados a perpetuidad en Africa.

En junio de 1896 estalló en la estrecha calle de Cambios Nuevos de Barcelona una bomba contra una procesión; el autor quedó desconocido hasta su muerte. Fue un francés, François Girault, que murió algunos años después en la Argentina. Tampoco esta vez conoció la rabia de los verdugos ningún límite. Más de trescientos inocentes, que sólo habían sido considerados como sospechosos de tener ideas libertarias, fueron detenidos y torturados.

Ahora llega aquel proceso de Barcelona que llevó el nombre de la colina del castillo de Montjuich a todos los países y descubrió por primera vez claramente ante el mundo a la

procedimiento a seguir contra los huelguistas. En esa conferencia cayó una bomba que mató a doce explotadores.

La vieja Federación Regional se hundió pronto. Tuvo aún un congreso en 1887 en Madrid, y en su último congreso de 1888 resolvió su disolución. En mayo de 1888 los anarquistas fundaron en su congreso en Barcelona una nueva federación sindical con el nombre de Federación de Resistencia al Capital. Esta federación tenía su fuerza principal en Cataluña, pero no fue nunca tan poderosa como su precursora, la Federación Regional, lo que tal vez hay también que atribuir en parte a la circunstancia de que en el mismo año fue fundada la federación sindical socialdemócrata Unión General de Trabajadores.

Por lo tanto había en esta época cuatro organizaciones obreras en España: por una parte el partido obrero socialdemócrata con su organización sindical paralela, Unión General de Trabajadores; y por otra la Federación Anarquista, con la Federación de Resistencia al Capital, que estaba bajo el influjo de los anarquistas.

\*\*

Unas palabras sobre la socialdemocracia en España, extraídas de un artículo de Pablo Iglesias en **Nuestro Tiempo**, de 1902:

Desde 1878 a 1881 hay un grupo socialista secreto; en 1881 hay ya cuatro grupos públicos; en 1885 hay cinco en toda España. Desde 1886 comenzó a aparecer la primera publicación socialista semanal, **El Socialista**, redactada por Pablo Iglesias.

En 1881, en las elecciones recibieron los socialistas en toda España, cinco mil votos. En 1901, veinticinco mil cuatrocientos. En 1889, según los datos de Pablo Iglesias, la Unión General de Trabajadores tenía 3350 miembros; en febrero de 1902 tenía 32.000 (?). Indudablemente, es extraño que el partido recibiera menos votos en las elecciones que el número de miembros que dicen tenían en los sindicatos; lo que por lo demás no ocurre en ningún país.

\*\*

La Federación de Resistencia al Capital fue enérgicamente apoyada por la Organización Anarquista en todas sus luchas. Ambas organizaciones propagaban en su interior la huelga general y organizaron huelgas importantes y revolucionarias que causaron gran sensación.

A fines de febrero de 1888 tuvo lugar en Riotinto una huelga en que participaron de 12.000 a 13.000 obreros y mine-

ros. Cuando volvían de ante la casa del gobernador, el regimiento de Pavia hizo una descarga criminal desde atrás contra los huelguistas, que tuvo por resultado 57 hombres muertos y 200 gravemente heridos. Unos meses después los obreros se vengaron. Fueron quemadas fábricas, destruidas minas. Se produjeron numerosos «actos individuales» cuyos autores no fueron descubiertos.

En enero de 1889 tuvieron lugar en el Palacio real, en el curso de 14 días, ocho explosiones de dinamita, una explosión más considerable en el palacio del arzobispo y una en casa del jefe del partido conservador.

El 1º de mayo de 1890 abandonaron todos los obreros de Barcelona el trabajo para dar a la manifestación decidida internacionalmente, un carácter revolucionario. Fueron detenidos los tranvías y los trenes; y fueron quemadas y saqueadas las casas de algunos odiados explotadores. La policía y el ejército se guardaron de atacar a los obreros, los obreros tampoco atacaron; y dos días después volvieron al trabajo.

En 1891 la Federación de Resistencia tuvo un congreso en Madrid en el que se resolvió declarar la huelga general en toda España el 1º de mayo de 1891 para conseguir las ocho horas. El 1º de mayo produjo también en toda España escaramuzas, especialmente en Cataluña: en Barcelona hubo verdaderas batallas callejeras y luchas de barricadas, donde fueron muertos y encarcelados muchos anarquistas.

En esos días se presentó una delegación del partido socialdemócrata dirigida por su jefe Pablo Iglesias, ante el presidente de ministros, Sagasta, para asegurarle la legalidad y pacifismo de los socialdemócratas y declararle que no tenían nada de común con los bandidos anarquistas, cuyos actos desaprobaban.

..

Cuando se considera el mapa de España aparecen las ciudades de Barcelona y de Jerez como dos puntos opuestos del país, como dos polos por los que se podría hacer girar el mapa. Son también los dos puntos centrales de la vida revolucionaria de España. Desde las luchas por la Independencia contra Napoleón hasta hoy, han sido los puntos principales de todos los movimientos revolucionarios. Todo movimiento en Cataluña halla inmediatamente un eco en Andalucía y viceversa.

Como eco de los sucesos de Cataluña comenzaron los obreros del campo de Andalucía a moverse.

Resolvieron tomar por asalto la ciudad de Jerez (60.000 habitantes) para extender desde allí el movimiento por toda Andalucía. En la noche del 9 de enero de 1892, debían encon-

trarse cerca de 5.000 trabajadores del campo fuera de la ciudad para atacarla. Sin embargo, una lluvia torrencial en esa noche motivó el que no concurrieran más de 500 o 600 hombres, que decidieron a pesar de todo avanzar. Penetraron en la ciudad sin resistencia. Fueron saqueados algunos negocios, se cambiaron algunos tiros, pero la población obrera permaneció indiferente. A los rebeldes no les quedó otro remedio que retroceder y no cayó ninguno en manos de los soldados. En su miedo, la burguesía se puso más rabiosa porque no sabía a quien dirigirse. Resolvió, pues, vengarse sencillamente en la clase obrera: los jefes de las organizaciones obreras, sus oradores, los colaboradores de los periódicos proletarios fueron condenados a muerte y otros a largos años de trabajos forzados sin la menor prueba de que hubieran estado presentes en la revuelta. Nuevamente se consiguieron mediante la tortura todas las «confesiones» deseadas y cuatro de nuestros mejores compañeros, Lamela, Busiqui y Lebrijano fueron condenados a garrote. Otros fueron enviados por toda la vida a Ceuta y Melilla, entre ellos Fermín Salvochea, condenado a doce años de presidio por participación en la «insurrección», bien que durante los sucesos de Jerez estuviese en la cárcel de Cádiz en la que se hallaba desde hacía un año y medio. Su sentencia fue fundamentada en la sospecha de que había incitado a la insurrección desde la cárcel.

#### IV

#### EL PERIODO TERRORISTA (1892-97)

Ahora se repiten los sucesos de Andalucía en Cataluña. El 24 de septiembre de 1893 el anarquista Paulino Pallás arrojó dos bombas en la Gran Vía de Barcelona contra el general Martínez Campos, al que hirió levemente, para vengar a los camaradas ajusticiados en Andalucía y para protestar contra las atrocidades de la soldadesca en Cuba y la reacción jesuítica en España.

Pallás no huyó, sino que arrojó su gorra al aire y gritó: «¡Viva la anarquía!». Por eso se atrajo la atención y fue arrestado.

Pallás fue condenado a muerte por el consejo de guerra. En el camino al lugar de la ejecución cantó el magnífico himno anarquista hasta el lugar:

«antes que esclavo prefiero morir»...

Cuando fue ordenado hacer fuego gritó aún con voz fuerte: «¡La venganza será terrible!»

# Clericalismo y militarismo en Argentina

por Angel J. Capelletti

**M**ILITARISMO y clericalismo, síntomas patológicos asociados y cuasi congénitos en la sociedad latinoamericana, se acentúan en los momentos de crisis política y económica. Como todos los síntomas patológicos, representan un desequilibrio en las funciones orgánicas y, en América latina constituyen la expresión del profundo temor de las clases dominantes ante todo cambio estructural.

En la Argentina presentan, por lo demás, particularidades genéticas especialmente interesantes.

El ejército argentino se organiza después de Caceros. La guerra del Paraguay y la conquista del Desierto impulsan su potencial y su disciplina. Sarmiento crea el Colegio militar y por primera vez aparecen en el país soldados profesionalmente formados, soldados con educación táctica y estratégica, soldados a la europea. En el último tercio del siglo XIX los oficiales argentinos, imbuidos en su mayoría del positivismo imperante en los círculos intelectuales, masones con frecuencia, como muchos de los principales hombres políticos, no disienten por lo común de la burguesía «progresista». Sin embargo, el hecho de que muchos de ellos hubieran recibido en pago de sus servicios (reales o imaginarios) en la conquista del Desierto, vastas extensiones de campo les van vinculando, como grupo, a los intereses y a la mentalidad del «estanciero», esto es, del terrateniente feudal de la pampa.

Cuando las organizaciones obreras, surgidas con la incipiente industrialización del país, desde la década del 80, inician una acción reivindicativa y potencialmente revolucionaria, el ejército permanece indiferente durante mucho tiempo.

Ya en la primera década del siglo, su actitud anti-obrera es notoria. La huelga de Vasena y la semana trágica lo embarcan en una abierta tarea de represión, junto a la policía «brava» y a los jóvenes «bien» de la Liga Patriótica. Sus víctimas preferidas son por entonces los dirigentes de la F.O.R.A. anarcocomunista (sobre todo, los extranjeros).

El surgimiento del fascismo en Italia encuentra pronto ecos entusiastas entre ciertos intelectuales tráfugas de la izquierda (como Lugones), entre muchos políticos conservadores, cansados del liberalismo (como Sánchez Sorondo), y entre no pocos oficiales, hartos de la legalidad democrática, blanda e impotente (como Uriburu). Poco más tarde, la versión española del fascismo los sume en megalomaniacos sueños imperiales y, al mismo tiempo, facilita ideológicamente su simbiosis con los grupos clericales y ultramontanos.

El temor de la revolución social, exacerbado a partir de 1918, por el hecho soviético, hace que la clase feudal (los estancieros) y la naciente clase industrial, vean en el ejército la única salvación posible para el país.

Los militares — y muy particularmente los oficiales pro-fascistas — configuran desde entonces para dichas clases (así como también para una parte de la pequeña burguesía desorientada y resentida) la imagen arquetípica de la honestidad (frente a la deshonestidad de los políticos liberales), de la seriedad (frente a la improvisación de los gobernantes civiles) y, sobre todo, del orden (frente a la subversión obrera y frente a la demagogia gubernamental de los radicales). El ejército pasa a ser, a los ojos de las clases dominantes, baluarte de la tradición nacional, dique frente al extranjerismo revolucionario, defensor innato de la civilización occidental y cristiana (o sea, de la familia patriarcal y de la propiedad privada). No resulta difícil ver entonces cómo la vinculación de los jefes y oficiales a los intereses de la clase feudal y la evolución de muchos de ellos desde el liberalismo y el positivismo hacia el fascismo y el falangismo por un lado, y la constante solicitud de las clases dominantes por otro, engendraron, precisamente en la Argentina, el país cuyas instituciones políticas parecían más firmes, cuya conciencia social parecía más desarrollada y cuyo movimiento obrero era, sin duda, el más extendido y combativo, dentro de América latina, el más virulento y doctrinario de los militarismos. La «revolución» de 1930 fue su primer fruto político-social. El general Uriburu no consiguió, desde luego, restaurar el virreinato del Río de la Plata, pero sí asestar un golpe mortal contra el movimiento obrero y, en definitiva, también contra el espíritu civil. Desde entonces el ejército ha sido árbitro absoluto de la vida política del país. Los pocos civiles que a partir de 1930 gobernaron en Argentina, lo hicieron bajo la mirada despectivamente tolerante de los generales (Frondizi, Illia), cuando no cual simples mandaderos de los mismos (Guido).

Así como entre los guerreros argentinos del siglo XIX proliferaron las logias masónicas y liberales, así entre los militares del XX empezaron a multiplicarse las sociedades secretas de corte reaccionario, encaminadas al afianzamiento del **statu quo** y a la conquista del poder político. Dichas sociedades secretas (como el G.O.U. por ejemplo) se convirtieron en el instrumento más apto del golpismo y cada vez que de algún modo, siquiera fuese en forma indirecta, mediata y parcial, el pueblo pareció querer posesionarse de sus derechos



y hacer efectivas las conquistas que las propias leyes le garantizaban, las armas del ejército se volvieron contra él. En 1930, la agitación sindical, el populismo demagógico (pero populismo al fin) de Irigoyen, los intereses de los estancieros bonaerenses y de los frigoríficos irgleses, motivaron la «gloriosa» revolución del 6 de septiembre. En 1943 la «revolución» la hizo la urgencia por salvar al país de las garras de los comunistas (entre los cuales estaban, naturalmente, los embajadores de Roosevelt y de Churchill). En 1955 fue, ante todo, el temor a que una hipotética milicia obrera pudiera desplazar (refanda perspectiva) al ejército mismo y la inaudita pretensión de Perón de conducir la política educacional del país sin contar con la bendición del clero. En 1966 la infiltración comunista en las universidades, la imposibilidad de que algún candidato aceptable triunfara en las elecciones, la poco cortés (ya que no mal intencionada) política del gobierno radical frente a las compañías petroleras, fueron, entre otras similares, las causas de la revolución argentina por antonomasia.

La ideología militarista, que en la década del 20 surge vinculada al fascismo (en la hora de la espada), fue hasta 1945 una ideología minoritaria, feudal y burguesa, compartida por pequeños núcleos de intelectuales que, como Lugones, confundían los delirios seniles con los impetus de la adolescencia. Sin embargo, a partir de esa fecha y gracias al coronel Perón, comenzó a difundirse peligrosamente en el pueblo y entre la clase obrera. Afortunadamente el general Onganía ha vuelto (en éste como en otros muchos problemas) las cosas a su antiguo estado, y hoy son ya muy raros los obreros que esperan la salvación por los generales. Es claro que aún persiste la inverosímil fauna de los dirigentes participacionistas, pero éstos son ya caudillos sin huestes y, más aún, histriones sin público. Hoy en la Argentina son militaristas, ante todo, los propios militares, que se han autocondenado a una especie de endogamia espiritual; una buena parte del clero, preconciiliar, filo-falangista, vestigio de los viejos jesuitas de Aragón; un sector importante de la clase terrateniente y de la burguesía nacional.

Por otra parte, conviene no desconocer el peligro de un neo-militarismo. Este fenómeno, como el del neo-racismo, está vinculado a las fluctuaciones de las jóvenes generaciones de la izquierda, que tienen muy presentes el papel del ejército en la revolución china, el fenómeno del nasserismo y del llamado socialismo árabe, etc.

El clericalismo tiene en la historia argentina una trayectoria paralela a la del militarismo. Ya desde los días de mayo uno de los bastiones de la causa goda fue el alto clero, con el obispo Lué a la cabeza, y la adhesión ultramontana a las estructuras eclesiásticas fue equivalente a la lucha anti-criolla y antinacional. Con el padre Castañeda se esbozó una organización política abiertamente clerical y la ilustración rivadaviana provocó por reacción el oscurantismo frailuno y los desplantes del «Despertador teo-filantropico y gauchi-político».

La tiranía de Rosas estuvo signada por una con-

fortable sumisión del clero porteño y nacional al «restaurador de las leyes». En «la ciudad pintada de rojo» los curas párrocos entronizaban su imagen mazorquera sobre el altar mayor, y las comunidades de monjas y de frailes rivalizaban en zalemas al señor de Palermo y a su hija Manuelita. Rosas era, para ellos, ante todo, el guardián de los valores tradicionales (como propiedad, autoridad y familia); el que castigaba con muerte infamante las aventuras de los curitas románticos y las Camila O'Gorman, aun cuando su propia vida privada discurriera por los andurriales del incesto. Sólo los jesuitas — siempre más papistas que el papa — supieron enemistarse con esta nueva versión pampeana de los Católicos Reyes de Castilla.

En general, todos los adeptos del tirano eran clericales o, por lo menos, sentían un alto respeto por las instituciones eclesiásticas (lo cual no implica necesariamente que fueran creyentes o que profesaran una fe ortodoxa, como no la profesaba, sin duda, el propio Rosas, que en cierto sentido era un Maurras «avant la lettre»). Es claro que también entre los antiresistas los había clericales, pero lo cierto es que los únicos no-clericales (ya que no anticlericales) de la época estaban en las filas de los exiliados.

Rivadavia, «la última expresión práctica de lo que podría llamarse el Aufklärung argentino» como dice Coriolano Alberini, fue siempre el blanco preferido de los ultramontanos; Rosas, su antítesis, aunque atacado por el muy católico Estrada, recibió en conjunto la adhesión del clero y de los más ortodoxos entre los fieles militantes.

Sin embargo, fue recién después de la caída del tirano cuando se formaron en la Argentina los primeros grupos clericales propiamente dichos. El positivismo imperante en lo socio-político, en educación y en derecho, en literatura y en arte, no podía dejar de provocar una violenta reacción católica y clerical. Amadeo Jacques, Guillermo Rawsor, Eduardo Wilde, Florentino Ameghino, José María Ramos Mejía, Paul Greussac y demás representantes del «espíritu positivo» se ven enfrentados por Fray Mamerto Esquiú, José María Estrada, Pedro Goyena, Félix Frias, Lamarca y otros.

En el parlamento (a propósito de la famosa ley 1920, sobre todo), en la prensa (con el surgimiento del periodismo católico confesional) y en la cátedra los clericales libran su batalla.

Facundo de Zubiría, en una obra publicada en París en 1860, atribuye todos los males sociales y políticos que padece la República Argentina al laicismo, dominante en la vida nacional desde la época de la independencia (1).

En la década del 80 se funda inclusive un partido católico, que aun cuando no logra entonces grandes éxitos electorales y aun cuando no tarda en desaparecer poco más tarde, es el germen oculto de otros varios grupos políticos y asociaciones ideológicas posteriores.

La influencia del liberalismo es, de todas maneras, tan grande entre 1880 y 1910, que se hace sen-

(1) Ricaurte Soler, «El positivismo argentino», Panamá, 1959, pág. 51.

tir (logias masonicas mediante) hasta en las filas del ejército y llega a producir, durante la presidencia de Roca, el único conflicto más o menos serio entre ejército y clero que registra la historia argentina.

Pero el clericalismo es una fuerza en auge. A partir de la primera guerra mundial sus acciones suben junto a la marea de la reacción antiliberal y antidemocrática, pero sobre todo en ancas de la marea antisocialista, que provoca la atemorizada burguesía.

Por un lado florecen los Círculos de Obreros Católicos; por otro, los movimientos antiproletarios, inspirados más o menos directamente por elementos clericales. Llegamos así a la Liga Patriótica y, un poco más adelante, al feliz maridaje del clericalismo y el fascismo.

En ningún país del mundo — salvo en España y Portugal — produjo tan óptimos frutos esta alianza. Ella permitió a los hijos idealistas de los estancieros, que hasta ayer derrochaban sus patrimonios en las «boites» de París, sentirse legítimos herederos de los cruzados en la lucha contra el ateísmo y la subversión social, y al mismo tiempo los convenció del derecho natural y divino que los asistía como latifundistas y como señores de los siervos de la gleba. No sólo les permitió dormir tranquilos sobre el sudor y la miseria del peonaje gaucho sino también regocijarse con la idea de que representaban al espíritu contra la materia. «Dieu et mon droit» (o sea, mi escapulario y mi estancia).

Los clericales, apoyados por el faccioso y fascista Uriburu, le apoyaron a su vez de buena gana.

Comenzó entonces una mascarada política de crucifijos y svásticas, en la cual los jóvenes admiradores de Mussolini y Santo Tomás de Aquino se dedicaron a hacer el inventario de los males del liberalismo, se burlaron de las instituciones democrática y, sobre todo, abominaron del socialismo, en nombre del orden, de la jerarquía y de los altos valores del espíritu.

Ante el poderoso ariete nazi-católico cayeron Inglaterra junto a Rusia, Estados Unidos junto a Francia. El paraíso se entreveía en Italia, en Alemania, y tal vez, en Japón.

Para gran regocijo de estos clérigo-fascistas criollos, Franco aplastó la República española y en su régimen beatamente totalitario, no pudieron menos de ver la imagen de la «ciudad de Dios».

La segunda guerra mundial agudizó en la Argentina el fascismo de los clericales y el clericalismo de los fascistas. Hubo — justo es decirlo — algunos militantes católicos y hasta algunos clérigos (como monseñor de Andrea), como el cura Agustín Elizalde, como el asuncionista Luchia Puig) que se pusieron de parte de los aliados y hasta se atrevieron a defender una democracia muy a lo Maritain.

Cuando se produjo el golpe de Estado de 1943, los ministerios y gobernaciones se poblaron de nacionalistas. Las universidades conocieron interventores como Genta, un Giordano Bruno al revés, que en vez de sufrir la hoguera quiso encenderla para todos quienes no pensaban como él. Mientras tanto, los fascistas perdieron la guerra. Surgió el pero-

nismo. En la medida en que este movimiento, promovido por un sector de la burguesía industrial; sustentado, sobre todo, en las masas de campesinos sin tierra, desplazados a la ciudad y convertidos en obreros por obra de la creciente industrialización, tenía una raíz fascista (Perón, agregado militar en Roma, era sin duda un admirador de Mussolini), los nazi-clericales le apoyaron mayoritariamente.

Aquél, al triunfar, pagó su apoyo electoral con la implantación de la enseñanza religiosa en la escuela pública, tradicionalmente laica. Sin embargo, cuando el mismo, arrastrado por la masa cuasi-proletaria, se dispuso a emprender, más allá de la demagogia inicial, algunos cambios un poco más profundos en lo socio-económico, se encontró en seguida enfrente a sus antiguos socios.

Llegó la ruptura con la Iglesia, la implantación del divorcio, la reimplantación del laicismo escolar, el esbozo de proyecto de milicias obreras, la quema de los templos metropolitanos.

El grupo clerical se declaró abierta y sangrientamente anti-peronista. Pese al apoyo de la C.G.T., de la California y de los adventistas del séptimo día, Perón cayó. Otra vez, con el general Lonardi, los nazi-clericales, ahora debidamente camuflados de demócratas cristianos, ocuparon puestos prominentes en el gobierno.

Aramburu los desplazó un tanto, pero Frondizi (ex abogado del Socorro Rojo Internacional) les abrió de nuevo las puertas del poder y les otorgó situaciones claves en educación y en relaciones exteriores.

Después del golpe de Estado que desplazó a este presidente «izquierdista» (y no precisamente por haber entregado el petróleo a los consorcios yanquis y las universidades a la Santa Sede Apostólica), el gobierno títere de Guido los instaló con derechos exclusivos en todos los puestos importantes.

Illos quiso prescindir un poco de ellos, en beneficio de sus antiguos comilitones, pero no lo logró del todo.

El último y el más desdichado de los motines militares, el que encaramó en el poder al general Onganía, declaró tácita pero claramente **conditio sine qua non** para aspirar a cualquier cargo importante, una impecable trayectoria nazi-clerical. Es claro que hoy todos estos ilustres personajes que ocupan los sillones ministeriales, los estrados de la judicatura y los rectorados de las universidades nacionales son ya decididamente «democráticos» y aun, si se quiere, socialcristianos.

No interesa que censuren los espectáculos y la prensa, que confisquen revistas y quemem libros; que cierren todos los medios de expresión pública para los disconformes, que discriminen la inmigración de los no-católicos, que encarcelen aún a los curas no clericales. Ellos siguen siendo «esencialmente» democráticos.

No importa que hambreen al pueblo, congelando los salarios, que persigan y encierren a los dirigentes obreros rebeldes, que masacren a los estudiantes, que legislen para los grandes trusts extranjeros.

Ellos siguen siendo «altamente» cristianos.

# Este universo emocional

por Campio Carpio

**A** generosa iniciativa de Mercedes y Lone soy deudor del libro «Surco» con que me obsequia el distinguido Félix Martí Ibáñez. Es un volumen de quinientas páginas, en buena tipografía española que, por su título, dice bien poco. Pareciera producto de poética faena agrícola, trabajo de arado, mitad de la operación para la siembra, faltando no más que destripar los terrones, extirpar las malezas sueltas, arrojar la semilla y pasar la rastra, esperando el milagro de la fructificación. Sin embargo, puesto el volumen en la mesa de operaciones, al correr de su lectura iremos descubriendo un mundo pasado y otro que vamos construyendo, levemente, con la paciencia de la naturaleza, partiendo de la nada, de ese falso e impreciso término que todavía sobrevive para empequeñecerlos.

Este libro de Martí Ibáñez fue impreso por Aguilar, romántico editor si pueden encontrarse hoy, que se dejó arrastrar por el idealismo de servir a la cultura, combinando dos emociones bien dispares como, en otro orden, lo está consiguiendo Martí Ibáñez. De romanticismo hablamos para entrar en el terreno de las reales ilusiones utópicas. Aguilar, como editor, es un producto de sazonado idealismo, tal como escritor lo fue Panait Istrati. En el periodo de la contienda ibérica, Martí Ibáñez desempeñó un papel significativo en el seno de las Juventudes Libertarias. En este volumen renueva el diálogo con el mundo viviente de los seres humanos, en cuyo ámbito nos enfrenta con el milagro de la creación.

Arrastrado por los entusiasmos juveniles, este médico español ha interpretado la necesidad de

orientar a los profesionales de la medicina, no totalmente al tecnicismo frío y desvinculado de las emociones. El mundo de la medicina no debe ser un sacrificio permanente para el estudioso, para el científico, cirujano o clínico. Si la ciencia médica entra en el campo enciclopédico, fuerza es que se auxilie al profesional, liberándolo de la carga que importa tamaña responsabilidad de curar el cuerpo físico. Martí Ibáñez ha querido que el médico se identifique con el arte pictórico y literario en especial y la poesía, conciliando «arte y medicina, humanismo y tecnicismo, ciencia y conciencia, la visión realista del mundo médico con la visión romántica del poeta».

Para recalcar en este puerto, Martí Ibáñez ha realizado un viaje a través del mundo humano, del submundo del dolor físico y del inframundo histórico, integrado por «médicos, albañiles, pintores, campesinos, deperdientes, banqueros, chóferes y bailarinas», cuya ocupación diaria es sumamente similar igual que el «resto de nuestras acciones de comer, amar, dormir y soñar». Extiéndese Martí Ibáñez en la enunciación de médicos literatos, poetas y lectores perdidos en la geografía terrestre del humanismo que llena las páginas de la constelación intelectual. Y desde Esculapio a nosotros va enumerando situaciones, circunstancias, momentos del irdecible dolor que embarga al hombre en su afán de saber y del herido y paciente prendido al débil hilo de la vida que el médico-hombre tiene en sus manos. En la enumeración, presenta Martí Ibáñez a figuras físicas y artísticas, donde dos hombres, médico y autor, se identifican con el dolor de sus pacientes y se esfuerzan por restituirles

a esa vida animal que, dentro de todo, es todavía digna de preservación.

Entra en el terreno de la conjetura filosófica, dialogando el médico literato con el clínico, con esas figuras universales del saber y del sentir que llenan nuestra historia, evadiéndose de las preocupaciones, o forzándose por liberarse de ellas. Esa turbamulta de elementos humanos que integran el plantel intelectual tiene cada uno un motivo de frustración, pero el grito de la palabra lo sujeta a la responsabilidad profesional. En todas las naciones civilizadas impera la misma inquietud, desde el antiguo Egipto, pasando por Grecia, el Renacimiento, hasta nosotros. Profesionales e industrias, de cualquier extremo del mundo, principes y vasallos, creadores anímicos de imperios, todos caen arrodillados implorando la vida que pugna por precipitarlos al osario común. El médico, maestro o bachiller debe aplicar la terapéutica de las posibles circunstancias.

Desde la simple extracción dental por parte de herreros y barberos, hasta las amputaciones que se «hacían con cauterio, bisturi y sierra», cuánto dolor está sepultado en la historia del padecimiento humano. Sin embargo, «en vez de usar instrumentos candentes para hacer amputaciones y evitar las hemorragias, Daza Chacón usó ligaduras, haciendo la cura final con una mezcla de clara de huevo, sangre de dragón, bol arménico y acíbar. En las amputaciones de una mano a los ladrones, Daza Chacón estiraba la piel hacia arriba, ligando fuertemente el brazo; dibujaba la línea para el hachazo, cubría luego el tajo con la piel retraída y por él manualmente estirada, y cosía el muñón, metiéndolo en



seguida en el vientre de una gallina viva para evitar la hemorragia. Las galeras y su drama fueron el reverso del dolor del anverso de gloria de la España de Don Quijote», consigna Martí Ibáñez.

«Surco» es una reseña histórica de la evolución médica, desde los métodos anatómicos hasta la comprensión del mundo biológico que explicó muchos fenómenos para mitigar el dolor universal. Martí Ibáñez hace ese recorrido, no sólo en el ámbito de la medicina española, sino mundial, cuyos elementos fueron iguales de nación a nación. Ansioso el mundo de la medicina y la cirugía por identificarse con cualquier procedimiento que importara un avance en la curación del paciente, se trasladaba de un país a otro, cuando alguien se destacaba del standard común. Amberes, Aranjuez, París, Padua han podido ser centros donde se enseñaba a curar. La edad media, con sus guerras hizo progresar la cirugía y traumatología. La humanidad no pudo desprenderse de ese aporte doloroso, del sufrimiento, prestando gratuitamente su cuerpo para los más lacerantes experimentos. Vista desde este ángulo, la sangre caliente y roja constituye el aporte más valioso de todos los tiempos para el progreso de las civilizaciones.

Martí Ibáñez enumera infinidad de maestros donde el «humanismo y la cultura adornaban la Medicina y le prestaban alas para volar alto por un cielo saturado de libertad». A medida que se acentuaba el progreso de la ciencia, descendía la profesión de los charlatanes, de la magia y la brujería que sirvieron de mortaja a la ignorancia. Con ese tupido velo se cubrieron paraísos de dolor, hasta que nuevas generaciones echaron abajo castillos de rufianes asalariados, matones y espadachines, pirámides de supercherías, así en el arte de curar como de pensar. La Revolución Francesa todavía está trabajando este capítulo de la historia; a ella le debemos cuanto sentimos y experimentamos de emociones universales que son comunes a nuestra especie.

Este libro de Martí Ibáñez ex-

tiéndese sobre el impacto psicológico de la ciencia atómica sobre el arte moderno. Y nos demuestra como el hombre del siglo comienza a elevarse sobre el horizonte intelectual por el tremendo valor de las teorías físicas que permiten encadenar el «paso de los astros a las ecuaciones elaboradas por un cerebro humano en la soledad de un laboratorio». El contacto con las ondas de radio, irradia horror al vacío; mas, el progreso no puede detenerse y preciso es rellenar el organismo con tejido conjuntivo. «En la vida moderna, la ciencia adquiere el carácter de viscera suprema». Hoy podemos comprenderlo, como que la «vida ha existido hace mil doscientos millones de años; el hombre ha existido desde hace un millón aproximadamente y ha usado su cerebro para crear progreso desde hace cincuenta mil años. Ha podido escribir sus pensamientos desde hace unos seis mil años y creado civilización desde unos cuatrocientos años. Pero solamente ha usado la ciencia como factor educativo de su vida desde unos trescientos años. Desde entonces, la misión de la ciencia ha sido hacer un inventario del universo para el ser humano, revelar el sistema de posibilidades disponibles y el modo de utilizarlas para su propio mejoramiento. Acaso ninguna otra ciencia como la física ha influido de modo tan profundo en el pensamiento humano», afirma Martí Ibáñez.

Al sentido filosófico de la teoría de la relatividad agrega Martí Ibáñez la psicodinámica del arte moderno. Las interrelaciones del pensamiento científico y artístico, el perfil psichistórico del arte moderno y la dinámica del arte abstracto, preocupan al autor, consignando que la «imagen humana del universo varía según las imágenes sensoriales y mercales que del universo se forma el hombre, gracias a sus lecturas y meditaciones. Durante miles de años el ser humano vivió con un esquema espacial en su mente. Cuando en estos últimos cincuenta años la física atómica destruyó los conceptos de ese universo, desintegrándolo en átomos, alteró su perfecta geometría». La des-

trucción de la imagen corporal del hombre como consecuencia de la nueva biología y psicología nos enfrentan a un nuevo progreso biológico.

«Hasta comienzos del siglo — agrega Martí Ibáñez — la anatomía era estática, solidificada, rígida, fija, y el ser humano estaba formado como un pequeño microcosmos de piezas tan sólidas y sometidas a leyes, pesos y medidas, como el macrocosmos en derredor suyo lo estaba a las leyes de la física. La nueva histología ultramicroscópica, desintegrando en elementos hasta hoy invisibles al ser humano, y las nuevas concepciones fisiológicas y dinámicas de la antes estática anatomía humana, dieron como resultado que la imagen corporal quedara también destruida, deshecha, transformada la ordenada concepción de antaño del organismo humano en una confusa imagen de elementos moleculares en perenne agitación y desconcierto».

El impacto psicológico de la ciencia atómica sobre el arte moderno y su reacción a la nueva ciencia son meditaciones profundas respecto del porvenir ante el temor de que el hombre pierda perennidad frente a sí mismo y al cosmos. En otro orden de ideas, extiéndese sobre el arte de Utrillo, el ermitaño en su jaula de oro; sobre Braque y Picasso en busca de su propio universo; sobre Modigliani, el artista que se «quemó como un cirio que arde y se consume en su llama para dar su luz».

Manteniendo el interés del lector en esas disquisiciones, Martí Ibáñez lleva por Florencia en aquel período tan plético de emociones que encuentra su epicentro en el año mil quinientos. Vamos en procura del maestro insigne que lo fuera Leonardo, por callejuelas, hosterías iluminadas por el genio explosivo que sepulta al medievo. Pasamos entre los recuerdos de los Borgia, Savonarola, el Verrochio, Chirlandajo, Masaccio, a la luz de la luna. Martí Ibáñez no se cansa de hablarnos emotivamente, con calor del levante y colorido ibérico, que vamos sorbiendo entre la barandilla de fuerzas motrices

e ideas esquemáticas. Toda aquella omnisciencia imaginativa que traspone las compuertas del pasado y corre como un torrente fluvial por el alma del médico y del artista cobra aquí majestad en el detalle de la técnica y de las formas que habrían de concretarse en el gigante Miguel Angel.

Entrar por esa puerta del conocimiento histórico e identificarse con el ambiente de colores en profusión y de figuras representativas de la anatomía humana, trasluciendo la perfección de la naturaleza, equivale a dejarse arrastrar por la mística de la palabra, por el valor y tintineo de las viejas monedas de oro y la poesía de aquellas antiguas ciudades libres que en su trajinar fenecían frente a un vaso de vino, al hechizo de la brujería y contradiciendo las ideas de Galeno. Por ahí predicando Martí Ibáñez envuelto en su capa española, apresurado, por aquel murdo de chismorreos y con una idea justa en su cerebro buscando el tiempo que desde entonces habría de correr más veloz que la bala de cañón, que la luz, que el sonido y el gemido.

Martí Ibáñez, pese a su naturalización e identificación con las ideas del siglo XXI no ha podido desprenderse del arceastro castellano ni de las tonalidades y transparencias mediterráneas. Discutiendo los pensamientos de la era espacial y los fenómenos psíquicos provocados por el avance del progreso tecnológico, no ha logrado un beso de la mujer norteamericana, que admira en sus colorinches, en su atuendo por agrandar, en su cultura envasada y en ese vivir del vacío. No ha resistido las flaquezas de las amazonas con pantalones ajustados, de busto exuberante, fumando tabaco perfumado y preocupadas por administrarse en hora justa el arsenal de barbitúricos que a su disposición ponen los hombres. Nada de extraño, a mi ver, que se rebele contra el varón, con bolsa de huesos con figura humana que la prostituye mentalmente y convierte en maniquí. Esa mujer moderna es un producto de la civilización del hombre, castrado por los precon-

ceptos del siglo, bestializado por el materialismo de llegar cuanto antes a un lugar que no encuentra, hacer fortuna es un golpe de azar, de contrabando, de asalto, hinchándose como un globo de hidrógeno cuando, por cualquiera de estos procedimientos comerciales adulterados, alcanza lo que denomina victoria. Ese hombre es el que adula, lastima y despedaza a la mujer, vistiéndola con atavíos prostibularios, envenenándola con las drogas de la cultura arrabalera, endiosándola como espantajo. Martí Ibáñez, en este ensayo médicoliterario nos identifica con una de las manifestaciones más desagradables de nuestra decadencia. El narcisismo de la mujer señala el desbordamiento de la civilización. Que el hombre descienda a la caverna en determinados periodos históricos como se ha comprobado en el caso de los campos de concentración, a palos se le ha enderezado y hasta parece que la lección le queda bien. Pero cuando ese animal obliga a la mujer a descender al fango, es que ya muy poco queda por salvar del desastre.

La contribución a la anatomía de los artistas del Renacimiento italiano importa en determinado momento una industria de voluntades que quiereri saber. Son tantos, que la medicina observa con ojos del alma, ansiosa como está por adquirir el dominio pleno de la arquitectura humana. Es admirable esa faena, en que tantos rivalizaron, para lograr la belleza anatómica a través del dibujo. Hoy todo eso nos parece muy simple. El médico conoce uno a uno los músculos y tendones y sabe cómo alimentarlos. Camina por las circunvoluciones del cerebro con el conocimiento de las calles de su ciudad y rara vez se pierde. El drama de la vida en aquel entonces era distinto. Los investigadores constituyeron contingentes, pero lograron en cuatrocientos años ilustrar, con luces transparentes, el sueño que mitigaría el dolor, porque de aquel conocimiento se encontraron grandes soluciones al problema eterno.

Urdimbre y creación de un ensueño fueron símbolo de «MD»,

revista que Martí Ibáñez edita en Nueva York. Los motivos radicaban en conciliar la medicina con la sociedad y la humanidad, a través de una publicación regular de cultura médica y medicina cultural. La iniciativa provenía de lejos, de los tiempos de estudiante valenciano, encontrado entre las «todopoderosas» herramientas milenarias de la comunicación humana: la palabra y la imagen. Partiendo del tema vida, ambiente, situación, trabajo e ideas, la revista mencionada logró domar tigres, leones y jaguares, imponiéndose por la magia de las palabras que representaban el saber.

«Surco» es un manantial de conocimientos encontrados que van formando un río y sobre cuyo relato navega este iberonauta, ya internándose en la selva de la ficción, ya retornando a la realidad donde el dolor se hizo carne y grita. Autores y libros aparecen frente a su monumento y tribunal, con algo de historia y tanta bondad, términos que nos recuerdan las tremendas inquietudes que asaltaron a los abuelos de la medicina como Esculapio, Hipócrates, Galeno, Vesalio, Paracelso, Harvey, Servet y tantos que siguieron aquella religión. Los recursos del médico hoy son distintos y múltiples. Un estudiante de primer año sabe más de medicina que aquéllos en su vida. El mundo es más ancho y el campo del conocimiento infinito. La anatomía, la biología, la endocrinología y la medicina han evolucionado hasta más allá de las constelaciones visibles al ojo humano, porque ya estamos preocupados en no cometer el error de infectar el vacío con gérmenes terrestres. Pero hay, no obstante, la palabra del hombre, el aliento humano, la confianza que inspira, procedimientos anticuados que pervivan desde la antigüedad en viaje al futuro.

Martí Ibáñez detiénese en la gran olvidada biografía de una idea y discurre a su modo por los caminos espinosos desde las religiones indúes hasta los médicos alejandrinos. La morfología y la endocrinología clínica lo llevan a la experimentación de

laboratorio donde se pierde entre glándulas y su metabolismo. Hormonas y fibras nerviosas alternan con el milagro terapéutico de la cortisona que dicen que hoy en medicina se habla y se escribe demasiado. Al contrario, creo que se debe hablar y escribir aún más, pero que se debe intentar hacerlo cada vez mejor, sólo cuando se tiene algo que decir y cuando ese algo puede estimular, informar, descubrir o confirmar alguna cosa que sirva a los demás.»

La corta vida del documento médico, agrega Martí Ibáñez, hace meditar. Una obra de arte es inmortal. «Los mármoles de Fidias, los lienzos del Greco, el Taj Mahal, los granitos del Escorial y las copas labradas de Benvenuto Cellini continuarán llenando de luz el alma de los hombres», pero un documento médico «tiene una vida muy corta». Exceptuando los textos galénicos, la sagrada trilogía que presidió durante quince siglos el saber médico mundial y algunas obras

de positivo valor que iluminaron el siglo pasado, «aparte de su valor histórico, todos ellos son documentos que no han resistido el paso del tiempo y el avance del progreso médico.»

Es preciso mejorar el arte de la comunicación mediante símbolos y metáforas, «para lograr un denominador común en la medicina que facilite su progreso al hacer que nos entendamos mejor los médicos e investigadores de todo el mundo. La mayor invención humana ha sido la de los símbolos, sonidos o signos escritos que representan cosas o ideas. Para resolverlos y hacer la necesaria decisión, el hombre usa esos símbolos como medio de evocar los problemas pasados, representar los presentes y anticipar los futuros. Pero los símbolos no son siempre exactos ni ciertos. Cada ser humano tiene una visión interior del mundo externo. La misión de la ciencia debe ser restaurar el verdadero valor y sentido de los símbolos teniendo en cuenta que la me-

táfora ha sido el ala de la ciencia.

El médico viajero, en butaca como Julio Verne, o caminante solitario y errabundo como Marco Polo en busca de Kublai Khan, levanta el arado, interrumpiendo el surco abierto por Martí Ibáñez. El cuerpo que está ahora en Nueva York y menos de veinte horas más tarde en París, Brasil, Hawai, El Cairo, Nairobi o Groenland, llega a su destino mucho antes que su mente, que tarda días en adaptarse a la nueva situación, lo que suscita nuevos problemas psicomáticos. Pero hoy día no sólo viaja el hombre sino también las epidemias, pero también la verdad sigue los caminos de la ciencia, la belleza o la mística. Cierto que el poder se alcanza por las sendas del dinero, de la política y de la guerra. Pero con un espíritu singular como Félix Martí Ibáñez, aun a través de los desiertos, siempre resulta grato acompañar a viajeros porque se encaminan al futuro.

**La vida y la muerte de las sociedades obedecen a un determinismo tan inflexible como la germinación de una semilla o la cristalización de una sal; de modo que si los sociólogos hubieran llegado a enunciar leyes semejantes a las formuladas por los astrónomos, ya podríamos anunciar las revoluciones como indicamos la fecha de un eclipse o de un plenilunio.**

**La bondad de una revolución estribaría en sacrificar el menor número de hombres, escogiendo los más culpables y más elevados: un cachetero en la cerviz del toro hace más que diez mil banderillas o mil alfileres en lomos y patas.**

GONZALEZ PRADA



ELEGIACOS Y  
SUSPIRANTES

# Los españoles del llanto

por T. CANO RUIZ

**C**UATRO reglas tiene la poética: lírica, épica, dramática y mixta. La elegía pertenece a las composiciones líricas. Versificación dedicada a melancólicos cuan tristes efectos. Esta colección de rimas tiene muchas excepciones. Aristóteles las explica como «imitación de la naturaleza». Platón las funda «en el entusiasmo». San Agustín — pese a sus estrecheces mentales — mételas «en la unidad, como todo lo bello». Para Bacón no pasa de «fábula». Santillana dice que «es fingimiento de cosas útiles cubiertas o veladas con muy hermosa cobertura». El duque de Rivas disputa que «poesía es pensar alto, sentir hondo y hablar claro». Entiende Narciso Campillo que «es la manifestación de la belleza por medio del lenguaje.»

Mas el gran Quevedo — nuestro Voltaire — tiene una «Aguja de navegar cultos» sobre violentas inversiones métricas, interpretaciones, transposiciones, hipérbator, adjudicación, disolución, repetición, retruécano, síncdoque, paradoja, concesión, epifonema, perífrasis, ironía, apóstrofe, hipérbole, prosopopeya, etc. Ni que decir que sinalefas, diéresis, sinéresis, consonantes, serventesios, asonantes o disonantes al oído dejan de merecerle respeto por su amor personal a la música. Vates y musiquitos modernistas le merecerían su olímpico desdén.

El arte poética lo tenemos como preceptiva desde la antigüedad. Caldeos, asirios, babilónicos, iberos del Cáucaso o de la piel de toro, negros, cartagineses — desde Cartago a Kano — africanos, indios, asiáticos; todo ser humano lo ha musicalizado, ora para sus orejas o bien para fo-

nación tanto del ritmo como de su alma. Cancioneros y romanceros se pierden — como la bella Helena — en «la noche de los tiempos». Conozco el poema «Sha-Nameh», del persa Firdusi, rodeando al protagonista Rustem y su caballo Rakush de 130.000 versos.

Ovidio, amén de las «Metamorfosis» y su «Arte de amar», tiene un «Arte poética» de calidad. Es filósofo, humanista brillante e inspirado. Escribió también «Tristes» súplicas, muriendo desterrado en Tomi, sin ser oído por los Césares. Boileau — no el de Etienne, autor del «Libro de los oficios» para corporaciones laboriosas — brilla todo el siglo XVI con su «Arte poética». Hasta el siglo XVII dijose el «Siglo de Boileau». Sus «Sátiras», «Epístolas» y «Lutrin» fijan el ideal literario del clasicismo... Amigo fiel de Racine, Molière y... Horacio.

Nosotros no debemos quejarnos. A través de los ciclos bretón, carolingio y asiático contamos con el «Amadis de Gaula», de aquel Lanzarote mejor representado que en «Los doce pares de Francia». Mayestáticas divinidades crueles del ciclo asiático o firmamento bretón causan poco eco en los españoles arrianos y panteístas. Al yelmo y la lanza — que saben a hierro o acero ardiendo — luchadores de «punta en blanco» combaten en campos abiertos de la gleba. Destinados a vivir, no les hieren las flechas ni temer al ridículo de los «bien pensantes», que deja de romper las alas del genio y que da coraje máculo para proclamar o hacer la verdad «aunque el universo se venga abajo». Boileau mismo lo dirá: «**Qui de sa liberté forme tout son plaisir**» o «**rien n'est beau que le vrai.**» El mis-

mo lo confiesa: «**Ami de la vertu plutôt que vertueux**», «**de travail, aux hommes nécessaire...**»

¿Cómo vivían en la gleba? ¿Cómo morían las poblaciones? Insalubridad por doquier. Oposición. Miseria. Embrutecimiento de bestias. Ni los valientes caballeros — Cifar, Palmerin, Artur — ni sus carreras llegaban a las siervas aldeas. En el Estado llano de Iberia se exclamaban:

— Los amos lo cogen todo. — Hay demasiadas cargas. — Pesan mucho tantos tributos. — Nada nos queda de nuestros trabajos y sudores. — No tenemos qué comer.

Descubiertos los lamentadores, se les cortaba la lengua, les arrancaban los dientes, saltábanles los ojos o eran mutilados de pies y manos... Quedaban satisfechos si no les desollaban, desosaban, achicharraban.

Los españoles del Medievo crecían con reminiscencias orientales, unas que surgen de lo telúrico-nativo, otras sembradas por las migraciones o llegadas de otras razas. «Somos» adaptables, expansivos, pasionales, impetuosos, improvisadores de furia... «Pur sang» a lo Bayardo, «serrer ceinture» o «coups de Jarnac». Mas gozamos del culto a la belleza de los griegos, el orgullo de los romanos conquistadores, la fantasía de los árabes que impresionaron imaginaciones durante siete siglos y que nos civilizaron.

En este misticismo y en esta voluptuosidad febril de sexos y labores, la Edad Media fue una era insular de tierra y ganado. Después vino lo comercial e industrial. Inventos, pocos, pero romances, infinitos... Históricos, fronterizos, moriscos, vulgares, satíricos, amatorios, alegóricos, caballerescos...

La Reconquista (711-1492) hizo nos belicosísimamente guerreros y místicos. Esto sirvió para echar la base institucional española. Ordenes religiosas y militares se declaran rectoras del país. El «Descubrimiento» permitía a estas clases rectoras un quinto de las explotaciones y tesoros del Eldorado. Ignoraban la ciencia económica, pero ¿qué importa? Con la disminución de estos metales sobrevino el «Finis Hispania» (siglo XVIII).

Raza, lengua y literatura se forman en grupos étnicos peninsulares. Unamuno proclama: «La fuerza de expansión del idioma es lo más potente y dinámico de los pueblos. En vez de la Fiesta de la Raza (12 de octubre), debe hacerse la Fiesta de la Lengua.» Hemos «castellanizado» 200 millones de personas, repartidas por América, Oceanía, África, Oriente, Europa. Sin contar los muertos. El «castellano» o la «castellana» invade ambos hemisferios.

El pensamiento literario puede ser conservador o novador. Incluso la propia gramática, filología, semántica, morfo-sintaxis y etimología antropomórfica. Pero es la poesía la primera expresión del hablar, pensar y sentir literario. ¡Alma, lírica y épica del hombre, de los pueblos! Si aparece narrativa, canta gestas, domina mitologías, religiones, nacionalidades, entonces es cósmica. Verbi gracia los cantares sánscritos, hebreos, galos, ibéricos, eslavos, etc.

El «Arte de la guerra» — Tito Livio, Nicolás Maquiavelo — todo lo bastardea o suprime. Columela — español «romanizado» — funda la economía agraria y condena las guerras. Sostiene que no deben tenerse más tierras que las que pueden cultivarse con recursos propios». Vaticinó el fin de la Roma cesárea. Fue la antítesis de Cicerón. El latifundio llega a trabar el progreso. Mas tuvo la defensa de los señores feudales, monasterios, monarcas, espadones lucRADORES. Romanos y godos se reparten España «manu militare». Los nobles hacen la absoluta propiedad de todo el patrimonio nacional después de la Reconquista. Teólogos, juristas y vates dan «al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios»,

pero nadie menciona la justicia distributiva para el pueblo.

La Fe no iba con la Razón. Maimónides podía lanzar a tantos rostros su «Guía de descarriados». Ya entonces se depuraba la impregnación de los sentimientos morales, de los graves pensamientos verdaderos, de las conductas **fementidamente** caballerescas y nada hidalgas. Los católicos querían pulverizar lo mismo que les daba su mística: el saber y sabor nestoriano que invadía todos los órdenes de la vida española. Esa casta se alza con los defectos del paganismo: enemiga de reformas, de la distribución del trabajo, de liberar esclavos, de la letra impresa, del libre arbitrio y de todo lo demás. Yaciendo en el parasitismo y su culto, los reinos de taifas hicieron de ella — de toda la nación — su agosto.

¿Dónde quedaban los juglares del embrionario, incipiente «Dios, patria y dama»? Justas, torneos, certámenes de osados aedas con «Son mis amores reales». Quevedo descubre estos secretos de alcoba, esos «intereses reales» cuando Villamediana — gran número, egregio romancista — cae muerto con su banda bordada en oro fino:

El matador fue Bellido,  
y el impulso soberano.

Quiero hablar de Pacheco — apellido de mis lares —, ese Villena de la filosofía e historia. Maestro de Fernán Pérez de Guzmán, jefe de escuela alegórica, hispanismo, italianizante, afrancesado... Es decir, universal. En «Arte Cícoria» muestra su anatomía, fisonomía, metafísica. Su yo es el primer «Tratado de poética» escrito en España. Un mago, cuyas obras y mejor, por no decir única, biblioteca de un español. Fueron quemadas por fray Barriento. Murió antes que le tostasen. Los monjes quemaban bibliotecas como la de Córdoba, y acusan a Omar de haber quemado la de Alejandría. Fernando el Santo no le fue a la zaga al turco. Es la «Gramática del Imperio» en Lebrija, que Valdés pone en solfa con su «Diálogo de la lengua», lo mismo que este otro Valdés del «Diálogo de Mer-

curio y Carón» o «Mar de Historias» del primer biógrafo Fernán Pérez.

El Renacimiento, la Enciclopedia, las revoluciones inglesa, francesa y americana dieron «vientos de libertad» a España. Hasta tuvimos erasmistas, protestantes, luteranos... Y tuvimos tres escuelas simbólicas como la dantesca, gala, castellana. Pero ésta dividíase en otras tantas más: la de Aragón (hasta Levante y Murcia), la de Sevilla, la catalana, galaica, tan brillante anteriormente. La sensibilidad moral recorría grandes trechos.

La unidad nacional e inquisición, el apogeo militar — llamado «apogeo imperial» — obliga a que España sufra una existencia centrifuga desde los siglos XV al XVIII, viviendo, no para ella, sino por y para el exterior. Deleito Piñuelas ofrece densos agua-fuertes de prosa sobre los «reyes que se divierten». Mientras tanto, súbditos o ciudadanos se angustian, sufren, mueren, huyen como falanges de esclavos. En un coro de tragedia, Esquilo profiere a Agamenón: «Ya sé que los desterrados se alimentan de esperanzas. ¡Hinchate hollando la justicia, puesto que puedes!»

Nuestra condición de tales, desde el principio a un fin que no vislumbramos, pone el tapete en cuestión. Poetas de hoy se desgarran con cetros sobre el dolor de España. Bousño tiene «Graves poemas» y «Subida al amor». Esto me parece la caza de amor por altanería, imitando a Gil Vicente, Encina, Timoneda, Pisador, Narváez, Gregorio Silvestre, Venegas o San Juan de la Cruz. Puede cotejarse con el Roman-cero general de 1600 o en Lope de Vega: «Arbol de la égloga».

Veamos a Carlos en su «Dios sobre España»:

España toda cruje, ardiente y escabrosa, — Dios entero la oprime con su cuerpo de brasa.

En Avila la muerta — como otra Brujas de cristal —, Santa Teresa diría lo mismo y más... La metonipia permite que eso sea advocación, invocación, evocación, protección divina a la vez. Potestad altísima, asimismo, de conderación. La elegía se meta-

morfosea en tono elegíaco o suspirante...

Uno cualquiera de nuestros pastores, con estro de Garcilaso, puede decirlo mejor:

Nunca pusieron fin al triste lloro los pastores...

El fuego canicular devora las campiñas. La vergüenza o vengencia desgarran los corazones. Para toda lacha, deshonra, cuenta la pobreza. Ilumina mi mente una nueva claridad. Me siento consternado, alarmado, desesperado, iracundo de un mal gesto, travieso, colérico, estrábigo mirar...

Cernuda ofrece «Díptico español», «Las rubes», «Elegías españolas» con «violetas». España, enemiga de la vida, existencia estúpida y cruel como su fiesta de los toros...

Triste sino nacer  
con algún don ilustre  
aquí...

La «poesía es comunicación», de Machado o Aleixandre, no irradia mucho más en este poeta de la «generación del 50». Juan de Yepes versifica muy bien con la hiel de lo sempiterno en el español y las «tumbas grises» o «bellas».

Hay formalismo en Rosales, Otero, Nora, Hierro, Celaya, Cremer. Vemos algo de intemporalismo. Cierta frigididad tienen sus musas. Lo social del bardo se les escapa: cánticos de vida en dimensiones históricas. Cantar al hombre o la mujer con fuegos de independencia, situándoles en su tiempo. Porque la irreversibilidad es lo que dibuja sociedades, momentos, problemas, determinismos, responsabilidades en ambientes responsables...

«El Correo de Madrid» — 22-1-1788 — ermienda la retórica sentimental de nuestros númenes:

Reyno infeliz, país desventurado,  
— horrible muladar, rincón del mundo. — Caos de lobreguez, seno profundo, — entre tinieblas siempre sepultado.

Cristina de Suecia ajusta bien el «caso»: «Hay gentes que dan un aire de rechazo». Y Chester-

ton: «El mundo moderno está rebosante de viejas virtudes cristianas que han devenido locuras». Demócrito — siempre llorando — puede enseñarnos, en nuestros días, su escuela del pesimismo: «Nihil novum sub sole». Moderación para ser felices... Prefiero al Heráclito del fuego como elemento primigenio de la materia superorgánica y «todo es nuevo, todo fluye». Esto nos hace más libres y más morales. Sin el «doppelgänger» u otro yo que es parte indescifrable, escondida del alma.

No existe ni un bardo allá que exclame: «¡Liberadme pronto de vuestra presencia!», ¡mis pretendidos delitos son vuestros crímenes!, ¡alquilan por pan!»

Ya Juan de la Encina se exclamaba: «¡Triste España sin ventura!» «La despedida», de Leandro Fernández de Moratín ofrece este trípico:

Pero si así las leyes atropellas,  
si para ti los méritos han sido  
culpas, adiós, ingrata patria mía.

León Felipe — que entra en antologías clásico - modernas — rima:

Tú y yo y España  
No somos más que polvo.

Divisa hispánica: destruir con hacha. Hostilidad cruel y oscura. Horra de respeto. Indigna de que el poeta regrese. Podemos disentir del polvo polvo. Benito Feijóo dice mejor: «El descuido de España lloro porque el descuido de España me duele». Unamuno se queja de que España le duele «en el cogollo del alma». Al de la Vega no le «podrán quitar el dolorido sentir, si antes ya del todo primerb» no le «quitan el sentido». Ganivet se enfrenta con el «insigne mentecato» que cree que guía a los hombres, pues «no ha guiado más que cuerpos de hombres, pero no almas». José Hierro — de la postguerra — se reduce a esto:

¡Oh, España, qué triste pareces!

«Canto a España» donde él se siente «libre y feliz»:

Sin memoria, ni historia, ni edad, ni recuerdos, ni pena...

Acentos que no tienen ni admisión ortográfica o estilística. Miguel Hernández — el pastor-poeta del Segura — hace un escorzo asaz comprometido: Sali del llanto, me encontré en España.

Poetas y poesías no se examinan. Juan Ramón Jiménez vuela toda su entre admirativa o peyorativa doble admiración gramatical: «¡Ay de mi España!». Es como el Job de:

En llanto se ha convertido mi cítara, — y mi órgano en voz de lloradores.

Melchor de Jovellanos puntualiza fuertemente en «Sátira a Arnesto»: «¡Fieros males de su patria... Gritos contra el desorden». Tiene que venir Keyserling para descubrirnos: «El español sólo sabe de la palabra cuando la palabra se hace carne». Y la poesía es palabra de nuestras carnes.

Gonzalo de Berceo lanza estas rimas cual palabras carnales:

Quiero fer una prosa  
en román paladino  
en el cual suele el pueblo  
hablar a seu vecino.

Refugiarse en el limbo es «tomar partido». Dante lo toma por «La divina comedia» e iriérnio. Balzac tómallo en «La comedia humana» y esa Grandet incomparable. El poeta tiene asiento en su Parnaso o monte Ida, pero jamás en el Olimpo. Las licencias poéticas se parecen a la licencia eclesiástica... ¿A qué vienen los poetas del «pulvis, cinis, nihil»? Teología del ultramodernismo. San Juan fue más allá en el Apocalipsis, último libro del Nuevo Testamento. Los profetas dan lección a este nepotismo de «Moderristarum doctrinis», como Isaías: «Convertirán sus espadas en arados y sus lanzas en rastriillos. Una nación no deservaina su espada contra otra nación; ni tampoco aprende lo que es la guerra».

Con Kant: «El paternalismo imperial (político o individual) es la peor de las tiranías... Una palabra se pronuncia y no se escribe. Importa poco que escribir sea una manera de hablar». Esto es



como un «khamssi»: viento que ejerce sobre el humor efectos violentos, influencias en nervios o funciones orgánicas. Conductividad eléctrica aumentando 20, 30 veces, dejándonos sujetos a su «réseau» por invisibles hilos «accrochés» al parasimpático por el flexo solar... Esclavos de glándulas y de vasos... Los «confesionalismos» — deístas o ateos — nos proclaman «reyes de la creación».

Keynes saca su conclusión: «La disminución de los medios de vida significa la muerte o hambre para muchos, pero los hombres no mueren en silencio. Lo que a unos da muda estupidez provoca en otros una irritabilidad de carácter o desesperación, pudiendo deshacer la actual sociedad...» Ahí tenemos el canto de Espronceda, poeta inimitable en su época ni por nadie después.

Figaro pregúntase: «¿ónde está España?» Y, a renglón seguido: «Aquí hace media España; murió de la otra media». No pudiendo soportarlo, se dio el pistoletazo romántico. Igual hizo el autor de «Diablo mundo». Lo mismo fue de Ganivet. Tres grandiosos poetas, pensadores hispánicos se hipnotizan por Goethe y su «Werther», «Verdad y ficción», «Afinidades electivas». Empero, Alberto Lista nos describe por la generalidad o por ello mismo:

Nación indefinible en quien el cielo — Fácil ingerio y abundante cría. — Y en débil alma intrépida osadía, — Un tiempo asombro, escarnio ya del suelo.

El belmontino Luis remata con un verso diamantino:

Y tú, España, segura — del mal y cautiverio que te espera... — España en breve tiempo es destruida.

Al unísono profetizan nuestros ingenios. Ved el gran Lope:

¡Ay dulce y cara España, — madrestra de tus hijos verdaderos, — y con piedad extraña — piadosa madre y huésped de extranjeros!

Federico tenía como lema «la luz del entendimiento que me hace ser comedido». «Razón comedido». «Imperio de la palabra como discurrido en las razones positivas de cada uno». Mejor kantiano no podía salir. ¡Ea!

¡Oh España, oh luna muerta sobre la piedra dura!  
¡Oh blanco muro de España!

Sepulcros blanqueados de las Sagradas Escrituras. La metáfora llena las preceptivas literarias, a menudo antitéticas y sin profundidad ni intenciones que rebasen el estetismo de la preciosidad poética. Preferimos a Larra padre: «La verdad impresa y propalada triunfa a fuerza de convencer, triunfa sin violentar, y éste es el más bello triunfo posible». Aquí tenemos a Galdós: «Pasé por la vida llevado de la mano por la augusta verdad».

Machado — Antonio, no Manuel — es un esproncediano del canto viril en desolados paisajes de Castilla y campos «Por tierras de España»:

...un trozo del planeta — por donde cruza errante — la sombra de Caín... Aun larga patria espera — abrir el corvo arado sus besananas... — Hombres de España, ni el pasado ha muerto, — ni está el mañana (ni el ayer) escrito.

«El dios ibero» ilustra de sementeras, bardanas, el «mañana al infinito». «Mas otra España nace...». «Surgir, brotar, toda una España empieza...».

Ya hay un español que quiere vivir y a vivir empieza...

Temática de «Las dos Españas» en Menéndez Pidal, la «Anti-España». Alberti, Pedro Salinas, Jorge Guillén — no el habanero — generación del 27 en el destierro, que se erlaza con la del 98, con famas anteriores y que apenas si engárase con el 36-39. La sangre ha corrido. Crueldad predominante. La torre de marfil no cabe en los aljémesis de ensueños. Mas los Prado, Aparicio, Birute, Garfias — maestros y discípulos — no «toman partido ni por éstas». Neutros-suici-

das. Juan Meléndez Valdés, en «Consejos y esperanzas de mi genio en los desastres de la patria», oda XXX:

Huiré veloz de esta llorosa tierra — A otra región más pura, — Do libre y lejos tan infanda guerra — Respire en paz segura. — Do quien incendios, crímenes, gemidos, — Sangre y muerte y horrores, — Y tigres miro, sin piedad ni oídos — Al ruego y los clamores.

Ritmo de su Oda XXVI en «Afectos y deseos de un español al volver a su patria»:

La llama asoladora — Igualando el palacio y la cabaña — Tus entrañas devora — Y en su implacable saña — En lloro y sangre tus provincias baña. — ¿Y tú el delirio alientas — Contra tí de tus gentes, y en su seno — Los odios alimentas, — Y de mortal veneno — Tu propio cáliz presentas lleno? — ¿Do vas, o qué pretendes? — ¿Qué furor te arrebatata? ¡Cuánta hoguera — Ay, en tu estrago enciendes!

Marañón — padre, no el hijo — habla encendido del «cosmo de la patria». «Porque si hay algo capaz de sublimar el alma humana, es esta forma de sufrir la persecución de la justicia». «Cantos de combate», Núñez de Terce entona sus clamores por el terror de las atrocidades:

Como tigre feroz clavó sus garras — el catástrofe en tí, y en tus heridas — entrañas sacia su voraz instinto.

Volvamos a Ortega: «Mientras el tigre no puede dejar de ser tigre, no puede destigrarse, el hombre vive en riesgo permanente de deshumanizarse».

Semejante noción, biológica y filosófica, la comunica Blas de Otero en su «Hija de Yago», muy poco del gusto para Argela Figuera, Garcíasol, Leopoldo de Luis, Andúgar y Gerardo de Diego, a pesar de ser éste ya un maestro.

Aquí, proa de España, preñadamente en punta... — Madre y

maestra mía, triste espaciosa España.

Al poeta no se le analiza si repite a otros poetas y mucho menos cuando se siente salmantino o alumno — aunque ni lo sepa ni lo crea — de un tal Luis Grande... El Salmo XXIII dice: «Mismo cuando marchó por un valle de mortal sombra, yo no temo ningún mal, pues tú estás conmigo». La poetisa Rosalía de Castro tiene este aforismo: «El orgullo del ser que se resiste a ceder de su ser ni un átomo». Para Jules Renard «la clarté est la politesse de l'homme de lettres».

¿Estaremos ante el teradactilo o terror del primer hombre que llora? «¡Llorar es de hombres!» «¡Los hombres no lloran!» Contradicciones del genio, inclusive del «genio popular». Empero, los poetas no son antediluvianos con membranas entre los dedos, ni asustan ni pueden asustar con terroríficas a lo «perinde ac cadaver», como los muertos-vivos de ejercicios u obediencias...

A los que sueñan con dinero de la fama, Tagore les advierte: «Carecer de amor denota un grado de imbecilidad porque el amor es la perfección de la conciencia». «Parents terribles». «Enfants terribles». Unamuno lanza invectivas contra quienes «viven a la sombra» de la máquina humana» o «infernál». «Romancero del destierro» (1927). Rabia de Fuerteventura a París».

Cementerio de vivientes,  
cárcel de sueltos, España...  
manicomio de sensatos  
con cordura de alimaña,  
sentido común que ahora  
la mollera en su grasa.

Don Miguel ya se ocupa del «peor de los sentidos» en sus «Comentarios a la vida de Don Quijote y Sancho». Mas, en «Al volver» vuelca su «sentimiento

trágico», sin melodrama ni espanto diluviano:

Me vuelvo a tí, madre España,  
clara, pobre y cejijunta,  
que allí cuando el sol despunta  
puede renovar mi entraña.

Hay un «A modo de esperanza», de Angel Valente, no compartida por los neutros de la poesía ni por los «enragés» victoriosos. Vedla:

Vine cuando la sangre  
aún estaba en las puertas,  
y pregunté por qué...

Este tono no es el de Concha Zardoya, Felipe Vivancos, Sordo, Torroella, Sahagún, Claudio Rodríguez, Quiroga, Quiñones, Beltrán, Pinillos, Salvador Pérez, Panero, Muñoz Roja, Mantero, Elvira Lacaci, Paterre, Biedma, Nieto, Narezo, Baena, Angela Figuera, Domechina, Crespo, Cabanero, Cernuda, Celaya, Ronald, Bastera, Azcoaga, Arroita, Arce, Aparicio, Alcántara, Albi, Rejano, etc. Son «más prudentes». No aprendieron de Zorrilla de Sar: Martín:

Velar se debe la vida,  
de tal suerte,  
que viva quede en la muerte.

La constelación poética actual es también «diferente» de Astorga, Apolonio, Aleixandre, Tob Sem, Cota, Caro, Boscán, Herrera, Alcázar, Villegas, Argensola, Pallarol, Cabestany, Auxias March, El Tudense, Lópe de Rueda, Mena, Baeza, Mendoza, Illana, Juan Manuel, Pérez de Ayala, Manrique, Haro, Moreto, Calderón, Barros, Cervantes, Montemayor, Espinel, Alemán, Castillejos, Cetina, Herrera, Góngora, Ercilla, Balbuera, Ojeda, Huerta, Quintana, Martínez de la Rosa, Saavedra, Campoamor, Bécquer, Villaespesa, Gabriel y Galán, Bretón de los Herreros, Ventura de la Vega, Zorrilla, los Quintero, etc. Sin men-

cionar la epopeya musulmana de tanto cantor en España.

Ninguno de ahora tiene «Castellanas», «Extremeñas» o «Campesinas». Nadie de hoy canta al «Pirata» o «Teresa». Está por ver otro canto «A la imprenta», «El delincuente», «Ocios de juventud», «Cartas marruecas», «Teatro crítico universal».

En fin, voy a descargar mi conciencia. Carecemos de un solo poeta parecido a Villon o Ronsard. En la prosa o novela pasamos el Pirineo, pero la poética francesa no ha logrado traspasar «los montes». A lo sumo, hace el «desprecio de Corte y alabanza de aldea». Y allí se queda. Torres y Villarreal tiene: «Pago que da el mundo a los poetas». ¿Quién ha cantado de nuevo «A España, después de la revolución», y con el estro de Manuel José Quintana? ¿Dónde están los modernos cánticos «A Torrijos» o Riego, tanto héroe y mártir de la Idea?

Salvador Jacinto Polo de Medina puede ser digno de la «Pleíade». Constituyó su «Pléyade», no en la cabeza del reino, sino en Murcia. Himnos, epigramas, las miserias de su tiempo están impresas en «Universidad de amor». La Academia los Anhelantes de Zaragoza, por reimprimirla, estuvo a dos dedos del Justicia, Viñeyre e Inquisición.

¡Ni «Iluminados» ni «Adoradores» entre göelfos y gibelinos o «neutrales»! Universalidad de estro. Grandezas argumentales. Dinamismo, proyección, gallardía estilística en admirables versificaciones. A los españoles hay que gritarles:

«—La libertad, amigo Sancho, es uno de los más preciosos dones que a los hombres dieron los cielos; con ella no pueden igualarse los tesoros que encierra la tierra ni el mar encubre. Por la libertad, así como por la honra, se puede y debe aventurar la vida. Y por el contrario, el cautiverio es el mayor mal que puede venir a los hombres.»

# PALABRAS Y FRASES

## TERCERA SERIE

### Recopilación y comentarios a cargo de M. CELMA

#### ABOGADO

Para Gutiérrez Philips, la función de abogado se parece a una moscarda: siempre a la búsqueda de carne donde depositar su larva; o la de la polilla que vive royendo momificada entre unos papeles llamados Derecho romano.

Otro tipo es el que representaba el abogado Jové y su esposa Rosa, de Barcelona que dieron parte de sus ahorros para ayudar a los obreros a fundar una cooperativa del vidrio. Entre otras cosas dar el terreno gratuitamente a la cooperativa fue uno. Desde luego esto es gesto de hombre que nada tiene que ver con la abogacía ni las leyes.

Los atributos del abogado son muy otros; del alma de los abogados, de los hombres de derecho depende que la justicia sea justa o no. Las parcas y con ellas el fiscal de cualquier tribunal hacen fiesta cuando ante ellos se encuentra un abogado mediocre. Que así es de frágil y aleatoria la justicia humana.

Bakunin los cataloga así:

«Hay una categoría de gentes que si no creen en Dios fingen creer. Son todos los torturadores, todos los opresores y todos los explotadores de la humanidad. Prelados, monarcas, hombres de Estado, hombres de guerra, financieros, funcionarios, policías verdugos, capitalistas, *abogados*, etc. Todos admiten la opinión de Voltaire según la cual: «Si Dios no existiera, habría que inventarlo.»

O bien, esta definición complementaria de la primera: «Los abogados son para el Estado lo que los sacerdotes para la iglesia».

Curioso oficio, desde luego es el del

abogado. Es el hombre por excelencia que jura respeto a la ley y está toda su vida estudiando 99 leyes para burlar, si la ocasión se presenta la centésima.

En España, por ejemplo hay una ley que prohíbe condenar a muerte a un menor de edad y durante 30 años los abogados han consentido que las autoridades franquistas, para no violar la ley conserven al niño en la cárcel hasta que es mayor para fusilarlo 24 horas después de serlo.

Y los abogados se han callado.

Proudhon opina con tristeza de la función de los abogados. No hay más que leer y estudiar «Qué es la propiedad».

Idem opina la muy estimada Pardo Bazán. En «La Peste» Camus tampoco reconoce en el abogado, en general, un papel muy decente. Y en «La Caida» hasta lo deja personificando la indecencia.

He conocido uno que además de fascista era estafador en grado superlativo. Tenía interés en que los obreros de su región provocasen disturbios antifranquistas para así salir él en su defensa y amontonar — con mucha honra — el dinero de los pobres.

Su familia reventaba de gozo cada vez que había detenciones de la oposición porque el abogado hinchaba su caja y su vanidad; y su esposa, haciendo de dama estropajosa también se agenciaba un trocito en el cielo.

En fin, para describir al abogado no es bastante esta breve crónica. Nos conformaremos con dejar constancia de su catadura.

#### ABOLIR

Abolir es una palabra muy corriente que en cualquier diccionario se encuentra bien definida, pero hay un aspecto que ofrece el uso de los vo-

cablos y es este aspecto el que nos induce a incluir en esta primera serie de «Palabras y frases» el de abolir.

Abolir, en los medios de la clase obrera se ha empleado sobre todo para definir dos ideas: abolición de la propiedad y abolición de las fronteras.

Las multitudes han creído que abolir estas dos cosas suponía la felicidad universal. Y lo han creído porque no han tenido en cuenta lo que ninguno de los teóricos de la abolición de la propiedad, ni Proudhon ni San Crisóstomo han cesado de decir, verbigracia: que la abolición no supondría de ninguna manera que era una especie de medicina para curar todos los males. Quizá no curara ninguno, lo dicen los mismos padres de la idea.

En cuanto a la abolición de las fronteras. Hoy vemos que van perdiendo la rigidez de antaño que poco a poco las mercancías las atraviesan libremente y ¿qué ocurre? que los mismos obreros del país ven en ello una concurrencia, motivó por el cual los obreros del textil protestan cuando ven atravesar la frontera ropas de un país vecino, los viñerones cuando ven que se vende vino extranjero, etc.

La abolición en su valor intrínseco no ha perdido un grado pero la idea que de la abolición se hacían los pueblos ha cambiado mucho.

#### ABOS Miguel

Militante confederal zaragozano muy activo durante el quinquenio que va del 30 al 35 y muy estimado en diferentes sindicatos de la Regional Aragonesa. Tomó una parte muy importante en los debates del Congreso C.N.T. de Zaragoza celebrado el año 1936.

Desde luego, en este congreso se pronunció, como representante de la

(1) El lector queda invitado a completar estas referencias enviando su colaboración a CENIT, cuya redacción queda de antemano agradecida.



clase trabajadora zaragozana para que los anarcosindicalistas votaran a las izquierdas en las elecciones políticas. No, decía, porque tengamos confianza alguna en los hombres de izquierda sino para evitar que triunfen las derechas y con su triunfo las represiones del bienio negro.

Dijo en el Congreso lo que ya había dicho en el mitin del «Iris Park» durante el periodo electoral.

Cuestiones escabrosas de Sociología que no nos coompete zanjar aquí,

#### ABRAHAM

Patriarca bíblico un tanto extraño, casado con Sara la que pasados 80 años aun no le había dado progeneratura. Inquietos porque sospechaban un castigo de Dios y a la mujer se le ocurre una idea: obtener hijos entre el marido y la criada llamada Agar. La sierva quedó embarazada y surgen celos hasta el punto que Agar tuvo que huir y buscar protección en otras hordas. Por indicación de Dios

vuelve y queda otra vez embarazada pariendo a Ismael, fundador de la religión propia conocida de los Ismaelitas.

Abraham tiene ya 99 años y, al fin Sara, su esposa, queda embarazada, da a luz un hijo que llaman Isaac lo cual le atemoriza tanto que obtiene de él se prepare el leñero en donde debía asarse vivo, según Abraham, porque así lo mandaba Dios.

Un arrepentimiento de última hora evitó el infanticidio.



## POETAS DE AYER Y DE HOY

# ME DESTIERRO

Me destierro a la memoria,  
voy a vivir del recuerdo;  
buscadme cuando me pierdo  
en el yermo de la historia.

Que es enfermedad la vida  
y muero viviendo enfermo;  
me voy, pues; me voy al yermo  
donde la muerte se olvida.

Y os llevo conmigo, hermanos,  
para poblar mi desierto;  
cuando me creais más muerto  
retemblaré en vuestras manos.

Aquí os dejo mi alma — libro,  
hombre — mundo verdadero;  
cuando vibre todo entero  
soy yo, lector, que en ti vibro.

Miguel de UNAMUNO

Cancionero 828.

# Frente al mañana

Cadáveres de imperios y falsos pedestales  
sorprenderá la aurora con venturoso brillo,  
cuando el taller entone los himnos del martillo:  
¡no en bien de los tiranos, sino contra sus males!

Sombras de religiones, fantasmas ancestrales,  
serán como las ruinas de un trágico castillo...  
¡Y el hombre, con la Ciencia, por único caudillo,  
sin dioses, ni fronteras, ni leyes, ni jornales!

Las fuentes de la vida prodigarán sus aguas.  
Una estación de amores como una primavera  
se encenderá en su vientre de maternales fraguas.

Y al bárbaro conjuro de las sufrientes proles,  
ha de surgir el mundo de luz que nos espera  
como una mar dormida bajo un millón de soles.

José de MATORANA